



AMA DE CASA SALE DE COMPRAS (DE 9 A 12 A.M.)

CUANDO EL PASADO REGRESA, SE ESCONCE EL
PRESENTE Y HUYE EL FUTURO

ELISA COTARELO

Lectulandia

En Valladolid capital un matrimonio joven hereda un piso antiguo, propiedad de la madre de él, deciden hacer algunas reformas y, al derribar un armario empotrado, los albañiles encuentran el cadáver, ya momificado, de un hombre de mediana edad.

El inspector Alfredo Vega debuta en la investigación criminal con un caso donde las pruebas se han diluido con el transcurso del tiempo, el cadáver aparece sin documentación ni signos de violencia y, como única pista, porta el recorte de un anuncio de periódico en uno de los bolsillos de su pantalón vaquero: «ama de casa sale de compras de 9 a 12 a.m.», reza el texto.

El caso se complica para el inspector Vega debido a que la anterior propietaria alquilaba la vivienda sin contrato ni constancia legal, de tal manera que tres tandas de estudiantes, un agente de seguros y una joven pareja la habitaron en distintas etapas a lo largo de los últimos diez años. Todos ellos son posibles sospechosos, sólo uno será identificado como la víctima: el agente de seguros Joaquín Perea Martínez.

Intereses económicos, prostitución, homosexualidad y violencia de género..., ingredientes que salpimentarán un thriller donde nada es lo que parece.

Lectulandia

Elisa Cotarelo

Ama de casa sale de compras de 9 a 12 a.m.

ePub r1.0

Unsot 02.02.2019

Título original: *Ama de casa sale de compras de 9 a 12 a.m*
Elisa Cotarelo, 2015

Editor digital: Unsot
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A mis hijos, Rodrigo y Diego, por todo.

Lunes, 21 de enero de 2013

En silencio y sin descanso, el teléfono móvil vibraba en el bolsillo del pantalón de Mario. De vez en cuando, con tino certero, el pulgar presionaba la tecla que conseguía acallarlo momentáneamente. Uno, dos, tres segundos..., y ahí estaba de nuevo, pidiendo paso una vez más. Y vuelta a empezar: tiza sobre la mesa, mano derecha al bolsillo lateral del pantalón, pernera embadurnada de arcilla blanca y el pulgar directo al botón que pondría fin al fastidioso traqueteo.

En una de esas, el aparato dejó de reclamar la atención de Mario. Transcurrieron los segundos, Mario respiró profundamente y lanzó un rápido vistazo al cielo plomizo, de invierno, que dominaba el paisaje visible desde la ventana de aquel tercer piso. Acto seguido dirigió su mirada hacia el aula: los alumnos, perfectamente alineados en sus pupitres, no parecían haber percibido el nerviosismo del profesor y sólo le mostraban sus ojos somnolientos, ausentes a aquellas horas de la mañana de un lunes de enero. Mario continuó cubriendo el encerado con números, explicando las ecuaciones al silencio. Poco tiempo después, miró el reloj: faltaban menos de diez minutos para el final de la clase. ¿Quién le estaría requiriendo con tanta insistencia un lunes a primera hora de la mañana? Incapaz de resistir la curiosidad, decidió sacar el teléfono del bolsillo, echar un rápido vistazo a la pantalla y salir de dudas. Entonces vio los restos de tiza desluciendo media pernera de su flamante pantalón negro e intentó arreglarlo pero sólo consiguió entiznar la otra mitad. La risa estalló al unísono en el aula y Mario enrojeció como tomate maduro.

El nombre de Ana se repetía en cada una de las llamadas perdidas, ¡hasta un total de ocho veces! «¿Qué tripa se le habrá roto? ¡Mira que le tengo dicho que no me moleste en horas de clase!». Y la verdad es que no acostumbraba a hacerlo. De pronto, la perspectiva de que algo grave pudiera haberle sucedido al niño paralizó su mano derecha en el momento que se disponía a añadir otra cifra más al encerado. De todas formas había que continuar con la lección, acallar las risas de los alumnos e intentar recuperar su atención en la clase. Mario recobró la compostura durante un instante y garabateó el número que encajaba perfectamente en aquella ecuación de primer grado, después volvió a preocuparse por su hijo y de nuevo comprobó la hora: ya sólo faltaban cinco minutos para el descanso, era tiempo de dar por terminada la clase. Dejó la tiza sobre la mesa, se frotó las manos para despegar aquel engorroso polvo blanco y salió al pasillo, teléfono en mano. Marcó inmediatamente el número de su esposa.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mario nada más cortarse la exasperante canción de Marta Sánchez y Carlos Baute cuya hortera letra ya conocía de memoria,

acompañada de esa melodía tan repetitiva que le crispaba los nervios cada vez que telefoneaba a su mujer.

—¡Mario! ¡Mario! —gritó Ana al otro lado de la línea.

—A ver... ¿qué es lo que ocurre? ¡Tengo nada menos que ocho llamadas tuyas! ¿Está bien el niño?

—El niño sí, lo he dejado en la guardería hace una hora...

Ana rompió en sollozos y emitía sonidos guturales parecidos a las cañerías cuando se atrancan. Mario hizo acopio de paciencia.

—Entonces... ¿qué coño te pasa?

—Me han llamado los obreros...

Ana tartamudeaba entre gemidos y él no daba crédito. ¡Tanto alboroto por una simple llamada de los obreros! Quizá hubiera surgido algún pequeño problema con la obra, ¿y qué?, siempre surgen, pero eso no era motivo para tanta alarma. Mario resopló largo y tendido.

—¡Han encontrado un cadáver en nuestra casa! Mario... ¡en nuestra casa hay un muerto!

Tan brutal fue la sacudida en el pecho de Mario que el teléfono se le despegó de la oreja y la comunicación se cortó instantáneamente. Meneó suavemente la cabeza, tratando de concentrarse, de encontrar lógica explicación para aquel absurdo asunto. No había escuchado bien, simplemente se trataba de eso: había interpretado erróneamente las palabras de Ana. El alboroto en los pasillos era constante durante los cinco minutos que duraba el cambio de clase: profesores que iban y venían, que comentaban y recomendaban, puertas abiertas de par en par soltando incesantes bocanadas de ruido desde el interior de las aulas, alumnos corriendo hacia los lavabos con miedo a que el tiempo no alcanzara, esto y lo otro... Mario intentó atenuar el problema refugiándose en un recoveco que formaba la escalera en su descenso hacia el segundo piso y desde allí volvió a establecer comunicación, con la esperanza de que el ruido pasase de largo por el pasillo de arriba y así no obstaculizase en su conversación con Ana.

—¿Cómo dices? Creo que no te entendí bien... —manifestó, retomando el hilo de la deshilvanada conversación.

—¡Qué han encontrado un cadáver en nuestro piso! ¡Qué tenemos que ir inmediatamente para allá!

Si los niveles de sorpresa dispusieran de medida propia, el de Mario habría alcanzado valores alarmantes en ese preciso instante.

«¡Un cadáver en casa! Esas cosas nunca ocurren en la realidad, sólo en novelas baratas. No puede ser verdad. Necesariamente tiene que haber un error. ¡Vete tú a saber...! Ésta es algo corta de entendederas, está en el mundo porque en el mundo tiene que haber de todo, y lo mismo le dijeron que había surgido un entuerto y ella entendió que había un muerto» determinó Mario enseguida, apartando de un codazo el agobio que le estaba ocasionando tan descabellada conversación.

—Ana, de no ser porque sé que no bebes, diría que estás completamente borracha.

Desaparecieron los sollozos y hubo largo silencio al otro lado de la línea. ¿Se habría tratado de una broma? ¿Habría contactado Ana con alguno de esos programas de radio que se divierten embarcando a incautos en todo tipo de bromas molestas? No le parecía posible: ese tipo de chanzas no encajaban en la personalidad tímida y seria de su esposa.

—¡Haz lo que quieras! A mí me han llamado los obreros para comunicarme que han encontrado un cadáver al derribar el armario empotrado y yo me voy para allá ahora mismo, para comprobar lo que está ocurriendo y dar aviso a la policía si es necesario.

Ana insistía en lo mismo una y otra vez, y no aparecía por lado alguno la confirmación del locutor de radio, tranquilizándolo porque sólo se había tratado de una pesada guasa.

—¡Tú y tu armario empotrado! Te empeñaste en deshacerte de ese dichoso armario, ¿y ahora qué?, ¿cuánto espacio vas a ganar para la habitación del niño?, ¿quizá un metro cuadrado, o dos con un poco de suerte? —recriminó Mario, incomodado por el hecho de empezar la semana con semejante engorro.

—Pues mira, suerte que yo tuve esa idea o viviríamos con un cadáver en casa para los restos.

—¡Tonterías! ¡Qué cadáver ni qué ocho cuartos!

De momento, Mario prefería aferrarse a la posibilidad de que se tratase de un ridículo error. O de una broma agria. Lo que fuera, pero cualquier cosa mejor que arruinar los planes de todo el año que acababa de comenzar. ¡Menudo embrollo! ¡Un cadáver en casa, ni más ni menos! En aquel endemoniado piso, los problemas no paraban de surgir, como las malas hierbas. Primero las obras y ahora un muerto, casi nada.

—Mira, tú haz lo que quieras. Yo me voy para allá.

Ana fue tajante y después cortó la comunicación en seco; y él, completamente trastornado por la inusitada noticia y por los graves problemas que ya imaginaba le acarrearía caso de ser cierta, se dirigió a la Secretaría para comunicar que un grave incidente doméstico lo obligaría a ausentarse durante una hora, aproximadamente.

Dada la cercanía a la que se encontraba el piso que estaban reformando, decidió desplazarse a pie y, ya de paso, rumiar los acontecimientos por el camino, bajo la escarcha de aquella gélida mañana de enero.

Ya en el portal, optó por subir a pie, pese a no ser esa la alternativa más cómoda ni tampoco su preferida; pero sin duda era la forma más rápida de llegar, ver qué estaba ocurriendo allí, disolver rápidamente el problema, fuera el que fuera, repartir unas cuantas instrucciones claras y zanjar aquel lío cuanto antes. Miró hacia arriba, se encaró al oscuro hueco de la escalera con total decisión y el convencimiento de haber hecho una buena elección pues los ascensores (como todas las cosas) se retrasan

cuando de verdad se los necesita y con toda probabilidad estaría en el sexto, u ocupado, o puede que incluso averiado. Mejor ir a lo seguro. Dos, cuatro, seis, ocho, doce peldaños; y así tres veces hasta alcanzar el segundo piso.

Encontró la puerta entreabierta y la empujó sin contemplaciones, dispuesto a solucionar aquel entuerto en apenas un par de minutos y regresar al aula cuanto antes, pero se vio obligado a frenar su avance en seco y a maniobrar despacio a través del recibidor y del pasillo que lo seguía, sorteando bártulos varios: herramientas por doquier, una maltrecha escalera, un par de cubos desbordando cemento, pedazos de madera, una puerta desmontada y el polvo como alfombra. «¡Menudo desbarajuste! A ver quien adecenta esto luego, cuando se marchen los albañiles». Sin embargo, a pesar del desorden provocado por la reforma, en la casa reinaba un silencio extraño; podría decirse que inusual, tratándose de un lugar en obras; también imposible, de hallarse dentro varias personas, como era de suponer. Carcomido de inquietud, Mario soltó un bufido para ahuyentar el olor a polvo húmedo que se imponía a todo lo demás y siguió los pasos que, dibujados sobre el suelo, guiaban hacia el largo pasillo, primera puerta a la izquierda.

Ana y los dos albañiles, como tres pasmarotes inmóviles, taponaban la entrada a la habitación en cuestión y ni siquiera se percataron de su llegada. Los tres miraban, pasmados, hacia el lateral derecho, justo allí donde estaba ubicado aquel armario encastrado en la pared y disimulado bajo un enorme espejo dividido en tres lunas. Ana se había empeñado en eliminarlo porque, según ella, así el niño dispondría de más espacio donde jugar pero, sobre todo, porque Ana detestaba el anticuado decorado que en su día la madre de Mario había elegido con tanto esmero.

Antes de entrar para enfocar los ojos hacia aquello que acaparaba completamente la atención de los otros tres, reparó en que las lunas de espejo habían sido retiradas y descansaban apoyadas contra la pared del lado izquierdo; después tosió sin necesidad, para anunciar su comparecencia.

Al captar su presencia, Ana y los dos albañiles, los tres al tiempo, se replegaron rápidamente hacia la zona donde estaban los espejos; y ella, sin mediar palabra, apuntó con el dedo índice hacia el armario ya desvencijado. El olor a polvo húmedo era insoportable y Mario se quedó paralizado bajo el marco de la puerta, atrapado en el horror que desprendía la cara de su esposa: boca abierta, párpados que no pestañeaban, la piel del color de la luna... Miró a los dos albañiles: su expresión en nada difería de la de Ana. Y luego dudó entre acercarse para comprobar con sus propios ojos qué era lo que había causado tanto estupor en aquellos tres, o directamente llamar a la policía y así evitar el susto. Mario sabía que su propio nivel de tolerancia a la crueldad sucumbía ante unas pocas gotas de sangre, chorreantes, rojas y calientes, manando de cuerpo propio o ajeno; y temía provocar un lamentable espectáculo. Quizá se desmayase a causa del susto, podría hasta perder el habla temporalmente, e incluso arrastrar graves secuelas para el resto de sus días; pero sobre todo quedaría como un miedica ante los albañiles que ya habían mirado y

habían visto cuanto allí hubiera que ver, les defraudaría sin remedio si no actuaba como de él se esperaba: como actual propietario de aquel piso sabía que resolver aquella contrariedad, fuera la que fuera, era una obligación que le correspondía a él en exclusiva.

Inspiró hondo (varias veces), desplazó hombros hacia atrás, sacó pecho, encajó escápulas, apretó abdomen y, dispuesto a todo, se aproximó lentamente hasta situarse al lado de Ana, ya en el interior de la habitación. Una vez allí, volvió a inhalar profundamente y se armó de valor para enfrentarse al armario y a las vistas que pudiera ofrecer.

El suelo estaba alfombrado con restos de ladrillos y cemento; y el ropero, ya casi descuartizado y completamente despojado de su vestimenta de espejo, mostraba un hueco vacío en sus partes izquierda y frontal, pero en el lado derecho, sobre lo que quedaba en pie de un muro de ladrillo revestido de madera, asomaba el busto de una persona, disecada, expuesta la cara y el torso. Mario sintió que un dedo helado le recorría la columna vertebral y paralizaba su respiración. Sintió también que se ahogaba. Reaccionó apartando la mirada durante un par de segundos. Aquel espectáculo necesariamente tenía que formar parte de una pesadilla, de ninguna manera podía estar sucediendo en la realidad, pensó durante esos breves momentos en que mantuvo la mirada dirigida hacia el exterior de la ventana, al cielo gris que arrojaba la ciudad. Respiró hondo por tercera vez y volvió a enfrentar sus ojos con el armario, reparando esta vez en el trozo de tabique que aún quedaba sin derribar, el que ocultaba el resto del cuerpo, el que los salvaba de contemplar el espeluznante cuadro en su totalidad.

—¡Santo Dios! —exclamó Mario, tapándose la boca inmediatamente después, como si temiera ofender a la momia.

Después corrió a abrir la ventana para que se fugase aquel olor a polvo viejo, a humedad, a pelo, a ceniza...

—Al armario le robaron cincuenta centímetros de capacidad, luego metieron el muerto dentro, después levantaron una pared de ladrillo y finalmente la forraron con madera —explicó uno de los albañiles, el alto y calvo.

—Parece mentira que nadie se percatara de que el ropero había sido reducido —añadió el otro, el más bajo.

Y Ana, recién salida del trance, aconsejó, dirigiéndose a Mario:

—Yo creo que deberíamos llamar a la policía cuanto antes.

Mario estuvo completamente de acuerdo: la prioridad en ese momento era poner al muerto en manos de expertos. Sus manos temblaban mientras buscaba el teléfono allá por el fondo del bolsillo. Finalmente consiguió sacarlo y, a la primera, acertó a marcar los tres números mientras en su mente bailaban muchas otras cifras. Ahora resultaría imposible habitar aquel piso; aunque con mil capas de pintura lo cubrieran y mil reformas acometieran, serían incapaces de borrar aquel macabro espectáculo de su memoria. Además, la noticia coparía páginas y más páginas en todos los

periódicos, la ubicación del hallazgo correría por todo Valladolid como torrente ladera abajo, y se verían obligados a malvender el piso porque nadie en su sano juicio lo compraría a precio justo. En pleno mes de enero, Mario sudaba chorros de preocupación mientras abandonaba su mente al precipicio de las conjeturas.

Quince meses después

—Usted no padece enfermedad mental alguna, Alfredo. Tampoco es usted un perverso, ni un maniaco —repetía por enésima vez el doctor Velasco.

Alfredo Vega, sentado justo enfrente, no lo tenía tan claro por más que aquel psiquiatra que tanto le habían recomendado se reiterara en lo mismo una y otra vez, hasta la saciedad, en cada una de las dos consultas semanales a las que venía asistiendo desde hacía algo más de cinco meses, desde que el mundo lo engullera entero sin tan siquiera detenerse para masticarlo.

—Pues me comporto como tal —aseguró Vega, azuzado por un sentimiento de culpabilidad que lo perseguía como si fuera su propia sombra.

El doctor meneó la cabeza, acarició sus largas barbas blancas y añadió:

—Lo que le ocurre a usted, Alfredo, es muy común en nuestra sociedad, mucho más de lo que usted se imagina. Mírelo desde otra perspectiva: ¿es usted un hombre afortunado, Alfredo! Siempre dispondrá de más variedad dónde elegir.

El doctor remató la gracia con una sonora carcajada que no fue secundada por su paciente. En ese momento, a Alfredo Vega le pareció que resultaba muy fácil ironizar sobre la vida de los demás cuando las consecuencias no se sufren en carne propia. Aquel psiquiatra de mirada porcina no acababa de satisfacerle del todo, pese a las abundantes y buenas referencias recibidas sobre él. Su aspecto físico, de apariencia similar a la de Papa Noel, encajaba a la perfección con las características que desde niño Alfredo Vega había atribuido a la bondad, pero aquella mirada pícara y escudriñadora desestabilizaba tal apreciación porque parecía inspeccionarlo todo como si en vez de un psiquiatra fuera un detective de Scotland Yard.

El doctor, al comprobar que la áspera ocurrencia no había obtenido respaldo alguno, se puso serio de nuevo y, entrelazando las manos encima de la mesa, prosiguió con la terapia:

—Usted me comentó que había mantenido una larga relación con una mujer. Vega asintió.

—¿Cuánto tiempo duró ese noviazgo?

—Diez años.

El psiquiatra suspiró profundamente. Sin duda, le había parecido un periodo de tiempo demasiado prolongado como para que no quedaran secuelas.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que esa relación tocó a su fin?

—Dos años.

—Y en todo ese tiempo... ¿no se sintió usted atraído por ninguna otra mujer?

Alfredo Vega necesitó tomarse un tiempo muerto antes de contestar pues, aunque tenía muy clara la respuesta, no encontraba las palabras adecuadas para expresarla.

Últimamente, cada vez que escarbaba en el pozo de los recuerdos, en su garganta se acumulaban palabras de sabores varios: a reproche, a traición, a arrepentimiento, pero sobre todos ellos su boca degustaba el del amor herido. No obstante, finalmente consiguió discernir sentimientos y pronunciar la frase que más se ajustaba a la realidad.

—Por nadie más. Lo juro.

La escandalosa carcajada del psiquiatra sacudió las paredes de la sala. Después, el doctor comprobó la hora y sonrió con la misma calidez de un invierno ártico.

—¡Qué rápido se pasa el tiempo con usted, Alfredo! Ya es la hora. Ya hemos terminado la terapia. Por cierto... ¿ha tomado en consideración los consejos que le di en la última consulta respecto a retomar su actividad laboral?

—En absoluto.

—¿Puedo saber el motivo?

—Esperaré hasta que me vuelvan a admitir en la policía.

—¡Eso no será hasta dentro de cuatro años! Le han suspendido a usted de empleo y sueldo durante cuatro años. Alfredo, no puede usted quedarse parado durante tan largo periodo de tiempo porque, si lo hace, cuando llegue la hora de regresar a la policía, usted no será más que un viejo prematuro e incapaz de desarrollar trabajo alguno.

Alfredo Vega se encogió de hombros una vez más. Después sonrió con tristeza y media boca.

—¿Sigue matando el tiempo en ese banco del parque, dando de comer a las palomas y compartiendo espacio con octogenarios?

Las preguntas del doctor Velasco resonaban como un mazazo en la conciencia de Alfredo Vega, y escocían como un puñado de sal lanzado a traición contra los ojos abiertos.

—Si —confirmó el expolicía.

—¡Espabílese, Alfredo! ¡Aproveche el tiempo! Tiene usted mucha vida por delante.

Nuevo encogimiento de hombros por parte de Vega.

—¿Por qué no toma usted nota e imita a esa mujer? Adela se llamaba, ¿verdad?, la que se está haciendo de oro con la venta de la historia que debería haber sido contada por usted.

El psiquiatra se había levantado para acompañarlo hasta la puerta, pero aprovechaba el corto recorrido para esparcir sus últimos consejos. Y Alfredo Vega, en tanto, salía de allí cabizbajo, emitiendo un gesto indiferente y despidiéndose con la mano. Su psiquiatra, al que pagaba la friolera de cien euros por cada hora de consulta, lo tachaba de promiscuo y haragán. ¿Qué no harían los demás? Aquellos a los que no pagaba nada y por ende no acarreaban la obligación de mostrarse comprensivos con su «desviación», como más de uno había calificado su reciente historia de amor.

A las doce de la mañana, con el sol de primavera atacando en perpendicular, Alfredo Vega hubo de recorrer muchos metros en el parque de Campo Grande para encontrar un banco libre y a la sombra. Iba siguiendo el paseíllo que formaban los castaños de indias que, apostados como centinelas, se encargaban de encauzar la senda. Caminaba despacio, deteniéndose allí donde una paloma picoteaba algo en el suelo, allá donde los pavos reales exhibían su maravilloso plumaje; o un poco más adelante, donde varios jubilados jugaban la partida sentados alrededor de una mesa redonda; también en el estanque, cuya cascada siempre conseguía captar su atención porque el sol espejeaba sobre la superficie creando un efecto que no era para tanto pero que a él le parecía un espejismo futurista. O al final del sendero, donde unos cuantos abuelos practicaban ejercicio en aparatos habilitados para mayores. Siempre las mismas caras, siempre la misma rutina. Algunos ya lo saludaban al paso, otros lo miraban con el recelo que despierta un hombre tan joven y a la vez tan desocupado; también había quien le dedicaba una mirada de lástima, suponiendo una dramática historia laboral detrás de tanta inactividad.

Al final de la camino avistó un banco libre y a la sombra. Apuró el paso para que nadie se adelantara. Una ligera fatiga le indicó que había perdido mucha forma física. Desde que unos meses atrás lo suspendieran de empleo y sueldo no había vuelto a aparecer por el gimnasio. Ni por el gimnasio, ni por la comisaría ni por cualquier otro lugar susceptible de estar transitado por conocidos. No había vuelto a poner un pie en los adoquines del pasado. Aquel parque se había convertido en su refugio para las mañanas, cuando el grueso de la población pululaba por las calles y oficinas de la ciudad. Por las tardes se atrincheraba en casa, donde resistía múltiples invitaciones de su madre para ir a dar un paseo, visitar la parroquia, hacer compras, etcétera, etcétera.

Tomó asiento, aliviado. Allí, al fresco, agotaría las siguientes dos horas mirando sin ver, escuchando sin oír, huyendo del mundo, olvidando el pasado y sin ganas de enfrentar el futuro. Para él, el tiempo se había tornado lento y pesado como burla de la fugacidad de la vida.

Pero, empecinadas, las últimas palabras del doctor Velasco seguían retumbando en su mente. ¿Por qué no toma usted nota e imita a esa mujer? Una y otra vez, mil veces, al son del rugir de las fuentes y del ligero viento que mecía los árboles, Alfredo intentaba no pensar en las palabras del doctor Velasco y no conseguía pensar en otra cosa.

Y de tanto insistir, su mente, sin permiso, hizo germinar planes que fueron creciendo con el paso de los minutos hasta transformarlo en un hombre inmensamente rico, único habitante de una soberbia mansión, orgulloso conductor de varios automóviles de alta gama. El hombre del que hablaba todo Valladolid. Un hombre que no se cansaba de prosperar. Y, de pronto, ya no necesitaba esconderse porque todos lo aclamaban, brotaban los amigos en cada esquina y todos, sin excepciones, buscaban su compañía. De repente ya no era el perdedor y tonto del bote del que todo el mundo se apartaba sino que se había convertido en toda una

personalidad en la ciudad que lo había visto nacer, un hombre cuya compañía se cotizaba al alza. Ya no era un perverso sino un ganador con temperamento moderno y desinhibido.

Las palabras del doctor habían pulsado el resorte adecuado para hacerle saltar y, repentinamente, Alfredo Vega se levantó del banco como una exhalación, después corrió hasta su casa y entró con brío, para asombro de Florinda, su madre, que no lo había visto tan activo desde hacía meses y que temió que alguna nueva afección maligna se hubiera apoderado de su único hijo. Florinda, no obstante, nada preguntó. Hacía tiempo que evitaba las preguntas porque temía las respuestas. Simplemente, lo contempló mientras se metía en su habitación y se sentaba frente al ordenador, poseído por la urgencia de comenzar algo nuevo, o quizá de rematar algo viejo. Y Alfredo no se detuvo a conceder explicaciones, aunque sabía que su madre las necesitaba, pero no había tiempo para eso, había llegado el momento de pasar la guadaña por su pasado y por eso fue directo al grano, a crear un documento de Word nuevo, el que albergaría toda la historia que había comenzado aquel lunes día 21 de enero de 2013.

Quince meses antes

Era lunes, día 21 de enero de 2013, eran las diez y media de la mañana cuando recibí la llamada que provenía directamente de la Sala del 091 de la comisaría de Valladolid. En primer lugar tomé nota de la dirección que me facilitaban, y después continué apuntando los detalles de un hecho cuando menos rocambolesco: el hallazgo de una persona disecada en el interior de un armario. Según el operador del 091, la información había sido facilitada por un hombre al que le temblaba la voz, que había manifestado llamarse Mario García Criado y ser el dueño de la vivienda urbana donde había aparecido la momia.

—José Manuel, tienes que dejar eso que estás haciendo porque tenemos trabajo. Nos vamos a la calle Esgueva, que al parecer han encontrado un muerto dentro de un armario —ordené al único policía que había en la oficina en ese momento. Los demás se encontraban trabajando en la calle, en labores operativas.

—¡Qué cosas inventa la gente! —respondió José Manuel, intuyendo que se trataba de una simple broma sin asidero alguno en la realidad.

—Bueno, al menos habrá que ir a ver qué ocurre. —Justifiqué yo, también en la certeza de que alguien acababa de sufrir una pesadilla y que todo se arreglaría con unas palmaditas en la espalda y un «otra vez, tómese un café y asegúrese de haber abandonado el sueño antes de llamar a la policía.»

Sin conceder crédito alguno a la información recibida pero sabiéndonos en la ineludible obligación de hacer acto de presencia en el lugar, fuimos dejando atrás las pocas calles que nos separaban del destino: una yuxtaposición de austeros bloques vecinales a cuyos pies se apretaban en hilera los comercios de todo tipo. Una vez en la calle Esgueva y en el portal número 125, la curiosidad nos apremió y subimos los peldaños de escalera de dos en dos. En el segundo derecha encontramos la entrada abierta de par en par, ofreciendo vistas a un recibidor repleto de bártulos de obra y de polvo. José Manuel y yo nos miramos, extrañados de que no hubiera nadie en la puerta esperándonos. Anuncié mi presencia con un par de toque de nudillos en la puerta, al tiempo que me compadecía de quien tuviera que limpiar todo aquello. Se escuchaban susurros en una de las estancias interiores pero nadie respondía a mi llamada. Dejamos transcurrir unos segundos más hasta ver si alguien se presentaba y, poco después, en vista de que no salían a recibirnos, alcé la voz para preguntar si alguien de los presentes había requerido la presencia policial.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡He sido yo! —bramó un hombre desde el interior.

La emergencia que transmitía aquella voz me obligó a considerar el hecho de que quizá nuestras suposiciones se hallaban muy alejadas de la realidad.

—Preguntamos por Mario García Criado. —Grité yo.

—Soy yo. ¡Entren, por favor, rápido! —respondió sin tan siquiera asomarse.

Coloqué la mano derecha sobre la cartuchera y me aferré a la culata de la pistola antes de adentrarme en la vivienda, pues todo aquello era tan extraño que temí se tratara de una emboscada para freírnos a tiros sin opción alguna de defensa. José Manuel me seguía, de puntillas, quizá para no despertar al polvo que reposaba sobre el suelo. Avancé hacia el lugar de donde supuse provenía la respuesta y despegué la mano de la culata en cuanto me topé con un hombre sudando la gota gorda, con la cara y la vestimenta desencajadas.

—Yo soy Mario García Criado. Vengan, vengan por aquí. Aquí está.

Aquel hombre actuaba como un poseso y sus ojos verdes, saltones, de cristal, estaban completamente fuera de órbita y parecían haber visto no uno sino varios fantasmas. Traspasé la puerta detrás suyo. En la habitación había también una mujer y dos albañiles, supuestos causantes de todo aquel desorden. Los tres presentaban el semblante tanto o más desencajado que el de Mario y me recibieron con las bocas entreabiertas y el saludo colgando. Todos a una me señalaron hacia un lateral de la habitación y yo, instintivamente, miré hacia donde me indicaban aquellos cuatro brazos extendidos como bayonetas. Inmediatamente abrí bien los ojos para estar seguro de estar viendo lo que creía estar viendo; acto seguido, con el corazón en un puño, hice señas a José Manuel para que se acercara, y a los demás para que se replegaran hacia el lado izquierdo pero sin abandonar la estancia.

José Manuel, precavido, había traído consigo la linterna del coche policial y la enfocó para ver bien aquello que el día gris y un cacho de pared del armario todavía en pie nos impedía percibir como era debido. Y bajo la luz, a través del boquete, adquirió nitidez el cadáver de lo que parecía haber sido un varón de mediana edad. Se hallaba en estado de momificación, de pie, encastrado dentro de un habitáculo con las dimensiones justas para albergar su cuerpo; su piel de pergamino amarilleaba bajo la luz de la linterna ofreciendo un espectáculo dantesco. Acerqué mi cara a un palmo de la suya. Olía a polvo viejo y a muerte lejana. Es terrible lo que el paso del tiempo hace con nosotros.

—Quizá lleva aquí varios años. —Comenté.

—A simple vista no presenta heridas. —Completó José Manuel, hablando aceleradamente, como solía hacer cuando se veía sometido a algún tipo de presión. El tic del ojo derecho, que normalmente emitía un guiño cada cinco o seis segundos, cambió la frecuencia y ahora lo hacía al segundo.

—Antes de aventurarnos con más conjeturas hay que esperar hasta que lleguen los de Científica y el juez y lo saquen de ahí dentro. Encárgate de llamarles para que vengan y también de tomar la filiación de estas cuatro personas aquí presentes. —Ordené, nervioso por lo que preveía se me venía encima.

—Ahora mismo. —Acató José Manuel, visiblemente contrariado porque había sido yo quien primero había profetizado y, sin embargo, me tomaba la licencia de corregirle a él. Y yo, aunque consciente de mi error, no traté de enmendarlo porque en

ese momento carecía de importancia para mí, habiendo como había otros asuntos más urgentes que atender.

—¿Quién es el dueño de la vivienda? —pregunté, para corroborar, aunque el operador de la Sala del 091 ya me había informado de que el propietario era Mario García Criado.

—Yo. Yo soy. Y ella es Ana, mi esposa. —Respondió Mario, señalando hacia la corpulenta mujer que mataba el tiempo mirando al exterior de la ventana, como si lo que estaba ocurriendo en el interior no fuera con ella.

—Pues bien, las obras deben cesar inmediatamente. Todo debe quedar tal cual está. Además se precintará la vivienda y no podrá ser utilizada hasta que el juez conceda permiso. Creo que no necesito explicarles el motivo...

—No, claro que no. Lo comprendemos, pero... ¡Dios mío! ¡Esto va a ser mi ruina! —se lamentó Mario.

—El piso volverá a quedar a su disposición tan pronto culminemos la investigación. —Aclaré yo.

—No es eso..., no es eso... ¿Y cómo vamos a vivir ahora aquí? Y si nosotros no vivimos aquí... ¿quién querrá hacerlo? ¡No conseguiremos vender el piso ni por quinientos euros!

Decidí frustrar una conversación que no me incumbía; y lo hice, simplemente, pasando del comentario de Mario. Mi labor era otra: identificar el cadáver, descubrir quién había dado muerte a aquel hombre y por qué había sido sepultado en el interior de aquel armario. Y también decidí no desperdiciar ni un solo instante más y aprovechar los momentos de espera hasta la llegada del juez y policía Científica para indagar sobre las circunstancias del hallazgo e ir familiarizándome con el terreno que tendría que desbrozar. Con una clara señal de cabeza indiqué a los albañiles que me siguiesen hasta la habitación contigua. Mi intención era apropiarme de un primer testimonio verbal en el lugar de los hechos, en caliente, cuando la gente menos miente, cuando el cerebro ha quedado paralizado a causa del horrendo espectáculo presenciado y aún no ha transcurrido el tiempo suficiente para que sea capaz de activar de nuevo sus engranajes para, quizá, desvirtuar la realidad. Mi plan también pasaba por interrogar por separado a los albañiles y a los dueños de la vivienda.

Accedimos a una pequeña estancia colindante que permanecía cerrada y concentraba aire rancio y oscuridad a partes iguales. Uno de los albañiles tuvo la deferencia de subir la persiana y ante nosotros apareció una habitación luminosa, reluciente en su modestia y de estética un tanto dudosa, como indicaban el camastro de pino y el cuadro de la Inmaculada Concepción que lo presidía. Después, el mismo albañil abrió la ventana y dio paso al aire frío que entró directamente desde la calle para barrer aquel olor a encierro, a solera.

—¿Cuándo comenzaron las obras? —pregunté.

—Llevamos trabajando aquí una semana. Ya hemos retirado los azulejos de los baños y de la cocina, y hoy nos disponíamos a tirar abajo ese armario... —contestó

uno de los obreros, el alto y calvo.

—Cuéntenme lo que ha ocurrido hoy. —Atajé, cortando de raíz la extensa explicación sobre labores de remodelación de viviendas que aquel albañil se disponía a propinarme, seguramente de buena fe, creyéndola de utilidad.

Los dos hombres se miraron, extrañados. «¡Es evidente lo que aquí ha ocurrido, usted mismo lo ha visto con sus propios ojos!» me gritaban las agitadas expresiones de sus caras.

—Me refiero a por qué estaban ustedes derribando ese armario, quien se lo ordenó, a qué hora llegaron aquí, en qué momento hallaron el cadáver... —aclaré, mientras subía la cremallera de mi anorak hasta rebasar el cuello. Refuguí también las manos en el interior bolsillos. Aquella ventana abierta conectaba directamente con el Polo Norte.

El más bajo se rascó la cabeza, pensativo; luego miró al alto antes de responder, como si necesitara de la licencia del otro para contestarme.

—Nos lo ordenó la dueña, Ana creo que se llama. Hoy llegamos a las ocho de la mañana, como todos los días...

—Después nos pusimos a desmontar el armario —interrumpió el alto y calvo—. Primero retiramos el espejo frontal, que se dividía en tres hojas que cubrían las puertas correderas, y, aunque ya no estaban como en sus mejores tiempos y tenían algunos desperfectos, decidimos conservarlos por si pudieran tener alguna utilidad a futuro. Uno nunca sabe, quizá se pueda aprovechar para otras cosas...

—¿Y luego? ¿Qué hicieron luego? —atajé yo, poco interesado en lecciones de reciclaje.

—Luego cogimos el mazo y empezamos a deshacer lo que quedaba del armario. Y al asestar un mazazo en el lateral..., encontramos el tesoro...

—Lo que si hemos comentado, ¿verdad, Luis?, —intervino el más bajo— al quitar los espejos, fue que el armario parecía más amplio de lo que en realidad era, y nos preguntamos para qué habrían colocado tres puertas si bastaba con dos. Además, la madera que tapaba el lateral donde está el muerto es diferente de la otra: esta es madera mucho más oscura. ¡No entiendo cómo los dueños no se dieron cuenta de esto!

—Y la pared de ladrillo que ocultaba el cadáver era muy inestable. Tampoco comprendo cómo ha aguantado en pie. Sujetado por la madera que la reviste, supongo. —Añadió el alto, que ahora yo sabía que se llamaba Luis.

Hiné la mirada en el suelo, pensativo, tasando las palabras que debía pronunciar a continuación. Yo deseaba subrayar la evidente gravedad del caso y, al tiempo, evitar la provocación de innecesaria alarma en los dos albañiles que, supuestamente, nada tenían que ver en el asunto. Y, a falta de experiencia en homicidios, decidí guiarme por la lógica, la mejor consejera en caso de duda.

—Deberán ustedes suspender las obras inmediatamente...

Los dos hombres asintieron en silencio, resignados.

—Y ustedes serán llamados a declarar en la comisaría...

De nuevo los albañiles aprobaron mis palabras con sendos cabezazos y nuevas muestras de resignada conformidad ante unos hechos impuestos por la mala suerte.

—El juez tiene conocimiento del hallazgo y con total seguridad se presentará aquí lo más pronto que sus obligaciones se lo permitan, y ustedes no podrán abandonar este lugar hasta que Su Señoría lo consienta, pues quizá él desee interrogarles a ustedes personalmente. Después se precintará la vivienda y, como ya les indiqué anteriormente, no se podrán reanudar las obras hasta nuevo aviso.

—Y nosotros..., ¿podremos atender entretanto los trabajos que tenemos pendientes en otros lugares? —quiso saber Luis, obviamente preocupado por su economía.

Luis, al lado de la ventana y vestido con un mono de trabajo, tiritaba de frío pero no parecía darse cuenta de ello.

—No creo que exista problema alguno en que ustedes continúen con su trabajo, en otro lugar, por supuesto. Lo que sí les puedo adelantar es que, con toda probabilidad, se verán obligados a interrumpir su labor caso de ser requeridos para prestar declaración como testigos, bien sea en dependencias judiciales o bien porque les citemos nosotros para cualquier aclaración que pudiera surgir durante esta investigación.

—Por supuesto, faltaría más. —Respondieron al unísono.

El macabro descubrimiento y el inesperado revés que consecuentemente ocasionaba en su ritmo laboral, unido al hecho de verse inmersos en la para ellos desconcertante burocracia judicial y policial, había puesto nerviosos a los dos albañiles. El más bajo agotaba cigarrillos sin descanso, el humo volaba por la ventana para confundirse con la neblina matinal; mientras Luis, el otro, sacaba los colores a su mentón de tanto arañarlo sin piedad.

Agotadas las preguntas que en aquel momento yo consideré necesarias, los dejé en aquella habitación contigua a la escena del crimen, batiéndose con sus muchas dudas, y me fui en pos de Mario y Ana.

Con el trámite de anotación de datos personales ya cumplimentado y a la espera de mi llegada portando nuevas órdenes, José Manuel y los dueños del piso habían escapado de la dantesca escena y se apelotonaban en el recibidor donde, entre los trastos de la obra y el polvo acumulado, mantenían una amigable charla. Al acercarme escuché palabras inconexas, aderezadas con alguna risa por parte de José Manuel. «¿Qué le causará tanta gracia?» me pregunté. Intencionadamente, endurecí el gesto para que me ayudara a poner orden en aquella improvisada reunión informal y, con determinación, me planté en el centro de la escena. La conversación se detuvo repentinamente.

—¿Se conocían ustedes? —sondeé, guiado por el amiguismo que mostraban hacía tan sólo unos segundos.

Se sucedieron múltiples gestos de sorpresa y negación; y, mucho después, una explicación.

—Estábamos hablando de la reforma, de lo que cuesta en dinero y de la labor que queda por hacer una vez los albañiles se van dejándote desplumado. —Respondió José Manuel, riendo a boca llena. Una boca enorme, de labios gruesos y dientes alargados.

Hice caso omiso de aquel conato de chiste y me acerqué a Mario con la intención de conocer la identidad de las personas que habitualmente residían en aquel piso; pero, previamente, comprobé la hora: más de veinte minutos habían transcurrido desde que José Manuel diera aviso al juez y a la policía científica. Meneé la cabeza en un gesto mecánico que pretendía traducir mi incompreensión ante tal demora, hasta que una sencilla explicación se me ocurrió casi de repente: quizá los compañeros de la policía científica estaban esperando por el juez para venir todos juntos. De ser así, la tardanza podría prolongarse durante mucho más tiempo aún, quizá horas, porque quedaríamos a merced de la agenda del juez. Decidí continuar rentabilizando la espera.

—¿Es usted es el dueño de este piso? —pregunté de nuevo, dirigiéndome a Mario.

Mario alzó la mirada buscando la mía. Era un hombre bajito, no alcanzaba el metro setenta de estatura e intentaba remediarlo manteniéndose tieso como una vara.

—Sí, actualmente sí.

—¿Actualmente...?

En ese momento me pareció que el caso aún era susceptible de complicarse mucho más. La escueta aclaración de Mario traía implícito el hecho de que, no hacía mucho tiempo, había habido al menos otro dueño; lo que también multiplicaba el número de personas sospechosas.

—Lo heredé de mi madre, que en paz descansa. Ella falleció hace unos meses, concretamente el día dos de julio del pasado año. Mi padre también ha muerto, yo soy hijo único y, por tanto, único heredero.

Asentí, preocupado: no había demasiados sospechosos pero sí que podía haber demasiados secretos yaciendo en las tumbas junto con sus portadores, y siempre es preferible (y también más productivo) indagar entre posibles responsables vivos a escarbar entre secretos ya enterrados.

—¿De qué murió su madre? —quise saber.

—De infarto, según pronosticaron los médicos. Tenía setenta y cinco años y, aparentemente, gozaba de buena salud, pero ya ve usted...

—¿Habitan ustedes esta vivienda actualmente? —continué preguntando, dirigiéndome a Ana, que en ese momento me pareció ansiosa de participar en la conversación.

—No, aún no. —Respondió ella con un fuerte tono de voz que iba en consonancia con su gran corpulencia—. Nosotros estamos viviendo en una casa a las afueras pero,

al heredar mi marido este piso, decidimos hacer algunas reformas con el fin de vivir aquí durante los días laborables. Ya sabe usted, para no tener que estar yendo y viniendo todos los días, porque la casa está a veinte kilómetros de la ciudad; y este piso, en cambio, se encuentra muy céntrico; idóneo para desplazarse a cualquier punto de la capital sin mayor problema, incluso a pie. Pero los fines de semana los pasaremos en la casa, en el campo. Y esta habitación iba a ser la de Daniel, nuestro hijo de dos años...

«La antítesis de la femineidad sí, pero muda no es» concluí.

—Tú y tu obsesión por ampliar la habitación para que el niño juegue en casa. ¡Los niños tienen que jugar en la calle, como hemos hecho siempre! —intervino Mario, apuntando a su esposa con el dedo índice, alzando su dura mirada hacia ella y blandiendo gestos despectivos para atacar la esclarecedora explicación de su esposa.

—¡Y mira tú por dónde! Si yo no tuviera esa «obsesión», como tú la llamas, conviviríamos con un cadáver dentro de casa durante toda la vida.

Estábamos presenciando una sesión de esgrima dialéctica en toda regla. Ana, brazos en jarras, no se quedaba corta en lo que a reparto de desdenes se refiere. Era una mujer alta y robusta, con cuello de león marino y cara colorada. Pero Mario, a pesar de encontrarse en inferioridad de condiciones, no se batió en retirada sino que arremetió de nuevo, subrayando una vez más los problemas causados por la innecesaria reforma y haciendo por primera vez hincapié en la personalidad histérica de su esposa allí presente, dando así muestras de acumular sobrada experiencia en ese tipo de golpes bajos. Ana resopló hasta despegar el flequillo de la frente y meneó la cabeza de un extremo a otro en señal de estar más que harta de su marido y de la absurda situación que estaban viviendo: con un cadáver en el armario y él insistiendo en que mejor hubiera sido dejarlo ahí y que no se enterase nadie.

Y yo, asombrado, asistía al combate verbal sin saber cuándo sería el momento idóneo para intervenir, pero masticando la sospecha de que quizá Mario tuviera algo que ver con el hecho de que hubiese un hombre muerto dentro de aquel armario. Su incomprensible insistencia en intentar convencer a su esposa de que aquello debería haber continuado como estaba (con cadáver incorporado), entraba en confrontación directa con las leyes de la lógica, de mi lógica al menos. Finalmente, cuando yo ya estaba decidido a interferir resolutivamente en la disputa para así apaciguar los ánimos y atajar el enfrentamiento ondeando bandera blanca, José Manuel se me adelantó.

—Bueno, si os parece, podéis debatir más tarde sobre este asunto. Ahora os estamos planteando preguntas relacionadas con la situación de la vivienda y creo, que dado el caso, deberíais continuar respondiendo.

Le agradecí a José Manuel el rescate con un gesto cómplice e inmediatamente solté la pregunta que ya tenía preparada desde hacía un rato.

—¿Y por qué han esperado tanto tiempo para acometer las reformas? Dice usted que su madre falleció a principios del verano pasado, han transcurrido varios meses

desde entonces...

Dejé la suspicacia por ahí colgando, a merced de quien quisiera recogerla. Y fue Mario, adelantándose a su esposa, quien aclaró los motivos del retardo.

—Porque al principio, al poco tiempo de morir mi madre, vino un hombre a visitarnos en varias ocasiones. Era un hombre joven, que deseaba comprar este piso a toda costa y que no parecía reparar en gastos, que decía haber sido vecino de mi madre y aseguraba que ella misma le había hablado de este piso y de sus excelencias. Durante un tiempo estuvimos sopesando la posibilidad de vendérselo pero, finalmente, decidimos quedárnoslo para utilizarlo como vivienda habitual. Siempre es más cómodo estar en pleno centro...

Mario había subrayado su explicación mostrándome las palmas de las manos abiertas, lo que para mí es signo de honestidad. Seguramente Mario decía la verdad pero, sin embargo, me extrañó el hecho de que hubiera alguien tan interesado en adquirir aquel piso a cualquier precio pues era cierto que el inmueble estaba bien situado pero, por lo demás, se trataba de una vivienda antigua con muchas reformas pendientes. Proseguí.

—Entonces, estábamos en que ustedes viven en una casa a las afueras y era su madre quién habitaba este piso, ¿no es así? —repasé.

—No, no es así. Mi madre se marchó de aquí hace once años, que son exactamente los que mi padre lleva muerto.

Levanté mi mirada al techo, tratando de buscar el cielo para dirigirle una plegaria. Mario iba liberando la información con cuentagotas, y cada nueva gota que soltaba era un torpedo contra las hipótesis que yo previamente había forjado. «Ahora va a resultar que esta vivienda estuvo cerrada, que hace años que nadie entra aquí y que el muerto vino a parar al interior del armario por obra y gracia del Espíritu Santo» pensé, ironizando sobre un suceso que se escapaba a mi comprensión como agua entre los dedos abiertos.

—Mis padres vivieron aquí desde que se casaron. —Continuó Mario—. Por eso, cuando mi padre murió, a ella la atacó la nostalgia. Decía tener la sensación de que los recuerdos intentaban ahogarla, que necesitaba cambiar de casa, que no podía continuar viviendo en un sitio donde su difunto marido se le aparecía en cada esquina. Y terminó trasladándose a un pequeño apartamento que habían comprado en vida de mi padre, no muy lejos de aquí.

Hay momentos en la vida que se pegan a la memoria como sanguijuelas. Fueron muchas las veces que recordé esas palabras pronunciadas por Mario y, aún a día de hoy, rebobinando aquella conversación, quince meses después, veo con total claridad dónde cometí el principal de mis muchos errores: en ese preciso instante debí haberle preguntado a Mario dónde vivía su madre, en qué calle, qué número; pero no lo hice y me conformé con un «no muy lejos de aquí». En cambio, dirigí mis preguntas por otros derroteros.

—Y, entonces... ¿esta vivienda ha permanecido deshabitada durante todo ese tiempo?

—No, nada de eso. Estuvo arrendada durante los últimos diez años. Mi madre la ofreció en alquiler poco después de marcharse a vivir al apartamento.

La historia de aquel piso se enredaba por momentos y yo comenzaba a sentirme agobiado. Busqué el llavero con forma de dado, aquel que mi madre me había regalado un día cualquiera de hacía ya algún tiempo. Estaba en el bolsillo de mi anorak. Lo apreté con fuerza mientras me preguntaba cuándo dejaría aquel hombre de dar quiebros a mis suposiciones, a la par que también consideraba que, caso de aparecer más bifurcaciones, la investigación se tornaría imposible por el exceso de posibles sospechosos y por el mucho tiempo transcurrido desde que los hechos habían tenido lugar pues, a juzgar por el aspecto del cadáver, podíamos estar hablando de varios años atrás.

—Francisca, mi suegra, lo alquilaba a estudiantes, principalmente. —Aclaró Ana.

—Con contrato, supongo...

—No firmaban contrato. —Repuso Mario enseguida, con el tono de voz palpablemente menguado y su cara flácida, rechoncha como hogaza de pan, ardiendo en llamas. Sin duda estaba contemplando la perspectiva de que apareciesen problemas con la Agencia Tributaria, ahora que el fraude iba a quedar al descubierto.

Y yo, que pensaba en todo menos en el fraude fiscal, percibía que el caso era susceptible de torcerse más y más con cada pregunta que yo enviaba al matrimonio y cada respuesta que ellos me devolvían. Ahora ya no se contemplaba un solo sospechoso sino, posiblemente, docenas. Un piso alquilado a estudiantes puede ser tan visitado como el Portal de Belén, donde entra todo el mundo para quedarse sólo durante un rato. Y cualquiera de aquellos visitantes podría ser el asesino. Y cualquiera, la víctima. Por lo poco que había visto, yo ya estaba en condiciones de asegurar que el muerto no tenía pinta de estudiante universitario, sino de un hombre de más edad, unos cuarenta años, quizá. Aunque lo mismo daba porque la edad tampoco resultaba esclarecedora: podía tratarse de cualquiera que hubiera tenido relación con los habitantes de la casa o que, circunstancialmente, se encontrara en ella.

—Y, por casualidad... ¿sabe usted si su madre conservaba algún tipo de documentación referente a los inquilinos? —pregunté, tratando de averiguar si el azar, o acaso la precaución de la dueña del piso, me habían dejado algún cabo suelto al que agarrarme.

—El piso lo gestionaba mi madre; nosotros no tomábamos parte en ese asunto, ni para bien ni para mal... —aseguró Mario, señalando a su mujer con la barbilla para incluirla también entre los libres de culpa.

Y yo temí lo peor: que un tropel de estudiantes hubiera ido pasando por allí sin que quedara constancia alguna.

—¡Pero está la carpeta! —intervino Ana, eufórica, segura de estar aportando valiosísima información.

Se tramó un silencio tenso. Mario miró a su mujer con tal ira e intensidad que, si las miradas fueran arma asesina, Ana ya estaría muerta. Mario era un hombre bajito, rechoncho y con una cara de bonachón que podía verse transformada en cuestión de segundos: los que tardaba en apretar los dientes y unir el poblado entrecejo para embestir con una mirada fiera.

—¿Qué carpeta? —preguntó Mario, emitiendo una corta sonrisa. Una sonrisa que se abría mucho más hacia el lado izquierdo, dando muestras evidentes de su falsedad. Los brazos cruzados trataban de ocultar unos puños apretados que reventaban con la hostilidad.

Y Ana, acobardada ante la inesperada reacción de su esposo, pareció dudar entre dar una contestación o fingir locura pasajera. Finalmente, huyó de la mirada de su marido y se encaró con la mía.

—La que encontramos en casa de tu madre... —aclaró, mirándome a mí pero respondiéndole a Mario.

Paseé mi mirada interrogante entre uno y otro cónyuge. Mario destilaba ira, sus ojos saltones estaban a punto de abandonar las cuencas, y por más que intentara disimular no conseguía mantener a raya su mandíbula inferior. Ana había enrojecido como pimienta morrón y escondía la mirada en cualquier parte para no tropezar con la de Mario. Y yo sospechaba que allí había gato encerrado.

—¡Ah, sí, la carpeta! —recordó Mario con sospechosa rapidez—. Mi madre anotaba en una libreta todo lo referente al alquiler. Y esa libreta, junto con otros documentos, están en el interior de una carpeta que rescatamos de entre sus pertenencias cuando ella murió. A punto estuvimos de tirarla a la basura, pero ya ve usted, finalmente decidimos conservarla. Con todo este lío de las obras se me había olvidado la existencia de ese dichoso cuaderno...

Mario se esforzaba para exculpar su escasez de memoria pero sus palabras no ofrecían credibilidad alguna. Correspondí con un gesto de mira-tú-por-donde.

—Pues no hace falta que le diga que, dada la gravedad de las circunstancias, debemos revisar el contenido de esa carpeta; por tanto, queda usted citado para comparecer en la comisaría de policía, grupo de homicidios, esta misma tarde. ¿A las cinco le parece bien?

Mi requerimiento dejó a Mario con la vista colgada en el vacío, como si estuviera reflexionando durante unos instantes. Con la mano derecha aprisionaba su cara de pan y al tiempo plegaba el velludo entrecejo. Quizá estuviera repasando mentalmente su agenda, o tratando de recordar la posible existencia de un compromiso ya adquirido, o de una gestión ineludible que le impidiera acudir a la cita en el día y hora que yo había señalado.

—¡Perfecto! —acordó finalmente.

—Traiga esa carpeta con usted. —Le advertí.

Él aceptó de inmediato.

—¿Ha desaparecido alguna persona en su entorno familiar o de amistades? —intervino José Manuel desde su relajada posición de arrimado a la puerta de entrada con brazos y piernas cruzados. Una postura inusitada en él: a sus casi cuarenta años, José Manuel seguía siendo hiperactivo y no paraba quieto ni un instante.

—No, nadie. Si tuviéramos familiares o amigos en esas circunstancias ya habríamos identificado el cadáver. —Respondió Mario, con buen tino, pues el muerto, aunque disecado, resultaría perfectamente reconocible para una persona que bien le hubiera conocido en vida.

—¿Nadie que...?

Sonaron un par de golpes secos y desconsiderados en la puerta. José Manuel se despegó de un salto y el interrogatorio se interrumpió bruscamente. Al fin, llegaba la juez de guardia acompañada de dos funcionarios de la policía científica. Reconocí a Su Señoría del Juzgado de Instrucción Uno y en parte me alegré de que me hubiese tocado en suerte. No es que la conociera personalmente pues sólo en dos ocasiones habíamos mantenido trato, pero en ambas ella me había demostrado ser persona competente y seria en el desempeño de su profesión.

Tras ella entró Salgado, el especialista de la policía científica, acompañado de otro policía más veterano. También me alegré al saber que Salgado iba a trabajar en el caso. Nos conocíamos desde niños, juntos habíamos cursado E.G.B y en mi memoria continuaban intactos aquellos partidos de fútbol ajustados al tiempo de recreo, los cumpleaños de amigos comunes y la rivalidad para ganar el amor de Laura; momentos que forjaron los cimientos de una amistad que se edificaría más adelante en la Escuela de Policía, cuando nuestros caminos volvieron a confluir muchos años después de haberse separado al terminar la enseñanza básica.

Fui corriendo hasta la habitación contigua para que los dos albañiles hicieran también acto de presencia y estuvieran disponibles para cualquier requerimiento por parte de la juez. Mientras tanto José Manuel, muy solícito, guiaba a Su Señoría hasta el lugar donde había sido hallado el cadáver, y ella se movía con prisa, con el paso elástico y determinado de quien no está acostumbrado a perder el tiempo. Los demás los siguieron y, una vez allí, los gestos de asombro no se hicieron esperar: la juez consiguió reprimir a tiempo el grito que pugnaba por salir de su boca. La escena impresionaba por insólita pese a la ausencia de sangre en el lugar, a que no se apreciaban heridas visibles en el cadáver, a que gran parte del olor ya se había fugado por la ventana para confundirse con el aire frío de enero, y a que el estado de momificación en el que se hallaba el cuerpo formaba una especie de barrera psicológica que, en cierto modo, despojaba al escenario del dramatismo amenazante que aportan los hechos cercanos en el tiempo, pues lo que allí se veía había ocurrido meses, quizá años atrás.

Me acerqué a la juez y la puse al corriente de la situación, explicándole todo lo que referente al suceso había averiguado, al detalle y en orden cronológico. Ella

ahogaba exclamaciones con la mano mientras asimilaba los hechos, después sacudía cabeza y melena para otorgarme su aprobación. La juez del Juzgado de Instrucción Uno era una mujer joven, rubia, delgada y despierta.

—¿Quiénes son los dueños de la vivienda? —quiso saber la juez.

Y Mario, que por su proximidad había escuchado la pregunta, se presentó enseguida, dispuesto a conceder cualquier aclaración. Mario estaba alterado, sofocado, nervioso. Y la juez, libreta en mano, fue enunciándole su propio catálogo de preguntas, que al final resultó ser un plagio de las que yo ya le había formulado anteriormente, aunque con un planteamiento mucho más refinado.

Entretanto, Salgado tomaba fotografías efectuando un primer examen de la vivienda. Decidí acompañarlo en su recorrido. Un amplio recibidor distribuía la planta: el salón a la izquierda, la cocina de frente, y del lado derecho partía un largo pasillo que, a su vez, volvía a repartir el resto de la casa en dos habitaciones y un baño a mano izquierda, y la habitación de matrimonio, con baño propio, de frente y al final del corredor. El piso era amplio, unos cien metros cuadrados calculados a ojo, como correspondía a los construidos cuarenta años atrás, antes de que las familias menguaran hasta el límite máximo permitido so pena de tener que dejar de usar el nombre «familia». Sin embargo estaba amueblado con austeridad franciscana y la decoración era insulsa, además de escasa y desfasada: apenas el mobiliario básico, algún que otro cuadro de mercadillo, un par de jarrones del «todo a cien» y un antiguo reloj de pared latiendo en el salón. Los suelos estaban vestidos con una especie de baldosa fría, gastada y anticuada; y a las paredes y techos no les vendría mal una capa de pintura. Por lo demás, era un buen piso.

Una vez finalizado el reportaje fotográfico de la casa, Salgado procedió a medir el hueco del armario con precisión.

—Murias, toma nota de las medidas. —Ordenó a su colaborador.

Murias se equipó de bolígrafo y papel.

—Dos metros y veinte centímetros de alto total, de los cuales cincuenta centímetros corresponden al maletero, el cual se haya separado del resto del armario por un tablón de madera. Dos metros y diez centímetros de ancho, sesenta y nueve centímetros de fondo. ¿Lo has anotado?

Salgado miró a Murias, que continuaba registrando las últimas cifras.

—Ahora vamos con la obra en cuestión.

Continuó midiendo.

—Cincuenta centímetros de largo por sesenta y nueve de fondo por un metro setenta centímetros de alto, separado del resto del ropero por un tabique de ladrillo forrado de madera, sumando el referido tabique una anchura de ocho centímetros, cinco de los cuales corresponden al ladrillo y tres a la madera.

Yo asistía al desfile de cifras sin prestar demasiada atención. En realidad, tal exactitud resultaba intrascendente para mi labor, que consistía ni más ni menos que en averiguar quién era aquel hombre y por qué yacía muerto en el interior de aquel

inmenso armario al que habían robado cincuenta centímetros sin que nadie se enterara.

Se dispusieron después a despejar el habitáculo donde se hallaba el cadáver. La pared (o lo que quedaba de ella) apenas opuso resistencia al mazazo que, de interior a exterior y por orden de la juez, le propinó Luis, el albañil alto y calvo. El tabique se dio por vencido y claudicó a la par que una nube de polvo se expandía por la habitación buscando la abertura de la ventana para darse a la fuga. Al mismo tiempo, los ladrillos desmenuzados se desparramaron por la habitación formando gran estruendo y dejando el cadáver al descubierto. De nuevo abundaron las exclamaciones de asombro. Uno de los obreros, el más bajo, elevó la voz para reafirmarse en su certeza de que aquel tabique era una chapuza. Su Señoría lo llamó inmediatamente a su presencia para que aclarase el comentario y manifestase su opinión sobre si aquel muro pudiera haberlo construido cualquier persona por inexperta que fuera en asuntos de albañilería.

—Suponemos que ha sido introducido en el armario mientras aún duraban los efectos del rigor mortis. —Opinó Salgado tan pronto el albañil más bajo dejó de arremeter contra el desconocido e inexperto colega que había levantado aquel tabique.

—¿Podría aclararme esa suposición? —preguntó la juez, libreta en mano y dispuesta a tomar nota.

—El cuerpo está de pie, arrimado al lateral derecho del armario. Por ese motivo sospecho que lo han encajado en este hueco cuando aún se encontraba rígido; y después, al desaparecer el rigor mortis, la pared impidió que el cuerpo se derrumbara hacia el suelo.

A la aclaración siguió el silencio por parte de la juez y las docenas de flashes que Salgado enviaba al muerto desde distintas posiciones.

—¿Lo sacamos, Señoría? —preguntó Salgado media hora después.

—Procedan. —Concedió la juez.

El especialista en policía científica y su ayudante se afanaron en apartar los escombros a los que había quedado reducido el tabique. Después, cuidadosamente, extendieron una manta sobre el suelo en el lugar ya despejado. A continuación, con guantes en las manos y mascarilla en la boca, con mucho cuidado y algo de reparo, retiraron el cadáver de su alojamiento y lentamente lo posaron sobre la manta, procurando no desvirtuar la pose que durante tanto tiempo había mantenido dentro del habitáculo. Observando la escena, tuve la sensación de que aquel cuerpo momificado pesaba muy poco pues los gestos de los dos policías apenas se movieron de su sitio. Después, de repente, tan pronto el cuerpo tocó suelo, los presentes quebramos el expectante silencio con exclamaciones y suspiros agarrotados, incesantes estornudos provocados por el polvo removido y algún que otro grito ahogado. También salieron a escena la camiseta amarillenta, cuyo color original resultó imposible discernir, el pantalón vaquero y los tenis Adidas que vestía el

hombre en el momento de su muerte y que ahora, de tan abundantes que le quedaban, impedían adivinar la original corpulencia de su silueta. En cambio, si que se apreciaba bien la piel de pergamino pegada a los huesos de cara y brazos, aprisionando la carne seca; y el pelo, convertido en una maraña de pelusa que fácilmente se desprendería con un soplo; y los ojos, como dos orbes grisáceos que nadie se había molestado en cerrar en su momento; y también la boca, abierta mostrando los dientes descarnados.

—Dentro del armario resultaba menos impresionante. —Comentó alguien de los presentes.

Murias lanzaba docenas de fotografías, desde todos los ángulos, de frente y de perfil. Entretanto, Salgado medía su estatura y el tamaño de sus pies; y enseguida determinó:

—Se trata de un varón, Señoría. Mide un metro setenta centímetros y calza del cuarenta y dos. No porta joyas ni reloj, tampoco parece exhibir tatuajes, no al menos visibles. No se aprecian heridas, no al menos importantes. Y, dado que sus rasgos son parcialmente identificables, yo diría que es de raza blanca y que a fecha de su muerte contaba unos cuarenta años de edad. Se encuentra en estado de saponificación...

—Creí entenderles que está momificado. —Interrumpió la juez.

—Yo, sin pretensión de inmiscuirme en el ámbito forense, me atrevería a decir que está saponificado. —Insistió Salgado.

—El forense se encargará, en su momento, de despejar dudas. No obstante, y a modo de aclaración, me gustaría saber qué le lleva a usted a extraer esa conclusión en tan corto espacio de tiempo.

Y la juez, que aún no había aparcado su libreta de tomar notas y se disponía a volver a usarla, aguardó con interés la respuesta del policía. Salgado apartó lentamente la mascarilla con que la que se protegía la boca; y la parsimonia empleada en el gesto me indicó que estaba buscando las palabras adecuadas para transmitir los conocimientos adquiridos en alguno de los cursos de Policía Científica a los que había asistido.

—Ambos procesos, momificación y saponificación, suelen permitir la identificación del cadáver dado su buen estado de conservación externa, como vemos aquí —se puso de cuclillas y su mano enguantada acarició con cuidado el rostro del muerto—. Pero, en el caso de la momificación, además, y dado que se produce por deshidratación y, consecuentemente, desecación de los tejidos, los órganos internos también se conservan; mientras que en el proceso de saponificación la conservación nunca es tan completa debido a que los órganos internos se destruyen por putrefacción. Pues la saponificación es un proceso de transformación del cadáver que consiste en el cambio químico que presenta la grasa corporal al convertirse en un compuesto similar al jabón. El proceso comienza en las partes del cuerpo que contienen mayor cantidad de grasa y va extendiéndose por el resto. En cambio, los

órganos internos apenas sufren esta transformación por lo que en ellos la putrefacción sigue su evolución normal.

Me quedé asombrado (y creo que la juez también, a juzgar por el brillo de su despierta mirada): Salgado había desplegado con esmero toda su profesionalidad, que no era poca.

—Pero aún no hemos tenido ocasión de comprobar el estado de los órganos internos, inspector.

Salgado preparó el contraataque.

—Cierto. Y será el forense, al examinar el cuerpo, quien determine su estado con certeza.

—Entonces... ¿por qué se aventura usted a llamarlo saponificación? —insistió la juez.

—Por las condiciones medioambientales, Señoría. Para que se produzca la momificación se requieren altas temperaturas, gran ventilación y escasa humedad. Cuando estas tres circunstancias confluyen, el cadáver pierde peso, la piel presenta una coloración pardo-oscuro y se hace dura. Este cadáver también presenta una coloración parda, es cierto, pero tirando al claro, no al oscuro. En cambio, para la saponificación es necesaria humedad y falta de ventilación. Yo, dado el lugar donde ha permanecido oculto, con carencia absoluta de ventilación, me decantaría por la saponificación.

—Así que, de este modo, sería la circunstancia ambiental de ventilación la que nos llevaría a inclinarnos por un estado u otro. —Aventuró la juez.

—Cierto, Señoría. Además del examen interno, claro está. Lo que sí confirmo es que, a simple vista no se aprecian heridas, ni de ataque ni de defensa. —Concluyó Salgado para así poner el broche de oro a una magistral clase de medicina legal.

Y la juez, al fin satisfecha con la explicación, preguntó si alguien entre los presentes había conocido a aquel hombre; a lo que todos fuimos negando por turnos. Entretanto, los policías de Científica concluían la sesión fotográfica y comenzaban el registro pormenorizado de las ropas y calzado, removiendo el cadáver a un lado y al otro en busca de documentación que pudiera identificarlo, o de cualquier pista que condujera al esclarecimiento de los hechos. En ese momento yo (y creo que también todos los presentes) recibí con desagrado el nuevo olor que invadió la estancia y que hasta entonces había permanecido aletargado: era una condensada mezcla entre polvo, humedad y putrefacción. La juez usó la bufanda a modo de mascarilla y los demás nos valimos de manos, mangas de jerséis y pañuelos de papel. Todos miramos hacia otro lado durante unos instantes y sólo algunos se acercaron a la ventana para respirar aire un poco más puro.

El registro superficial de las ropas no se prolongó más allá de unos minutos. Levantaron la camiseta dejando al descubierto la piel cuarteada dibujando toda la osamenta. No había joyas, ni tatuajes, ni mucho menos documentación capaz de identificar el cadáver. A Murias le pareció que aquel registro, aunque superficial,

exigía también despojar al muerto de su calzado y, al intentarlo con el pie izquierdo, se escuchó un chasquido seco: el pie se había desprendido del resto del esqueleto y acompañaba al calzado en manos del policía. Inmediatamente, Salgado, su jefe, le conminó a dejar las cosas como estaban para no interferir en la posterior labor que llevaría a cabo el forense. Y después procedieron a la revisión de los cinco bolsillos del pantalón vaquero, supuestamente azul en sus orígenes, ahora marrón como todo lo demás. En cuclillas, moviéndose a cámara lenta, Salgado y Murias procuraban no alterar la disposición del cuerpo mientras, alrededor, formando corrillo, siete espectadores quedaban paralizados por el interés que ofrecía el momento. Un gesto de sorpresa en la cara de Salgado me anunció que había aparecido algo en uno de los bolsillos traseros, y yo rogué para que su utilidad fuera tal que me ayudara a encauzar aquella complicada investigación. Enseguida, como un trofeo, Salgado levantó el brazo para mostrar lo hallado a la juez; y ella, sin apartar la bufanda de la boca, recurrió al gesto de alzar exageradamente la barbilla para con ello requerir una explicación. Y Salgado se puso en pie con parsimonia bien medida, inflando el misterio mientras iba desplegando lo que parecía un trozo de papel amarillento. Yo avancé un paso hacia él, con decisión y curiosidad; la juez me siguió, con mucha cautela y bastante remilgo. Y Salgado nos presentó el inesperado hallazgo: un trozo de papel de unos diez centímetros cuadrados, amarillo en algunas partes, marrón en otras y blanco en las zonas que habían quedado fuera de contacto con la ropa. Visto de cerca, y a pesar del evidente deterioro, se podía leer el mensaje.

—«Ama de casa sale de compras de 9 a 12 a.m. 666493» —leyó Salgado en voz alta.

—Es de suponer que estas seis cifras formen parte de la numeración de un teléfono móvil, lo que ocurre es que las tres últimas resultan ilegibles, están completamente borradas por coincidir la doblez justo en el lugar donde estaban impresas. —Aclaró después, acercándole a la juez el papel para que también ella pudiera leerlo sin necesidad de tomarlo en sus desenfundadas manos.

La juez lo observó con curiosidad y después anotó el mensaje en su libreta.

A continuación, varias macro tomadas desde todos los ángulos posibles immortalizaron el hallazgo, mientras en la habitación florecía la imaginación de los presentes. «Se tratará de una casualidad..., no creo que signifique nada..., al no estar completo..., pobre hombre, quizá quiso decirnos algo con esa nota...» «Suposiciones y más suposiciones; albañiles, propietarios de la vivienda, juez y policías, cada uno a su manera querían aportar su granito de arena; todos a una ante el intrincado misterio que sobrevolaba el número 125 de la calle Esgueva de Valladolid».

—Es un anuncio de periódico. —Aseguró José Manuel, elevando la voz para hacerse oír entre el murmullo.

—Eso creo yo también —secundó la juez—. No obstante, debe comprobarse. Quizá tenga relevancia en el caso, o tal vez no, pero es necesario investigarlo. Al igual que también deben remitirme lo antes posible el atestado policial en el que se

recojan las circunstancias de la aparición de este cadáver, filiación de las personas que lo encontraron y de los propietarios de la vivienda donde fue hallado, declaraciones y todo lo que resulte relevante para el caso; así como mantenerme informada de cuánto vaya sucediendo, investiguen o descubran referente a este suceso. —Dispuso a continuación.

Aunque muy joven y en apariencia inexperta, había en su voz una autoridad que mataba toda réplica. Instantes después ordenaba el levantamiento del cadáver y daba por concluida la necesidad de su presencia en el lugar.

Poco después, y a la vista de que el cadáver no aportaba nada más, Salgado también dio por finalizada su labor y tapó el cuerpo con trozos de papel que siempre llevaba en el maletín y que harían las veces de improvisados sudarios hasta la llegada de los empleados de la funeraria.

—Lo de antes fue una revisión superficial, por eso creo que ahora deberíamos inspeccionar la casa minuciosamente. —Me sugirió Salgado.

—Hay que hacerlo, por pura rutina, pero seguramente no encontraremos nada aquí. El cadáver lleva meses en el armario, puede que incluso años, y desde entonces es mucha la gente que ha pasado por aquí, ya que este piso estaba alquilado a estudiantes; por eso la lista de sospechosos puede ser tan larga como la guía telefónica. —Respondí.

Salgado se encogió de hombros. Mala suerte para el investigador del caso, quiso decir con tal gesto.

Apresuradamente, Mario se acercó a nosotros con un gracioso gesto de perfecto anfitrión que anticipó el desenvaine de un estoque.

—Lo siento, pero es inútil que revisen la casa porque no encontrarán huellas. Hemos realizado una limpieza general no hace mucho, yo mismo la contraté con una empresa de limpieza.

Mario mostraba la misma estabilidad que un flan. Creo que sabía que (añadido al engorro que le suponía la paralización de las obras y los posibles problemas que con la Agencia Tributaria le pudieran surgir a futuro) él se había convertido en nuestro sospechoso número uno, el que encabeza la lista para que le adjudicásemos la autoría de aquel dantesco crimen. Supuse que lo había deducido de las inquisitivas miradas que todos nosotros le dirigíamos y también de las reiteradas preguntas que, por lo bajo, le lanzaba José Manuel mientras el resto estábamos pendientes del trozo de papel hallado en el bolsillo del muerto.

—¿Y tienen ustedes por costumbre contratar limpiezas generales previamente al inicio de una obra? —pregunté, sin esconder la guasa, cabreado ante el rosario de nefastas coincidencias que iban apareciendo a cada momento para complicarme el caso un poco más, si cabía.

—No, no, para nada. Es que, en principio, no habíamos previsto efectuar reformas; pero después, casi de repente, mi mujer se empeñó en «adecentar» algo esto, como ella dice. Ya sabe usted cómo son las mujeres...

Mario había tratado de sacar las castañas de su fuego armando una broma absurda y sin gracia, y aliñándola luego con una risita retorcida, para más guasa. Y Ana, su esposa, lo observaba con los brazos cruzados y cara de mala leche, emitiendo gestos de evidente desaprobación. Aparentemente, Ana parecía estar barajando entre la opción de mantenerse callada y la de presentar oposición a las observaciones machistas que su marido estaba desplegando ante todos nosotros; pero finalmente, dando muestras de inteligencia y buena educación, ella optó por lo primero.

—Ya veo ya..., pero..., de todas formas, tendremos que revisar toda la casa, incluido trastero y garaje, si tiene, en busca de posibles pruebas. —Intervino Salgado.

Seguidamente, Mario, empleando ademanes de mozo de hotel, nos invitó a abandonar aquella estancia para dirigirnos a las demás de la casa; y, sin mediar más palabras, la comitiva formada por los ocho presentes y precedida por el propio Mario se trasladó de habitación en habitación, abriendo cajones, revisando armarios, removiendo ropas de cama, sorteando bártulos de obra y escudriñando minuciosamente cada rincón en busca de algo, cualquier cosa susceptible de guardar alguna relación con el asesinato y conducir directa o indirectamente al asesino.

Apenas una hora después estábamos de nuevo en el punto de partida, pues la casa no ofrecía más que muebles baratos, adornos de mercadillo, ropa de casa con cientos de lavados a la espalda, mucho polvo de obra y restos de azulejos desperdigados aquí y allá. Decidimos entonces bajar al garaje para terminar allí nuestro reconocimiento a la propiedad heredada por Mario.

La presencia de los dos albañiles ya hacía tiempo que no me era necesaria y por eso los despedí a pie de escalera. El más bajo me tendió una mano firme, dura, rugosa y con el tacto de una lija. El otro, Luis, se encaminó escaleras abajo con el semblante preocupado. Y los que allí quedábamos nos metimos en el ascensor, envasados como sardinas en el reducido espacio, para descender hasta la base del edificio.

La plaza de aparcamiento, desocupada, eran dos líneas rojas delimitando los laterales de un espacio más bien escaso. Una puerta gris, de metal, y la pared acotaban su parte frontal. Mario nos informó de que esa puerta daba acceso al trastero, también de su propiedad. La franqueó para nosotros y una bocanada de tinieblas nos dio la bienvenida. Ana se apresuró a dar vida a una bombilla de bajo consumo que pendía del techo y que arrancó lenta, demorando varios minutos en iluminar lo suficiente aquel angosto hueco como para que pudiéramos distinguir cada categoría de los diversos objetos que allí se amontonaban sin orden alguno: una tinaja desgastada, algunos juguetes viejos y mutilados, azulejos de distintas formas y colores, muebles inservibles, mantas polvorientas y nada capaz de ayudar a esclarecer lo ocurrido algún tiempo atrás.

De nuevo en la vivienda, Salgado y Murias guardaron sus útiles de trabajo dentro del maletín plateado y abandonaron el lugar con el deber cumplido. Como especialistas en policía científica les competía la recogida y análisis de cualquier vestigio hallado en el lugar de los hechos; pero detener al asesino era labor mía y sólo

mía, como investigador del caso. Y yo navegaba en mar revuelto, por un lado me intrigaba y fascinaba aquel caso digno de la mejor novela negra, una perita en dulce para cualquier inspector de homicidios; pero al mismo tiempo temía no estar a la altura de las circunstancias y lamentaba mi falta de experiencia en la investigación criminal.

Junto con José Manuel y los propietarios de la vivienda permanecí en el recibidor aguardando la llegada de la funeraria que trasladaría el cadáver al Instituto Anatómico Forense, donde le sería practicada la autopsia. Y una vez más, decidí aprovechar aquel indeterminado tiempo de espera.

—Hábleme de su madre. —Le espeté a Mario.

Él no ocultó su sorpresa, infló el pecho y se puso más tieso aún, si cabía. Seguramente se estaría preguntando qué tenía que ver ella en todo aquel asunto; y determinando que, aunque lo tuviera, ya estaba muerta y no podría comparecer ante la Justicia para defender su inocencia o pagar por su culpabilidad. Y, al mismo tiempo, era seguro que Mario no olvidaba lamentarse del marrón que su progenitora le había legado junto con aquel piso.

—Mi madre se llamaba Francisca y, como ya le dije antes a usted, falleció hace unos meses, concretamente el día dos de julio del año pasado, a causa de un infarto...

—Ciertamente, eso ya lo sé. Pero ahora quiero que me cuente algo acerca de la vida de Francisca, algo que no me haya contado antes. —Atajé, tratando de esquivar el vano discurso que yo preveía iba a soltarme Mario.

—Ella era una simple ama de casa y nunca trabajó en otra cosa. Ya sabe usted, costumbres de la época: la mujer en casa, como Dios manda. Se casó con mi padre siendo muy joven, a los diecinueve años para ser más exactos, como también era costumbre por aquel entonces: al regresar de la «mili», a casarse con la novia de toda la vida...

Ahugué un bufido. Aquel hombre sería capaz de hacer perder la paciencia al mismísimo Santo Job.

—Mis padres compraron este piso al poco tiempo de casarse, y lo fueron pagando a letras, como todo hijo de vecino, a base de muchos sacrificios pues en un principio mi padre no tenía empleo fijo e iba de trabajo en trabajo. Estaba a lo que salía y no le salía mucho. En esos medios mi madre sufrió cuatro abortos y en 1970, cuando ya habían perdido toda esperanza de lograr descendencia, nací yo. Un año después mi padre tuvo la suerte de entrar a trabajar en la Renault y allí continuó durante veintinueve años, hasta que se vio obligado a retirarse aquejado del cáncer de colon que le llevaría a la tumba a principios del año 2002. Por lo demás, poco hay que contar, pues mis padres llevaban una vida como todo el mundo en aquellos tiempos: trabajaban como galeotes y ahorraban como hormiguitas. Nada de vacaciones, nada de ir al cine, nada de salir a cenar... En definitiva, nada de gastos innecesarios. Y, gracias a esa vida de austeridad, pudieron pagar las letras de este piso y comprar luego el apartamento al que mi madre se trasladó poco después de morir él...

Dos trabajadores de la funeraria interrumpieron el relato a golpe de timbrazos. Ana se apresuró a abrirles la puerta y yo, de momento, hube de darme por satisfecho con las triviales explicaciones que me había dado Mario.

A la espera de instrucciones (que tardaron en llegar porque yo continuaba desmigando datos), los funerarios permanecieron de pie bajo el marco de la puerta de entrada; donde uno de ellos, el mofletudo de la cara colorada, escogió a Mario para mantener con él un lenguaje mudo en palabras pero muy locuaz en gestos. «¿Dónde está?» preguntó el de pompas fúnebres elevando exageradamente el mentón. «En esa habitación» indicó Mario apuntando hacia la primera puerta de la derecha con el dedo índice tieso como un misil. «Lo lamentamos» manifestó el empleado de la morgue, agachando la cabeza. «Es lo que hay» respondió Mario encogiéndose de hombros.

Yo supuse que, seguramente, los trabajadores de la morgue (gente por lo general discreta y silenciosa) no habían sido debidamente informados, tampoco habían consultado, y a su llegada a la vivienda creyeron encontrarse ante los afligidos parientes de algún anciano fallecido por causas naturales. La confusión, sin embargo, tardó muy poco en disolverse y el ensayado gesto de pesar que los funerarios traían consigo mudó tan pronto accedieron a la habitación en cuestión y se encararon al dantesco espectáculo que allí se presentaba. Ojos abiertos como gritos, aspiraciones profundas, pechos inflados reteniendo el aire, miradas interrogantes, manos a la cabeza y narices arrugadas fue cuánto nos ofrecieron a continuación. No obstante, y aunque la curiosidad picara fuerte, hicieron gala de gran profesionalidad y, absteniéndose de plantear preguntas indiscretas, se limitaron a actuar con la rapidez de un rayo. En menos de un minuto el cuerpo sin nombre era apenas un bulto en el fondo del frío plástico gris en el que lo transportaban escaleras abajo como si de un fardo postal se tratara.

Ana y Mario se aseguraron de que tanto las luces como la grifería de la vivienda quedasen debidamente desconectadas y salieron para el rellano de la escalera. A continuación José Manuel y yo precintamos la puerta con varias tiras de cinta policial que colocamos en forma de aspa.

En la calle nos aguardaba un enjambre de reporteros que nos echaron los micrófonos encima tan pronto asomamos en el portal. Y yo, resuelto y mudo, me abrí paso entre el mar de flashes y corrí a refugiarme en el coche policial sin haber abierto la boca. La momia... ¿era hombre o mujer? ¿Cuántos años lleva emparedada? Son las preguntas que ahora mismo recuerdo y que me fueron planteadas en plena carrera hacia el coche. ¡Ya lo sabían todo! Quién les había avisado tan pronto y de dónde habían sacado la información era (y sigue siendo) un misterio para mí.

Recalamos en la oficina del grupo de homicidios pasadas las cuatro de la tarde, aún con el vello erizado y el estómago contraído por la gran cantidad de sobresaltos que habíamos masticado (y tragado) a lo largo de las horas previas, y que se batían en duelo contra el hambre (también de horas) hasta ver quién ganaba en la cruenta batalla por acaparar nuestra atención. No obstante, de camino, habíamos intentado (en vano) engañar al estómago con un vino y un par de tapas. Y un café después, para activar el cerebro.

—El propietario, el tal Mario, no me gusta ni un pelo. Hay que averiguar si tiene algo pendiente con la Justicia. —Le comenté a José Manuel escaleras arriba, de camino hacia la segunda planta.

—¿Te refieres al dueño?

José Manuel, a sus treinta y nueve años cumplidos, varios de ellos trabajando en el grupo de homicidios, dos hijos a medio criar y barba completamente cerrada, hacía a veces preguntas que de tan redundantes sonaban a pura burla. No es que fuera corto de entendederas, nada de eso, pero a menudo transitaba por otro mundo, uno muy distante a donde las preguntas no le llegaban claras, dificultad que él solventaba lanzando al aire una consulta tonta para, de esa manera, ganar el tiempo necesario para regresar al planeta Tierra y, una vez aquí, concentrarse y responder debidamente. Esos lapsus creo que eran como una especie de «descanso» que su cerebro se tomaba de vez en cuando, pues José Manuel era hiperactivo y desasosegado, no paraba quieto y su mente estaba continuamente maquinando sobre cualquier asunto, ya fuera laboral, doméstico, personal, o lo que fuera. Además, aunque nos hallábamos separados por varios escalones de jerarquía policial, él se consideraba con derecho a tutearme y, de vez en cuando, también a desautorizarme. Y yo creo que era debido a que, a causa de mi juventud, me juzgaba carente de las aptitudes y de las actitudes que él suponía debía abanderar todo mando policial.

Florinda, mi madre, ya me había advertido acerca de que esa posibilidad se me presentase. «Debes tener cuidado, hijo. Debes exigir que te traten con respeto. Tienes aspecto demasiado joven, casi imberbe, y ese estilo “casual” como lo llamáis ahora, puede causarte más de un problema» me previno Florinda tan pronto tuvo conocimiento de que yo estaba llamado a ocupar la jefatura de homicidios. Y en ese momento yo le respondí a mi madre con una simple sonrisa, convencido como yo estaba de que sus consejos habían quedado completamente desfasados, pues ella era de la opinión de que todo jefe, sea cual sea la jefatura que ostente, debe vestir traje y corbata, como es debido, como ha sido siempre, como marcan las buenas costumbres. En ciertos asuntos, mi madre vivía ajena al correr de los tiempos.

—Si, claro, al dueño, a Mario. No me ha gustado su forma de encajar todo esto. Me parece inaudito que siga recriminándole a su mujer el hecho de que ella quisiera retirar ese armario. Yo entendería esa posición si, por ejemplo, el único problema fuera que los albañiles le hubieran causado un gran estropicio para realizar esa pequeña obra, pero no cuando ha aparecido un cadáver. ¡Por el amor de Dios! Debería darle las gracias a ella por haber tenido esa idea y, sin embargo, tengo la sensación de que él hubiera preferido vivir para siempre con el muerto dentro de casa.

—En eso tienes razón, Alfredo. A mí también me pareció extraño, por eso le estuve haciendo preguntas mientras los compañeros registraban las ropas de la momia pero, o es muy buen actor, o anda tan perdido como nosotros.

—También está la forma de tratar a su mujer, esa actitud tan chulesca...

—Bueno..., ella tampoco parece candidata a «miss simpatía» que digamos.

—No, pero tampoco es una mujer desagradable, si obviamos su aspecto de «marimacho».

—Tiene las espaldas más anchas que las mías, que ya es decir. Y encima ese pelo tan corto y canoso..., no sé..., le da un aire de bollera, de pertenecer a la acera de enfrente...

—Eso tampoco viene a cuento ahora mismo. Él, Mario, es quien adopta una actitud sospechosa y, además, es el heredero y actual propietario —intervine al ver que José Manuel enfilaba por abruptos derroteros—. Vas a encargarte tú de buscar toda la información que tengamos sobre él; y también hay que recopilar las fichas de todos los varones desaparecidos en Valladolid, para comprobar si sus rasgos coinciden con los del muerto. Sus facciones son reconocibles, al menos eso me pareció a mí.

—Si dejamos de lado ese color de cirio viejo, la boca abierta cuánto da de sí el maxilar y los ojos hundidos hasta la nuca..., si, podría ser...

—A pesar de todo eso, a mi me pareció reconocible. Si viéramos una fotografía del susodicho en vida, yo creo que lo identificaríamos... Tú busca en los ficheros, dentro de unas fechas razonables, claro está, desde hace diez años para acá, por poner un margen suficientemente amplio. No creo que consten muchos varones desaparecidos en esta provincia y en ese espacio de tiempo.

En la oficina nos recibió un calor más que agradable e instintivamente toqué con la mano el radiador que había al lado de la puerta de entrada: estaba ardiendo. A los de mantenimiento se les había ido algo la mano con la caldera, supuse.

José Manuel tomó posición en una de las mesas para cumplir con el cometido que yo le había encomendado, y yo me metí en la «pecera» (nombre con el que habíamos bautizado a mi pequeño despacho limitado por paredes de cristal, cuyo diseño yo detestaba porque sus tres laterales acristalados trastocaban mis naturales deseos de disfrutar de algo de intimidad aún en el ámbito laboral). Comprobé la hora en el móvil: aún faltaban treinta minutos para la llegada de Mario. De no ser por la maldita «pecera» me recostaría en el sillón y trataría de echar una corta siesta, pensé. Me

encontraba completamente agotado. La demoledora jornada que estaba viviendo se unía al cansancio que acumulaba desde tiempo atrás y que yo achacaba a la cama donde dormía. Por aquel entonces (y aún a día de hoy) yo vivía con mi madre, viuda, en el piso de siempre. Y también dormía en la habitación de siempre, la de mi infancia y adolescencia, enroscado como un caracol en mi antigua cama de setenta centímetros de ancho por ciento ochenta de largo, ahora incapaz de albergar mi cuerpo de metro noventa y ochenta kilos de peso. Aquella habitación era para mí como un puente entre pasado y presente; un puente que yo cruzaba cada día de un lado a otro, llevando y trayendo cosas. Llevando preocupaciones, miedos e inseguridades del hoy; intentando traer la alegría, la despreocupación, el tiempo libre y los sueños del ayer cuando, empujado por la inocencia propia de la edad, yo soñaba con trabajar en la policía, vestir de «paisano» y pertenecer a la «secreta». Y lo había conseguido pero, aún así, algo se había llevado el sosiego que yo debería estar disfrutando al ver parte de mis sueños cumplidos. Pese a ello (o quizás debido a ello) yo no cobraba tranquilidad ni de día ni de noche, ni durante la semana ni en festivo, a ninguna hora y en ningún momento; y yo sabía muy bien el motivo por el cual aquel sentimiento de culpa, de mala conciencia, me aguijoneaba sin darme tregua.

El estridente sonido del teléfono rasgó el silencio. Desde el control de seguridad me informaban de que Mario se dirigía hacia nuestras oficinas. Salí inmediatamente a su encuentro, para guiarlo a través de aquella maraña de pasillos que se ramificaban desde el central, con sus despachos a un lado y al otro.

Mario llegaba acalorado, traía el pelo tan mojado y la cara tan encendida como si hubiera aprovechado el trayecto para practicar *footing*. En la mano derecha portaba una carpeta de cartón, gastada y decolorada.

—¿Llego a tiempo? No recuerdo si me han citado para las cuatro y media o para las cinco. —Pregunto, comprobando la hora con nerviosismo.

«Este hombre, o es así de raro, o tiene algo (o mucho) que ocultar» pensé al verlo con el abrigo en la mano y los goterones de sudor manando de su frente. A mí me constaba que afuera el día continuaba siendo gris, calmo y frío; un día propio de invierno. Y dentro, aunque la calefacción estaba algo más subida de lo habitual, no había tenido tiempo aún de surtir efecto sobre él, que acababa de llegar. Tal sensación de bochorno no podía derivar, pues, de ningún condicionante externo.

—Llega bien, le habíamos citado a usted para las cinco en punto.

Lo invité a pasar a la «pecera» y le acerqué una silla para que tomase asiento.

Sentarse y proceder a abrir la carpeta fue todo uno. Del interior extrajo una libreta de tamaño mediano, con las tapas rojas, desgastadas. Yo observaba el proceso fijándome también en sus manos: eran regordetas, pequeñas, blancas, mantecosas. Sentí una pizca de repugnancia.

—Esto es todo lo que hay. —Dijo él mientras abría la libreta y sacaba un sobre de papel que guardaba entre las páginas y que sostuvo con la mano izquierda mientras con la derecha iba separando cuidadosamente las hojas del cuaderno, cuadriculadas,

pobladas con números y letras escritos en una caligrafía tambaleante que denotaba pocas horas de enseñanza escolar.

Al ver que Mario estaba dispuesto a remover todas las páginas sin aclararme nada, solicité su permiso para tomar la libreta. Yo tenía prisa por acceder a su contenido pues esperaba que aquel viejo cuaderno fuera capaz de responder a buena parte de mis interrogantes. Mario la desplazó hacia mí, con la mano, a lo largo de la mesa. Después se levantó, salvó distancias y se situó a mis espaldas, dispuesto a ofrecermé su ayuda para descifrar aquella maraña de burdas anotaciones. Y yo, al igual que suelo hacer cuando leo el periódico, busqué una de las últimas hojas escritas.

—Septiembre de 2010. —Pronuncié en voz alta.

El epígrafe se presentaba en letras mayúsculas, centrado y subrayado. Enseguida Mario me abasteció de abundantes aclaraciones:

—Ese es el mes en el que entraron los últimos inquilinos. Si lee el final de la anotación verá que pone «*JUNIO DE 2012*», esa es la fecha en la que se marcharon.

Avancé un par de páginas y, efectivamente, esa frase cerraba las anotaciones.

—Bajo el apunte «*SEPTIEMBRE DE 2010*» figuran los nombres de las tres personas que han arrendado el piso entre una y otra fecha: Sandro Ramírez Montalbán, Benito Gómez Rodríguez y Diego Alonso Redondo. Los tres varones, los tres naturales de Villalba de los Alcores, provincia de Valladolid, los tres estudiantes y los tres nacidos en el año 1991, según indican las fotocopias de los documentos de identidad que mi madre guardaba en este pequeño sobre. —Me explicó Mario.

Mario me extendió el sobre amarillento que aún sostenía en su mano izquierda para que yo realizara comprobaciones si así lo deseaba. Lo abrí y extraje las fotocopias, algo arrugadas, salpicadas con pequeñas manchas grasientas, pero con los datos legibles. En cambio las fotografías, en blanco y negro y algo borrosas, no permitían apreciar debidamente los rasgos faciales de los tres estudiantes; pero el parámetro «edad» los eximía a todos ellos de ser considerados como víctima, al menos en el caso que yo investigaba.

—Su madre, Francisca, era una mujer muy precavida. —Observé mientras repasaba los apuntes.

—Anotaba todo lo referente al alquiler, y también pedía fotocopia del DNI a todos los inquilinos. Claro que también puede haber venido alguno después, vivir allí con los demás, y mi madre no enterarse...

Asentí. Existía esa posibilidad, por supuesto. Y enseguida volví a centrar mi atención en el contenido del cuaderno. Al lado de los nombres, entre paréntesis, la palabra «estudiantes» aclaraba a qué se dedicaban los arrendatarios de doña Francisca. Y Mario, muy diligente, ya había vuelto a tomar el sobre y a guardar las fotocopias del DNI de los tres estudiantes. Yo agradecía su colaboración pero me sentía incómodo con él acechando a mis espaldas, observando a saber qué,

moviéndose como rabo de lagartija, apestando a sudor nervioso y carraspeando sin parar.

Bajo los nombres de los inquilinos se desplegaban tres columnas de cifras, encabezadas por las palabras: *MENSUALIDAD*, *LUZ*, *AGUA*. Las tres en mayúsculas y subrayadas. Debajo de cada palabra una cantidad y, al lado de la cantidad, entre paréntesis, la letra «C» también en mayúsculas.

—Esa «C» significa «cobrado» —me aclaró Mario—. Son las cuantías correspondientes al alquiler, agua y luz. Las cifras son las cantidades a cobrar y la letra significa «cobrado» —volvió a aclarar.

Yo estaba asombrado ante la minuciosidad que había ostentado la arrendataria. Francisca, pese a su evidente carencia de estudios, había resultado ser una eficaz contable.

—¿Y conserva usted todas la facturas de luz y agua?

—Sí, sí, por supuesto. También traigo las facturas. Mi madre lo guardaba todo.

Mario echó mano de la vieja carpeta que había posado sobre la mesa y de su interior extrajo un manojo de papeles atados con una goma. Los observé con interés pero mi intención no era analizarlos pormenorizadamente en presencia de Mario, sino revisarlos de forma superficial en ese momento y estudiarlos con más detalle cuando él ya se hubiera marchado.

Mario rozó mi espalda al echarse hacia adelante para señalar una cifra que figuraba en el apartado «*MENSUALIDAD*», y yo fui incapaz de reprimir el gesto de repulsa que surgió del contacto con aquel pecho mantecoso que desprendía un calor capaz de calar el jersey de lana y la camiseta de algodón que yo llevaba puestos, para alcanzar después mi piel de lleno. Me moría de ganas de pedirle que se sentase enfrente y que abandonase mi retaguardia de una puñetera vez, pero me estaba resultando de gran ayuda para desenmarañar las cuentas de Francisca y no era momento adecuado para mostrarme descortés. Siempre fui partidario de usar las palabras como instrumento, no como arma; pero aquel día me costó horrores mantenerme firme en mis convicciones y no invertir los términos.

—Les cobraba quinientos euros mensuales de alquiler, lo que ocurre es que estos estudiantes decidieron reservar el piso durante los meses de julio y agosto de 2011 y, dado que no iban a vivir en él, acordaron con mi madre el abono de cien euros en concepto de reserva. —Explicó Mario.

—No se preocupe, puede sentarse, yo creo que ya me aclaro con estas anotaciones. —Aseguré, con el único fin de alejar a Mario de mis espaldas.

Yo lo había intentado, pero había sido incapaz de soportarlo. Él captó enseguida el mensaje velado y se apresuró a sentarse en una de las dos sillas que yo le había ofrecido a su llegada.

—¿Y estos estudiantes conservaron la llave durante el verano?

—Sí que la conservaron, pero me consta que no iban por allí.

En ese instante, al final de la frase, me pareció atisbar una pizca de nerviosismo en las manos de Mario que, apoyadas sobre la mesa, no paraban de jugar con la alianza de matrimonio. Decidí lanzarle un globo sonda, empleando tacto y palabras bien medidas, eso sí.

—Los dos ancianos que viven enfrente son los que mejor pueden saber si alguien acudía a la vivienda cuando permanecía desocupada. Esta mañana no han dejado de observar, bien por el hueco de la puerta entreabierta, bien a través de la mirilla o bien asomándose con total descaro.

Las manos de Mario se paralizaron repentinamente, como si la impresión no les permitiera continuar con el juego que se traían de mete y saca aquel anillo de compromiso. Me fijé en la hendidura que la alianza había ido grabando en sus manos de doncella: era profunda y violácea. Mario volvió a taparla con el anillo y yo decidí seguir explorando, para ello mi mente maquinó una mentira a la velocidad de un parpadeo.

—Hablé con ellos esta misma mañana y parecen enterados de todo cuando ocurre, no sólo en el edificio, sino en todo el barrio. —Mentí como un bellaco.

Mis palabras reaccionaron con la piel de Mario hasta ponerla color cangrejo. Él intentó ocultarme el estado de nerviosismo que lo dominaba pero su cuerpo lo traicionaba enviándole frías gotas de sudor que manaban por todos los poros de su piel. (En el poco tiempo que llevaba yo conociendo a Mario, y aunque estábamos en pleno invierno, siempre lo había visto sudoroso y colorado. «¡No quiero ni pensar cómo estará en verano!» conjeturé). Y luego estaban las manos, que no conseguía mantener quietas por más que lo intentara, no paraban de bailar encima de mi mesa. Fingí no darme cuenta de nada, enfoqué toda mi atención en la libreta de Francisca y continué pasando páginas hacia atrás.

—Desde septiembre de 2009 hasta junio de 2010 estuvo alquilado a Beatriz Malvar Díaz y a Noelia Malvar Alonso, supuestamente parientes, nacidas ambas en Medina de Rioseco y en 1990. Su condición de mujeres las exonera de ser contempladas como víctimas, aunque no como autoras del crimen. ¿Conoció usted personalmente a alguno de los inquilinos? —le pregunté a Mario, mostrándole explícitamente las copias de los carnés de ambas estudiantes y señalando las demás que había sobre la mesa.

Él se tomó su tiempo antes de entregarme respuesta. Se había quedado pensativo, con la mirada fija, como si su mente anduviera vagando por mundos lejanos.

—No llegué a conocerlas en persona. Ni a ellas ni a los otros, a ninguno de ellos. Y tampoco había visto sus fotografías hasta el día de hoy. —Respondió, señalando las fotocopias que yo tenía en las manos.

—¿Podiera ser que alguno de estos antiguos inquilinos aún conserve las llaves del piso?

Planteé esa pregunta pese a saberla absurda de principio: evidentemente, cualquiera de ellos podía haber copiado la llave y conservarla en su poder aún

después de abandonar la vivienda; pero era el camino necesario para llegar a donde yo quería ir.

—No es posible, mi madre era muy cuidadosa y cambiaba el bombín de la cerradura cuando los estudiantes se marchaban. De hecho, yo mismo tenía que sacar copia de las nuevas llaves cada vez que se mudaban los ocupantes.

Enarqué exageradamente las cejas y lo miré a los ojos, solicitándole una pronta explicación.

—Cuando se marcharon los últimos estudiantes, el veinticuatro de junio del año pasado, creo recordar...

Mario se detuvo en seco: estaba viendo el precipicio a tan sólo un paso.

—Continúe. —Inquirí yo, sabiendo que me encontraba en el momento álgido para ejercer presión.

—Esa misma semana, mi madre llamó al cerrajero. Poco después moriría de infarto.

No conseguí relacionar ambos acontecimientos: llamar al cerrajero y morir de infarto se me antojaban dos actos sin conexión posible. Volví a levantar las cejas, hasta ver si el otro me explicaba sus anteriores palabras.

—Hice una copia de las llaves dos días antes de morir mi madre.

—¿Por qué necesitaba usted una copia con tanta premura, dado que no residía allí? —indagué.

Mi intención era seguir enviando preguntas, avanzando en el interrogatorio con la actitud impasible de una apisonadora. Y Mario enrojeció de nuevo. Y de nuevo meditó largamente la respuesta. Entretanto se le iba descomponiendo el humor y se le iban traspapelando las intenciones.

—Yo solía ir por la casa de vez en cuando, sobre todo cuando se marchaban los estudiantes, para comprobar si la habían dejado en buen estado. Mi madre era una anciana y no podía estar en todo...

«¡Ésta sí que es buena! Primero me dice que la madre se ocupaba de todo lo referente al alquiler, y ahora me asegura que era muy anciana y que no podía estar en todo. ¡Miente tanto como un político!» deduje, amagando una leve sonrisa que Mario no llegó a percibir.

—Sin embargo, esas comprobaciones no se extendían al interior de los armarios, de lo contrario usted se habría percatado de que alguien había efectuado obras y de que el ropero había sido reducido en un tercio de su capacidad, ¿no es cierto?

Mario sudaba a chorros. Llevaba todo el día manando fluidos y el almacenamiento despedía un olor rancio que me revolvía el estómago. Dado que la «pecera» carecía de ventana, abrí la puerta para que se renovase el aire, se relajase el interrogado y se despejase el cargado ambiente que invadía la reducida estancia.

—Yo comprobaba el aspecto general del piso, pero no el interior de los armarios. —Justificó.

—¿Podría decirme si su madre comentó algo referente a que ella o alguno de los inquilinos hubieran efectuado obras en el piso?

—No, jamás mencionó nada al respecto. Es más, me atrevería a decir que mi madre nada sabía acerca de esa reforma. Por otra parte, los inquilinos suelen carecer de permiso para acometer obras porque eso suele correr a cuenta del propietario.

—¿Sabe si su madre alquilaba la plaza de garaje con la vivienda, o si lo hacía aparte?

—La alquilaba junto con la vivienda.

«Todo muy normal, todo muy extraño» concluí. Y, repentinamente, decidí paralizar el interrogatorio a Mario y continuar examinando el cuaderno. Había sembrado, abonado y regado abundantemente; no había que precipitar la cosecha, sino dar tiempo para que la planta germinara y madurara debidamente. Continué descifrando la documentación que tenía delante.

En el lapso de tiempo que mediaba entre la segunda mitad del año 2008 y septiembre del 2009, los consumos de agua y luz habían descendido hasta niveles mínimos, como si la vivienda hubiera permanecido deshabitada durante todo ese tiempo. Comprobé la hoja de anotaciones, allí donde se reflejaba el nombre del inquilino que la había ocupado en esas fechas. Se trataba de Joaquín Perea Martínez y había sido arrendatario de Francisca desde marzo del 2006 hasta agosto del 2009. Inmediatamente busqué la fotocopia del carné de Joaquín Perea y leí sus datos de identidad en voz alta: nacido el día 8 de marzo de 1970 en Peñafiel, provincia de Valladolid. «Trabaja», ampliaba Francisca al margen. «Lo han desplazado a Madrid, pero sigue con el piso y me pagará por giro postal el día uno de cada mes» figuraba anotado un poco más abajo, con letras más pequeñas y amontonadas para no rebasar los bordes del cuaderno. «Eso explica la bajada de los consumos» deduje yo. Acto seguido miré detenidamente la fotografía del documento de identidad de Joaquín Perea Martínez y, poco después, rompí también a sudar. Aunque la copia del documento se presentaba algo borrosa, aunque figuraba en blanco y negro, aquellas facciones... ¡se parecían mucho a las del muerto!

—¿Conocía usted a este hombre? —le pregunté a Mario con urgencia.

—No lo he visto en mi vida.

Al parecer Mario no había centrado su atención en los rasgos del cadáver, o no era muy observador que digamos.

Con manos ágiles, busqué entre la maraña de papeles que contenía aquel tesoro de carpeta. Me interesaban los recibos que documentaban los giros postales efectuados por Joaquín Perea, pero no los hallé. A cabo de varias vueltas repasando exhaustivamente toda la documentación, desistí.

—¿Mencionó alguna vez su madre algo referente a pagos mediante giro postal?

Mario se mostró sorprendido ante mi pregunta.

—No, pero la verdad es que no me solía dar cuentas. Ni a mi ni a nadie. Ella se lo guisaba y ella se lo comía.

«Salvo en lo referente a la comprobación del estado del piso. De eso te ocupabas tú». Ironiqué para mis adentros.

—¿Podemos quedarnos con una copia de esta documentación? —pregunté, más bien por cortesía, pues era evidente que no sólo «podíamos quedarnos» sino que «debíamos quedarnos», quisiera el dueño o no, dadas las circunstancias.

Mario, sin embargo, no parecía tenerlo tan claro y demoró su respuesta durante muchos segundos. Quizá estuviera librando su particular partida de ajedrez, sopesando los pros, los contras y lo que vendría tras la entrega de aquellos viejos papeles. Finalmente, asintió con un gesto de corto recorrido.

—Por supuesto, notificaremos a la juez que los documentos originales se encuentran en poder de usted, por tanto le aconsejo que los custodie debidamente y que no se deshaga de ellos ni los pierda pues, con total seguridad, le serán requeridos en el futuro. —Aconsejé.

Y llegué al final de las anotaciones (que en realidad eran el principio), para tener conocimiento de que había sido en el mes de septiembre de 2002 cuando el piso en cuestión había comenzado a rentar para Francisca. Entre ese mes y marzo de 2006 había alquilado la vivienda a Juan López López y Amanda Prieto Lorenzo. «Matrimonio joven, él trabaja, no tienen hijos», había anotado Francisca.

Una vez analizados los burdos apuntes sólo quedaba esperar hasta que José Manuel terminara de fotocopiar. Entretanto, un silencio tenso se apoderó de la oficina. Mario parecía incómodo, se mostraba impaciente y sus gestos protestaban ante lo que él consideraba un engorro que le había caído encima sin comerlo ni beberlo. Y yo rentabilizaba el tiempo de espera observando discretamente los gestos de Mario; pues bien sé yo que, si bien el lenguaje hablado se compone a voluntad, el lenguaje del cuerpo, con frecuencia, lo contradice; y que este último es totalmente sincero ya que se genera en los túneles de la subconsciencia. Taparse la boca o acariciarse los bordes con los dedos cuando uno está mintiendo, falsas sonrisas que tiran de la boca olvidando los ojos, brazos cruzados sobre el pecho para establecer una barrera defensiva, tocarse la oreja intentando bloquear las palabras que llegan dando en el clavo, rascarse el cuello ante un sentimiento de inseguridad, y un largo etcétera de gestos que llevamos a cabo inconscientemente y que dicen más de nuestros sentimientos y pensamientos que las propias palabras. Gestos que yo había aprendido a descifrar en un seminario sobre «El lenguaje del Cuerpo» al que había asistido años atrás, una vez culminados mis estudios de psicología.

Y Mario unió las manos en posición central (en señal de seria preocupación, a mi entender) antes de preguntarme:

—¿Cree que tendré que pagar mucho a Hacienda? ¿Ha investigado usted más casos de este tipo?

—Lo ignoro, pues la policía sólo atiende casos penales. Y este lo es, desde luego. Nosotros daremos cuenta al Juzgado de todo lo ocurrido, pero desconozco si ellos pondrán el asunto en conocimiento de la Agencia Tributaria, en lo que a la parte

económica se refiere, claro está. Nosotros, desde luego, no lo haremos sino que nos atendremos a la investigación criminal y a participar a la juez todo lo que vayamos averiguando al respecto.

Mario estaba a punto de lanzarme otra pregunta (también incardinada en el grupo económico, supongo) cuando José Manuel irrumpió repentinamente en mi despacho con las fotocopias en la mano. Mario se levantó sobresaltado, recogió los originales de manos de José Manuel y se dispuso a dejarnos. Como despedida, me ofreció una mano pegajosa y fría, con el tacto del pescado húmedo.

—Hay que localizar a todas estas personas —ordené a José Manuel al tiempo que apoyaba las fotocopias sobre la mesa e iba subrayando los nombres de los inquilinos de la señora Francisca—. Comprueba en primer lugar si constan sus datos en alguna de nuestros programas informáticos.

José Manuel se hizo cargo de la tarea con aparente indiferencia, pero dispuesto a iniciarla inmediatamente, lo cual me sorprendió bastante pues no solía ser lo habitual.

En ese momento sonó mi teléfono móvil, comprobé la procedencia de la llamada y después me apresuré a cerrar la puerta para que las palabras no volaran hacia el despacho colindante. Me senté en el sillón para atenderla, saqué mi dado del bolsillo y me dispuse a jugar con él, preocupándome principalmente de controlar los gestos de intimidad y alegría que sabía aflorarían de forma inconsciente y que podrían ser vistos desde cualquier parte gracias a los indiscretos cristales que me rodeaban.

—¿Llevas tú el caso de la momia?, ¿qué se sabe?, ¿tenéis ya algún sospechoso?, ¡Dios mío!, ¡no me lo puedo creer!

No me extrañaba haber recibido aquella llamada; es más, la esperaba con ansia. Pero imaginaba que versaría sobre temas más íntimos y no precisamente sobre el asunto que desde esa mañana era tema de conversación en todo Valladolid, que ya había tenido su hueco en el telediario de las tres de la tarde y que acapararía al día siguiente las portadas de todos los diarios nacionales y algunos internacionales.

La sucesión de preguntas relativas al caso criminal del cual yo me ocupaba destrozó la magia del momento como quien revienta una pompa de jabón. «¿Cómo se habrá enterado ya?, hasta mañana no saldrá en los periódicos..., ¿por los informativos de la televisión, quizá?, ¿por qué le interesará tanto este caso?» me preguntaba yo, con intención de solicitar aclaraciones inmediatamente, pero la repentina entrada de José Manuel partió la conversación en dos y me apresuré a pulsar el botón que dejaría la otra parte en suspenso hasta la noche.

—Amanda Prieto Lorenzo presentó una denuncia por desaparición de cartera con documentación. De eso hace un año. Supongo que seguirá usando el mismo número de teléfono y residiendo en el mismo domicilio... Del marido no encontré nada, y de los demás inquilinos tampoco. Por tanto, y dado que no disponemos de otros datos salvo los que aparecen en el documento de identidad, voy a contactar con la Guardia

Civil de los pueblos donde les consta tener residencia, para que los citen a comparecer aquí. ¿Para cuando digo a la Guardia Civil que los convoquen?

A punto estuve de sacar el paraguas para guarecerme de las salpicaduras de saliva que me llegaban desde arriba. Aquellos labios tan gruesos parecían incapaces de contener debidamente el líquido cuando su propietario se emocionaba un mínimo.

—Para mañana, veintidós de enero, a las cinco de la tarde. Hay que facilitarles un amplio margen de tiempo para llegar aquí porque seguramente tendrán que desplazarse desde sus pueblos.

—¿Todos a la misma hora?

—Sí, a la misma hora. Siempre hay quien se retrasa y quién se anticipa. Y, caso de que todos lleguen en tiempo, nos pondremos los cuatro a tomar las declaraciones. Disponemos de cuatro ordenadores y ellos son ocho, por tanto no habrá problema.

—Yo creo que es preferible convocarlos para distintas horas, para que no se vean obligados a esperar.

José Manuel, impermeable a mis negativas, opinaba de pie, con ambas manos apoyadas sobre mi mesa, marcando con su postura una posición superior, enfatizando sus gestos y modulando debidamente el tono de voz para mostrarme su (según él) sobrada experiencia en la investigación criminal.

Hice caso omiso.

—Bien podemos atenderlos a todos sin que por ello se vean obligados a esperar demasiado.

Y él correspondió con un mohín disgustado y varios guiños con el ojo derecho, pero se puso manos a la obra.

A falta de unos minutos para las nueve de aquella misma tarde habían sido confirmadas todas las citaciones excepto la de Joaquín Perea Martínez, y por ese motivo seguíamos a la espera de que la Guardia Civil de Peñafiel contactara con nosotros al respecto. Permanecíamos en la oficina, de brazos cruzados, cansados y deseosos de marchar a nuestras casas para descansar de aquella larguísima e insólita jornada de trabajo, incapaces de acometer tarea alguna sino mediaban unas horas de sueño y una buena comida.

Un par de minutos antes de las diez de la noche sonó el teléfono. Era el sargento Alonso, comandante del puesto de la Guardia Civil de Peñafiel, pueblo natal de Joaquín Perea Martínez.

Con voz firme, clara y bien modulada, el sargento Alonso me dio detallada cuenta de sus infructuosas gestiones. No había escatimado en trámites a pesar del poco margen de tiempo que le habíamos concedido, lo mismo que tampoco lo hizo después en aclaraciones para mí. Me explicó que, valiéndose de la documentación que constaba en los expedientes de aquel puesto de la Guardia Civil, habían localizado a los padres y a la esposa del susodicho y, puestos al habla con los referidos familiares

de Joaquín Perea, éstos aseguraban no haberlo visto ni saber nada de su paradero desde hacía casi cinco años.

Sufrí un leve escalofrío: yo sí que estaba casi seguro de conocer aquel dato.

—El día 15 de julio de 2008 —continuó el sargento— su esposa recibió un mensaje, enviado desde el teléfono móvil de Joaquín, en el cual él le comunicaba su intención de iniciar una nueva vida al lado de otra mujer, prometiéndole que le abonaría mil euros mensuales en concepto de pensión para los dos hijos comunes y advirtiéndole que no debía presentar denuncia por abandono de familia ni acudir a la Justicia por causa alguna o, de lo contrario, él abandonaría su nuevo puesto de trabajo, se trasladaría a vivir a Suramérica con su novia y ya nunca más le ingresaría dinero alguno.

Cuando el sargento Alonso concluyó su extensa y completa explicación (durante la cual yo no tuve ocasión de intervenir) aproveché para solicitarle los datos de la esposa de Joaquín, pues tenía intención de visitarla en breve, quizá al día siguiente.

«Pero... si Joaquín es el muerto... y si desapareció en julio de 2008... ¿eso significa que nunca salió del piso! Y que alguien le comunicó a Francisca que Joaquín se iba a Madrid, que alguien continuó pagando el alquiler durante... ¡casi un año! Para ganar tiempo y tapar el asesinato, se supone...» mi mente bullía elaborando hipótesis e ingeniendo posibles soluciones mientras mis ojos repasaban las anotaciones realizadas por Francisca y mis manos giraban el dado obligándolo a cambiar de cara cada décima de segundo. «Lo han desplazado a Madrid, sigue con el piso, me pagará por giro postal el día uno» releí una y otra vez en las fotocopias sacadas del viejo cuaderno.

«Pero no indica quien la llamó para decirle que Joaquín se trasladaba a Madrid. ¡Qué tontería! Sería el propio Joaquín, de lo contrario ella lo habría anotado también, que no se le pasaba una. Pero es evidente que Joaquín, si ya estaba muerto, no pudo haber sido... ¡Joder! ¡Qué embrollo! ¡Y yo sin tener ni idea de cómo se maneja una investigación por homicidio! ¡La lógica! La lógica sirve para todo, dice mi madre. O quizá sí, quizá fue el propio Joaquín quién se lo comunicó a Francisca, porque tenía intención de irse con su novia a Madrid. Y entonces la muerte le sobrevino a posteriori. Pero igualmente siguieron abonando el alquiler, ¡quinientos euros mensuales, nada menos!, por giro postal, tal y como Joaquín, o quien fuera, le había anticipado a Francisca. Pero Francisca está muerta y nunca se sabrá si fue Joaquín quien le anunció que se iba a Madrid, y luego lo mataron; o si primero lo mataron y luego alguien le hizo saber a Francisca que su inquilino se iba a Madrid. Lo más lógico sería que primero lo asesinasen y luego alguien, quizá esa misma novia, le dijera a Francisca que se iban a Madrid, pero... ¿no reconocería Francisca la voz de Joaquín? ¡Quién sabe! Está muerta, nada puede decirnos... La cuestión es que, de una u otra manera, quienquiera que lo haya asesinado se preocupó de ocultarlo y de que nadie lo echara de menos. Porque lo mismo ocurrió con la esposa de Joaquín: ¿alguien contactó con ella después de asesinarlo?, ¿o Joaquín le dijo que se marchaba

con otra mujer y luego lo asesinaron? ¡Un embrollo cojonudo, sí señor! En toda regla para un principiante en la investigación de muertes violentas. Y estoy dando por sentado que el muerto es Joaquín Perea Martínez. Si no es él, la cosa se complica aún más; pues de esta manera, al menos, tenemos un nombre...»

Yo me enredaba en mi propia tela con demasiadas conjeturas y pocas evidencias.

—¿Nos vamos a casa? Mañana será otro día..., ¿qué te ocurre?, ¿te encuentras bien?

José Manuel había entrado en la «pecera» sin que yo me enterara, absorto como estaba abriendo varios posibles caminos hasta ver si alguno de ellos era capaz de guiarme hasta la verdad.

—Estaba pensando. Acaba de llamarme el sargento de Peñafiel y resulta que Joaquín Perea Martínez lleva cinco años «desaparecido». Tendremos que ir al pueblo para entrevistarnos con su mujer y demás familiares, a ver si sacamos algo en claro, pues yo estoy casi seguro de que fue su cadáver lo que encontramos esta mañana. También quiero volver a la calle Esgueva 125, para preguntar a los vecinos. Seguro que alguien sabe algo. Y si no es así, al menos podrán decirnos qué tipo de persona era Joaquín Perea.

—¿Y las declaraciones?

—Las declaraciones están previstas para mañana por la tarde, a la calle Esgueva iremos durante la mañana y en el improbable caso de que nosotros aún no hayamos regresado para esa hora, tendrán que tomarlas los demás. Los pondremos al corriente y ya está. Tampoco es tan complicado preguntar a unos estudiantes sobre el alquiler, si tuvieron conocimiento de que en ese piso se hubieran efectuado reformas, si olía mal... o qué sé yo. ¡Qué cuenten todo lo que sepan!

A esas horas de la noche, tras el larguísimo día que habíamos cruzado, yo me sentía agotado y desbordado. Me pareció que José Manuel ahogaba una sugerencia justo en el momento que le llegaba a la boca pero hice caso omiso y continué acaparando la conversación.

—Parece ser que Joaquín proyectaba comenzar una nueva vida al lado de otra mujer, y así se lo hizo saber a su esposa. Sin embargo a su casera le dijo que se marchaba a Madrid a causa de un traslado temporal. Pero el caso es que yo creo que nunca salió de entre las paredes del piso de Francisca y hay que averiguar el motivo por el cual estaba dispuesto a abandonarlo todo y también la causa por la cual alguien se lo impidió.

Yo me esmeraba en hacer a José Manuel partícipe de mis sospechas, pero estaba predicando en el desierto pues él, aunque presente, tenía la mirada extraviada y no se molestaba ni en asentir a mi interminable bombardeo de dudas e intuiciones.

—O quizá Joaquín nunca pensó marcharse y todo fue un montaje de la persona que lo asesinó, para que nadie lo busque, para que su familia crea que sigue con vida en algún lugar... —proseguí, sin desistir.

—¡Vámonos a casa! Mañana será otro día. Voy apagando las luces...

De mala gana me despegué de mi cómodo sillón. Detestaba aquel reducido e indiscreto despacho, pero lo cierto era que últimamente nunca tenía demasiada prisa por salir de entre sus cristales, pues sabía que más allá me esperaba la inseguridad ante una nueva vida que había comenzado meses atrás y que no me atrevía a compartir con nadie de mis allegados. La inquietud y la incertidumbre se extendían sobre mi ánimo como un noche de lobos y dentro de la comisaría, en cierto modo, me sentía a salvo de sus fauces.

Me esperaba también mi madre, varada en el pasado, con mentalidad demasiado anticuada (o eso pensaba yo por aquel entonces. Más tarde, la experiencia me demostraría cuan equivocado estaba) como para hacerla partícipe del cambio de rumbo que estaba tomando mi vida.

Me esperaba también la casa de mi infancia. Y mi habitación. Ambas seguían ancladas a viejos recuerdos.

Y me esperaba alguien más. Alguien a quien yo comunicaría vía mensaje que nuestro encuentro, previsto para esa misma noche, se postergaba debido al cansancio acumulado a lo largo del día. Alguien que no quiso esperar la llegada de ese mensaje y que me llamó por teléfono cuando yo apenas había puesto un pie en la calle.

—¿Se sabe algo?, ¡Dios mío!, ¿pero es verdad lo que dicen las noticias?

Afirmé.

—¿Y el caso lo llevas tú, verdad?, como jefe de homicidios que eres...

Volví a afirmar.

—¿Y se sabe algo?

Negué.

—¿Tenéis algún sospechoso?, ¿quién era la momia?

—De momento sólo tenemos suposiciones, ninguna certeza. Mañana te cuento. Ahora necesito dormir. Me encuentro agotado.

—¿No vienes esta noche?

—No puedo, necesito descansar.

—Hmmm... Si quieres, preparo la bañera..., ya sabes..., nada como un baño en buena compañía, seguido de una sabrosa cena a la luz de las velas, un masajito relajante con aceites especiales, y...

Expiré. Me pasé la lengua por los labios un par de veces. Dudé. La oferta era tentadora y yo bien conocía los placeres que ofrecía porque ya la había probado antes pero, aún así, era preciso declinar la invitación. Necesitaba centrar mi mente en la investigación del caso y para ello tenía que estar solo. Me despedí tras varios «te quiero» e innumerables «yo más» seguidos de la promesa de acudir cuanto antes para disfrutar de tan apetecible velada. En cualquier otro momento de cualquier otro día, seguro habría sucumbido a la tentación.

A primera hora de la mañana siguiente repartí unas cuantas instrucciones acerca de cómo debía transcurrir la toma de declaraciones a los inquilinos del piso de Francisca. Todavía faltaban horas para que los citados como testigos se personasen, pero quizá a mí se me complicase el día y me resultase imposible estar presente para hacerme cargo del timón. Y un caso de la envergadura del que me ocupaba debía disponer de timonel de repuesto; y yo ya previamente había decidido que serían Eduardo y María, subinspector y policía, quienes se hicieran cargo en mi ausencia.

Yo tan sólo llevaba unos meses capitaneando el grupo de homicidios, pero había sido tiempo más que suficiente para determinar en quién podía delegar mis funciones y a quien debía mantener alejado del puesto de mando. Desde que me hiciera cargo de aquella vacante que me había sido adjudicada a dedo, y a falta de homicidios que investigar, había empleado mi tiempo en la observación de las personalidades y preferencias de mis subordinados. Y de tal análisis había extraído en esencia que tanto María como Eduardo eran las personas más apropiadas para efectuar trabajos de oficina: él por ducho en conocimientos penales y procesales, ella por despierta y trabajadora. A parte de ellos dos y José Manuel, trabajaban conmigo otros cuatro policías, dedicados principalmente a labores preventivas, de calle.

María debía rondar los treinta, año arriba, año abajo, era poco dada a realizar comentarios superfluos, tímida pero espabilada y muy eficiente en el trabajo. Eduardo, el veterano del grupo, con casi sesenta años de edad y más de treinta en la profesión, era harina de otro costal: también era muy eficiente y disponía de muchos conocimientos acumulados durante casi treinta años de trabajo, pero él también se sabía en posición de ese talento y, por medio de ademanes bien calibrados, constantemente exigía el reconocimiento de sus méritos, tanto a compañeros como a superiores.

—Amanda Prieto Lorenzo y Juan López López son matrimonio y habitaron el piso con anterioridad a Joaquín Perea. Me interesa sobre todo que se haga énfasis en la forma y el tamaño del armario: capacidad del habitáculo, si les pareció que interiormente era menos espacioso de lo que aparentaba por fuera, cómo era el interior, si se acometieron obras durante su estancia en la vivienda, si alguna vez la dueña les mencionó la posibilidad de obrar en aquel armario, etcétera. Todo cuando se os ocurra para aclarar si la obra se llevó a cabo en periodo previo a entrar ellos en el piso, si se efectuó cuando ellos ya vivían allí o si, como yo supongo, tuvo que haberse realizado después de irse ellos. Preguntarles también si conocían a Joaquín Perea Martínez.

—Estamos al corriente, jefe, tranquilo. No se preocupe, váyase tranquilo..., además, seguro que para las cinco de la tarde ya está usted de vuelta. —Aseguró

Eduardo, acompañando sus palabras con una sonrisa paternalista.

En cualquier respuesta, pregunta o comentario, por cortos que fueran, Eduardo acostumbraba a incluir al menos uno o dos «tranquilo». Al principio, al poco de conocerlo, reconozco que la palabrita me ponía de los nervios, pues yo ya estaba «tranquilo» y él seguía insistiendo en que me pusiese «tranquilo». Con el tiempo, como todo, llegué a acostumbrarme.

En ese momento, no obstante, preferí añadir unas cuantas pinceladas más antes de marcharme. Era mi primer caso de homicidio, con el que me estrenaba en el campo de las investigaciones complicadas, y sabía que sobre mí había recaído un compromiso con la seguridad de mi ciudad, un papel que asumir como jefe del grupo investigador, una imagen que proyectar y múltiples tareas de las que ocuparme personalmente. Que no era poco.

—Los otros cinco citados son estudiantes que vivieron allí después de Joaquín Perea. De ellos nos interesa lo siguiente: si notaron algún olor extraño y perdurable en el piso, si se percataron de que el armario había sido reducido en su interior o si, en cambio, las reformas se acometieron durante su estancia... Y ahora por la mañana me interesa que os ocupéis en indagar sobre la vida de Mario, el actual propietario. Con cautela, eso sí, con cautela, sin levantar la perdiz.

—Tranquilo, jefe, váyase tranquilo. Averiguaremos sobre Mario y preguntaremos lo que usted nos ha encomendado y más. En estos casos vale más pasarse de largo que quedarse corto. Usted váyase tranquilo. —Repitió Eduardo—. ¿Está usted casi seguro de que el «emparedado» es Joaquín Perea, verdad jefe?

—Digamos que estoy seguro en un noventa por ciento.

Eduardo miró a José Manuel para una consulta muda sobre su opinión, pero el policía le aplicó el tratamiento del desprecio. En otras muchas ocasiones yo ya había observado que Eduardo no era santo de la devoción de José Manuel y, por comentarios furtivos escuchados aquí y allá, yo también sabía que éste creía que el veterano subinspector estaba muy sobrevalorado y que, objetivamente analizado, no había motivo para tal reconocimiento pues jamás había demostrado méritos superiores a los demás y se limitaba a sumar su trabajo al del resto del grupo, como todos los demás. Según José Manuel, un grupo es más que la suma de sus partes y, sin embargo, los jefes se empeñaban en adjudicar únicamente a los esfuerzos de Eduardo esa cantidad que a menudo superaba la suma de las partes. Además, José Manuel insistía en que los modales paternalistas, sumisos y pelotilleros que el subinspector exhibía ante sus superiores estaban totalmente desfasados y denotaban una personalidad insegura. En cambio José Manuel se adjudicaba para sí la vanidad de poseer una inteligencia que, según él mismo, rebasaba los límites de la normalidad (no obstante, a Dios gracias, solía tener la prudencia necesaria para evitar en lo posible calificarla de portento). Quizá por eso mismo, José Manuel acostumbraba a generalizar el tuteo en un intento de abolir la existencia de categorías profesionales

entre las cuales, por cierto, él ocupaba el último peldaño, hecho que achacaba en parte a su poca suerte y en parte a que los exámenes de ascenso estaban «viciados».

—Coge todo lo necesario que nos vamos a la calle Esgueva. —Ordené a José Manuel.

—Yo creo que sería mejor ir primero al pueblo para hablar con la familia de Joaquín Perea. —Propuso él.

—Vamos al vecindario. Antes de ir a Peñafiel me interesa sacar información de otras fuentes, porque los familiares me dirán lo que quieran y, con toda probabilidad, su información no será objetiva. Aunque Joaquín Perea fuera el mayor cabrón que existió sobre la faz de la tierra, es seguro que sus padres lo catalogarían de santo. Y puede que su esposa también.

Los periodistas, como si fueran una colonia de aves migratorias, habían tomado la calle Esgueva en general y, en particular, montaban guardia frente al número 125. Aparcamos el coche en la acera e, inmediatamente, nos asaltó una multitud erizada de micrófonos, de cámaras de video, de flashes... Nos abrimos paso como buenamente pudimos, serios como máscaras y con la boca bien cosida alcanzamos el portal y nos refugiamos dentro.

El edificio era antiguo, quizá construido más de cincuenta años atrás, pero asomaba su fachada a una de las calles mejor situadas de la Valladolid actual. Seguramente, en la época en la que Francisca y su marido lo adquirieron estaría plantado en una zona cuasi periférica, pero el crecimiento urbano se había encargado de trasladarlo a pleno centro. Exteriormente, seis alturas de tan sólo dos viviendas por planta aseguraban amplios espacios interiores. De portal para dentro, quizá adolecía de un poco de descuido y no le vendría mal una mano de pintura en las paredes y una remodelación en los peldaños de las escaleras, que se veían anticuados y desgastados por el uso.

El segundo derecha continuaba sellado tal y como nosotros lo habíamos dejado. Pulsé el timbre de la vivienda de enfrente, donde yo sabía que residían dos ancianos fisgones a los que el día anterior había visto otear descaradamente a través de la ranura de la puerta entreabierta. El sonido quebró el silencio y pronto se escucharon pasos sigilosos, de zapatillas, dentro de la casa. Una luz interior iluminó la mirilla, los pasos se detuvieron, la mirilla se oscureció.

—Somos de la policía. Quisiéramos hacerle unas preguntas. —Informé, situando mi placa justo delante del ojo de la puerta, para ofrecer confianza.

Franqueó la entrada un anciano enjuto que llevaba una larga vida escrita en los surcos de la piel y vestía una raída bata de cuadros en color tierra. Tras él había una mujer un poco más joven que, ataviada con gorro de lana, toquilla y pijama de franela, nos miraba con ojos turbios. La vivienda exhalaba frío y pobreza en abundancia.

—¿Vienen por lo ocurrido en el piso de enfrente, verdad? Ya nos hemos enterado. No se habla de otra cosa en todo el barrio y resulta imposible pisar la calle porque una nube de periodistas se te echan encima haciendo preguntas. —Adelantó el anciano.

Hablaba fluido y, aunque aparentaba edad avanzada, parecía encontrarse en plenas facultades mentales, de lo cual me alegré doblemente: por el anciano y por los beneficios que revertirían en nuestra investigación.

—Exactamente. Y como veo que ya están informados, podemos proceder con las preguntas. ¿Cuánto tiempo llevan ustedes viviendo aquí?

Aceleré de cero a cien en pocos segundos. La mujer se acercó a la puerta y entre ambos la taponaron completamente. Era evidente que no tenían intención de invitarnos a pasar al interior, donde hablaríamos de forma mucho más confidencial.

—¡Huyyy! ¡Muchísimos años! Desde el cuatro de mayo de 1980. Ya llovió, ya...

Él parecía simpático y dispuesto a colaborar, ella le cubría la retaguardia y mostraba su recelo a través de una mirada severa que había dejado prendida a mi cara. Era una mujer pequeña y menuda, con el pelo plateado y un sinfín de arrugas en frente y pómulos.

—¿Conocían ustedes a la señora Francisca? La dueña del piso de enfrente.

—¡Claro que sí! Una buena mujer, trabajadora y honrada donde las haya. Tanto ella como su difunto marido, que Dios los tenga en su gloria.

—Cuéntenos algo sobre la vida de Francisca, lo que como vecino alcance a saber, por supuesto.

—Poco hay que contar —intervino la mujer por vez primera—. Francisca era una mujer de su casa, trabajadora y honrada, como bien dijo mi marido.

En ese momento creí que la repentina intromisión de la mujer había tenido la función de atajar una posible e irreversible (y también vana, a mi modo de entender) metedura de pata por parte del hombre, que aparentaba ser dado a soltar la lengua con una facilidad que a su esposa parecía parecerle excesiva.

—No lo pongo en duda, señora. Yo sólo quiero saber a qué se dedicaba el matrimonio, cuántos hijos tuvieron... Cosas muy normales, nada del otro mundo...

Cosas que yo ya sabía y que no necesitaba cotejar pero que esperaba sirvieran para abrir camino hacia otras mucho más trascendentales.

—Francisca era ama de casa, como todas en aquella época; tuvieron un hijo, al cual usted ya supongo que conoce; y se marchó de aquí tan pronto su marido murió porque a la pobre se le hacía imposible vivir en ese piso tan lleno de recuerdos felices. Así nos lo dijo ella, que no me lo estoy inventando yo; dijo que se iba porque no podía vivir aquí, que no conseguía dormir y que estaba enfermando de añoranza.

—¿Siguieron ustedes en contacto con ella después que se hubo marchado? —preguntó José Manuel al tiempo que avanzaba un paso para colocarse en primera línea, dejándome a mi fuera de juego.

La mujer se echó hacia atrás y me miró como solicitando una explicación, y yo supuse que José Manuel le había «guiñado» varias veces el ojo derecho y ella había malinterpretado el gesto tomando por insinuación, o por cualquier otra cosa, lo que en realidad sólo era un tic. La mirada que le dirigí a José Manuel cortaba el aire. ¿Quién le había dado permiso para inmiscuirse en mi interrogatorio y asustar de aquella manera a una posible testigo?

—Francisca siguió viniendo a menudo por aquí, para cobrar la renta, yo hablé con ella en alguna de esas ocasiones y decía encontrarse mucho mejor en la nueva casa. —Contestó, mirándome a mí.

—¿Recuerdan si Francisca efectuó alguna reforma en la vivienda? —pregunté, tomando de nuevo la iniciativa.

—Ella no reformó nada, se marchó de aquí al poco tiempo de quedar viuda y alquiló el piso tal cual estaba, llevándose lo que tenía de valor, por supuesto.

—¿Están seguros?

La mujer reaccionó cerrando los puños y cruzando los brazos delante del pecho. Su actitud era claramente hostil. «Quizá no debí haber dudado de su respuesta porque creo que se ha molestado» pensé en ese momento. No obstante, ella respondió enseguida pero con un tono de voz mucho más elevado.

—¡Totalmente! ¡Nos habríamos enterado! Hágase cargo de que nosotros somos muy mayores, de que pasamos casi todo el día en casa porque ambos padecemos de los huesos; y de otras muchas cosas, pero no del oído, a Dios gracias.

«Nadie lo duda» pensé antes de continuar mi diálogo con la mujer que, aparcando al marido a un lado, había decidido adueñarse de la palabra.

—¿Conocieron personalmente a los inquilinos del piso de Francisca?

—Sólo de vista, pues eran estudiantes, en su mayoría. Ya sabe usted..., gente joven que no mira para los viejos; decían «hola» cuando les daba la gana, y cuando no se les antojaba saludar, pasaban sin decir nada; caso de tropezarnos, claro, porque nosotros sólo salimos de casa para ir a la compra.

La conversación fluía, la mujer se mostraba cada vez más dispuesta a colaborar y el hombre se movía nervioso, deseando añadir su opinión. Decidí que había llegado el momento de sacar mis sospechas a colación.

—¿Conocieron ustedes a Joaquín Perea Martínez, el hombre que vivió en el piso de Francisca desde principios de 2006 hasta mediados de 2009?

El anciano ya había abierto la boca para responderme pero su esposa le adelantó por la derecha.

—¡Claro que sí! ¡Joaquín, el de los seguros! Tan buen hombre, tan amable, tan cariñoso, tan buen vecino... Si me veía venir cargada con bolsas de la compra, él mismo se ofrecía para subirlas hasta mi casa, y siempre nos decía que no dudáramos en llamar a su puerta ante cualquier necesidad, y también nos sacó un seguro del hogar muy ventajoso, porque los del Banco nos estaban estafando, los muy cerdos... Tuvimos mucha pena cuando se marchó...

Aquella mujer enhebraba una cosa con otra y, en contra de lo que en principio me había parecido, tenía labia de feriante. No me costó imaginarla uncida a un vida monótona y deseosa de explotar cualquier situación que diera pie a relacionarse socialmente.

—Se habrá despedido de ustedes, ¿verdad?

Con tan simple y hasta absurda pregunta yo pretendía establecer una importante diferenciación: Joaquín había manifestado públicamente su intención de marcharse o, por el contrario, sus vecinos, al notar su ausencia, habían deducido que Joaquín se había marchado.

—Se fue sin decir adiós y, al dejar de verlo por aquí, aprovechamos una de las visitas de Francisca para preguntarle por él; y fue ella quien nos informó de que lo habían destinado a Madrid. Seguramente lo ascendieron en su trabajo y, con el jaleo de la mudanza, ni se acordó de nosotros. ¡Lógico!

—¿Lo vieron mudarse? Quiero decir, sacar sus pertenencias de la casa.

La mujer me miró de la misma manera que miraría a una persona que es idiota perdida. Con mis preguntas, al parecer, yo estaba dando pruebas fehacientes de ser merecedor de tal calificativo; y tal vez por eso se quedó callada, posiblemente dudando sobre si responderme o mandarme a paseo. Entonces el anciano aprovechó la fisura, avanzó un paso y, con los pies y el resto del cuerpo dirigidos hacia mí en un claro intento de excluir a su esposa, se lanzó a dar respuesta.

—Ni nos enteramos de cuando se marchó. Pero hágase cargo: él estaba de alquiler, tendría muy pocas cosas, cargaría la maleta en el coche y ya está. Es muy poca mudanza, demasiado poco alboroto para que nosotros nos enteremos. ¡Qué pena tuvimos cuando supimos que se había ido! ¡Tan buen hombre! —aclaró, con nostalgia, quitando la palabra (¡al fin!) a su mujer.

—Pena que se hubiera fijado en aquella «pelantrusca», él merecía una mujer mejor, —añadió la señora, recuperando el protagonismo y ya libre de recelos hacia nosotros (porque me había colgado la etiqueta de «imbécil», supongo) y con la lengua totalmente suelta.

Por suerte, yo había sido previsor y el día anterior, tan pronto el sargento Alonso me proporcionó las referencias de la esposa de Joaquín, consulté las bases de datos del Documento Nacional de Identidad y extraje una fotocopia de su documentación, en color y con bastante buena resolución. Era el momento de mostrarla, pues era de suponer que la referida «pelantrusca» no fuera otra que Inés García Velasco, la esposa de Joaquín Perea.

—¿Se refieren a esta mujer?

El anciano tomó la fotocopia, la acercó hasta la punta de la nariz y enseguida negó categóricamente con la cabeza. Después se la pasó a su mujer y ella, en idéntico gesto, desmintió también.

—Esta no es. La que vivía con Joaquín era una chica joven, casi una adolescente. Esta se parece a ella como un huevo a una castaña. —Aseguró ella con gesto

despectivo.

Recuperé de sus manos la fotocopia del documento de Inés García Velasco y comprobé la fecha de nacimiento: año 1972. Inés contaba casi cuarenta y un años, y la fotografía era bastante fiable pues el documento había sido renovado hacía menos de un año. Y estábamos hablando de un tiempo atrás, cinco años quizá, una época en la que Inés ya había superado la adolescencia con creces y su imagen difícilmente se correspondería con la de una jovencita.

—¿Una adolescente?!

Entonces me vino a la mente que, tal vez, Joaquín e Inés tuvieran una hija que por algún motivo se hubiera trasladado a Valladolid para vivir con su padre, quizá para cursar algún tipo de estudios.

—Es un decir... adolescente no era, pero tendría unos veinte años, no más.

Seguí echando rápidos cálculos: con veinte años también podría ser hija de Joaquín e Inés, determiné.

—Se trataría de su hija... —aventuré.

—¡Huyyy! ¡Qué va, hijo! ¡Pero qué ingenuo es usted! ¿Y los besos en la boca? ¿Y los pellizcos en el culo? ¿Y los gemidos que escuchábamos por las noches...?

El anciano rió con picardía mostrando unos cuantos dientes que aún sobrevivían en su paladar superior; su esposa sonrió, y la sonrisa le quitó unos cuantos años de encima; yo reí también, para acompañarlos y animarlos a continuar la charla. El matrimonio había abandonado el hall de su casa y estaban con nosotros en el rellano.

—¿Eran pareja, entonces? ¿Están seguros?

—¡Hombreee...! Como que al día le sigue la noche...

—¿Podrían contarme algo sobre esa chica? ¿Saben cómo se llamaba? ¿A qué se dedicaba? ¿Si era extranjera...?

De mi ristra de preguntas, el hombre únicamente se había quedado con la última.

—Era española. Nunca hablé con ella, pero por su aspecto... Era blanquita, de pelo castaño, ya me entiende...

—Esa vivía del cuento y de Joaquín —añadió la mujer—. Ni estudiaba, ni trabajaba, ni hacía nada. Nada de nada. Era una «nini», como las llaman ahora. Él, en cambio, era un buen hombre, pero ya sabe... tiran más dos tetas... Y su desgracia fue toparse con esa pelantrusca de malas artes.

—¿Y por qué deducen ustedes que era tan mala persona si, como han dicho, nunca hablaron con ella? —inquirió de nuevo José Manuel, con malas pulgas.

Le lancé otra mirada que acuchillaba. En su función de abogado de los pobres sería capaz de espantar a unos testigos que tanta y tan buena información nos estaban aportando. José Manuel pareció entender y bajó la mirada, pero la pregunta ya estaba lanzada y la mujer no la había acogido de buen grado.

—¿Qué por qué?! —gritó ella, otra vez con los puños cerrados y los brazos cruzados sobre el pecho—. ¡Pasaba por nuestro lado y ni siquiera nos saludaba!

Escondía la cabeza como las avestruces. Joaquín se paraba para hablar con nosotros pero ella seguía de largo, torciendo la nariz como si le diéramos asco.

A aquella señora, la sola mención de la compañera sentimental de Joaquín Perea le inspiraba urticaria. Intenté aplacar los ánimos.

—Comprendo, señora. Hay gente para todo... ¿Y cómo era la chica? Físicamente, me refiero...

Entonces intervino el anciano y, para darme los detalles de forma confidencial, se me acercó hasta meterse de lleno en mi espacio personal y, una vez allí, me agasajó con un aliento apestoso en el que dominaba el olor a ajo descompuesto; a la par de todo eso, plasmó una media sonrisa maliciosa acompañada de un guiño.

—Era muy joven y... ya sabe usted... —dibujó un par de círculos en el aire para darme a entender que se trataba de una mujer dotada de portentosas curvas— ni alta ni baja, normal, pelo largo, castaño, muy guapa y muy... ¡ayyy!

El anciano se había extralimitado y su esposa, imperativa como una institutriz, había castigado el atrevimiento asestándole una inesperada colleja que consiguió arrancar mi sonrisa y alejar al hombre de mi lado.

—¿Recuerdan en qué fecha, aproximadamente, se marchó Joaquín?

Mi cabeza bullía como una probeta. Desde el principio yo me había cobijado bajo dos ideas que daban sombra a todas mis conjeturas: la de que en la vida de Joaquín no existía otra mujer aparte de su esposa, y la de que tampoco tenía previsto trasladarse a Madrid. Imaginaba yo que todo había sido una tapadera usada por el asesino para, de esa manera, disfrazar convenientemente el crimen dándole apariencia de huída voluntaria. Pero ahora resultaba que sí había habido amante. Y joven. Y no se escondían, sino que vivían juntos de cara al resto del mundo.

El hombre se rascó la cabeza y la mujer, la barbilla. Supuse que estaban cribando datos para luego asociarlos a fechas concretas.

—Fue en verano, eso seguro. —Recordó el hombre, dirigiéndose a su esposa—. La última vez que vimos a Joaquín fue en verano. Fue aquel día que hacía tanto calor y veníamos cargados con bolsas porque se nos había olvidado llevar el carro de la compra y Joaquín fue muy amable, como siempre, y nos dijo que subiéramos nosotros, que de la compra ya se encargaba él. Y así fue. Esa fue la última vez que lo vimos, si señor.

—Y era el mes de julio, que es cuando aquí más aprieta el calor. —Completó ella.

—Y fue el año que tú te operaste de juanetes —añadió él, fijando la mirada en los pies de su esposa, enfundados en unas zapatillas algo gastadas— porque aquel día te quejabas mucho del dolor de pies. Lo recuerdo como si fuera ayer. Poco después, antes de terminar el verano, te operaron.

Yo no daba crédito. Estaba impresionado al verlos sacar petróleo de su depósito de recuerdos. La memoria de los dos ancianos era, cuando menos, portentosa y así lo estaban demostrando al cercar un acontecimiento con tanta exactitud.

—Eso ocurrió en el año 2008, hace más de cuatro años. —Determinó ella, finalmente.

Yo continuaba asombrado. Efectivamente, el 15 de julio del año 2008 había sido el día que Inés recibió la noticia de que su marido la abandonaba para irse con otra mujer. Decidí hurgar un poco más en el asunto pues el testimonio de aquellos dos parecía totalmente fiable, pero no fue necesario pues la mujer continuó ilustrándonos sin necesidad de solicitud previa.

—Pero a ella la seguimos viendo por aquí. A ella y a los que venían a visitarla...

La señora tenía ganas de explayarse y bastaban pequeños gestos para animarla a continuar hablando.

—Supongo que Joaquín la dejó porque al final las buenas personas siempre vuelven a encontrar su camino. Y ella continuó viviendo en el piso durante el resto del mes; hasta que venció el alquiler, supongo, y luego habrá tenido que irse en busca de otro tonto que la mantenga.

Quise saber acerca de aquellas personas que venían para visitar a la amante de Joaquín.

—Amigos, supongo, de esos con derecho a roce, porque se escuchaban unos gemidos... Nuestra habitación linda pared con pared con la que ocupaba ella, y no vea..., si yo le contara... ¡qué gemidos...! A veces hasta parecía que lloraba. —Explicó el anciano, salivando en demasía al recordar los hechos.

—Y eran varios. No le bastaba con uno, sino que venían varios. Tocaban al timbre, ella les abría, se metían dentro, comenzaban los gemidos y sollozos, y a las dos horas se marchaban como si nada. Luego, a final de mes, también se fue ella, gracias a Dios, porque los últimos días estuvo haciendo limpieza, sacando basura de madrugada y no había quien durmiera. Después el piso quedó vacío durante más de un año.

«O sea, que resulta que Joaquín sí que se marchó a Madrid (o a donde fuera) pero alguien lo trajo de nuevo, ya cadáver. Y se marchó en julio de 2008. ¿Y por qué seguiría pagando la renta si no tenía previsto regresar? La libreta de Francisca carece de explicaciones para esto». Conjeturaba yo, ajeno al silencio que se había instalado en el descansillo de la escalera. El matrimonio había agotado sus respuestas y José Manuel, cohibido a causa de mis continuas embestidas, mantenía la cabeza hundida en el pecho, pero sus pies no paraban de balancearse arriba y abajo; primero levantaba la puntera, luego el talón, y así continuamente.

«Quizá Joaquín se marchó a Madrid para buscar piso y ella se quedó aquí recogiendo las cosas para después reunirse con él. Tal vez fue asesinado en Madrid y luego lo trasladaron aquí de nuevo. ¿Y esa mujer? ¿Quién era esa mujer? ¿Dónde localizarla? ¿Correría la misma suerte que él...?»

—Bueno, si no necesitan nada más, nosotros nos retiramos, que aún no hemos desayunado. Vinieron ustedes tan temprano... —anunció la mujer.

Reaccioné inmediatamente. Debía aprovechar el momento, en caliente, no fuera a ocurrir que al día siguiente fuera demasiado tarde para ampliar confesiones. Bien pudiera suceder que los ancianos meditasen sobre el asunto y decidiesen que lo que ocurriera en el piso de enfrente no era asunto suyo; o también pudiera pasar que alguien les pintase alguna desventaja de proporcionar información a la policía y ya no volvieran a soltar prenda.

—Quería preguntarles acerca de Mario, el hijo de Francisca, seguramente ustedes lo conocen...

—¡Huyyy! ¡Ese no es ningún santo! ¡Otro que tal baila! Otro que también pica fuera de casa, ya usted me entiende... Viene por aquí con frecuencia, con una joven que no es su esposa, que bien conocemos a su esposa, y también a su hijo...

Enarqué las cejas. Ya me parecía a mí que Mario coleccionaba turbios secretos pero... ¿quién no guarda algún que otro secreto? Y en un segundo llegaron a mi mente, sin ser convocados, mil sentimientos que chocaban entre sí sin que yo consiguiera manejarlos. Enrojecí insoportablemente por dentro, de forma imperceptible por fuera.

—También venía cuando el piso estaba alquilado, no se crea usted que ese se corta. Tan pronto los estudiantes se marchaban de vacaciones de Navidad, Semana Santa, o lo que fuera, él se metía aquí con la fulana esa.

—¿No se tratará de la misma mujer que estaba con Joaquín?

—No, no, esta es otra, joven también, pero pelirroja. Y lo hacen muy bien: llega él y abre la puerta con llave, claro está porque para eso es el dueño; al rato, ella llama al portero, él abre y espera en la puerta del piso; se encierran ahí dentro y a las dos horas sale ella, y cinco minutos más tarde se marcha él.

No pude reprimir una sonrisa. ¡Habría algo de lo que aquellos dos no estuvieran enterados!

—¡Y lo mal que trataba a la pobre Francisca! ¡Ten hijos para eso! Sólo quería de ella su dinero. Y también el piso. Discutieron mucho porque él no quería alquilarlo, para tener el picadero a completa disposición, se supone, pero Francisca insistió en arrendarlo porque sólo contaba con su pensión de viuda y esos son muy pocos cuartos para vivir de la forma que está de cara la vida hoy en día.

En ese punto decidí que ya había obtenido un muy buen perfil general, tanto de Joaquín como de Mario, y no me interesaba alargar más la conversación sino contrastar la información recaudada y averiguar si Joaquín realmente había viajado a Madrid o si, por el contrario, nunca había salido de entre las paredes de aquel edificio, y también comprobar si Mario había tenido algo que ver en ello.

—La charla ha sido tan grata como fructífera y se nos ha pasado el tiempo volando, pero ahora tenemos que marcharnos. Les agradezco mucho que nos hayan recibido y facilitado tan valiosa información —dije, simulando prisa y decidido a cortar la conversación cuanto antes.

Me despedí del hombre con un afectuoso apretón de manos, y de la mujer con una breve sonrisa.

—Tenemos que hablar también con los demás vecinos. Señora María, señor Urbano, tengan ustedes un buen día —les deseé mientras me encaminaba escaleras arriba, convencido de que a los ancianos no les haría gracia alguna que buscásemos agua en otras fuentes, pero también seguro de que, aunque yo no se lo hubiera mencionado, ellos acabarían igualmente enterándose de que habíamos preguntado al resto de vecinos.

La puerta volvió a abrirse cuando aún no habíamos alcanzado el tercero y asomó Urbano, mirando hacia arriba por el hueco de la escalera.

—No recuerdo que nos hayamos presentado...

—Sus nombres están en el buzón —respondí, encogiéndome de hombros y sonriendo.

—Si quieren hablar con el presidente de la comunidad no creo que sea una hora muy adecuada pues ayer trabajó de noche y seguramente estará durmiendo. Si quieren encontrarlo despejado, mejor a partir de mañana...

Sonreí otra vez. Aquel hombre era una auténtica enciclopedia de información vecinal. No obstante, seguimos escaleras arriba. José Manuel me seguía, sin articular palabra, visiblemente ofuscado y molesto por mi forma de recriminarle, pero yo sabía que pronto se le pasaría. José Manuel tenía muchos defectos (como yo, como todos) pero ser rencoroso no era uno de ellos.

Mi intención era «peinar» todo el edificio, llamando a cada puerta, comenzando por los sextos y terminando por los primeros. Sin embargo, no tardaría en comprender que había elegido una de las peores horas para visitas: los sonidos de los timbres se perdían entre las paredes sin que nadie atendiese su llamada. A las once de la mañana, quien más quien menos, se encontraba trabajando, o haciendo la compra, o puede que disfrutando de aquel bonito día de invierno en el que, después de varios días sumergidos bajo la neblina, había aparecido el sol para alegrarnos la vida aunque no tuviera intención alguna de aportarnos calor.

En el tercero derecha, piso ubicado justo encima del de Francisca, nos recibió una mujerona que faenaba en las labores del hogar ataviada con bata, rulos y plumero, y que dijo recordar perfectamente a Joaquín, «el de los seguros». Un hombre amable, simpático, solícito y buena persona. Su trato con él había germinado con la formalización de un seguro de decesos y había ido creciendo en cada una de las ocasiones en las que posteriormente habían coincidido, normalmente en las escaleras de aquel edificio. Joaquín siempre traía palabras amables para ella, palabras atentas que iban desde interesarse por su hijo (que por aquel entonces estudiaba en Roma con una beca Erasmus), por la salud de su marido (aquejado de problemas lumbares) o por lo que quiera que diera pie la conversación en cada momento. También había conocido a la mujer que vivía con él. Muy joven, muy delgada, muy guapa, y en apariencia también muy ligera de cascos. Ella nunca saludaba ni hablaba con nadie.

Ella y Joaquín eran como la noche y el día. Sin embargo, no recordaba discusiones entre ellos, ni ruidos ni tampoco que recibieran visitas; simplemente estuvieron viviendo allí durante unos meses, no sabría decir exactamente cuántos, luego se marcharon y la vivienda quedó deshabitada durante más de un año. Unos días antes de marcharse, ella salía de noche para tirar basura, justo antes de que llegara el camión para vaciar los contenedores, y lo hacía todos los días a la misma hora: a las dos de la madrugada. Parecía que ya tenía controlado el horario de llegada del camión. Luego se marchó y no volvió a verla. Ni a ella ni a Joaquín.

En el primero izquierda (el otro piso donde nos recibieron) vivían otros dos ancianos que facilitaron casi idéntica versión sobre Joaquín y su misteriosa (y muda) amante.

En vista de que allí poco más quedaba por hacer, y que todos habían tenido conocimiento de que Joaquín se había ido pero nadie lo había visto marcharse, decidí postergar los interrogatorios vecinales para otro momento más propicio; o quizá ni siquiera resultasen necesarios, dependiendo de cómo se fueran desarrollando los hechos.

Ya en la calle, el frío traía la certeza del invierno y nos embistió una brisa helada que llegaba de frente y que me pilló con el plumífero desabrochado y las manos fuera de los bolsillos. Me apresuré a remediar la situación. Además, los periodistas patrullaban cada metro de acera en busca de carnaza con la que alimentar los *reality shows* televisivos, y nosotros decidimos correr hacia el coche para paliar al uno y despistar a los otros.

De vuelta en la comisaría, María y Eduardo se afanaban en la preparación del atestado, uno en cada ordenador, martilleando teclas sin parar. María me dedicó una tímida sonrisa, sin despegar los labios, y agitó la cabeza hacia atrás para alejar el pelo de la cara. Era guapa, realmente guapa, sobre todo cuanto estaba sentada. Y además sabía resaltar sus encantos y esconder sus defectos. María era una mujer tipo «pera»: menuda de cintura para arriba, casi obesa de mitad hacia abajo. Tenía el culo fofo y en cada pierna una cartuchera abultada como un flotador, y los pies tan grandes que bien podría dormir de pie sin caerse; pero ella bien sabía tapar todo esto con hermosas blusas que casi le rozaban la rodilla; y desviar la atención hacia la zona superior con amplios escotes, collares y pañuelos, cara bien maquillada y melena perfectamente peinada.

Saludé sin corresponder a la sonrisa y me fui derecho al sillón, buscando un poco de tranquilidad con la que entretejer la información que había ido recabando a lo largo de la mañana, de la que se deducía que Joaquín era una excelente persona cuyo único error había sido caer en las redes del amor. A partir de ahí, su vida se había desbaratado por completo: había abandonado a su esposa, había renunciado a su puesto de trabajo, había huido a Madrid para vivir libremente su historia romántica, y

había regresado cadáver. Entre unos hechos y otros campaba la incógnita y el misterio.

Entró Eduardo, el subinspector, con papeles por delante.

—Estuve investigando a Mario y poco hay, salvo que fue identificado el día 2 de febrero de 2011 en el puticlub «Don Juan», durante un registro de la brigada de extranjeros. Nada del otro mundo, si se tiene en cuenta que es un habitual de esa clase de lugares, como también averigüé —me explicó.

—Habrá que entrevistar al gerente del Don Juan, a ver si conseguimos ampliar la información —sugerí.

—Usted tranquilo, jefe, que ya me acerqué yo esta mañana y estuve hablando con él. Al parecer, Mario va por allí a menudo y siempre en horario de tarde. Suele permanecer en el local durante un par de horas, aproximadamente; algunas veces solicita la compañía de alguna chica, pero en la mayoría de las ocasiones se conforma con tomar una copa, invitar a alguna chica para que lo acompañe, morrear con ella y meterle mano sin alejarse de la barra, y luego se marcha a casa más contento que unas castañuelas. El gerente me aseguró que no se trata de un cliente problemático, que no suele beber en demasía y que nunca ha montado broncas. Después, revisé a fondo y varias veces nuestras bases de datos y no encontré nada que relacione a Mario con Joaquín: ni una denuncia, ni una identificación en la calle juntos, nada de nada. No contento con esto, indagué algo en el entorno de Mario, discretamente por supuesto, y supe que tiene cuarenta y dos años, que trabaja como profesor de primaria en el colegio San Gabriel, de aquí, de Valladolid; que está casado con Ana García de la Torre desde hace cinco años, y que tienen en común un hijo de dos años y medio.

Traté de intervenir para solicitar un resumen más escueto, temiendo que en mis horas de ausencia a Eduardo le hubiera dado tiempo a bucear tanto en la vida de Mario que ahora estuviera en condiciones de inundarme los oídos con un aluvión de detalles insignificantes, pero no me permitió meter baza y prosiguió.

—Me entrevisté con el director del colegio donde actualmente imparte clase, pedí discreción y lo puse al corriente del hallazgo en casa de Mario, aunque ya había leído los periódicos. Y el director dice que Mario es buen profesional, que nunca ha causado problemas, que suele mostrarse reservado y, quizá por ello, no tiene demasiadas amistades pero que aún así es respetado como buen profesional y persona seria.

Una vez finalizado el informe verbal, Eduardo, que había permanecido en pie durante todo el tiempo, juntó los pies y extendió los brazos a lo largo del cuerpo en un claro ademán de espera, como un camarero de habitaciones que aguarda su propina a pie firme. A veces, Eduardo adoptaba gestos marciales y eso solía ocurrir inmediatamente después de haber hecho alarde de su gran profesionalidad. Busqué en mi repertorio unas cuantas palabras biensonantes, de las que se suelen usar en estos casos, lo halagué con ellas y él regresó sonriente a su mesa, no sin antes repetirme que me mantuviera tranquilo, que todo estaba controlado.

De la explicación de Eduardo saqué en conclusión que Joaquín y Mario tenían algunos puntos en común: los dos estaban casados, también eran padres de familia, buscaban amoríos fuera del matrimonio, parecían mostrar preferencia por mujeres mucho más jóvenes y el piso de Francisca había servido de picadero para ambos. «Habrà que seguir desembalando, hasta ver si aparecen más cosas en común porque la sangre se hereda y el vicio se pega» concluí, recitando uno de los refranes preferidos de mi madre, que se me vino a la mente en ese momento aunque quizá no viniese a cuento.

Aquella tarde llegué al despacho a falta de diez minutos para las cinco, cansado, estresado y con la comida atragantada en la garganta. Llevaba todo el día moviéndome de acá para allá, a saber: a la visita al vecindario donde había aparecido el cadáver había seguido una breve charla con Eduardo, para poner orden en la información obtenida; después me había visto obligado a hacer acto de presencia en la planta noble, para entregar información fresca al comisario y al jefe superior, previamente reunidos al efecto; más tarde me había entrevistado con el encargado de prensa, para convenir lo que debíamos filtrar a los medios de comunicación y lo que resultaría conveniente guardar en el cajón; y allá por las tres de la tarde, con las tripas rugiendo como león enfurecido, había dado un último repaso al expediente, para esbozar las declaraciones de los inquilinos de Francisca, que finalmente había decidido tratar de presenciar si me era posible; y ya, a las tres y media de la tarde había recalado en casa de mi madre —ahora también la mía— donde me esperaba un plato de lentejas como sólo ella sabe preparar. E incluso allí, cuando tan sólo me faltaban unas cuantas cucharadas para dar cuenta del plato de lentejas, una llamada telefónica interrumpió el único momento de tranquilidad que había tenido en todo el día: era el comisario de nuevo, para exigir información de primera mano tan pronto se tomase declaración a los inquilinos. Terminé el ya frío plato de lentejas, bebí de un sorbo el café que mi madre me presentó en la mesa y salí hacia la comisaría, a pie, con paso ligero para combatir el intenso frío y, ya de paso, llegar a tiempo.

A mi llegada, siete personas aguardaban de pie ante la puerta que daba acceso a las oficinas del grupo de homicidios. Saludé con indiferencia y entré con brío. Dentro estaban María, Eduardo y José Manuel, a los ordenadores, dispuestos para proceder tan pronto el reloj marcara las cinco de la tarde.

—¿Te persigue alguien? —bromeó José Manuel, ya totalmente repuesto de su enojo hacia mí.

—Me persigue el tiempo, o más bien lo persigo yo a él, y no logro alcanzarlo. Tendrían que inventar días de treinta horas.

—Conseguiríamos que se nos quedasen cortos. —Intervino Eduardo.

—Seguro que sí. Bueno, vamos comenzando con esos que tenemos ahí afuera, y lo vamos a hacer de la forma siguiente: cada uno de vosotros tomará declaración a un grupo de ellos.

Los tres me miraron, sin comprender.

—Me explico: tú, María, interrogas al matrimonio, primero a uno y luego al otro. Eduardo, tú a las dos chicas que habitaron la vivienda entre septiembre de 2009 y junio de 2010; y tú, José Manuel, a los tres estudiantes que lo compartieron allá por el año 2011. Yo andaré por aquí, repartiendo mi atención entre todos.

Manos directas al teclado, sillas bien acomodadas y buena disposición para comenzar me indicaron que, al fin, habían comprendido. Yo no recordaba todos los nombres de los posibles testigos con sus correspondientes apellidos, por eso tiré de apuntes para convocar a Juan López López, Sandro Ramírez Montalbán y Beatriz Malvar Díaz. Cada uno de ellos había alquilado el piso de Francisca en una época diferente; pero yo había estipulado que el interrogatorio así se desarrollara para que no confluyeran al mismo tiempo las personas que habían vivido juntas, pues las mesas donde iban prestar declaración estaban casi pegadas unas a otras y podría darse el caso de que los declarantes estuvieran más atentos a lo que decía su amigo en la mesa contigua que a su propia manifestación, y que incluso decidieran calcar las palabras del amigo para así evitar posibles problemas futuros surgidos a raíz de la discrepancia.

Entraron con desgana, indecisos, torpes, abducidos por el entorno, mirando hacia todos lados menos a las sillas que se alineaban frente a las mesas y que estaban allí dispuestas para que ellos las ocupasen. Les hice señal para que se sentasen en ellas, cada uno en el lugar previamente asignado. Los policías los saludaron y esperaron con paciencia hasta que cesó el arrastre de asientos, crujido de ropas, carraspeos varios y cambios constantes buscando la postura más cómoda para afrontar lo que suponían iba para largo. Varios minutos después, con el silencio ya instalado entre nosotros, comenzaron las preguntas. Cada policía seguía su propio catálogo y yo me paseaba de mesa en mesa controlando que el proceso se desarrollase según lo previsto, que no quedasen preguntas en el tintero ni que, por el contrario, se formularan otras improcedentes o innecesarias.

Según fueron relatando los tres inquilinos, el procedimiento de alquiler era uno de los más comúnmente utilizados: anuncios pegados en las farolas cercanas a donde se ubicaba la vivienda a arrendar. «Se alquila piso. Tres habitaciones, un baño, cocina y salón. En perfecto estado» rezaba la oferta. Debajo de la frase, un número de teléfono fijo para contactar con la dueña, y todo ello escrito a mano, los dígitos inmensos para que resultaran bien visibles, las letras tambaleantes porque Francisca tenía poca escuela académica.

Todos ellos se habían comunicado directamente con la propietaria y en los tres casos se habían citado con ella en el portal de la calle Esgueva 125, a donde Francisca había acudido acompañada de su inseparable bastón, equipada con gafas que le ayudaran a repasar varias veces la pinta que ofrecían los aspirantes, y arrastrando una sarta de preguntas que desplegaba inmediatamente, dirigidas más bien a averiguar las posibilidades económicas y el tiempo que los candidatos pensaban quedarse. Después accedían a la vivienda por las escaleras, pese a las limitaciones motoras de Francisca —coja de la pierna derecha fruto de un atropello en plena ciudad— y ella, orgullosa, les mostraba una casa digna y limpia, aunque dotada con mobiliario y decoración anticuados. Y una vez finalizado el recorrido por todas las habitaciones recalaban de nuevo en el recibidor, donde la propietaria les hacía saber el precio mensual (que

había sido de trescientos cincuenta euros para los ocupantes entre los años 2002 a 2006 y, repentinamente, había subido a quinientos euros para los moradores de los años restantes). El importe del alquiler no admitía negociación posible: Francisca lo establecía unilateralmente y no era susceptible de regateo. Una vez rematado el trato, se anticipaba una mensualidad en concepto de fianza y se facilitaba copia del documento de identidad de cada uno de los inquilinos, y Francisca procedía a la entrega de las llaves. Por supuesto, no había contrato firmado ni inmobiliaria de por medio, ni cualquier otra legalidad de las vigentes. El dinero se pagaba mes a mes y por un procedimiento no menos común: llamada telefónica a la dueña, quedada en el piso de alquiler y entrega de billetes en mano.

Juan López López, parte masculina del matrimonio que había habitado la vivienda en tiempo previo al desaparecido Joaquín Perea, fue preguntado acerca de la amplitud y disposición del armario en cuestión y, sin rastro de duda, aseguró que durante su estancia no se habían efectuado obras en la vivienda pero que, sin embargo, no recordaba cuál era la holgura interior de aquel ropero en concreto, debido a que él, junto con su esposa, ocupaban la habitación de matrimonio y, dado que por aquel entonces no abundaban en pertenencias, se apañaban bien con el guardarropa de la pieza matrimonial; y añadió, sonrisa incluida, que quizá su esposa sí que pudiera responder a esa pregunta pues «ellas siempre reparan en ese tipo de detalles».

—¿Entrasteis en la vivienda en septiembre de 2010, no es así? —pregunté a Sandro Ramírez Montalbán.

Sandro asintió, José Manuel transcribió la pregunta que yo había enunciado y, de paso, soltó un imperceptible y voluntario bufido, con la finalidad de que yo me percatara de que tanta supervisión resultaba innecesaria. Yo hice caso omiso y continué con las preguntas.

—Entiendo que habíais visto el piso antes de alquilarlo...

Sandro movió la cabeza de forma afirmativa.

—¿Cuándo fue eso?

—Fuimos a verlo unos pocos días antes de entrar a vivir. No recuerdo muy bien el día concreto que hicimos el traslado, pero era mediados de septiembre, justo antes de que comenzaran las clases, quizá dos o tres días antes, para acomodar nuestras cosas.

—¿Hizo la dueña, Francisca, mención a algún tipo de reforma que se hubiera realizado previamente a vuestra entrada en el piso?

—No, en absoluto. No dijo nada de eso.

La rapidez con la que Sandro respondía a mis preguntas y la ausencia de titubeos respaldaba su absoluta seguridad en la respuesta y daba fe de su buena memoria.

—¿Percibisteis algo que os llevara a pensar que allí se habían realizado obras recientemente? Como, por ejemplo, cemento sin limpiar, restos de ladrillos...

—No, en absoluto. Es más, daba la impresión de que el piso no había sido reformado en los últimos treinta años; o más bien, de no haber sido remodelado

nunca, de seguir virgen.

Con los brazos cruzados sobre el pecho y los pulgares apuntando hacia arriba, Sandro me mostraba su actitud defensiva y a la vez de superioridad. Proseguí.

—¿Algún olor extraño? Me refiero a mal olor..., bueno..., podemos hablar claro pues ya sabes lo que hemos encontrado en ese piso, así que me refiero a olor a cadáver en descomposición.

Sandro negó rotundamente. Lógicamente, estaba al corriente pues la noticia copaba páginas y más páginas de periódicos, y minutos y más minutos de información televisiva.

—Yo no he percibido nada; y los demás, si lo notaron, no llegaron a mencionarlo. Y me imagino que lo harían, de ser así...

El ex estudiante era frío como un témpano de hielo. Los otros dos declarantes que teníamos en la sala estaban agarrotados, asustados y puede que hasta cabreados. Aseguraban no haber vuelto a pegar ojo ni a ingerir alimento alguno desde que tuvieron conocimiento de haber convivido con un cadáver durante meses; pero Sandro hablaba del hecho como si del tema más normal del mundo se tratara, era como si tuviera la sensibilidad cauterizada. Sandro era fuerte, robusto, su tronco excedía de los límites marcados por la silla; lucía barba cerrada y una mirada retadora que no se correspondía con su juventud.

—Voy a mostrarte el plano de la casa. Es un croquis que yo tracé sobre la marcha, por lo tanto no se ajusta a las proporciones de la realidad, pero te servirá para ubicarte y decirnos si recuerdas quien, de los tres que vivíais allí, ocupaba la habitación en cuyo ropero hemos hallado el cadáver.

Fui a mi mesa y regresé con la cuartilla en la que había esbozado el croquis de la vivienda, in situ, mientras los funerarios levantaban el cadáver. Lo había garabateado atropelladamente, justo antes de salir y precintar el piso, cuando se me vino a la mente la idea de que más adelante podría necesitar aquel bosquejo. Nunca antes había dirigido la investigación de un caso de homicidio, pero algo me decía que el comisario me atiborraría a preguntas hasta conseguir hacerse una idea de la situación. Y haciendo mía la máxima de que «una imagen vale más que mil palabras», en el último momento, decidí confeccionar aquel particular plano.

Sandro lanzó un rápido vistazo a mi borrador y hasta la barba negra se le puso blanca en tan solo un instante. Toda su templanza se desmoronó en un soplo; como un globo al ser pinchado, toda aquella falsa entereza se desintegró en el aire en apenas un segundo. Sus manos se posicionaron sobre las rodillas, las piernas le comenzaron a bailar, iban por libre, y él no conseguía mantener los pies pegados al suelo. Crujió los dedos, suspiró varias veces, tosió, sudaba, se desprendió del anorak, después del jersey que llevaba por debajo, nos mostró un torso robusto y una camiseta erosionada por el uso y, minutos más tarde, farfulló:

—La... la ocupaba yo.

Las gotas de sudor asomaron en su frente y enseguida corrían cara abajo, temblaba como un pollo desplumado, buscó un pañuelo por todos los bolsillos de su pantalón vaquero pero no lo encontró, José Manuel le ofreció uno y después decidimos aparcar el interrogatorio hasta que de nuevo Sandro se encontrara en condiciones idóneas para continuar declarando. Tardó más de diez minutos en recomponerse.

—Háblame del armario. Seguramente guardarías tu ropa allí...

No me di cuenta de que acaba de meter la pata hasta que ya la tenía metida del todo. De nuevo, Sandro comenzó a temblar y a sudar chorros de hielo, supuestamente recordando la cantidad de veces que había abierto y cerrado aquel ropero sin imaginar que tenía compañía. Transcurrieron otros diez minutos hasta que se halló en disposición de volver a abrir la boca y, aún así, no la abrió. Decidí azuzarlo un poco.

—Exteriormente, el armario se cerraba con una puerta corredera formada por tres lunas de espejo —le recordé—, pero es el interior lo que nos interesa. ¿Recuerdas si la parte interna se correspondía en espacio disponible con lo que el ropero prometía desde el exterior?

—Por dentro...

Sandro se tapó la boca con la mano y apretó con fuerza. Yo percibí el significado de aquel gesto y me apresuré a acudir en su ayuda.

—Ven por aquí. Sígueme.

Guié a Sandro hasta el lavabo más próximo y esperé fuera. Desde el pasillo, escuché una sucesión de sonoros vómitos, el ruido de la cisterna acto seguido, después el agua saliendo del grifo y al fin salió él, más blanco que clara de huevo cocido.

—¿Te encuentras bien?

—Ahora sí, uff...

—Ya casi hemos terminado. Enseguida podrás marcharte.

Lo conduje de regreso a la oficina, aparté la silla para ayudarle a ocuparla y planteé un par de preguntas más, tendentes a establecer las dimensiones interiores del armario en la fecha que él lo había usado. Y Sandro, ya con la seguridad totalmente desplomada, manifestó que creía..., que le parecía..., que sin poder asegurarlo al cien por cien..., al interior del ropero le habían robado espacio.

Terminadas las preguntas destinadas a la primera tanda, convoqué a los siguientes para que pasaran a ocupar las sillas que, vacías y calientes, acababan de dejar sus compañeros. Entraron Amanda Prieto Lorenzo, Noelia Malvar Alonso y Benito Gómez Rodríguez.

Amanda Prieto Lorenzo, parte femenina del matrimonio que había habitado el piso entre septiembre de 2002 y marzo de 2006, disipó inmediatamente la duda acerca de la amplitud interior del ropero: durante el tiempo que ella y su marido residieron allí, aquel armario era tan amplio por dentro como indicaba por fuera; toda su ropa de cama, maletas, máquina de coser, adornos de navidad y hasta apuntes de la

universidad tenían cabida allí sin estrecheces; el ropero alcanzaba el límite de la pared tanto en su parte exterior como interior.

«Entonces —deduje—, el armario fue acortado en tiempos de Joaquín Perea, como yo ya suponía».

Noelia Malvar Alonso, que había compartido el piso con su prima Beatriz y también le había tocado en suerte la habitación en cuestión, hubo de ser atendida de una súbita crisis de ansiedad que la abordó pocos minutos después de tomar asiento en la silla que había frente a Eduardo. Nosotros mismos le ofrecimos los primeros auxilios, consistentes básicamente en vasos de agua del grifo, consejos tranquilizadores y pañuelos para empapar el sudor que la anegaba. Poco después, visto que nuestros esfuerzos no comportaban remedio alguno y que ella parecía estar a punto de desvanecerse definitivamente, solicitamos la presencia de una ambulancia y dimos aviso a los padres de la joven. Su prima Beatriz, que aún se encontraba en la comisaría, la acompañó en la ambulancia que la transportó al hospital.

Previo al ataque de ansiedad, Noelia había afirmado no haber notado ningún tipo de mal olor en la habitación y que el armario también le había parecido reducido pero que nunca se había planteado cuál sería el motivo por el cual las puertas correderas se extendían hasta el límite de la pared y, sin embargo, el espacio interior remataba medio metro antes.

Una vez la ambulancia se hubo llevado a Noelia, comprobé la hora. ¡Era tardísimo! ¡Casi las nueve de la noche! Y aún quedaba una persona en el pasillo, esperando su turno. Se trataba de Diego Alonso Redondo. Ordené a Eduardo que formulara las preguntas dispuestas para ese último testigo mientras yo me disponía a telefonear a las oficinas de la policía científica, por si ya hubieran identificado el cadáver.

—También estamos intentando la identificación por dentadura —me explicó Salgado, que había cogido el teléfono al primer timbre, un poco molesto porque lo llamaba justo cuando traspasaba el hueco de la puerta para irse a su casa—. Como tú mismo nos sugeriste, nos pusimos en contacto con la esposa de Joaquín Perea y ella nos facilitó los datos del dentista que atendía a su marido. Y estamos en ello. Te mantendré informado, pero ahora tengo prisa porque he quedado y ya llego tarde.

—De acuerdo, de acuerdo... Estamos en contacto. Hasta mañana.

Yo me encontraba agotado. De buena gana cerraría el chiringuito y me iría a descansar, pero aún me quedaba una última gestión pendiente. En realidad ese trámite llevaba horas aguardando turno en mi cola de prioridades, pero los acontecimientos del día aún no me habían permitido mandarle pasar. Accedí a nuestro programa informático de vehículos, tecleé el número del documento de identidad de Joaquín Perea y en pocos segundos la pantalla me entregó la información que yo andaba buscando: a fecha de su desaparición, Joaquín Perea era propietario de un vehículo Mercedes Benz SL 500, fabricado en el año 2004, que él había adquirido de segunda mano y transferido a su nombre en fecha 30 de octubre de 2005; y que aún le seguía

perteneciendo pues no constaba que su titularidad hubiera sido transmitida a otra persona.

«¿Dónde estará ese coche ahora? Seguramente en poder de Inés, su esposa...»; me pregunté y me respondí a mí mismo. Pero yo necesitaba confirmar mis suposiciones; y lo necesitaba urgentemente, antes de irme a casa a poder ser. De lo contrario era seguro que esa noche tampoco conseguiría conciliar el sueño. Llevaba menos de cuarenta y ocho horas investigando y ya aquel caso había conseguido barrer el sueño de mi vida de un solo plumazo. Me traía de cabeza, con sus retorcidas variantes y sus imprevisibles ramificaciones que no parecían conducir a ninguna parte. En aquellos dos días no había logrado templarme en ningún momento y constantemente me estaba repitiendo a mí mismo que, si quería llevar aquella investigación a buen puerto, debía medir con cuidado cada uno de mis pasos, calcular previamente los movimientos para no equivocarme, equilibrarlos con precisión para no excederme ni quedarme corto, marcar yo los tiempos para que nadie los marcara por mí, sopesar los riesgos y decidir cómo proceder según lo requiriera cada momento, etcétera, etcétera...

Rebusqué entre los papeles que sin orden ni concierto se acumulaban sobre mi mesa hasta que encontré aquel donde había anotado el número de teléfono de Inés García Velasco, la esposa de Joaquín Perea. Lo marqué precipitadamente.

—¿Sí?, ¿dígame? —respondió enseguida una voz femenina al otro lado de la línea.

—Buenas noches, soy el inspector Alfredo Vega, jefe de homicidios de la comisaría de Valladolid.

—Usted dirá...

Aquella voz era un manantial de ironía, o eso me pareció en ese momento.

—Como sabe, porque creo que mis compañeros de la policía científica y de la Guardia Civil ya han hablado con usted, se ha producido el hallazgo de un cadáver en el piso que su marido ocupó hace años en Valladolid. Y por ese motivo estamos entrevistando a todos los inquilinos que lo habitaron, pero aún no hemos conseguido localizar a su esposo.

No la puse al corriente de mis sospechas. Ya habría tiempo más adelante. Las malas noticias deben suministrarse con cautela.

—Estoy enterada.

La mujer se había mostrado seca en su respuesta, pero su voz denotaba seguridad en sí misma. Inés tenía una voz grave, bien entonada, que marcaba las sílabas una a una.

Yo tenía muchas dudas acerca de cuál sería la forma más conveniente de plantear la siguiente cuestión debido a que, por un lado, no deseaba compartir con Inés mi sospecha acerca de que su marido era el muerto, sencillamente porque aún no había nada oficialmente confirmado, mi intuición podía fallar y, además, bien podría tratarse de una persona físicamente muy parecida a Joaquín Perea. Por eso no era aún

el momento de participar a nadie ajeno al grupo de homicidios la casi certeza que yo había construido, mucho menos a la esposa; y de otra parte, caso de yo estuviera en lo cierto y ser Joaquín el fallecido, había que averiguar qué había sido de su vehículo. Por ese motivo afilé bien la imaginación antes de lanzar palabras al aire.

—Sabemos que Joaquín tiene un Mercedes Benz SL 500 y estamos intentando dar con su paradero a través del vehículo. —Informé, tomando buen cuidado de conjugar en presente los verbos referentes a Joaquín.

—No sé dónde está ese coche. Yo no lo he vuelto a ver, por lo que supongo que se lo habrá llevado él a donde quiera que haya ido.

—Quizá se lo ha dejado a sus padres... —tanteé.

—Sus padres viven en este pueblo y, de haberlo tenido ellos, yo me habría enterado.

Más complicaciones. ¿Qué habría sido del coche? Inés decía no saber nada. Carraspeé varias veces, simulando padecer un fastidioso resfriado; en realidad estaba intentando ganar tiempo para edificar mi siguiente pregunta, pero no salía nada y mi cabeza repetía incesantemente: ¿quién tendrá el coche?, ¿quién tendrá el coche? Sin darme opción a introducir nada más.

—Me gustaría entrevistarme con usted personalmente, ¿le iría bien mañana? —pregunté finalmente, seguro de que ese encuentro era absolutamente necesario, que el solo hecho de verle la cara a aquella mujer aclararía muchas de mis incógnitas y de que así ganaría aún más tiempo (toda la noche) para poner mis ideas en orden y orientar la investigación hacia buen fin. Además, necesitaba hablar también con el resto de familiares y así hacerme un croquis mental de lo que había sido la vida de aquel hombre al que yo ya daba por muerto.

—Por mí no hay problema.

La mujer era más seca que la paja y administraba las palabras como si le cobraran por cada una que soltaba.

—¿Qué tal a las diez de la mañana?

—Está bien.

—Ahí estaré. A las diez en punto.

Y colgué.

«Joaquín está muerto, eso es seguro. Es él, seguro. ¿Y dónde coño está su coche? La familia no lo tiene, en el garaje de Francisca tampoco está... Mario puede saber algo, pero no, no lo voy a llamar aún, no quiero levantar la perdiz. La Guardia Civil sí que tiene que saber algo, por lo menos sabrán si le pusieron alguna multa por infracción, si el titular renovó el seguro, si..., todo eso lo sabe la Guardia Civil» concluí.

—Guardia Civil, dígame... —contestaron prontamente.

—Soy el inspector Vega, de homicidios, brigada de policía judicial de la comisaría de Valladolid.

Me presenté formalmente, como yo sabía que le gustaba al «Cuerpo hermano». Mi interlocutor suavizó de inmediato el tono grave con el que me había recibido.

—¿En qué podemos ayudarle, inspector? Habla con el sargento Hidalgo.

—Os voy a pasar la matrícula de un vehículo para saber si tuvo multas recientemente; y con lo de recientemente me refiero a los últimos cinco años. Y también si tiene contratado el seguro obligatorio.

Desembuché los cuatro dígitos y las tres letras que conformaban la matrícula del Mercedes Benz y aguardé la respuesta durante un par de minutos, mientras escuchaba el martilleo de las teclas al otro lado de la línea. Cesaron. Un minuto más de espera. Saqué mi dado y lo puse encima de la mesa. Lo zarandeé un poco. ¡Casi las diez de la noche! Mi estómago rugía para hacerme saber que ya estaba bien, que su paciencia se había colmado, que no podía abandonarlo a su suerte durante tantas horas, que las lentejas estaban buenas pero que ya había llegado el momento de meter algo más.

—Vehículo marca Mercedes Benz, modelo SL 500, propiedad de Joaquín Perea Martínez, con domicilio en carretera Cuellar 90, Peñafiel, Valladolid. No tiene multas recientes, la última fue en fecha 8 de junio de 2007. Y carece de seguro obligatorio porque fue dado de baja el día 3 de enero de 2009, por lo que suponemos que este vehículo no está circulando.

«Era de suponer»; pensé mientras me despedía del sargento Hidalgo agradeciéndole la pronta y valiosa información que me había facilitado.

A través de los cristales que conformaban mi «pecera» vi a los otros tres afanarse en desconectar los ordenadores, clasificar los folios dentro de carpetas de cartón, guardar bolígrafos en los cajones y organizar los escritorios. De nuevo miré la hora: pasaba de las diez de la noche, tiempo de retirarse. Mi madre ya estaría preocupada, y cansada de esperarme con la sopa encima de la vitrocerámica. Todas las noches preparaba sopa de fideo, «para combatir el frío» justificaba ella. Lo cierto era que mi madre, a sus setenta años de edad, no había perdido las buenas artes en la cocina y rogué para que no llegara a perderlas nunca. En ese momento (y en muchos otros) lamenté que mi trabajo no me permitiera pasar mucho más tiempo con ella.

Plumífero y bufanda en mano, me disponía a salir por la puerta cuando el teléfono sonó de nuevo. ¡Maldita sea! ¿Quién será a estas horas? ¡Siempre tan inoportuno! Hice señas con la mano a los demás para que se marcharan y después regresé a mi mesa para atender la llamada.

—Buenas noches, soy Mario.

Me armé de paciencia.

—Nos ha pillado por los pelos, pues ya nos íbamos a casa.

—¡Vaya! Lo siento. Yo... yo sólo quería preguntar cómo va la investigación. Ya saben... me interesa saber cuándo podré ocupar el piso...

«¡Cuéntame otra de vaqueros que esta no ha colado!» pensé, sonriendo.

—Yo no puedo aportarle información, pues esta misma mañana la juez ha decretado el secreto del sumario, por eso tendrá usted que esperar. La vivienda se

encuentra precintada y en tanto la juez no ordene liberarla nada se puede hacer. Le avisarán cuando eso ocurra, y también cuando pueda disponer libremente de ella.

Hubo una larga pausa al otro lado, pero yo sabía que Mario seguía allí.

—¿Me ha comprendido?

—Sí, sí, perfectamente.

—Que pase buena noche.

—Buenas noches, inspector.

Meneé la cabeza. La conciencia de Mario andaba agitada, no quería mantenerse impasible y lo obligaba a reclutar información constantemente. El motivo de tanta inquietud, lo ignoraba yo en aquel momento y sigo ignorándolo a día de hoy aunque, conociendo un poco a Mario como ya creo conocerlo, me decantaría por el interés económico como principal causa de su desasosiego. Apagué las luces y me abrigué convenientemente: a esas horas los termómetros cotizarían en negativo con total seguridad.

Y en efecto, en la calle sentí el abrazo del frío en medio de una noche mansa y completamente despejada. Estaba helando. Los coches aparecían cubiertos con una finísima capa de agua que, a lo largo de la noche, se iría convirtiendo en blanca mortaja. El anorak de pluma mantenía mi cuerpo alejado de la helada, las manos buscaron cobijo en el interior de los bolsillos y me dispuse a caminar deprisa, guisado por la luz de las farolas. En lo alto, una luna de calabaza intentaba ayudar también, y yo aceleré el paso un poco más aún, procurando respirar por la nariz para alejar el aire frío de mis pulmones. Un cuarto de hora a pie me separaba de la casa de mi madre y unos minutos de mi recorrido transcurrían a la vera del Pisuerga. El río corría calmo hacia su destino, con las estrellas retozando sobre su lomo; y yo apuré el paso hasta los límites, con las preocupaciones pesando sobre el mío.

A las nueve y media de la mañana siguiente, acompañado de José Manuel, yo tomaba un té verde en la cafetería «La esquina», de Peñafiel. Era un local que derrochaba lujo y limpieza, que se ambientaba con relajante música clásica y que estaba atendido por un solícito camarero ataviado con traje granate, camisa blanca y pajarita negra. Un lujo inesperado en aquel pueblo con menos de seis mil habitantes.

Habíamos salido de Valladolid demasiado temprano, guiados por los consejos de Eduardo, que (además de recomendarnos que fuéramos tranquilos, que no había prisa) había previsto un viaje más largo de lo que en realidad había sido. Eduardo había calculado que invertiríamos una hora, aproximadamente, en salir de la ciudad y dejar atrás los cincuenta y cinco kilómetros que en línea casi recta separan Peñafiel de la capital de provincia; pero en apenas cuarenta minutos habíamos llegado a una plaza del pueblo ocupada por árboles desnudos, bancos esparcidos aquí y allá, algunos vehículos cubiertos con sudarios de hielo y ni un alma a la vista. Sin apearnos del coche, echamos un vistazo a los alrededores: casas bajas, calles vacías y mucho silencio. Y en la esquina de la plaza, una cafetería cuyo dueño no se había quebrado demasiado la cabeza para bautizarla: «La esquina». Salimos del coche y corrimos hacia ella, perseguidos por un frío que traspasaba los huesos.

Según el croquis que José Manuel había esbozado esa misma mañana aprisa, corriendo y guiado por un plano de Google Maps, la casa de Inés debería estar situada a unos cuatrocientos metros de donde nosotros nos encontrábamos, y para llegar allí sólo teníamos que enfilear la calle que salía desde aquella cafetería hacia la derecha y luego seguir todo recto. Estábamos al lado y no interesaba adelantarse ni retrasarse, pues lo primero podría ser identificado como impaciencia y lo segundo como falta de respeto o mala educación.

A falta de ocho minutos para las diez, nos subimos al coche y tomamos rumbo hacia la carretera Cuellar. Seguimos recto. Finalmente anduvimos setecientos metros y no los cuatrocientos previstos: un pequeño error de cálculo con respecto al plano de José Manuel. Nos detuvimos ante el número 90, donde nos constaba que vivía Inés; sin embargo, hubimos de comprobar de nuevo las señas pues, al echar un vistazo al exterior de la casa, creímos haber errado la dirección.

—¡La virgen! ¡Debe ser la mansión de las Koplowitz! —exclamó José Manuel.

Y no era para menos. Una valla de hierro de unos dos metros de altura rodeaba todo el perímetro de la residencia; tras el cercado, setos muy bien cortados preservaban la intimidad pero, aún así, se atisbaba la opulencia del interior a través de algunos claros que se abrían entre las ramas. José Manuel enseguida definió la casa como de estilo colonial, fundamentándose en el revestimiento de ladrillo rojo que cubría el exterior, en las tejas redondeadas que la techaban y en la fachada protegida

por entrada en arco y porche en la puerta. Y yo, que poco entiendo de estilos arquitectónicos, sólo vi una inmensa casa de dos pisos, de aspecto rústico, que me causó gran impresión.

Pulsé el timbre que desde el exterior comunicaba con la residencia y enseguida una voz me preguntó «¿quién va?». Me presenté formalmente, la puerta mecánica rugió y lentamente se fue haciendo a un lado al tiempo que ante nosotros iba apareciendo un sendero de unos doscientos metros de largo, pavimentado con placas de pizarra, que conducía directamente a la casa. A ambos lados se extendía un amplio jardín que agonizaba a causa del invierno: palmeras, árboles, bancos para sentarse a la sombra y piscina; todos ellos avivaron mi imaginación hasta convertir aquel lugar en un auténtico paraíso donde consumir las largas tardes de verano. La casa, enorme, nos recibió con su amplio porche formado por cuatro arcos que descansaban sobre columnas de mármol. Y nosotros, acostumbrados a nuestras viviendas reducidas, de ciudad, creímos haber llegado a puertas de un palacio.

Salió a recibirnos una mujer pequeña, delgada, de apariencia endeble, vestida con chándal azul marino y deportivas blancas. Supuse que se trataba de la asistenta. Pero la mujer, después de pasear su mirada por toda nuestra fisonomía, se presentó como Inés García Velasco, la todavía esposa de Joaquín Perea Martínez. Enseguida reconocí su voz pero, fruto de la conversación telefónica que habíamos mantenido el día anterior, yo le había adjudicado una presencia muy distinta, la de alguien seguro de sí mismo, con fuerte personalidad y también considerable fortaleza física. A lo largo de las horas previas yo había amasado en mi mente la imagen de una mujer decidida, con recio carácter y notable robustez; pero erré, como casi siempre se yerra cuando construimos preconcepciones a partir del frágil sustento de una simple acción o unas cuantas palabras, y mucho más si esas pocas palabras corren a través de la línea telefónica. Sin embargo, en ese momento Inés había perdido todo su poderío, parecía un ser aplastado por alguna circunstancia inevitable y emitía susurros en lugar de palabras. Su apariencia física tampoco se correspondía con la opulencia de la casa: desmaquillada, en chándal y con el pelo recogido en coleta ofrecía el aspecto de una desgarrada colegiala. Y nos miraba con cara de cordero degollado mientras se abrazaba a sí misma y movía constantemente los pies para espantar las consecuencias de la impasible helada nocturna que había cubierto su jardín con un manto blanco. Parecía incómoda ante nuestra presencia y al tiempo enfadada con el adverso clima castellano. Permaneció muda durante un tiempo y se nos quedó mirando, pensativa, quizá sopesando la posibilidad de mantener la entrevista allí mismo; pero, finalmente, entre castaño de dientes y frotado de manos, nos invitó a entrar en la casa.

Desde el porche accedimos a un amplísimo recibidor y de allí al salón. Durante el recorrido pude comprobar que el interior de la vivienda no era tan lujoso como anunciaba la imponente fachada. Los suelos y puertas parecían de buena calidad pero la decoración escaseaba, los muebles iban surgiendo aquí y allá, aislados unos de los otros, incomunicados en medio del vacío que llenaba los amplios espacios,

adolesciendo de ordinario pues ni uno solo de ellos hacía justicia a la cara que al exterior brindaba la casa.

Ni los estilos arquitectónicos ni la decoración son temas que enciendan mi interés pero, en este caso concreto y a mi modo de entender, tal discordancia entre exterior e interior era digno de observación porque, más adelante, podría tener algún significado relacionado con la investigación. Lo que estaba claro era que no resultaba usual exponer tanta opulencia hacia fuera y reservar tanta tosquedad para dentro. Allí había algo que no concordaba.

José Manuel y yo tomamos asiento en un sofá de tres plazas que daba la espalda a un amplio ventanal, y la mujer lo hizo en una butaca, justo frente a nosotros. Y, después de unos minutos de silencio en los que ella simulaba estar acomodándose debidamente y yo buscaba la forma de abordar la situación, fue Inés quien decidió romper el mutismo ofreciéndonos algo para beber. Rechazamos la invitación alegando que acabábamos de tomar café (lo cual era cierto) y ella no insistió. Se acopló mejor a la butaca, unió las palmas de las manos, las cobijó entre las rodillas, desvió la mirada hacia la oscura alfombra que protegía el suelo y aguardó el chaparrón de preguntas con la resignación asomando en sus gestos.

En la casa reinaba el silencio más absoluto. Supuse que los hijos del matrimonio estaban atendiendo a sus estudios, y que no había personal de servicio. Paseé la mirada por la estancia mientras pensaba en la manera de interrogar a aquella mujer cuya aparente fragilidad me estaba intimidando por miedo a romperla en mil cachos si le lanzaba una pregunta inadecuada. Paredes pintadas en color ocre, sencilla mesa de comedor con cuatro sillas, un aparador a juego, sofá de tres plazas, butaca, y muchos metros cuadrados de vacío. Todos aquellos indicios apuntaban hacia la presunción de que el grueso del capital había sido invertido en el continente, dejando escasos recursos para el contenido. Y yo debía guardar aquella pieza para encajarla más tarde, cuando el puzzle se hallara mucho más conformado. José Manuel carraspeó para llenar el silencio y yo decidí romper el hielo por el canto que consideraba más vulnerable. De nuevo expuse los hechos ante Inés, insistí en la necesidad de localizar a su esposo, la informé de que ya habíamos dado con el paradero y tomado declaración al resto de inquilinos que, al igual que Joaquín, en algún tiempo habían habitado la vivienda en cuestión, omití todos los detalles macabros y escondí mis sospechas acerca de la identidad del difunto, obviando una realidad que no era el momento de servirle cruda. Inés me escuchó, atenta; luego meditó unos segundos y después habló:

—Estoy informada, por la Guardia Civil de aquí y por los policías que me llamaron para pedirme los datos del dentista de Joaquín. Me imagino que será para descartar que sea él el muerto...

Me vi obligado a improvisar pues la sospecha de Inés no figuraba en mi guión.

—Si, de eso se trata, de descartar, ya que su marido ha sido el único inquilino a quien no hemos conseguido localizar. Según nos informó la Guardia Civil, la última

vez que usted tuvo noticias de él fue en verano de 2008, ¿es cierto ese dato?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Recuerda la fecha concreta?

—Era 15 de julio de 2008. —Respondió, mirando fijamente hacia el ventanal que se encontraba a mis espaldas.

De su boca, además de palabras, salían vaharadas de aire caliente que se hacían visibles tan pronto tropezaban con la gélida atmósfera de la casa.

—Recibió un mensaje de móvil, un SMS, ¿verdad?

Ella afirmó, sin apartar la mirada de algo que parecía estar mucho más allá de aquel ventanal.

—¿Qué decía ese mensaje?

Inés había estado marinándose en los amargos jugos del abandono durante casi cinco años, y lo que seguidamente salió de su boca fue un chorro de amargura.

—Obviamente, no lo conservo; pero decía que me abandonaba, que se había enamorado de otra mujer y que iba a comenzar una nueva vida a su lado, que a mí me ingresaría mil euros mensuales para la manutención de nuestros hijos y que no se me ocurriera acudir a la Justicia por causa alguna porque, si eso llegara a suceder, él se marcharía al extranjero y no me enviaría ni un euro más.

Inés hablaba para sí misma, sin entonación ni gestos. Eran sólo sus labios los que se movían, como los de un muñeco de ventrílocuo. Su mirada, enfocada hacia arriba y hacia la izquierda, me revelaba que eran imágenes lo que estaba recordando. Decidí seguir preguntando.

—¿Habló con él en algún momento durante ese día, o todo quedó solventado en ese mensaje?

Y ella, a pesar de su aparente ensimismamiento, me respondió de inmediato.

—Yo necesitaba una explicación y lo llamé tan pronto recibí el mensaje, pero él me colgó sin darme oportunidad de hablar. Sé que con ese acto me he humillado aún más, pero necesitaba urgentemente una aclaración, por eso volví a telefonearle. Y de nuevo él colgó. Y así sucedió en varias ocasiones, no sabría decirle cuántas. A los pocos minutos recibí otro mensaje en el que Joaquín me decía que nunca más intentara comunicarme con él, que no deseaba hablar conmigo, que simplemente se había enamorado de otra mujer.

Al terminar la última frase, Inés me miró directamente y esbozó una media sonrisa que me descolocó por completo. Era como si repentinamente hubiera conseguido esterilizar los recuerdos y librarse de sus manchas. También a José Manuel pareció extrañarle pues reclamó mi atención propinándome un toque en la pierna con la punta de su zapato. Miré a José Manuel, él se encogió de hombros, miré luego a Inés, que en esos momentos parecía estar recreándose en los recuerdos de aquel día y, al menos en apariencia, las evocaciones eran dulces: brillaban sus ojos y sonreía su boca, algo totalmente incomprensible para nosotros.

—¿Está segura de que los mensajes provenían del teléfono de su marido? —preguntó José Manuel, tan atropelladamente que yo temí que ella ni siquiera hubiera recibido la pregunta.

Pero Inés descendió enseguida de las alturas y habló poniendo palabras firmes a la certeza.

—Completamente. Se trataba del teléfono de Joaquín, de eso no hay duda.

—¿Sobre qué hora recibió usted el primer mensaje? —intervine yo.

—Sobre estas horas, más o menos, calculo que serían las diez de la mañana, minuto arriba o abajo...

—¿Y volvió usted a intentar contactar con él durante los días siguientes?

—Sólo aquel día, y fue como les dije. Nunca más volví a llamarle, aunque todavía conservo su número.

La mujer tragó saliva para pasar recuerdos que ahora parecía volvían a resultarle amargos.

—¿Podría facilitarnos ese número de teléfono?

Inés, con gesto de resignación, sacó el teléfono móvil que guardaba en el bolsillo del chándal, tecleó, buscó, localizó y nos dio las nueve cifras que yo fui anotando en mi pequeña libreta.

—Según hablábamos ayer, por aquella época Joaquín tenía un Mercedes Benz SL 500, que al parecer se llevó consigo, ya que usted asegura no haber vuelto a verlo.

—Así es, tal y como hablamos ayer.

En ese momento me pareció que la información había quedado incompleta y que la mujer sabía algo más.

—¿No volvió a ver ese coche?

Ella negó con la cabeza.

—¿Tiene usted vehículo, señora?

Volvió a negar.

—El único coche que tuvimos fue ese, y se lo llevó él —añadió—. Luego, a finales de 2008, cargaron el recibo del seguro en mi cuenta. Bueno..., en nuestra cuenta, la que Joaquín y yo todavía compartimos. Pero yo, dadas las circunstancias, lo rechacé. Si se ha llevado el coche, que se lleve también el seguro y que lo pague.

Inés pronunció aquellas palabras sin exteriorizar ningún tipo de rencor, tampoco otras emociones que, dadas las circunstancias, sería normal se abrieran paso hacia fuera. Daba la sensación de estar componiendo las frases que ella consideraba adecuadas al momento, pero no les imprimía emotividad alguna sino que se mantenía hierática en su postura e indescifrable en sus pensamientos, como si todo aquello de lo que estábamos hablando no hubiera sido el andamiaje de su existencia. Y yo estaba asombrado: Inés no mostraba despecho hacia Joaquín, ni ira, ni celos, ni rabia. Nada de nada. Sólo amargura. Una amargura que parecía tener más que ver con ella misma que con su esposo ausente. Cierto que habían transcurrido casi cinco años, tiempo suficiente para que los sentimientos tomaran cierta distancia, pero hay dolores que

acuden a poco que se los reclame, heridas que nunca llegan a cicatrizar del todo y que vuelven a sangrar a poco que se hurgue en ellas. Así es, a mi juicio.

—¿Lo dio usted de baja?

—Joaquín trabajaba para esa compañía aseguradora y fue uno de sus compañeros de trabajo quién se encargó de gestionar la devolución del recibo en el Banco y de tramitar el cese definitivo.

—¿De qué compañía estamos hablando?

—De MAPFRE.

—En Valladolid capital hay varias sucursales de MAPFRE... ¿no recordará, por casualidad, en cuál de ellas trabajaba Joaquín?

—Calle Paraíso número 13.

Anoté.

—¿Y el impuesto de circulación, señora? ¿También lo dio usted de baja? —volvió a intervenir José Manuel.

Inés sopesó detenidamente la respuesta durante unos instantes. El motivo lo ignoro, pues la pregunta en nada la comprometía, a mi entender; pero sus gestos denotaban reflexión aunque aparentemente sólo estuviera mirando al techo, fugada de la Tierra como ya había hecho antes. Al rato, dando ya muestras de retorno, se abrazó a sí misma y exteriorizó un escalofrío. Instintivamente, echó un vistazo a la manta que tenía en el reposabrazos pero no hizo amago de darle uso. Luego habló.

—También me intentaron cobrar ese recibo. Mejor dicho: me lo cobraron. Después quise darlo de baja en el ayuntamiento pero no lo conseguí porque, según me explicó la funcionaria que me atendió, sólo hay tres supuestos en los que se puede tramitar el cese del impuesto de circulación: cuando se da de baja el coche en Tráfico, cuando se presenta el certificado de destrucción del vehículo y también cuando se gestiona el pase a histórico caso de que el coche tenga más de veinticinco años. Yo no tenía el vehículo en mi poder y tampoco era la titular, por tanto no pude efectuar el trámite. Por eso ahora son los padres de Joaquín quienes se hacen cargo del pago del impuesto. Siguen cargándolo en mi cuenta cada año pero luego ellos me abonan el importe.

Ponderé varias posibles formas de plantear la siguiente pregunta, tratando de elegir la menos lesiva para Inés. Finalmente decidí que la directa era la mejor.

—¿Cuál es su actual estado civil, señora?

Inés no lo dudó ni un instante.

—Sigo casada con Joaquín pues él jamás se puso en contacto conmigo para tramitar el divorcio.

«Ni lo hará» afirmé para mis adentros.

—¿Qué edades tienen sus hijos?

—Carla tiene doce años y Joaquín, veinte.

Y volví a preguntar, aunque ya conocía la respuesta de antemano.

—¿Durante estos años de ausencia, alguna vez se puso Joaquín en contacto con sus hijos?

—Jamás. Es más, hace tres años le envié un correo electrónico a su cuenta, comunicándole que en fechas próximas se celebraría la Primera Comuni3n de su hija pero, a los diez segundos, fue Yahoo quien me contestó a mí para hacerme saber que esa cuenta estaba desactivada.

—¿Y no intentó usted contactar con él por teléfono?

—Yo, no. Sus padres, mis todavía suegros, trataron de localizarlo pero no lo consiguieron.

Me sentí absurdo formulando preguntas cuyas respuestas ya creía conocer perfectamente y que, además, sólo hacían que confirmar mis sospechas. Por lo menos la viuda parecía sincera pues me daba contestaciones que concordaban con la hipótesis que yo daba por buena.

—Dijo usted que comparte un número de cuenta con Joaquín y yo quisiera saber si él dispone de tarjetas asociadas a esa cuenta y si intentó usarlas después de marcharse.

—Joaquín tenía varias tarjetas pero no ha vuelto a hacer uso de ellas; supongo que habrá abierto otra cuenta, le habrán entregado nuevas tarjetas y se habrá deshecho de las anteriores...

Inés iba a decir algo más pero, repentinamente y sin motivo aparente, desabrochó una sonrisa incontrolada. Una sonrisa preciosa que iluminaba su rostro, que le quitaba varios años de encima y que, además, era capaz de convertirla en la persona más feliz del mundo, al menos en apariencia. Pero al segundo debió percatarse de la impropiedad del gesto, abortó otra sonrisa que ya venía de camino y volvió a convertirse en la mujer avejentada y desvalida que buscaba aparentar y que en realidad aparentaba; aunque a mí ya me estaba pareciendo que sólo eran apariencias y que aquella mujer tenía más de gavilán que de paloma.

—¿Continúa Joaquín abonándole a usted mil euros al mes como pensión de alimentos para los hijos comunes? —pregunté.

Ella asintió.

—¿Aunque su hijo mayor ya rebasa la mayoría de edad...?

—Joaquín prometió pagarme mil euros mensuales en tanto yo no lo moleste pero, aunque no fuera así, igualmente tendría la obligación de seguir pagando la pensión a sus hijos, pues aunque nuestro hijo mayor ya ha cumplido los veinte años de edad, continúa estudiando y no dispone de ingresos propios. —Aclaró, elevando la barbilla, el porte y el tono de voz, mostrando por primera vez sus malas pulgas.

—¿Algún incidente? ¿Algún mes que él haya dejado de ingresar el dinero?

Yo le enviaba preguntas constantemente pero, a la par, también me estaba preguntando a mí mismo quién estaría detrás de aquellos abonos y, sobre todo, por qué. Mi conversación con Inés se asemejaba a una partida de ajedrez: tanto ella como

yo nos tomábamos nuestros buenos lapsus de tiempo, calibrando cada uno de nuestros gestos y palabras para no terminar en jaque-mate.

Mientras ella buscaba réplica a mi última pregunta, yo efectuaba rápidos cálculos mentales: mil euros mensuales durante doce meses al año y, a su vez, multiplicados por cinco, que eran los años transcurridos desde 2008, daban como resultado una suma de... ¡casi sesenta mil euros! ¿Por qué?, ¿quién?, ¿para acallar qué? Seguramente aquella mujer endeble y monjil conocía todas las respuestas y ahí estaba, representando un teatro en el que a ella le había tocado el papel de despechada, y lo desempeñaba a las mil maravillas.

—Ninguno. Él paga religiosamente a principios de cada mes. Sólo tuve un incidente, y es que he recibido varias cartas de Hacienda comunicándome que Joaquín no había presentado la declaración de la renta del año 2008, y lo solucioné poniendo el tema en manos de un gestor.

—¿Y ese gestor consiguió localizar a Joaquín?

Ella negó ampliamente con la cabeza.

—¿Podría usted facilitarnos el número de cuenta en la cual su todavía marido le ingresa el dinero? Me imagino que la sucursal bancaria estará ubicada en este pueblo, ¿verdad? Y, ya que nos encontramos aquí, podríamos aprovechar el viaje para tratar de averiguar desde dónde se realizan las transferencias. Creo que por este camino daremos con el paradero de Joaquín.

Inés se estremeció, y creo que esa vez no fue a causa del frío, ya que repentinamente comenzó a mover los pies para disimular el temblor que también sacudía sus piernas. Por sus ojos asomó el miedo.

—¿Creen que podrían localizarlo? ¿Qué harán si lo encuentran?

En ese instante yo lo tuve claro: ella temblaba de miedo, no de emoción. ¿Miedo a qué?, ¿a que Joaquín regresara?, ¿a que nuestras pesquisas sacasen al oso de la madriguera?, ¿o a que se descubriera quien era la persona que, suplantando a Joaquín, desembolsaba mil euros mensuales para comprar silencio?

La miré fijamente pero decidí no saciar sus ganas de despejar incógnitas pues a mí me interesaba alimentar bien el misterio para que progresivamente fuera engordando también la incertidumbre.

—Tendrá que facilitarnos ese número de cuenta bancaria, señora. —Aseguró José Manuel.

—¿Es necesario?

José Manuel asintió.

—Si no lo hace, nos veremos obligados a solicitarlo mediante Orden Judicial. —Añadió.

Ella se levantó de un salto, ágil como una gacela avanzó hacia el aparador y, una vez allí, rebuscó en el interior del cajón superior. En unos segundos estaba de vuelta para arrojar la cartilla bancaria encima de la mesa de centro que teníamos delante, en un claro gesto despectivo que no tomamos en consideración.

—Ahí la tienen.

Abrí la cartilla, anoté los veinte dígitos que la particularizaban y se la devolví a Inés con delicadeza.

—Dígame, señora... ¿hablaba usted a menudo con su marido por teléfono?

Continué planteando las preguntas con tacto pese a no considerarlo ya tan necesario dado el gesto despectivo con el que Inés acababa de obsequiar nuestro interés en dar con el paradero de su marido.

—Todos los días hablábamos cinco o diez minutos. Era él quien llamaba.

—¿Cuándo hablaron por última vez?

—El día anterior al mensaje, el día 14 de julio de 2008.

—¿Notó usted algo raro en él?

—Todo fue normal. Él me llamó sobre las ocho de la tarde, nada más terminar su trabajo, como siempre hacía, pero ese día estuvimos hablando durante más tiempo de lo habitual, unos cuarenta minutos, más o menos. —Inés prosiguió, adelantándose a la pregunta que supuso vendría acto seguido—. La causa fue que se había estropeado la caldera de la calefacción y estuvimos acordando qué hacer y a quien encomendar la reparación.

La respuesta me dejó perplejo.

—¿Y tenía eso mucha importancia en el mes de julio, en pleno verano, señora?

—Si, mucha importancia, porque de ahí proviene también el agua caliente que usamos en baños y cocina.

—Parece curioso que, habiendo decidido marcharse al día siguiente, porque supongo que a esas horas de la tarde anterior Joaquín ya lo tendría previsto, hayan ustedes conversado durante tanto tiempo sobre un problema doméstico que a él ya no le iba a tocar resolver y que, dadas las circunstancias, debería importarle más bien poco, ¿no le extrañó a usted, señora?

A punto estuvo ella de sonreír otra vez, pero se percató a tiempo y de nuevo echó el freno a la muestra de alegría, o quizá fuera de ironía, ¿quién sabe?

—Todos estos años llevo haciéndome esa misma pregunta, pero jamás hallé respuesta lógica. Ilógica, tampoco. Simplemente, no hallé respuesta alguna.

Me preparé para adentrarme en terreno de arenas movedizas.

—¿Iba bien su matrimonio, señora?

Inés escondió la mirada entre los cuadros oscuros de la alfombra que cubría el suelo. Una alfombra gastada y no demasiado limpia. No obstante, pareció no sorprenderse de haber recibido aquella pregunta y se tomó su tiempo para darle la mejor respuesta posible, o quizá la más conveniente, o menos inconveniente, según.

—Era un buen marido y procuraba que no nos faltase de nada, ni a mí ni a los niños...

A la par que hablaba, Inés acaricia suavemente el labio superior. «¡Miente! Ese gesto indica que miente. Uno se tapa la boca como tratando de evitar que las palabras falsas salgan al exterior», pensé.

—¿Cómo se conocieron ustedes?

Ella alzó la mirada hacia mí y frunció ligeramente el ceño, como si no comprendiera por qué le estaba planteando una pregunta tan obvia.

—Los dos hemos nacido y nos hemos criado en este pequeño pueblo donde se conoce todo el mundo. Lo típico: nos gustamos, empezamos a salir y nos casamos a los veintitrés años porque nuestro primer hijo venía de camino, de lo contrario hubiéramos esperado un poco más, hasta que Joaquín terminara la carrera, que ya iba por el último curso...

—¿Qué carrera estudió su marido? —la interrumpí.

—Estudió Derecho, en Valladolid. Terminó la carrera después de casarnos y, nada más acabar, tuvo la suerte de encontrar trabajo en MAPFRE. Era el año 1993 y le fue muy bien porque era buen trabajador y magnífico vendedor, los ascensos no tardaron en llegar y a principios del año 2006 requirieron su presencia en la central de Valladolid para ocupar un puesto de alto ejecutivo.

—¿Lo acompañó usted a Valladolid? —pregunté, aún sabiendo que no había sido así.

—Los niños y yo nos quedamos aquí. No en esta casa, que aún no habíamos construido por aquel entonces, sino en un piso propiedad de mi padre.

Y en ese momento vi la oportunidad de esclarecer la contradicción que tanto me venía extrañando desde que había puesto los pies en aquella casa.

—Entonces... ¿esta casa la construyeron desde que Joaquín se fue a Valladolid? Debía ganar un buen sueldo porque se trata de una residencia imponente. La mejor que he visto, salvo en televisión, claro está.

Inés sonrió, orgullosa.

—Joaquín tenía un sueldo muy bueno. Es más, durante el tiempo que duró la construcción de la casa él ganó dinero suficiente para pagarla. Comenzamos a edificarla en marzo de 2007 y estuvo terminada en catorce meses, para mayo de 2008 concretamente. Después, lamentablemente, los planes se torcieron y yo me vi obligada a amueblarla como pude, con lo más básico y barato.

Yo necesitaba casar unos cuantos datos más antes de atreverme a preguntarle a Inés cuál había sido el coste de aquella casa, pero mentalmente calculé que habría costado unos trescientos mil euros, quizá menos si se tenía en cuenta que en los pueblos se abarataba el precio del suelo. Pero... ¿quién gana trescientos mil euros en un año, por muy alto ejecutivo que sea? Aquí hay gato encerrado, deduje.

El silencio se adueñó del salón otra vez, y yo aproveché el entreacto para rebuscar entre mis archivos mentales por si alguna importante pregunta hubiera quedado agazapada en algún recoveco. José Manuel respiró hondo, se rascó el cuello y miró el reloj. Parecía impaciente por terminar aquella entrevista en la que yo daba vueltas y más vueltas en círculo, yendo a parar siempre al mismo lugar. Y, dándole a entender que le había leído el pensamiento, decidí poner fin al interrogatorio, al menos de momento, sin descartar retomarlo de nuevo ya que aquella mujer parecía estar en

consonancia con el resto de la casa: una apariencia por fuera, otra muy diferente por dentro. Eso de que eran un matrimonio feliz, que Joaquín había ganado en un solo año el dinero suficiente para construir aquella casa, que no sospechaba que su marido pudiera estar muerto... ¡eso no se lo creía ni ella!

—Bueno, señora, por el momento creo que hemos terminado, no se me ocurre nada más y creo que ya la hemos entretenido bastante. —Dije al tiempo que me levantaba del sofá.

Inés asintió, visiblemente aliviada, y se levantó también.

Y sólo en ese momento tomé conciencia de que mis hombros habían quedado anquilosados. Llevaba casi una hora con la caja torácica contraída para ofrecer resistencia al frío, y tenía también las manos heladas porque la mayor parte del tiempo habían permanecido en el exterior, sobre mis rodillas. Las froté enérgicamente.

—Una última cuestión, señora: ¿usted trabaja?

Inés no trató de ocultar su sorpresa ante aquella pregunta postrera, y después negó con la cabeza.

—No encuentro nada. —Añadió un poco después, excusándose con un encogimiento de hombros.

—¿Cuál es su profesión, señora?

—Estudié magisterio, pero no conseguí aprobar las oposiciones, ya sabe... con dos hijos... —justificó.

—Resulta muy difícil incluso sin cargas familiares, señora. Los hijos, además, representan un obstáculo añadido. Supongo que habrá estudiado en Valladolid, como su marido...

Inés, que no intuía a donde yo pretendía ir a parar, afirmó con un monosílabo casi inaudible. Y a mí se me encendió una bombilla en la mente: Mario también había cursado magisterio en Valladolid. Desplegué la carpeta que llevaba en la mano y comprobé las fechas de nacimiento de ambos: 1970. Año en que también había nacido Joaquín, ¡Los tres de la misma edad!

Inés y José Manuel esperaban de pie, conscientes de que algo me rondaba por la cabeza y de que se lo haría saber de un momento a otro pero dudando sobre si avanzar hacia la puerta de la calle o quedarse allí, aguardando hasta que yo me decidiera a desembuchar. Reaccioné. De la carpeta saqué la fotografía del documento de identidad de Mario y se la mostré a Inés.

—¿Conoce a este hombre?

Ella le echó un rápido vistazo y, de forma casi inmediata, negó rotundamente. Parecía aturdida y extrañada ante mi pregunta. A su vez, yo me extrañaba de que ella no me planteara preguntas a mí. Debería, al menos, interesarse por saber quién era aquel hombre y por qué yo le estaba enseñando su fotografía.

—Nosotros, de momento, hemos terminado, señora, pero no descarto una nueva visita. Todo depende de cómo se vayan desarrollando los acontecimientos.

Inés se encogió de hombros y me miró con indiferencia, como si el asunto nada tuviera que ver con ella.

El carácter de aquella mujer se movía como una veleta: tan pronto iba de sobrada, como de desvalida, como mostraba arrogancia, luego sumisión, más tarde hastío..., y en ese preciso momento parecía no importarle nada de cuanto acontecía a su alrededor, se comportaba como si sólo hubiera venido al mundo para una visita de escasos cinco minutos.

Me dirigí hacia la salida, seguido de José Manuel, y esa vez no reparé en los detalles del interior, quizá porque Inés ya me había dado una respuesta lógica a tanta discordancia. Abrí la puerta exterior y apenas noté sensación de frío pero sí la bofetada de un viento recio que había llegado mientras nosotros estábamos dentro de la casa. Nos despedimos de Inés, que nos miraba desde el pasillo con los brazos cruzados y la mirada perdida, frágil como una muñeca de porcelana; y encauzamos la corta senda que nos llevaría hasta la calle, admirando de paso, una vez más, la estructura de aquella hermosa vivienda.

—¿Cuánto calculas que costará construir una casa como esta? En este pueblo, me refiero. —Pregunté a José Manuel.

Y él calibró, echando un vistazo detallado a la fachada y meneando la cabeza.

—Entre doscientos cincuenta y trescientos mil euros, así a grosso modo. Y no me creo un carajo de que ese tío haya ganado todo ese dinero en un año. Que no es sólo ese dinero porque, a mayores, tuvo que pagar el alquiler del piso de Valladolid, mantener aquí a su familia, y demás.

—Aquí hay más gatos encerrados que en la gatera municipal. Vamos a ver qué dicen los padres de Joaquín. Tengo aquí la dirección que me facilitó la Guardia Civil y, por el plano que vi en Google, está cerca de aquí, en la falda del castillo.

Ana y Gervasio, los padres de Joaquín, nos recibieron en una casa que era lo opuesto a aquella de la que veníamos: mucho más modesta en su exterior e infinitamente más lujosa y confortable de puertas adentro. La de Inés era una casa sin alma, una carcasa hueca por dentro, como su moradora; la de Ana y Gervasio, en cambio, irradiaba calor de hogar desde cada una de las esquinas y desprendía confortabilidad en cada uno de los detalles. Y, para continuar con las discordancias, sus dueños nos otorgaron una calurosa bienvenida: apretones de manos él, sonrisas y besos ella. Eran un matrimonio de pelo cano, cuerpos enjutos y sonrisa fácil. Y yo, sin saber por qué (quizá porque a veces me da por hacer esas cosas, tan raras; y más por aquel entonces, que aún tenía la emotividad sana, sin quemar) en ese instante comparé su apacible vejez y su acogedor hogar con el tránsito de un río cuando se acerca a la desembocadura; y camina lento, silencioso, calmo después de un largo y agitado recorrido por un cauce repleto de imprevisibles trampas. Así es la vida. Y así eran ellos. Ana y Gervasio, rondando los ochenta años, eran tan mansos como las aguas de la orilla. Se acercaban a la desembocadura y todo en ellos transmitía calma y sosiego.

Nos invitaron a pasar a un salón recargado de adornos, sin un centímetro de blanco para descanso de la vista, donde acumulaban recuerdos del pasado atrapados en docenas de fotografías enmarcadas, lucían gran variedad de labores de ganchillo que daban fe de que al tiempo de Ana le sobraban algunas horas libres, exhibían múltiples adornos de todo tipo y crecían plantas en cada esquina.

Con los pies aún congelados, agradecimos el placentero calor que irradiaba de la chimenea, tomamos asiento en un cómodo sofá y aceptamos de buen grado el café caliente que nos ofrecieron.

Ana se dirigió a la cocina y nosotros aguardamos en el salón, acompañados de un Gervasio repentinamente mudo y pensativo, que había depositado su mirada en las llamas que bailaban lamiendo un tronco en la chimenea.

Regresó Ana sosteniendo una bandeja con ambas manos, Gervasio se reactivó con la presencia de su esposa y se apresuró a desplazar el cenicero y el jarrón que reposaban sobre la mesa para dejar libre el hueco donde ella posaría la bandeja sobre la que descansaban las cuatro humeantes tazas de café y una caja de pastas que las acompañaba. A mí se me hacía la boca agua pero, aún así, me propuse tomar el café en pequeños sorbos, guardando las formas, prolongando convenientemente la entrevista y conteniendo las ganas de ingerir de golpe aquel líquido caliente que me ayudaría a salir del estado de congelación en el que me había sumido el ambiente gélido de la casa de Inés. Y rechazaría las pastas (no por falta de ganas sino por decoro: estábamos trabajando, investigando en casa de los familiares de la persona que yo creía era la víctima y no era el momento ni el lugar de atiborrarse a comida)

aunque el frío me había abierto un agujero en el estómago y más de una vez durante el tiempo que duró la visita, miraría hacia la caja con verdaderas ganas de asaltarla sin reparos y dejarme de tonterías relacionadas con las buenas formas.

—Imagino que ya se habrán formado una ligera idea sobre el motivo de nuestra visita —planteé mientras Ana nos servía el café.

—Una pareja de la Guardia Civil estuvo ayer aquí y nos informó sobre el hallazgo de un cadáver en el piso donde vivió nuestro hijo hace unos años. Y también nos dijeron que ustedes, la policía, están intentando localizar a Joaquín para que declare.

La respuesta había corrido a cargo de Ana, Gervasio se limitaba a dar su consentimiento a golpe de cabezazos arriba y abajo, y yo a sopesar los datos que me aportaban. Íbamos por buen camino: los padres no parecían, ni remotamente, estar considerando la posibilidad de que el cadáver hallado fuera el de su hijo. Para eso ya habría tiempo, caso de confirmarse mis sospechas, pero en ese preciso momento lo prioritario era obtener información, y esa información fluiría mucho mejor en aquel ambiente cordial que entre todos habíamos construido a golpe de palabras amables, sonrisas y café.

—Así es. Hemos localizado a todos los inquilinos de la vivienda pero nos falta su hijo Joaquín, por eso esta misma mañana estuvimos hablando con Inés García Velasco, la nuera de ustedes, pero ella ignora su paradero...

—¿Qué va a saber esa? —interrumpió Ana, mostrando por primera vez un carácter que en nada concordaba con la imagen de la anciana apacible que yo había forjado durante los anteriores minutos—. Por culpa suya pasa lo que pasa, por su culpa se marchó mi hijo, porque no hay quien viva con ella. Y él, cansado de ese tipo de vida, se fue con otra. Mire, si usted conociera a mi hijo... ¡Cómo desearía yo que usted pudiera conocer a mi hijo! Es una gran persona, siempre lo fue, desde niño. Estudioso, cariñoso, respetuoso con sus padres, trabajador... Ya ve a dónde llegó. ¡Y que se viese obligado que abandonar su vida y los sueños por los que tanto había luchado! ¡Y todo por culpa de esa harpía!

Ana hablaba atropelladamente y nos salpicaba con un montón de datos pero no aclaraba demasiado y de su parrafada sólo pude extraer que Joaquín había tenido muy mal ojo a la hora de elegir esposa. Y Gervasio, cómodamente sentado en la que parecía ser su butaca habitual, asentía sin descanso y se servía de gestos de enfado para demostrarle a Ana que estaba de su parte, que cuanto estaba diciendo era la pura verdad y nada más que la verdad. Decidí solicitar aclaraciones.

—Me gustaría saber por qué creen ustedes que ella, Inés, empujó a Joaquín a tomar la decisión de marcharse.

Ni mi intención ni mis palabras habían sido ofensivas, creo, pero el caso es que Ana enrojeció de ira, se encendió como un monigote de paja y pasó del blanco al colorado en un visto y no visto. Y yo enrojecí a la par que ella, temiendo haber metido la pata tan hondo que ya no pudiera sacarla y me quedase totalmente

inutilizada. «Si a estos dos se les mete en la cabeza que la policía está de parte de Inés, la esposa legítima y abandonada, se enojarán con nosotros y no nos contarán nada más» pensé, temiendo lo peor. Acto seguido, Ana se puso en pie, los brazos cruzados, la mirada clavada en la mía. «¿Dónde está la abuela encantadora que me recibió hace tan sólo unos momentos?» me preguntaba yo ante aquella mirada iracunda que se me había clavado en el entrecejo.

—Yo le voy a explicar a usted: esa haragana, porque no se le puede llamar de otra manera sino haragana, sólo se preocupó de quedarse preñada. Estudió, sí, pero no intentó buscar trabajo ni una sola vez. ¿Para qué iba a molestarse en ir a trabajar si ya lo tenía a él, a nuestro Joaquín? ¡Tenía el mejor vendedor de seguros de todo Valladolid y provincia! Y ella venga exigirle que le proporcionase un alto nivel de vida para destacar aquí en el pueblo, un Mercedes para pasearse como una reina de acá para allá, una casa para captar la atención de todo el que pase por la carretera, buenos abrigos de piel, joyas... ¡No le faltaba de nada! Porque sí, su padre mucho presumir de dinero y de propiedades, pero quién tenía que mantenerla era mi hijo, y para eso Joaquín se mataba a hacer seguros día y noche. Y claro, llega un día en que el cántaro se rompe de tanto ir a la fuente. Y lo peor de todo es que nosotros no hemos vuelto a ver a nuestro hijo porque él ya no puede volver al pueblo o, de lo contrario, esa harpía lo pillaré y hasta los riñones le sacaré para venderlos. Y ahora, la muy haragana, vive de su padre ya que no puede vivir de su marido, pero el caso es que ella sigue en la casa y parece que no le falta de nada.

De toda aquella parrafada una conclusión sí que pude extraer: era evidente que los padres de Joaquín nada sabían acerca de los mil euros que Inés recibía mensualmente.

—Pero ya le digo yo a usted que nuestro hijo no ha tenido nada que ver con la muerte de ese hombre —intervino Gervasio—. Mi hijo ha vivido en Valladolid desde principios de 2004 hasta mediados de 2008, fecha en la que se marchó, y seguramente la muerte de ese hombre se haya producido mucho después. Nuestro hijo está dedicado a trabajar y es una persona incapaz de cometer un asesinato. Se lo digo yo que bien lo conozco, que soy su padre.

—Nosotros no hemos insinuado en ningún momento que él haya sido el responsable de esa muerte, pero estamos interesados en localizarlo para formularle varias preguntas acerca de la vivienda donde apareció el cadáver de ese hombre, al igual que ya hicimos con el resto de inquilinos de ese piso, los que lo ocuparon en años anteriores y posteriores a Joaquín.

Gervasio se relajó, de nuevo hundió los hombros en el respaldo del sillón y echó la cabeza hacia atrás. Ana había tomado asiento en un puff, al lado de su marido y ya parecía un poco más calmada ahora que había dejado las cosas claras.

—No sabemos nada de nuestro hijo desde el día 15 de julio de 2008. Ese día vino Inés a vernos para decirnos que Joaquín la había abandonado. Llegó llorando, intentando dar lástima, rogando ayuda inmediata... Supongo que buscaría una compensación económica y, al no conseguirla, se marchó por donde vino. Sólo

recibió su merecido, ni más ni menos. En cuanto a él, a nuestro hijo, me imagino que se habrá sentido tan agobiado y tan avergonzado al verse obligado a tomar semejante decisión, que nunca más se habrá atrevido a llamarnos. Después, el tiempo fue pasando y...

A Ana se le ahogaron las palabras en la boca. Nuestra visita había exhumado el dolor sepultado tiempo atrás y yo, contemplando el hondo sufrimiento que transmitía su rostro, no pude por menos que asentir humildemente, tratando de aparentar acuerdo con su versión de los hechos aunque no fuera ese mi parecer. Por respeto a su dolor (y también por conveniencia para la investigación) me vi obligado a reprimir mis ganas de decirles a ambos que ni todo era blanco como la nieve ni todo negro como el betún, que inevitablemente existían tonos intermedios, que ni Joaquín podía ser tan bueno como el pan, ni su esposa tan mala como el diablo. A mi lado, José Manuel resopló inoportunamente, parecía estar leyéndome el pensamiento.

—Supongo que ustedes sí que habrán intentado contactar telefónicamente con su hijo... —insinuó José Manuel, aprovechando el espacio de silencio.

—¡Tantas veces! Pero siempre lo tenía apagado o fuera de cobertura. Me imagino que la harpía esa estaría importunándole día y noche, y que por ese motivo se vio obligado a apagarlo definitivamente.

—Y también estuvimos en el cuartelillo de la Guardia Civil —intervino Gervasio de nuevo—. Queríamos denunciar la desaparición de Joaquín porque nos parecía imposible que él se hubiera marchado sin antes hablar con nosotros.

—¿Y...?

—El sargento realizó averiguaciones por su cuenta y luego, pasados unos diez días, nos comunicó que nada se podía hacer dado que Joaquín era mayor de edad y se encontraba en plenas facultades mentales. El sargento también nos dijo que había hablado con Inés y que ella le había explicado que, de común acuerdo, habían decidido separarse y que también de común acuerdo habían estipulado las normas que regirían esa separación.

Lógico, pensé. Después les solicité el número de teléfono de Joaquín, con la única intención de contrastarlo con el que me había facilitado Inés.

Coincidían.

Regresó el silencio y parecía venir para quedarse. Ana y Gervasio pensaban, José Manuel esperaba, y yo decidí arriesgarme encaminándome por la misteriosa senda del coche Mercedes, hasta ver si los padres de Joaquín me ayudaban a despejar mis numerosas dudas.

—¿El coche? —se adelantó Gervasio cuando ya Ana tenía la boca abierta para iniciar discurso—. ¡El coche es el único bien que pudo rescatar el pobre! Lo demás se lo quedó todo ella. ¡Y anda que no vale dinero esa casa!

Parecía que el coche cotizaba muy por encima de sus padres (y también de la casa) en la escala de afectos de Joaquín pues, aunque Inés lo importunara como Ana creía, siempre le habría quedado la opción de hacerse con otro número de teléfono

para contactar con ellos y así, por lo menos, los mantendría al corriente de su paradero. Durante un instante sopesé la posibilidad de plantear esta duda, pero no le calculé al movimiento ganancia alguna y sí algún más que probable inconveniente.

—No volvimos a ver ese coche —continuó Gervasio—. Se lo llevó él a donde quiera que se haya ido; pero se ve que por alguna causa, bueno..., por alguna causa no, para que la harpía no descubra su paradero, no quiso cambiar el domicilio para el impuesto de circulación, y el Ayuntamiento lo sigue cargando en la cuenta bancaria que él compartía con la bruja. Y ella, la bruja, cada año nos hace llegar el recibo para que nosotros lo paguemos. Y nosotros lo hacemos con gusto, pues ese papel nos demuestra que Joaquín sigue vivo y que se encuentra bien, pues caso de que a él le hubiera sucedido algo, el coche habría aparecido en algún lugar. No se imagina usted qué grande llega a ser la angustia que se siente cuando un hijo desaparece de la noche a la mañana sin dejar recado alguno, sin volver a contactar...

Volvió a asomar la tristeza en el rostro de Gervasio y yo, agobiado con mi pesada carga de sospechas acerca de la identidad del muerto, me conmoví como no recordaba haberlo hecho antes. El secreto que guardaba apenas me cabía en el pecho y me preguntaba a mi mismo cómo, en algún día de los venideros, yo iba a ser capaz de comunicar a aquella gente que su hijo no había salido de entre las paredes del piso de Francisca y que no teníamos puñetera idea de dónde estaba ese coche cuyos impuestos pagaban religiosamente cada año.

—Ella es una vaga —incidió Ana una vez más—. Nunca quiso trabajar, sólo vivir a costa de nuestro hijo. Y también es una chantajista emocional de mucho cuidado. Y siempre ha llevado los pantalones en esa casa, porque Joaquín es un bendito. Que la señora quería un Mercedes para pasearse con clase, allá iba Joaquín a hacer unas horas más de puerta en puerta vendiendo seguros. Que deseaba una casa imponente, más horas de trabajo. Y así constantemente. Nuestro hijo es así: bueno y tonto por igual. Por eso nosotros comprendemos que haya tomado la decisión de marcharse lejos de esa mujer, y además debe procurar que ella jamás consiga descubrir su paradero, porque de lo contrario hasta los riñones le sacará para venderlos.

Y yo, que bien conocía esa parte del sermón, opté por dar un giro radical a la conversación y exponer algo que no tuviera que ver con la avaricia de Inés ni con los riñones de Joaquín.

—¿Cuándo vieron a su hijo por última vez?

Ana tomó inmediatamente la palabra.

—Según nos dijo esa harpía —alcé la mirada al cielo para preguntar si existía alguna línea que no pasase por Inés— ella recibió un mensaje de Joaquín el día 15 de julio de 2008, a eso de las diez de la mañana. Era martes. Eso lo recuerdo muy bien. Era día de ensayo. Yo canto en el coro de la iglesia, ¿sabe...?

Aunque yo lo hubiera sabido (que no era el caso) igualmente habría plasmado en mi cara aquel exagerado gesto, a medio camino entre la sorpresa y la admiración, que

yo sabía agradaría a Ana y que era la mejor forma de animarla a continuar hablando hasta ver si tenía algo importante que decir al respecto de la desaparición de su hijo.

—Era martes, yo estaba preparándome para ir a los ensayos cuando ella llamó a la puerta. Venía desenfundada, gritando, repitiendo una y otra vez que Joaquín se había ido con otra mujer, dando patadas en el suelo como las mulas, llorando como una Magdalena. Nosotros le dijimos que se calmase, que seguramente se trataría de un error, le ofrecimos tila y asiento, y telefoneamos a nuestro hijo para comprobarlo, pero no atendió la llamada. Ni esa vez ni las miles de veces siguientes. Nunca más.

Ana parecía un político en pleno discurso electoral: hablaba y hablaba sin pausa pero ni aclaraba nada ni respondía a la pregunta concreta que yo le había planteado. Y yo empezaba a desesperarme y José Manuel carraspeaba sin cesar (y seguramente también abría y cerraba el ojo derecho sin tregua, por eso Ana y Gervasio hacían constantes paréntesis en sus respuestas y se le quedaban mirando con gesto de qué-le-pasa-a-este).

—¿Cuándo lo vieron por última vez? —insistí.

—El domingo anterior —intervino Gervasio, a Dios gracias—. Vino al pueblo y se pasó por casa. Sólo estuvo una hora, el tiempo estrictamente necesario para tomar un café y contarnos algo de su vida. Y nosotros a él de la nuestra.

—¿Venía solo?

—Él siempre venía solo porque ella se considera demasiado distinguida para pisar esta humilde casa.

¡Y otra palada de tierra sobre el nombre de Inés! Pasé ampliamente del tema y continué preguntando.

—¿Qué les contó su hijo? ¿Notaron algún cambio en su comportamiento o en su estado de ánimo?

—Ese día nuestro Joaquín ya no era el de siempre. —Ahora Ana hablaba para sí, en susurros, abducida por los recuerdos; mirando hacia abajo y a la izquierda, como solemos hacer cuando hablamos para nosotros mismos—. Él solía ser alegre, cariñoso, dicharachero..., y ese día apenas habló. Además, tenía muy mal aspecto, como si no hubiera dormido nada en días. Había adelgazado mucho y las ojeras le comían toda la cara. Se sentó justo ahí, donde están ustedes ahora, le serví café pero lo tomó sin ganas, y después pasaron varios minutos antes de que pronunciara la primera palabra. Yo había cocinado para él su bizcocho favorito, uno de almendra y azúcar, pero no lo probó. A leguas se notaba que estaba corroído por algún tipo de preocupación.

—¿Les explicó el motivo?

—No. Él no dijo nada, y nosotros no nos atrevimos a preguntar. Supusimos que tendría que ver con ella, y no quisimos entrometernos...

—¿Volvieron a hablar con él desde aquel día?

—No, nunca más.

Las palabras de Ana se iban apagando como velas, la pena las ahogaba en su garganta y finalmente se vio obligada a sacar un pañuelo para hacer frente a las lágrimas que comenzaban a asomar en sus ojos. Gervasio callaba y tragaba saliva sin parar. Ana y Gervasio se aferraban a la esperanza como náufragos a un pedazo de madera; pero cerca estaba siempre la incertidumbre, como la sombra de una guadaña.

Unos minutos más tarde, dado que las lágrimas de Ana no cesaban de manar y nos resultaba imposible continuar con aquella conversación (que tampoco estaba resultando muy provechosa para nosotros), decidimos que había llegado el momento de dejarlos a solas. Nos despedimos y salimos de la casa con la sensación de que cuantas más personas aportaban su versión sobre los hechos, más se complicaba el asunto y más nos alejábamos de la verdad. Nada había mencionado Inés sobre el desmejoramiento y el nerviosismo de Joaquín. Tal vez no lo había percibido, quizá no existiera realmente, puede que ella quisiera ocultarnos ese dato... Meneé la cabeza a un lado y al otro, totalmente convencido de que la verdad era un fantasma que se ocultaba en los pasadizos de aquel laberíntico caso, asomando aquí y allá, ora la cabeza ora la cola, pero jamás al completo. Miré el reloj: la una y media de la tarde.

—Vamos al Banco Santander. Seguro que está en alguna de las plazas del pueblo, como todo. —Le dije a José Manuel.

—Como todo en todos los pueblos.

Consulté Internet, para mayor certeza.

—La sucursal está en Plaza de España, al lado del Ayuntamiento. Estamos a dos pasos, es una de estas calles que conforman la ladera del castillo, como esta en la que estamos ahora.

Salimos hacia la izquierda, tomamos la primera bifurcación de la derecha, y ya estábamos en Plaza de España. Allí aparcamos el coche sin problemas de espacio. Enseguida el logotipo rojo captó mi atención y se lo señalé a José Manuel. El voltímetro del coche marcaba las trece horas y treinta y cinco minutos, un grado bajo cero. Instintivamente, froté las manos, salí del coche, tapé media cara con la bufanda, dejando solamente los ojos al descubierto, y corrí a refugiarme en el interior del banco. José Manuel me siguió de cerca, también a la carrera. Y allí nos recibió el agradable calor que desprendían los radiadores, el olor a ambientador floral y a limpieza, y un silencio que provenía de la ausencia de clientes. Al lado derecho se alineaban dos mesas y dos empleados que las ocupaban. En oficina aparte, a puerta abierta y expuesta al resto de la estancia, el director hablaba por teléfono.

Dos hombres forasteros, irrumpiendo a la carrera en una oficina bancaria, con la cara parcialmente cubierta y en una hora ya próxima al cierre... Tales condicionantes despertaron irremediablemente las sospechas de los dos empleados, que nos miraban aterrorizados, sin pestañear, con la boca abierta, esperando que de un momento a otro sacáramos las armas y el saco para exigir el botín. Consciente del error, adopté inmediatamente una postura más sosegada, me acerqué a la primera mesa y planteé mis requerimientos al hombre de gafas y perilla que me miraba conteniendo la

respiración. Al escuchar la palabra «policía» soltó todo el aire que retenía en los pulmones y se dejó hundir en el asiento. Yo no escatimé en explicaciones y el hombre, poco familiarizado con asuntos policiales, me pidió que aguardara unos instantes. Luego se levantó, se dirigió hacia la puerta del director, solicitó audiencia y fue recibido de inmediato; pero tardó casi diez minutos en regresar para indicarnos que pasásemos nosotros también a la oficina del director.

Una vez allí, ante un hombre de mediana edad, parcialmente calvo y bien alimentado que se presentó como don Gabino, concreté mi solicitud, amparada en un posible delito de asesinato que se estaba investigando en el grupo de homicidios de la comisaría de Valladolid, con Diligencias Previas abiertas en el Juzgado de Instrucción Uno, también de Valladolid. Mi perorata debieron parecerle palabras mayores al director y se puso aún más serio, si cabía. Rascaba la cabeza a la altura de la nuca, parecía preocupado por el marrón que habíamos plantado en medio de su tranquila oficina, donde daba la sensación de que nunca pasaba nada y las mañanas se iban entre llamadas telefónicas para mantener el contacto con amigos y clientes, cafés para combatir el frío y ya de paso tratar de captar nueva clientela, y gestiones varias.

—¿Saben el nombre y apellidos de la beneficiaria?

—Inés García Velasco —respondí, sin dudas ni consultas.

Don Gabino tecleó. Se abrió una pantalla en el ordenador. Lamenté no tener cuello de jirafa para alcanzar a ver los detalles de la cuenta corriente de Inés. Don Gabino se percató de mi empeño y ladeó la pantalla para que mi vista no lograra captar cifra alguna. Sobre la mesa reinaba el desbarajuste, los papeles se amontonaban unos sobre otros sin orden aparente. Un montón de ellos me tapaba la parte inferior de la pantalla. De todas formas, desde mi posición, no hubiera podido percibir nada. Me resigné.

—¿Necesita que aporte el número de su documento de identidad? —pregunté, intentando despistar.

—No es necesario. Esto es un pueblo y nos conocemos todos. Y yo voy a comprobar lo que me solicitan pero, caso de que necesiten justificantes por escrito, deberán presentarme una autorización del Juzgado. Ya sabe... exigencias de la Ley.

«Con la Iglesia hemos topado» ironicé en silencio.

Aguardamos de pie, forzando inútilmente la vista para tratar de leer en la pantalla del ordenador; y alcanzaría, de no ser porque el director la había ladeado a propósito y, en esa posición, las cifras montaban unas sobre otras.

—Efectivamente, Inés García Velasco percibe mil euros mensuales en concepto de «abono por pensión de alimentos». Esto suele darse en casos de separación o divorcio con hijos menores o dependientes en común. En este caso, los ingresos tienen lugar el día uno de cada mes; en raras excepciones se han producido más tarde pero, en todo caso, siempre antes del día cinco.

—¿Mediante transferencia bancaria? —pregunté al ver el cielo abierto.

—No, en todas las ocasiones han sido ingresados en ventanilla. Estoy comprobando desde el principio, desde que comenzaron los pagos, que fue concretamente el día uno de agosto de 2008, y no consta ni una sola transferencia, siempre en ventanilla.

—Pero lo que nosotros necesitamos es conocer el nombre de la persona que hace los ingresos.

Don Gabino apartó la mirada de la pantalla y la alzó, severa, hacia el rostro de su interlocutor, que era yo, un completo ignorante en lo que a burocracia bancaria se refiere. Y sancionó mi desinformación con una mirada tan fría como la estepa siberiana (justo el lugar al que yo lo habría desterrado para así poder descifrar por mi mismo los datos de aquella cuenta bancaria).

—Generalmente, la persona que efectúa el depósito no aporta documentación. Tan sólo indica el número de la cuenta receptora, los datos del beneficiario y el concepto de ingreso. Y eso es exactamente lo que está ocurriendo en este caso. —Me explicó.

A continuación, don Gabino se encogió de hombros y yo apreté los labios, como suelo hacer cuando algo se tuerce hasta el punto de dejarme plantado ante un callejón sin salida pero con vistas a barranco abierto.

—¿Y puede decirnos dónde se realizan los ingresos? Me refiero a la localidad y sucursal concreta. —Tantéé.

El silencio campó durante unos instantes en la pequeña oficina. Con un sutil meneo de cabeza, don Gabino acababa de pedirnos un tiempo muerto que seguramente estaría dedicando a meditar acerca de un posible quebrantamiento a la Ley que protege los datos de los ciudadanos, en caso de facilitarme la información que yo le estaba solicitando. Después, con valentía y gesto serio, desvió de nuevo la mirada hacia la pantalla del ordenador. Había decidido arriesgarse.

—Los ingresos se realizan en Madrid y en una sucursal distinta cada mes. Los tenemos en Carabanchel, Chamberí, Hortaleza..., y así podría seguir enumerando hasta casi el infinito. Estoy por apostar que no se ha repetido sucursal.

Volví a sacudir la cabeza y a pensar los labios.

Poco después nos despedíamos de don Gabino con efusivos apretones de manos, sonrisas y palabras que expresaban inmensa gratitud por su desinteresada colaboración, subíamos al vehículo oficial y nos encaminábamos hacia Valladolid, mucho más confundidos de lo que estábamos antes de emprender aquel viaje.

—Alfredo, esto se complica por momentos —opinó José Manuel, al volante.

—¡Ya lo creo que se complica! Tenemos un cadáver en el armario, una viuda que parece no saber que ese es su actual estado civil, un cauto y anónimo benefactor procurando que a la viuda no le falte de nada, unos suegros que no desearía ni a mi peor enemigo, una jovencísima amante desaparecida; y mentiras, muchas mentiras.

José Manuel apartó la mirada de la carretera durante un par de segundos.

—¡Joder! Yo sería incapaz de describirlo tan bien. ¡Es justo lo que hay!

—Y ahora vamos a ver que nos cuentan los del trabajo, me refiero a los antiguos compañeros de Joaquín. Tira para la calle Paraíso, número 13.

—Aún tenemos suerte, debe ser la más próxima a la comisaría.

Pasaba de las tres de la tarde y, por supuesto, no habíamos probado bocado en lo que iba de jornada. Me acurruqué en el asiento del copiloto, con el plumífero bien abrochado y el estómago rugiendo. José Manuel y yo al menos coincidíamos en una cosa: la calefacción en el coche nos provocaba mareo. Por eso viajábamos con ella apagada. De cristales para fuera, el sol doraba los campos conformando un paisaje sereno que se viste con colores cálidos durante todo el año. El paisaje castellano es calvo, rubio, compuesto de suaves ondulaciones y llanuras monótonas donde de vez en cuando surge algún pequeño pueblo cuyas casas se apiñan unas contra otras para combatir el implacable clima. Un clima que casi no conoce términos medios y que, una de dos: o abrasa o hiela. Es un paisaje de una belleza indescriptible, que nunca conseguí saber en qué radica, pero de lo que estoy completamente seguro es de que si Van Gogh fuera español, plantaría su caballete en los campos de Castilla.

Cuando los letreros situaban Valladolid a poco más de diez kilómetros, sonó mi teléfono móvil. Justo lo llevaba en el regazo, apoyado sobre la carpeta, y en cuanto vi el nombre en la pantalla me dio un vuelco el corazón. No podía atender la llamada, no en ese momento, José Manuel conducía a medio metro de mí y escucharía toda la conversación. Uno, dos, tres, cuatro reclamos..., José Manuel giró la cabeza y me miró, «¿no piensas cogerlo?» me preguntó con aquel gesto mudo que plegaba su nariz y encogía sus hombros al mismo tiempo. Pero el maldito cacharro no se callaba y mi cara ardía igual que si la hubiera colocado a dos centímetros del fuego. No sabía qué hacer. Ya había escondido el teléfono bajo la carpeta para que José Manuel no pudiera ver la pantalla, leer el nombre y condenarme después a la estigmatización eterna. Y seguía sonando. Pero... ¿cuándo coño cortan la comunicación si uno no la atiende? Nervioso, intenté coger el móvil para meterlo dentro del bolsillo del plumífero, junto con el dado, para ahogar allí su reclamo pero, sin querer, pulsé el botón que descuelga la llamada y liberé una voz cariñosa que surcó el aire.

—¿Alfredo? ¿Estás ahí?

José Manuel me miró, extrañado.

—No puedo hablar. Tengo que cortar. Estamos en medio de un asunto muy complicado. Hablamos a la noche. Chao.

José Manuel me volvió a mirar, más extrañado aún. Yo me encogí de hombros.

—Desde que llevamos este caso, todo el mundo me llama para saber... —justifiqué.

El silencio viajó con nosotros durante el resto del trayecto. José Manuel se limitaba a conducir, y yo a pensar en cuál sería la mejor forma de enderezar el rumbo de mi vida privada.

Ya en Valladolid y en las proximidades de nuestro destino, los árboles plantados a lo largo de la acera nos impedían anticipar el cartel de MAPFRE, por eso dimos un par

de vueltas hasta que finalmente lo localizamos casi en la confluencia con la calle Ramón y Cajal. Estacionamos justo delante, al lado de los contenedores de basura y comprobé de nuevo la hora: las dieciséis y treinta minutos. Justo acababan de abrir la oficina para el público. Me acerqué, pegué la nariz al cristal de la puerta y vi un par de oficinistas charlando entre ellas, sin clientes que atender, y alargando un poco más la vista también atisé un despacho aislado, al fondo, acristalado como mi «pecera», con las luces encendidas y dos personas en el interior.

Entré con decisión, seguido de José Manuel. Las dos mujeres cortaron la charla en seco y se acoplaron rápidamente en sus sillas, rectificando posturas y adoptando ademanes más profesionales, menos distendidos. ¡Cliente a la vista! Anunciaban sus ensayados gestos. Me presenté a la par que mostraba mi placa emblema de la policía, momento en el que las dos mujeres tensaron los músculos de todo el cuerpo y se quitaron la sonrisa: yo no era un probable futuro cliente sino un seguro actual engorro. Con ánimo de relajar tensiones, inmediatamente mencioné a Joaquín Perea Martínez; un hombre que cinco años atrás había trabajado en aquella misma oficina, aclaré después. La mujer que me atendía meneó rotundamente la cabeza, negando toda relación con el tal Joaquín Perea, por si acaso. Entonces intervino la otra, la más delgada, la del pelo corto: ella sí que lo conocía, en su día habían sido compañeros de trabajo, manifestó.

—¿Compañeros? ¿No era Joaquín Perea el responsable de esta Oficina? — pregunté, sorprendido.

Según Inés (y también según los padres de Joaquín) éste había sido trasladado desde la sucursal de MAPFRE en Peñafiel a una de las de Valladolid, y la causa había sido un importante ascenso de varios peldaños en la jerarquía ejecutiva de la compañía, de cuya cima Joaquín parecía estar a sólo unos pasos.

—Nada de eso, Joaquín sólo era un vendedor de seguros. Pero yo creo que lo mejor es que hable usted con Villa, él era su amigo y también fue quien recibió los mensajes.

«¡¿Mensajes?! ¿Qué mensajes?» deseé preguntarle a la amable oficinista que me atendía. Yo ignoraba que allí también se hubieran recibido mensajes. Pero finalmente opté por mantenerme callado, pues consideré preferible dar a entender que yo ya lo sabía todo y que estaba allí únicamente para corroborar información.

—Sí, será mejor que hablemos con Villa. —Convine.

La empleada señaló hacia el despacho acristalado, hacia los dos hombres de mediana edad que había dentro. Los dos vestían traje gris, uno estaba de pie y el otro sentado, los dos emitían gestos que daban a entender una manifiesta falta de consenso entre ambos.

—Es el que está de pie. Aguarden frente a la puerta. Yo lo aviso de que están ustedes esperando. —Me dijo la empleada de pelo corto.

Villa era un hombre de mediana edad, alto, huesudo y feo, que despachaba con su jefe a puerta cerrada en la oficina acristalada del fondo y por cuya atención estuvimos

esperando durante más de media hora, pese al aviso que le había pasado su compañera de trabajo.

Nosotros no habíamos almorzado y teníamos prisa por terminar la entrevista para tomar algo que acallase aquel león que nos rugía en el estómago, por eso el reloj puso la marcha corta y por eso la espera se nos tornó eterna. Pero, al fin, la puerta se abrió y Villa se presentó ante nosotros. Se trataba de un vendedor de traje barato que se acercó ajustando la americana y se mostró desarmado de sonrisa, tendiendo una mano sudorosa que yo estreché a pesar de todo y que achaqué al elevado nivel de calefacción de la estancia y a la bronca que acababa de recibir por parte de su jefe, según los gestos que yo había podido observar a través de aquel indiscreto cristal que cercaba la oficina de donde salía Villa.

—Tengo entendido que vienen para hablar sobre Joaquín Perea Martínez. Poco puedo decirles, salvo lo que él quiso contarme, que es bien poco.

Lo interrogué con la mirada. Continuábamos de pie y Villa no hacía amago de invitarnos a tomar asiento, por lo que yo supuse que él también preveía que la charla iba a ser muy breve.

—Me imagino que será por lo que salió en los periódicos, lo del muerto en el armario, el que apareció en el piso donde vivía Joaquín. Pero yo no creo que él haya tenido nada que ver con eso porque hace más de cuatro años que se marchó de Valladolid. —Justificó Villa.

—¿Cuándo fue la última vez que supieron de él?

—Fue el día 15 de julio de 2008, a las diez y diez de la mañana. Y se preguntará usted cómo puedo ser capaz de recordar la fecha y la hora con tal exactitud. —Yo asentí, impresionado—. Pues es muy sencillo: cuando ocurre un hecho extraño, y créame que aquel lo fue, uno trata de ubicarlo inmediatamente en el calendario y después lo va fijando en la memoria a base de sacarlo a relucir en conversaciones, sueños y recuerdos. Créame, jamás olvidaré aquel día. A las diez y diez de la mañana recibí un mensaje en el teléfono móvil, un SMS. Era de Joaquín y me comunicaba que no regresaría a su puesto de trabajo, que renunciaba a cualquier compensación económica o de otra índole que pudiera corresponderle por los años aquí trabajados, que me encargase yo mismo de comunicar esa decisión a sus superiores y que nos deshiciéramos de sus cosas porque él no pensaba venir a recogerlas. Me quedé de piedra porque, hasta donde yo sabía, Joaquín estaba muy contento con su trabajo y sus metas estaban aquí en Valladolid, en esta oficina que él esperaba dirigir en breve.

Villa se encogió de hombros y sonrió.

—¿Y qué hizo usted? —pregunté.

—Pues, aparte de alucinar, de irme a tomar un café para despejarme y recobrar la calma..., aparte de todo eso, marqué el número de Joaquín para hablar con él.

—¿Y lo consiguió? —pregunté, conociendo ya la respuesta, como tantas veces me ocurría últimamente.

—Me colgó antes del tercer toque y a los dos minutos recibí otro SMS en el que Joaquín me decía que se había metido en líos muy serios y que en ese momento estaba en el aeropuerto de Barajas, dispuesto a abandonar el país rumbo a América del Sur.

La calefacción del local caldeaba el ambiente en demasía y las gotas de sudor comenzaban a perlar la frente de Villa.

—¿Intentó usted contactar con Joaquín en alguna otra ocasión? —pregunté mientras me desprendía del anorak y de la bufanda que aún llevaba puestos. Aquel ambiente cerrado y cálido, unido a la carencia de alimento y a permanecer tantos minutos de pie, me estaba mareando.

—¡Muchísimas veces! Pero él siempre tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura. Incluso me tomé la molestia de pasarme por el piso donde él vivía en la calle Esgueva, porque todo aquello de abandonar el país me sonaba muy rocambolesco y empecé a sospechar que quizá Joaquín se encontrase en serios apuros, motivados a saber por qué, y continuase aquí, en su casa, pasándolas canutas. Me acerqué yo solo.

Repentinamente, Villa soltó una risotada que nos descolocó totalmente. Después, en otro arrebató, recuperó su habitual compostura y mostró una seriedad mucho más acorde con los acontecimientos. En ese instante y en mi pensamiento, definí a aquel hombre como un tipo gracioso que mudaba su comportamiento durante las horas de trabajo y que, de vez en cuando, no conseguía reprimir la vena cachonda que le salía a flote.

—Y lo que me encontré allí fue todavía más extraño, si es que eso es posible: me recibió el hijo de la dueña, o quien dijo ser el hijo de la dueña, en paños menores y excitado como un ciervo en plena berrea. No volví por allí, oiga.

—Es comprensible. —Alegó José Manuel.

—¿Qué nos puede contar acerca de Joaquín? Me refiero a cómo era él, en el trabajo, si sabe algo de su vida familiar, aficiones, posibles vicios...

—Joaquín era un magnífico vendedor, tanto de seguros como del resto de las cosas. Era una persona de conversación tan vivaz como banal, y con esto me refiero a que él podía pasarse horas hablando con una persona, sacarle a esa persona información sobre cada detalle de su vida y, sin embargo, no aportar él nada preciso acerca de la suya. Aunque en principio pareciera que sí, después te preguntabas: ¿qué conozco realmente de él? Y en ese momento te dabas cuenta de que no sabías absolutamente nada. Vicios creo que no tenía. Cuando nos reuníamos en comidas o cenas de trabajo, él tomaba agua, no fumaba y también había rehusado otras cosas... ya me entiende usted... —Villa guiñó un ojo y yo asentí, aunque serio—. Estaba casado, era padre de dos hijos y en las pocas ocasiones que salió el tema a colación, dijo adorar a su mujer y no ser nada sin ella. Siempre tenía presente la fotografía de su familia sobre su mesa de trabajo. Además, era buen compañero y formaba parte de

esas rarezas a quien puedes confiar un secreto o hacer un comentario sobre el capullo del jefe, sin que trascienda más allá de sus orejas.

En esta última parte del comentario, Villa bajó la voz hasta dejarla reducida a susurros y, discretamente, señaló con el pulgar hacia la oficina acristalada que tenía detrás, donde su jefe, un hombre de mediana edad con rasgos equinos retorció la mandíbula delante de unos papeles.

—Por la forma en que me lo describe, debería llamarse San Joaquín y no Joaquín a secas. —Ironizó José Manuel.

Durante un par de segundos, Villa rió la gracia sin aparentes ganas; luego añadió, ya totalmente serio:

—No les miento ni les exagero, créanme. Por eso, a todos los compañeros, no sólo a mí, nos extrañó tanto aquel mensaje. Sencillamente, nos parecía imposible que Joaquín hubiera meado fuera del tiesto hasta el extremo de verse obligado a abandonar el país, pero así debió de ser realmente...

—¿Recuerda usted en qué fecha comenzó Joaquín a trabajar en esta oficina?

—Fecha exacta, exacta..., no lo sé, pero nos remontamos al primer trimestre del año 2006.

Decidí ir directo al grano.

—¿Sabe usted si Joaquín tenía una amante aquí en Valladolid?

Villa echó la cabeza hacia atrás, visiblemente sorprendido por la pregunta. Yo apremiaba respuesta con la mirada pues ya sentía las gotas de sudor correr por mi espalda y deseaba terminar de una vez para abandonar aquella fragua lo antes posible.

—¡¿Joaquín?! ¡¿Una amante?! No lo creo posible. Quiero decir que no me parece el tipo de hombre que tenga una amante. No sabría decirle..., pero se le veía muy enamorado de su mujer y encantado con su familia. Desde luego, si la tenía, era algo muy, pero que muy secreto, pues nunca lo hemos visto con nadie, ni él nos ha hablado de que hubiera nadie especial en su vida, aparte de su familia, claro está.

—¿Y llegó usted a conocer a su esposa?

—Coincidí con ella en una ocasión y fue al principio, cuando Joaquín llegó en el año 2006. Al parecer ella se había desplazado a Valladolid durante unos días para ayudar a su esposo a acondicionar la vivienda y, ya de paso, también quiso echar un vistazo al lugar donde él iba a trabajar. Una señora encantadora.

—¿Qué cargo ocupaba Joaquín en esta empresa?

—Era un simple comercial, pero muy trabajador. Y con esto quiero decir que sacaba buen dinero porque tenía muchas pólizas. Si me lo pregunta por lo del Mercedes... —asentí inmediatamente, para darle pie a continuar—. A Joaquín le gustaba vestir bien y subirse a un buen coche; es decir, aparentar prosperidad. Bueno, esto es normal, hay que dar buena imagen de cara a los clientes..., además, creo que su esposa procede de familia adinerada. Joaquín también decía estar bien relacionado y aspirar al puesto de director de esta oficina aunque, si he de serle sincero, yo dudo mucho de que eso fuera a ocurrir en tan breve plazo como él esperaba.

Mostré mi acuerdo a cabezazos, aunque no estuviera nada convencido de que hiciera falta un coche tan caro para transmitir buena imagen a la clientela.

—Finalmente... ¿se deshicieron de sus cosas?

—Finalmente, sí. Las guardamos durante un tiempo, pero luego fueron a parar al cubo de la basura. ¡Ay, el cabrón del Joaquín, como Curro, pasándolo bien en el Caribe, al lado de una mulata!

La réplica de Villa encontró eco en las risas que emitieron las dos oficinistas, y a mí se me escapó un gesto de perplejidad: ¿en verdad concederían veracidad a toda aquella historia de serios problemas, aeropuerto de Barajas y rápida huida a América del Sur? Al parecer, Joaquín había elaborado diferentes versiones acerca de su marcha, según la conveniencia: serios problemas, otra mujer..., todos los que formaban parte de su entorno habían obtenido su particular explicación, pero yo dudaba seriamente de que alguna de ellas fuera cierta. Quizá las intenciones de Joaquín pasaban por ahí pero alguien se había encargado de talarlas a tiempo. Quién y por qué eran las preguntas que me quitaban el sueño por ser yo el encargado de darles respuesta.

Al salir de aquella oficina recibimos con agrado el aire fresco de la calle y buscamos una cafetería donde aliviar la sed molesta y el hambre insistente que golpeaba las paredes de nuestros estómagos reclamando atención. No tuvimos necesidad de buscar muy lejos: la cafetería Ruida compartía pared con MAPFRE.

El calor y el hambre me habían metido tanta prisa por abandonar aquella oficina de seguros que hasta que estuve sentado en una mesa de la cafetería no me percaté de que había olvidado una importante pregunta: ¿a cuánto ascendían los ingresos netos de Joaquín Perea? Nadie mejor que su jefe para valorar si su salario tenía la talla suficiente para en un solo año alcanzar a pagar una vivienda como la que habíamos visto en Peñafiel. Sopesé la posibilidad de regresar enseguida en busca de la respuesta pero, finalmente, decidí que era mejor hacerlo otro día: no quería transmitir sensación de incompetencia, por eso volvería en cualquier otro momento y así creerían que habíamos obtenido nuevos datos para contrastar.

Rebasada con creces la hora de almuerzo, nos conformamos con un bocadillo de jamón y queso. Para beber, cerveza. Y prisa, mucha prisa por terminar aquella larga jornada que había comenzado a primera hora de la mañana y a la que aún restaba algún fleco por cortar.

Entramos en la comisaría cuando la tarde ya se diluía en el cielo y la oscuridad que precedía al anochecer empezaba a desdibujar los contornos de la ciudad. En la brigada reinaba un silencio inusual que achacamos a la mera casualidad. No era común, pero a veces ocurría que la demanda laboral se trasladaba a la calle dejando las oficinas desiertas y a merced de la calma. En nuestra oficina, Eduardo daba buena cuenta del papeleo pendiente en aquella mesa que él solía ocupar, y María había salido para efectuar algunas gestiones relacionadas con el trabajo.

—¿Qué tal por Peñafiel? —preguntó Eduardo, por pura cortesía, pues ni la cara de José Manuel ni, por supuesto, la mía, indicaban buenas nuevas.

—Pues hemos sacado en claro que Joaquín era un santo; un santo que vivía muy por encima de sus posibilidades, que decía ostentar un cargo que nunca desempeñó; que hay una viuda que no sabe que lo es y que también vive muy bien sin necesidad de trabajar porque un mecenas, desde Madrid, se encarga de abonarle mil euros el día uno de cada mes, no sabemos a santo de qué, si quizás a San Joaquín. También hay una joven amante, anónima y desaparecida, de la que se desconoce nombre y paradero. Como ves, todo claro, tan claro como las aguas turbias.

Además de cansado, yo me encontraba malhumorado. Aquel maldito caso se complicaba un poco más cada vez que alguien abría la boca.

—Pues yo estuve realizando gestiones en la Seguridad Social y, al igual que vosotros, poco saqué en claro, sólo que Joaquín Perea no desempeñó más trabajos que el de agente de seguros de MAPFRE y que fue dado de baja en la Seguridad Social el día 31 de julio de 2008. —Expuso Eduardo.

Me encogí de hombros. «¿¿Poca cosa?! ¡No viene a esclarecer nada!» pensé, sin llegar a expresarlo.

—Necesito que también indagues en la Escuela de Magisterio. Mañana por la mañana, que hoy ya estará cerrada. Y quiero que averigües si Mario e Inés estudiaron juntos, si pudieron llegar a conocerse, si mantenían algún tipo de relación...

—¿Sospecha usted tema de cuernos entre la viuda y el casero? —bromeó Eduardo.

—Por sospechar, sospecho de todo, que es muy raro todo lo que está pasando aquí.

—Hablando del Rey de Roma... —susurró Eduardo al tiempo que Mario entraba por la puerta con la barriga cervecera de avanzadilla.

Al paso que íbamos llegaría a convertirse en un habitual de la comisaría. Sólo hacía dos días del hallazgo en su casa y ya había telefonado al menos media docena de veces y ahora, ya no conforme con eso, hacía acto de presencia. Y seguro que la excusa sería averiguar cuándo podría volver a ocupar su vivienda. «¡Ya es raro también este! Acaba de aparecer un muerto en su casa, y él deseando irse a vivir allí a toda costa. Este lo que viene es a husmear lo que hay por aquí» creía yo.

Mario llegaba equipado con un chándal de estilo trasnochado, mochila de barriga plana (yo juraría que no contenía nada dentro), inmaculadas deportivas (yo apostaría a que estaban recién estrenadas), una sonrisa de apariencia inofensiva plasmada en la cara y la excusa de que la comisaría le pillaba de camino al gimnasio. «¡Este no ha pisado un gimnasio en toda su vida!» pensé, juzgando su desfasada indumentaria y su figura redondeada, pequeña y bonachona como un bollito de leche.

—Seguimos sin novedad, usted manténgase tranquilo, tendrá que esperar hasta que el Juzgado se pronuncie sobre este asunto, que nosotros no podemos autorizarle a usted para ocupar la vivienda, aunque sea de su propiedad, que es el juez quien tiene

que decidirlo. —Atajó Eduardo, tratando de frenar el firme avance de Mario hacia mi oficina.

—¿Entonces no se sabe nada aún? ¿Ni tan siquiera quién es el muerto?

—Aún no. Estamos tratando de identificarlo pero aún no lo hemos conseguido. —Aclaró José Manuel, sumándose al empeño.

Salí de la «pecera» con un folio en la mano, dispuesto a atacar de frente.

—¿Conoce o reconoce a esta mujer?

Y le mostré a Mario la fotografía del documento de identidad de Inés, ampliada, en blanco y negro, con buena resolución. Él la tomó en sus manos, la examinó detenidamente, frunció el entrecejo y ladeó la cabeza como si así pudiera observarla en sus tres dimensiones.

—Pues fíjese que es una cara que me suena, que me resulta conocida, lo que ocurre es que no sé de qué. No caigo ahora mismo... —dijo mientras me devolvía la copia.

—¿Quién es? —preguntó acto seguido.

—Una sospechosa. —Mentí, o quizá no.

Y a Mario pareció entrarle una repentina prisa por marcharse.

—Tengo que irme o llegaré tarde a la clase de *spinning*...

Eduardo lo acompañó hasta la puerta y regresó enseguida, meneando la cabeza.

—Este tío es más raro que un perro verde. —Comentó, riendo.

—Este algo quiere de nosotros, viene por aquí a indagar. —Aseguró José Manuel.

Yo continuaba de pie, apoyado en una de las mesas de la oficina, ensimismado, jugando con mi llavero de dado, pensando, ajeno a lo que decían los otros dos.

—Tenemos a un hombre casado que tiene una joven amante —murmuré, provocando el silencio a mi alrededor— y que desaparece de la noche a la mañana, abandonando trabajo, esposa e hijos. Además, ocupaba un buen puesto de trabajo, parecía que le iban bien las cosas, que ganaba dinero..., y corría el año 2008, supuestamente, ¿por qué montar todo este embrollo en vez de divorciarse, irse a vivir con su amante y conservar el empleo?, ¿por qué abandonarlo todo en lugar de hacer lo que hace todo el mundo?

—Vaya usted a saber qué pasó por la mente de ese hombre. —Intervino Eduardo.

—Cualquier tontería porque está claro que lógico no es, que estamos en el siglo XXI, que existe el divorcio, que no es necesario huir del país para vivir con la mujer que quieres... —completó José Manuel.

—Pero yo creo que los hechos no ocurrieron así, no al menos en ese orden —continué—. Yo creo que primero asesinaron a Joaquín y que después quisieron aparentar una huída, para que nadie lo buscara, para que su familia no denunciara la desaparición.

—Es una hipótesis de lo que pudo haber ocurrido, pero sólo una hipótesis, pues nada sabemos con certeza.

—Pero el hecho es que, según los vecinos, Joaquín vivía con otra mujer y llevaba una doble vida. Luego, algo de verdad hay en el cuento. ¿Y qué habrá sido de esa mujer?

—Quizá haya corrido la misma suerte que él... —apostilló Eduardo.

—Seguramente. Con toda probabilidad, Joaquín se metió en algún lío gordo, por esa causa alguien decidió asesinarlo y, dado que la mujer vivía con él, se deshicieron también de ella, para evitar que hablara. Conviviendo con Joaquín, y dado que levantaron una pared en uno de los armarios de la casa para ocultar el cadáver, es del todo imposible que ella no se enterara de lo ocurrido y que no pudiera identificar al autor o autores del crimen. Sí, seguramente ella haya corrido la misma suerte. Pero... ¿quién sería esa mujer?

—Yo invertí algún tiempo en realizar gestiones para averiguarlo, jefe.

Uniendo las yemas de los dedos de ambas manos, a modo de campanario, Eduardo sacó a relucir su actitud de confianza y seguridad, y yo lo miré con la esperanza de que sus pesquisas hubieran dado fruto.

—Busqué denuncias de jóvenes desaparecidas en Valladolid y provincia, centrándome principalmente en el año 2008 y siguientes, pero lo cierto es que no hay ninguna de esas características.

¡Mi gozo en un pozo! Para terminar ahí no hacía falta vestir con tanto misterio la información averiguada, haciéndome creer que sus indagaciones habían llegado a buen puerto.

—Estoy completamente seguro de que con ella han utilizado idéntica estrategia: hacer creer a familiares y amigos que se ha marchado por propia voluntad y que sigue con vida en algún lugar. —Rematé.

Al día siguiente llegué al despacho arrastrando conmigo el naufragio de una larga noche en la que no había conseguido dormir, tampoco descansar y, mucho menos, desconectar. Seguía sin acostumbrarme a la cama de noventa centímetros, continuaban pesándome los secretos, me empeñaba en renegar de mi propia naturaleza y, por si todo eso fuera poco, aquel maldito y enrevesado caso me había asaltado en varias ocasiones y en mitad de la noche para robarme el poco sueño que tenía y amordazarme después con nuevas ideas y vanos consejos que yo no estaba dispuesto a considerar por tratarse del tipo de tonterías que prosperan al amparo del cansancio, de la oscuridad y del silencio que proporciona la noche; porque la noche es alcahueta y todo lo esconde y, entre otras muchas cosas, esconde la sensatez y el buen raciocinio.

Saludé a los presentes con desgana. El calendario de mi mesa marcaba jueves, veinticuatro de enero. Habían transcurrido tres días desde el hallazgo del cadáver y seguíamos sin conocer oficialmente la identidad del muerto. Yo lo tenía bastante claro pero, aún así, necesitaba una confirmación formal.

—Al fin, llegaron los resultados de la autopsia.

Era José Manuel, que entraba en «la pecera» para darme la buena y retardada nueva. Me quedé mirando fijamente su rostro y deduje que su noche había sido aún más larga que la mía: barba de tres o más días, desarreglada, pelos apuntando en varias direcciones, ropa sin planchar y los ojos hundidos como pozos.

—La niña no nos ha dejado pegar ojo en toda la noche —explicó él, encogiéndose de hombros— a causa de una gastroenteritis que pilló en la guardería. Nos levantamos cuatro veces para cambiar toda la ropa de la cama. Unas vomitonas de campeonato...

Ignoré el comentario y extendí el brazo para tomar el sobre cerrado que él traía en la mano. Aunque no se trataba de la confirmación de identidad, nos aclararía al menos las causas de la muerte. Abrí la carta sin miramientos, rasgando la solapa de cualquier manera y desplegando el folio a toda prisa. Era escueto, se leía enseguida.

—Aquí literalmente dice que le han partido el cuello y que esto pudo haberse producido girándole la cabeza de forma brusca, o similar. El cadáver se encuentra en estado de saponificación. Luego tenía razón Salgado.

—O sea, que es como si lo hubiesen desnucado...

—Más o menos..., un golpe seco en la zona de la nuca y ya está, o bien, como dice el informe de la autopsia, un brusco giro de la cabeza.

—Deducimos, entonces, que el asesino era un hombre.

—Deducimos, aunque nada sabemos a ciencia cierta, pues hay mujeres que tienen mucha fuerza, o mucha maña, que no todo es cuestión de fuerza.

José Manuel sonrió. Ciertamente, todo era posible en aquel caso.

—Aún no llegaron los informes de la policía científica, pero yo estoy seguro de que se trata de Joaquín Perea, así que vamos a regresar al vecindario, a ver qué más podemos averiguar sobre él. De momento, lo que tenemos es bien poco: que era muy buena persona, muy trabajador, muy amable, muy sonriente...; pero el caso es que no a todo el mundo le caía tan bien, pues hubo alguien que prefirió romperle el cuello a tomarse unas cañas con él.

—No hay problema, yo te acompaño. —Dijo José Manuel muy presto.

Me sorprendió encontrar tan buena disposición en él. No solía ser ese el pan nuestro de cada día y por eso me quedé como un pazguato, mirándolo fijamente para comprobar si me lo habían cambiado durante la noche, o bien seguía siendo el mismo pero remodelado.

—Y también deberíamos hablar con el heredero, con Mario. Seguro que él podría facilitarnos alguna referencia de Joaquín. —Añadió.

Seguía siendo el mismo José Manuel de siempre: seguía intentando mangonearme. Eso no cambiaría nunca.

—Prefiero que Mario no sepa nada de esto. No parece trigo limpio ese hombre y es preferible esperar hasta ver si está implicado, sacar más datos, información, y ver conexiones entre los distintos sospechosos. Además, ya el primer día Mario me aseguró no conocer de nada a los inquilinos que habitaron en el piso.

En la calle, a las nueve de la mañana, la ciudad aún se desperezaba tras una noche calma, de termómetros marcando bajo cero, calles desiertas y luna llena iluminando un frío que casi se dejaba ver. De mala gana saqué las manos de su cobijo en el fondo de los bolsillos para llamar al timbre del quinto B, domicilio de Ricardo Gómez, presidente de la comunidad de calle Esgueva 125. Urbano me había facilitado un perfecto cuadrante con los turnos que Ricardo cubría en la Renault, y esa mañana estaba libre.

Una voz somnolienta quiso conocer la identidad de los visitantes a través del interfono. Yo me identifiqué como inspector de policía, interesado en hablar sobre el caso de todos conocido. Rugió el portal y entramos rápido, perseguidos por el frío.

Ricardo Gómez nos recibió vestido con chándal del Real Madrid, calzado en zapatillas de andar por casa y rumiando incertidumbre. Era un cincuentón desaseado que derrochaba soltería, que me tendió una mano tan fuerte que me trituró los nudillos, y que de mala gana nos invitó a adentrarnos en aquel desorden que conformaba su hogar: ropa fuera de lugar, cojines por el suelo, motas de polvo danzando libremente por los pasillos, calzado en lugares insospechados y perfume de soledad. Pasamos al salón, donde apartamos varias mantas mugrientas antes de tomar asiento en un sofá desfondado. Por razones obvias, rehusamos la invitación a café que ofreció Ricardo y traté de ir directo al grano, pero él se me adelantó.

—Sabía que iban a venir hoy porque me lo dijo Urbano, pero igualmente me quedé dormido. El trabajo a turnos hace que uno pierda el ritmo del tiempo... — justificó.

—Lo comprendemos, en la policía también se trabaja a turnos. —Correspondió José Manuel.

—Trabajar a turnos perjudica la salud porque uno nunca come ni duerme a la misma hora. Los turnos debería hacerlos la persona que los inventó.

José Manuel, aparentemente en total acuerdo con las palabras de Ricardo, se disponía a dar alguna respuesta pero yo me adelanté, deseoso de entrar de lleno en el asunto que nos ocupaba y dejar de dar vueltas a un tema cuyas posibles modificaciones estaban muy por encima de nuestras posibilidades.

—Me imagino que también conoce el motivo por el cual estamos aquí.

Ricardo afirmó con la cabeza y después, aparentando desolación, añadió:

—Lamentablemente, sí. Es una barbaridad lo que ha ocurrido en casa de la señora Francisca. Los sucesos parecen sacados de una película de terror. ¡Qué barbaridad! ¡Dios mío!

Lo dejé lamentarse a gusto, aguardé hasta que cesaron sus gestos de condolencia y luego proseguí con la tanda de preguntas que de camino hacia su casa yo había ido preparando para él.

—¿Conoce usted al actual propietario del segundo derecha, a Mario García Criado?

—Sí, claro que lo conozco. Aunque mejor conocía a su madre, pues fuimos vecinos durante muchos años mientras que el chico, Mario, estuvo algún tiempo por fuera, trabajando. Yo, en cambio, me quedé aquí, viviendo en el piso de mis padres cuando ellos murieron. A Mario lo conozco desde que nació. No era demasiado cariñoso con sus padres, pero es buen chico...

En ese momento, a Ricardo debió parecerle que estaba hablando mucho más de la cuenta, que al fin y al cabo mi pregunta había sido concreta; para remediarlo dejó la frase colgando, sin terminar, y rápidamente se tapó la boca con la mano en un gesto instintivo que pretendía cortar el paso a comentarios que venían de camino pero que, sin embargo, no venían a cuento. Yo no incidí en el tema por considerarlo irrelevante para la investigación: salvo que el caso diera unas cuantas vueltas más de tuerca, en ese preciso instante no existía conexión alguna entre el emparedamiento de Joaquín y la tensa relación que pudiera haber existido entre Mario y sus progenitores.

—¿Sabe usted que Mario se piensa trasladar a vivir aquí, que por ese motivo está realizando reformas en la vivienda...? —pregunté yo, tomando la senda del despiste, a la que Ricardo me acompañó enseguida, rascándose el lóbulo de la oreja, indeciso porque aún no era capaz de intuir a dónde llegaríamos por ese camino.

—Sí, sí que lo sé. Me lo comentó él mismo, un día que coincidimos en las escaleras...

—¿Lo ve usted a menudo por aquí?

—Si, la verdad es que sí, que lo veo mucho...

Talar las frases por la mitad parecía ser costumbre muy arraigada en Ricardo.

—Entonces también sabrá que suele venir con compañía...

(Y también se estaba convirtiendo en la mía).

Ricardo, sentado en una silla enfrente de nosotros, volvió a rascarse la oreja (esta vez metiendo el dedo meñique bien adentro, un gesto que, de tan repulsivo, me obligó a apartar la mirada inmediatamente) y cambió las piernas de posición varias veces antes de contestarme. Parecía estar midiendo su respuesta, o quizá mi pregunta. Yo supuse que tal vez Ricardo había hablado previamente con Urbano y que éste le había desgranado al detalle la conversación que él y su esposa habían mantenido con nosotros, y ahora Ricardo estaba imprimiendo una copia mental para entregárnosla a modo de contestación, para así hacer coincidir su versión con la de Urbano. Finalmente Ricardo sintetizó la respuesta en un puñado de vagas obviedades.

—En este edificio nos conocemos todos desde hace años y una cara nueva siempre llama la atención; aunque debo decir que nunca los he visto juntos, sino por separado. Es decir, entrando o saliendo del portal pero cada uno a su tiempo, nunca juntos. Pero a ella no la conozco, jamás hemos intercambiado palabra...

A Ricardo lo comían los nervios, no daba asentado el culo en aquella silla que tan incómoda me estaba pareciendo a mí al verlo mudar constantemente la postura.

—¿Podría describirla a ella, a la mujer que viene por aquí con Mario?

—Es joven, menos de treinta años, delgada, bastante guapa, media melena castaña. Poco más le puedo decir, una de tantas...

—Ya... ¿Y conocía usted a Joaquín Perea? El hombre que vivió en el piso de Francisca entre los años 2006 y 2008.

Ricardo sonrió y su repentina alegría me vino a confirmar que Urbano ya le había pasado oportuna copia de mis preguntas y que estaban concordando con las que en ese momento yo le estaba planteando a él. Que, en definitiva, yo ya conocía las respuestas por boca de Urbano y que él tenía el semáforo en verde para hablar sin cuidado.

—¡Sí, hombre, claro! Joaquín el de los seguros. ¡Claro que lo conocía! Muy buen tío, amable, simpático y formal. A mí me vendió pólizas de seguro de hogar, decesos y automóvil. Y buen vecino también. No dudaba en ayudar a quien lo necesitara. Recuerdo una vez que mi coche no arrancaba y él me prestó unas pinzas para encenderlo con el suyo. Pero esa no es la cosa, que eso podría haberlo hecho cualquiera pero, además, Joaquín se ofreció a llevarme donde yo necesitara, caso de que no consiguiéramos poner a funcionar mi coche. Muy buen tío, sí señor. No volví a verlo. Seguro que regresó a su pueblo, porque él no era de por aquí...

Decidí cortar la explicación de cuajo, hartos como estaba ya de oír hablar acerca de las bondades de Joaquín.

—¿Sabe si Joaquín compartía piso con alguien?

—Vivía con una tía joven. A ella sólo la vi en un par de ocasiones y sé que eran pareja porque Urbano me lo dijo, sino habría pensado que se trataba de su hija. Pero lo poco que coincidí con ella fue suficiente para darme cuenta de que era una tía de esas que cree estar en la cima del mundo, una arrogante de mucho cuidado.

Ricardo trazó todos los gestos que consideró necesarios para que yo llegara a sentir también la profunda aversión que él sentía hacia la mujer que vivía con Joaquín, y el sentir general parecía ser unánime cuando salía a la luz el carácter de aquella misteriosa mujer cuya suerte, sin duda, había ido unida a la de su amante.

—¿Recuerda usted si Joaquín tenía coche?

—¡Ya lo creo! ¡Tenía un cochazo! Un Mercedes SL 500, de dos plazas, color azul marino. ¡La mejor máquina que ha pisado este edificio!

«¡¿Cómo no?! Un gran hombre ha de poseer un gran coche» ironicé para mis adentros.

—¿Y lo aparcaba en la plaza número cinco, la de Francisca?

Yo era consciente de estar planteando cuestiones absurdas pero también sabía que, en muchos casos, hacerse el tonto abre muchos caminos, sobre todo de cara a esquivar la natural desconfianza de la persona que está siendo interrogada.

—¡Claro! ¿Dónde si no?

—¿Recuerda usted cuándo dejó de ver el Mercedes allí estacionado?

Ricardo se rascó la cabeza en repetidas ocasiones y apretó los labios durante varios segundos. Supuestamente, estaba pensando. Luego llevó a cabo una sucesión de gestos mecánicos y en uno de ellos desabrochó la cremallera del chándal para exhibir un pecho tan peludo como el de un primate, que me obligó a recordar que hacía tiempo que yo no visitaba a Olga, mi esteticista. Al día siguiente, como muy tarde, le pediría vez. Seguramente Ricardo estaría pensando, tratando de recordar, de enlazar fechas. Y así dejó transcurrir varios minutos, vagando por tiempos pasados hasta que una luz iluminó su mirada, como un relámpago; y, a la par que dio una palmada con ambas manos, asentó su respuesta con entusiasmo.

—¡Fue en el verano de 2008! Lo sé porque la plaza de Francisca está justo frente a la mía y, con el coche de Joaquín allí aparcado, yo tenía que hacer muchas maniobras para estacionar el mío. El espacio en nuestro garaje es muy reducido, ¿sabe usted? Además, recuerdo el año porque Joaquín se marchó más o menos cuando yo renové mi coche. Uno de segunda mano, nada del otro mundo..., pero me vino muy bien que la plaza de Francisca quedara libre porque así me facilitaba mucho el aparcamiento pues meto el morro allí y luego entro de culo en la mía.

Mostré mi unanimidad con varios movimientos de cabeza.

—¿Y esa plaza de garaje continuó desocupada desde entonces?

—En efecto. Se ve que la dueña no quiso alquilarla por separado de la vivienda y los inquilinos que vinieron después eran estudiantes que no tenían coche.

—Habíamos pensado hablar con los vecinos cuyos aparcamientos colindan con el de Francisca pero, pensándolo bien, no será preciso porque ya usted nos aportó la

información necesaria. —Justifiqué, mirando a José Manuel, quien se encogió de hombros dándome a entender que actuara como tuviera a bien.

—Si el garaje fuera muy grande, entonces tendría lógica hablar con los que tienen las plazas al lado, pero al ser pequeño...

Mostré mi acuerdo de nuevo y me apresuré a levantarme de aquel sofá que me estaba destrozando los riñones. Viejo, con tendencia a hundirse en el centro, yo llevaba casi una hora agarrado al reposabrazos para no caerme encima de José Manuel. Ricardo se levantó también, por cortesía, para acompañarnos hasta la salida.

—Yo estoy a su disposición. Si algo más necesitan sólo tienen qué llamarme. —Ofreció mientras abría un cajón para entregarnos una tarjeta de visita.

«Ricardo Gómez Álvarez, operario de Renault» pude leer durante el segundo que invertí en echarle un vistazo. Luego la guardé en el bolsillo trasero del vaquero.

—No me cabe duda de que regresaremos para hablar con usted. Siempre se olvida algo, o bien quedan preguntas rezagadas, puntos sin aclarar... —dije, pensando en que debía entrevistarme de nuevo con Urbano antes de abandonar el edificio.

—¿Pero en verdad creen ustedes que Joaquín puede ser el asesino de ese hombre que apareció emparedado? —preguntó Ricardo, dejando asomar una sonrisa porcina que no nos había mostrado hasta entonces.

—De momento no creemos nada. Estamos reuniendo datos y, de todos los inquilinos que han ocupado la vivienda de Francisca, Joaquín es el único al que no hemos conseguido localizar.

—Ah, ahora comprendo...

Ricardo aprobó pero no parecía que la explicación hubiese logrado convencerlo. Esa sonrisa contenida por unos labios apretados me indicaba que aquel hombre no estaba expresando sus verdaderos pensamientos y que quizá en sus anteriores palabras de elogio hacia Joaquín había habido más envidia que admiración. Joaquín era, a la vista de todo el mundo, un auténtico triunfador: buen coche, buen sueldo, joven amante... Ricardo, en cambio, era un hombre gris que llevaba una vida gris, un solterón aburrido que quemaba su vida entre la fábrica de coches y el sofá de su casa.

Descendimos las escaleras dejando a Ricardo asomado a la barandilla, seguramente comprobando si llamábamos a alguna puerta más o nos conformábamos con su versión. Pulsamos el timbre del segundo izquierda.

—Buenos días, inspector.

Urbano me saludó cordialmente. Estaba ataviado con ropa de calle, recién peinado y exhalando un perfume que identifiqué enseguida: Varón Dandy. Lo usaba mi padre.

—Buenos días, Urbano. ¿Va a salir? —pregunté, reparando en los brillantes zapatos que calzaba.

—Sí, vamos a hacer la compra. Yo la acompaño para traerle el carro, ya sabe usted como son esas cosas... —Urbano fue disminuyendo progresivamente el volumen de voz a medida que avanzaba la frase, y terminó usando un tono

absolutamente confidencial, muy apropiado para un confesionario. Supuse que su esposa no andaría lejos y que, por algún extraño motivo, el tema de la compra era tabú en aquella casa.

—Serán sólo un par de preguntas. —Aseguré, también en susurros, mientras echaba un rápido vistazo al pasillo que se extendía a espaldas de Urbano. No era muy largo, unos tres o cuatro metros, sólo una puerta a cada lado, una vieja lámpara en el techo, frías baldosas en tonos grises en el suelo, pintura blanca descascarillada en las paredes y cercos de roña bordeando las llaves de la luz. Miseria, vejez, soledad y abandono. Un coctel terrible.

—Desembuche, que ella todavía se está arreglando y creo que aún hay para rato. Ya sabe usted, cada vez cuesta más reestructurar un edificio en ruinas...

Y Urbano soltó una risita pícará que yo no respaldé porque estaba inmerso en mi inspección al interior de la casa y, también, en otros pensamientos: yo quería plantear la cuestión de forma coherente, pero me resultaba difícil nadar y guardar la ropa al mismo tiempo, indagar y no ofrecer a cambio dato alguno.

—Vamos a trasladarnos de nuevo al verano de 2008, cuando ustedes dejaron de ver a Joaquín por aquí...

El anciano afirmó mientras giraba la cabeza para lanzar un rápido vistazo al pasillo, como si quisiera asegurarse de que su esposa no merodeaba por los alrededores. Urbano se comportaba de forma extraña, como si temiera que ella lo sorprendiera quebrantando algún tipo de prohibición expresa como, por ejemplo, hablar de nuevo con la policía. Pensé que quizá el problema no fuera el carro de la compra como yo en principio había supuesto, sino que ella, su esposa, había estado elucubrando y ya no era partidaria de facilitar demasiada información a la policía, que después no los saca uno de la puerta de casa.

—¿Recuerda usted si durante ese verano se realizaron reformas en el piso de enfrente? Si alguien subió ladrillos, cemento u otros materiales de construcción.

Y entonces Urbano reaccionó con sorpresa, como si esperara ser preguntado sobre un asunto mucho más delicado y yo le hubiera salido con una idiotez. Seguidamente unió las manos a modo de ruego y se quedó mirándolas fijamente durante un buen rato, luego negó repetidas veces antes de responder a viva voz, sin preocuparse ya del volumen de voz ni de la ubicación de su esposa. Entonces yo recordé la colleja que Urbano había recibido cuando un par de días atrás él me había hablado sobre la amante de Joaquín Perea y deduje que tal vez las restricciones de María estaban circunscritas exclusivamente a ese terreno.

—No recuerdo que se hicieran obras, y una obra siempre trae jaleo, ya sabe: subir materiales, ruido, polvo y demás. Aunque cabe decir que Joaquín se fue en verano, como le dije a usted el otro día, y nosotros en verano solemos pasar poco tiempo en casa, sobre todo por las tardes, que aprovechamos para salir a pasear, para estar toda la tarde fuera porque luego, en invierno, no se puede. Y por la mañana si que estamos

en casa, pero andamos con la faena de la limpieza y eso ocasiona muchos ruidos de aspirador y demás. Puede ser que hicieran algo de obra y no nos hayamos enterado...

Mostré mi comprensión a través de varias y amplias sacudidas de cabeza.

—¿Podríamos preguntarle a su esposa? Quizá ella recuerde... —tanteé.

Y Urbano no lo pensó dos veces.

—¡Nena! ¡Nena! ¿Has terminado? Es la policía otra vez. Quieren hablar contigo.

—Gritó inmediatamente, para atraer la atención de María.

—¡Ya voy! —confirmó ella, también gritando desde el fondo del pasillo.

Su presencia alejada se convirtió en una silueta a contraluz. Su voz, sin embargo, sonó rotunda.

—Nena, son los chicos de la policía, los que estuvieron aquí el otro día...

—Ya los veo, ya. ¡No hace falta que grites!

—Quieren consultarte algo. A mí ya me preguntaron pero no recuerdo, a ver si tú tienes mejor memoria.

Decidí intervenir inmediatamente, antes de que el anciano tergiversase la pregunta, su esposa contribuyese con una respuesta inexacta y se produjese una colisión entre los datos de los que ya disponíamos y los de nueva aportación.

—Centrándonos en el verano en que Joaquín se marchó, en 2008, ¿recuerda usted si hubo obras en el piso de Francisca? Si anduvieron por aquí obreros, gente subiendo ladrillos, cemento, ruidos..., cualquier dato que indique que alguien estaba efectuando algún tipo de reforma en el piso de enfrente.

Ella estaba entretenida colocándose los pendientes a tuestas y no parecía prestar demasiada atención a mi pregunta. No obstante, enseguida presentó respuesta.

—No recuerdo nada de eso, pero sí que me viene a la memoria que había mucho ruido por las noches. Se escuchaba gente hablar, gemidos, golpes secos a veces, como si estuvieran aporreando alguna cosa. Y ella, la chica esa que vivía con Joaquín, salía de madrugada y era para tirar la basura, que yo me levanté a la ventana en un par de ocasiones para ver a dónde iba a esas horas. Se ve que estaban viendo la televisión hasta las tantas y luego se acordaban de que aún no habían tirado la basura. Obras, no, no recuerdo que hicieran obras. Sé que se refiere a lo del armario. Ya lo estuvimos hablando Urbano y yo, que para levantar una pared dentro del ropero tendrían que haber realizado alguna reforma y no sé cómo consiguieron hacerlo sin que nosotros nos enterásemos, pero esa es la verdad: no hemos escuchado nada.

Yo no esperaba recibir aquella respuesta. ¿Cómo era posible que no se hubieran percatado de que estaban realizando reformas al otro lado de la pared? Precisamente ellos, que no se movía rata en el edificio sin que tuvieran conocimiento de a dónde iba y de dónde venía.

—¿Y cree que Joaquín hizo todo eso, que asesinó a ese hombre y luego lo emparedó? A mí me parece imposible. ¡Si usted lo conociera...! Entonces se daría cuenta que eso no pega ni con pegamento. Ese hombre era incapaz de matar a una mosca.

¡Y otra vez la perorata de las bondades de San Joaquín! Esta vez fui yo quien se rascó la oreja, de tan incómodo que me sentía cada vez que alguien me recordaba cuan bueno, elegante, simpático... era Joaquín Perea.

—Nosotros no estamos insinuando que Joaquín sea el asesino, sólo estamos intentando localizarlo porque es el único inquilino al que aún no hemos conseguido interrogar. —Maticé, algo enfadado porque aquella mujer, además, me estaba dando a entender que los investigadores del caso no sabíamos ni donde teníamos la mano derecha.

—Ya, ya, bueno... pues lamentamos no haberles resultado de gran ayuda...

Ella me despachó en un santiamén, con varios gestos de mano y un intento de cerrarme la puerta en las narices; intento que fue abortado a tiempo por el propio Urbano, que interpuso sus manos cuando ya la puerta se cerraba.

—No se preocupe, señora, queda mucho camino por andar. Si recuerdan algo, no duden en contactarnos... —ofrecí mientras les entregaba una tarjeta del grupo de homicidios por la ranura de la puerta.

Urbano se encogió de hombros y desapareció tras el sonoro portazo que se escuchó a continuación.

—Estos se enteran de todo, menos cuando hace falta que se enteren de algo. ¡Mira que no percatarse de que se estaban haciendo obras al lado! ¡Si yo creo que no entra una mosca en el portal sin que ellos se cosquen! ¿Verdad Alfredo?

—Verdad, José Manuel, verdad. Y me da la sensación de que ella padece algún tipo de trastorno pues no es normal tanta amabilidad el otro día y tanto rechazo a día de hoy. Pero es lo que hay. Ahora le darán unas cuantas vueltas más y quizá mañana, o dentro de unos días, sus recuerdos se aviven un poco y puedan contarnos algo más.

En la comisaría nos esperaba Eduardo, a pie de puerta, en posición de firmes, rascándose la perilla sin pausa, impaciente a causa de las nuevas acaecidas durante las anteriores dos horas, irritado porque en mi ausencia se había visto obligado a lidiar con el comisario y con el jefe de la policía científica, resentido porque esa labor debería haberla asumido yo puesto que él no disponía de la información necesaria para calmar las ansias de saber de los jefes, que él sólo colaboraba en lo que yo le ordenaba y bla, bla, bla..., un rosario de críticas que Eduardo había estado preparando y embalando cuidadosamente para mi durante muchos minutos, para entregármelas calentitas y en mano tan pronto yo descendiera del vehículo, sin dar lugar a que mediasen saludos ni otros intercambios triviales; ni, por supuesto, excusa alguna por mi parte.

Eduardo había salido a recibirnos a la calle y caminaba a mi vera para, aparte de ponerme al corriente de todo lo ocurrido durante mi ausencia, hacerme constar que se había visto obligado a asumir responsabilidades que no le correspondían, que un jefe debe ser fiel a su despacho, no alejarse de allí, que son sus subordinados quienes

deberían realizar las labores de calle; y, ya de paso, insinuarme que esas son tablas que se van aprendiendo con los años de servicio, perfectamente excusables en un jefe de mi juventud e inexperiencia.

—¡Ha telefoneado todo el mundo! El comisario quería saber dónde estaba usted. También el jefe de la brigada se interesó por el paradero de usted. Y Salgado también preguntó por usted, pero finalmente me facilitó a mí la información para que yo se la traslade a usted. Y al comisario y al jefe de la brigada les dije que usted se pondría en contacto con ellos tan pronto regresase... —me espetaba Eduardo, sin piedad alguna.

—Tranquilo, Eduardo, tran-qui-lo —ironicé yo, enfatizando la palabra que a él tanto le gustaba utilizar—. En unos minutos hablaré con todo el mundo, pero lo que ocurre es que aquí, en el despacho, llamando por teléfono y recibiendo a la gente, no se resuelven los casos. La información está en la calle, no aquí.

Cuando entramos en nuestras oficinas, el moscón que me rondaba se quedó en su puesto y yo me guarecí en el interior de la pecera. Llevaba la mente completamente torpedeada y, aún así, me dispuse a dar cumplido a todos los encargos. En primer lugar marqué el número de teléfono de la policía científica, donde Salgado me confirmó que el cadáver había sido identificado mediante un molde de la dentadura de Joaquín Perea, aportado por el dentista que le había practicado un par de implantes de muelas en el año 2004. Salgado también dijo disponer de copia del informe emitido al respecto, el cual me haría llegar lo más pronto posible y a través de un subordinado. Colgué una vez recibidos los datos necesarios. Mis sospechas habían quedado confirmadas.

—¿Han identificado el cadáver?, ¿se trata de Joaquín Perea, verdad? —me preguntó José Manuel, que llegó enseguida, tan pronto observó que yo había colgado el teléfono. Eduardo también se sumó a la reunión, rascando la perilla sin descanso, como yo había comprobado que solía hacer cuando estaba disgustado por cualquier causa.

—Tal y cómo suponíamos, se trata de Joaquín Perea. Y ahora habrá que buscar respuesta para esta pregunta: ¿quién, si Joaquín está muerto, abona la pensión de sus hijos? ¡Mil euros mensuales, nada menos! ¡Sesenta mil euros en cinco años! El hecho de que alguien decida gastar ese capital pagando una pensión durante años sólo puede significar dos cosas...

Una vez más, las preguntas sin respuesta hacían larga cola en mi mente; y eran tantas que, al carecer mis neuronas del cauce necesario para acoger tanto caudal, formaban continuos atascos y me obligaban a detener constantemente mis meditaciones en voz alta. José Manuel y Eduardo, a mi lado, me preguntaban con la mirada, animándome a proseguir. El recelo que Eduardo manifestara hacía tan sólo unos minutos había dado la vuelta como un calcetín y ahora me mostraba un revés forrado de efusivo interés. Ya no arañaba aquella perilla cana y su atenta mirada parecía querer decirme: el joven jefe es inexperto, pero listo y sensato, pues desde el

principio sostuvo la teoría de que el muerto era Joaquín Perea, y acertó. Y yo me animé a continuar estrujando mis cavilaciones en voz alta. También mis temores.

—Puede significar dos cosas: que quienquiera que lo haya asesinado está interesado en que el entorno de Joaquín siga creyendo que él sigue con vida, y por ese motivo se ha tomado la molestia de enviar mensajes a Inés y ha decidido destinar un enorme capital a pagar una pensión de alimentos a los hijos. Quienquiera que lo haya asesinado trata de simular que Joaquín se ha marchado voluntariamente y que continúa con vida en algún lugar. Falta saber el motivo por el cual esa persona ha resuelto dedicar tanto dinero en hacer que parezca esto y no lo otro. Seguramente porque si la familia hubiera sospechado que Joaquín había muerto o había desaparecido violentamente, podrían dar cuenta a la policía y, si la policía lo busca y lo encuentra, se podría también destapar una trama que alguien está muy interesado en mantener oculta...

—¿Y cuál es la otra hipótesis que ha elaborado usted? —se interesó Eduardo, al ver que yo me había quedado encallado de nuevo.

—También podría ser que Inés, la viuda, esté compinchada con quienquiera que haya asesinado a su marido; o que, aún sin estar implicada, disponga de pruebas concluyentes y haya exigido ese dinero a cambio de silencio; y que el autor, o autores, hayan decidido camuflar esos ingresos como pensión de alimentos.

—¿Y no crees que, de ser así, les saldría más rentable deshacerse también de Inés?

José Manuel planteaba una pregunta que era en realidad una afirmación.

—No lo creo. Serían demasiados muertos. De esa manera se destaparía pronto la trama. Todos sabemos que si el cántaro va mucho a la fuente... Ya tenemos la muerte de Joaquín, seguramente también la de esa mujer joven que vivía con él..., si además añadimos a Inés... Son demasiados cadáveres que esconder. Sin embargo, de esta forma, consiguen matar dos pájaros de un tiro: Inés se mantiene callada en tanto siga recibiendo los mil euros mensuales y no van dejando un reguero de cadáveres desperdigados por todo Valladolid.

—¿Y qué pinta Mario en todo esto? —preguntó Eduardo.

—Mario es el actual propietario del piso y a mí no me gusta ni un pelo su forma de comportarse. Además, se mostró muy interesado en evitar las obras, e Incluso después de aparecer el muerto continuó culpando a su mujer por haber realizado reformas en la casa, lo cual también resulta raro de narices.

—¡Y que lo diga!

—Por otra parte está la mujer esa que vivía con Joaquín, de la cual carecemos de datos. Al parecer se trataba de una jovencita de buen ver y muy antipática, sin más características. Personalmente, creo que ha corrido la misma suerte que Joaquín y que estará emparedada por ahí, en alguna otra vivienda.

—También pudo haber actuado como cómplice en el asesinato, ¿no cree, jefe?

—Poco sabemos de ella, sólo que era casi una niña, y por eso no creo que ella tuviera intereses creados en toda esta historia. No lo sé, de todas formas son suposiciones mías, dada la edad que los vecinos dicen que tendría la chica. Pero me parece mucho más lógico que los intereses económicos, que yo creo son el móvil en este asesinato, provengan de gente más «rodada». Y, por pura lógica, opino que la chica debió haber corrido la misma suerte que Joaquín y que quizá aparezca dentro de un tiempo, también emparedada en algún piso, o tal vez no aparezca nunca. Denuncias por desaparición no hay, pero tampoco conocemos la procedencia de la chica. Los vecinos dicen que era española, pero jamás intercambiaron una sola palabra con ella. Puede ser que fuera extranjera y la denuncia no se haya interpuesto aquí porque sus padres no supieran dónde andaba. O puede que no tuviera padres. Como veis, todo son suposiciones, ninguna certeza.

—Este es un caso en el que parecen caber todas las opciones, o ninguna de ellas; quizá la explicación a todo esto sea mucho más sencilla pero hasta el momento no hemos conseguido verla. —Expuso José Manuel.

Y yo me encogí de hombros. De momento, habría que continuar recabando datos y tratando de estrechar el amplio cerco que rodeaba aquella muerte. No teníamos otra alternativa. Todo eran conjeturas, había que ir en busca de la verdad.

A las diez de la mañana del día siguiente nos encontrábamos de nuevo en Peñafiel, ante la puerta de Inés. Habíamos ido hasta allí con la difícil misión de portar las malas nuevas y de comprobar por nosotros mismos el efecto que tales novedades producirían en la receptora.

En el horizonte despuntaba un día soleado, azul, brillante, pero insuficiente, sin fuerzas para batirse contra el manto blanco que nos había dejado la noche. Inés nos recibió con el mismo chándal, las mismas zapatillas y un exagerado gesto de hastío que le confería aires de niña mimada y caprichosa: las piernas cruzadas como tijeras, en actitud cerrada, a la defensiva; los brazos también cruzados sobre el pecho, a modo de barrera. Sin embargo nos invitó a entrar, aunque seguramente lo hizo para guarecerse rápidamente de la helada que durante la noche se había instalado en su jardín. Helada que se extendía al interior de la casa, donde campaba el mismo frío. Inés llevaba reloj y lo miraba constantemente, tratando de lanzarnos una indirecta muy directa, para que nos diésemos prisa y no la entretuviésemos más de lo necesario. Yo, por supuesto, no atendí a insinuaciones, tomé asiento en el mismo sofá de la otra vez y guardé prolongado silencio mientras paseaba la mirada de acá para allá, a lo largo y ancho de todo el salón, diseñando mi estrategia mientras el tiempo corría. José Manuel me observaba, incrédulo, espoleándome con la mirada para que reaccionara de una puñetera vez y me diera cuenta de que no nos habíamos desplazado hasta allí para hacer compañía a aquella mujer sino para entregarle una mala noticia. Frente a nosotros, Inés empleaba el tiempo muerto restregándose las manos y frotándose los brazos, por turnos, para entrar en calor.

—¿Ya averiguaron dónde ingresa el dinero?, ¿ya saben dónde vive? —preguntó ella de pronto, alzando hacia mi unos ojos oscuros que lanzaban ráfagas de miedo.

Yo continué callado, sopesando cuanta información podía facilitarle sin comprometer el futuro de la investigación. Finalmente, carraspeé para aclarar la voz y, sin conseguirlo, me preparé para entregarle una verdad tan amarga como la cicuta.

—Señora..., su marido ha fallecido. Es la persona que hemos hallado cadáver en el piso de Valladolid.

Me había quitado un gran peso de encima pero aún no me sentía ligero del todo, pues temía la reacción de la viuda porque la suponía estremecedora, acorde con el común de los casos, pero Inés se limitó a guardar silencio, a colocar las manos sobre el regazo y a relajar los hombros. Exhaló después todo el aire que el temor había retenido en sus pulmones y me ofreció una mirada serena por respuesta. Y yo, asombrado, la observé detenidamente: en unos instantes el miedo había desaparecido de su cara e incluso parecía haber recuperado buena parte del color perdido durante el

lapsus de tiempo en que creyó, o simuló creer, que habíamos dado con el paradero de Joaquín. De repente...

—¡No puede ser verdad!, ¡ay, mi pobre Joaquín!, ¡ay, mis hijos, que se han quedado huérfanos!, ¡nunca volveremos a verle!

Y hundió la cara entre las manos para ocultar un llanto ficticio, más falso que el de Judas. Inés era una pésima actriz.

—Señora, nosotros creemos que su marido lleva muerto desde julio de 2008, desde el día que usted recibió el mensaje en el que él le comunicaba que se marchaba.

Inés, que continuaba con el rostro escondido entre las manos y emitiendo prolongados gemidos de dolor, levantó la cara para mirarme directamente a los ojos. Su mirada transmitía desconcierto y las lágrimas, si las había habido, no habían dejado rastro en su cara.

—Entonces..., ¿nunca se fue con otra mujer?, ¿no hubo otra mujer?, ¿no fue él quien me envió los mensajes?

—Eso no lo sabemos, como tampoco sabemos si había otra mujer o no. —Mentí, tratando de parchear la vieja herida abierta en el orgullo de Inés—. Tampoco podemos asegurar que fuera él quien le envió a usted esos mensajes, pues bien pudo haberlo hecho otra persona desde el teléfono móvil de Joaquín. De momento no tenemos respuestas, sólo incógnitas; pero lo que sí podemos asegurarle es que el cadáver de su esposo fue hallado en el piso de Valladolid y que llevaba varios años en aquel lugar, seguramente desde 2008, tal como rezan los informes de la policía científica y de la autopsia practicada por el médico forense.

Inés parecía estar asimilando la información poco a poco, a pequeñas dosis, y yo abrazaba el convencimiento de que, si bien su llanto era falso, su sorpresa parecía auténtica; y por eso impuse unos minutos de silencio, para que ella fuera rumiando las novedades y encontrara un hueco donde albergar su nueva situación de mujer viuda.

Minutos después, Inés sacó un pañuelo blanco de no se supo dónde y escudó parte de su cara tras él, dejando al descubierto aquellos ojos oscuros que me miraban pidiendo aclaraciones. Y yo decidí que había llegado el momento de arriesgar.

—Señora, con su marido muerto desde el verano de 2008, es evidente que alguien, otra persona, quien sea, le está ingresando a usted mil euros mensuales en concepto de «pensión de alimentos», ¿quién es esa persona?

Tan pronto Inés acusó recibo de mi especulación, los músculos de su cara se tensaron como cables de acero, cesaron los lamentos y también los falsos ataques de llanto incontenible. Ahora parecía enfadada.

—¿Qué está usted insinuando?

—Yo no insinúo, señora, yo afirmo. Alguien le está ingresando a usted una considerable suma de dinero al mes y esa persona no es su difunto esposo.

Disimuladamente, José Manuel me lanzó un codazo directo a las costillas, era su forma de hacerme saber que debería haber empleado un poco más de tacto; y yo

contraataqué proyectando sobre él una mirada que, si matasen, José Manuel ya habría caído fulminado. Volví a mirar a Inés, que ahora temblaba como mano de enfermo de Parkinson, y esta vez no era de frío.

—No tengo ni idea. —Balbuceó.

Mientras tejía otras posibles preguntas en mi mente y preparaba mi siguiente investida, fijé la mirada en el aparador que monopolizaba la pared de enfrente. Una decena de pequeños marcos con fotos lo cubrían. Un niño y una niña acapararon mi atención. Simulando rezar el día de sus primeras comuniones, jugando al fútbol él, sonriendo ella, varios cumpleaños, y ningún retrato de Joaquín.

—Puede que... —añadió Inés— puede que lo estén haciendo los compañeros del trabajo de Joaquín. Ellos saben que yo carezco de ingresos, que me quedé sola con dos niños a mi cargo..., tal vez hayan decidido reunir mensualmente ese dinero e ingresarlo en mi cuenta.

De repente, centré de nuevo toda mi atención en ella. ¿Se estaría acaso burlando de mí?, ¿estaría acaso jugando conmigo como un gato con un canario?, ¿o realmente creería que una solución tan absurda podía ser viable? ¡Imposible! Ella, sin embargo, había dejado de temblar, mostraba un semblante firme y hasta amagaba una pequeña sonrisa. ¿Sería posible que realmente creyera que existe tanta bondad en el mundo? ¡¿Mil euros mensuales durante casi cinco años...?! ¡Sesenta mil euros! Meneé la cabeza sin miramientos. Era posible, por supuesto, que existiese tal grado de virtud en la oficina donde había trabajado Joaquín, pero no era probable.

—Señora, perdone que me muestre tan reiterativo, pues ya le he formulado a usted la pregunta que le voy a plantear ahora: ¿cómo era la relación con su marido?

—Muy buena, siempre fue un buen padre y un buen marido.

Me había contestado sin mostrar asomo de dudas, pero su mano había subido otra vez hacia la boca, aunque no había llegado a tiempo para taponar la mentira.

—¿Alguna vez estuvo usted en Valladolid, en el piso que Joaquín había alquilado allí?

—Nunca. Es más, no tuve conocimiento de que vivía de alquiler hasta que me lo dijeron ustedes. Siempre creí que se hospedaba en una pensión.

Esta vez su mano fue a parar a la oreja, tocando el lóbulo una y otra vez: ni ella misma deseaba escuchar la trola que acababa de pronunciar. Además, Villa me había asegurado lo contrario a aquello que ella estaba afirmando.

—¿Con qué frecuencia venía su marido a casa?

—Cada dos fines de semana. Llegaba el viernes y se marchaba el domingo a la noche.

—Sólo median sesenta Kilómetros...

—Si, pero él trabajaba uno de cada dos fines de semana porque su deseo era continuar ascendiendo en la empresa, y ya sabe usted: el que algo quiere...

Seguidamente, reiteré algunas preguntas ya planteadas anteriormente: si se comunicaban por teléfono y con qué frecuencia, cuánto tiempo solían durar esas

conversaciones, si Joaquín le había mencionado que tuviera problemas con alguien, si la telefoneó el día anterior a la desaparición, cómo lo encontró, si nervioso, si normal...

Inés se mostraba agobiada, tensa, cansada. Continuamente comprobaba la hora y sus gestos involuntarios me daban a entender que el tiempo transcurría lento para ella, que yo le parecía corto de entendederas, que le estaba repitiendo las mismas preguntas de siempre y que me empeñaba en incidir en lo mismo una y otra vez.

—¿Nunca pensó usted en trasladarse a Valladolid para vivir con su marido? — pregunté tras dar una vuelta completa al recurrente repertorio de preguntas.

—No.

—¿Por qué motivo?

—Porque él vivía de alquiler. Si la estancia se prolongaba durante tiempo indefinido habíamos previsto comprar vivienda allí, entonces sí que nos trasladaríamos los niños y yo para vivir con él. Esos eran los planes, en principio.

—¿Pero no me dijo usted que no sabía dónde vivía su marido, que creía que se hospedaba en una pensión?

Enseguida supe que Inés estaba acorralada, y lo supe tan pronto observé que su cara ardía como si mi pregunta hubiera prendido una mecha.

—Sí, eso, una pensión... —musitó ella.

Inés volvió a comprobar la hora. Parecía nerviosa.

—Si no les importa..., tengo que marcharme para acompañar a mi madre al médico.

Se levantó repentinamente, planchó el chándal con ambas manos y con agresividad contenida, y luego se cuadró ante nosotros cruzando los brazos en un gesto hostil que nos invitaba a abandonar su casa inmediatamente.

Nos levantamos también, y dado que ya conocíamos la salida, nos dirigimos allí no sin antes despedirnos con un «probablemente, volveremos a hablar» premeditado, soltado al aire con la finalidad de remover conciencias, de alterar ánimos y de engendrar dudas capaces de obligar a aquella mujer a contar cuanto sabía, que no podía ser poco.

—Ahora nos dividiremos: tú visitarás a los padres de Joaquín para participarles la muerte de su hijo, y yo haré trámites en la sucursal del Banco Santander. —Dispuse cuando aún nos encontrábamos ante la puerta de la casa de Inés.

José Manuel se paró en el camino, justo delante de la piscina vacía y sucia que había a nuestra izquierda.

—No me gusta dar ese tipo noticias, ¿por qué no vas tú a visitar a los padres y yo al banco?

No necesité meditar demasiado mi respuesta.

—Porque yo soy el inspector y estoy al mando, porque tú eres el policía y estás a mis órdenes.

Premeditadamente, liberé tan duras palabras arrastrando cada sílaba, para que al otro le quedase clara mi decisión, para que no le cupiera duda alguna. Yo estaba más que harto de sus continuas muestras de insubordinación; y él, ofendido, paseó la mirada por el camino que conducía hacia la salida de la finca y apretó los dientes, pero no osó contraatacar. Ya en el vehículo, arrancó bruscamente y condujo a todo gas hasta ir a parar con el morro del coche a medio centímetro de la fachada de piedra del Ayuntamiento de Peñafiel, donde el repentino frenazo me despegó del asiento, obligándome a sacar inmediatamente las manos de los bolsillos para evitar que mis narices impactaran contra la luna delantera.

—Mira, José Manuel, si continuas por el camino que vas, no tendré más remedio que iniciar trámites para largarte del grupo que dirijo. Y, como sabes, un policía al que expulsan de un grupo tiene difícil cabida en otro, y acabarás patrullando las calles. Te advierto: otro gesto como el que acabas de hacer y me pondré manos a la obra.

La educación es una fina malla que contiene nuestros instintos más animales, de lo contrario (y de buena gana) lo habría estrangulado, sin embargo sólo me apeé y cerré la puerta del coche con un golpe bien sonoro; estaba enfurecido, malhumorado a más no poder. A escasos metros se ubicaba la sucursal del Banco Santander y entré con decisión, con la furia aún creciendo en mi interior como el tallo de las habichuelas mágicas.

El hombre de gafas y perilla que atendía en la primera mesa me reconoció enseguida.

—¿Viene otra vez para hablar con don Gabino?

Asentí, tratando de afeitar mi furia lo más rápidamente posible.

«Acompáñeme» dijo aquel hombre, a la par que abandonaba su asiento. Yo lo seguí a través de la pequeña oficina hasta topar con la puerta del director. Esta vez la encontramos cerrada y mi acompañante la abrió sin previo aviso pero con mucha delicadeza y sumo respeto. Don Gabino se hallaba inmerso en una conversación telefónica que cortó tan pronto el empleado apareció en escena conmigo a sus espaldas. No parecía que estuviera tratando un asunto laboral y se mostró tanto o más azorado que si lo hubiéramos sorprendido saliendo de la ducha; después, torpemente, trató de adaptarse a la formalidad que requería el momento, acomodando su postura a protocolo pero sin conseguir borrar la media sonrisa que había quedado estampada en sus labios. Ah, el dulce sabor del amor prohibido, oculto..., pensé yo, sabiendo muy bien a qué me estaba refiriendo.

Tras los saludos preliminares, formulé mi petición:

—Vengo para solicitar su colaboración en la investigación del caso de asesinato que nos ocupa. Ya se ha confirmado la identidad del muerto y se trata de Joaquín Perea Martínez, esposo de Inés García Velasco. Tenemos previsto montar un dispositivo en Madrid para el próximo día uno de febrero, con la finalidad de

identificar a la persona que está realizando los ingresos en la cuenta bancaria de la viuda.

El director proyectó una apática mueca para darme a entender que tanto yo como el caso del «emparedado» éramos un grano muy doloroso que le había salido a él en todo el culo. Luego se pasó la mano por la cabeza acariciando la calva y mudando posición otra vez. Sus nuevos gestos eran de resignación y me indicaron que en aquella oficina la mañana había comenzado despejada de trabajo y de imprevistos, y que conmigo habían llegado los nubarrones de tormenta. Finalmente, con conocimiento de que los tentáculos judiciales tienen capacidad suficiente para absorber a un simple director de sucursal bancaria, y en previsión de que no le quedaría más remedio que colaborar, don Gabino emitió un leve suspiro y asintió. Y yo continué hablando:

—Lo que necesito es que usted haga de mediador entre la policía y la oficina central del Banco Santander en Madrid, en concreto con el departamento que entienda en este tipo de asuntos. Ya que sabemos que los abonos se realizan en una sucursal distinta cada mes, la orden ha de partir de la oficina principal hacia todas las sucursales de Madrid, de tal manera que alerten a la policía en el momento que alguien acuda a cualquiera de ellas con la intención de ingresar mil euros en la cuenta bancaria de Inés García Velasco.

En un solo instante don Gabino sopesó mi propuesta, descartó opciones, resolvió y decidió:

—Eso se puede hacer pues no requiere complicación alguna; por su parte, ustedes deberán aportarnos un número de teléfono a donde dar aviso en el momento que esa persona se acerque a ventanilla.

—Sólo tienen que marcar el 091, que es el número de la Sala del 091 de Madrid. El jefe de la Sala recibirá la llamada y enviará una o varias dotaciones policiales a la sucursal concreta. Pero debo añadir que, aunque imagino que ya lo suponen, el empleado encargado de dar el aviso habrá de actuar con discreción, es decir, deberá entretener debidamente a la persona y, en un momento dado y sin levantar sospechas, ausentarse para darnos el comunicado.

—¡Hombreee! ¡Eso por supuesto! Pero para que no quepan dudas, yo voy a remitir una nota a la oficina central de Madrid, señalando datos y procedimiento a seguir.

—El empleado que contacte con el 091 debe indicar desde qué sucursal está requiriendo la ayuda policial.

Don Gabino exploró el calendario que colgaba de la pared que tenía enfrente.

—Estamos a día veinticinco. Tenemos tiempo de sobra pues aún faltan siete días.

—Exacto, siete días. El día uno de febrero será dentro de una semana.

Nos despedimos con apretón de manos y yo sentí pánico al haber comprobado (por segunda vez) el desgobierno que reinaba en el despacho del director, donde la mesa agonizaba bajo montañas de papeles que formaban desbarajustadas cordilleras

ocupando todo el espacio disponible; algunos a punto de caerse al suelo, otros asomando por ranuras de carpetas como si vanamente intentaran huir de aquel desorden. «Quizá hubiera sido mejor hablar directamente con la oficina principal, aunque siempre es preferible que sea el director de esta sucursal quien plantee la cuestión, pero dado el caso...» barruntaba yo.

Salí de allí dudando. A la puerta me esperaba José Manuel, mas manso que un cordero. Poco tiempo y las palabras adecuadas habían provocado un replanteamiento en su habitual forma de proceder.

—¿Qué tal te ha ido con los padres?

Manso como un cordero, sí. Impenetrable como una armadura, también. Durante más de cinco minutos se entretuvo escalando con la mirada uno de los muros del Ayuntamiento y no me respondió hasta que le dio la gana, dándome así a entender que yo podía preguntar cuando lo considerara oportuno, que él respondería cuando lo creyera conveniente. Absolutamente irremediable.

—Sólo estuve unos minutos, el tiempo justo para notificarles la muerte de su hijo y responder a algunas preguntas que ellos me hicieron a mí. Los padres de Joaquín insisten en que su nuera, Inés, tiene mucho que ver con esta muerte, ya sea directa o indirectamente. Aseguran que era ella quien inducía a Joaquín a vivir muy por encima de sus posibilidades, que lo manipulaba como a una marioneta y que quizás él se haya metido en algún lío para complacerla. O sea que, según ellos, se trata de un complot entre Inés y alguien más.

—Puede ser..., no hay que descartar ninguna posibilidad. De momento, cuando lleguemos a la comisaría, encárgate de solicitar Mandamiento Judicial para la compañía que administraba el teléfono móvil de Joaquín, Vodafone creo que era, para conseguir acceso al tráfico de llamadas. Hay que averiguar con quien contactó durante sus últimos días de vida.

José Manuel no me respondió.

A las diez de la mañana del día siguiente, sábado, en el grupo de homicidios se trabajaba como si de otro día cualquiera se tratara. Y yo colgaba el teléfono, furioso. Mil veces le había advertido acerca de la contrariedad que para mi suponía el hecho de que me llamase al número de teléfono de la oficina, pero insistía y no había manera de hacerle entender que cualquier persona podía atender la llamada caso de que yo no me encontrara en el despacho, que esa persona le preguntaría quien era, también el motivo de su llamada, que a la gente le extrañaría, etcétera, etcétera... En ese momento yo me encontraba solo en la oficina y pude hablar sin necesidad de disimulos, pero esa circunstancia se daba muy pocas veces, pues normalmente siempre había alguien al otro lado, en la oficina anexa, y aquella pared de cristal lo filtraba absolutamente todo. Pero a veces la prohibición es la mejor promoción para atraer a la tentación.

Había despachado el asunto empleando unas pocas palabras tan punzantes como aguijones, y de inmediato sentí remordimiento de conciencia. Hacía escasas horas que me había regalado una noche de amor como yo no recordaba otra. Una noche que se había prolongado hasta rayar la madrugada, con la luna como único testigo de lo que allí pasaba, espiándonos a través de la ventana, plateando nuestros cuerpos desnudos y perlando las gotas de sudor que expulsaba la pasión. Una pasión hambrienta, insaciable, que nos había dejado exhaustos.

Y fue en el momento de colgar el auricular del teléfono cuando, sentado frente a mi mesa de trabajo, tuve ocasión de comprobar que una noche como esa está completamente reñida con el buen desempeño laboral al día siguiente. Los dulces recuerdos pintaban en mi cara una sonrisa tonta y me invitaban a abandonarme al estado de letargo, a dejar que la somnolencia me arrastrase muy lejos de mi «pecera»: al mundo de los sueños, donde reviviría la noche pasada una y mil veces, si quería. La invitación tentaría a cualquiera pero finalmente decidí ofrecer firme resistencia. Me levanté y salí al pasillo para sacar un café de la máquina y tomarlo mientras esperaba la llegada de José Manuel y Eduardo, que desde primera hora de la mañana recorrían las sedes de los diarios de Valladolid, comprobando si también trabajaban en sábado de mañana y si en alguno de ellos había sido insertado el anuncio «ama de casa sale de compras de 9 a 12 A.M.». Seguramente habían transcurrido varios años desde la publicación de aquella extraña cuña, pero la memoria de los ordenadores dispone de largo alcance y algún rastro quedaría, o eso habíamos supuesto justo antes de ponernos manos a la obra.

Comprobé la hora en el ordenador: las doce. Llevaban por ahí más de tres horas y aún no habían dado señales de vida. Meneé la cabeza. Había mañanas que mejor sería

quedarse en la cama... Y para enturbiar un poco más el día, apareció Mario por la puerta, con cara de circunstancias.

—¿Se sabe algo?, ¿cuándo podré ocupar el piso? —fue su saludo.

—Tendrá que aguardar la autorización de la juez. —Respondí, al tiempo que cerraba la puerta de la «pecera» y lo invitaba a ocupar una de las dos sillas confidente que había al otro lado de mi mesa.

Yo pretendía extraer información aprovechando la circunstancia de que esa vez jugábamos en mi campo y carecíamos de espectadores; y para ello me apoyé tanto en mis ensayados gestos graves como en el ambiente íntimo que proporcionaba el hecho de estar los dos a solas, a puerta cerrada. En ese momento me creí capaz de amilanar a Mario a base de dar relevancia a un suceso que quizá no la tuviera tanto. O quizá sí.

—Hemos tenido conocimiento de que, desde hace tiempo, visita usted ese piso que heredó y que lo hace en compañía femenina que no es su esposa. Ese hecho no tendría importancia alguna si usted lo hiciera desde que el piso ha pasado a ser de su propiedad, pero sabemos que también solía usted ir por allí cuando la vivienda estaba alquilada a otras personas, y entraba allí sin el consentimiento de los moradores, violentando la inviolabilidad del domicilio, porque sabrá usted que un piso arrendado es domicilio de los inquilinos en tanto allí residan...

Mario fue palideciendo poco a poco, no de golpe sino progresivamente con cada palabra que yo iba pronunciando. Y yo las iba soltando con cadencia programada, arrastrando sílabas cuando convenía, acelerando la frase cuando lo consideraba recomendable, haciendo un alto si me parecía oportuno; y siempre acompañadas de gestos graves, adecuados al relieve que yo deseaba en cada punto de la conversación. Luego, una vez agotado mi sermón, me crucé de brazos y, tranquilamente, aguardé la llegada de la respuesta. Mario tapó la frente con ambas manos y cerró los ojos durante un larguísimo instante, gesto que para mí venía a decir: ¡Ay, Dios mío, me han pillado!

—Hay una persona..., una compañera de trabajo. —Confesó.

Apoyé los codos sobre la mesa, dispuesto a seguir escuchando. Soy todo oídos, le dije con un sutil levantamiento de cejas.

—Vamos por allí algunas tardes, pero no hacemos daño a nadie. No puedo llevarla a un motel porque mi mujer acabaría enterándose. Ana lleva cuenta de cada céntimo que gasto y...

—¿Qué edad tiene ella? —interrumpí.

—Veintisiete. Y yo cuarenta y tres. —Precisó, manifiestamente orgulloso de haber logrado tan joven conquista.

Y yo, barbilla en mano, sopesaba si debía continuar interrogando a Mario o si mejor me convendría dejar la cosa ahí, en *stand by*. Con cada pregunta que uno plantea también va esparciendo algo (o tal vez mucho) de información a la otra parte, así que decidí dejarlo, por el momento. Quizá Mario no estuviera implicado en la muerte de Joaquín Perea, tal vez fuera un mujeriego, un putero desinhibido, un

prófugo a la búsqueda del oxígeno que en su hogar le faltaba, y nada más, que no era poco. Habría que aguardar hasta ver si su nombre seguía saliendo a escena a lo largo de la investigación, pero hasta el momento nada lo relacionaba con Joaquín Perea. Tampoco con Inés, pese a haber cursado estudios al mismo tiempo y en la misma universidad. Las gestiones realizadas en la Escuela de Magisterio habían dado resultado negativo, y provenían de fuente veraz.

Mario, abochornado, se disponía a abandonar la oficina, colocando debidamente el abrigo y la reputación, cuando José Manuel y Eduardo entraban por la puerta con paso decidido y semblante alegre. «Parece que las cosas van mejor entre ellos» deduje. Mario salió con la cabeza gacha, sin mirar a los recién llegados. Los otros dos entraron, como huracán, llenando la «pecera» con el frío de la calle que traían adherido a sus ropas, y aturdiendo mis oídos con un sinfín de explicaciones que se iban por las ramas pero que intentaban decirme que algo importante habían conseguido.

—A ver, que hable sólo uno y al grano. —Dispuse, cortando de raíz aquel jolgorio que traían consigo.

Tomó la palabra José Manuel. Yo hubiera preferido que fuera Eduardo, pues hablaba mucho más pausado. José Manuel era una locomotora que con un mínimo de exaltación se ponía a pleno rendimiento, y entonces las palabras pretendían salir de su boca todas a la vez, arrollándose las unas a las otras; a la par, yo tenía que hacer un serio esfuerzo para encadenarlas debidamente. Y también estaba aquel tic del ojo derecho, que aceleraba de cero a cien a la mínima y que pondría nervioso a cualquiera.

—Después de pasarnos por las oficinas de El día de Valladolid, El norte de Castilla, Tribuna de Valladolid y algunos más, en el último que visitamos, en Diario de Valladolid encontraron algo; bueno..., encontraron mucho: un anuncio exacto al que Joaquín llevaba en el bolsillo del pantalón. Y tardamos tanto porque requirieron Orden Judicial antes de facilitarnos datos. Entonces nos fuimos al Juzgado de Guardia, porque hoy es sábado y el que lleva la causa está disfrutando del fin de semana, no como nosotros, y solicitamos hablar con el juez, y tuvimos suerte porque nos extendió la Orden en el momento. Después regresamos a las oficinas del periódico y nos dieron todo lo que tenían.

Al terminar, José Manuel me extendió un folio impreso y yo me alegré mucho de que hubiera papel aclaratorio porque la explicación había sido meteórica y yo apenas había conseguido hacerme con el embrión del asunto.

—«La cuña fue insertada —leí— en fecha 10 de septiembre de 2007, por un periodo de treinta días, fue abonada al contado, y la persona que la contrató se llama Carlos Alfonso Britez, colombiano, con N.I.E, tal tal tal, con domicilio en calle Sabano 50 y número de teléfono tal tal tal». Apareció en la sección de contactos de este periódico, o sea, ofreciendo servicios de prostitución.

—Está claro, jefe. —Intervino Eduardo.

—¡Qué anuncio más raro para una sección de contactos!

—Viene a decir que no se trata de una profesional, sino de una mujer que es ama de casa y que hace sus «trabajillos» en tanto sale de compras, para que no se entere su marido, y que no está disponible durante todo el día, sino solamente de nueve a doce de la mañana.

—Ya, ya..., hasta ahí llego, pero yo creo que este anuncio sólo demuestra que Joaquín, además de ser un excelente vecino, buen trabajador, magnífico marido, hijo cariñoso y padre dedicado, gustaba de visitar putas de vez en cuando, que vio el anuncio en el periódico, que decidió que era una buena ocasión para cambiar el aceite y que lo guardó en el bolsillo del pantalón para contactar más tarde, o quizá ya había contactado cuando la muerte lo sorprendió. —Especulé.

José Manuel y Eduardo lamentaron mis palabras mediante gestos silenciosos que venían a decirme: «hemos estado trabajando para nada, a los jefes no hay quien os entienda, nos has enviado durante toda una mañana (¡y de sábado!) a peregrinar de periódico en periódico y ahora nos dices que todo ese trabajo no ha servido para nada».

Añadí una explicación:

—De todas formas, no descartaremos ninguna posible pista y, en tanto llega el día de la operación en el Banco Santander, o el momento en que nos remitan la respuesta de la compañía que administraba el teléfono móvil de Joaquín, tiraremos de este hilo, dado que no tenemos ningún otro. Además, la calle Sabano, donde vive Carlos Alfonso Britez, está muy cerca de la calle Esgueva, donde vivía Joaquín Perea. Tal vez esa cercanía tenga algún significado. Entonces, hay que ir a la brigada de extranjería para comprobar si Carlos Alfonso Britez continúa residiendo en este domicilio y cuál es su actual situación en España. Seguramente nada tenga que ver en el asunto que nos ocupa, con total certeza se tratará de un proxeneta que inserta anuncios para sus chicas, pero de todas formas hay que entrevistarse con él.

Terminada mi charla, inmediatamente me di cuenta de las múltiples contradicciones que había incluido en ella, pero ya era demasiado tarde para insertar enmiendas: ya había sido recibida con gestos que indicaban de todo menos conformidad.

—Pues, dado que aquí el pescado está todo vendido, efectuaremos el trámite ahora, si te parece bien. —Propuso José Manuel.

Asentí.

Corría el día veintiocho de enero, sólo había transcurrido una semana desde el hallazgo del cadáver y ya desde arriba me atosigaban para que me diera prisa en buscar si no un presunto culpable, si al menos uno o varios posibles sospechosos. Un bledo les importaba a mis superiores que el asesinato hubiera sido cometido varios años atrás, que los indicios criminales hubieran sucumbido al implacable transcurso del tiempo y que el asesino hubiera tenido tiempo de sobra para llegar caminando hasta Pernambuco.

En eso andábamos aquella mañana de lunes, húmeda y gris, cobijada bajo un sol incierto que se filtraba a través de las nubes de cuando en cuando, tímido, indeciso, como si dudara entre asomarse y alegrarnos un poco la vida o dejarnos que siguiéramos tiritando mientras callejeábamos para llegar al nuevo domicilio de Carlos Alfonso Britez.

Carlos Alfonso ya no residía en el número 50 de la calle Sabano, sino en el tercer piso de un viejo edificio ubicado en pleno corazón de Valladolid, abandonado del Ayuntamiento y de la mano de Dios, al que ascendimos a través de una tortuosa escalera centenaria que se lamentaba con cada una de nuestras pisadas, que se aliaba con la oscuridad para esconder sus defectos y sorprendernos de vez en cuando con un tablón fuera de lugar y así darnos un susto que nos obligaba a apoyarnos en las desconchadas paredes que la abrazaban, para no caernos de bruces o bajar rodando hasta el portal. Aunque el verdadero protagonista en el destartalado edificio era el frío, que calaba hondo, hasta los huesos, seguramente debido a que la edificación contaba más agujeros que un colador y el aire gélido campaba a sus anchas en el interior. En lo alto de la escalera, una claraboya repartía luz en el descansillo que precedía al domicilio de Carlos Alfonso. Tres toques al timbre nos dieron la certeza de que el aparato no funcionaba y de que debíamos anunciar nuestra presencia a golpe de nudillos.

Enseguida nos abrió la puerta un hombre moreno, de baja estatura, cubierto con varias capas de ropa, los ojos negros asomando en los límites que establecían un gorro gris calado hasta las cejas y una bufanda roja que lo tapaba desde el cuello hasta bien rebasada la nariz.

—Venimos para hablar con Carlos Alfonso Britez. Somos policías, de la brigada de policía judicial. —Expuse, mostrando mi placa y evitando por el momento referirme al grupo de homicidios, para así amortiguar los posibles sustos que pudieran derivarse del anuncio.

—Yo soy. —Respondió el hombre, con afonía manifiesta y sin fijarse en mi reluciente placa—. Pueden pasar —añadió— y disculpen la ronquera, pero estoy bastante resfriado...

«¿Sólo resfriado?! Lo extraño es que aún sigas con vida» pensé, sacudido por la rasca que continuaba asietándome incluso en el interior de la casa. Miré a José Manuel, él también había subido la bufanda hasta el límite de los ojos y se estaba enfundando las manos en unos guantes de lana.

A través de un largo pasillo desnudo, Carlos Alfonso nos condujo hacia el otro extremo de la casa donde, extrañamente, estaba ubicado un salón que también nos recibió en cueros. Ni alfombras, ni cortinas, ni adornos, ni tan siquiera muebles; sólo un viejo y maltrecho sofá que se enfrentaba a dos cajas de cartón superpuestas que, a su vez, servían de apoyo para el televisor, único mobiliario de la estancia. La vivienda desprendía esa oquedad triste de los espacios vacíos e invitaba a salir huyendo.

Una vez más, me vi obligado a echar rápidos cálculos y enseguida concluí que, en el supuesto caso de que Carlos Alfonso estuviera ejerciendo de proxeneta, no parecían irle muy bien las cosas. Después tomé la palabra para, lo más escuetamente posible, explicar el motivo de nuestra presencia allí.

Carlos Alfonso escuchaba atento, con sus grandes ojos negros completamente abiertos y clavados en los míos, sin pestañear. Había tenido la deferencia de descubrir el resto de la cara y ahora me mostraba una nariz roja e hinchada que yo hubiera preferido ver cubierta. De vez en cuando meneaba la cabeza desde arriba hacia abajo, como los caballos, para darme señal de haber recibido y comprendido mis alegatos.

—Hace varios años que puse un anuncio de ese tipo, lo recuerdo muy bien, por su extraño texto. A mi modo de ver, quedaría mucho mejor si lo hubiéramos redactado de otra forma...

Un fuerte estornudo dividió la explicación en dos partes, separadas por un par de minutos de silencio absoluto que Carlos Alfonso aprovechó para sonarse y recolocar la bufanda. Una vez repuesto, continuaba callado; y yo, al ver que no arrancaba, pregunté:

—¿Por qué motivo insertó usted ese anuncio en el Diario de Valladolid?

—Porque me lo pidió la que entonces era mi pareja. Alejandra se llamaba. Alejandra Mendes. Y ella, a su vez, le estaba haciendo un favor a una amiga suya que andaba mal de dinero y quería hacer «trabajos» en su tiempo libre. Supongo que ya saben a lo que me refiero...

—¿Prostitución, tal vez?

—Cierto. De eso se trataba. La amiga de Alejandra quería sacarse un dinerito trabajando de puta por las mañanas, sin que se enterase su marido, de ahí que fuese Alejandra la encargada de contratar el anuncio, ya sabe... en el periódico había que aportar datos personales y no fuera a ser que luego se les ocurriera enviar publicidad a casa, o facturas, o cualquier otra cosa. Esa chica no quería que eso llegara a suceder y por eso le pidió a mi novia que le hiciese el favor de poner el anuncio.

La explicación me sonó a puro cuento, un cuento previamente inventado, listo para relatar a la policía si la ocasión se presentaba. No obstante, resultaba extraño que

Carlos Alfonso no hubiera contratado más anuncios de ese tipo, lo cual hubiera sido normal en caso de dedicarse a ejercer de proxeneta, como en principio habíamos supuesto.

—Comprendo..., ¿y quién pagó el anuncio?, ¿usted?

—Sí, pero el dinero me lo dio Alejandra. Lo pagué al contado.

—¿Y a qué se dedicaba Alejandra?, ¿en qué trabajaba?

Carlos Alfonso se tomó su tiempo antes de responder, pausa que justificó sonándose varias veces la nariz.

—Limpiaba en dos casas durante la mañana. Le pagaban muy bien y disponía de las tardes y fines de semana libres.

—¿Y usted...?

—¿Yo?

—Sí, ¿a qué se dedica usted?

Un fuerte ataque de tos nos obligó a detener el interrogatorio durante unos minutos más. José Manuel y yo corrimos hacia la ventana en un desesperado intento de ponernos a salvo de los virus, pero regresamos tan pronto Carlos Alfonso se mostró en condiciones de proseguir.

—Por aquel entonces yo no trabajaba porque no encontraba nada dentro de mi especialidad y era Alejandra quien traía el dinero a casa.

—¿Y cuál es su especialidad?

Dudas.

—Electrónica.

Respuesta tambaleante.

—¿Y ya ha conseguido empleo dentro de su especialidad?

Más dudas.

—No hay nada. Busco, me muevo, pero no aparece nada.

—Y, si no es mucha indiscreción... ¿quién le sustenta a usted?

—Vivo de ayudas sociales. Ya sabe..., Caritas, ayudas que concede la Comunidad Autónoma, el Ayuntamiento...

Carlos Alfonso se puso tan colorado como la bufanda que le cubría el cuello.

—¿Cómo podríamos contactar con Alejandra Mendes? —pregunté inmediatamente, tratando de acelerar la entrevista para abandonar aquella gélida casa cuanto antes.

—Les va a resultar muy difícil, pues ella regresó a Colombia hace cosa de un año, más o menos; y yo tampoco sé cómo localizarla pues la conocí aquí, no sé donde vive allá y supongo que tampoco ha conservado el número de teléfono que tenía acá.

«Otro cuento como el de Caperucita» deduje.

—Y la amiga de Alejandra, la que encargó el anuncio, ¿cómo podríamos localizarla?

—No lo sé. Yo nunca llegué a conocerla. Alejandra me dijo que se trataba de una vecina del edificio donde limpiaba, pero yo no tengo ni idea de quién era esa mujer.

Di por concluida la entrevista, convencido de que aquel hombre tenía la lección muy bien estudiada y que tan sólo nos aportaría embustes de difícil o imposible comprobación. Por otra parte, seguramente el anuncio resultaría insignificante para la investigación y, caso de que consiguiéramos llegar al fondo del asunto, tan sólo lograríamos demostrar que Joaquín gustaba de solicitar el servicio de prostitutas cuando la ocasión o las ganas se le presentaban, y que en los días previos a su muerte había decidido contratar, o había contratado ya, a la persona que había interpuesto aquel anuncio en concreto.

—Aunque puede que resulte irrelevante, hay que comprobar la titularidad de ese teléfono de contactos, por si se diera la circunstancia de que cuando llegue el extracto de llamadas realizadas por Joaquín nos encontráramos con que se comunicó con ese número durante sus últimos días de vida. —Ordené a José Manuel mientras descendíamos hacia el portal tanteando los peldaños en la penumbra de la escalera.

—Lo haré tan pronto lleguemos a la comisaría, aunque hay que tener en cuenta que puede tratarse de una tarjeta prepago y creo que en aquella época aún no exigían identificación para adquirir ese tipo de tarjetas.

—Tienes razón, estamos hablando del año 2007...

Mi teléfono móvil vibró en el bolsillo justo en el momento que alcanzábamos el portal y, una vez visto quién me llamaba, colgué inmediatamente, volví a guardarlo y apreté puños y dientes con fuerza. ¡Mil veces había pedido por favor que no me llamase en horas de trabajo, y mil veces había faltado a mis deseos! Yo sé que insistía porque imaginaba mi trabajo en el grupo de homicidios de la policía como una labor envuelta en secretos y misterios, rociada con mil situaciones de riesgo que nosotros, como Superman, sorteábamos minuto a minuto, y por eso quería estar al corriente de cada paso que dábamos en la investigación y siempre me preguntaba si había tenido que usar el arma, para después, aunque no se había dado el caso, rogarme encarecidamente que tuviera cuidado, que no me hiciera el valiente, etcétera, etcétera...

Enrojecí al comprobar que José Manuel me estaba mirando, intrigado por tan extraña reacción ante una simple llamada telefónica, y traté de disimular mi azoramiento enfocando rápidamente la senda profesional.

—Nos vamos a la brigada de extranjería para averiguar si consta alguna Alejandra Mendes en sus bases de datos. Y, caso de ser así, vuelves donde Carlos Alfonso para mostrarle la fotografía y que te diga si se trata de su ex pareja.

—¿Y eso para qué? —preguntó José Manuel, dejando aflorar una pizca de la insubordinación que tanto se empeñaba en ocultar últimamente.

—Para comprobar si Carlos Alfonso nos ha dicho la verdad.

Los ordenadores de extranjería localizaron a una tal Alejandra Mendes, colombiana, nacida en 1980, que había entrado en España como turista en fecha 3 de marzo de 2006 y nos había abandonado rumbo a Colombia el día 22 de diciembre de

2012. La fotografía mostraba una rubia muy bronceada, con sobrepeso, nariz chata, labios carnosos y ojos y cejas negras.

—Tiene pinta de ejercer en la calle. —Aseguró José Manuel.

—Imprímela y ve a enseñársela a Carlos Alfonso. Tardarás solamente unos minutos, que te diga si se trata de su ex novia.

Un poco fastidiado, José Manuel pulsó «imprimir» y fue a recoger el documento a la impresora.

—Ya sé que probablemente este dato no conduzca a nada, que sólo pruebe que el muerto iba de putas y que guardaba ese anuncio en el bolsillo cuando lo asesinaron, pero hay que llegar hasta el final de cada uno de los caminos que tenemos abiertos. Además, la juez preguntará por esta gestión en concreto, pues ella estaba presente cuando apareció el anuncio en el bolsillo de Joaquín y, además, se mostró muy interesada en saber de qué se trataba. —Justifiqué.

—Voy hasta allí en un momento y así salimos de dudas.

José Manuel regresó a los veinte minutos, portando buenas nuevas con una sonrisa que parecía haber desplazado definitivamente a su anterior mal humor.

—Dice que es ella, que esta mujer es Alejandra Mendes, su novia por aquel entonces.

La mañana del último día de enero, seguramente debido al carácter «urgentísimo» que el Juzgado había otorgado a nuestra solicitud, nos llegaron los datos del tráfico de llamadas en el teléfono móvil de Joaquín Perea. El listado llenaba más de cien folios y contenía las comunicaciones habladas y los mensajes por él enviados durante los dos años y medio previos al fallecimiento.

—Siempre envían los datos de llamadas salientes, ¿y si la clave estuviera en las entrantes? —me preguntó Eduardo, cabreado con la compañía de teléfonos.

Era cierto. En la lista sólo figuraban llamadas y mensajes enviados por Joaquín, ningún dato acerca de las comunicaciones por él recibidas. Apreté los labios varias veces, luego resoplé.

—Tranquilo, jefe, tranquilo, usted tranquilo. De momento, vamos a comprobar estas que tenemos y, caso de que más adelante necesitáramos también el tráfico de llamadas entrantes, habrá que solicitar un nuevo Mandamiento judicial. Estos de las compañías telefónicas son muy listos, se mojan lo menos que pueden. ¡Manos a la obra! A ver lo que sale de aquí. —Continuó Eduardo, agarrando el manojo de papeles con la intención de trasladarlos a su mesa y comenzar cuanto antes.

—¡Espera! ¡Espera! Esto hay que hacerlo con método, de lo contrario tardaríamos varios días en comprobar todos estos números. En primer lugar deberíamos tachar los que pertenecen a la esposa, los padres y a la oficina donde él trabajaba. Luego verificaremos los demás, que tampoco nos interesan todos, sino principalmente los que se repitan mucho y las últimas llamadas, las que realizó en los días previos a su muerte. Yo te ayudo con esto.

—Más ven cuatro ojos que dos... —respondió Eduardo, no muy convencido de que mi pretensión fuera ayudar y no supervisar.

Extendimos los folios sobre la mesa que solía utilizar Eduardo y comenzamos a seleccionar números de aquella lista interminable. Joaquín parecía ser un hombre muy relacionado socialmente. Los primeros en ser descartados fueron los de Inés (fijo y móvil) cuyas comunicaciones se repetían diariamente entre siete y ocho de la tarde y duraban una media de ocho minutos. Un tiempo relativamente corto para mantener un matrimonio en pie desde la distancia pero que le permitía a Joaquín estar al corriente de cualquier novedad que en su ausencia pudiera acontecer en la casa, sin extenderse a otros pormenores, deduje yo. Los dos números fueron tachados con rotulador fosforito azul.

El segundo número más repetido era el de los padres, Ana y Gervasio. Las llamadas solían tener lugar también en horas de tarde pero la frecuencia ya no era diaria, sino más bien cada tres o cuatro días. El rotulador naranja se encargó de ir aniquilándolos.

—Este es el número de MAPFRE, donde trabajaba. Puedes desecharlo también. — Indiqué a María, que se nos había unido para echar una mano en aquella descomunal labor.

En medio de la cencellada que tapaba la ciudad desde hacía un par de días, María se había atrevido con una blusa blanca salpicada de encajes y rematada con un pronunciado escote cuyo vértice se adentraba peligrosamente en la procacidad.

—El día uno de cada mes, sin fallar ni uno, contactaba con este teléfono fijo. — Expuse, señalando el dígito.

Eduardo miró, anotó y comprobó en la lista de los números ya conocidos. No figuraba entre ellos. Tras varias vueltas a la relación completa, teníamos asegurado que Joaquín sólo contactaba con ese número el día uno de cada mes. Ninguna llamada más. De pronto, recordé la declaración de los estudiantes: los primeros días del mes telefoneaban a Francisca para convenir el pago del alquiler. Y marqué el número de Mario.

—Pertenecía a mi madre, ¿qué ocurre?, ¿hay nuevas en la investigación?

—De momento, nada. Lo que sucede es que nos apareció aquí este número y no sabíamos a quien pertenecía.

Yo podría asegurar que a Mario le había temblado la voz durante toda la comunicación y me pareció mala señal.

—Comprueba toda la lista, a ver si aparece también el número de Mario. — Ordené a Eduardo un segundo antes de correr a encerrarme en la «pecera» para atender una llamada que pedía paso en el bolsillo de mi pantalón.

—Hoy es jueves, mañana nos vemos, pero no hace falta que me estés llamando cada cinco minutos...

Me puse rígido, tapé boca y auricular, todo junto, con la mano, como si así pudiera evitar que las palabras salieran al exterior.

—Es que llevo días sin verte. Siempre tienes excusas. Yo sé que ahora estás muy liado con el caso ese, pero... ¿por qué no puedo ir a buscarte a la comisaría y almorzamos algún día juntos? —reclamó una voz dulce desde el otro lado de la línea.

Mi corazón dio un brinco. ¡Era lo que me faltaba!, ni más ni menos, eso me convertiría en el hazmerreír de toda la comisaría.

—Sabes que eso no puede ser. Nos veremos mañana por la noche, iremos a cenar al sitio de siempre y hablaremos todo lo que haya que hablar.

Me despedí alegando que deberes laborales reclamaban mi atención inmediata y salí del despacho azorado, embestido por la fuerza de unos sentimientos que me habían traicionado llevándome a iniciar una relación que no tenía cabida en el mundo que me rodeaba. Aquello era como una tormenta de verano que me había sorprendido descalzo sobre la hierba y yo ya estaba tardando demasiado en salir corriendo para refugiarme en algún lugar a cubierto.

—¿Ocurre algo, jefe? —preguntó Eduardo, como si hubiera estado escuchando mis pensamientos.

—Era mi madre, ya sabes..., a la gente mayor siempre le surge algún pequeño gran problema que resolver.

Y Eduardo, que me aventajaba en canas sobre las sienes, asintió pero no parecía muy convencido de que el «pequeño problema» de una madre pudiera ser capaz de desatar tal huracán en mi actitud.

—Joaquín nunca ha llamado a Mario, no al menos desde este número.

—Bien, algo es algo, Mario de momento sigue fuera.

—Tampoco hay comunicaciones con el número del anuncio, el de la prostituta. —
Añadió María, sonriéndome como solía.

Sacudí la cabeza lentamente, ¿tanto había durado mi conversación telefónica que Eduardo y María habían tenido tiempo de comprobar dos números en aquella larguísima lista? Me toqué la cara: estaba ardiendo.

—Seguramente Joaquín habrá guardado el anuncio con la intención de contactar durante alguno de aquellos días, pero la muerte lo sorprendió antes de que pudiera hacerlo. Pensándolo bien, tampoco es lógico conservar un anuncio de este tipo una vez que el contacto ya ha tenido lugar, sobre todo en un hombre casado...

—Eso es verdad. Yo no soy cliente de tales lugares pero, si lo fuera, no me quedaría con el anuncio en mi bolsillo, para que pudiese encontrarlo la parienta. No, desde luego.

Aunque ajeno a su reflexión, me quedé mirando fijamente a Eduardo. Mi mente vagaba por otros caminos, muy lejanos, muy empinados.

—Usted tranquilo, que yo ya estuve averiguando por ahí, usando mis contactos —continuó Eduardo— y sé de buena tinta que Carlos Alfonso no se mueve en terreno de prostitución, que no es proxeneta, que lo que le gusta es vivir a costa de sus parejas y busca mujeres que trabajen y lo mantengan. Lo que sí puede ser es que tenga amigas prostitutas y les haga algunos favores a cambio de dinero, como ha sido lo de insertar el anuncio.

—Puede ser...

Puse todo mi empeño en descolgarme de los pensamientos que me mantenían sobrevolando por encima del pasado y me dispuse a centrarme en las demandas terrenales del presente. Me senté con ellos a la mesa y continué avanzado hacia atrás en el listado, hacia el principio, donde un número que se intercalaba con frecuencia entre los que ya estaban tapados con diversos colores fosforitos captó mi atención lo suficiente como para obligarme a volver a poner los dos pies en el mundo que me rodeaba. Tomé un rotulador de color verde, para diferenciarlo de la otra variada gama que ya habían usado Eduardo y María, y fui haciendo una marca en cada aparición del número, y pasando páginas hacia atrás. Las nueve cifras hacían su aparición por vez primera el día 29 de junio de 2006, a las seis de la tarde, y se repetían cada día de los siguientes. Cinco, seis, siete, e incluso diez llamadas diarias. La duración era variable: desde treinta segundos la más corta hasta una hora y veinte minutos la más extensa. Hasta principios de enero de 2007 habían mantenido su frecuencia; sin

embargo, durante los meses de enero y febrero de ese año había ido decayendo la asiduidad y cesaron definitivamente el día 18 de marzo de 2007.

—Alguna amante, sin duda. Flor de unos meses...

—Pues la relación parece haber pasado del caliente más caliente al frío más frío; y rápido, muy rápido. Pero lo que más me extraña es que las llamadas continuaran manteniéndose dentro del frío, que no cesasen de repente como es lógico, sino que se prolongasen durante casi tres meses más, y a diario.

—A veces queda mucho por hablar, jefe.

—¡Solicita Orden Judicial! Necesitamos averiguar a quien pertenece este teléfono. Es necesario hablar con ella.

—¿Y por qué ella? También puede ser él...

Mi sonrojo hubiera bastado para prender un habano a un palmo de distancia; las palabras de Eduardo habían provocado una fuerte detonación en mi pecho y yo ya presentía el primer gol del partido. Aunque, pensándolo mejor, quizá sólo se tratase de la típica broma u observación absurda. Pero, por otro lado, me parecía extraño que Eduardo hubiera soltado tal comentario así como así; él, que siempre iba de casto, de fiel a su amantísima esposa; él, que no faltaba un domingo a misa de doce... Me apresuré a centrarme de nuevo en el asunto que nos ocupaba.

—Hay que saber quién era y ver qué relación le unía con Joaquín Perea. No podemos dejar ningún cabo suelto, aunque yo creo que no tiene relevancia alguna debido a que la comunicación entre ellos cesó año y medio antes de que Joaquín falleciera.

Eduardo, ajeno a mis órdenes, estaba marcando el número de teléfono de aquella supuesta amante de Joaquín.

—Tranquilo, jefe, tranquilo, que esta línea ya no existe, según dice la operadora o quien sea la que me está hablando.

—¿Te enteraste de que hay que pedir Mandamiento a la juez para saber a quién pertenecía? —reiteraré, algo cabreado.

—Si, si, jefe, claro que sí, lo haré esta misma mañana y después lo entregaré en el Juzgado.

Volví a concentrarme en el listado de números. Fui derecho a la cola. Curiosamente, escaseaban las comunicaciones salientes durante los últimos días de vida de Joaquín. Quién sabe si la posible abundancia de las recibidas fuese la causante de tal escasez, pensé. Imposible comprobarlo: no disponíamos de listado de comunicaciones entrantes.

—La última llamada había tenido lugar el día 14 de julio de 2008, a las ocho de la tarde, a su esposa. Y, como Inés bien nos informó en su momento, se prolongó durante cuarenta minutos porque trataron sobre una avería en la caldera del agua caliente. A saber de qué hablaron estos dos en realidad..., nunca se explayaban más allá de unos pocos minutos y precisamente ese día platicaron durante cuarenta. Después están los mensajes enviados: a las diez horas del día quince lanza el primero

al teléfono móvil de Inés; a los veintidós minutos le envía otro, al parecer para decirle a Inés que no le llame ni se comunique con él nunca más; y en medio de todo eso, concretamente a las diez horas y diez minutos envía mensaje a Villa para despedirse del trabajo...

A las nueve de la noche de aquel día teníamos más de cien folios pintados con todos los colores del arco iris, los ojos hechos chiribitas y un par de docenas de números que no habíamos conseguido identificar. Afuera, la niebla se colaba por calles y portales como una serpiente y había conseguido vaciarlas a pesar de la temprana hora; y yo decidí que ya había sido suficiente por ese día.

—Lo dejamos por hoy. Mañana te acercas hasta la oficina de MAPFRE, quizá allí puedan ayudarte a poner nombre a los titulares de estos números que nos quedan sin tachar, pues seguramente serán de clientes o compañeros de trabajo. —Ordené a Eduardo.

—Mañana es el día de la operación en el Banco Santander de Madrid, jefe. —Protestó él.

—Somos suficientes, podremos prescindir de ti. —Atajé yo, sin necesidad ni ganas de conceder más explicaciones.

Al día siguiente, viernes día uno de febrero, se me pegaron las sábanas; pero el sueño era muy ligero y me sobresalté cuando mi madre entró en la habitación, sigilosa como un lince, para acercarse a mi cama con intención de despertarme. Por aquellas fechas mi sueño mostraba más picos que una gráfica económica: dormía y velaba, velaba y dormía, nunca estaba completamente dormido ni del todo despierto. Casi sin darme cuenta caía en el más profundo de los sueños y al rato hasta el simple vuelo de una mosca era capaz de sacarme de allí.

—Ya pasa de las ocho. —Avisó mi madre.

Como accionado por un resorte, salté de la cama tan desnudo como ella me trajo al mundo hacía algo más de treinta años. No sentí pudor alguno: Florinda estaba familiarizada con mi desnudez.

—Tendré que darme prisa o no llegaré a tiempo. —Respondí mientras me iba vistiendo el calzoncillo y el pantalón que reposaba sobre el galán de noche que ella había comprado para mi, harta de encontrar cada mañana mi ropa hecha un ovillo sobre la alfombra. Él galán de noche sólo era una cosa más de las que yo detestaba en aquella habitación y, además, chocaba de frente con el estilo juvenil del resto de los muebles.

Después saqué del armario una camiseta limpia y un jersey de lana de cuello alto y, mientras lo vestía, llegué a la conclusión de que no me vendría nada mal darme una ducha para despejarme, pero el tiempo escaseaba y no podía permitirme despilfarrar diez preciados minutos, por eso descarté la idea nada más fraguarla y terminé de acicalarme ante el espejo del cuarto de baño, y lo que allí vi no me gustó nada: así, desaliñado, con las ojeras resbalando hacia las mejillas, nadie diría que yo era George Clooney en versión treintañero, y sin embargo era el piropo con el que más frecuentemente me halagaban muchas mujeres y algunos hombres.

Yo acumulaba cansancio desde que había aparecido el cadáver y me había visto inmerso en un enrevesado caso que no parecía tener pies ni cabeza, norte ni sur. Aquello era un polígono al que no paraban de salirle vértices, un dilema que parecía sacado de una novela de Agatha Christie, sólo que yo carecía de las extraordinarias facultades de Hércules Poirot y también de su magnífico olfato policial. Pese a ello había una persona que constantemente halagaba mis facultades y que se mostraba interesada en disponer de información de primera mano; y también orgullosa de que yo, su pareja, fuese el encargado de solucionar el crimen del que hablaba todo Valladolid. Bueno..., si he de ser completamente sincero, debo decir que por aquel entonces yo no consideraba aquello una relación, sino un más bien un «apaño» donde guarecerme momentáneamente del chaparrón de soledad que me había echado encima Andrea, mi novia de toda la vida, cuando me dejó por aquel pelele que había

conocido gracias a mí, que trabajaba como sargento de la policía local en Madrid, y que durante un tiempo había sido mi mejor amigo en la capital.

Pero, volviendo al caso, la triste realidad era que yo me encontraba al frente de la investigación de un homicidio acontecido varios años atrás, con las pruebas desperdigadas por el transcurso del tiempo y un escenario donde tanto el decorado como los actores habían ido cambiando con la sucesión de las temporadas. Varias tandas de estudiantes habían residido allí en tanto el muerto descansaba en su improvisada cámara mortuoria; la dueña del piso, la que podría aportar algo de luz sobre el asunto, había fallecido tiempo atrás; la esposa del difunto vivía a más de sesenta kilómetros, ajena a los acontecimientos; había también una misteriosa mujer joven de la que nadie sabía nombre ni paradero; y sobre todo un móvil que apuntaba hacia lo económico pero que todavía estaba sin determinar. Todo eso entusiasmaba a mi «apaño», que jugaba a ser mi ayudante aportándome ideas absurdas y descabelladas de las que luego ambos nos reíamos durante varias horas.

Resoplé frente al espejo, luego me tapé la cara con las manos, angustiado, sobrepasado, solo e incapaz de satisfacer las exigencias del jefe de brigada y del comisario, que reclamaban una rápida resolución para acallar las críticas e intromisiones de los medios de comunicación que desde el mismo día del hallazgo habían tomado la calle Esgueva y alrededores, asaltando a todo transeúnte susceptible de saber algo sobre el caso del «emparedado», como ellos mismos lo habían bautizado.

Fui a la cocina y me senté a la mesa, medio dormido, medio despierto. Un tazón de café con leche apareció delante de mí como por arte de magia. Lo miré con cierta repugnancia: mi estómago se había cerrado en banda y me decía que si quería meterle comida tendría que ser por la fuerza, que voluntariamente no la aceptaría.

—Tienes que comer algo, que te estás quedando en los huesos. —Me advirtió mi madre, ofreciéndome también una bolsa con magdalenas.

—Peso lo mismo de siempre, ochenta kilos. —Mentí, para tranquilizarla, pero lo cierto era que había adelgazado cuatro kilos en menos de dos semanas y ya empezaba a perderme dentro de la ropa. Aquel caso absorbía mi tiempo y mi salud como una sanguijuela.

Mi madre asintió sin demasiada convicción. Yo sonreí. Sabía que me daba la lata porque estaba preocupada por mí, y eso era de agradecer.

Engullí media taza de café con leche y una magdalena, verifiqué la hora de nuevo y salí corriendo. Con el apuro ni siquiera vi la niebla que seguía campando a sus anchas en la calle, pero inconscientemente me abroché el plumífero y continué caminando a buen paso. La comisaría distaba poco más de mil metros, unos diez minutos a pie desde la casa de mi madre y no merecía la pena subirse al coche para salvar tan corto trayecto. Cuando disponía de tiempo suficiente salvaba el trecho despacio, disfrutando del paisaje urbano y del paseo, reparando en la lenta metamorfosis que iba sufriendo mi ciudad, de forma casi inapreciable en el día a día

pero evidente a medida que el tiempo iba transcurriendo. Un bar que cierra aquí, una mercería que abre sus puertas un poco más allá, un nuevo banco en la acera para sentarse dando la espalda al ruido del tráfico, una calle cortada allí, otra que se inaugura allá. Una ciudad viva que avanza hacia su futuro. Yo tampoco olvidaba los escaparates de las tiendas de ropa. Sufría una leve adicción a la moda desde hacía algunos años y seguía comprando trapos aunque ya disponía de vestuario suficiente para cargar un vagón completo (y también para llenar todo el trastero de mi madre) y podía permitirme mudar de ropa cada día del mes sin repetir modelo pero, aún así, cedería a la tentación en cuanto los escaparates se vistiesen con las novedades de primavera.

A medio camino aceleré aún más el paso: el tiempo apremiaba pues en Madrid estaba a punto de comenzar la operación que nos facilitaría la identidad de la persona que todos los meses ingresaba mil euros en la cuenta corriente de Inés García Velasco. Ese dato, sin duda, empujaría el caso hacia adelante, hacia su resolución. El motivo por el cual alguien se desprendía cada mes de tan importante suma de dinero continuaba siendo un misterio para todos nosotros pero, una vez ese alguien tuviese nombre y apellidos, las piezas empezarían a ensamblarse unas con otras y el enigma quedaría definitivamente resuelto. Y tras él irían cayendo todos los demás interrogantes: motivos que impulsaban tales depósitos bancarios, posible confabulación entre el depositante y la viuda de Joaquín Perea, fuente de la que manaba ese dinero y motivo por el cual desembocaba en la cuenta bancaria de Inés y, sobre todo, qué se pretendía comprar con ese dinero. Las incógnitas irían cayendo una tras otra como si de fichas de dominó se tratara.

Tras contarme a mi mismo el cuento de la lechera, mi estado de ánimo se desvió de su trayectoria inicial. Aún iba de camino, pero ahora estaba pletórico, emocionado, ansioso por conocer todas esas respuestas. Porque independientemente de que yo cargara a mis espaldas la titánica tarea de esclarecer aquel complicado caso, de que me hubiera convertido en rehén de mi propia inexperiencia en la investigación criminal, de que no consiguiera apear al comisario de mi teléfono móvil para preguntarme una y otra vez si ya disponía novedades que presentarle... Independientemente de todo eso, yo sentía curiosidad. El caso se había convertido en un misterio, un difícil acertijo que estaba poniendo a prueba mi inteligencia, mi capacidad de razonamiento y mi buen hacer. Un pulso que yo tenía que ganar a como diera lugar.

María y José Manuel me examinaron al tiempo cuando aparecí por la puerta, sus miradas de sorpresa se pasearon por toda mi anatomía y la culpa creo que la tuvo mi aspecto desaseado con el pelo alborotado, la barba sin afeitar y los pantalones arrugados. Yo, aunque prefería que me admirasen a que me mirasen, y menos de aquella manera, pasé del asunto. Un día es un día, me dije. Luego reparé en que Eduardo no estaba allí, y debería estar también, pero enseguida recordé que el día anterior le había asignado trabajo en la oficina de MAPFRE.

—¿Hay noticias de Madrid? —pregunté a los otros dos.

—Pasa poco de las nueve; aún es pronto, jefe. —Respondió María, que ese día se había pintado los labios de color rojo brillante, como un semáforo, imposible no detenerse.

—No creas que tan pronto, los ingresos suelen tener lugar a primera hora de la mañana. —Rebatí.

—A ver si tenemos suerte. Todo depende de la discreción con la que actúe el empleado del banco, de que consiga alertar a la Sala del 091 sin levantar sospechas.

—Ya veremos. Queda esperar. Pero, en tanto las compañías telefónicas no remitan la información solicitada, nada más podemos hacer para impulsar el caso.

Yo estaba hablando de espaldas a la puerta y, dado que aún no me han salido ojos en el cogote, no me percaté de que, sigiloso como si calzara zapatillas de andar por casa, se acercaba el jefe de la brigada, Mateo.

—¿Cómo que no se puede hacer nada? —vociferó cuando aún le faltaban unos pasos para llegar a mí.

Yo guardé mi respuesta para cuando se encontrara más cerca. Y sólo unos segundos después lo tenía a dos pasos de mí, mirándome con el ceño fruncido, apuntándome con la barbilla, desafiándome con los brazos en jarras, ambos pies bien apoyados en el suelo, las piernas separadas, la entrepierna bien a la vista, marcando territorio como un vaquero..., pero sin reparar, como ya había hecho otras veces, en que mi aspecto de aquel día dejaba mucho que desear.

—Dependemos de los resultados de hoy, de lo que traiga el Mandamiento que hemos solicitado ayer y de lo que dé de sí la respuesta de Vodafone que hemos recibido también ayer.

Mateo, de cincuenta y seis años y de Badajoz, pequeño y fibroso, viudo y sin hijos, vivía en una cercana pensión donde se lo daban todo hecho. De esa forma, cuando no dormía, pululaba por los pasillos de la comisaría a cualquier hora del día o de la noche, principalmente a la caza de información importante que después ponía al servicio de sus intereses; pero tampoco hacía ascos a chismes de comadres que luego difundía sin demasiados miramientos, amparado en que «era lo que decían por ahí». Mateo era un hombre a tener lo más lejos posible.

—Estoy al corriente de la operación de hoy, pero no así en lo referente a la Orden Judicial que dices solicitasteis ayer y a la respuesta que os llegó de la operadora Vodafone.

Me extendí en explicaciones mientras él me observaba y afirmaba, con el ceño aún fruncido, aparentando estar exprimiendo el disco duro al máximo para meter allí todos los datos que yo le estaba facilitando, pero yo sabía que en realidad sólo estaba buscando un punto débil en mi investigación para luego contraatacarme por ese flanco.

—Por lo que veo, estáis seguros de que esa información que habéis pedido no aportará novedad alguna y que sólo servirá para desvelar el nombre de alguna antigua

amante del muerto, con la que cesó el contacto un año y medio antes de morir ¿no es así?

—Así es. —Afirmé, esperando la continuación. Él había planteado la cuestión y ahora, como dardo envenenado, lanzaría su parecer.

—Pobres son los datos que me presentas, Alfredo. Como no te espabiles, pueden transcurrir otros cinco años más; para entonces el asesino ya se habrá muerto de viejo y ya no existirá motivo para completar la investigación. —Ironizó, mostrando su sonrisa lobuna mientras se dirigía hacia la puerta para volverse por donde había venido.

Pero, antes de marcharse, viró la mirada hacia mí para zanjar el encuentro con una recomendación y un pronóstico condensados en tres escuetas palabras: «trabaja, ya hablaremos».

Yo bien sabía que teníamos poco y que lo poco que teníamos estaba cogido con pinzas. Y lo lamentaba. Yo, más que nadie, lo lamentaba. Y no me quedaba más remedio que seguir tirando de ese poco, hasta ver si nos daba algún tipo de fruto, verde o maduro.

Pasadas las once de la mañana sonó el teléfono y yo, que aún seguía desgranando el caso con los otros dos, me lancé sobre el auricular. Hablaba el jefe de la comisaría de distrito de Hortaleza, en Madrid. Saludé al comisario con respeto y expectación, calculando que en breve me facilitaría información con la relevancia suficiente como para obligarme a salir disparado hacia Madrid.

—Una mujer joven acudió esta mañana, a las diez en punto, a la sucursal del Banco Santander sita en la Avenida Andes, número 48, de nuestro distrito, el de Hortaleza —el comisario hablaba pausado, como si estuviera leyendo un manifiesto—. La joven se acercó al mostrador de Caja y expuso su intención de ingresar mil euros en la cuenta perteneciente a Inés García Velasco. Entonces, tal como ustedes habían acordado con el personal del Banco Santander, el empleado que la atendía se excusó un momento y procedió a dar comunicado a la Sala del 091; los cuales, a su vez, nos avisaron a nosotros. Pero cuando el empleado regresó a su puesto la mujer ya se había marchado. Después, en vista del fracaso, hemos contactado con la Central de Seguridad del Banco Santander y, vía correo electrónico, nos han remitido las imágenes tomadas por las videocámaras de la sucursal; y nosotros, a su vez, se las hemos enviado a ustedes. Supongo que ya habrán llegado a su correo electrónico...

Me eché las manos a la cabeza. «¡Lo han fastidiado todo! Ya no habrá más ingresos ni más oportunidades para identificar a la susodicha... ¡¿Susodicha?! No esperaba que se tratara de una mujer. ¡¿Enviar a una mujer para ingresar dinero en la cuenta de otra mujer y en concepto de pensión de alimentos para los hijos?! Resulta sospechoso, cuando menos». Meneé varias veces la cabeza antes de hundirla definitivamente entre las manos. Tuve incluso que contener las lágrimas. Nuestra mejor oportunidad tirada río abajo.

—¿Ha recibido?

Ya ni me acordaba de que aún tenía al comisario al otro lado de la línea, pero reaccioné enseguida, levanté la cabeza y me puse a hablar de nuevo para asegurar haberle escuchado y comprendido, lamentar la quiebra de la operación y agradecer la colaboración. Luego colgué el auricular, resoplé profundamente y me dejé caer en el sillón. Había mucho en juego y aquella colaboradora inoportuna no era una de las piezas que yo había previsto tener sobre el tablero.

—Abre el correo, a ver si nos llegaron unas imágenes procedentes de la comisaría de Hortaleza. —Ordené a José Manuel pasados casi diez minutos.

—¿Lo atraparon?

—No. Y no es «lo», es «la»

—¿Una mujer?!

—Parece ser. Nos acaban de enviar las imágenes que captaron las cámaras de seguridad del Banco. Ya deberían estar en nuestro ordenador.

José Manuel se apresuró a abrir el correo. En la bandeja de entrada destacaba un sobre amarillo, cerrado, deslizó el ratón hacia allí y en un clic aparecieron seis fotogramas en blanco y negro. Nos centramos en los dos primeros. Se trataba de una mujer joven, esbelta, de cabello oscuro, lacio y largo hasta la altura de los hombros; que se cubría el pelo con un gorro en color claro, el cuerpo con un chaquetón blanco ceñido a la cintura, y unas enormes gafas de sol le tapaban parcialmente el rostro. La mujer había efectuado su triunfal entrada en la sucursal a las nueve horas y cincuenta y seis minutos de la mañana y las cámaras no habían captado la parte inferior de su anatomía en ninguna de aquellas dos tomas; José Manuel lo lamentó seriamente. Y yo me sentía completamente aturdido. Hubiera apostado buena parte de mi pellejo a que la muerte de Joaquín Perea estaba ligada a la operativa de una organización criminal. Quizá un ajuste de cuentas en asunto de drogas, o tráfico de vehículos de lujo, o prostitución..., pero en ese momento me desconcertó el hecho de que aquella supuesta organización hubiera enviado a una mujer para ejecutar pagos que, dada la índole, deberían haber sido realizados por un hombre, porque de esta manera el factor discreción quedaba totalmente anulado.

Entró Eduardo, al parecer sin novedades destacadas; y digo «al parecer» porque yo, de puro desconcertado que estaba, no le pregunté; y él tampoco me mencionó. Eduardo se acercó al ordenador para contemplar por sí mismo aquello que a nosotros nos mantenía tan absortos en la pantalla y el fuerte y prolongado silbido no se hizo esperar. Eduardo era un hombre hecho de ademanes castrenses y proteccionistas, principalmente; pero yo ya lo había pillado varias veces oteando por encima del escote de María cuando ella estaba sentada y él pasaba a su lado retorciendo el cuello como un sarmiento para ver más y mejor.

—¡Vaya jaca! —apuntó José Manuel al ver el fotograma número tres, donde la mujer sí había sido captada de cuerpo entero y se iba acercando al mostrador de Caja. Completaba el look con un pantalón vaquero ajustado como guante de látex y unas botas de vertiginosos tacones.

—¡Vaya pájara!, diría yo —intervino María.

En las siguientes instantáneas se observaba cómo la mujer se alejaba del mostrador ante la silla vacía del cajero, y cómo se dirigía hacia la puerta de salida. Incluso los fotogramas habían conseguido captar su urgencia por abandonar el lugar.

—Esto sí que no me lo esperaba yo. —Comenté, aún inmerso en las fotografías de la mujer.

—Ni yo, Alfredo, ni yo... —bromeó José Manuel, babeando sobre el teclado.

—Si extraño me parece el hecho de que envíen a una mujer para hacer este tipo de ingreso, mucho más que se lo encarguen a una tan sumamente llamativa. Es como si quisieran reclamar la atención de todo el mundo, como si lo hicieran a propósito.

—Como si lo hicieran, ¿quiénes? —preguntó Eduardo sin apartar los ojos de la pantalla.

—Yo estoy convencido de que tras la muerte de Joaquín Perea hay una organización criminal y un ajuste de cuentas, por el motivo que sea.

Eduardo afirmó por triplicado, en deferencia a mi opinión; una opinión que ni siquiera llegó a valorar porque seguía con la vista pegada a la fotografía número tres, relamiéndose y mordiendo sin piedad el labio inferior.

—Así planteado, resulta extraño que encomienden esta misión a una mujer que incluso conseguiría destacar entre las estrellas de Hollywood en noche de gala para los Oscar. —Opinó, en cambio, José Manuel.

—Hay que ir hasta el pueblo para enseñarle los fotogramas a Inés, hasta ver si conoce a esta tía o, al menos, si le suena de algo. —Decidí, sin comisionar aún a nadie en concreto.

José Manuel se ofreció de inmediato. Y María se sumó enseguida, pretextando que le vendría bien salir algo a la calle, pues llevaba varios días inmersa en trabajos de oficina. Y yo mostré mi conformidad. Esa vez, a mí no me apetecía ir y, además, primaba la obligación de participar a mis jefes los resultados de la operación de Madrid, de prepararme para recibir el sermón consiguiente y de masticar el fracaso. Y, además, yo había quedado con alguien. Cansado como estaba de inventar absurdos impedimentos para que su visita a mi centro de trabajo no se produjera, yo había conseguido canjearla por un café a eso de las doce de la mañana en un bar próximo a la comisaría. Mi propuesta no le había satisfecho del todo, pero sí que le había complacido en parte, porque consideraba el hecho de que yo le permitiera acercarse hasta los lindes de mi demarcación laboral como un ligero avance, una pequeña batalla ganada a mi tozudez.

—¡Hay que joderse! No pueden ser más inútiles ni aunque entrenen. —Soltó Mateo, cabreado—. ¿Y dices que es una mujer quien ingresa los cuartos?

Asentí.

—Ya me encargo yo de participar las novedades al comisario. Vosotros continuad hurgando hasta ver si sacáis petróleo.

Y soltó una carcajada tan fría como el filo de unas tijeras, que rasgó la oficina de punta a punta. En contrapartida, yo ofrecí mi rostro más serio, después abandoné su despacho sin previa despedida y, ya de puertas afuera, comprobé la hora: sólo faltaban cinco minutos para las doce, era tiempo de ir a su encuentro pues ya estaría esperándome, dada su puntualidad. Me dirigí de inmediato al lugar acordado.

La cafetería «Clara» estaba a la vuelta de la esquina, a escasos dos minutos a pie. Aún así, abroché de nuevo el plumífero sobre el jersey de lana de cuello alto porque la cencellada seguía haciendo de las suyas y la helada, mezclada con la intensa niebla, formaba un manto blanco que arropaba toda la ciudad.

Entré con cautela, consciente del paso que estaba dando: un paso al frente, quizá sin opción de retorno. Al fondo del local, sentado frente a una mesa para dos, me esperaba Máximo. Atlético, guapo, de pelo castaño con hebras de sol, joven, encantador y dispuesto a levantarse presto para propinarme un par de sonoros besos como afectuoso recibimiento. Y yo, azorado, saqué rápidamente las manos de su refugio dentro los bolsillos del plumífero y las interpuse entre ambos para que hicieran de parachoques. Máximo comprendió el gesto, borró la sonrisa y se sentó de nuevo.

—¡Estás loco! No ves que media comisaría desfila por aquí a lo largo de la mañana y que alguien puede vernos. —Le regañé a la par que barría todo el local con la mirada en busca de caras conocidas.

—Llevamos más de seis meses saliendo y sigues igual. Dime, Fredy, ¿esto va a cambiar o vamos a continuar así eternamente?

—¡Esconde la pluma, coño, que pueden vernos!

Antes de apoyar los codos sobre la mesa, Máximo se había puesto serio y me había mirado fijamente a los ojos.

—Soy lo que soy, lo mismo que tú eres lo que eres, aunque parece que no quieres reconocerlo.

Aquella corta frase removi6 todos mis cimientos y muchos sentimientos, contradictorios entre sí, convirtieron mi corazón en un campo de batalla.

—¡Te equivocas! ¡Yo no soy gay! Esto es sólo una etapa, una fase que estoy pasando. —Rebatí inmediatamente.

Máximo rompió a reír a carcajadas y yo volví a escrutar el local para asegurarme que nadie nos estaba observando.

—Nadie es gay por etapas, Fredy.

—Yo sí. Simplemente me pillaste en un mal momento, acababa de romper con mi novia y...

—¡¿Te pillé?! ¡¿Te pillé?! Te recuerdo que, al día siguiente, fuiste tú quien me telefoneó a mí, pidiendo vernos de nuevo.

Era cierto. No pude negarlo. Al día siguiente de aquel día acontecido meses atrás, hice el ruego mientras paseaba por mi habitación de un lado a otro, inflamado por el deseo e incapaz de combatir contra los tórridos recuerdos que se estaban adueñando

de mi mente. Y ahora, analizando el reproche que él me acababa de lanzar, me quedó claro que el sexo deja marcas visibles en la piel, como una exposición prolongada al sol, e intenté atajar inmediatamente el rumbo de la conversación, procurando encarrilarla por otros derroteros.

—¡No gesticules tanto, coño! ¡Se van a dar cuenta de que estamos discutiendo! Y dos hombres a la mesa, en este rincón tan íntimo que elegiste...

Exploré la calle a través del ventanal. El secretario de policía judicial venía hacia allí, se acercaba, dispuesto a entrar en el local donde nosotros estábamos. ¡Trágame tierra! Pensé mientras, en un desesperado intento de camuflarme, tapaba la cara con las manos y subía el cuello del plumífero que aún no me había quitado a pesar del insoportable calor que invadía el local. A aquellas horas, ya rebasada con creces la hora del desayuno, conté sólo ocho clientes en la cafetería, pero igualmente estábamos expuestos al público a través del amplio ventanal. Seríamos el blanco de todas las miradas si no tomábamos debido cuidado. El secretario iba a empujar la puerta de entrada cuando pareció cambiar de idea, dudó durante unos instantes, con la mano derecha aferrada al tirador de la puerta, y finalmente optó por seguir de largo. Yo respiré hondo, re Coloqué el cuello del anorak y me hundí en la silla, abatido por las circunstancias. Máximo observaba la escena, incrédulo, sintiendo que su dignidad estaba recibiendo un estacazo tras de otro.

—Me marchó, Alfredo. Ya he tenido suficiente. Está claro que tú no vas a cambiar. Te deseo toda la suerte del mundo.

A duras penas consiguió terminar la frase: la tristeza parecía estar oprimiéndole la garganta. Después, muy lentamente, se puso en pie y se vistió el abrigo.

—¿A dónde vas? ¡Ni siquiera hemos pedido la consumición! ¿Has venido aquí para dar el cante, para avergonzarme?

—Te equivocas, Alfredo. Una vez más, te equivocas. He venido para pasar un rato agradable contigo, pues hace varios días que no te veo, y a hacer planes para el fin de semana, pero nada más lejos de mis intenciones que crearte una situación embarazosa en las cercanías de tu trabajo. Y tampoco quiero ser un entretenimiento con el que te diviertas durante un tiempo de bajón, como me acabas de asegurar. Adiós, Alfredo.

Yo juraría que, durante una milésima de segundo, había asomado una mueca irónica en el rostro de Máximo, pero seguramente se trataría de alguna falsa percepción por mi parte, porque después él abandonó el local envuelto en enfado y tristeza. Quise detenerlo con brazos de gelatina, pero me limité a seguirlo con la mirada hasta que se perdió a la vuelta de una esquina. El hombre del abrigo granate destacaba entre el resto de viandantes: por su altura, por su porte, porque era él... Después volví a dar un repaso visual a la cafetería, también al resto de la acera, hasta ver si alguien nos había estado observando. Después del después, me sentí solo, traspasado por miradas ajenas, y regresé a la oficina sin haber tomado nada pero con

un mal sabor de boca que traté de ir diluyendo a base de imponer razonamientos lógicos y de desterrar sentimientos embarazosos.

Ese mismo viernes, a eso de las diez de la noche, aún sentado frente al ordenador de la oficina, decidí que, salvo que se presentasen novedades importantes y de ejecución perentoria, haría novillos durante todo aquel fin de semana. El estrés acumulado a lo largo de varios días y los acontecimientos de las últimas horas habían perforado mi estado de ánimo dejándome un enorme agujero por donde se colaba la angustia y la desazón. Con demasiada frecuencia me dolía la cabeza, a menudo la presión ahogaba mi pecho y casi constantemente la ansiedad me oprimía el estómago. Dormía mal, apenas comía y cuando lo hacía siempre era fuera de hora. Me atacaban las migrañas y yo contraatacaba con paracetamol... Mi salud se estaba resintiendo. Además, con la organización criminal alertada, era seguro que los ingresos de mil euros habían tocado a su fin; y lo lamenté por Inés, que se vería obligada a buscar otro medio de vida, mucho más fatigoso sin duda. Con esa gente puesta sobre aviso, no nos quedaba ningún hilo del que tirar para ir deshaciendo la madeja; sólo montones de sospechas, de conjeturas sobre lo que pudo haber ocurrido, pero ni un solo dato fiable al que aferrarse para llegar hasta los responsables de la muerte de Joaquín Perea.

José Manuel y María habían ido a Peñafiel para que la viuda pudiera, al fin, ver el rostro de su benefactora; pero Inés, indiferente, había asegurado no conocerla de nada. Un camino más sin salida en aquel enrevesado laberinto.

Quedaba pendiente que la compañía Orange nos facilitase los datos de la persona con la que tanto se había comunicado Joaquín durante unos meses, pero aún los habíamos solicitado el día anterior y, aunque llevara impreso el sello «URGENTISIMO» en la cabecera de la Orden Judicial, tardaría unos cuantos días en llegar hasta nosotros. Además, con total seguridad, se trataría de una información intrascendente para la causa. La habíamos solicitado por pura inercia, porque en una investigación criminal nada que tenga que ver con la víctima debe dejarse de lado, pero no era nada más que eso: pura rutina. Seguramente, dentro de pocos días nos llegarían un par de folios remitidos por Orange, facilitándonos el nombre de alguna mujer joven, prostituta o no; la localizaríamos, nos entrevistaríamos con ella, y ella nos contaría que había mantenido una corta pero intensa relación con Joaquín Perea, relación que había finalizado sin pena ni gloria ni amistad posterior.

También restaba por llegar la información sobre el teléfono móvil de la página de contactos. Remitido el anterior lunes, también con el sello «URGENTISIMO», debía estar a punto de entrar.

Apagué las luces de la solitaria oficina y me marché a casa cuando ya la tarde hacía rato que se había diluido en el cielo vallisoletano y la ciudad se preparaba para rendirse al sueño; o entregarse a la fiesta, dado que era principio de fin de semana.

Mi madre me esperaba con la mesa puesta: dos platos enfrentados y una sopera a rebosar.

Florinda es una mujer bajita, rechoncha, de ojos chispeantes, curiosa y muy intuitiva. Desde hacía unos días el «caso del emparedado» monopolizaba nuestra conversación, amenizaba nuestras comidas y prolongaba las sobremesas tanto como mi tiempo libre diera de sí. Florinda estaba al corriente de cada detalle, hasta aportaba su granito de arena, y juntos urdíamos planes de alta intriga y baja consistencia, pero en realidad estábamos los dos tan ciegos como topos en la arena; aunque había que reconocer que ella tenía muy buen ojo para la investigación criminal. ¡Qué agente había perdido la policía!

«No descuides ese teléfono del que habéis pedido datos, que puede darte una agradable sorpresa. No dejes nada sin comprobar, que encontrarás el hilo donde menos te lo esperas. Que tú eres muy pesimista, que siempre dices que esos datos que os llegan no valen para nada, pero no dudes de que para algo servirán...». Florinda estaba tan interesada en la investigación que hasta había dejado de concertarme citas a ciegas con todo tipo de parientes o vecinas de gente que ella conocía en el barrio. Como ella decía, yo necesitaba encontrar una mujer capaz de levantarme el ánimo, que parecía un cadáver andante, un alma en pena, que un clavo saca otro clavo, que la mancha de mora con mora verde se quita, que escoba nueva siempre barre bien... Mi madre, incansable, recitaba el refranero nacional completo al menos una vez cada fin de semana. Y yo la escuchaba, resignado; y a veces hasta la agasajaba con falsas esperanzas, asegurándole que, en cuanto el trabajo menguara un poco, tramariamos una cita con fulanita; y si resultaba que fulanita no me gustaba, entonces probaríamos con menganita.

Pero esa noche yo no tenía ganas de hablar ni de sacar punta a la agonía y muerte de Joaquín Perea. Sólo tenía ganas de estar solo. Ayudé a mi madre a recoger la mesa, como siempre, pero luego me acosté pronto, poniendo el cansancio como excusa y rechazando su ofrecimiento de ver la televisión juntos, bajo la misma manta, como hacíamos muchas otras noches.

Me duché en agua muy caliente, casi hirviendo, que relaja los músculos; tomé después una pastilla de valeriana y me metí en la cama. Pero no conseguí dormir. Máximo no había dado señales de vida en toda la tarde. Ni una llamada reclamando explicaciones, ni una indirecta en el perfil de WhatsApp, ni siquiera un mensaje recriminatorio. Nada de nada. Exploré el WhatsApp antes de apagar la luz y él estaba «en línea» en ese preciso instante. Ilusionado, esperé durante más de un cuarto de hora, completamente seguro de que en breve me llegaría su mensaje. Pero tal cosa no llegó a ocurrir. «¿Con quién estará chateando? Con nadie. Seguramente, con nadie. Estará haciendo lo mismo que yo: esperar hasta ver si yo me decido a dar el primer paso, quizá preguntándose con quién estoy chateando yo. ¿Por qué le daré tanta importancia a lo ocurrido? Algún día tenía que pasar. Yo no soy gay. He tenido novia, siempre me han gustado las mujeres. Soy un gay circunstancial. Simplemente,

Máximo es un hombre muy atractivo, me pilló en horas bajas, horas de soledad, y caí en sus redes. Sí, eso es, eso fue exactamente lo que pasó. Algún día tenía que ocurrir, algún día había que dejar esto, no vaya a ser que se enteren en el trabajo, o mi madre... ¡Dios mío! ¡No quiero ni pensarlo! Me moriría de vergüenza. Sí, esto tenía que terminar y mejor cuanto antes. Yo tengo que salir, conocer una mujer y rehacer mi vida, que aún soy joven y puedo hacerlo. Pero... ¿qué me importa a mí si está conectado o no?! ¡Soy completamente idiota!»

Al aparentemente lógico razonamiento siguió un repentino arrebato que me impulsó a borrar el número de teléfono de Máximo, después comprobé (varias veces) que había desaparecido de mi sección de «contactos» y también del WhatsApp. Y me sentí feliz. Y seguro. Tan feliz y tan seguro como el fumador que en un momento de impulso incontenible, y sin pensarlo mucho, decide abandonar el dañino vicio y se desprende de los útiles de fumar en la creencia de que ya nunca más los necesitará ni los echará de menos. Me arrojé debidamente, sonreí y me dispuse a dormir, con un sedimento de paz en el corazón y la conciencia tranquila por primera vez en meses.

Al día siguiente, sábado, y a falta de novedades que me permitieran continuar con la investigación, tocó mercado y paseo en compañía de mi madre. Madrugamos porque a ella le gustaba ir temprano, cuando los puestos ya están completamente instalados y con todos sus productos a la vista, pero el gentío aún no ha hecho acto de presencia y se puede palpar la mercancía a placer y en silencio porque los feriantes reservan sus pregones para más tarde, cuando la plaza bulle con la multitud. Ese día compramos un pañuelo gris para mi madre y una maceta para la terraza, y regresamos a casa dando un amplio rodeo, respirando el invierno, disfrutando de la mutua compañía.

Domingo de misa de doce. Paella para comer. Sobremesa en compañía de la vecina del cuarto, de edad aproximada a la de mi madre, viuda también, amante del comadreo y de despellejar a los ausentes. Tarde de paseo del brazo de Florinda y noche frente al televisor completaron un aburrido fin de semana sin rastro de Máximo. No me había telefoneado ni enviado mensaje. Ya iban dos días sin noticias. «¿Realmente tendrá intención de abandonarme? ¡No, claro que no! Está alardeando. Seguro que aparecerá a lo largo de la semana, sumiso como un corderito lechal, rogando perdón; pero yo me veré obligado a decirle que lo nuestro ha terminado, que todo ha sido un error, que yo no soy gay ni lo seré nunca y que voy a intentar rehacer mi vida al lado de una mujer».

El lunes siguiente, día cuatro de febrero, por la mañana, tal y como yo había supuesto, sobre la mesa de despacho estaba la información remitida por la compañía que gestionaba el teléfono móvil de la página de contactos. El sobre me esperaba intacto, sin abrir, aunque Eduardo y José Manuel ya se encontraban en la oficina cuando yo llegué. Los dos policías habían decidido despojarlo de toda prioridad, y yo

hice lo mismo. Me senté en el sillón y me entretuve durante un rato sacando los utensilios de trabajo que solía guardar bajo llave cuando me ausentaba. El tijeretazo del Gobierno había alcanzado también la comisaría y los folios, al igual que el resto del material, los proporcionaban con cuentagotas; y toda precaución era poca porque bien podía darse el caso de que hubiera quien no tuviera reparos en proveer su oficina a mi costa. Después encendí el ordenador y, en tanto arrancaba, sin demasiado ímpetu, fui abriendo el sobre y desplegando sobre la mesa las dos hojas que contenía.

La información que traía era muy escueta. No habría necesidad de emplear dos folios en ella, bastaría con una simple nota. Leí atentamente: «tarjeta prepago adquirida el día 9 de septiembre de 2007. No constan datos del titular. Tampoco llamadas y mensajes salientes». Tal como habíamos supuesto, por aquellas fechas la Ley aún no obligaba a las compañías a identificar a los usuarios de tarjetas prepago.

—¿Vio usted la documentación del teléfono de contactos? —quiso saber Eduardo.

—Sí, pero no aporta nada. Con total seguridad, la prostituta sólo usaba este número para su trabajo, para recibir llamadas de los clientes, pues ella no ha telefonado a nadie.

—Quizá el colombiano dice la verdad.

—Muy probablemente. En todo caso, Joaquín no se ha comunicado con este número, por lo que pierde relevancia en el caso. Lo haremos constar en el atestado, para que vean que no hemos dejado nada sin comprobar, pero de ahí no pasaremos. Seguramente Joaquín tenía intención de llamar pero nunca llegó a hacerlo, por lo que la prostituta usuaria y él ni siquiera habrán llegado a conocerse.

—Yo opino como usted, y el caso es que ahora estamos embarrancados, sin ningún camino hacia dónde tirar.

—Voy a telefonar a los padres de Joaquín. Hay algo que a mi me ronda la cabeza desde que vi la pedazo casa en la que vive la viuda.

Eduardo se encogió de hombros y salió del despacho. En opinión del veterano subinspector, el caso estaba varado y haría falta un milagro para sacarlo a flote.

Me respondió una voz débil que me obligó a dudar si habría marcado el número correcto. Ana, la madre de Joaquín, era una mujer enérgica, de voz vigorosa, nada que ver con la persona que estaba al habla. Pregunté sobre la identidad de mi interlocutora y ella se presentó como Gloria, la hermana de Ana, que estaba pasando unos días en la casa para acompañarlos en el duelo. Después, casi en susurros, reclamó la presencia de su hermana. Unos segundos de silencio y enseguida reconocí la voz de Ana a través del hilo, una voz vital pese a las circunstancias, una voz perteneciente a una mujer herida, una mujer que culpaba a su nuera de todos sus males y que no dudaría en compartir conmigo cuánto acerca de Inés supiera. Habría verdades y medias verdades, grano y paja, que después yo me encargaría de separar.

Tras los saludos de cortesía, el pésame y las ineludibles (y absurdas, por evidentes) preguntas sobre qué tal se encontraban tanto ella como su esposo Gervasio, planteé la cuestión sin más miramientos.

—¿¡Hipotecada?! ¡Para nada! —saltó Ana tan pronto yo le cedí la vez—. ¡La casa está pagada y bien pagada! Mi hijo trabajó de sol a sol durante varios años para que ahora ella viva en una mansión.

—¿Y sabe usted cuándo liquidaron la hipoteca? ¿Le ha comentado algo su hijo?

En ese momento me sentí como un bandido, un bandolero que forzaba las puertas del recuerdo una y otra vez, con la intención de rapiñar datos sin importarme cuan dolorosa resultase la sustracción para el damnificado.

—La casa nunca estuvo hipotecada. Comenzaron a construirla en la primavera del año 2007 y creo que por aquel entonces ya pagaron un anticipo. Después la liquidaron a la entrega de llaves, casi un año más tarde. Joaquín nos dijo... —Ana hizo una pausa, yo escuché el áspero crujido de un pañuelo y adiviné un llanto empapándolo— nuestro hijo nos dijo...

—¿Qué les dijo exactamente? —espeté.

—Dijo que, gracias a Dios, no habían formalizado hipoteca, que él había conseguido pagar la casa porque durante aquel año le había ido muy bien en el trabajo, que había vendido muchas pólizas de seguros y ganado un buen dinero en comisiones, y que por eso había aportado los doscientos cincuenta mil euros que había costado la construcción de la casa...

—¿¡Doscientos cincuenta mil euros?! —interrumpí, impresionado. Aunque ya suponía la cifra, tenía intención de continuar rateando toda la información que me fuera posible.

—¿Le parece mucho dinero para esa casa?! ¡Es una mansión! Y les ha salido tan barata porque el terreno ya lo tenían y aquí los jornales han bajado mucho de precio, por la crisis. De lo contrario, esa casa no se paga con ese dinero ni en broma.

No rebatí. En mi opinión, el dato desproporcionado no provenía del coste de la vivienda, que a todas luces se trataba de una casa de lujo, sino de las ganancias de Joaquín, una cantidad que se me antojaba absolutamente desorbitada. ¡Doscientos cincuenta mil euros en un año! «Definitivamente, me he equivocado de profesión» pensé.

Me despedí de Ana procurando dejar la puerta abierta para futuras conversaciones, y lo siguiente que hice fue requerir la presencia de José Manuel en el despacho a los efectos de repartirle unas cuantas instrucciones.

—Hay que hacer los trámites necesarios para comprobar en el Registro de la Propiedad si la casa en la que vive Inés está hipotecada, como debería ser; o bien está libre de cargos, como su suegra acaba de decirme. Que vayan María o Eduardo contigo. Entretanto, yo voy a dejarme caer por la oficina MAPFRE.

Extrañamente, José Manuel me escuchó atentamente y sin presentar objeciones. Después salió, callado, con las manos guarecidas en los bolsillos del vaquero. Yo lo observé a través del cristal de la «pecera», vi cómo se acercaba a María y le decía algo. María me miró también a través del cristal, se levantó y ambos marcharon para cumplir el cometido. Y yo me sentí satisfecho de mis anteriores actuaciones; debían

aprender que, pese a mi juventud e inexperiencia, todo el peso del caso recaía sobre mis hombros y sería yo, y sólo yo, quien tendría que soportar corona de laurel o de espinas, según; por tanto, yo no podía permitirme estar rodeado de colaboradores que constantemente me presentaban críticas negativas y ni una sola positiva.

Esperé a que los pasos de los otros dos se apagaran al fondo del pasillo, luego desconecté el ordenador y me pertreché de ropa de abrigo, dispuesto para salir a la calle. En el pasillo me topé con Mateo, que circulaba en dirección contraria.

—¿Alguna novedad?

—Nada bueno. El número de teléfono que figuraba en el anuncio de contactos no aporta nada pues se trata de una tarjeta prepago adquirida sin facilitar datos que identifiquen al titular. Tampoco constan llamadas salientes ni mensajes enviados.

—¡Ufff...! Mala señal.

Mateo continuó pasillo adelante, cabizbajo. Seguramente iría cavilando sobre cuál sería la mejor forma de trasladar mis pesimistas palabras al oído del comisario, disfrazando la información para maquillar nuestros constantes fracasos y así amortiguar el efecto negativo que provocarían en el estado de ánimo de su jefe inmediato.

Afuera se había levantado un suave viento que corría por las calles de un lado a otro desafiando al sol incierto que intentaba caldear el ambiente desde allá arriba. El día estaba desapacible y, aún así, decidí ir a pie porque me encontraba a escasos diez minutos de mi destino y porque tuve la sensación de que el paseo me resultaría gratificante a aquellas horas de la mañana. Me puse en marcha hacia la calle Paraíso, a buen paso, adoptando una posición aerodinámica para minimizar los efectos del viento: barbilla pegada al pecho, brazos adosados al cuerpo, hombros hacia delante. A medio camino saqué un gorro de lana que llevaba en el bolsillo del anorak. Yo solía vestir de sport, «demasiado sport tratándose de un mando policial que debe ofrecer una buena imagen en su trabajo de cara al público» había opinado Mateo aquel día que me vio con unos vaqueros raídos y rotos en lugares estratégicos (ya los había comprado así y, además, me habían costado una pasta). Por eso el gorro estaba a buen recaudo en el bolsillo del anorak: para esquivar la censura.

Gente sin rostro pasaba a mi lado en ambas direcciones y yo seguía mi camino sin mudar postura. Ya en las cercanías de mi destino, retorné el gorro de lana a su lugar dentro del bolsillo del anorak, me peiné con las manos utilizando como espejo el escaparate de una mercería en la calle Sábano, giré a la izquierda, salvé los cien metros que me separaban de la oficina y entré con decisión. Las empleadas intercambiaron una sonrisa cómplice, después me sonrieron a mi por separado y finalmente me preguntaron si deseaba hablar con Villa de nuevo.

—Me gustaría hablar con el director, si es posible. Lamento no haber telefoneado para solicitar cita, pero me ha resultado imposible porque se trata de un imprevisto que ha surgido hace escasos minutos y necesito hablar con él esta misma mañana. —

Exageré, dibujando gestos de excusa y lamentación con ambas manos para así apuntalar mejor mis palabras.

La empleada delgada y de pelo corto me sonrió de nuevo, mostrando una dentadura que de tan perfecta no encajaba en una cara tan ordinaria.

—Aguarde aquí un momento, voy a ver si puede atenderle.

Seguí su silueta con la mirada, sin perder detalle del exagerado contoneo de caderas que supuse me ofrecía sólo a mí, como único espectador. La figura del director se adivinaba en la oficina acristalada del fondo a través de unas persianas venecianas medio abiertas, medio cerradas; en color rojo, por supuesto. Vi a la empleada explicarse mientras el director continuaba absorto en algo que tenía sobre la mesa; luego levantó la cabeza, me miró, asintió, salió la empleada y dibujó un gesto en el aire para darme a entender que podía acercarme. Yo avancé con paso lento, para que me diera tiempo a enhebrar pensamientos y calcular las palabras que debía pronunciar allí dentro.

La pequeña oficina del director había sido conquistada por un aroma fresco que no supe identificar pero que me resultó agradable. Al otro lado de la mesa un hombre con rasgos equinos me invitó a tomar asiento. Gran mata de pelo negro cayendo sobre la frente, cara alargada y labios gruesos le conferían un aspecto extraño. El resto del cuerpo se adivinaba desgarrado, parapetado detrás de la mesa de despacho.

—Soy Armando García, director de esta sucursal. Tengo entendido que hace unos días vino usted por aquí para hablar con Villa... —dijo a modo de saludo.

La voz, en cambio, resultaba grata al oído, por su tono y modulación.

—Cierto. Estamos indagando sobre Joaquín Perea Martínez, que ha trabajado en esta oficina hace unos años y, en ese momento, nos aconsejaron hablar con Villa por ser la persona que mejor conocía a Joaquín Perea. Sin embargo, ahora, es su parecer el que me resultaría de gran ayuda.

—Recuerdo a Joaquín Perea Martínez. Buen vendedor, buen hombre.

—Muy buen vendedor, según los datos de que dispongo...

Previamente, yo había decidido que iría soltando cifras como quien deja caer un pañuelo: levemente, sin estruendo ni aparatosidad. No obstante, el efecto producido no se correspondió con mi cautela: Armando García frunció el entrecejo y me miró directamente a los ojos, interrogándome con la mirada, deseando averiguar cómo demonios habíamos conseguido acceder a las cuentas de un ex empleado de aquella compañía de seguros.

—Tengo entendido que ganó doscientos cincuenta mil euros limpios en poco más de un año. —Aclaré inmediatamente.

Armando elevó el entrecejo hasta unirlo al flequillo, dejó caer la espalda en el sofá y sonrió abiertamente. Los dientes, enormes, de asno, acapararían la atención de cualquiera. La mía también. «Definitivamente: tiene cara de caballo» pensé, conteniendo la risa.

—No sé quien le habrá facilitado a usted esa información pero, desde luego, es completamente errónea. Si Joaquín Perea hubiera percibido doscientos cincuenta mil euros limpios en un sólo año, hoy sería el Director General de esta Compañía. Y no me refiero a director de una sucursal como esta, sino a director de directores, ¿me comprende?

Me sentí ridículo al haber exhibido tan disparatada conjetura aunque me hubiera llegado de oídas, también ingenuo por haberle dado crédito sin más, además de inexperto por no haber sabido disfrazarla como era debido. Pero, en realidad, no se me había ocurrido ninguna otra forma de contrastar los datos que me había facilitado la madre de Joaquín y, a decir verdad, tampoco había pensado demasiado en ello. Simplemente había recurrido a lo fácil: dejarme caer por la oficina de MAPFRE y soltar allí un farol como una casa.

—¿Cuánto ganaba Joaquín en un año normal, por ejemplo en los años 2006 o 2007?

—¿En cómputo anual?

Asentí.

—Unos treinta mil euros limpios, a lo sumo. Y eso teniendo en cuenta que Joaquín era muy buen vendedor, pero las comisiones no dan para tanto. ¡Doscientos cincuenta mil euros anuales! ¡Dios mío!

Me encogí de hombros para dar a entender que mi confidente no había tomado buena nota, que la culpa había sido suya y no mía. Enrojecí de todas formas y cada minuto que pasaba en aquella oficina me sentía un poco más memo. «¿Cómo habré sido tan imbécil de tomar en serio las palabras de Ana?» me preguntaba yo.

—Joaquín trabajó aquí durante algo más de dos años, y yo ya era el director, así que estoy hablando con conocimiento de causa.

Armando García insistía en afianzar sus respuestas para desacreditar a mi fuente de información, o quizá para averiguar quién me había aportado tan disparatada suma.

—No lo pongo en duda, a mí también me pareció una cantidad demasiado elevada como para corresponderse con la realidad, por ese motivo acudí a usted...

Sonó el teléfono. Armando atendió la llamada y enseguida tapó el auricular con la mano antes de dirigirse a mí.

—Si no desea nada más y me disculpa, se trata de una llamada personal. Mi esposa... —justificó, encogiéndose de hombros.

Agradecí su amabilidad y abandoné la oficina bajo la atenta mirada de las dos empleadas, que me despidieron con golpes de melena, sonrisas y una coquetería que no venía a cuento. Y yo, que me sabía atractivo para muchas mujeres, tomé sus escarceos como un halago al que correspondí desplegando una amplia sonrisa aunque no estuviera en absoluto interesado en los encantos de aquellas dos mujeres tan alejadas y dispares de aquel que me quitaba el sueño, aunque yo por aquel entonces no quisiera reconocer esa realidad.

Ya en la calle, instintivamente, saqué el teléfono del bolsillo: quería comprobar si había llamadas perdidas o, al menos, algún mensaje. Nada. A Máximo parecía habérselo tragado la tierra. ¿Estaría hablando en serio cuando aseguró que me dejaba? ¡No! ¡Imposible! Se trataría de alguna fanfarronada, eso seguro. Yo le estaba dando cuanto podía, ¿qué más quería? A mí, por mi profesión, me resultaba imposible «salir del armario» así como así. Si finalmente yo decidiera tirarme la manta a la cabeza y proclamar mis gustos sexuales a los cuatro vientos, mis superiores tendrían que aceptarlo, evidentemente; caso contrario, estarían cometiendo un grave atentado contra mis derechos fundamentales. Y tampoco se atreverían a relegarme por condiciones de orientación sexual, so pena de convertirse en titular para todos los periódicos del país. Pero yo sabía que existían muchas otras formas de arrinconar a alguien: tomando el camino indirecto, aislándome poco a poco, sin que se notase demasiado, sin que el motivo quedase totalmente claro.

El viento soplaba de frente, como una mano helada que me azotaba la cara de forma incesante, como una premonición. Apuré el paso. Pensamientos, suposiciones, miedos, celos, ilusiones desinfladas..., todos ellos eran pasajeros indeseables que se iban subiendo a mi tren. Cuando menos durara el trayecto, menos viajeros me acompañarían.

—¿Buenas noticias, jefe? —preguntó Eduardo nada más entré por la puerta.

—Nada buenas. El director de esa oficina de MAPFRE asegura que los ingresos de Joaquín no rebasaban los treinta mil euros anuales, por eso sigo sin saber de dónde salió el dinero para construir la pedazo casa que tiene en el pueblo. Una casa que pagó al contado y en un año, y que costó nada menos que doscientos cincuenta mil euros.

Eduardo silbó al aire.

—Precisamente por eso estamos convencidos de que en su muerte intervino una organización criminal, jefe. Cada vez está más claro que Joaquín no era tan trigo limpio como dicen todos los que lo conocían, y que andaba metido en algún asunto turbio.

—Por supuesto, nadie gana tanto dinero en un año, no al menos trabajando honradamente.

Unos minutos antes de que dieran las dos de la tarde, llegaron José Manuel y María. Me vieron a través del cristal, sentado en mi sillón, y ambos me obsequiaron con una amplia sonrisa, gesto que me indujo a creer que eran portadores de buenas noticias (¡al fin!). Me levanté para salir a recibirles, muy seguro de que traían novedades de calado suficiente como para sacar el caso a flote de nuevo.

—Aquí tienes copia de la Nota Simple. La vivienda está libre de cargas.

Rasqué la barbilla con ganas, hasta casi hacerla sangrar. Con cada nuevo dato, el caso encallaba un poco más.

—¡No puede ser!, ¿cómo es posible?, ¿cómo es posible que haya pagado esa casa en mano, en un año, cuando el director de la oficina donde trabajaba me acaba de asegurar que sus ingresos no rebasaban los treinta mil euros anuales? —protesté al ver mis ilusiones derrumbadas.

—Si piensas lo que yo pienso que estás pensando, tal vez. O también puede que lo haya conseguido haciendo milagros, multiplicando los billetes, como los panes y los peces. —Bromeó José Manuel.

—En algo delictivo, eso está claro. Y ahora han transcurrido más de cinco años desde su muerte... ¡Como para seguirles la pista ahora! Los que operaban con él ya andarán por Maracaibo, como mínimo. ¿Y Hacienda no se preocupó de averiguar de dónde había salido todo ese dinero? Y ahora han pasado más de cinco años, y su declaración de renta tampoco es revisable.

—Joaquín no era tonto, Alfredo, o al menos eso creo yo; si pagó esa casa es porque podía justificar esos ingresos, de cara al fisco me refiero.

—Eso ahora no podemos comprobarlo. Me imagino que así sería, pero son sólo suposiciones nuestras. Lo que está claro es que ese dinero no lo ganó trabajando honradamente, no al menos en MAPFRE. ¿En eso estamos de acuerdo, verdad?

Todos asintieron.

Tan sólo una semana después de romper con Máximo, me encontraba yo en mi despacho comparando de nuevo mi situación con la del fumador que está intentando desengancharse: se aguanta bien durante las primeras horas, a duras penas los días siguientes y el «mono» se hace insoportable cuando una semana entera ha pasado por medio. Echaba de menos a Máximo, en mi corazón golpeaba el pasado en vez del presente, su imagen seguía columpiándose en mi cabeza y no había conseguido cauterizar los recuerdos del tiempo vivido a su lado. Mi férrea determinación del principio había ido trasmutando segundo a segundo. ¿Qué estaría haciendo en ese preciso instante? Trabajando, sin duda. ¿Ya habría desayunado? ¿Qué ropa llevaría puesta? ¡Maldita la hora en la que había borrado su número de teléfono móvil! Así, al menos, podría ver si había colgado alguna foto nueva en el WhatsApp y verificar si andaba chateando mucho. Quizá ya había conocido a alguien. No, imposible, Máximo no era de esos. Máximo era un tío legal, buena gente, nunca saldría con nadie a menos que realmente le gustase esa persona; y tampoco es tan fácil encontrar inmediatamente a alguien que enamore a uno...

Durante mucho tiempo permanecí con la mirada pegada a una zona del cristal donde no había nada salvo los fantasmas que yo veía allí reflejados, y no me percaté de que José Manuel venía lanzado hacia mi hasta que frenó en seco a medio paso de mi mesa.

—¿Meditando hasta ver si aparece la pieza que le falta al *puzzle*? —preguntó.

Sacudí la cabeza como si de pronto me hubiera despertado de un larguísimo y tormentoso sueño.

—¿Qué?, ¿eh?, ¿pieza de *puzzle*?, ¡ah, sí!, en este *puzzle* faltan muchísimas piezas, si sólo fuera una todavía podríamos apañarnos...

—A ver si con esto ya te faltan unas cuantas menos. —Ofreció José Manuel, extendiéndome un sobre cerrado.

Un sobre que llegaba un poco arrugado y que yo abrí sin demasiado ímpetu. Me había acostumbrado a que aquellas misivas no aportaran nada válido, si acaso alguna nueva traba que añadir a la larga lista que ya teníamos sobre la mesa. Era la respuesta de la compañía Orange enviándonos datos acerca de la persona a quien tanto había telefonado Joaquín Perea entre junio y diciembre de 2006.

—La respuesta de Orange, por lo que veo. —Añadió José Manuel, extendiendo el cuello por encima de mi mesa para hacerse con la información lo antes posible.

Me encogí de hombros mientras lentamente iba despegando la solapa del sobre. Era un trámite más, una diligencia de obligado cumplimiento pero que, con casi total certeza, nada añadiría a la causa, si acaso algún que otro inconveniente. Quizá el nombre de alguna antigua amante del difunto, pensé justo antes de dirigir mi mirada

hacia la zona del folio donde, aisladamente y en negrita, figuraban los datos completos de la persona receptora de todas aquellas llamadas telefónicas, aquella que nosotros suponíamos joven, lozana, hermosa y olvidada.

—¡Anda mi madre!

—¿Qué ocurre?

El cuello de José Manuel se quedaba corto para alcanzar a leer el escrito con detalle y ya había extendido la mano para hacerse con el folio, pero yo me aferraba a él con ganas y aún no estaba dispuesto a cederlo.

—Es una mujer, como suponíamos. Se llama María del Carmen González Jiménez, vive en la calle Ferrocarril, número 80, y tiene... ¡setenta y dos años de edad!

—Será pariente, tía o tía-abuela, vete tú a saber...

Me levanté tan repentinamente como si me hubieran metido un chute de adrenalina en las venas. Yo estaba completamente seguro de que tantas llamadas, tan seguidas y durante tantos meses, no podían ir dirigidas a tías o a abuelas.

—¡Vamos a hablar con ella! ¡Coge las llaves del coche!

—Yo estaba perfilando el atestado...

—Que continúe Eduardo, o María. ¡Vámonos!

En el número 80 de la calle Ferrocarril, piso tercero derecha, nos recibió una mujer de mediana edad, rasgos finos y voz de grulla, que acreditó llamarse Sofía Alonso, que aseguró haber adquirido aquella vivienda en pública subasta, que afirmó estar residiendo allí desde el mes de junio del año 2008, que manifestó no conocer a nadie que respondiera al nombre de Joaquín Perea Martínez ni tampoco al de María del Carmen González Jiménez, y que además me juró por todos sus muertos que no poseía ni había poseído nunca el teléfono cuyo número yo le reiteraba una y otra vez para que no cupieran malentendidos.

Le preguntamos también si conocía a las personas que previamente a ella habían habitado aquel piso, a lo que Sofía respondió que no personalmente pero que una vecina le había informado de que la vivienda había pertenecido a una joven que había sido desahuciada por no atender un préstamo con garantía hipotecaria. Y, para reforzar sus manifestaciones, Sofía fue en busca de una carpeta roja que contenía un montón de papeles capaces de dar fe de que aquel piso le pertenecía a ella de pleno derecho, e insistió en que yo los comprobase uno a uno y a fondo, quizá para asegurarse de que la policía no volvería a importunar ante su puerta por asuntos relacionados con la posesión de aquel piso. Y yo, obediente, permanecí un buen rato en medio del recibidor, de pie, pasando papeles de derecha a izquierda, con la cabeza de José Manuel pegada a la mía, asomando por mi lado derecho; y Sofía cuadrada frente a mí, dispuesta a ofrecerme cualquier aclaración inmediatamente.

Efectivamente, el piso había sido adquirido en pública subasta en fecha 11 de mayo de 2008, siendo el vendedor Juan Alonso Vicente.

—¿Este hombre era el anterior propietario, entonces?, ¿quizá padre de la joven que desahuciaron? —pregunté, más bien para que Sofía constatará que realmente yo me estaba esmerando en comprobar cada detalle de aquellos documentos y que no me dedicaba a hacer el paripé pasando las hojas de un lado a otro sin ton ni son.

La cara que Sofía me ofreció era una oda a la incredulidad.

—Ese hombre es un prestamista particular y ese día se subastaron varios pisos de su propiedad. —Aclaró después, muy confundida porque la policía se había presentado en su casa sin tener ni idea de la historia que había detrás de aquella vivienda.

El dato me sonó a pura anécdota. Como casi todo el mundo, yo sabía de la existencia de ese tipo de prestamistas. Había oído comentar que habían florecido con la llegada de la crisis y que, favorecidos por la reciente negativa de los bancos para otorgar préstamos personales, concedían créditos a elevadísimo interés cuya finalidad no era, sin embargo, recuperar el dinero prestado sino apropiarse de los bienes inmuebles con los que el solicitante respaldaba el préstamo.

—Me suena el nombre, ahora que lo dice, pero hay tantos de estos que...

Entregué una respuesta cualquiera y continué pasando páginas, engullendo aquellos datos con la misma prisa y escasa apetencia con las que remataría las últimas cucharadas de una sopa castellana (comida que detesto), convencido de que la historia de Sofía no era pieza de nuestro *puzzle*. Quizá lo fuera de otro, pero no del nuestro. El nombre de María del Carmen González Jiménez no aparecía en ninguna de las hojas que yo estaba ojeando con bastante desgana. Quizá María del Carmen también había vivido de alquiler en aquel piso sin que Hacienda ni nadie se enterara, pero después había levantado el vuelo, y nosotros debíamos localizarla para averiguar por qué Joaquín Perea la llamaba con tanta frecuencia e insistencia.

Llegué a la última página, aliviado, y se las devolví a Sofía inmediatamente. La cabeza de José Manuel tomó de nuevo la distancia suficiente, a unos dos metros de mí. Sofía recogió los documentos y los abrazó contra su pecho. Parecía amar aquel piso y a los escritos que acreditaban su titularidad. En realidad había hecho el negocio del siglo pagando cien mil euros por una vivienda que bien valdría más del doble, situada como estaba a escasos metros de la Plaza Colón.

—¿Qué hacemos ahora? —me preguntó José Manuel de camino hacia la comisaría.

Yo no tenía ni idea. Lo único que tenía claro era que no dábamos una en el clavo y que nuestro futuro como investigadores era tan borroso como la tinta en el agua, por eso tardé demasiado en urdir una respuesta aceptable.

—Hay que localizar a la tal María del Carmen González Jiménez como sea, si es que aún sigue con vida, hablar con ella y que nos cuente qué tipo de relación la unía con Joaquín Perea. Si hubieran sido familia la habría continuado telefoneando y,

además, las comunicaciones no serían ni tan seguidas durante un tiempo limitado ni se habrían cortado de repente, salvo caso de desavenencias. Además, no tenemos conocimiento de que Joaquín tuviera parientes en Valladolid capital. Pero, aunque parientes fueran, es inusual tanta llamada a un familiar no directo.

—¿No estarás pensando que Joaquín, a sus treinta y tantos años que tendría de aquella, estaba liado con esa señora?

—No lo sé. A lo mejor la señora está de muy buen ver, por eso hay que hablar con ella. Sólo así saldremos de dudas.

En las dependencias de homicidios, Eduardo y María ultimaban las diligencias dando cuenta al Juzgado de cada nueva gestión referente al caso «del emparedado», como toda Valladolid había dado en llamarlo. Nosotros fuimos derechos a la «pecera» y nos pusimos al ordenador.

—Llama a la oficina del Padrón Municipal, a ver si María del Carmen González tiene algún otro domicilio. Entre tanto yo voy mirando en el ordenador para ver si tenemos algo sobre ella.

Con mucho disgusto, fui comprobando que María del Carmen jamás había presentado una denuncia, que tampoco tenía coche, que nunca había empeñado joyas, y que había renovado el documento de identidad siete años atrás, aportando como domicilio el lugar donde al parecer había vivido pero ya no vivía porque ahora aquella casa le pertenecía a Sofía Alonso de pleno derecho.

—En el Padrón Municipal le consta como domicilio el lugar donde hemos estado.

—Aseguró José Manuel, que acababa de colgar el teléfono.

—Por la edad, debería estar jubilada. Quizá en la Seguridad Social nos aporten datos. Confecciona la solicitud de información, que nos vamos para allá.

En las oficinas de la Seguridad Social nos atendió un hombre amable, de cara redonda que, tras varios minutos frente a la pantalla del ordenador, aseguró que a ellos tampoco les constaba distinto domicilio pero que, no obstante, nos convendría preguntar en la oficina de la entidad bancaria donde María del Carmen cobraba una pequeña pensión no contributiva.

—Miren, ustedes ignoran dónde vive actualmente esta señora, y nosotros tampoco lo sabemos, pero yo le aseguro a usted que en el banco con el que esta mujer opera están al corriente de cada cambio de domicilio que ella haga. Actualmente, nadie maneja tantos datos de las personas como los bancos: saben cuándo y cuánto cobramos, dónde y cuánto gastamos, nuestras preferencias, vicios, destinos de vacaciones... El banco, si quiere, puede trazar un completo diagrama de la vida de una persona sin desviarse un solo milímetro.

Aunque jamás había reparado en ello, hube de reconocer que aquel hombre llevaba toda la razón: el banco sabe dónde compramos, donde nos divertimos, a donde viajamos..., nada ni nadie se escapa al control de sus enormes tentáculos.

—A María del Carmen González Jiménez se le ingresa la pensión en la oficina del BBVA de la calle Dos de Mayo, número 8 —añadió el hombre, sonriendo, seguro de haber proporcionado a la policía una importante y útil lección.

Y yo me ubiqué en el mapa: la calle Dos de Mayo confluía con la calle Ferrocarril. Seguramente en otro tiempo María del Carmen había residido en la calle Ferrocarril y deseado tener su banco a mano.

Y, efectivamente, el empleado que nos atendió en el BBVA de la calle Dos de Mayo contribuyó a nuestra investigación con un nuevo domicilio de María del Carmen, previa Orden Judicial que hubimos de requerir aprisa y corriendo y dando las gracias al Señor por haber puesto en nuestro camino una juez interesada a más no poder en resolver cuanto antes el caso «del emparedado». Ya iban varias ocasiones en las que la juez otorgaba Mandamientos en cuestión de minutos. Llegábamos a su despacho, le exponíamos nuestras necesidades para continuar la investigación, le describíamos al detalle la puerta que nos habían cerrado en las narices, le hacíamos saber que quizá tras aquella puerta se abriera el pasadizo que de verdad nos conduciría a la luz, y ella inmediatamente daba orden a la secretaria para redactar el documento que estaría listo en cuestión de minutos y que actuaría como llave maestra para abrir la puerta en cuestión.

Al día siguiente era sábado, nueve de febrero. Para nosotros, un día laborable como otro cualquiera. Para muchos otros mucho más afortunados era día de compras, mercado, tapeo y asueto.

Al cabo de varios minutos taponando la mirilla con el ojo para averiguar quién llamaba insistentemente a su puerta a aquellas horas un sábado por la mañana, María del Carmen la franqueó con manifiesta desgana. Su silueta se recortó contra la penumbra del pasillo casi a la par que la vivienda exhalaba su aliento fétido con aroma de encierro, suciedad y miseria, forzándonos a acomodar inmediatamente nuestras glándulas pituitarias a la realidad que nos iba a tocar vivir durante los siguientes minutos, y la vista a la oscuridad que nos llegaba desde el interior de la casa. Aún no eran las diez de la mañana, hora en la que ella debería estar durmiendo (según nos dijo; con muy malas pulgas, por cierto) para contrarrestar los efectos de la hecatombe de una noche interminable en la que había consumido una cajetilla de tabaco para sobrellevar la ansiedad y media botella de vino para ahogar las penas. Y finalmente, dado que aquellas sabían nadar, se había visto obligada a recurrir al Orfidal para que el sueño la visitara antes de que llegara la luz del alba. Una noche como tantas otras, aseguró ella.

María del Carmen avanzó unos pasos hacia nosotros y se situó también en el rellano de la escalera. Calzaba unas zapatillas que ya habían conocido tiempos mejores y ahuyentaba el frío con una raída manta de un color indefinido. Y allí, bajo la luz de la solitaria bombilla que intentaba trazar los perfiles de aquel distribuidor, pudimos, al fin, tomar plena conciencia de los efectos de la hecatombe a los que María del Carmen había hecho alusión: tenía la piel tan blanca y fina como el papel de fumar, ojeras como negros antifaces, largos pelos oscureciendo bigote y mentón, cabello ralo, sucio y desaliñado, ojos ausentes y en la boca tantos huecos como dientes le quedaban. Y, aún así, algo en su rostro me garantizaba que mucho tiempo atrás la naturaleza la había obsequiado con el don de una belleza tal que ni siquiera los malos hábitos de toda una vida habían conseguido destruir del todo.

—Somos policías. —Anuncié al tiempo que abría mi cartera negra de dos tapas, como la cáscara de un mejillón, que yo ya desplegaba con cierta destreza, a una sola mano, para dejar al descubierto las principales credenciales de la policía española.

María del Carmen asistió el despliegue con evidente indiferencia hacia el distintivo policial que yo le estaba exponiendo y después, con marcada confusión, me miró a los ojos tratando de averiguar si a la exhibición quizá sucedería una explicación coherente y capaz de justificar nuestra presencia ante la puerta de su casa un fin de semana y a aquellas horas.

—Estamos investigando el «caso del emparedado» y necesitamos hablar con usted al respecto, acerca de un número de teléfono que ha salido a relucir en la investigación y que, al parecer, le perteneció a usted. —Expuse mientras escrutaba entre la penumbra que desprendía la casa, hasta ver si era capaz de ofrecernos un rincón más íntimo, resguardado de los curiosos que posiblemente ya habrían comenzado a arrimar el ojo a las mirillas de sus puertas.

María del Carmen tardó en comprender mi agitado gesto. Me miraba, desconcertada, seguramente preguntándose por qué yo extendía tanto el cuello y me atrevía a escudriñar el interior de su casa de aquella manera, ¿qué buscaba allí, o a quien? Nos examinó a ambos de arriba hacia abajo y por turnos, primero a mí, después a José Manuel, y volvió otra vez a mí, invirtiendo el recorrido, esta vez desde los zapatos hasta la punta del pelo, como si nunca hubiera visto dos ejemplares del ser humano en sexo masculino. Me pareció que hacía años que María del Carmen no franqueaba las puertas de su casa a personas ajenas. Mucho tiempo atrás, quizá en otra vida, estoy seguro de que había sido una mujer joven y hermosa, una mujer que acaparaba miradas tanto masculinas como femeninas, de admiración unas y de envidia las otras, una mujer que había disfrutado de una vida digna. Pero eso había sido en el pasado, tal vez en otra existencia.

—Entren si quieren, y disculpen el desorden... —ofreció finalmente con aquella voz cavernosa, idónea para el doblaje en una película de terror.

María del Carmen dio vida a una bombilla que, abrigada con polvo y excrementos de mosca, monopolizaba la iluminación en el recibidor de su casa. Después nos guió a través de un larguísimo y tapiado pasillo que tropezaba de frente con un pequeño salón donde ella entró y nosotros la seguimos. Allí, el penetrante olor del tabaco avasallaba el ambiente e inmediatamente me arrancó varios carraspeos, provocándome en la garganta un escozor ligero como el roce de una ortiga.

Tomó ella asiento en una mecedora relativamente nueva y nos invitó a nosotros a hacerlo en una especie de camastro que había al lado de la ventana y que parecía asumir funciones diversas. Yo me disponía a sentarme cuando José Manuel me propinó un disimulado y leve codazo en el costado, a la par que con la cabeza señalaba hacia la esquina del catre, justo donde yo iba a acomodar mis posaderas. Allí, en el lugar que él me indicaba, distinguí al menos una piel seca de plátano, un cenicero rebosando colillas, un par de cadáveres de algún insecto que no conseguí identificar, algún que otro pelo cano y varios restos de uña. El siguiente problema que se me planteó fue cómo rechazar la invitación de María del Carmen sin mostrarme descortés. José Manuel, que vio el rubor brotar en mis mejillas, se me adelantó pretextando fuertes calambres en las piernas derivados de permanecer demasiado tiempo sentados al volante de los coches policiales. María del Carmen asintió, avergonzada.

—¿Vive usted sola, señora? —pregunté inmediatamente.

—Vivo con mi hijo Luis. Está en su habitación, supongo que durmiendo la moña. Es un ex drogadicto y tiene problemas con el alcohol, pero no se mete en líos. —Murmuró por lo bajo.

—¿Qué edad tiene su hijo?

—Tiene cincuenta y dos años cumplidos y muy mal empleados.

Un hombre de esa edad y, además, alcohólico no me parecía, desde luego, persona capaz de acaparar el interés de Joaquín Perea hasta el extremo de telefonarle diez o doce veces al día durante meses. La señora que teníamos enfrente, tampoco.

—¿Conoce o conoció usted a una persona llamada Joaquín Perea Martínez, vendedor de seguros? —pregunté, tratando de salir de dudas.

María del Carmen rebuscó durante unos minutos en los escondrijos de su memoria, y después negó categóricamente.

—No me suena de nada. —Añadió, reforzando un gesto firme ya de por sí.

—Nos gustaría hablar con su hijo, quizá él conozca a Joaquín Perea. —Sondeé, dirigiendo instintivamente la mirada hacia la puerta que veía frente a mí, cerrada a cal y canto, y en la que supuse que Luis estaría durmiendo.

—Voy a ver si está despierto; pero sobre todo a ver si está sobrio, de lo contrario poco a nada les aclarará, si es que no salen de aquí más confundidos...

María del Carmen se levantó despacio, apoyada en una secuencia de movimientos cortos y lentos pero precisos y bien ensayados, destinados a ayudarla a mover aquella mole de carne vieja y desparramada que se adivinaba bajo los andrajos con los que la cubría. Lentamente arrastró las zapatillas mal calzadas hasta aquella puerta cerrada y la abrió de sopetón, con aparente desprecio hacia la intimidad de su hijo. En un segundo, la habitación expulsó gases más que suficientes para emborrachar toda la casa.

—No vayas a encender aquí el mechero, que volamos por los aires. —Bromeé con José Manuel.

Se escuchó un mercadeo donde las palabras «emparedado», «policía» y «un tal Joaquín» fueron las más repetidas. Le siguió un silencio fugaz, un par de estornudos e incontables accesos de tos, antes de que un hombre escuálido y perdido dentro de un inmenso pijama gris asomara por la puerta. La barba de una semana y unos ojos más hundidos que el Titanic ponían lo poco que le faltaba para parecerse a un espectro.

Luis se tumbó en la sucia poltrona y María del Carmen volvió a ocupar su mecedora. Él encendió un cigarrillo y soltó varias bocanadas al aire. Ya daba igual: aquel aire compacto, irrespirable, de ninguna forma podría concentrar más polución.

—¿Conoce usted a una persona llamada Joaquín Perea Martínez, vendedor de seguros? —pregunté, dirigiéndome a Luis.

—No había escuchado ese nombre en toda mi puta vida. —Aseguró él, algo divertido.

Aparté la mirada de Luis y de su catre para dirigirla hacia la ocupante de la mecedora y me preparé para lanzar una afirmación que iría directa hacia María del

Carmen. Entretanto, para mis adentros, me preguntaba a mí mismo qué demonios estábamos haciendo allí, donde no podía haber nada de lo que nosotros buscábamos. Aquellos dos personajes parecían haber sido caracterizados para una película de terror y entrenados para decir que lo desconocían todo.

—Usted fue titular de esta línea de teléfono móvil. —Afirmé mientras me acercaba a María del Carmen para presentarle el apunte donde previamente yo había anotado las nueve cifras del teléfono que le había pertenecido a ella.

Ella rebuscó entre varias capas de ropa que llevaba encima y de algún lugar sacó unas viejas gafas con montura de pasta marrón que acomodó parsimoniosamente en orejas y nariz. Repitió el número de teléfono en voz alta, arrastrando las cifras para que llegasen completas hasta donde su hijo descansaba.

—No es posible, yo nunca tuve teléfono móvil. —Aseguró ella una vez estuvo segura de que Luis también había recibido los dígitos.

Y yo me vi bregando con un caso típico de estafa: cualquier desaprensivo había contratado una línea de telefonía móvil usando los datos de María del Carmen y, a buen seguro, también su número de cuenta bancaria.

—¿Ese número no era el que tenía la Adela? —intervino Luis antes de que yo llevara mis suposiciones al otro extremo de la realidad.

—¿Quién es Adela? —se apresuró a preguntar José Manuel.

—La puta de mi hermana; bueno, para ser más exactos: la puta de mi media hermana.

María del Carmen lanzó una sonora palmada al aire: al parecer, los recuerdos se estaban avivando.

—Quizá sí, puede ser..., recuerdo que la muy zorra había contratado un teléfono a mi nombre por no sé qué historia.

—Sí, vieja, sí. La muy hija de puta había pillado el móvil en una asociación benéfica de esas, porque te lo daban a ti gratis para que los llamasen si tenías problemas.

—¡Qué grandísimo putón!

Nosotros asistíamos, asombrados, al desfile de adjetivos despectivos con los que ambos calificaban a la tal Adela, hermana del uno e hija de la otra.

—¿Podría decirnos exactamente quién es Adela? —pregunté, aprovechando el primer momento de silencio que hubo y dirigiéndome a la anciana.

Pero María del Carmen no me respondió de inmediato, sino que encauzó sus ojos hacia la ventana y la mirada hacia el vacío. Observé que en sus labios y puños pugnaba la ira pero en sus ojos reinaba la melancolía y, creyendo que no había escuchado mi pregunta, me disponía a repetirla cuando ella emitió la respuesta en susurros, como si temiera ofender a los recuerdos si pronunciaba el nombre de su hija en voz alta.

—Adela es mi hija y su media hermana —explicó señalando a su otro hijo.

—¿Y dónde podemos localizarla?

María del Carmen liberó una risa amarga.

—En el infierno, quizá. ¡Vaya usted a saber!

—¿Podría ser un poco más precisa?

—Hace años que no sabemos nada de esa zorra. Las últimas noticias que tuvimos de ella nos llegaron por carta del Juzgado, para desahuciarlos porque ella había hipotecado el piso y no había atendido los pagos...

—Nos largaron del piso en el que vivíamos porque había salido a subasta y ya tenía nuevo dueño. —Aclaró Luis.

Yo estaba bastante confundido. La historia comenzaba a casarme en parte, pero sólo en parte. Ahora cobraba lógica el hecho de que Joaquín telefonara obsesivamente a aquel número, dado que lo usaba una mujer posiblemente joven.

—¿Qué edad tiene Adela? —pregunté para asegurarme de que mis pensamientos marchaban por buen derrotero.

María del Carmen hizo memoria.

—Nació en agosto del 85. Entonces...

—Tiene veintiocho años. —Calculó José Manuel rápidamente.

Sí, sí que concordaba: mujer joven, quizá guapa...

—La tuve tarde —justificó María del Carmen— y no debí haberla tenido nunca. Es hija de un hombre que recaló en mi vida poco después de quedarme viuda. Se llamaba Enrique y no llegué a casarme con él porque él nunca me lo pidió, pero sí que reconoció a nuestra hija. Y, si malo era el leño, mucho peor fue la viruta. Los dos se llevaban bien. Eran uña y carne. Padre e hija. Satanás y su discípula.

No necesité simular interés porque realmente sentía interés. Por fin aparecía la pista de una mujer joven relacionada con Joaquín Perea, aunque esa relación estuviera tan alejada de sus últimos días de vida que hiciera imposible ligarla al asesinato de cualquiera de las maneras.

—Enrique murió a finales del año 2004 y Adela fue su única heredera. Si bien él había encontrado una zorra que calentara su cama, nunca llegó a tener hijos con ella. Adela era su única hija y a ella fueron destinados todos sus bienes: un piso en la calle Ferrocarril y creo que algún dinero, aunque desconozco la cantidad dado que Adela ya era mayor de edad y no me dio detalles de la herencia.

—¿Dijo usted en la calle Ferrocarril...? —interrumpí, lanzándome a comprobar las anotaciones de mi libreta.

María del Carmen asintió, confusa ante mi reacción.

—¿Vivía usted antes en el número 80 de esa calle?

—¡Pues claro, hombre! ¡De allí fue de donde nos echaron! Ya le dije yo que la zorra heredó ese piso, y creo que también algo de capital. Nadaba en dinero mientras nosotros malvivíamos en un piso de alquiler, que pagábamos religiosamente, eso sí, porque somos honrados; pero el día uno, después de la visita de doña Clotilde, la casera, chupábamos palillos para alimentarnos durante el resto del mes. Entonces le pedimos a la zorra que nos alojara en su casa, que tampoco era tanto pedir teniendo

en cuenta que la habíamos criado y educado cual princesa, había vivido en nuestra casa sin dar palo al agua desde que nació, y esa herencia le vino gracias a que yo hice de tripas corazón y me metí en la cama con el baboso de su padre...

María del Carmen detuvo el relato, lo dejó a la espera, en barbecho, para invertir los minutos siguientes mirando a través de la ventana. Y yo miré también, para averiguar qué era lo que había al otro lado de la calle que tanto acaparaba su atención; pero no había nada, sólo el cielo azul se divisaba desde la ventana de aquel quinto piso de las afueras de Valladolid, con vistas a campo abierto.

—¿Y...? —espeté al ver que la narración se había parado del todo.

—Y nos aceptó. A regañadientes, pero accedió. Claro que la muy puta ya tenía trazado su plan. Poco después, en Navidades de 2006 creo que fue, nos anunció que se iba a vivir con su novio. Y nos quedamos de piedra, pues no sabíamos que tuviera novio. Y de hecho creo que fue un invento suyo para llevar a buen puerto lo que vendría luego.

—¿Cree que no había novio, entonces?

Pregunté, con la intención de hacer un poco de tiempo mientras lanzaba suposiciones al galope: a ver si ese «novio» era Joaquín, a ver si Adela era la misteriosa joven amante que vivía con él. Eché más cuentas aún, y más rápido pues María del Carmen ya daba muestras de haber digerido la pregunta y parecía dispuesta a escupir la respuesta inmediatamente: en el año 2006 Adela contaba veintiún años, perfectamente podría encajar en la descripción que de la amante de Joaquín me habían aportado los vecinos: «era casi una niña».

—¡¿Uno?! ¡Habría cientos! Pero ninguno tan cabeza loca como para tomarla en serio, por supuesto. La cuestión fue que ella nos dijo que se iba a vivir con su novio, alguien a quien nosotros no habíamos visto aún ni llegaríamos a ver jamás. El caso es que ella se fue y nosotros continuamos viviendo en su casa, sin más. Después de marcharse sólo la vimos en dos ocasiones más, que vino a buscar ropa a casa. Entró, cogió lo suyo y salió. Pero a finales de abril de 2008 nos llegó la dichosa carta del Juzgado, donde se nos comunicaba que debíamos abandonar el piso debido a que había salido a subasta y ya tenía nuevo dueño. ¿Entiende ahora las malas artes de esa zorra?

Y yo, que aún no había conseguido ver dónde estaba el truco, negué con la cabeza.

—La fulana se las trae. ¿Qué había tramado para echarnos de su casa? Pues algo tan sencillo como solicitar un préstamo muy gordo, ofreciendo el piso como aval, en hipoteca. Después se quedó con el dinero, no atendió el préstamo y el Banco embargó el piso y lo sacó a subasta. Y nos echaron de allí porque lo había comprado otra familia. ¿Lo coge ahora?

Asentí, asombrado.

—La zorra sabía que, o nos echaba, o tendría el piso ocupado para los restos, porque lo cierto es que nuestras pequeñas pensiones no alcanzan para tener una

vivienda digna y, además, comer. Y no hablo de filetes, no por Dios, sino de algo de sopa y arenques...

María del Carmen volvió a exhibir su amarga sonrisa. Hablaba sin apenas fijarse en mí, vomitando su dolor en un monólogo incesante. La interrumpí.

—¿Recuerda los datos de su hija?

—¡¿Cómo olvidarla?! Trabajo me costó parirla, penurias criarla y sinsabores vivir con sus desprecios y malas artes. Se llama Adela Rey González, nacida el día 10 de agosto de 1985.

Anoté.

—¿A qué se dedicaba su hija?, ¿estudiaba?, ¿trabajaba?, ¿o ninguna de las dos cosas?

—La zorra trabajó durante un tiempo en una tintorería, un año o algo así..., después dijo que había encontrado maromo y ya sabe usted... —respondió Luis desde el catre donde continuaba tumbado.

Mientras tanto yo trataba de hilvanar los retazos de información recibidos aquí y allá, pero no conseguía casar bien las piezas. Adela daba el perfil para ser la amante que Joaquín tenía a fecha de su muerte, pero yo creía recordar que Urbano y su mujer me habían dicho que la joven que estaba con «el de los seguros» no trabajaba sino que «vivía del cuento».

—¿Conserva usted alguna fotografía de Adela? —pregunté a María del Carmen.

Entre que me llegaba la respuesta y no, rebusqué en las entrañas de la abultada carpeta que últimamente hacía tantos kilómetros como yo. Allí, junto con toda la documentación del caso del «emparedado», guardaba los fotogramas que nos habían enviado desde el Banco Santander.

—No nos ha quedado nada suyo, ni falta que hace.

Con una sonrisa que se deshacía por las comisuras, María del Carmen trataba de extinguir el amargo desprecio que la devoraba por dentro. Absorta, miraba hacia el catre donde descansaba su hijo y lo hacía como si estuviera tasando el valor exacto de lo único que la vida le había dejado tras su paso. Tal vez por eso tardó en centrar su mirada en aquellos papeles que yo le estaba poniendo delante.

—¿Podría ser esta su hija?

Y cuando lo hizo, María del Carmen arrancó las páginas de mis manos, con urgencia, con ganas. Ajustó las gafas, arrugó el entrecejo y enfocó toda su atención.

—Podría ser..., le da un aire... aunque, si es ella, hay que reconocer que ha mejorado mucho.

El gesto rápido y despectivo que María del Carmen usó para devolverme las cuartillas contradecía la emoción y el orgullo que su mirada era incapaz de ocultar. La emoción que, con independencia de las circunstancias que hubieran envuelto la separación, siente cualquier madre al volver a tener noticias de su hija después de un largo periodo de ausencia. En ese momento supe que existían muchas posibilidades de que Adela fuera aquella mujer cuya imagen habían captado las cámaras de

seguridad del Banco Santander, pero lo que yo no lograba comprender era qué hacía la amante ingresándole mil euros a la viuda de Joaquín Perea. En ese momento, tomando en consideración el intenso tráfico de llamadas telefónicas del teléfono de Joaquín, supuse que Adela había sido la amante de tiempo atrás, la que había pasado a la historia muchos meses antes de que Joaquín fuera asesinado y que después había sido sustituida por otra joven, esa de la que Urbano hablaba y que, muy al contrario de la hija de María del Carmen, no trabajaba y «vivía del cuento». Extendí el brazo hacia el otro lado para que Luis también pudiera valorar los fotogramas. Y Luis, que ya iba por el tercer cigarro, no dudó.

—¡Es ella! ¡Es la Adela! Lo tengo más claro que el agua. ¡Maldita zorra! ¿En qué andará metida ahora?

Desde su acomodo, María del Carmen se apresuró a recriminar la exhibición de certeza de su hijo.

—¿Cómo puedes asegurarlo? Hace años que no la vemos, puede haber cambiado mucho...

Las fotografías impresas en blanco y negro mostraban a una joven desde la distancia, con los rasgos faciales un tanto desdibujados. María del Carmen afirmaba que se trataba de una mujer similar a su hija en complexión, cabellera y estilo, pero que no podría afirmar que fuera ella. Para mí, en cambio, la conjetura se aproximaba a la certeza con cada intervención de María del Carmen, a quien el instinto de madre obligaba a podar cualquier brote de sospecha que creciera entorno a su hija.

—¿Han venido ustedes hasta aquí en busca de Adela?

—No, señora, ni siquiera sabíamos de su existencia. Vinimos porque necesitamos hablar con el titular del número de teléfono móvil que le mostré.

—Pero si traían fotos de ella y todo..., seguro que la andan buscando y no será precisamente para hacerle un regalo...

Luis se levantó con desdén, lanzó un bufido dirigido a su madre y después se metió en su habitación.

Cuidadosamente, recogí los fotogramas tratando de reincorporarlos a su lugar habitual dentro de la carpeta. Entretanto, aproveché para hacer saber a María del Carmen que, por el momento, habíamos terminado, pero que quizá fuera necesario ampliar información mediante una nueva visita de las mismas características. Ella improvisó un gesto de resignación y volvió a centrar su mirada en la ventana. En esos medios, su hijo regresó y, de camino hacia su camastro, puso algo en mis manos a la par que uno de sus dedos índices se atravesaba en su boca exigiendo discreción. Disimuladamente, yo cogí el sobre que me entregaba y lo guardé entre los papeles de mi carpeta asegurándome de que María del Carmen, que parecía absorta desempolvando viejos recuerdos, no se percatase de la transacción. Luis volvió a acomodarse en la poltrona como si nada.

A continuación, y dado que ninguno de los dos parecía dispuesto a levantarse para hacernos de guía hasta la puerta, me despedí cortésmente antes de adentrarme,

seguido de José Manuel, en aquel pasillo oscuro y desnudo que nos llevaría hasta la salida.

En el calle, el frío invernal aderezado con algo de polución nos pareció un regalo en comparación con la atmósfera insalubre que dominaba la vivienda de María del Carmen.

—No entiendo por qué los Servicios Sociales no se hacen cargo de estos dos. —Opinó José Manuel.

—Porque seguramente habrá casos mucho peores y urgentes. —Respondí yo.

Antes de subirme al coche, intrigado, rescaté el mugriento sobre que me había entregado Luis y lo abrí con premura. Su interior contenía la fotografía de una joven, en tamaño carnet, que se immortalizaba entre asustada y divertida a la espera de recibir los disparos del fotomatón. Inconscientemente, miré el dorso de la fotografía. «Adela Rey González» decía una caligrafía deforme. José Manuel se aproximó a mí para comprobar qué era aquello que yo estaba mirando con tanto interés, y se me acercó tanto que pude escuchar el ritmo de su respiración, inhalar una pequeña dosis de su perfume y sentir el calor de su brazo pegado al mío, traspasando varias capas de prendas para llegar cálido hasta mi piel. Turbado, saqué los fotogramas y José Manuel arrimó también la cabeza para compararlos con la fotografía tamaño carne. El roce fortuito desenterró recuerdos que yo me empeñaba en sepultar a toda costa, evocaciones que ametrallaban los cimientos de mi existencia, asediada por los principios que desde pequeño me habían inculcado, condenada a vivir entre muros.

—Tenía razón la señora, le da un aire pero no se puede asegurar que sea ella. —Dictaminó José Manuel tras un minucioso examen en el que había contrastado las formas del mentón y nariz principalmente.

—Chicas de estas características hay miles y, además, esta lleva gorro y gafas de sol... —aclaré, señalando los fotogramas—. Pero vamos a visitar a Urbano, a ver si reconoce a esta, la que nos dio Luis, como la chica que vivía con Joaquín. En esta foto, Adela tendría... no sé... ¿dieciocho?, ¿veinte como mucho?

—Mas o menos, año arriba año abajo... Urbano es buen observador y, si es ella, se acordará sin duda.

Y Urbano no nos defraudó, emitió su veredicto tras escasos diez segundos de observación: era ella, sin duda alguna, era la joven que vivía con Joaquín. Un par de minutos más tarde, su esposa lo secundó ofreciendo en aval algo para ella tan importante como que «pondría la mano en el fuego». En cambio, cuando yo quise apuntalar mejor el reconocimiento mostrándoles también los fotogramas recientemente enviados por el Banco Santander, ambos se apearon de la certeza, aunque aseguraron que «podría ser», que «tenían el mismo aire... pero...».

Pero ya teníamos, al menos, una pieza del puzzle: Adela Rey González, la hija de María del Carmen, era la joven que vivía con Joaquín a fecha de su muerte. Podría

ser que también fuera la mujer que, años después, ingresaba dinero en la cuenta de la viuda, pero eso de momento sólo eran suposiciones nuestras, conjeturas como la mayor parte de los datos que manejábamos.

—Nuestra siguiente misión consiste en localizar a esta mujer. —Dije a José Manuel una vez hubimos dejado atrás el edificio—. No sabemos si es Adela la que ingresa los mil euros mensuales, probablemente si o quizá no; pero lo que sí sabemos es que vivía con Joaquín cuando lo asesinaron. Entonces, caso de que ella no haya corrido la misma suerte, que no se encuentre por ahí en alguna casa vigilando el guardarropa como hacía Joaquín; entonces, ella sabrá quién lo hizo, cuándo, cómo y por qué. No puede ser que compartiese piso con él, que lo hayan matado y emparedado en su casa, y ella no sepa nada de eso. Sino... ¿por qué demonios ha desaparecido? Además, tienes que encargarte de confeccionar un Acta de reconocimiento fotográfico con nueve fotos de chicas parecidas a Adela, mostrárselas a estos dos y que la firmen. Nos interesa también asegurar la investigación, judicializar todo cuanto vayamos obteniendo.

Con el primer dato positivo conseguido, José Manuel pareció tomar impulso y ganas. Corrió hacia el vehículo policial que nos esperaba aparcado frente al edificio, saltó al volante y me recomendó que nos diésemos prisa, que el reconocimiento fotográfico había que hacerlo en «caliente», antes de que Urbano y su esposa tuvieran tiempo de meditar y de, quizás, echarse atrás; que un asesinato son palabras mayores y que tal vez los ancianos tuvieran miedo a represalias, o acaso alguien se nos adelantara para hacerles saber que, caso de cooperar con la Justicia estampando su firma en algún documento, su peregrinación por los Juzgados para ratificarse o contradecirse jamás tendría fin.

Me subí al coche, dispuesto a no perder un minuto y a aprovechar que la buena voluntad deseaba echar raíces en uno de mis subordinados más rebeldes.

—Lo haremos así: tú te encargarás del reconocimiento fotográfico y de enviarlo después al Juzgado, ya firmado. Mientras tanto, con la ayuda de los demás, yo intentaré localizar a Adela por todos los medios.

José Manuel esquivaba coches y cruzaba semáforos en ámbar para llegar al despacho cuanto antes, pero no me respondió inmediatamente. Lo hizo, en cambio, cuando nos apeamos.

—Manos a la obra, Alfredo, yo con el Acta y vosotros a buscar a la tía esa. Me imagino que estará por Madrid, al menos es allí donde hace los ingresos.

—Madrid es muy grande. —Completé con una mueca irónica, tan débil como amarga.

De Madrid guardaba yo un baúl lleno de nostalgia: estampas de un amor caduco, sabores, olores y recuerdos de momentos y de presencias. Fantasma que de vez en cuando me visitaban para intentar convencerme de que cualquier tiempo pasado había sido mejor.

Una vez en la oficina, supuse tan sencilla la labor de localizar a aquella mujer que preferí no molestar a los demás, sino dejar que continuaran con los trabajos que llevaban a cabo en ese momento y ocuparme personalmente en dar con el paradero de Adela Rey González.

Nacida a mediados del año 1985, contaba veintisiete años caso de continuar con vida y, por lo tanto, dispondría de vehículo propio, viajaría a menudo, renovaría su documentación puntualmente, y hasta incluso pudiera darse el caso de que hubiera cultivado enemigos a profundidad suficiente como para que le brotaran denuncias aquí o allá. Datos todos ellos que no escaparían a la tupida tela de araña tejida por las aplicaciones informáticas policiales. Pudiera ser que su actual ubicación fuera un misterio para su madre y medio hermano, pero no lo sería para la policía.

Puse en marcha el ordenador con la convicción de que el primer acercamiento tendría lugar dentro de los dos minutos siguientes, antes incluso de recurrir a nuestras bases de datos. Escribiría su nombre y apellidos en el buscador de Google y allí aparecería. Cualquier persona de esa edad tiene uno o varios perfiles en las redes sociales y constantemente los bombardea con fotos, problemas menores, viajes, discusiones, flirteos y chorradas. Facebook, Twitter, Instagram... cualquiera de ellas, o todas juntas, me ayudarían a componer un perfil básico de la mujer que estábamos buscando. Una vez obtuviera ese perfil, ya habría llegado el momento de acudir a nuestros programas informáticos para extraer datos más concretos y fiables. Escribí el nombre entre comillas (para acotar resultados e ir más rápido) y le di al «intro» mientras desviaba la mirada (y el brazo) para tomar lápiz y papel con los que anotar las referencias que el buscador me entregaría inmediatamente. Pero cuando volví la vista a la pantalla apenas pude creer lo que me ofrecía: ¡no había resultados! Comprobé si había escrito bien el nombre. Dos, tres veces. Estaba bien, no había error. Adela Rey González, caso mantenerse aún con vida, parecía hacerlo bien alejada de la modernidad: no navegaba por Internet, no al menos con su nombre real. Un par de puñetazos sobre mi mesa siguieron al desengaño y captaron la atención de los policías que trabajaban al otro lado del cristal. María fue la primera en acudir en mi rescate.

—No hay nada sobre ella en Internet. —Me lamenté como un niño que encuentra las zapatillas vacías el día de Reyes.

—Una verdadera lástima porque las redes sociales se han convertido en una buena fuente de información. Quien más quien menos siente la tentación de compartir fotos de viajes, eventos familiares y hasta se puede hacer un completo seguimiento del «noviómetro». Prueba con otras cosas.

María me sonrió y regresó a sus quehaceres, no sin antes tranquilizar a los otros dos: al jefe no le ocurría nada, sólo una piedra en el camino, nada que no se pudiera solucionar. «Cosas de chiquillos» comentó Eduardo por lo bajo. Una frase que él supuso se dispersaría por la estancia antes de alcanzar mis oídos pero que, no obstante, me llegó completa y clara, y me puso la sangre a hervir, pero me callé porque no estaba dispuesto a investir aquel capote. Simplemente, continué con lo mío. «Seguro que tiene coche. Ya es raro encontrar a una chica joven que no tenga Facebook, ni Twitter, ni Instagram, pero coche...»

La policía dispone de una completa y actualizada base de datos sobre vehículos, conectada directamente a la Dirección General de Tráfico, donde a Adela Rey González no le figuraba vehículo alguno en su haber. Tampoco lo había poseído en el pasado. Si tenía, en cambio, permiso de conducir en vigor.

Adela se había blindado contra el mundo moderno.

—¡Tampoco tiene coche! —grité para que me oyeran los otros tres.

Esa vez fue José Manuel quien acudió. Eduardo permaneció al otro lado, meneando la cabeza.

—Pues si es la de los fotogramas no creo que esté desempeñando funciones de guardarropa, al menos hace unos días no lo estaba... —aseguró José Manuel a la par que me guiñaba varias veces el ojo derecho.

—No creo que sea la chica de los fotogramas, quizá guarde un considerable parecido físico con ella, pero yo creo que Adela está custodiando algún ropero por aquí, por Valladolid; y el coche de Joaquín haciendo veces de pecera en el fondo de algún estanque de difícil acceso. Es muy, pero muy raro que una chica de esa edad no tenga coche ni perfil en Internet. —Apuntaló Eduardo, que había escuchado el comentario de José Manuel.

—Es lo más probable, pero también es posible que continúe con vida en algún lugar y, si es así, nos sería de gran ayuda dar con su paradero. Hay que ir a la Seguridad Social, a ver si desempeña o ha desempeñado algún trabajo. Y al Registro de la Propiedad...

—Haber si tiene o ha tenido propiedades a su nombre. —Completó José Manuel, sin reparar en el gesto serio con el yo le recriminaba su interrupción.

—Eduardo, María, dedicaros a eso durante el día de hoy. José Manuel está con el Acta de reconocimiento y yo voy a ver qué dan de si los registros de hoteles y aeropuertos.

—Jefe... hoy es sábado. Las oficinas estarán cerradas.

Esgrimí un gesto de resignación. Lo había olvidado completamente. Ya no sabía en qué día vivía, y eso era lamentable. Saqué mi dado del bolsillo, lo necesitaba más que nunca. Aquel llavero, regalo de mi madre, se había convertido en mi mejor antídoto contra el estrés. Parecía rígido pero era flexible, en el punto idóneo: ni mucho ni poco sino lo necesario para que yo tuviera que hacer un «pelín» de fuerza al estrujarlo con la mano. Parecía grande, pero tenía el tamaño ideal: lo podía guardar

fácilmente en el bolsillo y a la par se amoldaba a la perfección a mi puño cerrado. Parecía áspero pero era suave, y ejercía un agradable cosquilleo entre mis dedos al aprisionarlo. Era perfecto.

—A primera hora del lunes, pues. —Acordé.

Mi ordenador no se resistía a arrancar pero, una vez lo hacía, se mostraba cansado y avanzaba despacio, como si reclamara una jubilación bien merecida después de años trabajando duramente al servicio de la policía. Mientras estrujaba la memoria buscando lo que yo le había pedido, aproveché para comprobar si había llamadas o mensajes entrantes en mi teléfono móvil. Nada de nada. Cero llamadas, cero mensajes. Tenía que desterrar esa obsesión. Caso de que alguien me llamase, caso de que Máximo me llamase, yo escucharía el sonido reclamando mi atención, que para eso lo había puesto lo más alto posible y con aquella música estridente a la que resultaba imposible obviar. Pero con cada nueva comprobación y cada nuevo fiasco, yo sentía que la posibilidad de que Máximo se pusiera en contacto conmigo se iba alejando cada vez más, y ya estaba desesperado, tanto que mi orgullo y mi determinación inicial se habían ido diluyendo durante largas noches en vela e interminables días de espera. ¿No tendría que ser yo quien levantara primero el teléfono? Máximo había venido para tomar un café conmigo y yo había sido descortés con él. En un arrebato de decisión busqué su número en la agenda del teléfono, dispuesto a dar el primer paso. ¡Mierda! ¡Lo he borrado! En un arranque infantil había eliminado el único número que importaba en aquella estúpida lista de contactos. Di un puñetazo en la mesa. ¿Ahora qué? Ahora a esperar. No, no, no, a esperar no. Ese número tiene que figurar en las facturas. Cuando llegue a casa me haré con él.

—¿Otro palo en las ruedas, jefe? —preguntó Eduardo, alertado al escuchar mi tercer sonoro puñetazo a la mesa.

—Este maldito trasto, que va muy lento. —Me justifiqué.

El escudo dorado acaparaba las tres cuartas partes del escritorio de mi ordenador. Más allá de sus límites, sobre fondo azul, aparecían los iconos que dan acceso directo a las distintas bases de datos con las que trabaja la policía. En esta Institución nada pasa de largo, nada termina en la papelera, todo tiene alguna utilidad y, si no la tiene ahora, puede tenerla mañana, dentro de un año, o de diez... Todos los datos que miles de agentes recaban diariamente durante su jornada laboral desembocarán irremediabilmente en alguno de aquellos mares de información. Los que aportan los ciudadanos, también. Números de documentos de identidad, de teléfono, de la calle donde viven, matrículas de vehículos..., todo, absolutamente todo, vierte en «Berta», la gran computadora que desde El Escorial recibe, procesa, aglutina y redistribuye toda la información recibida. Resulta prácticamente imposible que alguien puede pasar desapercibido para la cotilla de «Berta». ¿Quién no ha formulado una denuncia alguna vez en su vida?, ¿quién no ha comprado un coche, no se ha hospedado en algún hotel, empeñado alguna joya, viajado al extranjero, extraviado la

documentación...? Adela. Adela Rey González parecía ser la única persona a quien «Berta» no había llegado a conocer.

—¡Aleluya! —grité al comprobar que ni siquiera Adela lo había conseguido, y salí disparado como una flecha para compartir la información con los otros tres.

—¡Renovó el documento de identidad el día 14 de agosto de 2009, en Madrid! —comenté.

—Luego parece ser que no está muerta. Al menos no lo estaba en esa fecha...

—Por esa fecha Joaquín llevaba más de un año en el armario. Tendremos que revisar todas nuestras hipótesis porque ya no sirven, las bases sobre las que nos sustentábamos hasta ahora se han desplazado varios metros.

Ellos parecían no comprender qué era lo que había cambiado y me miraban como bobalicones.

—Estábamos dando por hecho que Joaquín era miembro de alguna organización, ya fuera de drogas, trata de blancas, o lo que fuera; que algo ocurrió y que sus hasta entonces amigos o colaboradores decidieron quitarlo de delante... —expuse, paseándome con brío de un lado al otro, mirando directamente al suelo, con las manos hundidas en los bolsillos y mi dado entre los dedos de la derecha.

—Bueno, eso lo dimos por hecho cuando vimos la casa en la que vive la viuda, pagada en mano por Joaquín. Después también están los ingresos de mil euros mensuales..., esa forma de proceder no es propia de un particular sino de una organización criminal. —Apuntó inmediatamente José Manuel.

—También estábamos dando por hecho que la mujer que vivía con él, que ahora sabemos era Adela Rey González, necesariamente había tenido conocimiento de la muerte de Joaquín y del lugar dónde lo «enterraron», ¿no os parece? —intervine de nuevo, sin detener mi caminata, que me ayudaba a concentrarme.

—Por lógica, sí.

—¿Y lo lógico no sería que la asesinasen también a ella, para que no se fuera de la lengua?

—Sería lo lógico, caso de que ella fuera inocente, pero... ¿y si ella también formaba parte de esa organización, si estaba metida hasta el cuello?

—¡Hay que encontrarla como sea!

Regresé inmediatamente a mi despacho y cerré la puerta de golpe. Acababa de gestar varias nuevas hipótesis, pero también acababa de dar a luz a una idea que, al menos, aclararía una de mis dudas personales, la más importante de todas. No podía continuar así. En mi mente, como gaviotas enloquecidas, volaban mil estampas del pasado, mil sentimientos que chocaban entre sí sin que yo los consiguiera manejar. La angustia me carcomía, no me permitía concentrarme en mi trabajo y vivía acribillado a recuerdos. Mis desavenencias con Máximo eran un fondo de pantalla en mi vida, siempre ahí, siempre presentes y, aunque no siempre ocuparan el primer plano, si que las tomaba en consideración a la hora de pulsar uno u otro de mis iconos, con la

repercusión que ello conllevaba en mis actuaciones posteriores. Debía poner solución a mis problemas personales cuanto antes.

Durante mis cortos paseos en la oficina de al lado, había caído en la cuenta de que mi compañía de teléfono también libraba facturas digitales y de que yo disponía de clave y contraseña para acceder a la web de la compañía. Ilusionado, creyéndome a un «tris» de recuperar a Máximo, no dudé en cerrar inmediatamente todos los programas policiales para dejar vía libre en mi pantalla y meterme rápidamente en Internet. A la espera de que se abriera la página, yo sudaba y sentía frío al mismo tiempo, estaba emocionado ante la perspectiva del probable reencuentro y temía el también posible rechazo. Entré, al fin, en la web, en mi página de cliente, y ahí estaba el número más repetido en aquella factura digital del anterior mes, el que yo estaba seguro le pertenecía a Máximo. Me apresuré a anotar los nueve dígitos que me llevarían hasta él y rápidamente descolgué el auricular pero después, cauteloso, ralenticé las pulsaciones en el teclado y dudé un momento antes de continuar marcando. Había dejado de fumar y, movido por un impulso, me dirigía al estanco para comprar una cajetilla. ¡No, no, no! ¡No era lo mismo! Era diferente. Esto era pasión, no vicio; y, aunque las pasiones puedan desembocar en desengaños, tragedias, frustraciones, como yo muy bien sabía, renunciar a ellas era morir... como yo muy bien sé. ¡Qué tontería comparar lo nuestro con el mono de un fumador! Con decisión marqué el resto de los dígitos y la línea comenzó a emitir el inconfundible sonido de la llamada. El corazón en un puño, el dado en la mano derecha. Jamás volvería a desprenderme de aquel número. Ya iban tres timbres y nadie me respondía. Si me contestaba, jamás me volvería a avergonzar de él. Cuatro. ¿Cómo era posible que no cogiera el teléfono? Él, que siempre lo tenía a mano. Cinco. Máximo no deseaba hablar conmigo. Seis. Todo había terminado entre nosotros. Siete. Avisté treinta años de soledad en mi horizonte. Al octavo escuché su dulce voz y respiré hondo.

Colgué al cabo de veinte minutos de tensa conversación en la que si bien Máximo no había rendido fácilmente sus ejércitos, sí que había dejado entrever que, de momento, no tenía previsto proteger sus flancos contra mi invasión y que me dejaba vía libre hacia la reconquista de su corazón. A la par yo tomé conciencia de que aquella conquista me obligaría a ceder mucho de mi terreno y que me costaría tiempo y esfuerzo volver luego a colonizarlo de nuevo, pero... (¡qué demonios!) ¡valía la pena! Sonreí, cerré los ojos y me recosté en el sillón. Ahora ya podía concentrarme plenamente en la investigación. ¿Sería la felicidad aquella inmensa dicha que sentía en esos momentos? ¿Se trataría realmente de esa joya que el ser humano pasa la vida buscando? Era como si, de repente, mi vida se hubiera llenado de luz: una luz cálida, ambarina, que desprendía un calor confortable. Ni tibio ni abrasador sino confortable. Y esa luz se colaba en mi interior a través de cada poro de la piel, anegándome por dentro; y alcanzaba mi alma, y la elevaba varios metros por encima del suelo. ¡Dios, qué sensación tan maravillosa!

Conseguí quedar con Máximo al día siguiente, domingo. Sólo para tomar un café como amigos, pactó él. Por supuesto, accedí yo. Pero algo falló en nuestro intento de poner puertas al campo y el encuentro fue similar a muchos de los anteriores: miradas prolongadas, mercadeo de sonrisas por encima del hombro y flirteo por un tubo. De esa guisa, la mañana del lunes, algo más tarde de lo acostumbrado, acudí al trabajo sin haberme apeado aún de la nube. Entré con brío, con la cabeza bien alta, feliz, contento, hecho un *dandy*, pero no había nadie en el despacho, nadie ante quien exhibir mi felicidad recién estrenada. Me extrañó en principio, luego recordé que les había encomendado unos trámites en la Seguridad Social y en el Registro de la Propiedad y, previendo que la cosa iba para largo, decidí aprovechar el momento de soledad (en una comisaría, momentos así escasean tanto como el agua en el desierto) y corrí a encerrarme en mi «pecera» para saborear gratos recuerdos y revivir cada momento de aquel maravilloso fin de semana. Y estaba a punto de estallar de júbilo cuando la puerta se abrió de repente: Eduardo y María entraban sombríos, desanimados.

—En la Seguridad Social y en el Registro no hay nada de nada. Adela ha trabajado en la tintorería Blanco, que está muy cerca del piso donde vivió Joaquín, pero eso fue hace varios años, después nada, no volvió a trabajar, no se le conoce oficio ni beneficio; aunque, si continúa vivita y coleando, alguien tendrá que mantenerla...

Eduardo parecía enfadado y a mí me resultaba incomprensible que alguien pudiera estar encrespado en un día tan soleado, tan despejado, tan maravilloso. Un día precioso que había emergido en mitad del invierno para inundar la ciudad de luz y de colores que se iban deshaciendo en fragmentos, como en un caleidoscopio.

—Tranquilo, Eduardo, tranquilo. Daremos con ella.

Respondí con una sonrisa y un contento que fueron recibidos con caras de asombro. María se apresuró a colocar su melena y a tirar del jersey hacia abajo para tapar mejor la cadera y las cartucheras que la flanqueaban. Luego me sonrió también.

—¿Quién sabe más de las personas, además de nosotros? —les pregunté a modo de adivinanza.

Nadie me respondió.

—¿Le ocurre algo, jefe? Parece que le noto a usted raro esta mañana.

Eduardo se mostraba visiblemente preocupado.

—¡Los bancos! ¡Los bancos conocen toda nuestra vida! Uno puede pasar de Internet, de viajar, de denunciar al vecino aunque lo robe, puedes pasar de todo lo que tú quieras... ¡pero no de los bancos! —exclamé yo, levantándome del sillón como activado por un muelle.

Ni Eduardo, ni María, ni mucho menos José Manuel, que acababa de llegar y también se había sumado a la reunión, salían de su asombro. Pero no replicaron. Sus caras me pedían que continuara, que terminara de soltar mi desvariada perorata, si es que no había que ingresarme primero en manicomio. Y yo, tras haber protagonizado aquella escena que me convirtió inmediatamente en protagonista de lo que quedaba de obra, me senté cómodamente sobre una de las mesas, y continué.

—Aunque Adela no trabaje, aunque Adela carezca de vivienda propia, de coche, de todo..., comer, lo que es comer, tiene que hacerlo y a diario. Y para comer hay que disponer de dinero porque está la vida muy cara. Y el dinero se gestiona en los bancos. Sí, estoy de acuerdo en que también puede tenerlo en casa, en un caletín, pero casi todo el mundo opera con los bancos. Y ellos lo saben todo de nosotros: saben dónde vivimos, nuestro número de teléfono, en qué establecimientos compramos, qué metemos en el carro de la compra, si viajamos y a dónde, nuestros vicios..., ¡absolutamente todo! Con sólo teclear un número, el del carné de identidad, aparecen los extractos y... ¡zas! —lancé una palmada al aire, para recalcar mi parrafada— tienen vía libre para saber cuánto tenemos y dónde lo gastamos.

—Razón no le falta a usted, jefe. —Convino Eduardo.

—Pero... ¿qué banco, de los muchos que existen, habrá elegido Adela para compartir su vida? —interrogó María.

Y yo, que aún no tenía respuesta a esa pregunta y que para ese día había elegido pantalón vaquero gastado, jersey de lana azul claro y chaleco de Levy's, me apeé de la mesa para comenzar a pasearme por delante de ellos, de un lado al otro, yendo y viniendo, sonriente, contento, luciendo palmito sin preocuparme demasiado por averiguar de dónde iba a obtener las respuestas a todas mis incógnitas. Pero... ¿qué importaba eso?, la vida era maravillosa, se mirara desde el punto que se mirara. Continué.

—Por supuesto, no sabemos con qué banco opera Adela, pero nos dirigiremos a las dos principales procesadoras de pago con tarjeta de crédito: Visa y Mastercard. Y probaremos suerte hasta ver si Adela se mueve con alguna de esas dos. Tenéis ahí los teléfonos. —Aseguré, señalando hacia una carpeta azul que había en la estantería de la izquierda—. Informaros a ver cómo solicitamos esos datos.

—Pero jefe..., si no trabaja ni tiene ingresos, tampoco podrá tener cuenta bancaria..., ¿cómo lo justificaría ante Hacienda?

En ese momento mi teoría se derrumbó como un árbol al que le hubieran talado la base y salí por la única vía que me quedaba libre: hacer valer mi condición de jefe.

—Hay que solicitarlo de todos modos, hasta ver si eso nos aporta algo.

Y, sin más, volví a encerrarme en la «pecera» sintiendo en la espalda tres miradas incrédulas.

«¿Le enviaré un WhatsApp? ¿Podríamos quedar esta misma noche? Ayer se le veía dispuesto. No dijo que no. Tampoco dijo que sí. No podía decir que no ni que sí porque nada le dije al respecto. ¿Qué hago?»

El teléfono me bailaba en la mano. ¡Maldito cacharro! Facilita la comunicación en cualquier tiempo y lugar, pero también la enfría. Sin pensarlo dos veces escribí un mensaje ligero en palabras pero cargado en urgencia y deseo; y aguardé la respuesta de pie porque la emoción me exigía estar preparado para dar el salto de alegría si era preciso, para derrumbarme si se daba el caso. Las dos barritas me indicaron enseguida que Máximo había recibido el mensaje y, sin quitar ojo de la pantalla, esperé una respuesta que preveía inmediata. Pero la contestación no llegaba. Uno, dos..., diez lentos minutos transcurrieron y el teléfono seguía callado. Me senté a esperar, más que nada porque aquellas cotillas paredes de cristal se estarían preguntando qué demonios hacía yo allí de pie, mirando fijamente el teléfono durante tanto tiempo.

Una hora más tarde, Máximo rechazaba la oferta alegando «demasiado trabajo pendiente», y yo sentí que el deseo, en vez de aplacarse con la negativa, se inflaba como un globo aerostático. Espoleado por el deseo que me consumía e incapaz de aceptar una respuesta que se opusiera a ese deseo, envié otro mensaje de vuelta, esta vez preguntando abiertamente cuándo podría ser el siguiente encuentro. Necesitaba contar con una fecha y una hora a la que aferrarme para empezar a descontar los segundos que faltaban. Otro de regreso respondía que se había visto invadido por una repentina avalancha de trabajo extra y que, de momento, le resultaba imposible quedar conmigo. Yo sabía que Máximo se estaba haciendo de rogar. ¿Qué avalancha de trabajo extra ni que ocho cuartos? Decidí apostar fuerte: «ya he reservado el hotel, porque así será más romántico» aseguré, mintiendo como un bellaco. «Tendrás que anular la reserva» decía el que regresó al cabo de cinco larguísimos minutos en los que me vi engullido por mi propia mentira y buscando hotel a toda prisa y para esa misma noche. «Nos veremos y me cuentas cómo va tu investigación» decía el último de todos, el que llegó pasada la media hora desde que llegara el penúltimo, sin especificar dónde ni cómo ni cuándo sería el encuentro.

Al menos Máximo no se había negado, al menos había dejado la puerta entreabierta y a través de la rendija yo divisaba la posibilidad de un retorno dibujada en el horizonte. Quizá yo había ido demasiado lejos con lo del hotel, pero el deseo me consumía como fuego al papel. Tal vez simplemente debería haberlo invitado a tomar otro café, cerca de la comisaría esta vez, como a él le gustaba porque ese gesto implicaba aceptación, «salir del armario». Máximo me había estado pidiendo en silencio y a gritos que saliera del armario de una puñetera vez, que exhibiese nuestro amor ante el mundo, que lo presentase ante todos como mi pareja, pero yo no podía hacer eso. Podría presentarlo como amigo, como conocido, como pariente, como lo que fuera, pero no como mi pareja. ¿Qué opinarían mis jefes?, ¿qué dirían el comisario y el jefe de la brigada?, ¿y el jefe superior?, ¿y mi madre?, ¿qué diría ella? No, no podía ser. Tendríamos que vivir nuestro amor a escondidas. Tampoco era tan trágico. Desde que el mundo es mundo han existido los gays y las lesbianas, escondiendo sus sentimientos al resto de la humanidad. «¡Pero estamos en el

siglo XXI, no en la Edad Media!» me había respondido Máximo, llevándose las manos a la cabeza, en una de las muchas veces en las que el asunto había salido a relucir, generalmente entre sábanas calientes porque en sitio público ese tema estaba vedado por mí.

Lo que por esas fechas ya tenía yo claro era que por mí mismo no conseguiría extinguir el amor que me unía a Máximo; ese deseo irrefrenable de sentir su presencia física, de estar en contacto con él, de tocarle...; esa pasión, o se extinguía por combustión propia, por el tiempo transcurrido, por cualquier otra causa o, de lo contrario, me devoraría si me alejaba de él. Cuanto más me distanciaba del foco del incendio más me quemaban las llamas. Incomprensible. Jamás había sentido nada igual con ella, con mi ex novia, ni siquiera cuando el noviazgo comenzaba su andadura por los albores de la pasión. A ella la amaba a mi manera, pero no con el ardor que quema y mata, sino con el deseo que un ser solitario siente hacia otro aquejado del mismo mal.

Sin demasiadas ganas, con mis ilusiones desinfladas, me levanté del sillón, eché mano del plumífero que había dejado sobre una silla, de la funda de cuero y de la Heckler que guardaba en la taquilla, siempre bajo llave, comprobé que el arma llevaba el seguro accionado, la metí en la funda, ajusté la funda al cinturón y oculté todo tirando del jersey hacia abajo.

—Vamos a la tintorería Blanco, a ver que nos cuentan allí. —Le dije a María, en vista de que era la más desocupada en aquellos momentos.

Ella me puso ojitos y su rostro se iluminó con una sonrisa. María, con treinta años y sin pareja, me lanzaba indirectas con la mirada, se mostraba excesivamente solícita y procuraba hacerme de sombra a poco que la ocasión se le presentara. Era una policía eficiente y buena trabajadora, pero ella y yo circulábamos por distintas aceras.

La tintorería Blanco estaba situada al principio de la calle Esgueva, a unos trescientos metros del número 125, lo cual no me resultó extraño: quizá aquella tintorería en particular y la calle Esgueva en general habían conformado el escenario de la pasión y muerte de Joaquín Perea.

Aparcamos justo delante, sobre el bordillo, en previsión de que nuestra visita sería breve. Quizá allí ya nadie se acordaba de Adela o tal vez el negocio hubiese cambiado de dueño, lo más normal en tiempos convulsos, de crisis que abre y cierra comercios sin que apenas hayan tenido tiempo de posarse. Un letrero desgastado indicaba, sin embargo, que el negocio funcionaba desde hacía años bajo el mismo nombre comercial.

El interior del local era una cápsula cálida que desprendía olor a jabón, a ropa limpia y a vapor de agua. A la izquierda de la puerta de entrada, una chica de unos veinte años planchaba un pantalón negro con tanta parsimonia y delicadeza que parecía imposible que su trabajo resultara rentable para el negocio. De frente nos topamos con un amplio mostrador de madera lacada en color blanco, y detrás del mostrador una mujerona rubia con los labios gruesos y embadurnados de carmín rojo.

Me acerqué a ella y le pregunté por la dueña. La mujer me examinó detenidamente, tal vez tratando de calcular nuestras intenciones pues era evidente que no éramos clientes, ni habituales ni ocasionales. Las cuentas no le salieron y finalmente optó por preguntarnos quiénes éramos y qué deseábamos de la dueña. Por respuesta exhibí mi placa de policía, rehusando dar explicaciones a empleadas. Ella reaccionó echándose hacia atrás y poniendo su abultada delantera como escudo de protección, después nos miró con recelo una vez más y acto seguido se presentó como Adelaida Blanco, la dueña de aquella tintorería.

Sin añadir detalles ni detenerme en explicaciones, fui directo al asunto, a preguntarle por Adela Rey González. Y Adelaida no disimuló su aversión al escuchar el nombre de su antigua empleada.

—¿Por qué la buscan? —preguntó con suspicacia.

Aquella mujer era desconfiada a más no poder. Es la desconfianza el comodín del ganador, parecían decirme aquellos ojos entornados que intentaban escudriñar dentro de mis intenciones.

—Nos urge hablar con ella para esclarecer un tema que tiene pendiente con la Justicia. Nada importante, pero necesitamos dar carpetazo al asunto cuanto antes.

Nada más percatarme de que las palabras «urge» y «nada importante», en la misma frase, colisionaban sin remedio, añadí:

—Ya sabe como son los Juzgados... hacen una montaña de un grano de arena.

Adelaida me ofreció una media sonrisa que me indicaba que no era mujer dada a comulgar con ruedas de molino.

—Hace años que no sé nada de ella. En su día la acogí como empleada porque me lo pidió su padre, a quien me unía una gran amistad. —Justifiqué.

Una frase aliñada con algunos gestos de antipatía que bastaron para que yo me diera cuenta de que Adela Rey no era santa de la devoción de Adelaida Blanco.

—En principio bien, parecía modosita y trabajadora, pero luego... —añadió, dejando la sospecha por ahí, esparcida en el aire, para que yo la pillara.

—¿Durante cuánto tiempo trabajó para usted? —quise saber, tratando de imponer mis propios intereses.

Ella alzó la mirada al techo, como buscando la respuesta por allá arriba.

—Yo creo que fueron tres los años que estuvo aquí, pero tendría que comprobarlo para procurarles una respuesta más exacta. Si esperan un momentito...

No teníamos prisa y aceptamos la espera. Adelaida se perdió por un pasillo que zigzagueaba entre enormes lavadoras y secadoras que estaban trabajando a destajo, y María dio un paso a la izquierda para acercarse a mí.

—Debía tener gran deuda con el padre para emplearla durante tanto tiempo si tan holgazana era. —Susurró María a dos centímetros de mi oreja. Y noté ese aliento cálido, que yo asociaba con procaces y seductoras palabras pronunciadas por otra persona en otro tiempo y lugar, y tuve que respirar hondo para mantener el control a raya.

Regresó Adelaida sorteando bártulos propios del negocio y con una carpeta abierta que sostenía con ambas manos.

—Aquí entró el día 2 de enero de 2004 con un contrato indefinido y se marchó el día 30 de enero de 2007 porque le dio la gana. En total, estuvo algo más de tres años trabajando para mí.

—¿No justificó su decisión de abandonar el puesto de trabajo?

—No me dio motivo pero yo ya sabía la razón. —Aseguró con sonrisa pícar—. ¡Había pillado cacho! ¡Y qué cacho!

—¿A qué se refiere exactamente?

Adelaida apoyó medio cuerpo sobre el mostrador, como si lo usara de bandeja para depositar allí su enorme delantera; luego levantó su descarada mirada hacia mí para después pasearla hasta donde la chica estaba planchando, y a continuación respondió en voz baja como queriendo preservar sus palabras de la curiosidad de su empleada.

—¿En verdad no sabe usted a qué me refiero?

—Tengo una leve sospecha, pero le agradecería que fuera más explícita.

—Pues que encontró un maromo que la mantenía sin trabajar. ¿Qué va a ser sino? El inocente y bueno de Joaquín...

—¿Se refiere usted a Joaquín Perea Martínez?

—¡El mismo!, ¿cómo lo sabe usted?, ¿acaso lo conoce usted?

Afirmé.

—Joaquín era cliente, buen cliente, buena persona, un hombre distinguido, elegante, con clase y, sobre todo, con dinero. Y ella no perdió el tiempo, ya me entiende usted...

Fingí sorpresa y desacuerdo ante tan indecente conducta por parte de una jovencita, mientras deducía que Adelaida nada sabía sobre la muerte de Joaquín, cuyo nombre aún no había llegado a los diarios gracias al secreto del sumario. Supuse también que Joaquín, por el motivo que fuera, había tomado la precaución de no facilitarle sus señas a Adelaida; de lo contrario, a esas alturas, ella ya habría atado cabos.

—Se fue a vivir con él, de mantenida. —Murmuró Adelaida, escandalizada, abriendo los ojos como gritos, pero manteniendo el tono bajo para que las palabras siguieran sin alcanzar la esquina donde la empleada continuaba planchando con la cabeza gacha y, aparentemente, sin prestar atención a nuestra presencia.

Yo me tapé la boca, simulando contener una exclamación de asombro, pero encantado de que los recuerdos de Adelaida estuvieran impecables, de que no hubieran acumulado polvo con el paso de los años.

—¿Volvió a ver a Joaquín o a Adela desde entonces?

—A él lo seguí viendo durante un tiempo, aunque ya no era cliente. ¡Sólo faltaría que ella no sirviera ni para lavarle y plancharle la ropa! Y a ella también la encontré a veces por la calle. Pero ahora hace muchísimo tiempo que no los veo, ni al uno ni a la

otra. Creo que vivían por aquí cerca pero no sabría decirle dónde pues Joaquín nunca me dio su dirección ya que él mismo se encargaba de traer y llevar su ropa.

Aunque Adelaida se manifestaba dispuesta a alargar la conversación, yo aproveché para cortarla tan pronto la ocasión se me presentó propicia. Ya sabía cuánto necesitaba saber: que Adela era la mujer que convivía con Joaquín a tiempo de su muerte, que había dejado de trabajar, probablemente para dedicarse a otros menesteres mucho más fructíferos aunque menos legales y que era la pieza clave para averiguar lo que le había ocurrido a Joaquín, para desentrañar las cuatro incógnitas: por qué, quién, cuándo y dónde había sido asesinado Joaquín Perea.

Unos días después...

La música asaltó la habitación de repente, a traición. Desperté sobresaltado y me apresuré a extender el brazo para desconectar la alarma del reloj que en dígitos rojos, enormes, marcaba las siete de la mañana. ¡Menudo estruendo! Creía recordar que la noche anterior, cuando la había programado, no había dejado el volumen tan alto. Di media vuelta y me acerqué al centro de la cama, hasta topar con el cuerpo cálido y suave que ocupaba la otra mitad. Máximo dormía como un tronco, bocabajo, silencioso, inmóvil. Encendí la pequeña lámpara que reposaba sobre la mesita de noche y retiré las sábanas para observar el vaivén de su espalda subiendo y bajando acompasadamente por efecto de la respiración. Aquella situación, siempre que se daba, tenía algo que me abducía, obligándome a detener el tiempo para observarlo así, en esa posición, sin querer ni poder apartar mis ojos de él, atraídos por el magnetismo de las cosas que nos relajan y nos turban al mismo tiempo, como el sonido del silencio, el fuego de una hoguera o el mar en calma. Luego me senté en la cama, apoyado contra el cabecero, dispuesto a esperar diez o quince minutos, al cabo de los cuales lo despertaría para ducharnos juntos. A nuestro alrededor, la tenue luz dibujaba los contornos borrosos de una habitación decorada al estilo clásico, tan propio de Máximo: sifonier de cuatro cajones en madera de haya, mesitas y cama a juego, lámpara de araña y cortinas a rayas. Yo sentía preferencia por un estilo más moderno, con otro tipo de muebles, pero eso no era inconveniente para que me sintiese a gusto allí, durmiendo en aquella cama de metro cincuenta, siempre vestida con sábanas amarillas de puro algodón cien por cien. En comparación, mi cama-nido, estela de una adolescencia ya lejana, era tan incómoda como dormir sobre un par de sillas colocadas en hilera.

Los últimos tres días yo había regresado a casa de mi madre cada mañana, para cambiarme de ropa; y ella me estaba esperando con un tazón de café sobre la mesa, una sonrisa cómplice y un montón de preguntas que no se atrevía a lanzarme. Yo supongo que Florinda, a su vez, suponía que su único hijo (¡al fin!) había encontrado una mujer con la que rehacer su vida; y también que ella ya había empezado a soñar con ser abuela, con llenar su vida y su casa de risas, llantos y sonidos de pies descalzos correteando por los pasillos, de juguetes y trastos en lugares insospechados, de largas horas de espera en los límites de algún parque infantil; y de continuidad, al fin y al cabo. De esa fuente manaba la renovada vitalidad de Florinda y también la persistente sonrisa que ahora lucía.

Yo, en cambio, caminaba encorvado, arrastrando un sentimiento de culpabilidad que me impedía entrar con la cabeza en alto en la casa de mi madre. La certeza de que alguna anormalidad enfermiza sobrevolaba mi relación amorosa era para mí un lastre que acarreaba como si fuera una inmensa carga. En escasos meses había dado un portazo en la cara a todo mi ayer; había dejado de ser el aspirante a policía con novia formal a la espera de que las circunstancias se tornaran propicias para pasar por el altar y formar una familia, para convertirme de manera alternativa y paralela en un montón de hombres distintos. Hijo retornado al hogar, jefe del grupo de homicidios de la comisaría de Valladolid, codiciado soltero para las mujeres, amante de un hombre, indeciso a punto de salir del armario...

«¡Si ella supiera! ¿Cómo decírselo? De momento no es necesario, es mejor que siga en su engaño, primero tengo que aclarar yo las ideas. Quizá esto sólo sea un capricho. Yo no soy... no soy...» La palabra «maricón» pugnaba por abrirse paso en mi garganta y provocaba un daño insoportable. «Yo no soy gay. Tengo que aclararme. No se trata de ser homosexual o no, se trata de si quiero compartir el resto de mi vida con Máximo o no» pensé finalmente, en tanto mi madre me acercaba unas magdalenas de esas que a mí me gustaban, integrales, para no engordar.

Una hora después yo entraba en mi despacho sacudiendo con las manos el frío de la calle, que se había aferrado a mi abrigo marrón de buen paño y no parecía dispuesto a soltarlo, y hasta se había atrevido a escarchar un poco mi pelo recién engominado. Dentro me recibió un calor agradable, quizá un tanto excesivo, que me obligó a desprenderme del abrigo y a quedarme sólo con un fino jersey ajustado a mi cuerpo, en el que creo que María reparó de inmediato. Yo también había reparado en su blusa blanca con escote en forma de pico, y en el canalillo que asomaba por debajo. Era una estampa bonita, atractiva para la vista; pero no era nada más que eso. Seguí mi camino hacia la «pecera».

Sobre la mesa, en lugar destacado, me esperaban dos sobres ya abiertos que contenían las respuestas de Visa y Mastercard. «Luego Adela desafía al fisco con una cuenta bancaria. Pero... ¡ya era hora de que llegaran! Hace más de una semana que las hemos solicitado», pensé a la par que repasaba el calendario. Efectivamente, estábamos a martes, día diecinueve de febrero.

—¿Has visto las cartas? —me preguntó José Manuel desde su puesto.

—Sí, voy a ojearlas ahora. ¿Aclaran algo? —pregunté, dado que ya estaban abiertas.

José Manuel asintió doblemente.

Visa había expedido dos tarjetas a nombre de Adela Rey González. La primera de ellas en febrero de 2004, coincidiendo con el cobro de su primera mensualidad en la tintorería Blanco, estaba asociada a una cuenta del Banco Popular y ya había sido dada de baja; la segunda, contratada en fecha 22 de octubre de 2008, asociada a una cuenta de la entidad ING DIRECT.

Adela nunca había operado con tarjetas Mastercard, aseguraba el otro escrito, firmado y sellado con el logotipo de esa compañía.

Requerí a José Manuel y a María a mi presencia.

—Tú dirás, pero yo estaba ocupado. —Refunfuñó José Manuel.

Lo miré con severidad. Su carácter indisciplinado era incorregible. A veces, con el sermón adecuado y bien direccionado, conseguía aplacarlo durante varios días, al cabo de los cuales las aguas regresaban a su cauce y vuelta a empezar. Su carácter indómito no tenía disculpa ni remedio.

—Pues tendrás que dejarlo, dado que no es muy urgente porque, si lo fuera, yo lo hubiera sabido y no me plantearía impartirte la siguiente orden: tenéis que ir al Juzgado que entiende de esta causa y hacer los trámites para pedir información al Banco Popular. Ya sabéis que la juez está por la labor de facilitarnos el asunto y que estas Ordenes suelen concederlas en menos de una hora. Hay que pedir datos de la cuenta que Adela Rey González tenía en el Banco Popular. Nos interesa todo, absolutamente todo: fecha de apertura, extractos, fecha de cancelación..., pero sobre todo, domicilio.

María asintió reverencialmente. José Manuel miraba hacia el suelo, indiferente, visiblemente enfadado por las palabras que yo le acababa de dedicar.

—¿Has escuchado, José Manuel?

—Sí, claro, ahora mismo vamos. A lo que mandes y a como pagues, faltaría más.

Reaccioné demasiado tarde, cuando ya salían por la puerta, pero aún así me levanté de la silla dispuesto a no dejar las cosas así, a plantarme ante él y machacar su impertinencia y arrogancia con unas cuantas verdades que le dejaran bien claro y de una vez por todas que se encontraba en un Cuerpo jerarquizado, que las órdenes partían desde arriba y se dirigían hacia abajo. Pero, al no conseguir darles alcance antes de que abandonaran el despacho, replegué velas inmediatamente, descartando montar un escándalo en los pasillos. Di media vuelta con los puños apretados. Desde su mesa, Eduardo no perdía detalle, meneando la cabeza. «Estos jefes de ahora ya no son como los de antes, no saben estarse tranquilos» parecía estar pensando, a juzgar por el meneo de cabeza que se traía, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda, lentamente, subiendo y bajando las cejas al compás.

—Pide Orden Judicial también para la otra entidad bancaria —le ordené a Eduardo—. Este caso es distinto pues creo que ING DIRECT carece de sucursales físicas, por eso hay que gestionarlo a través del Sistema de Telecomunicaciones para que nos llegue lo antes posible.

Sin mirarme, Eduardo extendió el brazo para tomar el documento que yo le entregaba, minimizó en la pantalla el que estaba escribiendo y se puso manos a la obra. El principal problema de Eduardo consistía en que no era capaz de mantener sus gestos bajo control pero, por lo demás, era disciplinado como un soldado.

El éxito o el fracaso de la investigación dependía totalmente de la información que nos pudieran proporcionar aquellas dos cuentas bancarias. Si finalmente nada

aportaban, no conseguiríamos localizar a Adela, no al menos de momento, hasta que ella se viese obligada a renovar su documento de identidad, a tramitar pasaporte o de cualquier otra forma se hallara involucrada en asuntos policiales o judiciales, lo que se nos presentaba como poco probable dada la vida discreta que parecía llevar. Y necesitábamos su declaración para averiguar qué le había ocurrido a Joaquín Perea, si era ella quien mes tras mes ingresaba mil euros en la cuenta de la viuda, quien le facilitaba ese dinero, a quien estaba encubriendo y por qué. Un manojo de preguntas desatadas en busca de una respuesta lógica, si es que la había.

Las agujas del reloj pasaban por la una de la tarde cuando regresaron José Manuel y María. Ella tomó enseguida la palabra, él permaneció quieto y envarado bajo el marco de la puerta.

—Ya tenemos la información pero poco aclara, pues la cuenta fue dada de baja en fecha 30 de marzo de 2007, al igual que la tarjeta...

—¿Entonces no tenemos nada? —me apresuré a preguntar.

—Puede que no. No obstante, aquí traigo los extractos —y sacó un puñado de papeles del interior de una carpeta de llevaba en la mano— de los movimientos de esta cuenta. Todo normal: tiendas de ropa, peluquería, alguna visita al supermercado...; lo único digno de mención es una compra en la joyería «Valladolid Joya» por importe de mil euros y que fue pagada en fecha 25 de octubre de 2006. Imagino que se tratará de algún capricho. Un reloj, pendientes...

Comprobé la hora: la una y diez pasadas.

—¡Vamos a la joyería! Todavía no cerraron. —Dije, dirigiéndome a María y obviando a José Manuel.

El joyero, un cincuentón enjuto, con perilla cana y aspecto «informal pero arreglado», nos recibió con falsa amabilidad y sonrisa ortopédica mientras, entre dientes, nos preguntaba a qué se debía el honor de nuestra visita. Busqué unas cuantas palabras capaces de aclararle el motivo de nuestra presencia en su local y, a la vez, no concederle demasiadas explicaciones sobre otros asuntos que no le concernían.

Él joyero asintió y, solícito, tecleó en el ordenador los datos de Adela y su número de tarjeta bancaria al tiempo que se enorgullecía de la habilidad que como programador informático había demostrado su único hijo (con la carrera de Ingeniería Industrial terminada y trabajando al servicio de la fábrica de coches vallisoletana) para diseñarle una base de datos personalizada con la que controlar cada una de sus transacciones comerciales y, ya de paso, sorprender a clientes, proveedores y policías que pasaran por allí buscando cualquier tipo de información. Con tan buena ayuda no tardó en aparecer la fotografía de la joya.

—Era una igual a esta. Se vende mucho. Se trata de una gargantilla de oro de dieciocho quilates con circonitas, longitud de cincuenta centímetros y un peso de treinta gramos.

Yo tomaba detallada nota de las características de la joya y el joyero miraba el reloj una y otra vez, sin disimulo.

—Si no se les ofrece nada más, voy a cerrar. —Soltó en un arranque de apuro.

De regreso en la comisaría fui derecho al ordenador, al programa donde se registran las joyas robadas o empeñadas. Allí encontré dos de idénticas características a la adquirida por Adela: una de ellas había sido empeñada en Córdoba y la otra en Valladolid. Me centré, por supuesto, en la de Valladolid, entregada en depósito en fecha 3 de mayo de 2007 en «Mucho Oro».

Busqué el teléfono en Internet y marqué los números. La casa de empeño se mantenía abierta al público hasta las tres de la tarde.

—¡Vamos al Paseo de Zorrilla, a «Mucho Oro»! —ordené a María.

Allí nos recibió una mujer joven, rubia y llamativa, ante la que desplegué mi placa de policía primero y, seguidamente, requerí los datos que había ido a buscar, seguro como yo estaba de poder hacer valer mi necesidad de aquella información pues las casas de compra-venta o empeño de joyas tienen obligación de colaborar con la policía. La mujer tecleó en el ordenador las referencias que yo le había proporcionado.

—Esta joya la trajo aquí Joaquín Perea Martínez y se le abonaron doscientos euros en efectivo. —Aseguró la rubia, señalando con el dedo hacia el lado izquierdo de la pantalla.

—¿Podría imprimirlo?

—Cierto que sí. Ahora mismo.

Minutos después salíamos de allí tratando de absorber la nueva información: Adela había comprado una gargantilla con sus ahorros y Joaquín la había empeñado. ¿Con el consentimiento de Adela?, ¿por qué motivo? Pues no parecía probable que Joaquín necesitara ese dinero dado que resultaba una cantidad insignificante para las cifras que él manejaba. Y eso había ocurrido a mediados de 2007, un año antes de su muerte.

—Podría coger un día libre, sabes que nunca descanso y ya va siendo hora... —me propuso Máximo, desde su posición de tumbado en el sofá con la cabeza apoyada sobre mi regazo.

Estábamos a jueves, día último de febrero; habían transcurrido nueve inactivos días desde que solicitáramos información a la entidad ING DIRECT cuando, al fin, aquella tarde había llegado una escueta contestación en el interior de un sobre lacrado: «a Adela Rey González le consta como domicilio a efectos de notificaciones por parte de esta entidad bancaria la calle La del Manojó de Rosas 139, piso octavo, letra A, Usera, Madrid».

Madrid, la ciudad a la que tantas veces yo había viajado para visitar a mi novia, donde habría transcurrido toda mi carrera profesional si ella no me hubiera abandonado por amor a otro hombre, de donde me había marchado apenas un año antes, derrotado y humillado cuando ella me lo hizo saber durante mi última visita. Madrid, una ciudad cosmopolita y pueblerina a la vez, colcha de patchwork cosida con retazos de mil culturas y extendida en el centro de España, kilómetro cero para algunos, fin de trayecto para muchos. Yo había jurado no regresar jamás allí, vengarme de su desdén rehaciendo mi vida en la ciudad que me había visto nacer, tener hijos y formar una familia. Y ahora, tan sólo unos meses más tarde, me encontraba acariciando con ternura el cabello corto del hombre cuya cabeza descansaba sobre mi regazo, y dispuesto a tumbar los andamios de más vidas que la mía.

—No estaría mal, yo voy a necesitar tu compañía. Y mucho. Aún no sé si tendré que pernoctar en Madrid o no pero, si es así, sólo nos veremos por la noche en el hotel, ¿de acuerdo?, pues no creo que yo disponga de mucho tiempo libre durante el día, pero lo más probable es que solucionemos el asunto en el mismo día y no sea preciso quedarse...

—¿Y dónde vive la tía esa, la tal Adela? —me preguntó Máximo, virando completamente el rumbo de la conversación.

—¡Qué más da! A ti no te puedo llevar allí, pero estaré contigo tan pronto termine.

Máximo sonrió, satisfecho. Era seguro que se aburriría durante todo el día solo por Madrid, pero estábamos dando un paso de gigante de cara a hacer pública nuestra relación. Al otorgar mi consentimiento, yo encendía semáforo verde para mi entorno laboral, aquellos que me acompañasen a Madrid serían los primeros en saberlo; tras ellos, como llama sobre reguero de pólvora, la noticia se propagaría por toda la comisaría.

—¿Y tu madre?, ¿has hablado ya con tu madre?

Negué en silencio.

—No sé cómo hacerlo, no me salen las palabras, no encuentro la forma y hasta me da vergüenza hablar con ella sobre esto.

—Pues tendrás que hacerlo algún día. Mira, yo lo solté de repente. Un buen día entré en casa, mis padres y mi hermana estaban cenando, yo llegaba tarde y habían comenzado sin mí. Como si fuera ahora mismo, recuerdo que mi madre bromeó conmigo. «¿Te ha retrasado alguna novia?», me preguntó. Todos rieron. Y yo, muy serio, respondí: «no es novia, sino novio. Estoy saliendo con un chico». Y así lo solté. Por supuesto, los tres reaccionaron con caras atónitas, bocas abiertas, como si no hubieran escuchado bien, por eso yo repetí lo que acababa de decir y por eso ellos terminaron la cena en silencio, y en silencio continuaron durante varios días más. Mi hermana sonreía con disimulo, tapando la boca con la mano; mi padre me miraba con cara de asco, evitando todo contacto conmigo; y mi madre rumiaba la noticia en silencio. Pasada una semana, todo fue volviendo a la normalidad, poco a poco, pero sin mayores traumas. Y hoy están deseando conocerte. Siempre que hablo con ellos por teléfono me recuerdan que he prometido llevarte conmigo a Berlín, a su casa, para pasar unos días en familia.

Resoplé. Yo no lo tenía tan claro. Una cosa es asestar la noticia cuando uno es adolescente y, con la tendencia sexual aún por definir del todo, la familia alberga la esperanza de un futuro enderezamiento y concede por ello menor importancia al «desvío». Y otra muy distinta estamparla en todas las narices de familiares, jefes y demás, cuando uno ya peina algunas canas y, por ende, ejerce de policía.

—Yo quiero ir poco a poco. Ya se enterarán. Seguro que a partir de mañana, cuando te vean conmigo, la noticia se extenderá ella solita y sin necesidad de que yo la divulgue. Yo te voy a presentar como mi pareja pero, eso sí, nada de arrumacos ni tonterías en público, ¿entendido?

Máximo entrelazó sus manos con las mías, me miró a los ojos y dibujó un beso con los labios, después rompió a reír a carcajadas.

—Así te voy a saludar delante de tus subordinados.

—¡Ni se te ocurra!

—¡Cariñitooo! ¡Fredy, mi amoor!

Máximo reía a boca llena. Le propiné un suave golpe en el estómago para que dejara de burlarse de mí. Él se armó con un almohadón y me asestó un cojinazo en toda la cabeza. Yo tomé otro para usarlo como escudo en aquella batalla de cojines y risas que terminó con un almohadón desgarrado, la liberación de cientos de plumas de oca que se desperdigaron por toda la habitación, y nosotros que, abrazados sobre la alfombra del suelo, reíamos sin cesar.

Antes de las siete de la mañana del día siguiente estábamos ante la puerta de la comisaría. Yo portaba una bolsa con algo de ropa por si me veía obligado a pernoctar

en Madrid, un puñado de instrucciones para mis subordinados y un cargamento de aplomo. Iba dispuesto a jugarle toda mi reputación en un mismo día y a una sola baza. Profesionalmente, la resolución de aquel caso dependía de la información que obtuviéramos en Madrid. Personalmente, iba a «salir del armario» ante los incrédulos ojos de toda la comisaría, nada más y nada menos. Máximo, en cambio, estaba fascinado. Era temprano, las sombras de las farolas trepaban por las paredes y la comisaría surgía como un castillo encantado entre la niebla matutina. La silueta del policía de seguridad se recortaba en medio de aquella puerta que exhalaba bocanadas de luz amarillenta. Entramos. Máximo me siguió a lo largo de pasillos que atravesaban aquel edificio que él asociaba al secretismo, al misterio, a complicadas investigaciones criminales, y a una profesión tan fascinante como incomprendida. Caminábamos en silencio, guiados por las luces de emergencia y acompañados por el sonido de nuestros pasos. La luz del despacho encendida y la desvirtuada conversación que se escuchaba desde lejos me indicaron que José Manuel y Eduardo me esperaban, ya listos para salir; y también que había llegado el momento de enfrentarme a la realidad de una vez por todas. Estaban de pie, Eduardo arrimado a una de las mesas y José Manuel preparando la carpeta donde llevaríamos toda la documentación relativa al caso. Entré. Los dos levantaron la mirada y me saludaron. Dos segundos más tarde, José Manuel iba a decir algo cuando Máximo apareció en la puerta. Abortó la frase y abrió los ojos hasta el límite de lo posible. José Manuel iba a decir algo, pero yo me adelanté.

—Es Máximo, mi pareja. Viene con nosotros a Madrid. —Solté, de repente, cuanto antes, el dado bien apretado en el bolsillo del anorak.

Si un vampiro le hubiera chupado toda la sangre, José Manuel no se habría quedado más blanco; y si lo hubieran enchufado a un cable de alta tensión, tampoco habría realizado más movimientos convulsos: el ojo derecho que no paraba de emitir tics, una mano peinando el poco pelo que le quedaba, luego levantando la manga de la camisa para controlar la hora, al segundo dentro del bolsillo del pantalón para poco después salir de allí e inmediatamente dirigirse hacia la barbilla, rascar enérgicamente y luego regresar a la cabeza. Y los pies: para delante, hacia atrás, girando hacia la mesa para comprobar que no había olvidado algo allí, virando de nuevo hacia la puerta para saludar a Máximo sin conseguir pronunciar palabra, sentándose sobre la mesa, volviéndose a levantar...

Mientras a mi alrededor se libraban combates de silencios y miradas robadas, en mi mente se cruzaban ráfagas veloces de pensamientos contrapuestos. Unos insistían en que aquello era una extravagancia sin pies ni cabeza, otros me recordaban lo que tantas veces había escuchado en boca de Florinda, mi madre: a lo hecho, pecho.

—Encantado de conocerles. —Dijo Máximo, manteniendo la compostura a pesar de las circunstancias.

Eduardo había quedado congelado en la misma postura que mantenía en el preciso instante en el que yo traspasé aquella puerta anunciando mi nueva situación

sentimental, y así siguió hasta que Máximo lanzó su saludo colectivo. En ese momento levantó la vista hacia él y correspondió al saludo con un leve movimiento de cabeza para después volver a hundir la mirada en los pies, como temiendo cometer alguna imprudencia caso de elevarla, o quizá tratando de asimilar aquella sorpresa matutina que nadie hubiera podido imaginar por mucha fantasía que derrochase.

Yo era consciente de que mi aspecto físico jamás les hubiera conducido a intuir mis debilidades sexuales pues, a mis treinta años, yo era un hombre que aparentaba ser «muy hombre», con barba cerrada, atractivo para la mayoría de las mujeres y, por descontado, sin pluma. ¡Quién iba a suponer que las aguas tomarían este cauce! ¡Ver para creer! Me decían aquellas caras de asombro, de ojos abiertos como platos y bocas selladas como lápidas.

Yo, sin embargo, me sentía más ligero que un esclavo al posar la piedra. A esas alturas creía tener bastante claro que Máximo era la persona con la que deseaba compartir mi vida y que, tarde o temprano, habría de presentarlo al mundo como mi pareja para así portarme como un «hombre» y cumplir con el compromiso adquirido conmigo mismo, con Máximo y con el amor que ambos nos profesábamos. Y ya estaba hecho.

Me dirigí a mi taquilla para apoderarme de la Heckler y de diversa documentación que yo consideraba necesaria para el cometido que íbamos a desempeñar aquel día en Madrid y Máximo hizo amago de seguirme pero finalmente optó por permanecer pegado al marco de la puerta, sometido a continuas miradas furtivas que analizaban cada centímetro de su fisonomía.

—A ver si estamos allí antes de las diez de la mañana. En primer lugar nos dirigiremos al domicilio que nos facilitó ING DIRECT y trataremos de entrevistarnos con Adela, caso de que aún resida allí. Los Bancos suelen disponer de datos fiables, pero aún así nada se puede dar por cierto, y menos en este caso. —Manifesté, tratando de acomodar mi voz y mis gestos a la normalidad, actuando como si nada hubiera pasado allí.

No lo conseguí: los otros dos me miraron como si hubieran visto un fantasma.

—¿No deberíamos pasarnos antes por la comisaría de Usera? Para hacerles saber que estamos investigando dentro de sus dominios. —Sugirió José Manuel transcurridos unos minutos de sepulcral silencio en el que nadie parecía haber recibido mis palabras.

—Ayer hablé con el comisario. Ya están al corriente. —Aclaré inmediatamente.

—Pues, dado que todo está listo, podemos ir saliendo. Si pretendemos llegar antes de las diez de la mañana, es tiempo de comenzar el viaje. —Propuso Eduardo, aún sin levantar la mirada del suelo.

—Ir vosotros en el vehículo oficial, Máximo y yo viajaremos en el nuestro, y contactaré con vosotros cuando lleguemos a las inmediaciones.

Ninguna objeción, ningún comentario, silencio absoluto. José Manuel cogió las llaves del coche y la carpeta que tenía preparada sobre la mesa y salió con la mirada

baja, seguido de Eduardo. Pasaron con cautela al lado de Máximo, como temiendo contagiarse si se acercaban a menos de dos metros o posaban su mirada sobre él. Yo miré a Máximo y él se encogió de hombros en un gesto que pretendía decirme que era lo que había, que nada se podía hacer para acelerar la aceptación general. Salimos cuando los otros dos ya habían abandonado la comisaría y en el horizonte despuntaba un día radiante.

Eduardo y José Manuel nos esperaban de pie, al lado del vehículo oficial y del número 139 de la calle La del Manojó de Rosas.

—¿Es aquí donde vive vuestra sospechosa? —me preguntó Máximo.

—Eso nos han dicho, pero me imagino que será una pista falsa, como todo lo anterior. —Respondí.

Máximo colocó el coche en paralelo y yo replegué el cristal de la ventanilla para hablar con José Manuel, que se acercó fascinado ante la categoría del vehículo que acababa de aparcar a su lado. Grande, brillante, oscuro, imponente. Dada la afición de José Manuel a todo lo que se movía sobre cuatro ruedas, seguramente ya lo había visto acercarse pero jamás hubiera imaginado que yo viajaba en el interior. Me apeé y Máximo continuó el viaje: me había dicho que aprovecharía la ocasión para ir de tiendas por el centro de la capital.

—Aquí es. —Apuntó José Manuel, señalando la placa con el número 139 enclavada en una entrada de madera y cristal.

—¿Seguro? No vayamos a meter la pata llamando a otra puerta.

José Manuel desplegó la carpeta que llevaba en la mano, pasó varias páginas, comprobó y asintió, sin mirarme. Yo me acerqué a él y a su carpeta con la intención de verificar los datos por mí mismo; y me aproximé tanto que, sin pretenderlo, rocé levemente su mano con la mía. Un trivial accidente que ya había ocurrido en muchas otras ocasiones sin que ninguno de los dos le concediera importancia alguna. Sin embargo, esta vez él apartó la mano tan rápido como si la hubiera arrimado al fuego y después me miró con cara de pocos amigos. Yo me retiré, turbado, consciente de que el reciente destape de mi situación sentimental había provocado algunos cambios en mi entorno y de que, en adelante, debería ser mucho más precavido en mis gestos y palabras, para así evitar interpretaciones erróneas.

Aún azorado, me dirigí al portal y pulsé el timbre del octavo piso. Al no obtener respuesta inmediata insistí un par de veces más, con idéntico resultado. Ya me retiraba cuando una voz de mujer sonó a través del interfono. Me acerqué de nuevo. «Policía. Quisiéramos hablar con Adela Rey González, ¿es usted?» pregunté. Rugió la puerta sin darme respuesta, la empujamos para franquear el paso y entramos los tres, en fila.

Dentro del ascensor se impuso el silencio y creció la distancia a mantener conmigo. La estrechez de espacio obligaba a los otros dos a arrinconarse, muy juntitos, como si en realidad los enamorados fueran ellos, y a dejar libre un abismo para que yo hiciera con él lo que me viniera en gana. El ascenso se me hizo eterno, no sabía dónde fijar la vista ni dónde meter las manos y terminé cruzado de brazos, con la barbilla pegada al pecho y los ojos cerrados, como un penitente. En el rellano del

octavo piso nos esperaba una mujer morena, pequeña y menuda, con labios tan finos como una línea. Nerviosa y visiblemente intrigada por la visita policial, había salido para recibirnos a nosotros y a las aclaraciones cuanto antes. En el suelo, un niño pequeño se agarraba a las piernas de la mujer tratando de encaramarse y ella lo apartaba para que no acaparase toda su atención. Dijo llamarse Adriana y no escondió ni su asombro ni su preocupación ante aquella inesperada visita.

—Venimos buscando a Adela Rey González y este es el domicilio que nos consta —aclaré inmediatamente, para terminar con su agonía.

Adriana exhaló de golpe todo el aire que los nervios habían retenido en sus pulmones y cogió al niño en brazos.

—Adela vivió aquí hace un tiempo, pero ya no vive.

—¿Cuánto tiempo hace que no reside aquí?

—Este piso es nuestro, de mi marido y mío. Tenemos tres habitaciones y solemos alquilar una de ellas. Ya sabe, así sacamos un dinerito para pagar la comunidad y otros recibos. —Aseguró Adriana.

—¿Cuánto tiempo hace que Adela no reside aquí? —repetí, algo indignado porque yo le había planteado una pregunta concreta y ella me había salido por los cerros de Úbeda.

Adriana encontró rápidamente la respuesta.

—Llegó aquí el día 30 de julio de 2008, lo recuerdo muy bien debido a que ella fue nuestra primera inquilina y yo estaba muy nerviosa porque deseaba que todo saliera a pedir de boca. Llevaba unos días ordenando la casa para que todo estuviera perfecto, preguntándome cómo sería ella, cuáles sus preferencias, si se encontraría cómoda en nuestra casa y si le causaríamos buena impresión. La fecha de su llegada me quedó grabada en la memoria porque constantemente le estaba recordando a mi marido que faltaban tres días, dos, uno..., que debía darse prisa para acabar de pintar la habitación que ella iba a ocupar...

Adriana era una mujer de temperamento inquieto, que se movía constantemente y hablaba rápido pero en susurros, como si temiera que las paredes tuvieran oídos.

—¿Cómo supo Adela que ustedes alquilaban una habitación?

—Pusimos un anuncio en Internet.

Asentí, preocupado por el imprevisto. Hacía cuatro años de aquello y no nos constaba ningún otro domicilio donde localizar a Adela, una mujer más escurridiza que una anguila. Eduardo también resoplaba, dando ya el viaje por perdido.

—¿Durante cuánto tiempo permaneció Adela con ustedes?

—Estuvo hasta marzo de 2009. También lo recuerdo perfectamente.

Supuse que, de nuevo, el honor de haber sido la primera inquilina sería también el motivo por el cual Adriana podía situar en el calendario cada uno de los movimientos de Adela.

—¿Les dijo a dónde se iba cuando se marchó de esta casa?

—¡Uyyy! Con Adela nunca se sabe... Y tampoco es que se fuera ella por su propia voluntad, sino que la «invitamos» a marcharse.

Adriana sonrió, atoró la boca del niño con un chupete e invadió mi espacio personal para decirme confidencialmente que «Adela no era trigo limpio».

—Me gustaría que se explicara un poco mejor. Esto quedará aquí, entre nosotros; como ve, ni tomamos nota ni grabamos sus palabras... —respondí, también en susurros, con media sonrisa.

Adriana nos hizo gesto para que entrásemos en la casa. «Hay mucha cotilla detrás de las paredes» murmuró mientras cerraba la puerta a sus espaldas. Obedecimos y, hacinados en el minúsculo recibidor, aguardamos impacientes a que comenzara a desembuchar.

—Como les dije, Adela llegó aquí el día 30 de julio de 2008 y ya ese día nos causó mala impresión. Había quedado en presentarse a media tarde, a eso de las cinco, y yo ese día preparé la comida temprano, recogí toda la casa, obligué a mi marido a vestirse para la ocasión y yo hice lo mismo. Por aquel entonces Noel aún no existía —añadió, mirando al precioso niño rubio que sostenía en brazos—. Queríamos causar buena impresión, eso era todo. Pero ella llegó bien entrada la noche, un cuarto de hora antes de la medianoche para ser más exactos. Por supuesto, a esas horas ya nos habíamos cansado de esperarla, ya habíamos cenado y llevábamos puestos nuestros pijamas de dormir. Pero, a pesar del desplante, me esforcé en ser amable con ella y me ofrecí para prepararle algo de cenar, pero ella rechazó la oferta e incluso tuvo la desfachatez de poner cara de asco. Y yo, en vista del poco éxito obtenido, me disponía a regresar al salón donde me esperaba mi marido, cuando ella me preguntó dónde estaba su habitación. Se lo indiqué apuntando con el dedo hacia la puerta y ella, sin tan siquiera darme las gracias, se encerró allí. Al día siguiente se levantó a mediodía y apareció en el salón como una sonámbula. «¿Algún problema?» le pregunté, por pura cortesía. Ella negó con la cabeza y se sentó en la esquina del sofá. Aunque era verano y hacía un calor de mil demonios, Adela llevaba el cuello tapado con un pañuelo gris, tupido, de los que suelen usarse en pleno invierno, y yo me preguntaba cómo podía soportar aquello dando varias vueltas alrededor de su pescuezo. Luego miré sus brazos y... ¡Dios mío! ¡Estaban plagados de moratones! Miré después su cara, buscando una confirmación para mis dudas: estaba blanca, ojerosa, el pelo aceitoso, sin vida..., un desastre. «Es una drogadicta» creí, sin ningún género de dudas.

Inmediatamente tracé un involuntario gesto de negación. Poco sabía yo sobre la vida de Adela pero, aún así, tenía muy claro que ese calificativo no encajaba en la imagen que yo me había ido formando sobre ella.

—Luego resultó que no andaba en las drogas —aclaró Adriana, descifrando mi gesto—. Lo supimos al comprobar que los moratones de los brazos iban cambiando de color con el paso de los días; y finalmente terminaron por desaparecer del todo.

—¿Les dijo qué o quién le había provocado esas heridas?

—¡Noooo! ¿Usted no la conoce, verdad? —negué—. Adela era, y es, una persona muy reservada. Misteriosa, callada, desconfiada, inexpresiva como una esfinge... ¡Fíjese que nunca nos dio su número de teléfono! Estuvo viviendo con nosotros y ni siquiera nos dio su número de teléfono... ¡Esa no da puntada sin hilo, que se lo digo yo!

—Y si ya estaban seguros de que no era una drogadicta... ¿cuál fue entonces el motivo por el cual la «invitaron» a abandonar la casa? —pregunté, intrigado.

—Sospechábamos que andaba metida en algo malo. Mire usted, al principio, cuando llegó aquí, parecía una pobrecilla desvalida, se pasaba el día entero encerrada en su habitación, apenas comía, a veces andaba por la casa como un alma en pena, siempre triste, llorosa, desconsolada... Pero llegó el otoño y todo cambió: empezó a salir y a pasar varias horas diarias fuera de casa. Cuando volvía, yo le preguntaba si había comido y ella me respondía que sí, que había ido a un restaurante. ¡¿A un restaurante?! ¿Con qué dinero? Bueno..., debo decir que, a pesar de que no se le conocían ingresos, a nosotros siempre nos ha pagado puntualmente. Y poco después empezó a llegar cargada de bolsas, bolsas bonitas, de esas que dan en las boutiques caras, y a salir de la habitación vestida como una reina, con modelos de ensueño de esos que sólo se ven en las revistas. El peinado y el maquillaje no se quedaban atrás... ¡Parecía una top-model! Cuando se marchaba, yo entraba en su habitación, ya sabe... una casera debe tratar de averiguar a quien tiene metido en casa... ¡Y no vea! Cremas de Chanel, pintalabios de Cristian Dior, perfume de Loewe... Total, que se lo comenté a mi marido, que él no se había percatado de nada, ¡pobrecillo!, pasa demasiado tiempo fuera de casa porque trabaja más horas que una mula de carga, y decidimos preguntarle de dónde sacaba el dinero, pues no nos parecía que tanta riqueza tuviera una procedencia honrada. Y ella, la muy fresca, ¿sabe qué nos respondió?

El rostro de Adriana revelaba toda la envidia que la corroía por dentro. Nosotros negamos inmediatamente, animándola a continuar el relato aunque a esas alturas ya preveíamos que poco nos iba a aportar de cara a la localización de Adela.

—¡Qué había cobrado una herencia! ¡¿Una herencia?! Soltó lo primero que se le vino a la cabeza. Entonces yo le dije a Manuel, mi marido: «Manuel, tenemos que ver en qué anda metida, que está en nuestra casa y puede traernos complicaciones». Y un día Manuel la siguió. ¿Y saben lo que vio mi marido ese día?

Volvimos a negar. Aunque, visto lo visto, cualquier versión podría darse por válida. Adela parecía ser una embustera sin escrúpulos y su historia personal un cúmulo de tapujos, agujeros y mentiras.

—Adela salió de la casa taconeando, marcando cada gramo de carne, y cogió el ascensor. Mi marido bajó por las escaleras, procurando aprovechar cada oportunidad de oscuridad para esconderse hasta que ella estuviera en la calle. La vio salir del portal, fue tras ella y, al dar la vuelta a la esquina, la esperaba un taxi, ella se subió y arrancaron calle adelante. «Esta es puta, y puta de las caras, de lujo...» aseguró mi

Manuel, que es muy listo aunque no lo parezca. Y aquella misma noche, cuando Adela volvió, le dijimos que tenía que marcharse de nuestra casa. Y mire si tiene la sangre fría esta fulana que la sorpresa le duró apenas un segundo, después cambió de cara y de táctica: desapareció la Adela sobrada y altanera de los últimos tiempos y en nuestro salón quedó una niña desprotegida que se acurrucaba en el sofá y lloraba como una desconsolada. «No tengo a dónde ir, estoy sola en el mundo, permítanme quedarme unos días más, en tanto encuentro otra casa». Repetía una y otra vez. Manuel y yo nos miramos, asombrados. Yo no estaba por la labor, pero mi Manuel es un cacho de pan y le dio quince días más para buscar otro sitio donde vivir. Y ella prometió marcharse en ese plazo de tiempo...

—¿Y cumplió Adela su promesa de marcharse en ese plazo? —interrumpí, con el fin de tomar un poco de tiempo. Aquella mujer hablaba como una cotorra.

La hipótesis de la existencia de una organización criminal dedicada a cualquier tipo de tráfico ilícito iba cobrando mayor validez en mi mente pues estaba demostrado que tanto Joaquín como Adela habían tenido acceso a grandes cantidades de dinero. Los dos nadaban en billetes sin que el trabajo tuviera nada que ver en ello.

—Sí, por supuesto. Enseguida se curó del trauma de tener que abandonar nuestra casa y continuó con su vida, fuera la que fuera. A la semana de nosotros darle el ultimátum, nos dijo que se iba a vivir con unas chicas estudiantes, en un piso compartido. Nosotros nos sentimos aliviados al saber que por fin se marcharía y nos veríamos libres de los posibles problemas que en un futuro nos pudiera acarrear el hecho de tenerla aquí sin saber en qué andaba metida ni de dónde sacaba tanto dinero. Entonces ella nos preguntó si le permitiríamos utilizar nuestra casa para recibir su correspondencia porque seguramente se vería obligada a cambiar de piso cada poco tiempo debido a que, al convivir con estudiantes, éstas terminarían sus estudios, regresarían a sus pueblos y ella tendría que buscar nuevo piso y nuevas compañeras, y que sería un engorro cambiar la dirección postal con cada traslado. Y mi marido le respondió que eso no podía ser porque el hecho de estar pendientes de la llegada de sus cartas y de hacérselas llegar a donde quiera que tuviera su residencia representaba para nosotros un problema que no teníamos por qué asumir. Entonces, ella ofreció cincuenta euros mensuales por ese servicio, por recibir sus cartas y guardarlas aquí hasta que ella se pasase a recogerlas. Y ya sabe usted, con un niño pequeño y yo en el paro..., la necesidad apretaba y aceptamos su propuesta. Total, era cosa de recoger sus cartas en el buzón y tenerlas aquí, a la espera de que ella viniese a buscarlas.

«Muy inteligente la tal Adela» admití.

—¿Y tienen alguna carta pendiente de entrega? —pregunté de inmediato.

Adriana me dirigió una sonrisa triunfal, posó al niño en el suelo, se giró hacia un mueble zapatero que había a sus espaldas, abrió el cajón superior y allí, perfectamente aisladas, tenía dos cartas dirigidas a Adela Rey González.

—Son estas dos. Las tengo aquí apartadas, esperando hasta que ella venga a buscarlas, que no tardará pues hace casi un mes que no se pasa por aquí. —Respondió

mientras extendía la mano para entregármelas a mí.

Una de ellas llegaba en el interior de un sobre con el membrete de ING DIRECT, la otra traía el sello del gabinete psicológico Murillo García troquelado en el envés, en tinta violeta parcialmente borrada. La dirección del gabinete se apreciaba a duras penas. «Paseo de Recoletos» leí con bastante esfuerzo.

—Hay que contactar con el Juzgado y solicitar permiso para interceptar esta correspondencia. —Dispuse, dirigiéndome a Eduardo y a José Manuel.

Ellos se limitaron a asentir con un corto gesto de cabeza y a esperar hasta que yo aportara detalles más concretos: con qué Juzgado contactaríamos, si el de guardia de Valladolid o el de guardia de Madrid; para solicitar qué y para cuándo... Yo notaba que rehuían mirarme a los ojos, que algo o mucho había cambiado desde hacía unas horas hasta el presente, que procuraban mantenerse a una distancia más que prudencial de mí y que, cuando yo les dirigía la palabra, ellos desviaban la mirada hacia el suelo, evitando cualquier tipo de contacto visual conmigo. Su reacción a mi «salida del armario» era tan brutal que temí que nada nunca fuese ya igual.

—Estamos en el distrito de Usera-Villaverde, acercaros hasta la comisaría y desde allí contactaréis con el Juzgado que lleva esta causa en Valladolid, para poner los hechos en conocimiento de Su Señoría y solicitar autorización para interceptar la correspondencia de Adela Rey González, en concreto estas dos cartas que después serán abiertas en sede judicial. Es una gestión sencilla dado que el Juzgado ya tiene conocimiento de nuestras actuaciones en Madrid. Mientras tanto, yo permaneceré por aquí, en el portal o en las inmediaciones, pues bien podría ocurrir que Adela escogiera este preciso día para venir a recoger sus cartas.

Escucharon mis palabras con un mutismo inusual, con las miradas estancadas en la alfombra del suelo y los brazos cruzados. No solicitaron aclaraciones ni interpusieron objeciones. Después, sin mediar más palabras, abrieron la puerta con cuidado y se metieron en el ascensor. Y yo me quedé ensimismado, contemplando el hueco que había quedado libre en el recibidor de Adriana, enfrentando la incertidumbre que a partir de aquel día se abriría ante mí como un despeñadero, preguntándome cuál sería la manera idónea de compaginar mi vida privada con mi trabajo, de hacerme respetar por mis subordinados y conseguir que aprendiesen a aislar tendencias sexuales y responsabilidades profesionales.

Un pequeño gorgoteo emitido por el hijo de Adriana me recordó que no estaba solo en aquella casa ajena y me obligó a aterrizar de nuevo en el presente. Entonces recordé los fotogramas enviados por el Banco Santander, aquellos en los que aparecía la mujer que ingresaba el dinero en la cuenta corriente de Inés. Debía mostrárselos a Adriana porque ella mejor que nadie podría decirme si aquella mujer era o no era Adela Rey González. La carpeta que los contenía debería estar bajo mi brazo, donde siempre, pero enseguida me percaté de que esta vez había viajado con José Manuel y de que él se la había llevado consigo a la comisaría de Usera. Me disculpé un momento ante Adriana y salí corriendo hacia el rellano. El ascensor ya iba por el

segundo piso, tardaría una eternidad en volver a subir de nuevo hasta el octavo, y eso suponiendo que nadie se me adelantara en llamarlo. Decidí lanzarme a la carrera escaleras abajo y finalmente les di alcance cuando ya se disponían a subirse al coche.

—¡Los fotogramas! Déjamelos para enseñárselos a Adriana. —Grité desde unos pocos metros de distancia.

José Manuel llevaba la carpeta en la mano y estiró el brazo para que yo la cogiera. Yo me acerqué sin más intención que tomar lo que él me entregaba, pero una vez más calibré mal la distancia prudencial de acercamiento (o tal vez ese espacio había aumentado considerablemente desde esa misma mañana) y José Manuel dio un salto hacia atrás para mantenerse a la distancia que él ahora consideraba debíamos poner en medio. Eduardo sonrió por lo bajo y se subió al asiento del copiloto sin tan siquiera mirarme. Entonces tuve claro que aquellos dos se habían blindado contra mí.

Inicié el regreso al octavo, cabizbajo. En ese momento lo que yo más deseaba era hablar con alguien que hubiera sufrido mi misma experiencia. Urgentemente necesitaba que alguien me aportara un plazo, un periodo de tiempo, el lapsus que yo debía aguardar hasta que todo volviera a la normalidad, hasta que pudiera sellar aquel episodio en algún rincón de mi memoria.

Adriana no había cerrado la puerta y me esperaba en el recibidor con el niño gateando alrededor suyo. Entré directamente en la casa.

—¿Reconoce a esta mujer? —le pregunté, mostrándole las impresiones en blanco y negro.

—¡Es ella! ¡Es Adela! La última vez que vino por aquí vestía esa misma ropa. —Respondió sin duda alguna.

Junto con la efusiva respuesta de Adriana, una larga fila de incógnitas fueron tomando posición a las puertas de aquel caso que ya me traía de cabeza: ¿qué hacía Adela ingresando dinero en la cuenta de Inés, viuda de su amante?, ¿con qué finalidad?, ¿para comprar qué?, ¿de dónde salía todo ese dinero?, ¿de una organización criminal, quizá?, ¿pertenecía Adela y había pertenecido también Joaquín a esa organización?, ¿formaría Inés también parte de ella?...

—Esperaré en el portal, señora. En caso de que el Juzgado autorice la interceptación de estas cartas, regresaré para recogerlas; entregándole a usted una copia del Auto, por supuesto, para eximirla de cualquier tipo de problema. —Explicué a Adriana, dando con la puerta en las narices al resto de las preguntas que pugnaban por colarse en mi mente junto con las otras.

—Sí, yo necesito tener algún papel que me respalde. No quisiera verme en problemas con la bruja esa, que a saber en qué anda metida...

Egoísta, arrogante, déspota, y ahora también bruja. Imposible encontrar menos atributos positivos en una sola persona. Adela se llevaba la palma en lo que a calificativos despectivos se refiere.

—Descuide, le garantizaremos toda la protección posible.

Adriana me miró, un tanto confusa, quizá preguntándose si estaría obrando correctamente, si no evitaría futuros problemas consultando con un abogado antes de hacerme entrega de aquella correspondencia ajena. Tomó al niño en brazos de nuevo pero no le prestó atención alguna. Parecía, en cambio, muy ocupada en elaborar una sarta de preguntas para mí. Y yo, antes de que comenzara a bombardearme con cuestiones para las que temí no tener respuesta, fingí prisa y aproveché su lapso para apresurarme escaleras abajo.

Rápidamente descendí los ocho tramos de escalera y me aposté en el interior del portal, arrimado a la puerta para empaparme de aquel sol casi primaveral que se colaba a través de los estrechos cristales rectangulares. Telefoneé a Máximo. Estaba quemando la tarjeta de crédito en el Corte Inglés de la calle Preciados, entusiasmado con la ropa de temporada y las novedades que aún no habían llegado a los centros comerciales de Valladolid. Me preguntó si habíamos localizado a Adela, respondí que no había habido suerte, y después nos enzarzamos en una conversación repleta de ñoñerías, nuestras ñoñerías de enamorados. Él me llamaba a mí «Fredy» o «churry», según, yo casi siempre le llamaba «cari».

Entretanto, en el portal, los vecinos entraban y salían, solos o acompañados, con bolsas de compra o sin ellas, pero todos me examinaban con descaro al salir y pormenorizadamente cuando regresaban y me encontraban de nuevo en el mismo lugar con aquella lerda sonrisa estampada en la cara, el teléfono pegado a la oreja y la boca tapada con una mano para que nadie pudiera escuchar las memeces que le estaba diciendo a Máximo. Yo procuraba mantenerme impasible, pero sostenía mi placa de policía en la mano derecha, para mostrarla si alguien me pedía aclaraciones por haberme refugiado en portal ajeno.

Después de colgar me dediqué a comprobar constantemente la hora y a otear hacia la calle. Cinco minutos, diez, quince... Dieron las dos de la tarde. El tiempo transcurría lento en espera, una eternidad hasta que hubieron pasado dos horas y apareció José Manuel con un par de folios en la mano. Detrás venía Eduardo.

—El Juzgado de Valladolid lo ha remitido por fax. Ellos se encargarán de dar cuenta al Juzgado de Madrid, el que corresponda.

José Manuel me entregaba los papeles desde lejos, a brazo estirado, mirándome los zapatos. Comprobé la documentación. Había dos copias. Subí al octavo piso para entregarle a Adriana la suya y llevarme las dos cartas que después abriríamos en sede Judicial.

Adriana leyó el Auto judicial completo, con puntos y comas, con detenimiento y sumo interés, digiriendo lentamente cada palabra. Al terminar lo plegó con cuidado y lo mantuvo en la mano mientras me planteaba unas cuantas preguntas dirigidas a conocer los pasos que debía dar caso de que Adela se presentase para recoger sus cartas. Y puso cara de asombro ante el consejo que yo le ofrecí: no abrir la puerta, actuar como si no hubiera nadie en la casa en ese momento, y avisarnos inmediatamente. Acto seguido, Adriana se puso a cocinar otra ristra de preguntas

para servirme inmediatamente, preguntas que yo esquivé alegando prisa y lanzándome otra vez escaleras abajo, a la carrera.

«¿De dónde sacará tanta pasta? En la Seguridad Social no consta que haya trabajado desde los tiempos de la tintorería Blanco. ¡Qué herencia ni que ocho cuartos! La madre dijo que había solicitado un préstamo, que para ello había hipotecado el piso, que no había reembolsado el dinero y que el inmueble había salido a subasta. Quizá el dinero provenga de ahí. Pero... ¿por qué ingresa mil euros mensuales en la cuenta de Inés? Mil euros al mes multiplicados por cinco años dan una cantidad de sesenta mil euros, nada más y nada menos. Eso unido a sus gastos de manutención, que no parecen ser pocos... No, nada de eso. Estos dos, Adela y Joaquín, estaban metidos en algo gordo, de eso no hay duda. Aquí hay tráfico de drogas, prostitución, o lo que sea. Joaquín pagó la casa en un año, esta vive a todo tren...» pensaba yo de regreso al portal, durante el largo trayecto de escaleras.

—Vosotros podéis tirar para Valladolid, yo voy a esperar a Máximo para irme con él. Nos reuniremos en comisaría y después iremos al Juzgado para entregar las cartas interceptadas.

Salieron hacia el vehículo y de nuevo me pareció ver un atisbo de sonrisa maliciosa en boca de Eduardo, aunque también pudieran ser figuraciones mías dado el cariz que estaba tomando el asunto.

Llegué a la comisaría de Valladolid con el atardecer, en hora punta de trasiego por los pasillos, y precedido de comentarios que despertaban miradas burlonas a veces, esquivas otras y morbosas las que más. También había risas mal disimuladas y conversaciones que se seccionaban cuando yo aparecía y que se soldaban de nuevo, a modo de murmullos, en cuanto me iba alejando. E incredulidad, mucha incredulidad. «Pero... ¡si ha tenido novia durante un montón de años! ¡Si a mi parecía que me ponía ojitos! ¡Es una verdadera lástima, con lo “buenorro” que está!» creí entender entre los susurros que me acribillaban la espalda. El rumor era continuo, un zumbido incómodo que se me pegaba a los oídos como el de las moscas en verano, que revoloteaba en torno a mí con una amenaza imprecisa, que me picaba en la piel como el sudor de la ansiedad. Y yo, rojo como la grana, atravesaba miradas y cuchicheos con la cabeza tiesa, mirando al frente, el gesto serio, las manos en los bolsillos, el dado entre los dedos de la mano derecha, la evasiva preparada: «ya escampará, ahora es novedad pero ya se les pasará» pensaba yo, tratando de convencerme a mí mismo de que aquello no era para siempre, que no venía para quedarse, que yo pronto dejaría de ser el centro de su atención, que me vería desplazado por otras novedades mucho más recientes e interesantes.

—¡Acompáñame al Juzgado! Acabo de hablar con la juez y ya nos espera para abrir la correspondencia de Adela Rey. —Ordené a José Manuel nada más entrar por la puerta.

Y José Manuel miró a Eduardo que, sentado frente al ordenador, había encontrado algo que acaparaba totalmente su atención, abstrayéndolo del entorno. «¿No vienes tú también?» le preguntó cuando al cabo de unos segundos se percató de que Eduardo estaba abducido por algo que tenía en la pantalla y no había percibido sus gestos y miradas pidiéndole socorro en silencio y a gritos.

Aquellos dos habían sacudido el polvo a sus viejas diferencias y ahora parecía que les había quedado una amistad nueva y reluciente. Y yo me sentía desplazado, era allí el último mono, parecía poco más que el paje de ambos. Y estallé sin remedio.

—¡No hace falta que él nos acompañe! ¡Te lo ordené a ti! Y no tienes nada que temer pues, aunque mi actual pareja sea un hombre, tú no debes preocuparte por nada, pues no eres mi tipo. ¡Aquí estamos para trabajar, no para ligar! ¿Me habéis comprendido bien? ¡Yo aquí vengo a trabajar! ¡Y sólo a trabajar! —bramé, con voz cortante como una cuchilla.

La escena había incendiado mis entrañas obligándome a gritar como un poseso, dominado por la ira que me producía el creer que me estaban considerando una especie de pervertido, un vicioso sexual que había cambiado de bando de la noche a la mañana y que venía dispuesto a todo.

—Le espero al volante del coche, para llevarle al Juzgado. —Me dijo José Manuel justo antes de salir por la puerta como una flecha.

«¡Y ahora me trata de “usted”! ¡Hay cada imbécil! ¡Me trata de “usted” para mantener las distancias! A ver si se cree este que él es mi tipo, que porque yo esté con Máximo ya me gustan todos los hombres. ¡A ver si se cree que voy a intentar propasarme con él si no trae carabina!»». Salí farfullando del despacho mientras Eduardo continuaba frente al ordenador, intentando contener la risa.

Silencio, enfado latente, desconfianza, miradas evasivas..., el corto camino hasta el Juzgado se me antojó eterno.

La juez y la secretaria Judicial nos esperaban en el interior de un despacho revestido de solemnidad, abundantemente abastecido de tomos jurídicos con el lomo dorado, salpicado con varias plantas casi marchitas aquí y allá, y perfumado con un tenue aroma de canela que intentaba abrirse paso entre el humo que habían dejado los cigarrillos de la juez. Saludé, expliqué el caso una vez más y deposité los dos sobres encima de la mesa principal. La secretaria judicial, sentada frente a una pequeña mesa adosada a la de la juez, se dispuso a levantar Acta en un ordenador portátil que allí tenía a los efectos. La juez, sin demasiadas contemplaciones, rasgó el primer sobre con las manos, desdobló su contenido y lo leyó con interés.

—«Para recordarle su cita de fecha 15 de febrero a la dieciséis horas en el gabinete psicológico Murillo García». Fecha caducada. Esta cita tendría que haber tenido lugar hace quince días; por tanto, o Adela Rey acudió sin necesidad de recordatorio, o ya no irá. Poco nos aporta. ¿Ha tomado nota? —preguntó a la secretaria judicial.

La mujer asintió sin dejar de escribir.

—De todas formas, deberíamos hacer una visita a ese gabinete psicológico, hasta ver si pueden ampliarnos alguna información. Quizá haya prevista alguna otra cita en el futuro y podamos localizar a Adela cuando acuda a ella. —Propuse.

—¿No tienen ni idea del paradero de esta mujer? —preguntó la juez, un tanto contrariada.

—Por el momento, no. Esperábamos que esta correspondencia nos aportara alguna pista.

—¿Y creen que ella puede tener conocimiento de las circunstancias que rodearon la muerte de ese hombre, de Joaquín Perea?

—Sin duda. Hemos comprobado que se trata de la mujer que vivía con Joaquín cuando fue asesinado. Además, es la persona que ha intentado realizar el último de los ingresos en la cuenta bancaria de la viuda, y suponemos que la que efectuó todos los anteriores.

—¡Traten de localizarla, pues! —ordenó la juez al tiempo que rasgaba el segundo sobre.

Comenzó a leer para sus adentros. Parecía estar memorizando el contenido, a ceño fruncido, con detenimiento pero sin comprender demasiado, a juzgar por su

expresión.

—Es una carta de ING DIRECT y contiene extractos bancarios pero lo raro es que todos provienen del seguro médico Sanitas...

—Sin embargo, su anterior casera en Madrid, que estuvimos hablando con ella como usted sabe, nos aseguró que Adela sostiene un elevadísimo nivel de vida.

—¿Saben si trabaja en algo?

—No nos consta que haya trabajado desde el año 2007.

—Saque una fotocopia de esta correspondencia y entréguesela al inspector. —Ordenó a la secretaria judicial—. A ver si pueden averiguar dónde vive y, si llega el caso, deténganla si consideran que existen motivos suficientes para ello. De lo contrario, cítenla para que comparezca en este Juzgado. Sin duda tiene mucho a lo que responder.

Afirmé.

La juez se puso a revisar otros expedientes ajenos al caso que nos había ocupado: era su forma de decirme que el asunto, por ahora, había quedado zanjado. La secretaria salió, dispuesta a cumplir el cometido encomendado, y yo la seguí, recogí las fotocopias y me dirigí a la calle, donde José Manuel me esperaba con el coche mal aparcado, como era costumbre en él.

—Traigo copia de las cartas y hay que exprimirlas a fondo hasta ver si nos traen datos de relevancia. —Dije nada más sentarme en el asiento de copiloto.

José Manuel no me respondió.

El extracto bancario incluía varios pagos mensuales al seguro médico Sanitas por importes de ciento cincuenta y tres euros cada uno, como bien había observado la juez, pero también se intercalaban cuatro ingresos de mil euros y, en medio de todos ellos, destacaba un gasto distinto tanto en naturaleza como en cuantía: dos mil ochocientos euros, televisor 3D Full Led Sony HX95, fecha 23 de diciembre de 2012, Corte Inglés de Preciados, figuraba en el extracto. El televisor había sido comprado hacía tan sólo dos meses y medio, calculé al tiempo que caía en la cuenta de que Adela Rey era astuta como un zorro: evidentemente, si no declaraba ingresos a la Agencia Tributaria tampoco podía justificar grandes gastos, seguramente el resto del dinero estaría en su casa, en un calcetín, a la antigua usanza, y de allí iría pagando todos los lujos de los que Adriana nos había hablado. Quizá por eso el balance de su cuenta corriente era bastante exiguo: sólo doscientos euros de saldo a su favor.

Y estrujando mi sesera un poco más llegué a la siguiente conclusión: si el tamaño del televisor es directamente proporcional al precio, Adela necesitó ayuda para trasladarlo hasta su domicilio. No me constaba que ella dispusiera de vehículo propio y consideré que transportarlo en un taxi no resultaba lo más apropiado. «Hay que hacer una visita a El Corte Inglés de Preciados y, ya de paso, también al gabinete psicológico Murillo García» decidí enseguida.

Marqué el número del Juzgado y solicité hablar de nuevo con la juez. Tras unos minutos de espera y una breve explicación obtuve también Orden Judicial para la tienda de El Corte Inglés. Nuestra suerte a la hora de obtener tales licencias con tal facilidad estaba apuntalada por el gran interés que depositaba la juez en resolver cuanto antes el caso «del emparedado», un asunto que la había sacado a portada de periódicos en más de una ocasión, que había trasladado un enjambre de periodistas hasta la puerta de su despacho, que la traía de cabeza y que deseaba esclarecer lo antes posible.

—El próximo lunes regresaremos a Madrid para hacer una visita a El Corte Inglés de Preciados y al gabinete de psicólogos Murillo García. —Anuncié a los policías que trabajaban conmigo.

Se sucedieron preguntas diversas para despejar el motivo de tan pronto regreso, la hora y el lugar de reunión, también quién iría, si yo viajaría con ellos... Pregunta maliciosa esta última, reservada para el final del repertorio, que pretendía velar la verdadera, más extensa y menos acertada: ¿vendrás con nosotros o también esta vez te llevará tu novio?

—Iremos los tres que ya fuimos hoy. Saldremos temprano, pues hay mucho por hacer allí. A las siete de la mañana aquí, dispuestos para salir. —Aclaré.

El gabinete psicológico Murillo García ocupaba toda la primera planta de un suntuoso edificio ubicado en el Paseo de Recoletos, una de las más céntricas calles de la capital. Suelos de mármol en tonos beige, mucha amplitud, pulcra limpieza, luz tamizada que se colaba a través de cortinas en color arena, paredes que prolongaban el efecto cromático hasta envolver completamente toda la estancia, buen gusto y objetos decorativos en su justa medida dotaban al espacio de un ambiente sumamente agradable, donde el tiempo parecía detenerse, donde uno se quedaría a vivir sin mayor problema. Nos atendió una recepcionista cuya perenne sonrisa se congeló instantáneamente cuando saqué mi placa de policía a relucir.

—Desearíamos hablar con el doctor o doctora que atiende o ha atendido a Adela Rey González. Traemos una Orden del Juzgado de Instrucción Uno de Valladolid.

Le mostré el escrito judicial y la recepcionista (ahora con cara de pocos amigos) nos invitó a esperar sólo un momento y después se alejó a través de un largo pasillo con puertas y más puertas a ambos lados. Regresó pasados diez minutos.

—Síganme, el doctor Marín les atenderá.

Indiqué a mis acompañantes que aguardasen mi regreso allí mismo, frente al mostrador de la recepcionista, y justifiqué mi decisión alegando que no resultaba apropiado acudir tanta gente para sólo plantear unas cuantas preguntas. En realidad yo no quería que el doctor se considerara en desigualdad de condiciones, apabullado al ver su consulta invadida por la policía y decidiera guardar alguna información en la manga con tal de equilibrar la balanza, pues yo bien se que las palabras fluyen mejor entre dos puntos que entre cuatro, como todo. Seguí a la escuálida mujer a lo largo del pasillo, hasta la última puerta de la derecha, y ella misma franqueó el acceso a un despacho iluminado con varias lámparas ambarinas que creaban un ambiente adormecedor. Detrás de una mesa oscura se sentaba el doctor Marín, un hombre de edad indefinida que lucía un bronceado caribeño (inasequible tanto para la época del año como para los bolsillos en crisis) y que, al igual que la recepcionista, mostraba también una permanente sonrisa ortopédica.

—Doctor Marín, para servirle. Mi ayudante me ha informado de que viene usted de la policía y que le interesa el caso de Adela Rey González.

Para pronunciar estas palabras, el doctor Marín se puso en pie y me tendió una mano firme que yo estreché con decisión al compás del tintineo de media docena de pulseras de acero que el doctor lucía en su muñeca. Creo que, estéticamente, el doctor pretendía proyectar una imagen estilosa y moderna pero, a mi modo de entender, se quedaba en trasnochada y de ahí no pasaba.

—Le ha informado bien. Yo soy el inspector Vega, del grupo de homicidios de Valladolid y estamos investigando un caso en el cual aún no hemos determinado el

grado de implicación que Adela Rey González pudiera tener, pero sabemos que alguna tiene, sin duda alguna.

Tomó asiento él. Me invitó a que lo hiciera yo también. Y, en los escasos dos segundos que tardé en tomar contacto con la silla, el semblante sonriente del doctor derivó en serio y preocupado: bufaba con disimulo y campanilleaban las pulseras en sus muñecas porque no dejaba las manos quietas. En el poco tiempo que llevaba en la policía, yo ya había tenido ocasión de comprobar que hay un porcentaje considerable de población a quienes nuestra visita provoca o bien repentina atrofia o bien excesivo dinamismo, y el doctor Marín era de estos últimos. Descolgó el teléfono y solicitó el expediente clínico de Adela, dos minutos más tarde entró de nuevo su ayudante y lo depositó sobre la mesa con sumo cuidado. El doctor lo abrió, comenzó a leer y a menear la cabeza de un lado al otro.

—¿Qué desea usted saber exactamente? De la Orden Judicial que usted me trae yo infiero que debo facilitarle acceso a toda la información disponible pero únicamente de palabra, no por escrito ni, por supuesto, entregarle fotocopia de todo o parte del expediente. Si que se nos requiere, sin embargo, remitir informe médico al Juzgado de Instrucción número Uno de Valladolid.

Deduje que Su Señoría había considerado que la policía bien podía conformarse con una simple confesión y que el Juzgado, en cambio, debía contar con información más detallada y precisa. Meneé también yo la cabeza, sutilmente, y me atuve a los hechos.

—Solamente quiero que usted me hable de Adela, de sus problemas de salud y de la causa que la trajo hasta esta clínica.

El doctor pareció no necesitar más consultas al informe clínico y levantó la vista hasta enfrentarla con la mía. Tenía unos ojos ambarinos, penetrantes, que eran el epicentro de un entramado de profundas arrugas, que se clavaron en los míos hasta incomodarme de tal manera que no conseguí sostenerle la mirada más allá de cuatro segundos, y eso que puse empeño, pero nunca lo consigo y me siento molesto cuando alguien engarza su mirada a la mía durante más de dos o tres segundos, tiempo que yo considero prudente para las personas que no pertenecen a mi esfera íntima.

—Llevo atendiendo a Adela desde el año 2008, en concreto desde agosto de ese año, que fue cuando ella acudió a mi consulta porque sufría constantes crisis de ansiedad y trastornos del sueño. En la primera visita me comentó que su marido había fallecido quince días atrás, víctima de un accidente de tráfico, y que él la maltrataba de forma habitual, tanto física como psicológicamente. Le pregunté si había denunciado los hechos, si había solicitado ayuda a los Organismos oficiales; y ella me respondió que se le había pasado por la cabeza en múltiples ocasiones pero que jamás se había atrevido y que, dado que él ya había fallecido, no deseaba remover ese asunto por respeto a sus suegros, quienes siempre la habían tratado con mucha consideración.

—No nos consta que Adela haya estado casada. —Manifesté, cada vez más confundido pero ya completamente seguro de que cuántas más personas me hablaran de aquella mujer, menos sabría acerca de ella.

—Aquí, evidentemente, nos hemos fiado de su palabra y no le hemos exigido la presentación del Libro de Familia —ironizó el doctor—. Pero sí que le puedo garantizar a usted que esa mujer ha recibido maltrato físico y psicológico por parte de su pareja sentimental. En lo que respecta al maltrato físico yo, personalmente, he visto los moratones y lesiones sembrados por todo su cuerpo, que presentaba cuando llegó aquí y que nunca más ha vuelto a manifestar, de lo que se deduce que eran provocados por el difunto, ya fuera su esposo, novio, amante... o lo que fuera. En lo que se refiere al aspecto psicológico, Adela mostraba cuadros de ansiedad que aún perduran a día de hoy: insomnio, baja autoestima, sentimiento de culpabilidad por desear la muerte de su mal tratador y que esa muerte se haya materializado después de forma totalmente fortuita.

—¿Recibió Adela tratamiento por las lesiones físicas? Le pregunto porque, al ser esta única clínica psicológica, quizá la hayan derivado a otro facultativo...

—Ciertamente. Aunque los hematomas ya estaban desapareciendo, la he remitido al hospital Doce de Octubre —el doctor apeó, al fin, su mirada de mis ojos y se puso a leer en el expediente que tenía extendido sobre la mesa—. La atendió el traumatólogo doctor García Acevedo pues, aparte de los hematomas visibles, ella decía padecer dolores en columna vertebral y pierna izquierda.

Anoté el nombre del médico. Mi siguiente visita sería para él.

—Por supuesto —continuó el doctor— de la existencia de malos tratos se ha dado cuenta al Juzgado pertinente, pese a haber fallecido el mal tratador; pero no nos han citado para comparecer en dependencias judiciales.

En buena lógica yo supuse que el Juzgado de Violencia de Género habría archivado el caso al carecer de presunto culpable al que enjuiciar. Quizá se habían tomado la molestia de citar a Adela para una declaración en presencia de la juez. Probablemente, ni eso.

—¿Qué tratamiento recibió esta paciente? —pregunté, con la intención de estirar un poco más el interrogatorio, pues en ese momento el médico parecía haberse relajado y no tener prisa por despacharme.

—Durante seis meses a Adela le fue suministrada medicación para erradicar el insomnio y la ansiedad que padecía desde tiempo atrás. —Respondió el doctor sin levantar la vista del expediente—. También asistió a terapias de grupo que se prologaron durante un par de años, y actualmente sigue tomando antidepresivos y acude a revisiones cada dos meses. Su estado de salud ha mejorado visiblemente, aunque no está repuesta del todo y creo que no lo llegará a estar nunca, si bien su estado actual le permite mantener una aceptable calidad de vida. ¿Algo más desea usted saber?

Si bien en ningún momento anterior me lo había demostrado, en ese momento al doctor pareció entrarle una repentina prisa por largarme. Comprobó la hora en su muñeca y cerró el expediente, dispuesto a zanjar aquella inesperada e impuesta entrevista; pero a mi aún me quedaba una pregunta en el tintero, la más importante para mí.

—Sería conveniente que usted me facilitase el domicilio o número de teléfono de la paciente, pues nos urge contactar con ella. —Continué, sin hacer ademán de marcharme por más que los gestos del doctor me lo estuvieran pidiendo a gritos.

Con gesto de resignación, el doctor volvió a abrir el expediente y buscó en la primera página.

—Nosotros solemos citarla mediante carta enviada a su domicilio en calle La del Manojó de Rosas, debido a que Adela dijo carecer de teléfono móvil.

«¡Qué hábil es esta mujer!» pensé, levantándome (ahora sí) de mi cómodo asiento.

Como despedida, el doctor me ofreció una mano mantecosa que apenas apretaba (nada que ver con la mano firme que pocos minutos antes me había dado la bienvenida) y una sonrisa de satisfacción, quizá por haber colaborado con la Justicia o tal vez porque la visita había concluido a Dios gracias.

José Manuel y Eduardo se habían trasladado a la sala de espera, donde aguardaban mi regreso cómodamente sentados, empapándose de las noticias de la mañana.

—Nos vamos al hospital Doce de Octubre. —Anuncié.

—¿Qué tal ahí dentro? —me preguntó Eduardo, obviando mi anuncio y esquivando mi mirada.

—Hay novedades que, si bien no creo que afecten demasiado a la investigación, son novedades al fin y al cabo. Como tú sueles decir: hasta el rabo, todo es toro.

Mi torpe intento de caer en gracia fue recibido con absoluta indiferencia: los dos se levantaron de sus asientos, pasaron a mi lado sin dirigirme la mirada y se encaminaron hacia la puerta más tiesos que una sota. Me limité a seguirlos.

Esa vez nos costó lo nuestro llegar al barrio de Orcasur en el distrito de Usera, en la zona sur. Madrid es una ciudad mutante, en constante estado de transformación; mis múltiples visitas de otros tiempos abarcaban un radio de uno o dos kilómetros a la redonda entorno al piso que mi novia ocupaba en el barrio de Ciudad Lineal, muy lejos de Usera; Eduardo y José Manuel contaban con los dedos de la mano las veces que habían recalado en la capital; y, por si fuera poco, el navegador había quedado en Valladolid, olvidado en un cajón de mi despacho.

Después de media hora de indecisión, en la que cada uno propuso la solución que creyó más conveniente (dejar el coche estacionado en algún *parking* y tomar el metro, que era más sencillo, pagar a un taxista para que nos guiara hasta allí...), un

coche patrulla de la policía local se nos presentó como la salvación dispuesta a conducirnos hasta el lugar y a coste cero.

Una vez allí, escalé con la mirada las dieciocho plantas de altura de aquel gigante y tuve claro que nuestra visita no daría más fruto que averiguar si el doctor García Acevedo continuaba trabajando en aquel hospital y, de ser así, solicitar audiencia para otro momento. Gestiones todas ellas que bien podríamos haber realizado telefónicamente, pensé, demasiado tarde, cuando ya se abrían ante mí las puertas acristaladas del hospital y me veía succionado por un interior amplio y transitado en demasía, como todo en Madrid. Me dirigí al punto de información, seguido por Eduardo y José Manuel, que guardaban la distancia propia de dos guardaespaldas.

Y la suerte quiso que el doctor García Acevedo no fuese dado a los cambios de destino y que además se encontrase en esos momentos pasando consulta en la planta tercera, puerta seis, a la que se accedía bien en ascensor bien por las escaleras que se ocultaban detrás de aquella puerta gris del fondo. Opté por las escaleras y hacia allí me encaminé, flanqueado por los otros dos, que continuaban mudos por obra y gracia del susto que yo les había asestado el día anterior.

Allí, en la tercera planta, hubimos de aguardar hasta que el doctor atendió al paciente que tenía de puertas adentro y a los otros siete que esperaban en la sala. Y aproveché ese intervalo de tiempo para ponerme al día tanto de las noticias importantes que hacían referencia a la política social y económica del momento, como de los amoríos y desavenencias entre personajes de la prensa rosa. Hora y media después, el doctor García Acevedo se asomó a la sala de espera y nos invitó a pasar. Era un hombre bajito, de cara colorada, perilla oscura y aspecto bonachón, que buscó acomodo para los tres con suma rapidez.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó antes de recostarse en su sillón y prácticamente desaparecer del campo visual de los presentes.

Aporté los datos de la que, según las noticias de que disponíamos, había sido su paciente durante el verano de 2008 y le mencioné, muy por encima, una investigación que estábamos llevando a cabo en la comisaría de Valladolid, de nuestras sospechas acerca de que su paciente tal vez pudiera ayudarnos a esclarecer algunos puntos que permanecían en completa oscuridad, de la importancia de localizarla y también de la necesidad de conocer algunos detalles de su historial médico debido, sobre todo, a que su consulta había tenido lugar tan sólo unos días después de la comisión del delito cuya investigación ahora nos ocupaba y que había acontecido casi cinco años atrás. No mencioné por supuesto, su relación con el caso del «emparedado», suceso que conocía todo el país; tampoco lo había hecho anteriormente, en presencia del doctor Marín.

Nos habíamos presentado en la consulta del doctor García Acevedo al desnudo, en pelotas, sin el amparo de una Orden Judicial, con la única intención de comprobar si el doctor aún consultaba en aquel hospital y en qué horario lo hacía, para regresar en cuanto dispusiéramos de la Orden; pero los acontecimientos se precipitaron, el

médico nada nos solicitó y nosotros nos dejamos llevar. El doctor se acarició la perilla, tratando de recordar, no lo consiguió, llamó por teléfono y solicitó el expediente. Ya con el informe delante, comenzó a leer sin aguardar hasta que llegaran preguntas concretas.

—«Adela Rey González, paciente de veintitrés años, un metro setenta de estatura, cincuenta y ocho kilos de peso, fue atendida en fecha 5 de agosto de 2008 y presentaba equimosis en espalda y abdomen, con derrame difuso de sangre en el tejido celular subcutáneo, hematomas en pierna izquierda, así como Petequias en ambos brazos y cuello; todas ellas producidas por un agente contusivo indeterminado. La evolución cromática presentaba un tono amarillento, de lo que se deduce que la data de las lesiones podría superar los quince días de antigüedad. Se remite a Unidad de Radiología para extraer placas de columna vertebral y extremidad inferior izquierda, dando como resultado la ausencia de lesiones más graves. Recibió únicamente tratamiento ambulatorio, se le recetó Paracetamol para el dolor y apliques de hielo para los hematomas. Ella manifestó que tales lesiones derivaban de una paliza que su marido le había propinado quince días atrás, que sufría ese tipo de maltrato de forma habitual pero que nunca había dado cuenta de ello y que se atrevía a hacerlo en ese momento porque su marido estaba muerto, víctima de un accidente de tráfico. Se dio parte al Juzgado de Guardia».

El doctor levantó la mirada hacia mí.

—Es cuanto tenemos, los hematomas ya estaban prácticamente curados y el causante de tales lesiones había pasado a mejor vida por lo que no hemos considerado necesario el seguimiento clínico de la paciente.

—¿Les ha facilitado Adela alguna dirección de contacto? —pregunté, con la esperanza de que la respuesta resultara afirmativa.

El doctor volvió a manosearse la perilla, reabrió de nuevo el expediente y leyó detenidamente la primera página.

—«Acaba de llegar a la capital y aún no dispone de domicilio fijo», es lo que pone aquí, tampoco hay teléfono.

Tracé un gesto de resignación. El doctor se cruzó de brazos y se rebranchó en el sillón. Estaba dándome a entender que había hecho por mí cuando había podido y que no podía extender más el brazo para ayudarme. Me levanté y le tendí la mano para despedirme cortésmente. José Manuel y Eduardo ya habían salido al pasillo y yo iba en la puerta cuando el doctor reclamó de nuevo mi atención.

—¡Espere un momento! Acabo de recordar algo que no consta en el expediente pero que quizá les pueda servir de ayuda.

Me giré para atenderle.

—El día que Adela Rey acudió a consulta me mostró un recorte de periódico en el que aparecía la noticia de que un varón, a cuyo nombre no presté demasiada atención, había muerto víctima de un accidente mientras conducía una motocicleta de gran

cilindrada por la A-6, a unos cien kilómetros de Madrid. Lo recuerdo por lo inusual, pues mis pacientes no suelen actuar de esa forma.

No hice comentarios (¡qué astucia la de aquella mujer!) y salí de la consulta meneando la cabeza y sonriendo abiertamente ante la atónita mirada del doctor García Acevedo, que parecía estar preguntándose qué tendría de graciosa tan trágica noticia.

—La tal Adela no da puntada sin hilo. —Aseguró José Manuel, hablando únicamente para Eduardo.

Y a mí no me quedó más remedio que resignarme a que mis subordinados prescindiesen de mi opinión a poco que mi opinión resultase prescindible. Desde que mi cambio de acera era de dominio público, evitaban todo diálogo conmigo, sorteaban mis miradas y esquivaban cualquier tipo de contacto físico procurando mantenerse a una mínima distancia de dos metros. Volví a abrazar la certeza de que ya nunca nada sería lo mismo, que en mi pecado me iría la penitencia.

La manera de proceder de mis subordinados me molestaba, por supuesto, pero no llegaba a causarme seria preocupación. En cambio sí que lo hacía la posible reacción que en futuro mostraran mis jefes inmediatos, y temía que en ese preciso instante ya estuvieran urdiendo planes para tejer una telaraña a mi medida. Evidentemente, yo sabía que esas venganzas no podrían fundamentarse sobre el hecho de ser yo gay (que no lo era, pero no obstante mi pareja por aquel entonces era un hombre) porque, de ser así, estaríamos hablando de una violación de los derechos fundamentales. Una batalla que se decantaría a mi favor, pan comido ante cualquier tribunal de Justicia. Pero yo era consciente de que existían muchas otras formas de tomar la revancha: «que si no estás desempeñando bien tu trabajo, no rindes, los hay mejores, has cometido tal o cual mínimo error y vamos a sustituirte...» En un Cuerpo uniformado, aunque sea de naturaleza civil como es el caso de la policía, el transcurso del tiempo arrastra las ideologías que se han ido quedando anticuadas pero siempre queda un sedimento del grosor suficiente para que uno se hunda en el fango a poco que meta allí la pata.

—La información que nos han aportado estos dos médicos altera el rumbo de nuestras hipótesis.

Dejé caer esas palabras con toda la intención del mundo, con la pretensión de captar la atención de aquellos dos que pasaban ampliamente de mí. Y funcionó. José Manuel y Eduardo se pararon en medio del pasillo que nos conducía hacia la puerta de salida y, por primera vez en muchas horas, me miraron directamente a la cara: me estaban pidiendo una aclaración, ¿qué había cambiado exactamente? La información reciente seguía apuntando a que la tal Adela era una granuja que repartía embustes como si fueran caramelos, seguramente miembro de una organización criminal muy lucrativa y firmemente asentada en España, compinche de los asesinos de Joaquín Perea, una hija que había puesto en la calle a su madre enferma y a su hermano alcohólico, una vividora al fin y al cabo.

—Que Adela sufrió malos tratos y palizas no se puede negar. De momento ignoramos quién se los propinó, pero hay muchas posibilidades de que haya sido Joaquín Perea. Y ese hombre al que llama «marido», al que culpa de causarle tales lesiones, y que dice murió en un accidente de tráfico, también posiblemente se trate de Joaquín Perea. Probablemente haya sido Joaquín quien se aprovechó y maltrató a Adela, y no al revés, como todo nos indicaba hasta ahora. Quizá sólo se trate de una mujer amenazada, que vive escondida, que llegó hasta aquí después de haber atravesado un infierno...

—¿Y de qué vive?, ¿de dónde saca tanto dinero? —interrumpió Eduardo. En sus palabras había un cincuenta por ciento de ironía y otro tanto de dureza.

—Eso tendremos que averiguarlo nosotros. Ahora nos vamos a El Corte Inglés de Preciados, hasta ver si ese pedazo de televisor se lo llevó bajo el brazo o si, como es lógico, se lo entregó un repartidor en su domicilio.

Las mías estaban compuestas de ironía al cien por cien.

Sin el auxilio del navegador, conseguimos llegar a la calle Preciados gracias a la inestimable ayuda de los viandantes a los que se la solicitamos asomando la cabeza por la ventanilla del coche. Y a las dos de la tarde, bajo un tibio sol de invierno que hacía notar su presencia donde iluminaba directamente y también su ausencia allí donde los edificios le cortaban el paso, la calle Preciados era una marea humana que se movía a un ritmo acompasado, cabezas que emergían por encima de una alfombra de mil colores. Y a ambos lados, guiando al hormiguero humano, tiendas y cafeterías que vestían sus mejores galas invitando al consumo inmediato. Y liderando la calle estaba El Corte Inglés, supremo templo del consumo, dominando un lugar privilegiado. Imposible resistir el ofrecimiento de sus escaparates donde se exhibía todo lo nuevo y moderno. Nuevo y moderno: los adjetivos más caducos que existen. Y nosotros, de provincias, mermamos visiblemente ante la actividad y el lujo que desprendía el corazón de la capital.

Nos recibió la sección de perfumería con sus amables dependientas apostadas en lugares estratégicos; ofreciendo sonrisas postizas, muestras de productos y asesoramiento gratuito. Hacía un par de días, Máximo me había regalado un perfume carísimo, adquirido en aquella misma sección.

Pregunté por el departamento de Seguridad a una dependienta alta y excesivamente maquillada que salió a mi encuentro, y ella me señaló hacia el fondo de la planta, hacia un letrero cuya visibilidad se diluía entre otras decenas de carteles. Hacia allí nos encaminamos, zigzagueando entre las estanterías repletas de productos de todo tipo, esquivando a la gente que se movía por allí abducida por el lujo y la novedad.

Bajo el cartel que daba nombre al departamento de Seguridad, la puerta abierta mostraba una sencilla oficina donde predominaba el color azul y el orden. Al fondo, de pie, buscando algo en una estantería, había un hombre alto y enjuto que detectó inmediatamente nuestra presencia y se apresuró en abandonar sus quehaceres para atendernos. Se presentó como Juan Villanueva, jefe de Seguridad, «comisario de policía jubilado, cuarenta años de servicio» añadió tan pronto yo me acredité como inspector.

Nos invitó a sentarnos. Yo me adueñé enseguida de la única silla confidente disponible y él se afanó en conseguir pronto acomodo para José Manuel y Eduardo acercándoles dos taburetes plegables que guardaba en un rincón, después cerró la puerta, apartó cuidadosamente un par de carpetas que tenía desplegadas sobre la mesa y tomó asiento enfrente de mí.

Con todo el mundo aposentado y el lugar ya libre de ruidos perturbadores, yo vi llegado el momento de exponer el motivo que me había llevado hasta allí, y lo hice

sin guardarme nada en la faltriquera. El ex-comisario mostró máximo interés, me escuchó con la boca abierta, sin pestañear y sin esconder la felicidad que sentía al poder servir de nuevo a la Institución a la que orgullosamente había pertenecido durante ocho lustros.

—De aquí se llevarán lo que buscan, yo lo verán. —Aseguró antes de teclear los datos en el moderno ordenador que la pudiente empresa privada había puesto a su disposición y que a mí me pareció un sueño en comparación con el viejo trasto que la menesterosa institución pública había puesto a la mía.

Los datos personales que Adela guardaba con tanto celo eran uno de los millones de fantasmas que vagaban dentro de aquella red, espectros extraviados hasta que Juan Villanueva tecleó la combinación exacta de letras y, entonces, resucitaron al instante y salieron a la luz.

—El televisor Smart TV Philips de 60 pulgadas se entregó en fecha 23 de diciembre de 2012 en el domicilio de Adela Rey González, sito en la calle de Velázquez, nada menos que en pleno barrio de Salamanca. Ahora mismo imprimo los datos para que os llevéis la información completa. —Comunicó Juan Villanueva con una amplia sonrisa en los labios.

Correspondí con otra igual de satisfactoria.

—Ahora deben montar una vigilancia en ese domicilio, para comprobar si la susodicha aún reside en él. —Me aconsejó.

—Por supuesto, primero hay que asegurarse. —Aseveré.

Inmediatamente después, el ex-comisario, con notable deseo de recordar tiempos pasados, inició un soliloquio que se prolongó durante más de media hora para llevarnos de *tour* a lo largo y ancho de su larga carrera profesional en la que había recorrido todas las escalas del Cuerpo Nacional de Policía, una a una, desde la base hasta la cima; y culminó la parrafada con un par de consejos que me tenían a mí como principal destinatario: templanza y sentido común son las claves del éxito en toda investigación.

El sincero deseo de que las pesquisas llegasen a buen puerto y el ruego de que lo mantuviéramos informado acerca de los resultados nos acompañaron hasta la puerta de salida. Allí dejamos al ex-comisario, añorando tiempos pasados desde el nada desdeñable pero sucedáneo puesto de jefe de Seguridad de El Corte Inglés de Preciados.

Desde allí hasta la calle Velázquez medió un trayecto de quince minutos en coche, cuatro kilómetros tomando la calle San Bernardo y siguiendo las indicaciones de Juan Villanueva. Y de pronto nos encontramos al pie de un edificio con solera, de esos cuya fachada y portal marcan la diferencia alejando de allí a todo aquel cuya cuenta corriente no presente varios ceros a la derecha; edificio levantado con materiales de primera calidad ocultos bajo el mármol y las maderas nobles.

—¡Cómo se las gasta la niña! ¡En pleno centro de Madrid y en este edificio! —exclamó Eduardo al percibir la calidad del inmueble.

Estábamos en el interior del coche policial, estacionados frente al portal, sopesando la excelencia del edificio, calculando el precio del lujo en euros, cuando instintivamente levanté la mirada hacia el tercer piso. La bajé de inmediato.

—¡Tira más adelante! ¡Creo que está en el ventanal, hablando por teléfono!

—¿Seguro que es ella?

—Está en el tercero y, desde luego, por edad y silueta coincide con lo poco que sabemos acerca de ella.

—¿Y qué? No nos conoce, no sabe por qué estamos aquí.

Miré a José Manuel con asombro, sin saber muy bien si merecía la pena responderle o si quizá sería preferible quedarme callado. Opté por lo primero.

—Tres hombres dentro de un coche, aparcados frente a su portal y mirando hacia su ventana..., blanco y en botella...

José Manuel movió el coche doscientos metros más adelante. Allí nos apeamos, con la intención de ir acercándonos al portal con disimulo, deslizándonos tan sigilosamente como leopardos en la selva. Yo llegué el primero, los otros dos me seguían, me aproximé al portal, oteé a través del cristal y di la vuelta inmediatamente. Al fondo, envuelto en luz anaranjada, emergía un pequeño mostrador y, detrás, un hombre que se había percatado de mi presencia y me había mirado con cara de pocos amigos, dispuesto a acercarse para preguntarme qué se me ofrecía.

—¡Vámonos de aquí! Tienen portero, como era de suponer. —Susurré yo.

—¡Perfecto! Él nos puede decir si vive aquí Adela. —Respondió José Manuel, sin acomodar la voz a la discreción que demandaba el momento.

—No le preguntaremos al portero, ni hablaremos con él siquiera. No quiero levantar la liebre sino dejarla tranquila en su madriguera, si es que aún es esta su madriguera, pero creo que sí, creo que era Adela la que estaba hablando por teléfono en el ventanal del tercero. —Susurré de nuevo, amortiguando aún más el volumen de mi voz y valiéndome de gestos para imponerme.

—¿Y qué hacemos, entonces? —me preguntó José Manuel, confuso, pero mirándome a los ojos como solía hacer antes.

—Yo voy a esperar por aquí, para comprobar si ella sale de casa, para seguirla en caso de que decida salir; entretanto telefonearé al jefe de la comisaría del distrito de Salamanca, la más cercana, y solicitaré su colaboración. Allí iréis vosotros y les pediréis que os ayuden para averiguar la titularidad de esta vivienda, pues sabemos que Adela no es la propietaria y necesitamos hablar con el dueño para corroborar si realmente esa vivienda le fue alquilada a Adela Rey González, si reside allí ella sola o si bien se trata de un piso compartido. A las resultas, para obtener la máxima información posible antes de decidirnos a actuar. Supongo que para eso bastará con realizar comprobaciones en el Registro de la Propiedad pero, para el operativo, también nos hace falta la presencia de un agente de paisano; que, además, vista de traje y porte una carpeta con algunos panfletos de seguros.

—¿Panfletos de seguros?!

Preguntaron al unísono.

—Sí. Para conseguirlos os bastará con acercaros a cualquier agencia, de las docenas que hay, y pedirles unos cuantos folletos de publicidad. Ese policía se hará pasar por vendedor de seguros y subirá al tercero con la finalidad de batir el terreno antes de actuar.

Ambos policías dibujaron el mismo gesto de descontento.

—¿Y no sería más sencillo subir, verificar su identidad y detenerla sin más miramientos?

—Vamos a hacer las cosas con calma. No quiero sorpresas. Templanza y sentido común, palabras de un ex-comisario con cuarenta años de servicio...

Sin más dialéctica, se marcharon hacia el vehículo que habíamos dejado aparcado un poco más allá. Yo saqué del bolsillo el iPhone, regalo de Máximo, y busqué el número de teléfono de la comisaría del distrito de Salamanca. Tecleé los dígitos. Al otro lado del hilo, un hombre de voz cansada me acribilló a preguntas para asegurarse de que me remitiría con la persona idónea. Finalmente llegó a la conclusión de que el jefe de la Oficina de Denuncias y Atención al Ciudadano (ODAC) era el más indicado para atenderme.

—Jefe de la ODAC ¿dígame? —preguntó una voz ronca.

Explicué mis requerimientos lo más detalladamente posible.

—A estas horas de la tarde, es imposible solicitar información al Registro de la Propiedad, sencillamente porque se encuentra cerrado. Tengo entendido que sólo atienden en turno de mañana pero, en el supuesto caso de que también despacharan de tarde, exigirían un Oficio solicitando la información y avalado por el Juzgado de Guardia.

Comprobé la hora y me sorprendí: las dieciséis horas. No había caído en la cuenta de que fuera tan tarde, la mañana se me había pasado volando.

—Tienes razón, yo había calculado que serían menos de las tres de la tarde. Entonces, quizá el portero pueda facilitarnos la identidad del dueño pero habrá que permanecer allí, a su lado, para evitar que haga correr la voz. Pero lo que sí necesito es colaboración para montar un dispositivo en el edificio; y también un policía que vista de paisano, de traje a ser posible, para echar un vistazo al piso antes de disponernos a actuar.

—Eso no representa problema alguno. Voy a hablar con el grupo de investigación, para que asignen personal y lo pongan a tu disposición.

—De todas formas, dos policías de mi grupo se dirigen ahora mismo hacía ahí, les diré que hablen contigo.

—De acuerdo.

Me apresuré a cortar la llamada para, inmediatamente, informar a Eduardo y a José Manuel.

Durante las dos horas siguientes dispuse de tiempo más que suficiente para tomar dos cafés en el bar de enfrente, estratégicamente situado, desde cuya terraza podía controlar el portal del edificio, la salida del garaje y hasta me dio tiempo a memorizar cada rasguño de la fachada; y todo ello sin que Adela volviera a hacer acto de presencia en el ventanal. En esos medios recibí también una llamada de Máximo y, sin apartar la vista del edificio, respondí a su extensa lista de preguntas con respecto al avance de la investigación y le desmigué la situación pormenorizadamente, convencido como yo estaba de que, una vez satisfecha, la curiosidad de Máximo por mi trabajo desaparecería como desaparece una enfermedad con el tratamiento adecuado; y la terapia que yo consideraba acertada para él era el suministro de información sin restricciones, que se prolongaría durante el tiempo necesario hasta que Máximo se diera cuenta de que mi profesión era igual que cualquier otra, que los policías no somos como los héroes de las series norteamericanas, que somos personas comunes y corrientes, con aciertos y fracasos, cuestas y llanos, luces y sombras...

Transcurridas las dos horas, entre la marabunta de tráfico, distinguí el coche oficial en el que habíamos viajado desde Valladolid. En ese momento yo ya había salido de la cafetería y mataba el tiempo haciendo ver que ojeaba un folleto publicitario en la parada de autobús que había al lado del portal. Vi el coche avanzar y detenerse a unos doscientos metros de mí, se apeó un hombre vestido con traje oscuro que se encaminó hacia el lugar donde yo me encontraba. A medida que se iba acercando, distinguí que era joven, bien parecido y que en sus manos llevaba una carpeta de color oscuro. Salí hacia la acera. El hombre no dejaba de mirarme ni un instante, buscando la confirmación de que era yo la persona con la que debía encontrarse. Yo miré a mi alrededor, en realidad no podía ser nadie más: el último autobús acababa de pasar y yo era el único hombre solo y aparentemente desocupado que permanecía en el lugar, la demás gente iba, venía, transitaba por la acera atendiendo a sus quehaceres. Cuando sólo nos separaban unos pasos, saqué mi placa de policía y se la mostré con disimulo, a la par que trazaba un significativo gesto para atraerlo hacia el siguiente portal, donde hablaríamos a resguardo de posibles miradas curiosas.

—Soy Luis, policía destinado en la comisaría del distrito de Salamanca.

—Yo soy el inspector Vega, y solicité la presencia de un agente vestido con traje porque lo que pretendo es que subas al tercero A y te hagas pasar por vendedor de seguros. El objetivo es comprobar si esta mujer vive allí, si está sola en casa y traer un croquis mental de la ubicación del piso, de su distribución...; en fin, todo lo que puedas averiguar...

Le mostré a Luis la fotocopia del documento de Identidad de Adela y también los fotogramas que nos había enviado el Banco Santander, y él estudió las fotos con tanta atención y durante tanto tiempo que a mí se me antojó excesivo. Seguramente estaría tratando de quedarse con los rasgos más destacados pero sin olvidar el conjunto. Entretanto, yo telefoneé a los que aguardaban unos metros más allá en el interior del

coche policial, para pedirles que se acercaran también al portal donde nosotros estábamos.

—¿Cuántos venís de apoyo? —pregunté a Luis, que aún continuaba memorizando los rasgos de Adela.

—Otro y yo. Como vosotros ya sois tres, el jefe consideró que éramos suficientes.

Esbocé una mínima sonrisa. ¡Qué tacañería gastan algunos cuando el personal es para ayudar a otros!

Acera adelante aparecieron los otros tres, alineados, ocupando todo el ancho del pavimento, casi corriendo, reclamando con su conducta la atención de los viandantes. ¡Más discreción, por favor, más discreción! Suplicaba yo empleando gestos de manos que, de tan comedidos como eran (para no sumarme yo también al jaleo) ellos no alcanzaron a comprender desde la distancia.

Llegaron fatigados, expectantes, dispuestos a actuar a la mínima orden. Y yo, dado que ya era demasiado tarde para exigir disimulo, procedí inmediatamente a explicar la estructura del dispositivo y a repartir funciones.

—Yo soy Santiago. —Se presentó enseguida el otro policía asignado, un hombre de mediana edad, alto y huesudo.

—Los cinco entraremos en el edificio al mismo tiempo, yo me dirigiré al portero y le expondré el caso de forma escueta, porque tampoco interesa facilitarle demasiados detalles, también le preguntaré si sabe quién es el propietario del tercero A. Caso de que sea así, como supongo, irán Eduardo y José Manuel a entrevistarse con él. Caso de que el piso tercero A disponga de plaza de garaje, que con toda probabilidad así será, Santiago bajará para comprobar si hay algún vehículo estacionado y esperará allí hasta nueva orden. No nos consta que Adela tenga coche pero también pudiera ser que alguien le hubiera prestado uno, y no vaya a ser que exista otro acceso al garaje y se nos largue en coche y nos deje aquí con dos palmos de narices. Entretanto yo permaneceré al lado del portero para que no se vaya de la lengua, y Luis subirá al tercero haciéndose pasar por vendedor de seguros hasta ver si esta mujer le abre la puerta y puede traernos algo más de información, ¿habéis comprendido todos?

Yo esperaba un inmediato asentimiento colectivo, pero no lo hubo. Tampoco preguntas, ni dudas de último momento o confusiones con respecto al papel que cada uno debía desempeñar, por lo que deduje que el despliegue del operativo había quedado claro y sin más dilación me encaminé hacia la portería, decidido, con los otros cuatro a la cola.

Hallamos la puerta entreabierta y al portero sentado detrás de su mostrador jugueteando con lo que parecía ser un teléfono móvil. Nos colamos dentro. Aquello era un feudo donde reinaba el silencio, la amplitud, el orden, la limpieza y la iluminación estratégica y en su justa medida. En pocos segundos habíamos tomado el portal y, ante tal invasión, el portero tiró el supuesto teléfono sobre el mostrador, se levantó y corrió a nuestro encuentro cuando yo ya me dirigía al suyo. El hombre

debía rondar la edad de jubilación, sus movimientos eran lentos y cojeaba de la pierna derecha pero, aún así, se plantó frente a mí en tiempo record. Vestía traje gris, barato pero bien planchado, corbata granate algo desgastada, y le precedía un gran manojó de llaves que portaba a brazo estirado, quizá para usarlo como arma de defensa en este caso concreto. Un par de ojos azules me escudaron antes de preguntarme qué deseábamos, yo percibí el temor asomando en ellos e inmediatamente le mostré mi placa de policía. El hombre se fue acercando, sin quitarle ojo, quizá para comprobar que no fuera falsa.

—Somos policías. ¿Es usted el portero de este edificio? Si es así, quisiéramos hacerle unas preguntas.

Pregunta innecesaria por evidente, pero útil para establecer un primer contacto y dejar claro el papel que cada uno iba a desempeñar en la función. El hombre asintió, colgó el manojó de llaves en una presilla al cinto del pantalón y nos invitó a acercarnos al mostrador. Allí comprimí en tres escuetas frases lo que tantos días habíamos tardado en averiguar. El portero me escuchaba e inflaba pecho todo a la par, sintiéndose más útil que quizá nunca en toda su vida. Después plegó el entrecejo y apretó los labios en un claro gesto de preocupación: tal vez estuviera buscando la forma de colaborar con nosotros sin faltar a su fidelidad para con los residentes de la finca que guardaba.

—Yo soy Ángel Arruñada, portero de esta finca. Y en cuanto a su pregunta, decirle que en el tercero A vive una mujer de la que desconozco el nombre. —Mintió, seguramente—. Lleva unos cuatro años aquí, en régimen de alquiler, pero no da problemas y tampoco suele recibir visitas. Es más, me atrevería a apostar que no ha recibido ninguna durante estos cuatro años, ni tampoco correspondencia, lo que ya me empezaba a extrañar, claro que si anda metida en algo raro...

El portero lanzaba el anzuelo sutilmente hasta ver si pescaba más información, pero ya hacía rato que yo había retirado el señuelo.

—¡Y claro que conozco a la propietaria! ¡Que son cuarenta años en esta casa! Se trata de doña Mercedes Vázquez de Saavedra y Uría, toda una señora.

Ángel Arruñada estaba encaramado en el orgullo de haber tenido la oportunidad de relacionarse con personas de tan elevada categoría. Su mano derecha hizo amago de ajustar un gemelo inexistente en la manga izquierda de su camisa, después unió ambas manos a la espalda, cabeza y barbilla erguidas en un gesto de seguridad y confianza en sí mismo. Eran poses ensayadas, serviles y distinguidas a la vez, fruto de tantos años codeándose con la riqueza, sirviéndola con orgullo y esmero.

—¿Cómo podríamos contactar con la propietaria del tercero A? —pregunté.

—Yo, aunque conozco la ubicación exacta de su domicilio, no estoy autorizado a conducirles a ustedes hasta allí, pues esa es información que doña Mercedes, en su confianza, depositó únicamente en mí; pero lo que sí puedo hacer es telefonarla para comunicarle que unos señores de la policía desean ponerse en contacto con ella, y después nos atendremos a lo que ella disponga acerca de la forma y el momento del

encuentro. —Respondió el portero, dirigiéndose únicamente a mí, al que ya sabía era el jefe de aquel grupo de hombres tan vulgares y mal vestidos que lo obligaban a dibujar constantes gestos de desagrado.

Y yo castañeaba los dientes, a punto de intervenir para hacerle entender a él que no era la policía quien, en un caso criminal, se ajustaba a los deseos de doña Mercedes Vázquez de Saavedra y Uría, sino al contrario. Pero, finalmente, opté por tragarme el sermón que ya tenía preparado, listo para soltar porque... ¿para qué discutir por algo tan vano? No valía la pena, mejor gastar las energías en algo más productivo.

—Telefonéela, pues, cuánto antes, y hágale saber que nos urge entrevistarnos con ella. También nos interesaría saber si el piso tercero A tiene plaza de garaje propia.

Aún no había terminado yo la frase cuando Ángel Arruñada ya me estaba mirando como miraría a un bicho rarísimo, de imposible catalogación.

—¡Por supuesto! Todos los pisos de esta finca disponen no de una, sino de dos plazas de garaje. —Recalcó, asombrado de que yo cobijara semejantes dudas acerca de las excelencias de aquel inmueble.

—Pues necesitamos ver esa plaza de garaje. —Intervine antes de que el portero se mareara de tanto menear la cabeza de un lado al otro, incrédulo ante el hecho de que la policía desconociera que los propietarios de edificios de tal categoría disponen de varios vehículos por familia y no se conforman con un solo lugar de aparcamiento.

—Son las números veinte y veintidós. —Aseguró, sin necesidad de otras comprobaciones.

—¿Sería tan amable de facilitarnos el acceso al garaje?

El portero se encogió de hombros, indiferente.

—Allí sólo encontrarán el vehículo de la inquilina, el que nunca conduce pues ella siempre se traslada en taxi. Creo que no lo ha movido desde que llegó aquí. —Amplió el portero.

Miré a Eduardo y a José Manuel. Los tres estábamos desconcertados. A ver si estábamos en el lugar equivocado, a ver si Adela ya había levantado el vuelo tiempo atrás, pues no nos constaba que ella tuviera coche propio: varias veces habíamos efectuado comprobaciones en Tráfico y siempre con resultado negativo.

El portero se dirigió al amplio ascensor de puerta plateada, tan lustrada que no aceptaba ni una simple huella capaz de deslucirla, sacó el manajo de llaves que pendía de su cinturón, seleccionó una de ellas y accionó el ascensor. Santiago se acercó, dispuesto a descender hasta la base del edificio.

—Puede bajar pero luego, para volver a subir, tiene que marcar el número doce en el teléfono que encontrará a la entrada del garaje, según sale ahora del ascensor; de esa manera contactará conmigo y yo iré a buscarle. No tiene otra forma de salir del garaje salvo que dispusiera de llave, y yo no se la puedo facilitar.

Santiago asintió antes de perderse en el interior de aquel elevador diligente, pulcro y silencioso. Entretanto, Luis ajustaba la corbata y ensayaba frases con las que

convencer a la moradora del tercero A de que primero le abriera la puerta y después le facilitara la posibilidad de entablar conversación durante el tiempo necesario para memorizar unos cuantos detalles. Se peinó con las manos al reflejo plateado de la puerta del ascensor y se dirigió escaleras arriba, carpeta en mano, dispuesto a cumplir con el extraño cometido que el servicio le había deparado para aquella soleada tarde de casi primavera.

Mientras tanto, Ángel Arruñada hablaba por teléfono con doña Mercedes, presentando sus respetos con idéntico servilismo que usaría si la señora se hallara en presencia.

—Dice que, casualmente, se encuentra en las cercanías y que en diez minutos estará aquí. —Susurró tapando el auricular con la mano y sonriendo en agradecimiento a doña Mercedes por ser tan atenta de ponerse al habla y de, además, propiciar tanta facilidad para reunirse con nosotros.

Yo me arrimé al mostrador, dispuesto a esperar. Me dolían las piernas a causa del madrugón, del estrés, de tantas horas en pie, del abandono de actividad deportiva por falta de tiempo libre para ir al gimnasio, de tantas cosas... Mi trabajo, como una alimaña, chupaba la integridad de mi tiempo y yo nada podía hacer para remediarlo.

Sonó el teléfono sobre el mostrador y me sobresalté ante aquel timbre estruendoso que rasgaba la paz del entorno. El portero atendió la llamada.

—Es el policía que ha bajado al garaje, quiere hablar con usted.

Y yo, intuyendo que aquella pronta llamada me traía importantes noticias, arranqué el auricular de manos del portero.

—Dime.

—La número veintidós está vacía, y en la número veinte hay un Mercedes Benz SL 500 tapado con una lona gris de esas que se utilizan para que los coches no se ensucien con el polvo.

—¿Puedes ver la matrícula?

Y puedo decir que en ese momento sentí miedo. Miedo de que la casualidad se estuviera burlando de mí, de que las tres letras y los cuatro números no fueran a ser los que debían ser para que todo fuera bien. Allí, a la espera, se me erizó el vello de todo el cuerpo y los músculos se me tensaron como cables de acero. Aguardé la respuesta sin atreverme a tomar aire, a tragar saliva, a pestañear, como una estatua de mármol, como un fusilado sin rematar; hasta que Santiago se puso de nuevo al habla y entonces... casi me da un infarto: ¡allí estaba el coche de Joaquín Perea!

—No te muevas de ahí, custodia ese coche como si de ello dependiera tu vida, luego te explico, que ahora no puedo...

—El coche de Joaquín Perea está en el garaje. —Comuniqué por lo bajo a Eduardo y a José Manuel.

¡Ostia! ¡Joder! ¡La madre que la parió! Y otras expresiones aún más soeces salieron de sus bocas para profanar aquel templo de orden, buen gusto y refinado lenguaje que era el portal de aquel suntuoso edificio. Ángel Arruñada se tapó la boca

con las manos, por si la vulgaridad fuera mal contagioso. En esos medios apareció Luis en la boca de las escalera, traía una sonrisa tonta que no llevaba cuando se fue y sus ojos brillaban como cuentas de cristal.

—Es ella, no hay duda.

—¿Conseguiste venderle algún seguro? —bromeó José Manuel.

Luis amplió un poco más la sonrisa, hasta casi los límites.

—Fue ella quien me vendió a mí un manojo de ilusiones.

—¿No me digas? Parece que vienes muy acalorado.

Risas maliciosas en abundancia.

—La inquilina del tercero A es una mujer muy atractiva, y con mucha clase. —
Intervino el portero.

—¡Madre mía! ¡Qué mujer! Nunca he visto tal cosa, no al menos en persona. —
Repetía Luis con los ojos aún desencajados y un rubor que se resistía a desaparecer del todo.

La ristra de bromas que caían sobre Luis se vio truncada ante la solemne presencia de una anciana cuyos sonoros pasos sobre las baldosas del portal la anunciaban desde lejos.

—¡Es doña Mercedes! —proclamó el portero dos segundos antes de salir corriendo para recibirla y mostrarle sus respetos.

Del brazo de Ángel Arruñada y envuelta en gentileza, salvó doña Mercedes los casi cuarenta metros de embaldosado ajedrecístico que mediaban entre la puerta de entrada y el mostrador donde nosotros nos encontrábamos.

—Estos son los señores de los que le hablé, doña Mercedes. —Apuntó el portero, señalándonos con el dedo índice.

—¿Qué desean ustedes, señores? —preguntó ella con el rostro severo.

Salí del grupo y me adelanté para aproximarme a la mujer. Doña Mercedes se cubría con un abrigo de piel y con una gruesa costra de desdén que no dudó en mostrarme abiertamente. Debajo del abrigo se adivinaba un cuerpo seco como raspa de pescado y asomaba un rostro impenetrable, del color de la cera derretida y con tantos pliegues como un acordeón. Exhibí nuevamente mis credenciales para identificarme como policía pero doña Mercedes pasó de mi dorada placa y no se dignó a apearse de mi entrecejo su mirada estricta y altanera.

—Somos de la policía y necesitamos saber si es usted la dueña del piso tercero A. —expliqué.

—Así es.

—¿Su inquilina se llama Adela Rey González?

Asombro en ojos del portero al comprobar que yo había averiguado nombre y apellidos sin su colaboración.

—Ciertamente.

—¿Desde cuándo es su inquilina?

—Desde el mes de marzo del año 2009. Y, antes de continuar con el interrogatorio al que estoy siendo sometida, me gustaría saber exactamente cuál es el problema.

Medí bien mis siguientes palabras antes de pronunciarlas. Obviamente, debía aportar alguna explicación, pero a la par también debía actuar con prudencia. Finalmente, referí escuetamente la aparición del cadáver de Joaquín Perea en Valladolid y la total certeza de que Adela era la mujer que convivía con él a fecha de su muerte, y que necesitábamos interrogarla para esclarecer el caso.

—¿Es una asesina, pues?

—No lo sabemos, señora. En principio tiene derecho a la presunción de inocencia, como todo el mundo. Sólo sabemos que convivía con el hombre cuyo cadáver hemos hallado en Valladolid, y también sabemos que el vehículo del difunto se encuentra en el garaje de este edificio, en una de las plazas de aparcamiento correspondientes al tercero A.

—Procedan como crean conveniente, pues.

Doña Mercedes había recibido tales noticias con absoluta normalidad, sin evidenciar sentimientos adversos ni dar muestras de desplome, su silueta permanecía tiesa como una vara de avellano, el gesto igual de serio y la mirada tanto o más desafiante que en un principio. Una vieja dama, educada para no doblegarse ante los vaivenes del mundo, para ofrecerle siempre la misma cara, calculando al milímetro el grado de sentimiento a revelar a los demás, sin excederse en las alegrías, mucho menos aún en los contratiempos.

—Si no es una pregunta indiscreta, quisiera saber cómo paga Adela el alquiler.

—¿Perdón?

—Si Adela le abona a usted el importe del alquiler mediante transferencia, en mano, en cheque...

—En efectivo y puntualmente.

—¿De qué cantidad mensual estamos hablando?

—Le he arrendado la vivienda por la cantidad de dos mil euros mensuales.

«Más que mi sueldo» pensamos todos los allí presentes.

—¿Sabe si su inquilina trabaja?

—Lo ignoro, pues no es asunto de mi incumbencia. ¿Me necesitan para algo más, señores?

—En absoluto, señora Mercedes. Muchas gracias por su ayuda y amabilidad. —Respondí, al tiempo que doña Mercedes ya había volteado y se dirigía hacia el portal del brazo de Ángel Arruñada, con la calma de las personas dedicadas a la vida contemplativa, esas a cuyo tiempo le sobran tantas horas libres.

—Necesitamos que, con cualquier excusa, telefonee usted a Adela y requiera su presencia aquí, en el portal. —Solicité al portero una vez hubo regresado al mostrador, pasados más de diez minutos.

—¡No puedo engañar así a doña Adela! —exclamó, casi escandalizado con mi propuesta.

—No le estoy pidiendo a usted que la engañe. Simplemente, hágale saber que aquí hay un hombre que desea hablar con ella. Y preste usted atención: «un hombre», no «unos hombres». Singular. Y en caso de que ella pregunte de quién se trata, simplemente dígame usted que no me quise identificar.

Y el portero, sin atisbar otra salida posible pero aún a leguas de alcanzar el total convencimiento de no estar participando en una emboscada, echó mano de teléfono y agenda para contactar. Después, ya con Adela al habla, saludó educadamente pero con frialdad, e inmediatamente reprodujo las palabras que un minuto antes había escuchado de mi boca. Según mis previsiones, ella solicitó referencias acerca de la identidad de su visitante y el portero, con voz resuelta y rostro abatido, como Judas antes de estampar el beso en la cara de Jesús, la animó a bajar dado que en ese momento él tenía otros quehaceres que le impedían acompañar al visitante hasta el tercer piso. Adela pareció tragar aquella bola y se ofreció a presentarse en la portería lo antes posible.

Tan pronto como el portero colgó el teléfono, nosotros comenzamos a planificar posiciones: tres policías se ocultarían en la penumbra que ofrecía la escalera un poco más arriba, y yo permanecería a la vista para recibirla. Previamente, Luis me había informado acerca de la ubicación del tercero A y de que al parecer ella estaba sola en la vivienda en esos momentos.

—Eduardo, en cuanto el ascensor se ponga en movimiento con Adela dentro, tú subes hasta el tercero y te apostas ante la puerta, no vaya a ser que ella llegue aquí, cualquier detalle la induzca a desconfiar, dé media vuelta y se meta en casa. Si eso llegara a ocurrir, no podríamos detenerla hasta disponer de Orden Judicial para entrar en la vivienda; y en tanto la conseguimos y no, ella dispone de tiempo más que suficiente para deshacerse de cualquier prueba importante. —Ordené, seguro como yo estaba de que aquella mujer era muy intuitiva y de que el más leve indicio podría alertarla.

—Usted tranquilo, jefe, usted tranquilo. Yo estaré atento. Usted sólo tiene que hacerme una señal con la mano en cuanto empiece la fiesta.

«Algo hemos avanzado: ya tiene “tranquilos” para mi otra vez», pensé.

Un silencio impensable hasta hacía tan sólo unos segundos se adueñó de la amplia estancia. Máxima expectación. El portero, incómodo con la situación, tomó asiento en su silla y se tapó la cara con ambas manos, como esperando que los acontecimientos se desarrollaran por sí solos, que Dios y Adela le perdonaran y que aquella pesadilla terminase cuanto antes. Un «clic» suave y continuado puso el ascensor en marcha. La luz amarilla iba pasando de un número a otro. Cero, uno, dos, tres. Unos segundos de parada. Dos. Hice una señal a Eduardo para que tomara posiciones. Uno. El portero hundió la cabeza entre los brazos, yo me encaré al ascensor y el aire se podría cortar con un cuchillo dada su densidad. Cero. Las puertas

del ascensor se hicieron un lado para dejar paso a una mujer cuya sola presencia podría causar deflagración en la mismísima Antártida. Identifiqué enseguida los rasgos de mi actriz favorita en aquella cara de ojos felinos y labios carnosos; más abajo había un jersey blanco, dos tallas menos de lo que cualquier dependienta sensata aconsejaría, un torbellino de curvas pujando por escapar de unos vaqueros ajustados como un guante y unas botas con más de diez centímetros de tacón que la elevaban hasta casi mi misma altura. La aparición, aunque esperada, dejó mi mente en blanco. Quizá nunca había estado ante nada digno de causar en mí tal impresión: la bofetada de la belleza exagerada, casi ofensiva en su perfección. La consecuencia fue que yo sufrí un atontamiento momentáneo y Adela hubo de tomar la palabra.

—¿Ángel? —preguntó, al no encontrarse con el portero frente a ella.

Y Ángel, con actitud estudiada para echar balones fuera de su tejado, evitó responder, a la espera de que yo actuara y a Adela le quedara claro que su intervención en aquel asunto había sido forzada, que no le había quedado más remedio.

Reaccioné y decidí intervenir.

—Soy el inspector Alfredo Vega, jefe del grupo de homicidios de la comisaría de Valladolid. ¿Es usted Adela Rey González?

Adela se quedó petrificada a dos pasos del ascensor, pálida, incapaz de dar un paso en cualquier dirección. Su cabeza basculó, en señal de afirmación. En su rostro se dibujaba un signo de interrogación. Seguramente estaría moviendo piezas rápidamente y en todas las direcciones, tratando de averiguar cómo había llegado al jaque.

—¿Me haría el favor de acompañarme hasta la puerta?

Mi solicitud era una orden en toda regla: yo iba a proceder a su detención, pero aspiraba a que el proceso se desarrollara de forma discreta, consciente como era de que la mera palabra «asesinato» sería capaz de remover los cimientos de aquel sólido edificio, caso de alcanzar las orejas del portero, que se encontraban a menos de dos metros de nosotros.

Luis y José Manuel salieron de las sombras, Adela se sobresaltó al verlos y se giró repentinamente, como si estuviera dispuesta a guarecerse dentro del ascensor.

—Acompáñeme, por favor. —Repetí en tono mucho más severo.

Ella viró de nuevo y se encaminó hacia mí, dispuesta a acompañarme hasta la salida. José Manuel y Luis nos seguían de cerca. Salimos todos a la calle, lejos del radar del portero.

—Adela Rey González, queda usted detenida por el asesinato de Joaquín Perea Martínez. —Comuniqué, ya de puertas afuera.

Ella se llevó las manos al pecho y aspiró hondo.

—¿Me ha escuchado? —pregunté, al ver que ella había pasado a estado de trance.

—Perfectamente.

—Como detenida, tiene usted derecho a guardar silencio, a no declarar si no quiere, a no contestar alguna o algunas de las preguntas que se le formulen, y a manifestar que sólo declarará ante el juez. Asimismo tiene derecho a solicitar abogado para que le asista en la toma de declaración y en los reconocimientos de identidad de que sea objeto. Si no lo designa, se le designará de Oficio. Tiene derecho a ser asistida por el médico. Tiene derecho a que se comunique a la persona que designe el hecho de su detención y lugar de custodia...

Yo hacía paradas de unos cuantos segundos en cada punto y seguido, para asegurarme de que Adela estaba comprendiendo cada unidad de las que conformaban aquel racimo de derechos; y ella asentía con la cabeza, alejada del mundo.

—¿Ha comprendido?

Afirmó de nuevo.

—Estos derechos le serán reiterados en la comisaría y por escrito.

—¡Traed el coche hasta aquí! —ordené a los policías.

Con la sirena activada, advirtiendo nuestra presencia por toda la ciudad, nos dirigimos hacia la comisaría del distrito de Salamanca, donde pocas horas después tomaríamos declaración a la detenida, redactaríamos un atestado explicando nuestra actuación al Juzgado de Guardia de Madrid, y pondríamos detenida y atestado a disposición de aquel Juzgado. Con certeza, el Juzgado de Madrid se inhibiría a favor del de Valladolid y, de nuevo, detenida y atestado, viajarían hasta el Juzgado que en mi ciudad entendía de la causa.

Además registraríamos el domicilio de Adela en busca de indicios o pruebas de que ella había tomado parte en el asesinato de Joaquín Perea. Y, mientras tres de nosotros realizábamos esas labores burocráticas, otros dos policías permanecerían día y noche custodiando la entrada de la vivienda de Adela y el vehículo de Joaquín Perea.

Casi setenta y dos horas después, a jueves de mañana, llegábamos a la comisaría de Valladolid con ojeras del tamaño de platos, barba de varios días y aspecto de sonámbulos. En tres días habíamos dormido un total seis horas, por turnos, a lomos de un viejo sofá que, ya jubilado del lugar donde había prestado servicio en sus mejores años, había finalmente recalado en un cuartucho de las dependencias de Seguridad para terminar allí sus días. Habíamos comido en sólo tres ocasiones, rápido y mal, a base de bocadillos grasientos. Y habíamos pospuesto la ducha y el cambio de ropa hasta aquella misma mañana. De esa guisa, arrastramos los pies hasta la oficina de homicidios, reptando entre las muchas felicitaciones que nos salían al paso y que nosotros atendíamos con breves sonrisas. A la puerta de mi oficina, como centinela, esperaba María con la cara fresca (ella no había viajado a Madrid), la mirada indiferente (desde que mis preferencias sexuales eran de dominio público, ella me había retirado la sonrisa), y lo peor: un recado urgente para mí.

—El jefe de brigada, el comisario provincial y el jefe superior están reunidos y quieren verte inmediatamente. —Soltó a la carrera, sin detenerse en las comas.

—¿Y dónde están reunidos? —pregunté sabiéndome carente de las suficientes fuerzas para aguantar los tenaces envites a los que me someterían aquellos tres miuras.

—Están en el despacho del comisario provincial.

La mesa redonda facilita (dicen) la comunicación porque crea una atmósfera relajada, informal, distorsionando la distribución de poder y obligando a los contendientes a batirse dialécticamente desde posiciones de igualdad. Sin embargo, no fue esa la impresión que me causó al entrar en la oficina anexa al despacho del comisario. Mesa redonda, cuatro sillas, tres de ellas ya ocupadas, una libre para mí, frente al jefe superior, entre el comisario y el jefe de brigada. Sin vía de escape posible.

Me recibieron tres caras serias, opuestas a las felices circunstancias, tres «buenos días» que se pisaban unos a otros, un único «síntese» salido de boca del jefe superior. Yo estaba cansado y sabía que no ofrecía mi mejor aspecto, incluso tuve la sensación de que olía mal pues los escasos diez minutos que había pasado en casa aquella mañana sólo habían alcanzado para cambiarme de ropa y arreglar algo el pelo, pero no para ducharme. Los otros tres, en cambio, estaban frescos como rosas, recién afeitados, luciendo trajes planchados y desprendiendo vaharadas de esencias diversas. Aunque la mesa fuera redonda ellos se hallaban, evidentemente, en condiciones de superioridad.

—Hemos leído el atestado que nos enviaron desde Madrid vía fax pero, no obstante, le hemos requerido a usted para que nos amplíe información y añada

detalles que, por superfluos, pudieran no figurar en el documento policial. —Expuso el jefe superior.

Los tres apoyaron los brazos sobre la mesa y me miraron directamente. Con su postura solicitaban un inmediato comienzo, un desarrollo abreviado pero suficientemente aclaratorio y, como en las películas, un buen final. Y yo me puse manos a la obra, condensando los detalles de la investigación en Valladolid y explayándome un poco más en los trámites que en Madrid nos habían guiado hasta dar con el paradero de Adela.

—¿Qué descubrieron en el registro al domicilio de la detenida? No estamos totalmente al corriente porque aún no nos ha llegado el Acta que levantó el secretario judicial durante el registro. —Interrumpió el jefe superior.

—Aparte de ropa, joyas, perfumes, cosméticos carísimos, y cincuenta y dos mil euros en efectivo..., aparte de eso, no encontramos nada. En el domicilio, me refiero. En el garaje, como supongo habrán leído en el atestado, estaba el vehículo de la víctima.

—¿Averiguaron la profesión de la detenida? Pues, según tengo entendido, procede de familia humilde y, no obstante, en Madrid nadaba en la abundancia.

—Sabemos que llevaba un nivel de vida muy alto, dado el lugar donde residía, los objetos y el dinero encontrados en su casa, pero de su profesión nada hemos podido averiguar, aunque intuimos que se dedicaba a la prostitución.

—¿Y ella no quiso declarar?

—Ella manifestó su expreso deseo de no declarar, ni en la comisaría ni en el Juzgado; es más, no abrió la boca en todo el tiempo que permaneció detenida, ni siquiera para pedir agua. Quizá se muestre más dispuesta a confesar ahora que está entre rejas, pues la juez decretó la prisión provisional para ella. Por tanto, seguimos sin conocer las razones que la indujeron a cometer o a participar en el asesinato, aunque sospecho que Joaquín Perea era en realidad un mal tratador. Quizá ella lo asesinó en venganza, o puede que incluso lo hiciera en legítima defensa... También desconocemos los verdaderos motivos por los que Adela Rey González realizaba transferencias mensuales a la esposa de su amante, aunque suponemos que lo hacía para tratar de ocultar el crimen disfrazándolo de abandono de familia. E ignoramos también cómo ella sola pudo levantar la pared en el armario y forrarla de madera, y si no fue ella quién lo hizo, y cómo consiguió mantenerse en el anonimato durante todo este tiempo. Es muy lista, de eso no cabe duda.

—¿Hablaron ustedes con la esposa de Joaquín Perea? ¿Conoce ella a esta mujer, a Adela Rey González?

—Dos policías del grupo se trasladaron al pueblo de la viuda, se entrevistaron con ella y le mostraron fotos recientes de Adela, pues las de los fotogramas ya se le habían enseñado en su día, y la viuda se reitera en que no ha visto a esa mujer en su vida.

—¿En qué condiciones está el coche que en su día perteneció a Joaquín Perea?

—Está perfectamente, ni un rasguño, salvo que no arranca porque la batería se agotó de estar tanto tiempo inmovilizado y además tiene las cuatro ruedas deshinchadas, por lo demás está en perfecto estado. La detenida lo tenía tapado con una lona y suponemos que el vehículo lleva allí desde que ella alquiló la vivienda, si bien ignoramos dónde lo mantuvo oculto el resto del tiempo, durante los meses que vivió en el otro domicilio de Madrid. En el maletero del coche, tal y como figura en el atestado, encontramos la caja que contiene toda la documentación de Joaquín y también su teléfono móvil.

—¿Han revisado ya esa documentación?

—Muy por encima. Estaba su documento de identidad, permiso de conducir, llaves de la casa del pueblo, contrato con la compañía de seguros para la que trabajaba y papeleo referente a un préstamo. Todo ello quedó pendiente de ser revisado a fondo porque de momento todos esos documentos permanecen en poder del Juzgado, que sacarán copia para ellos y nos enviarán los originales para que podamos investigar por si hubiera en ellos algo relevante para la causa.

Cada uno de los tres jefes tenía delante una copia del atestado policial, sobre la mesa. Lo leían y releían buscando posibles agujeros por donde pudiera colarse algún fallo. Debían empaparse con la máxima información posible, detallada, sin que faltara un punto o una coma. Después, cargos políticos y periodistas se encargarían de exprimirles para que fueran soltando toda esa información. Era preciso acallar a la opinión pública: no existía riesgo alguno para la ciudadanía, no rondaba por Valladolid un asesino en serie, todo había sido cosa de pareja y la persona culpable ya estaba entre rejas, a la espera de juicio.

Se impuso el silencio durante varios minutos. Los tres permanecían inmersos en el documento policial que tenían delante, pasaban páginas y continuaban leyendo. Yo los observaba, a la espera de la siguiente pregunta, edificando apuestas mentales para tratar de determinar por dónde me llegaría. Un entrecejo fruncido, unas gafas que se ajustaban a la nariz, un carraspeo... podían ser claros indicios de que había alguna duda en proceso de construcción, de que la siguiente pregunta se estaba fraguando. Pero la siguiente pregunta no llegó: dentro de su turbiedad, todo parecía estar suficientemente claro.

—Puede retirarse cuando guste. —Me hizo saber el jefe superior.

Ellos no se movieron de su asiento ni aparcaron el papeleo: parecía que el debate continuaría sin mí. Yo aparté la silla por el aire para minimizar el ruido, me levanté, me despedí, me dirigí hacia la salida, y mi mano derecha estaba a punto de alcanzar el pomo de la puerta cuando una última cuestión me alcanzó de lleno. Procedía del jefe superior y enseguida tuve claro que no había quedado olvidada, sino rezagada, agazapada, a la espera del mejor momento para ser planteada: cuando yo ya me iba, cuando ya me creía a salvo y había bajado la guardia.

—¿Son ciertos los rumores que se escuchan por ahí referentes a su vida privada, inspector Vega?

Me quedé paralizado como un mimo. No esperaba esa arriesgada intromisión en mi esfera íntima, no al menos así, en forma de pregunta directa. Suponía que me llegaría por medio de la destitución del puesto que ocupaba, quizá relegándome a un lugar donde no tuviera contacto directo con el público, o cualquier otro descrédito, pero nunca en forma de pregunta directa. Pese a la sorpresa, encaré a mi interlocutor y me dispuse a coger el toro por los cuernos antes de que me envistiera.

—Si se refiere usted a que mi actual pareja es un hombre, sí, son ciertas.

Los tres jefes me revisaron concienzudamente, de arriba abajo, de abajo arriba, con larga parada en la zona intermedia. Y yo traté de adivinar qué imágenes se estarían formando en su mente en ese preciso instante. Nada bueno, seguro. Eróticas, con certeza. Mateo, el jefe de brigada, era el más indiscreto de los tres: me observaba igual que haría un entomólogo con un insecto jamás catalogado.

—Le hago esta pregunta porque, como usted bien sabe, incluso su vida privada debe ser, en cierto modo, ejemplar. —El jefe superior se había puesto nervioso y buscaba las palabras correctas para deshacer aquel desagradable entuerto en el que él mismo se había metido—. Disponemos de un Reglamento que cumplir y una función de servicio al ciudadano que llevar a cabo; y todo ello bajo los principios de discreción, ejemplaridad y buen hacer.

Tomé aire lentamente. Tragué saliva en abundancia. Me mordí la lengua. Sabía a veneno. Lo tragué también. Armé la mejor respuesta que pude y la lancé al aire.

—Sigo sin ver en qué puedo deshonorar yo al Cuerpo de Policía porque mi pareja sea un hombre. Como usted sabe, también disponemos de una Constitución que está situada muy por encima de nuestro Reglamento en la jerarquía jurídica, y esa Norma Suprema dice que nadie puede ser discriminado por razón de tendencia sexual.

El jefe superior cogió la bola y me la devolvió con una media sonrisa de hiena que no auguraba nada bueno, pero su tono de voz se mantuvo neutro: no fue más insistente, ni más amable, ni tampoco más exigente que las veces anteriores. Fue, simplemente, el mismo.

—Cierto. Estoy completamente de acuerdo con usted, y no habrá problema alguno en que usted forme pareja con quien quiera, en tanto ese hecho no dañe la imagen del Cuerpo Nacional de Policía. Quiero decir que esa persona..., ese hombre..., su pareja..., deberá mantenerse alejado del puesto de trabajo que usted ocupa. Por supuesto, tampoco podrá acudir con usted a actos oficiales, comidas, representaciones o cualquier otra actividad que usted deba realizar como miembro de este Cuerpo. Y también convendría que fuera usted discreto, incluso lejos de aquí, en su vida privada, pues cualquier persona podría reconocerle como inspector de policía y dar lugar a habladurías que nos dejarían en muy mal lugar. La sociedad ha cambiado en muchos aspectos pero, desgraciadamente, aún guarda un poso conservador demasiado grueso.

Un poso grasiento y resbaladizo, pensé yo.

—Descuide, mi vida privada está exenta de escándalos porque mi actual pareja es una persona muy discreta, lo mismo que yo, y en nuestra intención no está dañar la imagen de la policía.

Yo estaba que rechinaba. Aquellos tres carcamales miraban sin parar hacia mi entrepierna, quizá porque quedaba a la altura de su vista, pero seguramente porque su mente calenturienta estaba dibujando a saber qué imágenes, en las que aparecería yo y otro hombre al que aún no habían sido capaces de poner rostro. El comisario provincial incluso se había pasado la lengua por los labios en un par de ocasiones, relamiéndose.

—Eso espero. Puede usted marcharse. Manténganos al corriente de cualquier novedad que tenga que ver con el caso.

Con cada cuidada frase el jefe superior se revelaba como un auténtico maestro en el arte del puteo; nivel al que, por supuesto, sólo se llega con la práctica.

—Así lo haré. Buenos días, señores. A sus órdenes.

Acababa de sufrir el mayor bochorno de mi vida pero, en cierto modo, estaba contento de que así fuera. Ya estaba hecho. Ya lo sabía todo el mundo. Tras el periodo de sorpresa colectiva y de insolentes cuchicheos a mis espaldas, irremediablemente llegaría la aceptación, con ella la vuelta a la normalidad y después el olvido absoluto. Dentro de un tiempo nadie daría importancia al hecho de que mi pareja fuera un hombre. Había sido más sencillo de lo esperado.

En principio, cuando me planteé dar el paso, esperaba recibir cuchilladas por la espalda, zancadillas por doquier, convertirme en diana de todo tipo de sátiras, etcétera. Pero, afortunadamente, los tiempos modernos habían mitigado los efectos del escándalo y todo había quedado en unas cuantas risitas a escondidas y la advertencia del jefe superior. Ni siquiera me habían destituido de mi puesto de trabajo.

Durante un mes entero aguardé la llegada de la caja de cartón que contenía la documentación y algunos efectos personales de Joaquín Perea. Un largo mes en el que a diario me embargaba la sensación de que los Juzgados se movían a cámara lenta, de que los documentos que yo estaba esperando con tanta urgencia reposaban cómodamente sobre mesas y estanterías hasta coger la suficiente solera, hasta que resultaran un estorbo o hasta que alguien recordase que estaban allí para ser trasladados al grupo de homicidios, donde yo los esperaba con impaciencia.

No había tenido tiempo de revisarlos en Madrid: la rápida detención de Adela, la confección del extenso atestado policial, la urgencia por pasar a la detenida a disposición judicial antes de que transcurriera el plazo legal de setenta y dos horas y el minucioso registro en el domicilio, me habían restado tiempo para estudiar al detalle el contenido de aquella polvorienta caja de cartón. Sólo había podido echarle un vistazo muy por encima, el suficiente para comprobar que no había allí nada cuya revisión apremiara hasta el punto de dejar de lado otros legalismos más urgentes. En aquel momento me vi obligado a establecer prioridades, ni más ni menos. Posteriormente, ya con Adela entre rejas, solicité a Su Señoría el envío de la caja para un estudio detallado del contenido, suponiendo que tal vez allí encontraría las respuestas que la detenida nos había negado con su mutismo en todo lo referente a la vida y muerte de Joaquín Perea, en cuya última fase ella había sido parte importante: seguramente autora material, pero también pudiera haber sido simplemente colaboradora, o testigo presencial, o acaso encubridora de otros que la habían llevado a cabo ante sus narices. Adela era una mujer bella a rabiar, más misteriosa que la Monalisa y muy, muy lista. Sus secretos la habían acompañado a prisión, y probablemente lo harían también a la tumba, pero yo aún conservaba la esperanza de que el contenido de aquella caja me ayudara a desgarrar el envoltorio de interrogantes que embalaba el último tramo de la vida de Joaquín Perea.

—Aquí la tienes, ¿nos ponemos con ella ahora mismo? —me preguntó José Manuel aquel día, muy solícito.

Pasada la tormenta desencadenada a raíz de hacerse público el nuevo rumbo que había tomado mi vida sentimental, yo había ido notando como poco a poco las aguas retornaban a su cauce: dejaron de perseguirme los murmullos que salían de las esquinas tras mis pasos, cesaron las miradas solapadas e indiscretas, ya no me llegaban comentarios maliciosos, estaba siendo respetado y tomado en consideración por mi hasta entonces buen hacer profesional, José Manuel discutía mis órdenes cada vez menos, Eduardo volvía a ser el funcionario disciplinado que siempre había sido y la sonrisa de María brillaba de nuevo cuando yo andaba por cerca. Los tiempos, pese a no parecerlo en principio, sí que habían cambiado, pensaba yo. Las personas no

habían tenido más remedio que subirse al carro de la modernidad y aceptar el cambio social que se abría paso a empujones, desplazando el tipo de sociedad tradicional hasta entonces imperante.

—Sí, quítale el precinto judicial y vamos a ver qué nos trae de nuevo.

Tijeras en mano, José Manuel ejecutó cuatro precisos cortes en la cinta de plástico que protegía el envoltorio, luego la retiró a golpe de tirones y finalmente abrió las cuatro solapas para dejar expuesto el contenido.

—Viene acompañada de un Oficio del Juzgado solicitando que redactemos un informe detallado sobre la documentación que contiene esta caja y su posible relación con el asesinato de Joaquín Perea. En cuanto al contenido, ni siquiera le han echado un vistazo. Está todo tal cual lo hemos encontrado en el maletero del coche. Recuerdo haber abierto la caja el día de la detención de Adela y esta carpeta roja estaba encima de las otras, tal y como está ahora.

—No habrán tenido tiempo, un mes da muy poco de si —ironicé—. A veces tengo la sensación de que los Juzgados españoles se encuentran en otra dimensión, donde el tiempo transcurre más rápido que en el resto de los sitios, las horas pasan tan aprisa que no les da tiempo a nada y por eso van tan lentos en comparación con el resto del mundo, porque no les alcanza el tiempo.

José Manuel, ajeno a mi sorna, comenzó a destripar la caja.

—Aquí tenemos el teléfono móvil de Joaquín. Aún conserva la tarjeta, aunque sin *PIN* ni *PUK* no se me ocurre cómo se podría recuperar algún dato. Quizá aún guarde los mensajes enviados a la esposa y a la oficina de MAPFRE...

—Súbelo a Informática, a ver si pueden hacer algo para recuperar información.

José Manuel guardó el teléfono y el cargador dentro de un sobre, con la intención de llevarlo más tarde, y se dispuso a vaciar la caja respetando el orden en que los distintos objetos estaban colocados dentro de ella. Después del teléfono, lo siguiente en aparecer fue la agenda de Joaquín. Tenía las tapas de piel en color negro y el grosor de un tomo de enciclopedia.

—Imagino que la mayoría de las anotaciones estarán relacionadas con el trabajo, pero revísala igualmente hasta ver si hay algo importante o discordante. —Ordené mientras calculaba que la inspección de aquel tocho iba a necesitar una importante inversión en tiempo.

—¿Algo discordante?, ¿cómo qué? —preguntó José Manuel a la par que iba pasando hojas para hacerse una idea de lo que le aguardaba caso de que toda aquella agenda estuviera repleta de anotaciones.

—Interesan sobre todo los últimos apuntes. Un par de meses antes de morir, quizá tres, para comprobar los números nuevos que fue añadiendo a la lista. Yo creo que lo mejor es que te dediques tú a la agenda, que vayas hasta la oficina de MAPFRE donde Joaquín trabajaba y que hagas allí las comprobaciones pues ellos, mejor que nadie, podrán decirnos si los contactos que tiene ahí son clientes de aquella oficina y, si es así, ya puedes ir tachándolos pues no podemos investigar a toda su clientela, no

tendríamos ni tiempo ni medios para ello. También nos interesa saber si aparece el número de Mario por algún lado, para ver si había algún tipo de conexión entre ellos. Aunque Mario está casi descartado en esta investigación, sigue existiendo una mínima posibilidad de que tenga algo que ver. También hay que comprobar si aparece el número que figuraba en el anuncio que Joaquín llevaba encima. Y otros que pudieran resultarnos de interés, de cara a establecer relaciones. Entretanto, yo me encargaré de esta carpeta roja y de las otras que hay debajo.

José Manuel se mostró completamente de acuerdo con mi decisión, parecía que la idea de salir a la calle en aquel día soleado de primavera lo seducía mucho más que quedarse en la oficina. Yo también lo hubiera preferido. Así, con un esbozo de sonrisa, cogió el sobre que contenía el teléfono móvil, con la intención de dejarlo en el departamento de Informática, donde lo revisarían a fondo, y salió del despacho más contento que unas castañuelas. Y yo me quedé mirando la caja que tenía sobre la mesa. La bajé hasta el suelo y la situé cerca de mi silla porque en ese momento se me antojó que de esa manera tendría el contenido más a mano, que me resultaría más sencillo extraer de allí las carpetas. Determiné que iría sacando los papeles uno a uno, sin utilizar en principio más criterio que el del orden que ya mantenían dentro de la propia caja; empezaría desde arriba hacia abajo, desde la corona hasta la base.

En un intento de calibrar el tiempo que debería invertir en la labor, tanteé su grosor introduciendo la mano hasta el fondo de la caja para hacerme una idea acerca de la cantidad de papeles que allí se amontonaban, y me llevé una grata sorpresa al comprobar que había mucho menos de lo esperado: la caja, cortesía del supermercado Supersol, engañaba la vista y la imaginación con sus grandes dimensiones pero, en realidad, sólo albergaba aire en sus tres cuartas partes. Con una sonrisa en los labios, retiré la carpeta roja que culminaba el montón y la desplegué dejando todo su contenido a la vista.

Sobre la mesa, ordenadamente, fui disponiendo todo el papeleo: documento de identidad de Joaquín, su permiso de conducir, dos tarjetas VISA, la cartilla sanitaria, quince tarjetas de visita, la factura de compra de un horno microondas fechada en julio de 2006; varias fotografías en las que pude reconocer a una Inés mucho más joven y sonriente, a veces sola, a veces acompañada de dos niños que se saltaban varios años entre una instantánea y otra, había también facturas de la tintorería Blanco que databan del año 2006, una tarjeta plastificada que identificaba a Joaquín como agente de seguros de MAPFRE y otras tarjetas de centros comerciales varios. En definitiva, nada importante, la documentación que cualquier persona guarda en su casa o lleva encima.

Como quiera que aquellos papeles nada aportaban que yo no supiera ya, decidí retornarlos al interior de la carpeta roja, uno por uno, conservando su disposición original, y después apartarla para un extremo de mi mesa, donde con ella inauguraría el pequeño espacio dedicado a la «documentación ya revisada».

Rescaté la siguiente carpeta del interior de la caja. Era azul y de cartón. Las declaraciones de la renta de Joaquín Perea correspondientes a los años 2005, 2006 y 2007 aparecieron en el interior ordenadas cronológicamente y separadas con grapas que el paso del tiempo había oxidado. Declaraciones de ingresos que Joaquín realizaba conjuntamente con su esposa Inés, y que yo revisé puntiliosamente, casilla a casilla, valiéndome de la calculadora del teléfono móvil, sumando abonos, restando retenciones, teniendo en cuenta las deducciones y llegando inevitablemente a la conclusión de que aquellos ingresos estaban muy lejos de permitir que el matrimonio liquidara al contado el importe de la colosal casa en la que ahora vivía la viuda.

A esas alturas, yo ya creía saber de dónde procedía el dinero que Joaquín había invertido en la compra de su casa, pero lo que necesitaba era topar la documentación que avalara mis sospechas; y suponiendo que la encontraría en alguno de aquellos portafolios me apresuré a sacar la siguiente, también azul, más gruesa que las demás, también más nueva y mejor conservada.

A juzgar por la presentación de los documentos, enseguida deduje que Joaquín era un hombre extremadamente ordenado y meticuloso; y que Adela, o bien compartía esas mismas cualidades o bien carecía del más mínimo interés por aquellos papeles pues no había quebrantado el esmero que Joaquín había puesto en organizarlos. Y allí estaban, perfectamente ordenados, todos los escritos que yo suponía habían conducido a Joaquín Perea hacia su trágico final. Firmados, sellados, datados..., testigos mudos esperando turno para contar su propia historia, la verdadera, la que el paso del tiempo no había conseguido borrar.

Eché un vistazo por encima: los escritos estaban catalogados cronológicamente y avanzaban de origen a fin sucediéndose unos a otros como huellas sobre la nieve, pisada a pisada, documento a documento. Con un punto de partida bien definido se encaminaban hacia un fin que en principio yo no tenía muy claro pero que me fue quedando patente conforme iba pasando papeles de derecha a izquierda.

Coronando la pila, unidos con un clip corroído por el óxido, cuatro folios componían la Nota Simple emitida por el Registro de la Propiedad número Tres de Valladolid, donde el inmueble que Adela había heredado de su padre figuraba descrito hasta el más mínimo detalle: situación, límites, accesos, metros cuadrados, cuota de participación, titularidad... «La vivienda está libre de cargas y pertenece en su totalidad a Adela Rey González». Leí en voz alta en uno de los últimos párrafos.

Con esmero, con la seguridad de que estaba a punto de desvelar si no la forma si los motivos que habían causado la muerte de Joaquín Perea, volví a ordenar los cuatro documentos, tiré a la basura el clip ferruginoso, los uní con uno nuevo y brillante, los coloqué cuidadosamente sobre la solapa izquierda de la carpeta y seguí revisando el montón que reposaba sobre la solapa derecha.

Ante el notario de Valladolid, don Facundo Martínez Yáñez, comparecía don Enrique Rey Alonso para dejar patente su propósito de otorgar testamento abierto y legar a su hija Adela Rey González todos sus bienes como heredera única universal.

A continuación, el Grupo Sobrevalor S.A, a instancia de Adela Rey González y a fecha 20 de mayo de 2007, tasaba la referida vivienda en doscientos cincuenta mil euros.

Mi mente iba ensamblando las piezas de aquel complicado rompecabezas; ya había unido varias, ya creía adivinar el cuadro que aparecería ante mis ojos cuando todas ellas hubieran encajado debidamente.

Pasé al siguiente montón de papeles, también unidos con una grapa, juntos formaban un todo y allí tenía que estar la pieza que me faltaba. Me lancé a leer de carrerilla, sin detenerme en puntos y comas: «CONTRATO DE PRÉSTAMO CON GARANTÍA HIPOTECARIA. 25 de mayo de 2007, de una parte doña Adela Rey González, bla, bla, bla... (me salté toda la parafernalia relativa a demás datos identificativos) y de otra parte don Juan Alonso Vicente, bla, bla, bla... Ambas partes se reconocen capacidad legal suficiente para suscribir el presente contrato y a tal fin, EXPONEN: que doña Adela Rey González es dueña en pleno dominio de la finca descrita según la Escritura del Registro de la Propiedad Número Tres de Valladolid, otorgada ante el Ilustre notario don Facundo Martínez Yáñez. Que el prestamista don Juan Alonso Vicente entrega la cantidad de DOSCIENTOS MIL EUROS en concepto de préstamo a doña Adela Rey González, quien se compromete a devolverlo en las condiciones y según lo establecido en los artículos siguientes: el préstamo se suscribe por un plazo de seis meses que empezará a computar a partir de la fecha del presente contrato, devengando durante este tiempo el interés del treinta por ciento anual, fijándose el vencimiento el día 25 de noviembre de 2007. Que doña Adela Rey González, como prestatario, se obliga a amortizar dicho préstamo a un unitario pago final de TRESCIENTOS MIL EUROS, correspondientes a capital, intereses y gastos administrativos derivados. Sin perjuicio de la obligación de doña Adela Rey González de responder personalmente y con todo su patrimonio por el préstamo y los intereses acordados en el presente contrato, se constituye hipoteca a favor del prestamista don Juan Alonso Vicente sobre la finca descrita...»

Varias dudas me asaltaron nada más pasar la última página: ¿había Adela hipotecado el piso para desalojar a su madre y hermano? Como en su día me había referido María del Carmen; ¿mantenía con ese dinero su alto nivel de vida? Tal y como Adela le había dicho a Adriana, su casera; o, muy al contrario, ¿había servido ese capital para construir la mansión de Inés? Como empezaba a suponer yo. Pero... ¿por qué iba Adela a hipotecar su piso a favor de la esposa de su amante? Agarré la cabeza con ambas manos, procurando tapar los oídos, único hueco por el que supuse podrían colarse más incógnitas en mi mente (o fugarse las pocas ideas que ya tenía claras), aguardé unos minutos en esa posición y después continué pasando papeles de derecha a izquierda.

A fecha 30 de noviembre de 2007, Juan Alonso Vicente remitía burofax a Joaquín Perea Martínez con el fin de notificarle que el plazo para atender el préstamo había vencido cinco días atrás.

Un mes después el Juzgado de Primera Instancia de Valladolid, declaraba el inicio de Proceso Monitorio a instancia de Juan Alonso Vicente, para exigir el pago de la deuda.

Al cabo de otro mes más, ya casi vencido el mes de enero de 2008, el mismo Juzgado requería a Adela Rey González para que efectuara el pago de la deuda en un plazo máximo de diez días a contar desde la recepción.

Me fijé en que la correspondencia judicial no había sido dirigida a ninguno de los dos domicilios donde Adela podría ser localizada, esto es la calle Esgueva 125 donde residía con Joaquín, o bien la calle del Ferrocarril donde estaba ubicado el piso ofrecido en garantía; sino que todo el correo había ido a parar a la calle Paraíso número 13, domicilio social de la oficina de MAPFRE donde Joaquín trabajaba. Supuse que quizá él había sido el receptor de las comunicaciones y también el encargado de trasladarlas a la interesada.

No obstante, Adela debió haber hecho oídos sordos a las cartas del Juzgado pues mes y medio más tarde se le comunicaba (también a la calle Paraíso) el inicio del proceso de Ejecución Hipotecaria por el cual, pasados treinta días desde que había tenido lugar el requerimiento judicial de pago, se procedería a la subasta del bien o finca hipotecada.

Y este fue el último escrito de los que componían la carpeta. No constaba allí documentado, pero yo sabía que el piso heredado por Adela había finalmente salido a pública subasta y que había sido adquirido por Sofía Alonso a fecha 11 de mayo de 2008.

El último portafolios contenía documentación relacionada con el trabajo de Joaquín: su contrato con MAPFRE, un lote de tarjetas de visita guardadas en el interior de un sobre amarillento, liquidaciones de comisiones, algunas facturas de restaurantes que yo supuse habían corrido a cargo de la compañía, y documentación variada, toda ella intrascendente para la causa que nosotros estábamos investigando.

Ordené de nuevo los papeles, los retorné a su puesto en el interior de la carpeta, la plegué y coroné con ella el montón de las «ya revisadas». En total, de todas ellas, sólo había apartado la que contenía documentos relativos al préstamo, por ser la única que consideré de interés. Con el resto me disponía a formar un montón y apilarlas de nuevo en el interior de la caja cuando entró José Manuel, contento, diríase que casi eufórico, mostrando una amplia sonrisa.

—En la oficina de MAPFRE han comprobado la agenda manual, teléfono a teléfono, y me aseguraron que en su mayoría pertenecen a clientes de la cartera de Joaquín, y que tras su ausencia esa clientela se ha ido repartiendo entre los demás empleados. En el departamento de Informática consiguieron encender el teléfono, recuperar el *PUK* y el *PIN*; pero no hay mensajes, ni llamadas ni contacto alguno en la agenda electrónica; es decir, que tanto la tarjeta como la memoria del teléfono han sido sometidos a un concienzudo lavado.

Contuve la tentación de preguntarle acerca del motivo de su buen humor porque ya creía conocerlo: el paseo hasta la oficina, la mañana de asueto mientras los agentes de MAPFRE comprobaban uno a uno los nombres que figuraban en aquella gruesa agenda, quizá un par de cafés, o puede que incluso una cerveza para acortar el tiempo de espera.

—La clave está en esta carpeta —aseguré, señalando la que contenía toda la documentación referente al préstamo—. Adela pidió dinero a un prestamista particular, entregando el piso heredado como aval; pero yo creo que después, por algún motivo que todavía desconozco, toda esa pasta sirvió para edificar la casa en la que ahora vive Inés.

—¿Qué te hace suponer eso?

—Que he revisado una a una las declaraciones de ingresos que Joaquín presentó a Hacienda durante los años 2005, 2006 y 2007, y te puedo asegurar que con el dinero que ganó durante esos tres años le resultaría imposible construir aquella casa sin hipotecarse.

A José Manuel se le fue borrando la sonrisa, su mente parecía dedicada a asimilar la nueva información y a calibrarla para tratar de otorgarle un grado u otro de probabilidad.

—Y entonces... ¿Adela asesinó a Joaquín a causa del préstamo? —preguntó poco después, ya con su particular síntesis formada.

—Puede ser, pero esa hipótesis tampoco me cuaja del todo. El crédito está a nombre de Adela y es seguro que ella no ha rembolsado el capital solicitado, también sabemos que el piso de Adela ha salido a subasta, pero lo que desconocemos es si su valor ha alcanzado para cubrir el montante de la deuda más intereses que, de seguir aún pendientes de pago, alcanzarían niveles astronómicos.

—¿Y por qué matar a Joaquín si era al prestamista a quien ella le debía el dinero? Lo más lógico sería que liquidase al prestamista...

—Es que yo no tengo muy claro que haya sido Adela quien asesinó a Joaquín.

—¿Quién entonces?

—El prestamista.

José Manuel dio un paso hacia atrás. Con cara de sorpresa y gestos obvios me estaba preguntando si estaba en mis cabales.

—A ver, Alfredo, ¿no me estás diciendo que la deudora es Adela?, qué era ella quien debía todo ese dinero al prestamista. —Asentí—. Entonces... ¿por qué coño han matado a Joaquín y no a ella?

José Manuel había dado en el clavo y yo carecía de respuesta para esa pregunta. No tenía ni idea. El motivo por el cual Joaquín había terminado emparedado y Adela continuaba con vida no tenía, para mí, explicación posible. Lo que sí tenía yo claro era que aquel préstamo había sido el detonante del asesinato y, además, estaba convencido de que todo aquel dinero se había convertido en una espléndida casa

colonial en Peñafiel, como José Manuel bien la había catalogado. Lo demás eran brumas.

—No tengo ni idea, pero creo que nos convendría hacerle otra visita a Inés, a ver qué nos cuenta.

Comprobé la hora.

—Son las dos y media, hora de ir a comer, pero si estamos de vuelta aquí a las cuatro nos dará tiempo a acercarnos hasta Peñafiel y hablar tranquilamente con Inés, hasta ver si su memoria funciona algo mejor que la última vez.

—Por mí no hay problema. Esta tarde está mi mujer en casa y no tengo que ajustar horarios para hacerme cargo de los niños cuando salen del colegio.

—Entonces, aquí a las cuatro.

El viaje a Peñafiel tuvo para mí la duración de unos segundos, los que tardó en vencerme el sopor provocado por el vaso de vino que había tomado con la comida y acrecentado por el agradable calor que el sol de la tarde me hacía llegar a través del cristal. El suave traqueteo del coche deslizándose sobre la carretera lineal añadió lo poco que ya hacía falta para que yo me quedara profundamente dormido en apenas unos instantes.

Creo que intencionadamente, José Manuel frenó bruscamente ante la verja que guardaba la casa de Inés y yo me desperté de repente, tan desubicado como si acabara de aterrizar tras varias horas de vuelo. Me dolía el cuello. También la espalda. Me estiré e hice varios movimientos para recolocar los huesos de mi espalda. Luego me apeé, lentamente. Pulsé el timbre, me identifiqué, la puerta ronroneó y accedimos al interior del recinto.

La primavera estaba haciendo estragos en el jardín e Inés parecía no disponer de ánimo ni de tiempo libre para atajar el avance de aquellos hierbajos que proliferaban por todas partes y amenazaban con tomar el sendero que conducía a la casa. Una casa que comenzaba a manifestar signos de declive, evidentes ahora que se mostraba destapada a plena luz del sol, solapados las otras veces que nos había recibido vestida con los tonos grises del invierno.

La viuda nos atendió ataviada con chándal y deportivas, como parecía ser su costumbre, y al saludarla reparé en que su rostro desprendía cierta luminosidad que no era provocada por la luz del sol pues en ese momento ella se hallaba cobijada bajo en un cruce de sombras provocadas por los arcos del porche. Su cara y su mirada irradiaban pequeñas chispas que podían ser tanto de felicidad como de tranquilidad. No lo manifestó, no obstante, en sus gestos y palabras, que continuaban tan adustos como siempre.

—¿Qué se les ofrece esta vez? —preguntó, retándonos con los brazos en jarras.

—¿Qué tal se encuentra, señora?

Como buen descendiente de gallegos, respondí con otra pregunta.

—Muy bien, gracias.

Inés miró a un lado y al otro, inquieta. La calle que pasaba por delante estaba transitada por paseantes que aprovechaban el buen tiempo para reducir el colesterol, y los setos que bordeaban la casa formaban algún que otro claro, los suficientes para que cualquiera pudiera chismorrear con impunidad. Nos invitó a entrar e hizo de guía aunque nosotros ya conocíamos el camino hacia el salón. Ella se sentó y nosotros hicimos lo propio, enfrente, en el mismo sofá que habíamos ocupado en las otras dos ocasiones en que habíamos estado allí.

—¿Se ha enterado de que hemos detenido a una mujer como presunta autora del asesinato de Joaquín?

Pregunta tonta pues dos policías del grupo habían visitado a Inés a los tres días de la detención de Adela y, además, la noticia había tenido amplio eco en diarios y telediaris; pero válida para intentar romper el mal rollo que amenazaba con imposibilitar el diálogo.

—¡Cómo para no enterarse! Los periódicos y la televisión no hablaron de otra cosa durante toda aquella semana. Y se trata de la mujer cuyas fotografías me mostraron ustedes, la que me ingresaba el dinero.

—Ciertamente.

—Me imagino que la conciencia de esa mujer, al dejarme a mi viuda y a mis hijos huérfanos, la obligaba a pagarme esa cantidad de dinero. Aunque dudo mucho que esa mujer tenga conciencia.

El semblante de Inés se había vuelto triste. Con las manos unidas y la mirada dirigida al suelo, parecía una beata en plena oración. En las manos, como si fuera un misal, sostenía un paquetito de pañuelos de papel.

—Es sospechosa del asesinato pero no existen pruebas concluyentes contra ella, sólo algunos indicios como es el hecho de ingresarle a usted el dinero y de tener el vehículo de Joaquín en su poder.

—Todo eso salió por televisión. Y también dijeron que esa mujer vivió con Joaquín durante dos años. Pero ustedes no creen en su culpabilidad, ¿no es así?

—No sabemos exactamente qué creer, señora. Ella no quiso declarar y las pruebas no abundan, pero suponemos que ella tuvo mucho que ver en la muerte de Joaquín, aunque quizá ayudada por terceras personas, pues nos parece poco probable que ella sola haya conseguido darle muerte, levantar la pared de ladrillo y forrarla con madera; y créame que hemos hablado con muchos albañiles y carpinteros de Valladolid, y ninguno dio fe de haber realizado la obra.

Mientras yo aportaba mi humilde opinión, Inés se había ido quedando pensativa, tanto que parecía encontrarse a años luz de aquel salón. La contemplé durante un instante: una imagen congelada, una figura indolente, una presencia ausente... Luego di un repaso a todo el salón, después miré a José Manuel y ambos nos encogimos de hombros, y así fueron pasando los minutos sin que ella volviera a dar señales de vida: postura inmóvil, mirada clavada en la alfombra... Nosotros, sin saber cómo reclamar

su nave de nuevo a la Tierra, tosíamos sin necesidad y emitíamos otros sonidos varios esperando que contribuyeran a que aquella mujer aterrizara de nuevo en el salón para conducir la conversación hasta el lugar donde queríamos llegar. De repente, transcurridos minutos, fue ella la que tosió, luego levantó la mirada y después comenzó a hablar para sí misma, obviando nuestra presencia.

—Joaquín no era quien aparentaba ser, no era el hombre amable y solícito que fingía ser. Joaquín era un engreído, un déspota que se consideraba a si mismo muy inteligente y en la misma medida tomaba por tontos a todos los demás, especialmente a mi...

Dicho eso, Inés frenó su relato en seco (quizá en ese instante se dio cuenta de que nosotros seguíamos allí). Y yo, teniendo en cuenta que ella parecía haber entrado de nuevo (y de repente) en estado de trance, dudé sobre la veracidad de sus palabras. Quizá ella hablaba desde el resentimiento y yo sabía que la verdad no abundaba por aquellos lares. En ese momento llegué a tal conclusión simplemente porque sus manifestaciones no sólo no concordaban sino que se oponían radicalmente a toda descripción que sobre Joaquín habíamos escuchado con anterioridad.

—¿Él la maltrataba a usted? —preguntó José Manuel, rasgando de un tirón el silencio que se había vuelto a establecer en el salón.

Inés reaccionó repentinamente, mirando a José Manuel a los ojos; y se quedó ahí, como prendida en esa mirada. Quizá estuviera ponderando si el purgatorio que decía haber vivido con su esposo se podía calificar de maltrato o si simplemente se trataba de una convivencia agrietada a causa del carácter soberbio de Joaquín.

—Cada día se encargaba de recordarme que yo no servía para nada, que no tenía la inteligencia necesaria para desarrollar cualquier tarea, fuera la que fuera, y que por eso no había quien tragara mis guisos, que los suelos de la casa nunca brillaban porque yo no sabía limpiar y sus camisas llevaban rayas en todos lados menos donde debían llevarlas. Además, cada día me recordaba que yo era una ordinaria que enseñaba hasta las muelas del juicio cada vez que abría la boca.

Inés había optado por exponer los hechos y esperar a que nosotros les otorgáramos la calificación adecuada.

—Maltrato psicológico. —Resolvió José Manuel enseguida.

—Hubo un tiempo en el que quise preparar las oposiciones de Magisterio, pero finalmente desistí. Ni siquiera llegué a intentarlo.

Ambos pusimos cara de interés e Inés se animó a continuar.

—Él me aseguraba que iba a perder el tiempo y a gastar el dinero, que no me hiciese ilusiones, que yo carecía de la inteligencia y de la fuerza de voluntad necesarias para plantearme ese reto, que a las oposiciones acudían miles de personas y que yo no tenía aptitudes para competir con ellas. Y finalmente, desistí. No es que yo creyera en sus palabras, que yo había aprobado la carrera curso a curso, y en junio; pero yo sabía que, con toda probabilidad, no pasaría las oposiciones a la primera, y que después él se ensañaría descargando sobre mí cuanto menosprecio le viniera en

gana. «¿Ves? ¡Ya te lo dije yo! Has gastado tanto dinero y no sacaste nada. ¿Ves? ¡Tú no eres apta para aprobar unas oposiciones!» Y ese sería el pan nuestro de cada día durante varios meses. Por eso me rendí, si bien nunca le di la razón. Simplemente, me mantuve callada.

El dolor contenido durante años asomó en el rostro de Inés. Yo lo vi y me pareció que era un dolor inmenso, pero también me dio la sensación de que ella había logrado acostumbrarse a convivir con ello como quien tira de un fardo: arrastrando una pesada carga que, aunque ralentiza el paso y exige un sobreesfuerzo, no impide del todo seguir el camino.

—Maltrato psicológico. —Reiteró José Manuel.

Y yo, viendo el campo abonado, decidí intervenir para llevar la conversación al terreno que realmente me interesaba en esos momentos. Cierto que yo también consideraba el maltrato la más infame de las cobardías pero, con el mal tratador muerto cinco años atrás, ya el peligro había cesado y quedaban asuntos más urgentes por aclarar.

—En una de las anteriores visitas usted me dijo que habían pagado esta casa al contado porque su esposo había ganado mucho dinero durante ese año. Sin embargo, he contrastado los datos con el director de la oficina donde él trabajaba, y niega que los ingresos de Joaquín alcanzaran ese montante. ¿Estaba usted al corriente de esos hechos?

—Eso fue lo que él me dijo. —Respondió Inés, encogiéndose de hombros.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —pregunté, aun conociendo ese dato.

—De doscientos cincuenta mil euros. —Contestó sin dudar.

—¿Y él dijo haber ganado todo ese dinero en un solo año?!

Inés asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa amarga antes de añadir:

—¿A saber en qué andaría metido! Le gustaba mucho el dinero, vivir como los ricos, aparentar ante los demás, pasearse por el pueblo en su coche para que todo el mundo creyera que las cosas le iban bien, mirar la hora constantemente para mostrar su reloj de oro... Así era él: un hombre hecho de apariencias, no de verdades.

Meneé la cabeza a ambos lados. ¡Qué distintas eran las versiones que yo había escuchado sobre la persona de Joaquín Perea! Vecinos y compañeros de trabajo lo calificaban como un hombre simpático, trabajador, sociable, hasta caritativo..., no había elogios suficientes en el mundo para cubrirlo entero, según ellos. Una persona intachable de cara al mundo. Sin embargo, en opinión de su esposa era un hombre que barría las miserias para dentro de casa, echándolas todas sobre su familia. ¿Quién decía la verdad y quién mentía? ¿Por qué Inés no había hablado claro desde el primer día? Me preguntaba yo.

Como adivinándome el pensamiento, ella añadió:

—No he hablado antes de esto por temor, por miedo. Cuando vinieron ustedes por primera vez, diciendo que habían encontrado un cadáver en el piso donde vivía Joaquín, yo temí lo peor; y con «lo peor» me refiero a que creí que Joaquín había

dado un paso más al frente: que había pasado de mal tratador a asesino. Claro que yo tampoco me creía esa historia de que había ganado tanto dinero en un año y que gracias a eso habíamos conseguido librarnos de una hipoteca. Yo ignoro de dónde procede ese dinero, pero estoy segura de que de nada limpio. Y lo primero que pensé cuando ustedes me mencionaron lo del cadáver fue que Joaquín había matado a ese hombre, quizá para apoderarse de su dinero. Y tuve miedo porque nunca llegué a saber cuan cerca o cuán lejos estaba Joaquín de mí. Se había marchado, no había vuelto a verle, pero yo dudaba mucho que él hubiese desaparecido sin más. Seguramente seguía controlando mi vida, sabiendo exactamente cada paso que yo daba, de una u otra manera, directamente o por encargo. Y yo sentía pánico porque realmente creía que Joaquín seguía con vida pues el dinero me llegaba puntualmente, mes a mes, yo nunca había tenido motivos para creer que él hubiera muerto. Desde el principio, desde poco después de casarnos, yo sabía que algún día él me abandonaría...

Yo había presenciado eso otras veces y sabía que debía permanecer callado. Ahora que las palabras habían empezado a fluir, la mujer no podría detenerlas hasta que hubieran salido todas. Lo mismo que una ciudad sitiada: primero caían las defensas exteriores y después iba el resto. El primer movimiento consistía en abandonar la mentira, casi con alivio, para después abrir las puertas a la verdad.

—Joaquín se quitó la máscara tan pronto regresamos de la luna de miel. No, en realidad nunca la había llevado puesta sino que fui yo quien quiso ver simpatía en aquella malvada sonrisa, brillo e ilusión en aquellos ojos que centelleaban de codicia, brillantez en su vanidad... En realidad, él siempre me había mostrado claras sus intenciones, aún antes de casarnos. En este pueblo es de todos conocido que mi padre posee algunas propiedades, en concreto: dos pisos, una casa y un bajo comercial. Y a falta de dos meses para la boda, Joaquín insistía en que mi padre debía cederme uno de esos pisos en propiedad, que ese sería nuestro hogar, que no existía problema alguno, que él había estudiado Derecho y sabía de esas cosas; que si lo escrituraba a mi nombre antes de casarnos, el piso sería sólo mío aunque el régimen matrimonial fuera el de gananciales. Y yo, ingenua de mí, enamorada hasta la médula, así lo planteé en casa ese mismo día y durante la cena. Y mi padre, dando muestras del viejo zorro que es, respondió: «A saber cuáles son las intenciones de ese truhán...» Mi padre aseguraba haber calado a Joaquín nada más ponerle la vista encima y todos decíamos que eran celos de padre que casa a su única hija, pero el tiempo le ha dado la razón.

—Quizá la intención de Joaquín fuera solicitar un préstamo ofreciendo el piso como aval... —mencioné.

—Precisamente era eso lo que mi padre temía. «Mira que te convence para pedir dinero en el Banco, hipotecando el piso, luego se larga y no le ves más el pelo. Ya tendrás los pisos, hija, ya los tendrás, que para ti son». Me dijo mi padre en una ocasión.

—Su padre tenía buen ojo.

Yo había pensado preguntarle a Inés qué iba a hacer con su vida ahora que le había fallado el ingreso de mil euros mensuales pero, según las últimas noticias, mil euros mensuales seguramente serían «calderilla» para Inés y su familia. Sin embargo, juzgando el aspecto interior de la casa, se podía adivinar que el padre seguía con vida, sosteniendo el cetro con firmeza y con la cartilla de ahorro a buen recaudo.

Y llegó un nuevo momento de silencio que yo aproveché para repasar mentalmente el caso. Me parecía haber agotado las preguntas, aclarado todas las interrogantes pero, aún así, tenía la sensación de que quedaba algo por clarificar. Siempre quedaba. Y era una lástima desaprovechar el momento, con Inés tan dispuesta a desmembrar su vida ante nosotros. Quizá, de olvidar alguna pregunta, la encontraríamos de nuevo cerrada en banda cuando regresásemos para requerir sus explicaciones. De hecho ya parecía haber dado por zanjada la conversación y daba muestras de agotamiento.

—¿Algo que desee añadir? —pregunté—. Como ve, esto quedará entre nosotros. No se ha formalizado por escrito, pues no se trataba de una declaración propiamente dicha. Digamos que necesitábamos saber exactamente quien era Joaquín Perea, ¿y quién mejor que su esposa para hablarnos sobre él?

—¿Y la otra mujer? Ella también ha convivido con él. ¿No les ha contado nada?

—No ha querido pronunciarse sobre el asunto. Quizá se esté reservando para cuando salga el Juicio.

Repentinamente, Inés volvió a quedarse pensativa, con la mirada fija en algún punto del infinito y el cuerpo inmovilizado. Y en ese momento yo tuve la certeza de que padecía algún tipo de enfermedad mental que la llevaba a sufrir lapsus, ausencias que la transportaban mentalmente en el tiempo y en el espacio, muy lejos de donde se encontraba físicamente. Pero, al poco tiempo, como yo ya había presenciado en otras ocasiones, sacudió levemente la cabeza para dar a entender que había regresado de donde quiera que hubiera ido.

—Hablará, tarde o temprano hablará. —Aseguró Inés desde un punto ya cercano.

Salimos de aquella casa con las ideas un poco más claras, yo cada vez me aferraba con más fuerza a la posibilidad de que Adela no fuera la asesina, de que la muerte de Joaquín hubiera tenido mucho que ver con la deuda contraída con el prestamista, deuda que podría haber quedado a medio saldar y que a esas alturas, dados los elevadísimos intereses y el mucho tiempo transcurrido, debía ascender a la mitad del producto interior bruto nacional.

—Cuando las cantidades prestadas son pequeñas, el prestamista particular saca buena tajada con sólo sacar a subasta los bienes que el cliente ha dado en garantía, cuyo valor supera con creces el montante de la deuda. Pero en este caso ya la cuantía del préstamo era elevada de por sí; los intereses, astronómicos; y la crisis del ladrillo remató la faena partiendo por la mitad el valor del piso de Adela. —Comenté a José Manuel mientras atravesábamos el jardín rumbo a la salida.

Teniendo en cuenta que la cantidad de dinero prestada era muy superior a la que podría considerarse normal y que además, la garantía hipotecaria apenas la cubría, yo suponía que el prestamista había hecho una excepción y abierto la mano con el préstamo concedido en este caso concreto, por tratarse de Joaquín, a quien parecía unir algún tipo de relación, bien fuera laboral o de amistad. En unas palabras: el prestamista había abierto la mano debido a la confianza profesional o personal. Y nuestra suposición de que existía relación laboral o de amistad entre ambos estaba avalada por el hecho de que habíamos podido constatar que el prestamista pertenecía a la cartera de asegurados de Joaquín Perea y que la víctima había efectuado más de cien pólizas para el presunto verdugo. Y como bien dice el refrán «amigos al prestar, enemigos al devolver», seguramente la subasta no había alcanzado para cubrir el préstamo, quedando el capital a deber y la amistad rota para siempre.

—¿Tenemos algo sobre el prestamista? —preguntó José Manuel.

—Nada. Carece de antecedentes penales y está más limpio que una patena. Incluso he consultado con un abogado amigo mío, por si le pudiéramos meter mano por estafa. Y este abogado me dijo que, como todo el mundo sabe, estos préstamos se valen de las necesidades ajenas para conceder dinero a intereses desorbitados y con la finalidad de apropiarse de bienes inmuebles a precio de ganga. Pero, aún así, sería arriesgado intentar incluirlos dentro del delito de estafa, pues no existe «engaño bastante», elemento esencial de la estafa, debido a que el prestatario sabe en todo momento qué cantidad adeuda, qué intereses pagará por el dinero, qué cantidad ha de reintegrar y en qué plazo, ya que se suelen formalizar ante notario público.

—¿Y ahora qué?

—Ahora Adela cargará con el mochuelo porque en el cadáver no se han encontrado pruebas que incriminen a nadie. Tampoco la incriminan a ella, pero era ella quien vivía con Joaquín, en su poder estaba el coche y, por si todo eso fuera poco, están los ingresos en la cuenta de la viuda, supuestamente para tapar el asesinato.

—¿Pero tú no crees que lo haya hecho ella sola, verdad?

—No, para nada. En principio suponía que se trataba de una organización criminal y que Adela pertenecía a ella, pero ahora creo que ese prestamista ha tenido mucho que ver en el asunto. Seguramente, Adela también. Pero cada vez me parece más inverosímil que ella sola haya montado todo este tinglado.

—Sin embargo, a mi me parece que Adela no contó con la ayuda de Juan Alonso Vicente para el asunto de los ingresos a la viuda. El prestamista ya salió malparado en la operación del préstamo y no creo que estuviese dispuesto a seguir malgastando mil euros mensuales durante años.

—No lo sabemos. Quizá fuera cosa de los dos, de Adela y del prestamista. Porque si bien él perdió mucho dinero con la operación del préstamo, más iba a perder de descubrirse que Joaquín no se había marchado voluntariamente sino que había sido asesinado. Pero en eso también se han equivocado pues hemos hallado el cadáver y

seguimos sin tener nada para inculpar a Juan Alonso Vicente. Probablemente, de haber sabido que no conseguiríamos incriminarlos no habrían tratado de ocultar la muerte de Joaquín, porque realmente les ha salido muy caro. Mil euros al mes durante cinco años... Todo esto son suposiciones mías, pero pueden existir muchas otras variantes...

—Desde luego. Entonces... ¿caso cerrado?

—Caso cerrado. Redactaré un informe para remitir al Juzgado, referente a la documentación que había en la caja. Y habrá que esperar hasta ver si Adela se decide a hablar. Si no lo hace, nosotros no tenemos nada más de dónde tirar. No sobraría, de todas formas, entretenernos durante unos días vigilando al prestamista, aunque sólo sea para determinar su forma de proceder y ver en qué anda metido ahora.

El hombre del traje oscuro, corbata granate y maletín negro se presentó cohibido ante el control de seguridad de la prisión de Brieva, provincia de Ávila. El funcionario que estaba en el puesto de Control lo miró, indiferente; vio una cara alargada, morena, común; una cara que olvidaría de inmediato. De él sólo le interesaba su documentación personal pues supuso que se trataba de algún abogado en rutinaria visita a su cliente y con la finalidad de preparar un inminente Juicio. Lo normal.

—Vengo en representación de la editorial «Muchas Letras». Me está esperando Adela Rey González. —Aclaró el hombre, nervioso porque ni en pesadillas se había encontrado jamás ante las puertas de una prisión.

El funcionario enarcó las cejas y concedió al hombre el honor de una segunda inspección, más minuciosa: era alto, delgado, de mediana edad, con ojos sagaces y barba de dos días que desentonaba con el resto de su cuidado aspecto pero que resultaba determinante para encuadrar su apariencia dentro de la categoría de «trajeado pero con un toque informal». Fijándose mejor, su traje parecía de mejor calidad que los que solían usar los abogados que recalaban por allí, muchos de ellos del turno de Oficio.

—Puede pasar, pero lleve esto visible en todo momento y devuélvame a la salida. Sólo tiene que cruzar la explanada, entrar por aquella puerta gris que ve de frente, y tomar el pasillo de la derecha, cuarta puerta a la izquierda. Le están esperando. —Dijo al tiempo que le entregaba una tarjeta de plástico con la «V» de «visita» pintada en color verde.

El eco de sus pasos lo seguía a través del amplio pasillo. El silencio, sepulcral, y la esmerada limpieza chocaban de frente con la imagen que algunas películas americanas habían forjado en su mente. Durante el largo viaje de cinco horas en coche desde Barcelona había imaginado que sería recibido por un viejo edificio parcelado en espacios reducidos y atestados de reclusas allí hacinadas, malolientes, asomando sus sucias manos a través de los barrotes para suplicarle ayuda. Nada que ver con lo que se presentaba ante sus ojos. Contaba las puertas que iba dejando atrás. Una, dos, tres..., asestó dos enérgicos golpes de nudillos en la cuarta, retiró la mano inmediatamente, la sacudió en el aire y después sopló sobre ella: había impreso al gesto más fuerza de la debida y la puerta, de metal, le devolvió un dolor agudo a la par que el eco de la llamada.

Una mujer corpulenta y vestida con uniforme gris franqueó la entrada enseguida.

—Dispone de una hora. Yo estaré fuera. Avísame si me necesita. Bastará con una simple llamada pues la puerta permanecerá entreabierta.

La funcionaria construía frases cortas y las separaba con pausas largas que aprovechaba para mirar fijamente a los ojos del hombre y asegurarse de haber sido

comprendida antes de proseguir. El hombre asentía en cada parada. Desconocía los usos de las prisiones pero, por pura lógica, supuso que la función de aquella agente consistía en mantener la seguridad por encima de todo.

El confort de la sala, no obstante, era austero, rayando en la penuria. Estaba pavimentada con baldosas grises, visiblemente desgastadas pero limpias; y por todo mobiliario ofrecía tres mesas de madera que, separadas entre sí, ocupaban el centro de la estancia y cuya única función parecía consistir en servir de base para las reuniones entre abogados y clientes, o visitantes y reclusos. Cada mesa disponía a su vez de dos sillas, una a cada lado. Paredes grises, una ventana enrejada, dos bombillas colgando del techo y un calendario marcando el lunes, 23 de septiembre de 2013 (obsequio de Panadería Abulense) conformaban el resto de la decoración. Y, sentada al lado de una de las mesas, aquella mujer cuya sagacidad, sangre fría y belleza habían asombrado al país.

La mujer, piernas cruzadas y brazos sobre el regazo, miraba directamente al hombre que acababa de entrar.

—Soy Marcos Álvarez, de la editorial. —Se presentó el hombre.

Adela asintió con un corto movimiento de cabeza. Marcos pensó que en persona resultaba aún más hermosa e interesante.

—Su abogado nos ha hecho llegar el contrato que usted firmó, y se ha añadido la última cláusula exigida por usted: el libro no verá la luz hasta que finalice el Juicio y se dicte sentencia firme.

Ella volvió a asentir. Marcos abrió el maletín y del interior sacó una pequeña grabadora, una libreta a estrenar y un bolígrafo plateado. Lo dispuso todo sobre la mesa y miró a la mujer, esperando que ella dijera algo o, mucho mejor, que comenzara cuanto antes a relatar aquella escalofriante historia que sólo ella conocía al completo, que se vendería como churros en forma de libro y ebook, y con la que la editorial ganaría millones, de los cuales él se llevaría una buena tajada. Pero ella permaneció en silencio.

—Podemos comenzar cuando guste. —Azuzó Marcos.

—¿De verdad cree usted que mi historia puede interesar a alguien hasta el punto de pagar veintitantos euros por cada libro? —preguntó ella casi dos minutos después.

Marcos se quedó atónico. No eran esas las palabras que esperaba escuchar. Ya había hablado de eso con el abogado. Ya todo había quedado perfilado. Se apresuró a contestar para terminar cuanto antes con los preliminares.

—No lo dude. La gente quiere morbo y está dispuesta a pagar lo que pidan con tal de obtenerlo. Usted ya es famosa. Tristemente famosa, pero famosa al fin y al cabo. Ni siquiera necesitaremos hacerle publicidad porque todas las televisiones, los periódicos y la radio se encargarán de divulgar la noticia de que su libro ha llegado a las librerías de toda España y resto del mundo. Y el público, con mono de morbo, comprará la novela sin pensarlo dos veces, y pagarán por ella lo que les pidamos. En

este caso está previsto que sean veinticinco euros pero, si fueran treinta, igualmente los pagarían. Todos desean conocer la historia, su historia, Adela.

La mujer, pese a estar ya atado el contrato, no parecía muy convencida de que, aun habiendo miles de euros en juego, mereciera la pena regresar al pasado y ponerse a hurgar entre la miseria. Marcos decidió darle el último empujón.

—Se hará usted tan rica como cualquiera de las autoras o autores más famosos del mundo. No lo dude ni un momento. ¡Venderemos libros por millones!

—Pero si yo no sé escribir un libro. No sabría redactarlo... —alegó Adela.

—¿Y qué importancia tiene eso realmente? ¿Ve esta grabadora? —ella afirmó—. Usted habla y me cuenta su vida. Ni siquiera hace falta que sea de forma cronológica, simplemente nárrela. La puede ir relatando como le salga. Al tiempo yo iré grabando, y luego un escritor de esos que no tiene nombre, al que nadie conoce y por cuya obra nadie pagaría ni un euro, pero que sin embargo sabe escribir y lo hace muy bien, dejará su novela cincelada, dispuesta para salir a la venta con una calidad y estilo capaz de competir con el mejor de los escritos. ¿Cómo cree que hacen los famosos?, ¿cree usted que ellos mismos, de su puño y letra, redactan todas esas autobiografías y libros de consejos que abarrotan los escaparates de las librerías? ¡Nada de eso! ¡Otros lo hacen por ellos! Nunca se ha parado usted a pensar, Adela, qué es lo que vende de una novela, pues... ¡el nombre del autor! Un nombre famoso, conocido, es lo que hace que la novela venda. El famoso sólo pone el nombre, luego, para escribirla tenemos a los escritores sin nombre, los «negros» como vulgarmente solemos llamarlos.

La mujer levantó las cejas para emitir un gesto impreciso, que bien podría significar descontento, repulsa o, incluso, asombro.

—Debe quedar claro que antes de que la novela vea la luz ustedes deberán entregar a mi abogado la cantidad de quinientos mil euros en efectivo. —Susurró después, sin levantar la mirada de las manos que mantenía unidas sobre el regazo.

—El contrato contiene una cláusula que recoge ese requisito, en cumplimiento de su expreso deseo de que así se haga.

La mujer exhaló un breve suspiro. El contrato ya estaba firmado, la editorial se hacía cargo de todos los gastos y ella ni siquiera tendría que escribir el libro, sólo «poner el cazo», como le había dicho su abogado. Pero tendría que recordar, evocar un pasado teñido de rojo tragedia; aunque, todo hay que decirlo, lo revivía diariamente de todos modos, capítulo a capítulo, y nadie le pagaba por ello. Comenzaría, pues.

—¿Está dispuesta? —preguntó Marcos, con amable voz y ensayada sonrisa.

Ella afirmó con la cabeza. Marcos deslizó cuidadosamente la grabadora sobre la mesa para aproximarla al otro extremo, donde Adela se preparaba para adentrarse en las sombras.

—Como ya le dije a usted, no tiene por qué guardar un orden cronológico pues el «negro» se encargará de eso después y, además, compondrá la historia de manera que

resulte muy atractiva para el lector.

La mujer volvió a afirmar y Marcos puso la grabadora en marcha. Ella descruzó las piernas, tragó saliva, se abrazó a si misma y empezó:

Todo comenzó hace mucho tiempo. Todo comenzó ayer.

Nací en el seno de una familia humilde, alocada y destartalada. Mi madre era una mujer gorda, sucia y holgazana que, además, se dio a la bebida cuando mi padre la abandonó poco después de yo cumplir los tres años. De su vida anterior, mi madre conservaba una pensión de viudedad y un hijo que primero había estado enganchado a la heroína y después a la metadona y al alcohol.

Yo crecí en un ambiente de discusiones familiares constantes y a voz en grito. De comidas a deshora o ausencia de ellas. De noches de miedo y horror porque las sombras ebrias vagaban por los pasillos hasta altas horas de la madrugada y mi mente de niña no acertaba a identificarlas. De trapos sucios alfombrando el suelo de toda la casa. De resacas que culminaban en sonoros vómitos allá de madrugada. De constantes mudanzas, pisos de alquiler con muebles destartados y caseros que aporreaban la puerta intentando cobrar los seis meses adeudados. De oscuridad por los constantes cortes de luz al no pagar las facturas. De baños de agua fría por carencia de la caliente. De humillación en el colegio por parte de mis compañeros más pudientes que yo. De necesidades en abundancia y un padre al que visitaba uno de cada dos fines de semana, según convenio. Esas visitas, no obstante, fueron para mi un oasis en medio de un desierto de miseria.

No sé muy bien qué es lo que mi padre vio en mi madre. Él, trabajador y carente de vicios, regentaba un bar de barrio que cada tarde se llenaba de jubilados dispuestos a consumir su abundante tiempo libre en interminables partidas de cartas y acaloradas discusiones que normalmente versaban sobre la política del país y el fútbol; y cada mañana de obreros que entraban a las once en tropel exigiendo la pronta presentación de un vino de la casa y un bocadillo de lo que hubiera, para engullirlo aprisa y sin reparar en que la mugre se adueñaba de los rincones y el olor a fritanga intoxicaba el ambiente, pues a mi padre, solo al frente de aquel negocio, le faltaban manos para atenderlo debidamente. En cambio ella, mi madre, era una mujer depresiva crónica, obesa, sucia y sin más aspiración que ver pasar la vida desde el sofá de casa. Pero mi madre contaba veinte años menos que él, y esa fue su gran baza para engancharlo: el hombre

siempre pierde el norte cuando una mujer mucho más joven se cruza en su camino. De todas formas, mi padre sólo permaneció a su lado el tiempo justo para engendrarme, traerme al mundo y cansarse hasta no poder soportarlo más. Y un buen día recogió sus escasas pertenencias de hombre austero, contrató un abogado que le ayudase a poner el régimen de visitas en regla y continuó su camino.

Poco después el amor llamó de nuevo a la puerta de mi padre y, ya con el otoño de su vida bien avanzado, adquirió una vivienda y forjó un hogar sólido en ella; pero el invierno, implacable, igualmente lo pillaría en soledad. Años después yo heredaría esa vivienda. ¡¿Cómo iba yo a suponer que esa propiedad se convertiría en mi cruz?! Pero esa es fábula de otro cuento.

Mi madre, en cambio, se fue abandonando un poco más con cada año que pasaba, pese a que yo no lo creía posible. Su día a día giraba en el interior de un patético círculo sin principio ni final. Su depresión se agudizó tanto que incluso se vio obligada a abandonar las tareas más básicas porque el sólo hecho de pensar en la necesidad de emprenderlas suponía para ella un esfuerzo de titanes. No le apetecía cocinar. Y, dado que no le apetecía cocinar, mataba el hambre con la bollería que yo traía del supermercado por encargo suyo, que ya venía elaborada, sólo había que abrir el plástico que la envolvía y engullirla sentada en el sofá frente al televisor. Y comenzó a engordar. Y vestirse se convirtió en un engorro porque la ropa de antes se había quedado escasa para sus nuevas dimensiones. Y dejó de salir de casa porque no disponía de ropa que le sirviera. Y, según ella, al no pisar la calle tampoco necesitaba bañarse. Además... ¡el agua estaba tan fría!, si la caliente no costara tanto... ¿Para qué bañarse y vestirse si no iba a salir de casa? Entonces, bien permanecía en la cama, bien en el sofá; en ambos casos tapada con mugrientas mantas que no conocían la lavadora. Y el trayecto entre cama y sofá lo recorría ataviada con una no menos mugrienta bata que en sus buenos tiempos había sido de color azul celeste. De esa guisa, sentada o acostada en el sofá, pasaba programas de la televisión unos tras otros (sobre todo los de la tarde porque las mañanas estaban destinadas a dormir la resaca) mientras con las manos iba arrancando algún pelo del bigote que sobresalía más que el resto y que de algún modo se había convertido en una pequeña molestia.

En ese ambiente fui yo creciendo en altura y menguando en ilusiones con respecto al mundo. De niña, yo habitaba dos mundos paralelos que, como paralelos que eran, nunca llegaban a encontrarse, sin conseguir desentrañar cuál de ellos era el que realmente me

pertenecía. Una semana completa y parte de la otra yo vivía en el basurero repleto de inmundicia material y oral que era la casa de mi madre. La otra parte de la segunda semana me trasladaban a un mundo de ensueño: la casa de mi padre, donde Matilda, su nueva pareja, se desvivía en atenciones hacia mí.

Matilda era madre de una hija fruto de un matrimonio anterior y abuela de dos nietos, y estaba en las antípodas de mi madre: me agasajaba con postres que salían de sus propias manos, me bañaba con delicadeza, me vestía entre abrazos, me compraba ropa cara y juguetes de ensueño, paseábamos, íbamos al cine a ver todos los estrenos de películas infantiles, reíamos y jugábamos. Y entretanto mi padre también reía de felicidad contemplando a sus dos mujeres tan compenetradas, yo me aseguraba a mi misma que aquel era mi mundo real, dado que era el que siempre permanecía fijo. El otro cambiaba cada temporada, cuando el casero conseguía echarnos; y entonces yo mudaba de casa, de barrio, de colegio y de compañeros; y mi padre ganaba un disgusto. “El dinero que yo os paso lo bebe tu hermano” repetía mi padre una y otra vez, sin que por aquel entonces yo lograra comprender el alcance de aquellas palabras. ¿Qué dinero?, ¿no teníamos dinero alguno!, aseguraba yo.

Matilda murió una tarde de verano, sin previo aviso, cuando yo contaba diez años de edad. Y ese día yo me quedé huérfana y a mi padre se le cayó la vida a los pies con el peso y el frío de una bola de plomo.

Continué visitando a mi padre, por supuesto, pero ya todo había cambiado: comíamos en el McDonald's, pasábamos largas horas frente al televisor viendo documentales, los paseos escaseaban, tampoco salíamos al parque, y la casa se había vuelto más grande, fría y oscura. Y mi padre más anciano. Sentado en su butaca de siempre, daba la sensación de que el sillón había crecido en tamaño y lo estaba devorando. Poco tiempo después, mientras yo seguía mi ruta turística por todos los colegios e institutos de la ciudad, él vendió el bar y se jubiló.

Pasaban los años, pasaba la vida. Terminé la enseñanza obligatoria y, en vista del poco éxito obtenido y haciendo caso omiso a los consejos de mi padre, decidí colgar mis estudios y buscar un trabajo. En esos momentos yo contaba dieciséis años y mis miras eran altas: ganaría dinero, alquilaría un apartamento bonito y céntrico, obtendría el permiso para conducir, compraría un coche y haría de mi capa un sayo. Y mi padre, visiblemente preocupado, me preguntaba que qué sabía hacer yo para ganarme la vida; y yo le respondía que podía

aprender cualquier cosa. Mi madre y mi hermano creo que no se enteraron de que yo había abandonado los estudios, pues nada opinaron al respecto.

Habíamos llegado al verano de 2002 cuando decidí pasar a la acción. Periódico sobre la mesa y bolígrafo en mano, me dispuse a buscar ocupación, ilusionada. Al menos un centenar de anuncios ofertaban puestos de trabajo. Allí encontraría el mío, ese mismo mes comenzaría a trabajar y ya ganaría algo de dinero; no me pagarían el mes completo, por supuesto, pues ya estábamos a diez, pero sí el suficiente como para comenzar a mudar mi ajado vestuario.

Apenas una hora más tarde y descartados los puestos en los que requerían tal o cual carrera universitaria, resultaban imprescindibles los conocimientos de inglés, se precisaba experiencia laboral o prioritariamente se valoraba el hecho de disponer de vehículo propio, caí en la cuenta de que sólo quedaban un par de anuncios disponibles para mí: aquellos dos en los que se solicitaba asistenta de hogar “para tareas de limpieza y plancha”. Pero aún no era momento de ahogarse en un vaso de agua, era mi primer día de búsqueda, con el tiempo saldrían más y mejores ofertas.

Año y medio después yo había pasado por docenas de entrevistas y hasta había logrado confeccionar un currículum que parecía bastante convincente pero que no había conseguido engañar a nadie, y seguía buscando el puesto ideal entre los cientos de anuncios que diariamente aparecían en los periódicos, eso sí, ya con la realidad ante las narices y las expectativas reducidas a tamaño real. Y en esas estaba yo cuando un día de invierno del año 2003, con la Navidad ya presente en las calles, me llamó mi padre: una amiga de un amigo necesitaba una empleada para trabajar en su lavandería. Haría trabajo de planchadora, principalmente, de diez de la mañana a dos de la tarde y de cinco de la tarde a nueve de la noche. Los sábados de diez a catorce. Y todo ello por setecientos euros mensuales y Seguridad Social. “No está nada mal para empezar” aseguró mi padre. “Es un trabajo de mierda donde te explotan por una miseria” contesté yo.

No obstante, acepté el puesto y comencé a trabajar a principios de 2004, medio año antes de cumplir los diecinueve. En ese momento creí tener mi vida algo encauzada: ¡iba a comenzar a trabajar y a ganar dinero! Aunque, de momento, no me alcanzaría para independizarme pero sí para obtener el permiso de conducir, comprar un teléfono móvil decente y tirar aquel cacharro antediluviano que funcionaba cuando le daba la gana. Y además mi nueva condición de mujer adulta y trabajadora me permitiría entrar y salir de casa a mi

antojo, insonorizada contra las bocanadas de insultos que a diario emitían mi madre y hermano.

Casi un año después, en concreto el día 12 de diciembre de ese mismo año 2004, falleció mi padre, dejándome en herencia el piso que era de su propiedad y la sensación de que me había quedado sola en el mundo. Familia, lo que se dice familia, la tenía de sangre pero no de hecho. Y las pocas amistades que había ido cosechando durante mi infancia habían quedado desperdigadas en los distintos colegios por donde yo había deambulado a lo largo de los años. Mi padre se llevaba consigo todos mis momentos buenos, muchos de mis pequeños secretos y la mayor parte de mis anhelos para el futuro.

En principio pensé habitar yo sola aquel piso que ya me pertenecía como propietaria, pero un factor inesperado intervino en mi decisión final: la compasión. Sentí pena por mi madre y hermano, que continuarían nómadas y sin nadie que controlase sus excesos de bebida y sus defectos de salud. Durante unos días sopesé la idea, desmenuzando pros y contras de la decisión que iba a tomar. Podía liberarme definitivamente, convertirme en una mujer independiente y dejar mi pasado atrás sin necesidad de volver la vista para contemplarlo. Pero a veces los lazos de sangre hacen germinar el cariño hasta en los campos más áridos y finalmente crecieron más fuertes que mis razonables deseos de libertad. Y mi corazón, que había resistido sin quebrantos a los golpes más certeros de la realidad cotidiana, se desmoronó a los primeros embates de la compasión.

En la nueva casa (gracias a mi sueldo y a la ausencia de recibo de alquiler mensual) no faltaba la luz, ni la calefacción ni el agua caliente. Y mi madre sonreía de felicidad, asomando la lengua por entre los dos dientes que le quedaban en el paladar superior. Era la única victoria que había conseguido ganarle a su miserable vida: iba a quedarse a vivir en el piso del hombre que la había abandonado, él estaba enterrado y ella residía en su casa como una señora.

Ni que decir tiene que la vivienda cambió de cara en menos de una semana: la cocina se llenó de desperdicios que iban quedando aquí y allá y que nadie recogía, el baño se alfombró con pelos y restos de orina de cuando alguno de ellos no calculaba bien el tiempo que necesitaba para llegar a destino, en el salón compartían espacio bandejas con comida, latas de cerveza vacía, ceniceros a rebosar y malolientes mantas. Y yo, cansada de trabajar en aquel campo de concentración que era la tintorería Blanco, con las piernas doloridas a causa de permanecer tantas horas de pie, la espalda quejándose porque la tabla de planchar quedaba muy baja para mi estatura, y doña

Adelaida impartiendo órdenes sin descanso; yo no podía limpiar todo aquello. Daba unas pinceladas los domingos por la mañana y el resto de la semana procuraba hacer la vista gorda, para no enterarme y, sobre todo, para no cabrearme.

Y el tiempo, que rueda sin parar, me acercó hasta la primavera de 2006. Pronto cumpliría los veintiuno. Pronto conocería a Joaquín.

La puerta se abrió de repente, con un sonoro empujón.

—Es la hora. —Anunció la funcionaria, señalando su reloj de muñeca.

—El tiempo pasado en el pasado ha pasado volando —susurró Adela.

—Continuaremos mañana. —Dijo Marcos, deteniendo la grabadora, recogiendo sus bártulos para el maletín y disponiéndose a salir.

Antes de marcharse, dirigió una última mirada a la mujer, que también se había levantado de su silla y se preparaba para regresar a saber dónde, seguramente a su celda. Era aún más bella de lo que él había imaginado, y ya no era poco. A saber: labios carnosos, pómulos pronunciados, mirada felina, garganta de cisne, curvas de guitarra... Marcos suspiró y a duras penas ató cortas las ganas de besarla allí mismo.

—Continuaremos mañana. —Repitió ella, sin volver la vista atrás.

Al día siguiente Marcos llegó puntual, tan puntual que fue él quien hubo de esperar la llegada de Adela.

La tarde anterior, nada más terminar la entrevista con ella, había sentido la imperiosa necesidad de dar un paseo en coche, para despejarse, para huir de aquella angustia que le atenazaba: el sombrío ambiente de la prisión y aquella enigmática mujer le habían dejado completamente aturdido. Y el paseo, sin él pretenderlo, lo había llevado hasta el centro de Ávila. Muralla, mercado Grande, mercado Chico, catedral, iglesias, conventos y un frío otoñal que ya atacaba por los cuatro costados; entre todos consiguieron que volviera a centrar su mente en el tema que lo había llevado hasta la prisión de Brieva: apropiarse de la historia que toda España y medio mundo deseaba conocer.

Adela entró en la sala. Traía el pelo alborotado y a Marcos le pareció que la melena suelta acentuaba esa aura de misterio que la envolvía, y que ni siquiera el amplio chándal que llevaba vestido era capaz de espantar. Ella saludó con gesto serio, se sentó y guardó silencio hasta que la funcionaria de prisiones abandonó la sala. Después pegó al mirada a la pared de enfrente y, sin mediar más palabras, comenzó.

Como decía ayer, conocí a Joaquín Perea faltando poco para cumplir yo los veintiuno. Mejor dicho, lo conocía de antes pues era cliente de la tintorería Blanco, pero ese día él me habló por primera vez. Era un día de verano, del verano de 2006, quizá finales de junio o principios de julio. Era por la tarde, a primera hora de la tarde, cuando abrasaba el sol desde el otro lado del cristal que daba a la calle y yo planchaba dentro con los goterones de sudor surcando todo mi cuerpo. Doña Adelaida etiquetaba unas alfombras que nos habían traído para limpiar cuando entró Joaquín, irrumpiendo con su habitual arrogancia en nuestra escena y convirtiéndose por designación propia en el absoluto protagonista. Doña Adelaida y él habían establecido lazos de amistad en el poco tiempo que él llevaba trayendo pantalones negros de pinzas y camisas blancas para lavar y planchar. En cambio él nunca había entablado conversación conmigo. Ni yo con él. Yo era una presencia silenciosa que, junto a la tabla de planchar, ocupaba aquel abandonado rincón de la izquierda. No obstante, en más de una ocasión yo había sentido el cosquilleo que me provocaba su mirada escalando mi cuerpo; y muchas veces también yo había hurtado unos instantes de su imagen sin que él lo supiera.

—Usted y yo tenemos que hablar pronto, doña Adelaida. El vencimiento del seguro tendrá lugar dentro de dos meses y, ya sabe, hay que comunicar los cambios con al menos un mes de antelación. —Dijo él, sonriendo y tomando las manos de doña Adelaida entre las suyas.

—Tendrás que hacerme una rebaja porque puede ser que tenga una nueva clienta para ti. Es una rica heredera... —sugirió doña Adelaida señalándome a mí con la barbilla.

Casi dos años llevaba mi padre descansando en su tumba, varios meses también habían transcurrido desde que Joaquín comenzara a frecuentar asiduamente la tintorería, pero sólo unos días habían pasado desde que yo confiara a mi jefa aquella circunstancia de mi vida. Ella era una vieja lagarta y yo, que por aquel entonces apenas asomaba la cabeza por fuera del cascarón, había caído en sus redes y, poco a poco, la había puesto totalmente al corriente de que yo era la única heredera del piso que había pertenecido a mi padre, ya pagado y libre de cargas. Pero doña Adelaida suponía que, unido al piso, yo había heredado también una considerable suma de dinero pues, como ella decía, «un hombre trabajando de sol a sol en la barra de un bar es capaz de amasar una fortuna. Los bares siempre dan dinero, en el bar nunca faltan clientes, y tu padre no tenía tiempo de gastarlo porque siempre estaba detrás de la barra...».

—¿No puede ser verdad?! —exclamó Joaquín, mirándome con descaro.

—Sí que lo es, créeme. Piso y dinero, herencia de su padre.

Los susurros de doña Adelaida me llegaron perfectamente audibles y alcancé un tono de rojez que ni el sol que me abrasaba en las espaldas ni la plancha que calentaba mi delantera habían sido capaces de lograr hasta entonces; y, en plena ebullición, Joaquín se acercó a mí.

—¿Y cómo se llama la bellísima heredera? —preguntó desde mis espaldas, acercando su boca a mi oreja, exhalando vaharadas de fragancia, encendiendo lo poco que aún quedaba por encender dentro de mí.

Acerté a decirle mi nombre y él, con la boca cerca de mi cuello, aspiró tan hondo que a punto estuvo de esnifarme completa. Luego soltó todo el aire sobre mi nuca. Un aire que se deslizó por todo mi cuerpo y que era cálido y fresco al mismo tiempo, rápido y lento a la vez, que no llevaba nada y lo dejaba todo, que llevaba todo y no dejaba nada, que me cambió radicalmente la vida. Y acto seguido se fue como había llegado: aprisa, otorgando el máximo valor a cada

minuto de su tiempo, envuelto en perfume caro y conduciendo el ostentoso coche oscuro que siempre dejaba a la puerta con los intermitentes encendidos. Yo lo miré de reojo y suspiré.

Regresó cada día de los tres siguientes, con ropa para las lavadoras, sonrisas para mi e indiferencia para doña Adelaida, que había pasado a segundo plano en lo que sus prioridades de atención se refería. Y, en previsión de esas visitas, yo me fui tornando más insinuante día a día, sin llegar al indecoro. Las faldas un poco más cortas, los pantalones más ajustados, el escote algo más pronunciado... dieron su fruto y al cuarto día, un martes, él regresó con un traje para planchar y una propuesta para mí.

—¿Qué me responderías si te invito a cenar el próximo sábado? —me preguntó.

Sorprendida ante la invitación que tanto había anhelado aun sin creerla posible, levanté mi mirada hasta colisionar con la suya. Sus ojos brillaban de ilusión y de deseo. Tras el inevitable choque, supe que sólo podría dar una respuesta:

—Sí. —Susurré, encendida, pequeña ante aquellos ojos que me taladraban.

Él sonrió sin mostrar los dientes y se acarició la barbilla con la mano, saboreando su triunfo y calibrando el valor del botín que ya estaba seguro obtendría en breve. Y yo continué aferrada a la plancha, a merced de un viento que empezaba a soplar y que, por aquel entonces, no conseguía imaginar hasta dónde me llevaría.

—¿Y dónde quiere mi princesa que la recoja? —cuchicheó, procurando defender nuestro secreto del fino oído de doña Adelaida, que pululaba por allí haciendo ver que hacía algo.

Yo sopesé mis pocas opciones: en mi casa o en otro lugar cercano. Bien podría ser a la puerta de mi casa pero no me interesaba que mi madre y hermano controlaran mis citas; y seguramente lo harían, a falta de otros quehaceres en los que ocupar su tiempo.

—En el bar que hay aquí al lado, en el «Riquete». —Respondí.

Él amplió su sonrisa hasta enseñar los dientes. Blancos, perfectos.

—¿Te va bien a las ocho? Así tendremos tiempo para tomar algo antes de la cena e ir conociéndonos mejor. —Susurró mientras una de sus manos tomaba las mías. Era cálida, suave, segura...

Yo asentí en silencio, sin retirar mis manos. Él continuó sonriendo, luego miró el reloj y me soltó repentinamente.

—Me tengo que ir, cielo. Me espera un cliente. Hablaremos mañana, ¿OK?

Volví a asentir en silencio. Y él se marchó, enfundado en aquel traje que yo esmeradamente había planchado para él el día anterior.

Al día siguiente intercambiamos nuestros números de teléfono y desde el primer momento los mensajes de amor comenzaron a fluir para alegrar mi hasta entonces monótona vida. Despertaba cada día con un «buenos días, mi amor» en la pantalla del teléfono; me acostaba con un «buenas noche, cielo, que sueñes con los angelitos y conmigo»; y entre medias llegaban otra docena de ellos para insuflarme ánimos y ayudarme a sobrellevar mis agotadoras jornadas en la lavandería y la miserable vida que me esperaba de regreso a casa.

Y el sábado a las ocho, puntual como un tren de alta velocidad, llegó a la puerta del bar «Riquete» a lomos de aquel cochazo, vestido de sport y envuelto en aromas que por aquel entonces yo consideraba prohibitivos para el común de los mortales. Yo esperaba en la puerta, de pie, luciendo mis mejores galas: vestido gris ceñido al talle, taconazos de doce centímetros, bolsito plateado y melena suelta. Aguardaba su llegada aferrada a mi bolso como si me fuera la vida en ello. Y él llegó puntual, ni antes ni después. Reconocí el coche, lo vi doblar la esquina, acercarse lentamente, parar a mi lado... Él se apeó, me miró de arriba abajo calibrando la mercancía una vez más, me tomó de la cintura, me condujo hasta el coche, abrió la puerta, esperó hasta que me hube acomodado y luego la cerró. Aquel coche, amplio, lujoso, con asientos de cuero, su compañía, el trato recibido y el restaurante donde tuvo lugar la cena, consiguieron que me sintiera princesa de un cuento muy particular: el mío.

La cena, a base de arroz con bogavante, que él pidió y me sugirió pidiera yo también, transcurrió en un ambiente íntimo, de música relajante, luces que coqueteaban con los contornos invitando a dejarse llevar en aquel entorno de seducción, vinos de aroma afrutado que elevaban el espíritu muy por encima del plano terrenal; conversaciones a media voz, intrascendentes en apariencia, pero que velaban intenciones decisivas. Miradas que iban y venían, cargadas con toneladas de deseo que llevaban de aquí para depositarlo allí. Susurros, sonrisas, manos que se encontraban por encima del mantel, piernas que se rozaban por debajo...

De la habitación de hotel que nos recibió después tan sólo recuerdo una lámpara de noche en colores anaranjados, un baño de mármol en tonos arena y una primera vez que recibí con nervios, indecisión, ojos cerrados y un temblor que me erizaba la piel en medio de aquella ola de pasión sobre la que él se movía como el

mejor de los surfistas. Con la ayuda de aquella luz naranja, él fijaba la mirada en el objetivo al que seguidamente dirigiría sus labios. A lo largo de horas que se prolongaron hasta el mediodía del domingo procuró que ni un solo centímetro de mi blanca piel se sintiera menospreciado. Y yo me preguntaba cómo había vivido en el mundo hasta entonces sin conocer aquello, cómo no me había muerto de soledad y aborrecimiento, cómo había conseguido sobrellevar mis solitarias noches durante más de veinte años...

A partir de ese día, las citas se convirtieron en diarias. Paseos por lugares apartados de la civilización, tiernos besos, constantes arrumacos y largas noches de pasión pasaron a formar parte de nuestro día a día. A cualquier hora, con cualquier pretexto, él aparecía por la tintorería, e ignorando la socarrona mirada de doña Adelaida, me agarraba de la cintura para asestarme besos que se prolongaban hasta rayar la indecencia, o inflamarme con ágiles manos que conseguían colarse por debajo de mi bata blanca hasta alcanzar mi ombligo o mis pezones.

Los mensajes seguían llegando, al despertar, al acostarme, durante el día, ardientes como lava de volcán. Él a sus treinta y seis, y yo a mis veintiuno, nos habíamos enamorado como dos colegiales. Yo estaba libre, él atado a un matrimonio que se iba a pique pero dispuesto a saltar por la borda para agarrarse a ese madero de salvación que era yo. Vivíamos aprisa, a golpe de reloj para ganar minutos al tiempo que nos permitieran prologar nuestros encuentros, cada vez más íntimos, cada vez más reservados, alejados ya de locales públicos, reducidos a las paredes que enmarcaban la vivienda que él tenía en alquiler a pocos metros de la tintorería Blanco. De nuestro amor eran testigos doña Adelaida y Dios, nadie más.

Uno de cada dos fines de semana, él viajaba hasta Peñafiel para visitar a su familia. Toda España sabe que él tenía esposa y dos hijos. Según él, con su mujer no compartía mesa ni, por supuesto, cama. Él se hospedaba en casa de sus padres y se trasladaba a la casa familiar solamente para recoger a sus hijos. Y yo aguardaba su regreso, contando las horas, los minutos, los segundos; confortada por las docenas de mensajes de amor que recibía en su ausencia.

—¿Por qué no te divorcias? —pregunté cierto día.

Repentinamente él se puso triste, desplazó la mirada hasta el suelo y entrelazó las manos sobre el pecho. Parecía muy indefenso.

—Me hundirían si lo hago. Ella me haría la vida imposible y hasta conseguirían echarme del trabajo, pues su padre, mi suegro, ocupa un alto cargo en la empresa para la cual trabajo.

Lo abracé en silencio, ¿qué otra cosa podía hacer? Él correspondió a mi abrazo y dijo:

—Pero no te preocupes, mi amor, ya encontraré la forma de verme libre. Ella es una experta manipuladora y se cree muy lista, pero el amor siempre triunfa. Hallaremos la manera...

Lo abracé más fuerte aún. Él correspondió también con fuerza. Estábamos unidos, en lo bueno y en lo malo.

—Ella es la culpable de que yo trabaje tantas horas. Ella y su padre. Nunca está saciada de cosas, siempre necesita más y todo lo quiere caro. Una casa como una mansión, joyas, pieles, coche de la más alta gama. Y yo a matarme a trabajar... —susurró, envuelto en llanto.

Bebí sus lágrimas y le juré que yo jamás lo abandonaría. Él me miró a los ojos y sonrió.

—Tú eres mi verdadera esposa. Y mi familia, mi única familia... —murmuró entre sollozos.

A partir de ese día, de esa conversación, los dos tuvimos claro que nuestra meta era formar nuestra propia familia. Para ello tendríamos que superar múltiples e imprevisibles obstáculos, luchar contra incesantes adversidades y librar numerosas batallas, pero estábamos seguros de que el triunfo finalmente llegaría porque el amor combatía en nuestro bando.

El calendario atravesaba el otoño cuando él me propuso compartir casa. Era un primer paso y esa vez los obstáculos los encontré yo, en mi propia familia. Mi madre y mi hermano estaban aposentados en la que era mi casa. La carestía del alcohol y el tabaco reducía mucho sus míseras pensiones, que apenas alcanzaban para cubrir un tercio de los vicios del mes, y el resto lo ponía yo de mi bolsillo. Yo sólo contaba veintiún años, era mayor de edad civil pero me seguían considerando una niña que debía actuar bajo su mandato y acatar sus órdenes. Voluntariamente no permitirían que me fuera de casa, era preciso mantener ese dato en secreto hasta que llegara el mismo momento de marchar.

Muy poco a poco, en la cantidad que cupiera dentro de mi bolso, fui sacando mis escasas pertenencias y mudándolas al piso que Joaquín tenía en alquiler. La ropa menuda no presentó obstáculo alguno; la voluminosa tampoco, pues el frío ya acechaba y yo simplemente me la llevaba puesta y regresaba sin ella. Ellos ni se dieron cuenta de ese detalle. Mi madre, que ni limpiaba ni recogía la ropa, no se percató de que mi armario había ido quedando vacío de pertenencias.

Y llegó el día de marchar definitivamente. Era el día 8 de enero de 2007. Joaquín regresaba de pasar unas cortas pero infernales vacaciones de Navidad junto a su familia, los días separados se nos habían hecho eternos y ambos deseábamos comenzar nuestra vida en común cuanto antes, para compensar la soledad vivida durante aquella interminable semana. Era lunes, comenzaba una nueva semana, comenzaba también una nueva vida para mí, alejada de aquellas dos personas que, aunque de mi sangre, habían amargado toda mi existencia.

Con la determinación de quien está seguro de haber elegido el camino correcto, entré en la habitación de mi madre y anuncié:

—No regresaré a esta casa. Me voy a vivir con mi novio.

Fui tajante y escueta. Ella, aún acostada pero ya despierta, abrió los ojos lentamente y me miró, incrédula.

—¿Qué dices, desgraciada?

—Lo que has oído, que me voy a vivir con mi novio, que no regresaré a esta casa, pese a ser mía.

Mi madre sacudió la mano en un gesto despectivo para indicarme que abandonara su habitación inmediatamente, que no daba crédito alguno a mis palabras y que la dejara en paz.

De mi decisión nada comenté a mi hermano, que roncaba como un trombón en la habitación de al lado: ya se enteraría por ella. Le eché un último vistazo a mi madre, que había vuelto a cerrar los ojos, arrimé la puerta con cuidado y me fui, contenta, feliz, dispuesta a dejar atrás el pasado. Nunca más volví a verlos. Siguen con vida, lo sé, pero jamás volví a verlos.

En esta última parte del relato la voz de Adela se fue apagando como una vela, poco a poco. Con la última frase brotó un caudal de lágrimas que inmediatamente se abrió paso mejillas abajo, dibujando surcos en su bello rostro, arrastrando consigo la imagen de mujer autosuficiente, dura y sagaz, y dejando tras de sí un sedimento de indefensión. Marcos miró el reloj: aún faltaban diez minutos para la hora, pero era tiempo de dar por concluida la visita, «mañana será otro día», pensó. Llamó a la funcionaria para que se hiciera cargo de la reclusa y abandonó la sala con un nudo en la garganta. Jamás hubiera imaginado que esa fuera la historia de aquella mujer, a quien previamente él había adjudicado una vida mundana, despreocupada y regida por la codicia.

Como contaba ayer, comenzamos nuestra vida en común el día 8 de enero de 2007. Éramos jóvenes, derrochábamos ilusión y una vida dichosa se extendía a nuestros pies como una alfombra, y lo celebramos cenando en el restaurante más caro de toda la ciudad donde un menú degustación y vino de Rioja dieron el pistoletazo de salida hacia un futuro que yo preveía lleno de dicha y que visto hoy, desde el parapeto de los años transcurridos, me doy cuenta de que el amor es un espejo cóncavo, capaz de tergiversar no sólo la imagen, sino también la percepción del resto del mundo y de los sentimientos propios y ajenos.

Durante los primeros días nos levantábamos a las ocho de la mañana, con minutos de sobra para llegar a tiempo a nuestros respectivos trabajos. Demorábamos en la ducha conjunta y apurábamos en el frugal desayuno que tomábamos de pie, arrimados a la encimera de la cocina, aprisa y corriendo porque la ducha se había comido gran parte del tiempo que antes dije que nos sobraba. En el portal de casa nos despedíamos con un beso fugaz que nos sabía a poco. Horas más tarde nos reencontrábamos para almorzar cualquier cosa, en casa. Después nos sentábamos un rato en el sofá para comernos a besos. Volvíamos a separarnos a las tres y media de la tarde y a juntarnos a las ocho. Y por las noches celebrábamos con copiosas cenas que preparábamos entre los dos, y buen vino, las largas horas que teníamos por delante para amarnos sin interferencias.

Y ese creía yo que iba a ser mi día a día durante el resto de mi existencia: una montaña rusa de emociones forjada sobre amargas despedidas y dulces reencuentros. Sin embargo todo cambió de repente a finales de ese mismo mes de enero, cuando sólo habíamos cumplido veinte días de convivencia, cuando una noche, tras la cena, él me pidió que renunciara a mi puesto de trabajo en la tintorería.

—Nos apañamos bien con mi sueldo y el hecho de trabajar tú nos quita horas para estar juntos, sobre todo teniendo en cuenta que también trabajas los sábados por la mañana. —Argumentó Joaquín.

Él tenía razón y, además, planchar camisas ajenas durante diez horas al día no era precisamente mi sueño. Ser una mantenida, tampoco. Yo aspiraba a tener mi propio sueldo, pero extraído de un trabajo que me llenara, donde me gustara invertir las horas.

—Sabes, amor, mi sueño es estudiar peluquería y estética. —
Confesé, mimosa.

Joaquín me miró a los ojos y sonrió.

—Si dejas el trabajo, podrás hacerlo; y luego, cuando termines los estudios, yo te ayudaré a abrir tu propio negocio. —Complementó él inmediatamente.

Y automáticamente mis sueños se llenaron de elegantes mujeres que entraban para peinarse y maquillarse en un suntuoso salón donde yo era la dueña y las recibía enfundada en carísimos vestidos, peinada y maquillada a la última, agasajándolas con estudiadas adulaciones y deseando perderlas de vista cuanto antes mientras las acompañaba a alguno de los cómodos sillones donde mis asistentas se encargarían de atenderlas debidamente.

Así, el 31 de enero de 2007 fue mi último día de trabajo en aquella tintorería que ya se me antojaba un sitio oscuro y mugriento en comparación al fastuoso lugar que habitaban mis sueños.

—Tómate un tiempo, eres muy joven y puedes permitirte retrasarlo un poco, ¿para qué vas a comenzar ya con el curso de peluquería y estética? Quiero que me dediques a mí todo tu tiempo, ahora que dispones de él. —Me suplicó Joaquín aquella misma noche cuando yo, liberada ya de mis obligaciones laborales, le planteé comenzar ya mismo a buscar una academia donde estudiar.

Pero yo, impaciente por alcanzar mi meta, continué anclada a mi decisión y porfié hasta que en el rostro de Joaquín asomó por primera vez el enfado. Fue apenas un rictus que frunció su boca y barbilla, que duró sólo un segundo y que se transformó en tristeza en un abrir y cerrar de ojos.

—No te estoy pidiendo nada del otro mundo, sólo que me dediques un poco de tu tiempo, ya irás en busca de tus sueños, pero... ¿y los míos?, mi sueño es tenerte toda para mí. —Me pidió, desarmado.

Yo estaba sentada en el sofá, él se arrodilló ante mí, me tomó las manos y me miró con ojos suplicantes. Desde mi superior posición me sentí dueña y señora de la felicidad de aquel hombre. Un pequeño desliz, una decisión egoísta tomada por mi parte, y su felicidad quedaría rasgada para siempre. Pocos segundos tardé en analizar concienzudamente la situación. Él tenía razón, toda la razón: estábamos iniciando nuestra vida en común y necesitábamos tiempo para estar juntos, si no era ahora, ¿cuándo? Yo, ciertamente, era muy joven y me sobraba el tiempo para lanzarme profesionalmente. Sin mediar más ruegos, me apeé de mi egoísmo y accedí a sus peticiones.

—Serán sólo unos meses, un tiempo para nosotros dos... —remató él, sonriendo y tomando asiento a mi lado en el sofá.

Hoy me doy perfecta cuenta de que fue a partir de ese preciso instante cuando mi vida se precipitó al vacío, sería un descenso suave al principio, muy empinado después. Caería y caería pero nunca llegaría a tocar suelo.

Sin ingresos propios y sin familia que me arropara, las semanas siguientes fueron mermando lo que quedaba de año lo mismo que la estrategia de Joaquín menguaba mis derechos en aquella casa, poco a poco, sin que yo apenas me percatara de su incesante avance en el territorio que antes había pertenecido a mi propia dignidad.

Al inicial ruego para que yo cesase en mi trabajo sucedió la velada imposición de un vestuario más conveniente para mí, para una mujer decente, con pareja, que ya tenía un hombre a su lado y que no necesitaba ir por ahí provocando miradas lujuriosas ni enseñando más de lo debido. Sin que yo tuviera intervención alguna, a mi armario fueron llegando jerséis de cuello alto, amplios pantalones, largas faldas y botas hasta la rodilla; prendas tan castas como horrendas, que mataban mi femineidad y aplacaban sus celos. «Todo sea por evitarle sufrimiento. Me quiere tanto que no soporta que me miren» justificaba yo. Y mi docilidad se vio recompensada con un ramo de rosas rojas y una cena en restaurante caro.

De los continuos cambios de colegio y domicilio, yo conservaba apenas un par de amigas que de vez en cuando me llamaban para quedar en alguna cafetería y poner nuestras vidas al día frente a una taza de café. Celeste y María del Carmen eran sus nombres.

—Celeste es más basta que un collar de cocos y María del Carmen más de pueblo que las amapolas. —Sentenció Joaquín un día que las encontramos en las cercanías de casa y yo mencioné que eran mis únicas amigas.

—No vuelvas a verlas, no están a tu altura. —Ordenó ya de vuelta en casa.

Me negué, por supuesto. Se enfadó, como nunca. Continué sin acceder a sus deseos. Entró en cólera. Me arrebató el bolso, extrajo mi teléfono móvil del interior y lo pisoteó hasta dejarlo inservible. Y ante mis narices emergió un flanco de su personalidad que durante meses había permanecido oculto. Pero sólo era la punta del iceberg, como muy bien supe poco más tarde. Estábamos a 18 de marzo, lo recuerdo perfectamente porque lo asocié a una fecha que yo siempre tengo presente en mi particular calendario de días señalados: al día siguiente se celebraba el día del Padre.

—Ya no tienes teléfono para quedar con ellas. —Aseguró él.

—¡Eso lo dices tú! —me envalentoné yo.

El tortazo que recibí a continuación aún me escuece en el lado derecho de la cara.

—Tú harás lo que yo diga, pues soy yo quien te mantiene y, si no obedeces, pagarás las consecuencias. No quiero que me avergüences andando por ahí con esa gentuza. —Amenazó mientras yo lloraba a lágrima viva.

Por supuesto, jamás habría asistencia a clases de peluquería y estética. Yo osaría mencionarlo un par de veces más, con muy distinto resultado. En la primera de ellas recibí un NO rotundo por respuesta, seguido de un gesto que no supe identificar debidamente pero que bien podría tratarse de hastío. En la segunda ocasión, llegó a mi cara un tortazo que me tiró por los suelos y me situó en la posición ideal para recibir las dos patadas que segundos después saldrían directas hacia mi espinilla.

—Eres una insolente ¿lo sabías?, ¿dónde vas a ir tu?, ¡tú eres una inútil!, ¡qué vas a aprender tú peluquería ni nada!, ¡tienes suerte de haber encontrado un hombre como yo!, ¿ves?, ya me has vuelto a cabrear otra vez, obligándome a que te pegue.

Y yo, que hasta entonces me había considerado una mujer moderna, autosuficiente, capaz de enfrentar la vida e incluso de comerme el mundo a bocados pequeños, rendí mis naves ante el temor que me provocaba aquel hombre. Sus gritos me dejaban paralizada, incapaz de defenderme, pensando únicamente en posicionarme debidamente para recibir los golpes de la forma que me causaran el menor daño posible.

Unas cuantas semanas y varias palizas más bastaron para que yo definitivamente comprendiera que mi integridad física dependía de que mi conducta se adecuase a los deseos de Joaquín. No era necesario ser muy lista para comprobar que cuando «me portaba bien» había flores y regalos y cuando «me portaba mal» llegaban las broncas, las palizas y los dolores que dejaban tras su retirada. Así fue como poco a poco, sin grandes aspavientos, acomodé mi comportamiento a sus gustos y entre nosotros se fue estableciendo un modelo de vida basado en la rutina y en mi absoluta obediencia.

Los lunes por la tarde él programaba nuestros menús para toda la semana, debidamente detallados en un folio que después colgaba en la nevera. Lunes: lentejas; martes: macarrones con atún... y así sucesivamente. Inmediatamente después marchaba al supermercado para comprar los ingredientes con los que yo elaboraría cada plato en

el día estipulado. Entretanto, yo esperaba en casa rogando para que él no olvidase nada, que no me fuera a encontrar yo después sin lo necesario para hacer la comida que él me pedía y ese día hubiera bronca de menú y paliza de postre.

Él solía invertir un par de horas semanales en hacer la compra y regresaba portando varias bolsas que esparcía por toda la cocina para que yo colocara su contenido. Y yo, tomando buen cuidado de que nada se me cayera de las manos, iba disponiendo los víveres en nevera y armarios. Él me observaba y, al terminar, yo lo miraba para solicitar su aprobación. Él asentía o negaba, según. Caso de negar, yo aguardaba hasta recibir nuevas órdenes. Y así hasta conseguir el pleno asentimiento. Después él abría su monedero, sacaba seis euros y los tiraba encima de la mesa, con evidente desprecio: era el dinero que yo emplearía en comprar el pan durante toda la semana. Ni un euro para ropa, mucho menos para distraerme en una cafetería o en el cine. Yo tendría que estirar los seis euros durante los siete días y anotar en una libreta lo que iba gastando. Recuerdo que diariamente yo compraba una barra de pan de sesenta céntimos, lo que asciende a cuatro euros con veinte céntimos a la semana, y que el domingo le reintegraba el euro ochenta sobrante. Él sonreía. «Buena chica, una semana más sin darme quebraderos de cabeza», añadía.

De nueve de la mañana a dos y media de la tarde él trabajaba y yo limpiaba hasta dejar la casa como una patena, como a él le gustaba: ni un pelo bailando por el suelo, ni una gota de agua dando el cante en el lavabo, ni una toalla descolocada. Él llegaba a las dos cuarenta de la tarde y nos sentábamos a la mesa. Yo me había esmerado mucho, pero a menudo no era suficiente.

—Eres una inútil, ni hacer unas lentejas sabes, castigada por mala.
—Decía cuando algo no estaba a su gusto, lo cual ocurría demasiado a menudo.

Y yo sabía exactamente en qué consistía el «castigo», era una «modalidad de tortura cariñosa» que él había inventado expresamente para mí, según decía. Entonces yo levantaba la falda o bajaba el pantalón, según la prenda que en ese momento llevara puesta, él traía una toalla del cuarto de baño, yo recostaba medio cuerpo sobre la mesa de la cocina, bajaba las bragas hasta las rodillas y dejaba las nalgas bien visibles, él me asestaba veinte golpes con la toalla, yo lloraba, él se excitaba y me penetraba a la fuerza, y yo ya no sentía dolor sino miedo e impotencia.

De esa manera iban transcurriendo las semanas, incluso los meses, y mi cuerpo había sufrido un deterioro de años. «No puedo continuar

así» me repetía a mi misma constantemente. «Aún soy muy joven y tengo toda la vida por delante» argumentaba acto seguido, para auto insuflarme ánimos. «Alguien tendrá que ayudarme, para eso están las Instituciones que atienden a las víctimas de malos tratos» añadía yo finalmente, buscando una forma de amparo. Y comencé a calibrar mis opciones: regresar a mi casa, buscar trabajo, denunciar a Joaquín..., podía adoptar cualquiera de ellas o todas a la vez.

Ingenua de mí, esperando que el miedo provocara un cambio radical en su conducta y aún estuviéramos a tiempo de ser felices y comer perdices, así se lo hice saber a Joaquín un lunes, después de que él regresara del supermercado y extendiera los seis euros sobre la mesa. Yo había practicado mi discurso durante toda la tarde y él me escuchó con sumo interés. Yo rematé mi parrafada, satisfecha porque no se me había olvidado ni una palabra de las ensayadas. Él, con mucha calma, retornó el dinero al monedero y me miró fijamente. Y yo, que temía aquella mirada y sus consecuencias, comencé a desfallecer. Él avanzó despacio hacia mí. Yo temblaba porque en sus ojos percibí la determinación de acabar con mi vida cuanto antes. Él siguió aproximándose...

—¡Ya me tienes hasta los cojones! —gritó, sus ojos enfrentados a los míos.

De refilón, detecté la forma de un cuchillo de cocina avanzando por el aire, venía directo hacia mi cara, dispuesto a hundirse en mi carne. Acto seguido sentí que un líquido muy caliente brotaba de mi entrepierna, corría después piernas abajo y en el suelo formaba un charco que empapaba mis pies desnudos. El cuchillo varió su recorrido en el último momento y se desvió un poco más abajo. Al hundirse sentí un leve escozor en el cuello y en las entrañas, pero no hubo dolor. Esa vez, no. Brotó la sangre y él untó su mano con ella, la acercó a mis ojos para que yo la viera, se me nubló la vista y no pude ver más, pero sus palabras siguieron llegando nítidas a mis oídos, aterradoras.

—Si me sigues tocando los cojones, te mato, ¿entiendes? ¡TE MA-TO! Si se te ocurre abandonarme, te buscaré donde quiera que estés. ¿Crees que no sé dónde viven tu madre y tu hermano? ¿Crees que me será difícil vigilarte y sangrarte en plena calle como la cerda que eres? Así que no quiero volver a oír hablar de esto. Tú obedecerás, te ocuparás de esta casa, aprenderás a cocinar como Dios manda y a respetar a tu hombre.

Cuando recuperé la visión tenía la punta del cuchillo a medio centímetro de mi ojo izquierdo, él sonreía y amagaba con vaciarme el

ojo. Aquella sonrisa yo ya la había visto en muchas otras ocasiones, ¿cómo no me había dado cuenta antes?, aquella sonrisa malvada lo decía todo sobre él, pero hasta entonces yo la había visto velada por el amor, que todo lo tergiversa. Luego, como adivinándome el pensamiento, él añadió:

—Y si estás pensando en denunciarme, ve quitándotelo de la cabeza. ¿Qué crees que me harán? Dictar una Orden de Alejamiento, ni más ni menos. ¿Y crees que van a designar un policía para que te custodie durante las veinticuatro horas del día? No, no lo harán, porque si tuvieran que poner escolta a todas las maltratadas necesitaríamos más de cien mil policías dedicados sólo a eso, y no habría dinero suficiente para pagarlos. ¡Todos tendríamos que ser policías en este país! Por tal motivo, nadie va a custodiarte y se limitarán a confiar en mi buen hacer. ¿Y sabes lo que haré yo? ¡Pasarme la Orden de Alejamiento por el forro de los cojones y matarte! Así que serás buena, ¿qué me dices?

A mí se me había retirado la voz, las palabras no se atrevían a salir de mi garganta pese a que yo las empujaba hacia fuera con todas mis fuerzas. El cuchillo avanzó unos milímetros. Un tapón seguía conteniendo mis palabras. El cuchillo rozó mi ojo. Una fuerza superior explotó en mi interior y con ella salieron lágrimas y palabras:

—Así será, te lo juro, obedeceré.

Él sonrió, apartó el cuchillo de mi cara y retrocedió.

Aquel día comprendí que, si quería sobrevivir, debía mudar mi actitud: debía actuar con paciencia y estrategia, con la paciencia de los inmortales y la estrategia de una mantis religiosa. Sólo así sobreviviría y puede que incluso llegara a recuperar mi libertad algún día.

Si el dinero fuera agua, él sería una esponja. Una enorme y porosa esponja que todo lo absorbe. Nunca tenía bastante, mucho no era suficiente. Joaquín era un hombre que vivía de apariencias, que caminaba por el mundo como un triunfador, que no reparaba en costes cuando de exhibir símbolos de éxito se trataba. Él mostraba al mundo su mejor sonrisa, su coche Mercedes, su Rolex de oro y sus trajes de Armani; guardaba para casa sus palabras de desprecio, sus muecas despectivas, sus pijamas raídos y sus zapatillas con suela despegada. Era un vendedor y esa falsa simpatía su herramienta de trabajo. Él vestía la sonrisa cada mañana a la par que el traje y se despojaba de ambos cada tarde al regresar a casa.

Por aquel entonces (y creo que desde siempre) para él yo sólo valía lo que las dos propiedades que me acabaría arrebatando: una gargantilla de oro y el piso que yo había heredado de mi padre. La gargantilla había sido costeadada con mi primer sueldo, un capricho destinado a dar fe de mi nueva posición social como mujer independiente y trabajadora que ya era. Tal joya estaba guardada en un cajón de mi mesita de noche, envuelta en tela de terciopelo rojo; y desapareció un par de días antes de que él comenzara a lucir aquella pluma cuyo capuchón asomaba por el bolsillo de su camisa.

Pocos días después, sobre mediados de mayo de 2007, perdí mi otra propiedad: la herencia de mi padre. Un piso que él había pagado con los ahorros de toda su vida, céntimo a céntimo, café a café, copa a copa, en aquel bar que había sido también una cárcel vitalicia para él: entraba allí a las seis de la mañana y salía pasadas las doce de la noche, siete días a la semana, trescientos sesenta y cinco días al año.

Un dolor agudo en el cuello y una luz cegadora que traspasaba mis párpados me despertaron a las siete de la mañana de aquel día de mediados de mayo. Sobresaltada, abrí los ojos delante de una potente linterna, deslumbrante, que me enfocaba directamente. Detrás de aquella luz, la perversa sonrisa de Joaquín aparecía colgada en el aire, sin punto de conexión con el resto de su cara. Instintivamente, dirigí mis manos hacia el punto donde sentía el dolor y me topé con un objeto punzante que amenazaba con traspasarme el cuello.

—Vas a vestirte, ser buena, no hacer preguntas y firmar lo que yo te diga, caso de que quieras conservar la vida. —Amenazó, sin apartar

aquella cosa con la que me pinchaba, ni tampoco aquella endiablada sonrisa.

Asentí sin tan siquiera preguntarle qué era lo que había que firmar. Él se apartó de mí. En la mano llevaba un cuchillo y, sin soltarlo, fue hasta el armario; allí seleccionó algo de ropa para mí, la sacó y la tiró sobre la cama al tiempo que me instigaba a que me diera prisa en vestirla. Me levanté de la cama bajo su supervisión, me vestí y salimos a la calle, a pie, sin que yo tuviera tiempo de pensar, de prepararme para lo que se avecinaba. Casi a la carrera, callejamos durante un rato; yo aturdida, ciega como un topo, él agarrándome del brazo para conducirme por unas calles que yo había pisado miles de veces pero que en ese momento me resultaban completamente extrañas. De repente, con un fuerte tirón en mi brazo izquierdo, Joaquín me sacó de la acera para meterme en una moderna cafetería, de camareros con pajarita, música de fondo, temperatura ideal y escasa clientela. En una mesa, al fondo, nos esperaba un hombre que se levantó de inmediato para dar la mano a Joaquín y ofrecerle una cálida sonrisa de bienvenida. El hombre era alto, bizco, corpulento y me chequeó con mirada lujuriosa.

Después del saludo, Joaquín y él conversaron de pie durante un rato, sobre banalidades, y rieron con complicidad. Yo supuse que eran viejos amigos y traté de imaginar qué pintaba yo en aquella reunión. Se sentaron ellos. Tomé asiento yo también. Se acercó un camarero. El hombre alto y bizco seguía sonriendo mientras pedía cerveza de importación para ellos dos, nada para mí. Regresó el camarero con las dos consumiciones sobre una bandeja plateada, les sirvió su pedido y de nuevo se alejó hacia la barra. De repente, aquel hombre que nos acompañaba borró la sonrisa y en su lugar dibujó un gesto serio; a la par mudó sus ademanes chabacanos por otros que derrochaban profesionalidad; al tiempo también rescató un maletín que reposaba a su lado, en el suelo. Era de cuero negro y de su interior extrajo unos papeles que resultaron ser la copia de mi documento de identidad, una solicitud de Nota Simple para el Registro de la Propiedad número Tres de Valladolid, otra solicitud dirigida al notario que había redactado el testamento de mi padre y otra para el Grupo Sobrevalor S.A., demandando tasación de mi piso, que yo debía firmar para que ellos obtuvieran fotocopia de los documentos originales. Mis dudas quedaron despejadas en un santiamén.

Previo a exigirme la firma, Joaquín y él revisaron detenidamente aquellos documentos, sopesando pros y contras, contrastando opiniones y solicitando uno el parecer del otro. Yo había dejado de

existir para ellos, ignoraban mi presencia como si yo fuese invisible y hablaban sin tapujos de una propiedad que me pertenecía por derecho y de la que me iban a despojar sólo a cambio de conservar mi vida, supuse yo en esos momentos. Y yo, que por aquel entonces ya sabía que sólo valía para él lo que mi herencia, firmé aquellas solicitudes sin reparos, convencida de que en breve quedaría en libertad, que él me dejaría marchar una vez obtuviera cuanto de mi quería.

Las solicitudes, ya firmadas por mí, retornaron al interior del maletín, bien guarecidas dentro de una carpeta de plástico. Después, aquel hombre al que Joaquín llamaba Juan, solicitó la atención del camarero y trazó una rúbrica al aire. El camarero asintió: los cafés quedaban cargados a la cuenta de aquel hombre.

Nos subimos después al ostentoso Audi que estaba aparcado justo delante de la cafetería, el que nos conduciría al lugar que yo bien conocía: la calle donde vivían mi madre y mi medio hermano en el piso de mi propiedad. Allí les bastó un vistazo exterior. Diez minutos a lo sumo dedicaron a examinar la fachada del inmueble, aquel hombre asintió sin pronunciar palabra, puso el coche en marcha y el rumbo hacia nuestra calle y nos dejó a las puertas de casa. Allí tuvo lugar otro efusivo apretón de manos, muchas sonrisas y también el recordatorio de cita para el día 25 de mayo, a las diez de la mañana, en la notaría «Rego Quintana», a la que Joaquín aseguró que no faltaríamos.

Yo pasé los días siguientes preparándome para mi inminente libertad y preguntándome qué haría de mi vida a partir de ese momento. No disponía de dinero ni trabajo, tampoco de vivienda a la que regresar pues mi piso quedaría en manos de Joaquín, supuse yo a tenor de los documentos que había firmado en aquella cafetería. Pero eso no ocurriría inmediatamente, calibré. Mi madre y hermano continuaban viviendo allí, ajenos a los negocios de Joaquín. Y yo podría hacer lo mismo: refugiarme en el piso que aún me pertenecía y aguardar hasta que nos desahuciaran. Entretanto buscaría un trabajo. Con eso y las dos pequeñas pensiones que cobraban mi madre y hermano bien podríamos apañarnos para alquilar un piso, comer y salir adelante. Yo divisaba el horizonte de mi nueva vida pintado de negro y, aún así, le sonreía de frente porque me parecía la gloria en comparación al infierno en el que había estado inmersa durante los meses anteriores.

Tiempo contado pasa pronto, y el día 25 de mayo desperté de la misma guisa: cuchillo en cuello y cegadora luz apuntándome a los ojos. Pendiente estaba el último trámite, el más importante, donde

Joaquín no se podía permitir que yo me echara atrás, de ahí la necesidad de arma intimidatoria, supuse yo. Ese día él eligió para mí una falta de tubo que me rebasaba la rodilla y una chaqueta de corte, la única ropa que yo tenía digna de ser calificada como «elegante».

La notaría Rego Quintana estaba ubicada en un amplio primer piso que había sido modificado a los efectos de convertirlo en local de oficinas. Seis personas trabajaban ante otros tantos ordenadores en la amplia sala que nos encontramos nada más entrar. Olía a ambientador floral, reinaba el sosiego y el ruido se amortiguaba en las paredes forradas de madera. Una administrativa morena y menuda nos condujo hasta otra sala donde dispusimos de varios asientos vacíos y docenas de revistas para hacernos más grata la espera. Nos acomodamos. Juan y Joaquín hablaban sin parar, confidencialmente, resguardándose del alcance de mis oídos.

Transcurrió un tiempo impreciso, regresó la misma administrativa de antes y esa vez nos llevó hasta una estancia contigua, más pequeña, donde los tres nos sentamos ante una mesa redonda. No había nadie más allí. La administrativa sonrió, cerró la puerta y se marchó.

Unos minutos después entró el notario, un hombrecillo pequeño de rostro anguloso que nos saludó y se sentó también a la mesa redonda. Traía una carpeta en la mano, la desplegó con parsimonia, sacó varios folios y comenzó a leer. Mi nombre aparecía en cada párrafo. El notario me miraba de tanto en cuando. Yo asentía. A pesar de que el notario leía a la carrera, sin detenerse en puntos ni en comas, pude entender que se me concedía un préstamo por importe de doscientos mil euros y que los intereses aplicados serían del treinta por ciento, a devolver en el plazo de seis meses, tanto el préstamo como los intereses. Un imposible. Yo agachaba la mirada y rechazaba cualquier mínima preocupación: estaba comprando mi libertad y el precio no me parecía elevado si a cambio dejaba atrás el infierno en el que vivía. Si transcurrido ese tiempo yo no satisfacía la deuda, don Juan Alonso Vicente (el hombre que nos acompañaba y que ejercía de prestamista particular) quedaría legitimado para ejecutarla en los bienes que a continuación se relacionaban: el piso que yo había heredado de mi padre.

Tras diez minutos de lectura apurada y casi ininteligible, estampé mi firma junto a la del notario y el prestamista. Seguidamente, bajo supervisión notarial, el tal Juan me entregó un abultado sobre repleto de billetes de quinientos euros. El notario me exigió un rápido recuento. Abrí el sobre e hice el paripé. Efectivamente, había

cuatrocientos billetes, aunque lo mismo me daba a cuánto ascendiera su contenido pues yo bien sabía que me sería arrebatado en breve.

Y así fue. No bien se hubo marchado el notario, Joaquín me despojó del dinero. Con un rápido, fuerte y preciso tirón lo arrebató de mis manos. Lo miré con desprecio y él me devolvió una sonrisa tan brillante como falsa. Y mis ilusiones de libertad se convirtieron en desesperación cuando, nada más salir de la notaría, Joaquín me llevó de vuelta a casa.

—¿Tú qué dices, so puta? ¡Crees que te voy a dejar volar por tu cuenta para que vayas por ahí largando! —respondió cuando, transcurridos los dos días que necesité para reunir el valor necesario, le pregunté si me podía marchar ahora que él ya no me necesitaba.

Y, sin saber de dónde vino, recibí un golpe en el estómago que me dobló por la mitad y me obligó a replegarme rápidamente en el suelo, acto seguido me llegaron también dos patadas, una para cada espinilla. Argumento más que suficiente para convencerme de que no quedaría libre tan fácilmente.

Ignoro lo que él hizo con todo aquel dinero, en qué lo gastó o en qué lo invirtió, mas no fue en nuestra humilde vivienda alquilada, ni en renovar aquellas antiguallas que llenaban mi guardarropa, tampoco en comidas ni en diversión. No mudó el vehículo, no renovó vestuario, no adquirió joyas. Ignoro a dónde fue a parar el fruto del sudor de mi difunto padre.

Transcurría el verano de 2007 y yo me hallaba sumida en una profunda depresión. Mis noches estaban compuestas de llanto y desvelo a partes iguales mientras a mi lado, con la conciencia muy tranquila a pesar de todo, Joaquín roncaba. Mis mañanas se iban entre tareas domésticas, más llanto y un persistente cansancio que dificultaba cada uno de mis movimientos. Aún así, para las dos de la tarde yo tenía la comida preparada, la mesa puesta y la casa dispuesta para superar la prueba del algodón caso de que a Joaquín se le antojara realizarla.

Él solía llegar puntual y a veces incluso con humor suficiente para estamparme en la mejilla un beso sonoro como una ventosa. Su humor había cambiado a mejor desde que percibiera aquel voluminoso fajo de billetes y yo procuraba recibirlo con sonrisas amables, para no contrariarlo. De esa suerte nos sentábamos a la mesa. Yo no tenía permiso para preguntar, tampoco tenía interés, pero sí tenía la obligación de atenderle cuando él me dirigía la palabra pues, aunque no era frecuente, a veces Joaquín se liberaba del estrés hablándome de sus problemas en el trabajo. Cuando esa circunstancia se daba, yo escuchaba y asentía, procurando simular interés. Con mucha menos frecuencia, él me preguntaba algo o solicitaba mi parecer sobre cualquier tema; y entonces se me presentaba un serio problema: ¿cuál sería la respuesta correcta?, ¿cuál dar sin meter la pata? Afortunadamente, el transcurso del tiempo y la experiencia acumulada durante largos meses de convivencia, me habían ido facilitando algunas pistas: la respuesta que me convenía entregar simplemente era la que más lo favoreciera a él, la que mejor lo posicionara frente a los demás, la que más lo ensalzara. Pero, aún así, había que barajar algunas otras variables antes de arriesgarse con una determinada contestación: cómo le había ido aquel día en concreto, si había llegado con la sonrisa puesta o bien traía cara de enfado, si le había gustado la comida que yo había preparado para ese día...

A las cuatro de la tarde Joaquín regresaba a su puesto de trabajo y yo me disponía a recoger la cocina y a patrullar de nuevo la casa en busca de la mota de polvo que pudiera enfurecerlo a su regreso. Para ello iba de una habitación a otra incitada por una ansiedad que me revolvía las entrañas obligándome a moverme, a no permanecer quieta ni un solo instante. Después preparaba la cena para cuando él

regresase. Y cuando todo quedaba dispuesto, procedía a bañarme concienzudamente, a extirpar cualquier atisbo de bello que hubiera brotado en mi cuerpo desde el día anterior, y a vestirme para recibirlo. Creo que, de todas las tareas que a lo largo del día debía desarrollar, la de bañarme era la más costosa: sabía por qué él me quería bañada y rasurada, y lo detestaba profundamente.

Por aquel entonces, con tan sólo veintidós años, yo ya me había desprendido de mi juventud y me sentía tan vieja, tan acabada, tan distante de las mejores horas de mi vida que inclusive añoraba las que recordaba como las peores. Yo vivía en sombras, extraviada en la soledad, recluida en aquella casa de la que sólo salía para comprar el pan cada mañana. Nada más hacía, nada más me apetecía hacer, sólo complacerlo para no despertar su furia y, de paso, acallar el miedo que se había instalado en mi vida como compañero indeseable.

Salíamos poco, casi nada, y cuando lo hacíamos era para celebrar que yo me había portado excepcionalmente bien y que a él le apetecía darme recompensa llevándome a cenar. Íbamos al restaurante de siempre, nos sentábamos a la mesa de siempre, elegíamos el menú de siempre, como a él le gustaba. Jamás nos tropezamos con alguno de sus compañeros de trabajo, tampoco con amigos. Salvo los vecinos, nadie más parecía conocer nuestra existencia como pareja.

Cuando coincidíamos con algún vecino en la escalera, Joaquín ofrecía su cara más amable, aquella que conquistaría a cualquiera, y yo bajaba la mirada al suelo porque no quería ser testigo de tan miserable engaño. ¿Cómo no se daban cuenta?, ¿cómo no eran capaces de ver que aquella sonrisa era la del mismísimo Satanás?

Cada dos fines de semana él se ausentaba desde el viernes a la noche hasta el domingo por la tarde, para visitar a sus hijos, decía. Yo esperaba en casa, pasando programas de televisión uno tras de otro y sin atreverme a dar el paso que ya debería haber dado, pero... ¿a dónde ir? No tenía dinero ni familia que me apoyara. No me atrevía a acudir a la policía porque luego, después de la denuncia, ¿qué?, ¿a dónde iba a ir? Yo sabía que a algunas mujeres las internan temporalmente en casas de acogida, pero supuse que se trataba mujeres con hijos. Yo era joven, soltera y sin cargas familiares; probablemente me recomendarían regresar a casa con mi madre. Y yo sabía lo que allí me esperaba. Además, él me encontraría enseguida y mi vida no valdría un céntimo.

Yo me sentía cada vez más débil, menos capaz de afrontar contratiempo alguno, fuera el que fuera. Mi cuerpo había adelgazado, mi piel palidecido, mi alma envejecido y mi ánimo se había ausentado

definitivamente. Cada vez me costaba más esfuerzo realizar las labores de la casa, cada tarea planteaba un enorme reto a mi fuerza de voluntad, mis ojos se habían secado de tanto llorar y mi mente era incapaz de enhebrar una aceptable solución para mi desesperada situación.

Entre la panadería donde yo compraba el pan cada mañana y el portal de nuestra casa había una agencia de viajes cuyas ofertas empapelaban la luna del escaparate ofreciendo tentadoras playas caribeñas donde burlarse del frío invierno castellano a precios asequibles. Santo Domingo, Playa Bávaro, La Habana..., lugares que se me antojaban paraísos distantes y desconocidos donde perderse para siempre, donde mi existencia pasaría completamente desapercibida. Y no me costó imaginarme en el avión, viajando hacia rumbo desconocido pero seguro, donde él jamás conseguiría encontrarme, recalando en alguno de aquellos pequeños países donde sobreviviría como pudiera pero sin amenazas ni promesas de palizas si no cumplía con esto o con aquello. Pensar en sobrevivir, simplemente en sobrevivir, se me antojaba la mayor de las dichas. Regresar cada noche a mi solitaria casa, agotada de trabajar, con el mendrugo de pan bajo el brazo porque el día no se había dado bien, me parecía la felicidad absoluta. Y el paraíso completo sería, además de lo anterior, el hecho de poder dormir tranquila, escuchando el rugido de mis tripas vacías y no los ronquidos de quien tarde o temprano se convertiría (si no se había convertido ya) en mi ejecutor.

Ilusionada al atisbar una salida posible, enseguida decidí que iría preparándolo todo y un buen día, mientras él estuviera atendiendo a su trabajo, yo me dirigiría en tren hacia Barajas, donde tomaría un vuelo con destino a la libertad. Y cuando él regresase a casa, esperando encontrar su comida sobre la mesa y a mí dispuesta para cumplir todos sus caprichos, yo me hallaría a miles de kilómetros de distancia, completamente a salvo de sus garras.

Mastiqué concienzudamente la idea durante unas horas, e incluso me atreví a saborearla por adelantado; pero no tardé en darme cuenta de que mi plan ya se hundía en el puerto, antes de salir, de que el insalvable obstáculo no se hallaba en mi punto de destino, sino en el de partida, en Valladolid: no tenía dinero para comprar el billete de ida. Todos mis bienes y mis pocos ahorros habían pasado a engrosar las arcas de Joaquín, incluida la gargantilla de oro en la que yo había invertido ilusionada mi primer sueldo. Yo imaginaba que esa joya había sido empeñada, o malvendida, en una de las muchas casas de compraventa de oro que habían ido brotando por toda la ciudad, pero

yo no podía rescatarla de allí sencillamente porque el depositante había sido Joaquín.

Y así, sin salida posible, durante los días siguientes diluí mis ilusiones en un río de lágrimas que únicamente corría cuando me encontraba a solas y que se secaba de repente en cuanto Joaquín aparecía por la puerta, evaporado ante el temor a las represalias que seguro llegarían si él no tenía el recibimiento que quería: cuando él entraba por la puerta yo tenía la obligación de llevar puesta aquella mueca extraña en la que se había ido transformando mi anterior sonrisa.

Y, casualidades de la vida, apenas un mes después, cuando yo ya había aparcado la idea de fuga por imposible, la solución me cayó del cielo en forma de lluvia. Sí, en forma de lluvia. Una inusitada y torrencial lluvia que se presentó de repente, que me pilló de camino hacia la panadería y sin paraguas, que dejó las aceras desiertas en pocos minutos y que me obligó a guarecerme provisionalmente en un portal donde compartí espacio con una mujer igual de incauta que yo y con la misma necesidad de refugio.

Y allí, tras una cortina de agua, no sé si por asociación de lluvia con llanto, porque percibí el día tan oscuro como mi porvenir, o quizá porque la carencia de paraguas me hizo consciente de mi verdadero estado de pobreza; el caso es que rompí a llorar como una desconsolada en presencia de aquella desconocida. Y ella reaccionó secando mi llanto con pañuelos, apaciguando mis miedos con abrazos e iluminando mi porvenir con consejos. Sandra era su nombre, Colombia su procedencia. Desde el portal nos trasladamos a una cafetería cercana, donde dos tazas humeantes de café con leche y las manos unidas encima de una pequeña mesa encendieron la chispa de una amistad que duraría meses. Allí, ante Sandra, vacié el saco completo de mis miserias, sin dejar ni una migaja en su interior.

Sandra era una mujer regordeta, de baja estatura, con melena rubia «de bote» que desentonaba con su tez morena y sus cejas negras. Sandra hacía «trabajos», sólo por las mañanas, muy bien pagados. Yo podría hacer lo mismo, debería hacer lo mismo, era la única solución a mis problemas. En pocos meses reuniría el dinero suficiente para cruzar el charco e iniciar una nueva vida lejos de Joaquín. Para mi nueva profesión sólo necesitaba un teléfono móvil y agallas. De lo primero se encargaría Sandra, lo segundo corría de mi cuenta y lo reuní en apenas unos segundos.

Con un nuevo horizonte ante mi puerta, decidí dirigirme a él sin ponderar los contratiempos que pudieran surgir en el camino. Sandra

se encargaría también de insertar el anuncio en un periódico local para dar a conocer mi debut como profesional independiente, así como de proporcionarme la preparación básica para mi nuevo oficio: nunca facilitar domicilio ni datos personales, «Dely» sería mi nombre guerra, las citas siempre tendrían lugar en hoteles o moteles, ducha y preservativo eran las exigencias primordiales, cobrar por adelantado sería la costumbre inquebrantable, controlar el tiempo, ni un minuto de más, no besar en la boca, prohibido enamorarse, ni hablar de efectuar concesiones que no hubieran sido previamente pactadas, cien euros servicio completo, cincuenta la «mamada», treinta la «cubana»..., «ama de casa sale de compras de 9 a 12 A.M.» rezaría el anuncio que insertaríamos en el periódico. Tan sólo diez palabras, suficientes para quien quisiera entenderlas.

Y, como era de esperar, los clientes supieron leer entrelíneas y no tardaron en aparecer. Un día llevaba yo con el teléfono en mi poder y ya el buzón rebosaba de mensajes y llamadas perdidas cuando lo rescaté del escondite que le había buscado (un pequeño rincón debajo del fregadero de la cocina) y lo encendí a las nueve en punto de la mañana, cuando Joaquín ya se había marchado a su trabajo y había transcurrido el tiempo suficiente para asegurarme de que no regresaría por haber olvidado algo. No respondí ninguna de esas llamadas, por supuesto. Simplemente aguardé hasta que entrara la siguiente pues en mi anuncio había sido clara y concisa: de nueve a doce A.M.

La llamada que yo esperaba entró a las nueve y diez de la mañana: un hombre con voz melosa preguntaba por Dely, deseaba un servicio completo, exigía discreción, manifestaba premura y solicitaba precio. «Cien euros» respondí, simulando decisión, temblando de miedo. Él no regateó precio. Quedamos a las diez en punto en el motel Copacabana. Rechacé su propuesta de venir a recogerme en su propio coche y declaré mi intención de llegar al lugar de la cita por mis propios medios. «No corras riesgos, no te subas a ningún auto» me había reiterado Sandra una y otra vez.

El motel sólo distaba seis kilómetros de la ciudad, distancia que yo salvé con el estómago encogido, preguntándome qué esperaría aquel hombre de mí, cómo sería él y, sobre todo, cómo me trataría. Me apeé del autobús en una parada desierta. Unos metros a la izquierda había hombre de unos cincuenta años, calvo, gordo y vulgar, que esperaba con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón. Se acercó, me chequeó sin disimulo y al instante emitió una amplia sonrisa. Dijo llamarse Manuel y estar esperándome. Me tomó de la mano y rebasamos caminando la barrera del motel hacia la habitación

número tres. De camino tanteó mis nalgas con la mano y sonrió de nuevo.

En la habitación nos recibió una cama, testigo mudo de tantas y tantas pasiones prohibidas, un ambientador impregnando el aire de notas ambarinas, luz tenue para difuminar los contornos de la pasión y música suave, de fondo, para sustituir las palabras de amor que nunca fluirán entre aquellos que no se conocen y acuden a esos lugares para dar rienda suelta a los placeres que la vida civilizada acota.

Sólo éramos dos desconocidos sin demasiadas ganas de conocerse y Manuel no se anduvo con miramientos: me arrancó las ropas porque suponían un estorbo para sus propósitos, amasó mis carnes desnudas con sus torpes manazas, no contento con eso me dio un repaso a lengüetazos, entró en acción y terminó su labor en pocos minutos envuelto en sudor y mudo de fatiga, saltó de la cama, se metió en el cuarto de baño. Sentí correr el agua en la ducha. Salió en dos minutos. Se vistió. Me ordenó que me vistiera mientras arrojaba cien euros al lado de mi bolso. Me preguntó si estaría disponible para nuevos encuentros. Asentí. Me arreglé un poco frente al espejo que había tras el cabecero de la cama y me dirigí de nuevo a la parada del autobús.

Mi primera cita había discurrido alejada de los traumas a los que yo la había asociado y a las once y treinta estaba de regreso en mi casa con los primeros cien euros que destinaría a comprar mi libertad. Apagué el móvil y lo guardé dentro de una bolsa de plástico junto con el dinero, y todo ello en el seguro recoveco que me proporcionaba el armario que había bajo el fregadero de la cocina. Inmediatamente después me metí bajo la ducha para arrancar de mi cuerpo el traje de saliva y sudor que aquel baboso me había confeccionado a medida en tan sólo una hora. Dejé correr el agua mientras mi cabeza edificaba planes: cien euros multiplicados por veinte días mensuales que podría «trabajar» daban como resultado un montante de dos mil euros al mes. Con ese dinero adquiriría mi pasaje. Con unos meses más de trabajo me alcanzaría para comprar también mi seguridad, consistente en disponer del dinero suficiente para montar un negocio al otro lado del océano, algo que me permitiera vivir sin demasiadas estrecheces.

Y así, día a día, escapada a escapada, a finales de noviembre se iban cumpliendo mis previsiones de ahorro: un cliente diario, cien euros al día, dos mil euros cada mes (teniendo en cuenta que no «trabajaba» los fines de semana). Cinco mil euros aguardaban destino bajo el fregadero de mi cocina. Podrían haber sido más pues los clientes abundaban, pero yo solamente podía atender uno al día, pues

no debía descuidar mis labores domésticas y todo debía estar en perfecto orden para recibir a Joaquín a las dos y media de la tarde.

No había renovado la cuña publicada en el Diario de Valladolid, por innecesaria y por propia seguridad. «Dely, debes tener cuidado con los anuncios. Las mafias de la prostitución pueden venir a por ti para exigirte que trabajes para ellos. No les gusta que la gente vaya por libre y gane un dinero del que ellos no sacarán tajada» me había advertido uno de mis primeros clientes. Y, en efecto, los mensajes y llamadas amenazantes no tardaron en llegar a mi teléfono. Hice caso omiso pero fui consciente de que no debía tomar las advertencias en vano. De hecho, mucho tiempo después, cuando en Madrid necesité ganar dinero en abundancia para cubrir mis gastos y los de la familia de Joaquín, utilicé el sistema del «mano a mano»: visitar lugares frecuentados por hombres y, disimuladamente, entregarles un papel en la mano, donde ofrecía mis servicios.

Pero en Valladolid, a finales del año 2007, el tiempo avanzaba impasible, y lo peor era que pensaba continuar haciéndolo. Y llegó el vencimiento del plazo para reintegrar el dinero del préstamo que Joaquín había solicitado a mi nombre. Mi madre y hermano continuaban viviendo en aquel piso y yo suponía que el crédito no había sido atendido y que pronto ejecutarían la deuda dejándolos en la calle. Yo imaginaba que en breve llegaría alguna carta recordándome el vencimiento de la deuda, exigiéndome su liquidación y advirtiéndome de las consecuencias si no atendía tales exigencias. Pero yo no tenía acceso al correo, la única llave del buzón estaba en poder de Joaquín y él se cuidaba muy bien de que ni la llave ni la correspondencia recibida cayeran en mis manos. Días después, pensando mucho en este asunto, recordé haber escuchado al notario referirse a la calle Paraíso número 13 como «domicilio a efectos de notificaciones», y decidí consultar con Joaquín. Para ello ensayé debidamente la pregunta, eligiendo las palabras más adecuadas, adoptando el tono sumiso que a él tanto le gustaba, buscando el momento oportuno, y me arriesgué una tarde que él parecía estar relajado y contento.

—Y a ti... ¿qué coño te importa? —respondió él a mi osadía.

Me callé, me convenía. Pero durante los días siguientes mantuve ojos y oídos bien abiertos, intentando captar conversaciones por el teléfono móvil, interpretar gestos de Joaquín, interceptar posibles cartas que llegaran procedentes de la notaría o del prestamista. Pero nada se habló y nada llegó, al menos que yo supiera por aquel

entonces. Los días transcurrían en una normalidad absoluta, como si allí no hubiera pasado nada.

Empujada por la preocupación, me acerqué hasta la que todavía era mi casa y llamé al portero automático de la calle con la pretensión de comprobar si mi madre y hermano aún vivían allí o si, por el contrario, ya habían sido desahuciados. Me contestó una voz ronca, desagradable, que enseguida identifiqué como la de María del Carmen, mi madre. Me marché más tranquila. En ese momento supuse que, dado que la amistad entre Joaquín y el prestamista era más que evidente, quizá Joaquín había invertido bien ese dinero y ya había conseguido devolvérselo a su amigo, junto con los intereses; o tal vez la deuda le había sido conmutada por otro tipo de favores, o qué sé yo...

Y en completa normalidad, la que ya se había convertido en mi triste normalidad, transcurrió el invierno y avanzaba la primavera. Y fue a principios de mayo, un mediodía cualquiera, mientras Joaquín apuraba su taza de café y yo fregaba los platos del almuerzo, cuando sonó su teléfono móvil.

—¿Ya se ha subastado? —preguntó Joaquín, eufórico.

No escuché las palabras de quien hablaba al otro lado de la línea.

—¡Sólo cien mil! ¡No me jodas! ¡Faltan más de doscientos mil!

Joaquín seguía eufórico, pero ya menos. Comenzó a pasearse por la cocina, de un lado a otro, nervioso. Yo fregaba platos con la cabeza gacha y, de reojo, contemplaba la escena mientras a mis oídos llegaba la verborrea que alguien soltaba desde la distancia y yo trataba de ensamblar las palabras que llegaban a través de la línea pero los dos metros que me separaban de Joaquín y del aparato me lo impedían.

—Pero... es Adela quien tiene la deuda contigo. ¡Fue ella quién firmó!

Me quedé quieta como estatua de sal, con el grifo corriendo y un plato en la mano. Joaquín se acercó a mí.

—No trabaja, de momento vive a mi costa, pero se le puede buscar algo muy productivo porque ella vale mucho...

Y me asestó tal palmada en el trasero que el fuerte sonido hueco salvó distancias e inmediatamente escuché una sonora carcajada al otro lado de la línea. Y también las palabras que la siguieron, firmes, claras.

—No dudo de que Adela pudiera rentar mucho trabajando de puta, pero ese es un dinero a futuro y aplazado; y yo necesito el dinero ahora y entero. ¿Me has entendido? Y eres tú el que está en disposición de abonarlo y es a ti a quien pienso cobrarlo.

El interlocutor cortó la comunicación repentinamente y acto seguido, en un gesto agresivo, Joaquín lanzó el teléfono sobre la encimera y yo temí que una vez más me eligiera a mí como saco anti estrés, pero se fue al salón y yo seguí fregando los platos y dando gracias a Dios.

Transcurrió toda la primavera sin que yo volviera a tener noticias del préstamo ni del prestamista. Si las hubo, Joaquín se cuidó muy bien de que no llegaran a mis manos y oídos. Y fue a principios de ese mismo verano, el de 2008, cuando nuestra vida se precipitó al vacío.

Bajo mi fregadero había veinte mil euros esperando una decisión cuando Joaquín comenzó a vivir pendiente de un teléfono que sonaba a cualquier hora del día o de la noche. Tan pronto se escuchaba el primer timbre, él se precipitaba a atenderlo y a buscar un lugar donde recibir la llamada fuera del alcance de mis oídos. Y al poco tiempo regresaba, blanco hasta la punta de la nariz, hundido, temblando de miedo; y yo agachaba la cabeza, procurando no tropezar con su mirada. Nada me explicaba acerca de su desasosiego, pero las palabras «préstamo impagado» habían traspasado las paredes en varias ocasiones para llegar indemnes hasta mis oídos, que estaban pegados al otro lado de la pared para intentar averiguar qué era lo que estaba ocurriendo allí.

Joaquín paseaba todo el tiempo por la casa, de un lado al otro; no comía ni dormía, sólo fumaba y paseaba, en un constante ir y venir a lo largo del pasillo. Y yo sonreía para mis adentros, procurando que mi contento no trascendiera al exterior. ¡Tantas veces yo había sentido ese mismo miedo! Me alegraba de que probara su propia medicina. Yo, aunque el préstamo estaba mi nombre, aunque era deudora, no percibía amenaza alguna sobre mi persona y me sentía tan a salvo como si estuviera metida en un bunker pues desde siempre el prestamista me había ignorado porque bien sabía él que yo me había limitado a estampar mi firma. Yo no había recibido el dinero, ni lo había invertido ni había llegado a mis manos de manera alguna y, por tanto, pretender que yo le reintegrara ese préstamo sería una absoluta pérdida de tiempo.

Como dije antes, más de veinte mil euros se amontonaban por aquel entonces debajo de mi fregadero y, dado el cariz que había tomado la situación, decidí que había llegado el momento de poner tierra y mar de por medio. Después de muchas dudas, Montevideo resultó ser el destino elegido, seleccionado tras descartar algunos países por su alto nivel de inseguridad, otros por su extrema pobreza y algún otro porque yo había oído decir que las temperaturas rebasaban

límites. A ojo de buen cubero calculé que mi capital alcanzaría para pagar el viaje de ida, albergarme en alguna pensión durante los primeros tiempos y después alquilar un local para abrir un pequeño negocio de características aún indefinidas pues sería decisión a tomar sobre el terreno, dependiendo de las necesidades y gustos locales.

Nos acercábamos a mediados de julio cuando apagué definitivamente mi teléfono móvil: ya no atendería más clientes. Ese mismo día pedí vez en la comisaría para tramitar mi pasaporte. Al día siguiente también iría a la agencia de viajes para adquirir el pasaje y, en el día señalado, abandonaría la casa en tanto Joaquín trabajaba. A su regreso, yo me encontraría a varios cientos de kilómetros de distancia, volando sobre el océano Atlántico. Ese era mi proyecto y así lo habría llevado a cabo si el destino no hubiera dispuesto otros planes para mí.

A finales de septiembre de ese mismo año, el 2013, el otoño había entrado en la ciudad y la tranquilidad en mi entorno, todo a la par. El horizonte de mi vida era una estampa casi idílica: Máximo se había ganado a pulso el cariño y el respeto de mi madre, en el trabajo las aguas habían vuelto a su cauce, los árboles se vestían de marrón y oro, y todo parecía marchar sobre ruedas aquella mañana en la que Eduardo entró presuroso en «la pecera» con varios papeles en la mano. Los traía de avanzadilla, con el brazo bien estirado, para que llegaran a destino lo antes posible.

—Acaba de entrar una denuncia que puede interesarnos. —Dijo, alterado, lanzando los papeles sobre mi mesa.

Y yo me pregunté qué podrían contener aquel par de folios para causar semejante efecto en el hombre templado que era Eduardo. Los cogí y me disponía a leerlos con evidente interés cuando él, impaciente por ponerme al corriente lo antes posible, se apresuró a resumirme su contenido.

—Plantea la denuncia el Administrador Único de INESTEL S.L., una empresa dedicada a la informática. Y el denunciado es ni más ni menos que el prestamista Juan Alonso Vicente, el que estuvimos vigilando durante aquel par de días, hace unos meses, cuando andábamos con el caso del «emparedado». Parece ser que este empresario, el Administrador de INESTEL S.L., necesitaba urgentemente un crédito de treinta mil euros para hacer frente a necesidades de su negocio, los bancos se negaron a darle el dinero y él acudió a Juan Alonso Vicente para solucionar sus problemas financieros. Y, al carecer de propiedades con las que avalar el préstamo, este empresario acudió también a un falsificador para que le apañara una Nota Simple que diera fe de que era el legítimo propietario de una vivienda situada nada menos que en el Paseo de Zorrilla. Y el prestamista, que supongo vio la posibilidad de hacerse con semejante propiedad a precio de ganga, le facilitó el dinero inmediatamente, a un interés del veinticinco por ciento y a pagar en seis meses. Transcurrió el plazo, llegó la hora de cobrar, la deuda había crecido mucho en ese tiempo, el prestamista se encontró con que no había piso para subastar y decidió hacerle una visita al empresario para acojonarlo enseñándole un video donde claramente se podía comprobar lo que les ocurre a quienes le toman el pelo de semejante manera.

Yo estaba leyendo la denuncia a la par que Eduardo me la iba resumiendo.

—Y en el video, grabado con un teléfono móvil, el prestamista mostró al Administrador de INESTEL la ejecución de un hombre al que alguien rompía el cuello mediante un giro brusco de la cabeza hasta partirle la nuca.

—¿Joaquín Perea?

Mi pregunta era en sí una afirmación. No me podía creer que, transcurridos meses y dado ya el caso por concluido ante la falta de pruebas que inculparan al prestamista,

ahora la suerte viniera para ponerse de nuestra parte.

—Con toda probabilidad. De momento, es la única persona que sabemos haya muerto por ese método.

—Hay que citar al Administrador de INESTEL para mostrarle una fotografía de Joaquín, a ver si le parece la misma persona que vio morir en ese video. Y también para que nos amplíe la información, que esta denuncia es muy escueta y necesitamos más datos. —Ordené, eufórico.

Yo había recibido un chute de ilusión.

—¡Que venga esta misma tarde! —añadí.

Miré el reloj: las dos y cuarto. Había quedado para comer en casa de mi madre, teníamos a Máximo como invitado y yo sabía que a esas horas Florinda ya tendría la comida preparada, la mesa puesta y estaría asomada al balcón, oteando a ver si llegaban sus dos comensales. Había dicho que prepararía paella, una de las comidas preferidas de Máximo, y seguro que se había esmerado a más no poder, madrugando para ir al mercado y hacerse con los productos más frescos, probando cada cinco minutos para que la sal estuviera en su punto, controlando la hora para no poner el arroz ni antes ni después, no se fuera a pasar en el nivel de cocción. Florinda adoraba a Máximo. Y Máximo mimaba a Florinda hasta límites capaces de provocar mis celos: salían a pasear cogidos del brazo, la acompañaba a misa todos los domingos, le regalaba sus flores favoritas, todos los sábados traía el bizcocho de yogurt que a ella tanto le gustaba, ayudaba a recoger y fregar los platos e incluso la llamaba por teléfono varias veces a lo largo de la semana. Es el mejor «nuero» que una puede tener, aseguraba Florinda.

—Yo estaré de vuelta a las cuatro. —Agregué al tiempo que rescataba la chaqueta del perchero, dispuesto a salir sin perder más tiempo.

Eduardo, sentado en su mesa del despacho adjunto, botó con la mano en el aire para indicarme que aguardara un momento: estaba al habla con el administrador de INESTEL y quería ponerme al corriente de las novedades. Colgó en menos de medio minuto.

—A las cuatro estará aquí. Yo también vendré a esa hora, por si quiere ampliar la denuncia.

Aquella tarde, acompañado por Máximo, regresé a la comisaría dando un gratificante paseo. Habíamos disfrutado de la comida familiar, pero hubiera sido mejor complementarla con agua pues mi madre, en su esmero, había traído un vino tan bueno como traicionero: su dulce sabor en el paladar hacía imposible sospechar los efectos que causaría después. Y salí de la casa deslizándome sobre una nube flotante que me iba posando en tierra poco a poco a medida que la suave brisa otoñal iba disipando los efectos del alcohol.

—Tienes que dar media vuelta, no quiero que nos vean llegar juntos porque así evitaremos rumores. La cosa está bien como está, todo el mundo sabe que eres mi pareja, pueden suponer e imaginarse lo que quieran, pero no tienen motivos para chismorrear sobre nosotros. —Planteé justo antes de encauzar la calle que me llevaría hasta la comisaría.

Máximo me miró a los ojos y sonrió. Las prohibiciones, solía decir él, acrecentaban su deseo de que llegara la noche y con ella el regreso a casa donde, guarecidos de miradas ajenas e indiscretas, podíamos realmente hacer vida de pareja. Aquel amor disfrazado de amistad encendía también mi morbo en la mayoría de las ocasiones, pero me resultaba engorroso en algunas otras. Era como pasarse la vida poniendo diques al mar. Agotador. Desesperante.

—Te lo doy a la noche.

—¿El qué? —pregunté, correspondiendo con una sonrisa tan sensual como la que estaba viendo reflejada en el rostro de mi pareja.

—El beso que ahora no te puedo dar.

Sonreí.

—¿Me lo prestas hasta la noche? —preguntó Máximo.

—¿El qué?

—El dado. —Respondió, señalando mi mano derecha.

Extendí la mano. Efectivamente, allí estaba el dado y yo ni siquiera me había percatado de ello, acelerado como venía por los efectos del alcohol, el paseo, la buena compañía y las novedades en el caso. Separé la argolla que contenía las llaves y puse el dado en sus manos. En la transacción él acarició la palma de mi mano con las yemas de sus dedos. Me estremecí: era uno de mis «puntos débiles» y él lo sabía. Máximo emitió un guiño cómplice antes de dar media vuelta para regresar por donde habíamos venido. Yo sonreí y continué solo. Caminaba contento, por el rumbo que había tomado mi vida, porque al fin era libre para estar con la persona que amaba y porque aquel endemoniado caso que me había traído de cabeza durante el primer tercio del año había dado un giro tan retardado como inesperado. Entré en la comisaría con la sonrisa puesta y apuré un poco más el paso al ver la hora que marcaba el reloj de pared que tenían en el control de Seguridad: pasaban diez minutos de las cuatro de la tarde.

En la oficina del grupo de homicidios, Eduardo charlaba con un hombre de mediana edad que estaba sentado frente a él y que parecía abatido. Con las manos sobre el regazo y la espalda encorvada hacia delante, el hombre asentía a cuanto Eduardo le explicaba. Se trataba de Julio Pérez Buendía, Administrador Único de INESTEL S.L., y llevaba el miedo pintado en el rostro. Reparando en sus ojeras y en el contraste que ofrecían con respecto a la palidez del resto de su cara, daba la sensación de haber dejado atrás varias noches en vela.

—Es el inspector Vega, jefe de homicidios. —Aclaró Eduardo, al observar que Julio Pérez se sobresaltaba al verme aparecer por la puerta.

Hice una escueta reverencia, a modo de saludo, y acerqué una silla para tomar asiento al lado de Eduardo, después miré al hombre que teníamos enfrente: pelo negro como el betún, tez blanca como la nieve, ojeras como antifaces, nariz prominente y dientes castañeando de miedo que no de frío. Parecía una aparición, un espectro, y la expresión de su cara era un ruego para que tratáramos de salvar su vida. Tomé la denuncia que Eduardo tenía al lado del ordenador, se la leí en voz alta al empresario y después le pregunté si se ratificaba en lo allí dicho. Él manifestó su acuerdo con un corto movimiento de cabeza.

—¿Cuándo recibió usted la visita de estas personas?

—Hace una semana, y desde entonces llevo dando vueltas a la cabeza, buscando una solución. He intentado reunir el dinero por todos los medios, pero me resulta imposible. El prestamista me dijo que había pasado mucho tiempo y que la cantidad que actualmente le debo ronda los cien mil euros. ¡Si en su día no conseguí treinta mil, imagínese cómo voy a ser capaz de reunir ahora cien mil euros! ¡Es imposible!

—¿Cuánto tiempo hace que solicitó usted el préstamo?

—Hace más de un año. Y vencía a los seis meses. Yo creí que las cosas me irían bien, había calculado que con esa inyección de dinero mi empresa se haría competitiva en el mercado y que, transcurridos los seis meses, habría generado los ingresos necesarios para devolver préstamo e intereses. Por eso engañé al prestamista falsificando la propiedad del piso, porque ingenuamente creí que eso sería un mal menor, que nadie llegaría a saberlo nunca porque llegado el vencimiento yo podría pagar el préstamo si necesidad de propiedad que me avalara. Pero la operación salió mal; no es que saliera mal, es que no generó los ingresos suficientes. El mercado está muy hundido a causa de la crisis y no conseguí reflotar mi empresa hasta el límite necesario para ponerme a la altura de la competencia...

—¿Cuándo comenzó Juan Alonso Vicente a requerirle a usted el pago de la deuda? —interrumpí, pues no tenía deseos de recibir una charla sobre empresas, su competencia y optimización.

—Nada más vencer el plazo me llamó por teléfono para exigir el pronto pago y amenazarme con poner en marcha la ejecución sobre la propiedad que yo había presentado como aval. Y yo, a sabiendas de que no existía tal propiedad, le rogué que aguardara un poco más, que le pagaría un poco más adelante. Y él me concedió otro medio año, pero me advirtió que durante ese periodo de prórroga los intereses ascenderían al cuarenta por ciento y que se calcularían sobre el valor del préstamo más los intereses acumulados durante el primer medio año.

—¿Y qué ocurrió una vez transcurrido ese segundo plazo?

Julio cruzó las piernas. Reparé en que la de encima estaba temblando. También tiritaban sus labios, abiertos, incapaces de articular las palabras que estaba intentando pronunciar. Quizá yo lo había atosigado a preguntas, por eso le concedí un merecido descanso. Él se quedó callado, yo también, Eduardo escribía en el ordenador y los minutos pasaban. Yo siempre me siento incómodo cuando el silencio se instala de

repente, más aún si decide quedarse durante un buen rato, y en ese momento yo no sabía a dónde mirar ni dónde meter las manos. Me ocurre a menudo. Busqué mi dado para jugar con el pero sólo encontré las llaves. Recordé que se lo había prestado a Máximo. Eduardo aún continuaba escribiendo en el ordenador cuanto Julio había ido relatando, y estaba terminando la última frase sin que hubiera nada más que añadir.

—Juan Alonso Vicente comenzó a llamarme por teléfono a todas horas para recordarme que el plazo había vencido una vez más. —Respondió Julio ante nosotros dos que, de brazos cruzados, llevábamos minutos esperando respuesta.

—¿Llegó este prestamista a amenazarle a usted telefónicamente?

—No, nunca. Cuando me llamaba por teléfono simplemente me recordaba que el plazo había finalizado y me preguntaba si ya disponía del dinero. Yo le respondía que aún no, que me concediera un par de días más. Pasado ese par de días, volvía a telefonear y lo hacía varias veces al día. Yo volvía a pedirle aplazamiento. Y así estuvimos durante un largo mes, en el que yo llamé a la puerta de cada familiar y de cada amigo, intentando reunir el dinero. Pero, de repente, parece ser que nadie tiene ahorros. Y después, inevitablemente, Juan Alonso se enteró de que no había ni dinero en efectivo para pagar ni propiedad para subastar.

—Y dice que el prestamista en persona le visitó a usted hace una semana, ¿no es cierto? ¿Iba solo o le acompañaba alguien?

—Sí, hace exactamente una semana. Y vinieron tres personas, tres hombres. A dos de ellos yo no los había visto en mi vida, el otro era Juan Alonso Vicente, la persona que ustedes llaman «el prestamista», el mismo que hace un año se reunió conmigo en aquel bar del centro para hablar sobre la concesión del préstamo. Y también fue él quien me acompañó a la notaría. En esas dos ocasiones iba solo.

—Dígame, ¿dónde quedaron esta vez?

Julio parecía confuso. No había comprendido bien la pregunta y yo se la reiteré.

—Yo no quedé con ellos, fueron ellos quienes me salieron a mi al encuentro. Aparecieron de pronto en el portal de mi casa, como surgidos de la nada, cuando yo regresaba de trabajar. Serían más o menos las diez de la noche cuando abrí el portal con mi llave y, de repente, me vi rodeado por aquellos tres hombres.

—¿Estaban dentro del portal?

—No lo sé. No sé si estaban dentro o entraron inmediatamente detrás de mí. Yo no los vi entrar. Yo no estaba atento porque venía pensando precisamente en esto, en cómo salir de este lío en el que me he metido, y lo único que sé es que, cuando iba a tomar el ascensor, me rodearon y me llevaron hasta el fondo del portal, donde hay una puerta que conduce a las escaleras. Y allí, en las escaleras, fue donde me mostraron el video y donde me amenazaron diciéndome que, si en el plazo de diez días no tenían el dinero, me ocurriría lo mismo a mí.

—¿Proyectaron directamente la grabación, sin mediar palabra?

—No, previamente el prestamista me dijo: «mira lo que les hacemos a los listos como tú». Y luego ordenó a uno de sus acompañantes que le acercara «eso», y

entonces fue cuando aquel hombre abrió el maletín que llevaba en la mano y sacó un teléfono móvil, no un Smartphone de estos que hay ahora, sino un teléfono de los que se utilizaban hace unos años, ¿me entiende?, del cual no sé la marca ni el modelo, pues había poca luz y no lo pude ver.

En ese momento yo no podría asegurar si los teléfonos móviles que usábamos cinco años atrás disponían de videocámara, pero supuse que así era y que aquel móvil obsoleto había servido para realizar la grabación y que el prestamista lo mantenía oculto en algún lugar de dónde sólo salía en casos de necesidad, para amedrentar a los que se mostraban reacios a cumplir los pagos. En definitiva, un arma con la que intimidar a morosos y estafadores. Tenía que hacerme con aquel teléfono a toda costa porque quizá allí estuviera la prueba capaz de incriminar a los verdaderos asesinos de Joaquín Perea.

—¿Y lo sacó del maletín, dice usted?

—Sí, lo sacó del maletín. El teléfono ya estaba encendido y sólo tuvo que pulsar un botón para poner el video a funcionar. Fue horrible, francamente horrible. El pobre hombre hablaba sin cesar, disculpándose ante alguien que tenía enfrente y al que no se le veía la cara. «Dame más tiempo» repetía una y otra vez. «Por favor, por favor» rogaba angustiado, y el miedo abría sus ojos hasta dejarlos completamente redondos. De pronto, otro hombre apareció por detrás, como salido de la nada, y lentamente colocó unas manos como palas sobre la cabeza de aquel pobre diablo, después presionó fuerte y al instante efectuó un giro rápido y contundente, a continuación se escuchó un crujido seco y se vio cómo el asesino recolocaba la cabeza del desdichado frente a la cámara, mostrando sus ojos ya muertos, con la mirada ausente; y su boca, que había quedado abierta a causa de la sorpresa. El asesino sostuvo la cabeza frente a la cámara durante unos diez interminables segundos, después la soltó y la cabeza cayó por su propio peso hacia delante, hacia el pecho. Después apareció otro hombre, mucho más joven, hablando a la cámara y haciendo bromas obscenas al respecto. ¡Qué espanto! Y no me pregunte usted por la última parte del vídeo, porque estaba tan horrorizado que no le presté atención alguna.

—Si viera una fotografía de ese hombre al que asesinaron, ¿lo reconocería?

—¡Sin duda alguna! Una imagen como esa no se le borra a uno de la mente así como así.

Me levanté para ir a mi mesa en busca de las fotografías de Joaquín Perea. El relato me había puesto los pelos de punta y me había causado un desasosiego difícil de explicar. La muerte, en sí, ya me provocaba suficiente terror, pero más lo hacía cuando llegaba a traición, atacando por la espalda, aunque fuera tan rápida que no concediera tiempo al sufrimiento. Regresé con las fotografías en la mano y las fui extendiendo delante del empresario como si de cartas del tarot se tratara, primero la del documento de identidad de Joaquín, acto seguido las que Salgado había tomado post mortem cuando apareció el cadáver.

—¡Es él! ¡Es el muerto! No tengo dudas. Esa cara no la olvidaré jamás. Momentos después de ver el video, cuando mínimamente recobré la compostura, pensé que podría tratarse del «emparedado», pero no recordaba la fotografía que salió en los periódicos. De aquella, cuando la publicaron, no me fijé en la cara del desdichado, pero lo que sí recuerdo es que en el periódico decía que le habían partido el cuello, de ahí mi asociación mental entre el video y la muerte de ese hombre.

—Efectivamente, se trata del «emparedado» como usted bien dice. —Aseguré.

Julio Pérez se echó las manos a la cabeza.

—¡Dios mío!, ¿me protegerán?, ¿me ayudarán?, ¡por favor, no dejen que me asesinen como hicieron con ese hombre! —rogaba, conteniendo el llanto.

Las palabras de Julio me hicieron a mi consciente del complejo problema al que me estaba enfrentando: localizar cuanto antes el teléfono móvil que contenía la grabación, con la certeza de que una prueba de tal relevancia no estaba guardada en la mesa de trabajo del prestamista, sino a buen recaudo a saber dónde.

—Por favor, no me dejen solo. El plazo final, el definitivo, vence dentro de dos días, no tengo el dinero que me piden y vendrán a por mí para matarme. —Se lamentaba Julio Pérez con la cara hundida entre las manos.

—Prepara una composición fotográfica e incluye en ella a Juan Alonso Vicente. —Ordené a Eduardo, estableciendo mis propias prioridades.

Julio Pérez continuaba sollozando con la cabeza hundida en el pecho, la espalda doblada y las piernas temblando. En cierto modo, sentí lástima pese a tener la certeza de que aquel hombre no era ningún santo: en su intento de estafar a un estafador había topado con un asesino y ahora, aterrorizado, acudía a la policía para que en el último momento le sacara las castañas del fuego.

—Usted, sin duda, tuvo más encuentros con ese prestamista ¿me equivoco?

El hombre apartó las manos para destapar un rostro bañado en lágrimas y, mirándome directamente a los ojos, asintió con la cabeza.

—¿También llevaba maletín las otras veces que se reunieron?

Nueva afirmación muda.

—¿El mismo maletín?

El hombre abrió boca y ojos, anonadado. No había comprendido mi pregunta, supuse.

—Usted dijo que Juan Alonso Vicente mostró una grabación que guardaba en el teléfono móvil, y que el teléfono lo sacó de un maletín, de lo cual deduzco que no se trata del teléfono móvil que usa habitualmente, sino de uno que contiene esa grabación y que utiliza para estos casos, como si de un arma intimidatoria se tratara, ¿me equivoco?

—No se equivoca. Juan Alonso no se separa de su iPhone, es el teléfono que usa habitualmente. El otro, el del video, es un aparato obsoleto que debió haber utilizado en su día pero que ya no utiliza.

«¡Al fin! No se ha quedado mudo» pensé.

—¿El maletín era el mismo de siempre?, ¿o llevaba otro modelo ese día?

—El maletín sí que era el mismo que llevaba en los otros encuentros que tuvimos. Uno negro, de piel. Lo vi bien aunque la luz de la escalera no iluminaba como debiera.

Luego bien podría ser que el teléfono móvil desusado formara parte del contenido habitual del maletín, lo mismo que la documentación para formalizar los préstamos. Si bien, lo más prudente para el prestamista sería guardar el teléfono a buen recaudo y no andar paseando por ahí con una prueba de asesinato encima.

—¿Sospecha que le estén siguiendo?, ¿puede ser que a estas horas ya sepan que ha contactado usted con la policía?

—Creo que no. También he pensado en eso cuando decidí presentar denuncia, y por ese motivo he tomado todo tipo de precauciones. Hoy me dirigí a mi empresa, como todas las mañanas, aparqué mi coche a la puerta y entré en la oficina, desde allí telefoneé a mi esposa y le pedí que viniera a buscarme con su coche, pero insistí en que lo dejase estacionado en la parte de atrás y a no menos de doscientos metros de mi oficina y que me esperase allí. Yo salí por una puerta trasera que tenemos en la nave, caminé hacia el coche de mi mujer y nos vinimos para acá, sin perder de vista el espejo retrovisor durante todo el trayecto, para comprobar si nos seguían.

No conseguí retener el gesto de asombro. Ni yo mismo lo hubiera hecho mejor.

—¿También tomó esas precauciones ayer, cuando vino a presentar la denuncia? —pregunté para asegurarme.

Asintió.

Proteger la vida de aquel hombre se convirtió en mi prioridad en esos momentos. Por humanidad, lo primero. Pero también porque Julio Pérez resultaría ser un valiosísimo testigo en el caso de que consiguiésemos hacernos con la grabación a la que él se refería. De no ser así, yo no pondría la mano en el fuego por la veracidad de sus palabras: quizá lo único que pretendía era encarcelar al prestamista para eludir la deuda y, ya de paso, poner su vida a buen recaudo.

—Le vamos a facilitar protección policial. —Anuncié. Él suspiró, aliviado—. Y ahora, para salir de esta comisaría, usted lo hará en el interior de un vehículo policial camuflado, recostado en el asiento trasero, conducido por este policía —dije señalando a Eduardo, que ya estaba ultimando el Acta de Reconocimiento fotográfico— que le dejará a usted en algún lugar céntrico y, desde allí, irá usted donde quiera. Dos policías vigilarán sus movimientos desde el momento en que usted se apea del vehículo policial, pero en ningún caso se pondrá usted en contacto con nosotros, sino que continuará con su vida normal durante los próximos días...

—¡Sólo faltan dos días para que termine el plazo! ¡No pueden dejarme en el centro de Valladolid y solo! ¿Dónde estarán esos policías? —interrumpió, levantándose de la silla y gritando como un poseso.

—Estarán detrás de usted. Le protegeremos, pero usted no hará nada, quiero decir que no volverá por esta comisaría. Seguramente está usted siendo sometido a

vigilancia por parte del prestamista, y no vamos a tentar más a la suerte porque ya nos ha acompañado durante las dos veces que usted ha venido por aquí y puede que a la tercera caigamos con todo el equipaje, ¿lo ha comprendido?

Julio Pérez soltó un largo y hondo resoplido. Después asintió lentamente, calibrando el alcance del lío en el que estaba metido. Y yo comencé a preparar mi discurso, aquel con el que debía convencer a Mateo, mi jefe de Brigada, para que se desprendiera de varios hombres que, a turnos de día y noche, seguirían los pasos de empresario de INESTEL S.L. «¿Desde cuándo protegemos a falsificadores para que no les peguen aquellos a los que han estafado?» me respondería Mateo, a buen seguro.

Eduardo me entregó la composición fotográfica y yo se la mostré a Julio Pérez.

—¿Reconoce a alguno de estos hombres como Juan Alonso Vicente, el prestamista particular que hace un año le financió a usted la cantidad de treinta mil euros?

Inmediatamente, Julio Pérez llevó su índice derecho hacia la fotografía número cuatro, temblando pero tieso como dedo acusador que era.

—¡Este es! ¡Sin duda alguna!

—Estampe su firma sobre la fotografía como prueba de que lo ha reconocido.

El hombre garabateó una complicadísima rúbrica que solapó el rostro del prestamista. Hincaba el bolígrafo en el papel, con fuerza, como si con ese gesto pretendiera hacer desaparecer para siempre al hombre que lo tenía amedrentado.

Recogí el Acta para enviarla al Juzgado como única prueba que hasta el momento habíamos conseguido reunir contra Juan Alonso Vicente, y después me dirigí al despacho de Mateo, cargado con varios argumentos convincentes. Previamente había decidido que solamente le esbozaría el asunto, sin entrar en pormenores que lo instigaran a pensar demasiado. Mateo era hombre de acción, no de cálculos mentales. Pero sobre todo era un hombre que toreaba los problemas con la destreza de un maestro taurino, por eso era necesario pintarle una negra estampa del problema que nos acechaba: el prestamista sería el lobo feroz, el empresario haría las veces de Caperucita, y presentaría la comisaría como la casita de la abuela, con la pelota sobre nuestro tejado; una pelota que en realidad era una bomba que nos estallaría en toda la fachada caso de no desactivarla inmediatamente, caso de que Julio Pérez Buendía apareciera muerto porque no nos había dado la gana de facilitarle protección, habiendo él previamente denunciado ser víctima de amenazas de muerte. De llegar este caso, nos jubilaríamos en prisión. Y Mateo ya había comprado una finca en Badajoz para invertir sus horas cuando transcurriera el año y medio escaso que le quedaba para jubilarse.

—¿Cuánto tiempo crees que durará la vigilancia? Lo digo para calcular el número de policías que necesitaremos. —Me preguntó Mateo.

—Poco tiempo, espero que no más de veinticuatro horas. Hoy hablaré con la juez, realizaremos el registro lo antes posible y, caso de que localicemos la grabación, procederemos inmediatamente a la detención del prestamista y sus colaboradores.

—Voy avisando a los policías que comenzarán ahora mismo, en cuanto ese tío salga de aquí.

Regresé a mi oficina sonriendo: hasta el lobo más fiero retrocede ante el peligro. Ordené a Eduardo que acompañase al empresario hasta un lugar céntrico donde lo dejaría tras cerciorarse de que no los estaban siguiendo.

Una vez hubieron abandonado la oficina, me quedé a solas para comenzar a preparar la estrategia a seguir. El primer paso sería visitar a la juez que había instruido el caso de Joaquín Perea y hacerla partícipe de la información reciente, para tratar de obtener un Mandamiento de Entrada y Registro en la oficina del prestamista cuanto antes, para el día siguiente a ser posible. Y luego rezaría mucho para que Juan Alonso Vicente no hubiera sido lo suficientemente precavido como para ocultar el teléfono móvil en alguna caja fuerte de a saber qué banco, en algún apartado de correos, en cualquier recoveco de su propia casa o de otra de las muchas casas que seguramente poseería como fruto de sus malas artes, o lo que fuera, porque un objeto tan pequeño se puede esconder en cualquier parte, incluso en el monte si está debidamente amparado contra las adversidades climatológicas.

La vigilancia a la que meses atrás habíamos sometido a Juan Alonso Vicente me había aportado unos cuantos adjetivos apropiados para calificar al hombre al que me enfrentaba: astuto, duro, turbio, curtido..., en pocas palabras: un cabrón en toda regla. De su actividad empresarial yo solamente sabía que disponía de una pequeña oficina en pleno corazón de la ciudad, y de dos secuaces que no lo abandonaban a sol ni a sombra. La oficina era una especie de cuartel general donde se reunían cada mañana, donde el prestamista impartía órdenes, repartía funciones y de dónde partían hacia las citas con los clientes, que solían tener lugar en un puñado de lujosas cafeterías esparcidas por el centro de la ciudad, donde les servían discreción a precio del oro. Como refugio privado, un chalet a cinco kilómetros de la ciudad, dos perros con *pedigrí*, una esposa rubia muy tuneada y esculpida en quirófanos de Madrid, una hija «nini» de veinticinco años que ni estudiaba ni trabajaba y, según datos aportados por una fuente bastante fiable, había también un hijo varón, últimamente ausente.

Saltándose a la torera la prohibición legal de fumar en espacios públicos, la juez encendía un cigarrillo tras otro mientras escuchaba mi alegato; al tiempo fruncía el ceño, meneaba la cabeza y no escatimaba en quejas. Aquel caso debería estar cerrado, listo para enjuiciar, y ahora llegaba yo con aquella encomienda que la obligaría a continuar con la Instrucción. ¡Con el trabajo que había pendiente! Aquella historia del «emparedado» ya, en su día, había resultado lo suficientemente complicada como para que ahora aparecieran nuevos actores dispuestos a alargar la función. Yo, impermeable a sus mohines de disgusto, me reafirmaba en que la denuncia del Administrador de INESTEL S.L. no dejaba lugar a dudas, que la amenaza era seria, digna de tener en cuenta.

Y aunque en principio pareciera causa perdida, el avance del relato y mi persistencia consiguieron que la juez fuera ganando interés. No parecía ser su intención, desde luego, hacer oídos sordos a mis alarmantes palabras para, dentro de unos días, tener otro cadáver con el cuello partido flotando a orillas del río Pisuerga; o desaparecido durante años como había sido el caso de Joaquín Perea. Además, la prensa y la opinión pública la crucificarían, sería el final de su corta carrera judicial. Quizá este último haya sido el motivo determinante para que me concediera el Mandamiento con tanta premura pese a estar mis argumentos prendidos con alfileres pues nadie, salvo el denunciante, había visionado el video y nadie, salvo el denunciante, había presenciado las amenazas. Tal denuncia bien pudiera esconder una treta de aquel empresario, estafador en ciernes como bien había demostrado el hecho de haber falsificado una Nota Simple con el fin de obtener el préstamo, para encerrar en la cárcel al prestamista y así conseguir un largo aplazamiento del pago de su deuda.

—¿Qué opinión le merece a usted la declaración del Administrador de INESTEL S.L.? —preguntó la juez mientras releía la denuncia por cuarta vez.

—Yo diría que, o es un actor increíble, o está aterrorizado.

—Bien, procedamos entonces. El registro tendrá lugar mañana, a primera hora. Ustedes y la secretaria judicial se presentarán en la oficina de Juan Alonso Vicente a las nueve y media de la mañana. El registro se efectuará en horas diurnas y, caso de que sea necesario ampliarlo a horas nocturnas, por la cantidad de objetos a revisar o por lo que sea, deberán ustedes obtener una nueva Orden.

—Sería conveniente ampliarlo a los vehículos que suelen usar, tanto los particulares como los dos que tienen de empresa. —Indiqué, pasando a la juez el escrito donde figuraban todos los datos que habíamos reunido sobre el prestamista y los coches en los que se movía.

La juez ya había leído aquel informe y me lo había restituido, creo que por falta de interés, pero ahora lo había vuelto a coger y lo estaba repasando.

—Bien, oficina y los cinco vehículos cuyas matrículas constan aquí especificadas. Y el motivo de tal registro será la localización del teléfono móvil y de la grabación en él contenida. No se extenderá a otros aparatos tecnológicos ni documentación salvo que, en pleno registro, hallen ustedes pruebas evidentes de comisión de algún otro hecho delictivo. En ese caso, suspenderán inmediatamente el registro y se pondrán en contacto conmigo.

—Comprendido, Señoría.

Me vi obligado a toser varias veces antes de responder, para desatascar mi garganta. Cigarro a cigarro, el humo había ido conquistando todo el espacio y el aire se había vuelto irrespirable. Yo rogaba para que los trámites se agilizaran y así abandonar pronto aquel lugar tóxico.

—Voy a ordenar que redacten la Orden.

Después de recogerla salí apresurado, hacia la calle. Caminé por los pasillos del Juzgado respirando hondo y olisqueando las mangas de mi camisa para comprobar si también llevaban impregnado el repugnante olor a tabaco. Así era.

A las ocho y media de la mañana del día siguiente, primer día de octubre, me encontraba en mi despacho esperando la llamada que inmediatamente pondría la operación en marcha. Yo estaba intranquilo, algo me decía que no tardaría en pagar el peaje de mi inexperiencia; pero ese «algo» no me indicaba, sin embargo, dónde había cometido el posible error ni si aún estaba a tiempo de dar marcha atrás y sacar nuevo ticket.

—Dos pájaros acaban de entrar en la jaula. —Comunicó María a las ocho horas y cincuenta minutos.

María y José Manuel habían pasado la noche en el interior de un vehículo policial camuflado, apostados frente al portal que daba acceso a la oficina que pretendíamos registrar. Había sido idea de Eduardo. «Se debe montar vigilancia en esa oficina, no vaya a ser que alguien en el Juzgado le deba favores al prestamista y decida pagárselos a nuestra costa» me había advertido el subinspector.

—¿Dos? —pregunté, confuso.

—Los dos empleados.

—¿No ha entrado el prestamista con ellos?

—Sólo han entrado los dos empleados.

Por lo que sabíamos, Juan Alonso solía llegar el primero a la oficina. Resoplé. ¿Qué estaría ocurriendo?, ¿nos habrían «mordido»? ¿estarían al corriente de nuestros planes? ¡Imposible! Habíamos actuado rápido y con absoluta discreción. Seguramente existiría alguna razón de peso para que el prestamista demorase su llegada precisamente aquel día: quizá se había quedado dormido, puede que una

visita al médico, alguna nueva operación estética de su esposa, acaso su misterioso hijo había regresado...

«Habría sido muy conveniente que, además de la oficina, hubiéramos mantenido también al prestamista bajo vigilancia, para así evitar una posible fuga» pensé. «Pero Mateo, en su afán de ahorrar en efectivos, no me lo habría consentido», me dije después, tratando inútilmente de justificar mi error.

En todo caso, nuestra operación ya estaba en marcha, disponíamos de Orden Judicial para ese día concreto y la secretaria judicial nos estaba esperando. Eduardo y yo salimos para recogerla en el Juzgado.

A las nueve horas y veinticinco minutos estábamos llamando a una puerta robusta, donde una destacada pegatina amarilla situada justo en el centro indicaba que el local estaba dotado de alarma y otras medidas de seguridad, dando a entender que sus usuarios no confiaban todos sus secretos a la solidez de aquella puerta blindada.

Nos recibió un hombre de unos cincuenta años, abultada barriga que delataba copiosas comilonas en buenos restaurantes (dato que ya nos constaba) y calva mal disimulada a base de estirar los cuatro pelos que aún sobrevivían en aquella abultada cabeza. El hombre, al ver el tropel que se arremolinaba ante la puerta de la oficina, reaccionó echándose hacia atrás, después nos retó con la mirada y finalmente nos preguntó qué deseábamos. La secretaria judicial tomó la palabra para requerir la presencia de Juan Alonso Vicente; y aquel hombre, que dijo llamarse Salvador Hernández y ser solamente un empleado, nos informó de que Juan Alonso Vicente se hallaba ausente, de viaje por asuntos familiares graves.

Yo, al ver confirmadas mis peores sospechas, palidecí de sopetón. La secretaria judicial me miró por encima de las gafas y, con el entrecejo fruncido, me solicitó una pronta decisión al respecto de aquella operación policial. Nuestra había sido la iniciativa, nuestro era el trabajo, nuestras eran también las decisiones, y para nosotros serían también los palos, si los había; ella sólo levantaba Acta de nuestra actuación. Yo dudé. Dudé mucho y muy rápido. Pero era demasiado tarde para echarse atrás: los sospechosos ya estaban alertados, había que actuar en presencia o en ausencia del prestamista porque, de lo contrario, «limpiarían» la oficina y no hallaríamos nada a nuestro regreso. Asentí con la cabeza, dándole a entender a la secretaria que continuaríamos con el registro a pesar del grave inconveniente que se nos había presentado. Ella recolocó las gafas, comenzó a leer el Auto judicial y a aquel hombre le tembló el mentón. Fue un estremecimiento efímero, casi imperceptible, pero suficiente para transmitirme a mí el convencimiento de que el teléfono móvil estaba en aquella oficina. Ordené a los policías que entraran inmediatamente para mantener bajo control al otro empleado que había dentro.

El Auto Judicial se extendía a lo largo de tres folios y, mientras la secretaria judicial lo leía al completo, calculé que disponía de tiempo suficiente para contactar telefónicamente con Mateo, para ello me alejé unos pasos. A Mateo le urgía la información, estaba muy pendiente de nuestra operación y contestó al primer sonido.

Expuse el inconveniente que había surgido y él mismo se ofreció para enviar varios policías en busca del prestamista. Yo me quedé más tranquilo y regresé al que era mi lugar en aquel momento.

Una vez la secretaria hubo terminado de leer el Auto, fui directo al grano.

—Buscamos un teléfono, un teléfono móvil que contiene una grabación de video concreta. Caso de que ustedes accedan a entregarlo, este registro habrá finalizado en apenas unos segundos; caso contrario, nos veremos obligados a remover todo cuanto haya en esta oficina hasta localizarlo. —Expuse aún sabiendo que aquel hombre no mordería aquel anzuelo, pero yo debía intentarlo a pesar de las pocas posibilidades que existían de que mi interlocutor eligiera como preferible condenarse por asesinato así, de buenas a primeras.

Continuábamos bajo el marco de la puerta. Salvador Hernández escrutó detenidamente mi rostro y apretó los labios. Estará ponderando opciones, especulé yo. Un dato más que me llevó a suponer que el teléfono estaba allí dentro. Pero finalmente Salvador Hernández se hizo a un lado, ejecutó una pequeña reverencia y nos invitó a pasar.

La oficina no desprendía el lujo que debiera, el que sería de esperar en la base de operaciones de personas que manejan tanto dinero. El mobiliario era escaso y barato: un par de mesas rectangulares con sendos ordenadores y sillas, una estantería repleta de legajos, una planta mustia y el polvo acumulado durante unos cuantos días era todo lo que allí había. Y también estaba el maletín negro, reposando sobre una de las mesas, aislado, bien visible. Para él fueron todas las miradas, como principal protagonista que era. También las de los dos empleados, que primero focalizaron su atención en el maletín y después se miraron entre sí, directamente a los ojos, enzarzándose en los que parecía ser un diálogo mudo que sólo ellos entendían: uno de ellos (el que nos había recibido) dirigía su mirada severa hacia el otro, como si le estuviera recriminando algo; y la cara del otro reflejaba miedo, como si temiera la reacción de su compañero ante algún error cometido.

Revisé la estancia a ojo: era rectangular, unos cuarenta metros cuadrados de área. A simple vista, observando la desnudez del local, no parecía posible que escondiera falsos techos, puertas ocultas, o cajas fuertes empotradas. Ningún documento a la vista, cero utensilios de oficina sobre los escritorios; las papeleras, vacías. No andábamos desencaminados cuando suponíamos que aquel local era un mero espacio de reunión, que toda la actividad se desarrollaba en cafeterías, Bancos y notarías. Los legajos que abarrotaban la estantería indicaban, no obstante, que allí se archivaba la documentación referente a préstamos, embargos, subastas y demás. Miré a Eduardo y a José Manuel, a cargo de aquellos dos especímenes que les sacaban la cabeza y casi duplicaban su peso, y rogué para que no se les sublevaran.

A una señal mía, María comenzó a ejecutar las labores de registro, y yo decidí echarle una mano con el fin de que Eduardo y José Manuel continuaran controlando los movimientos de aquellos dos gorilas. Como buitres, María y yo nos lanzamos

sobre el maletín negro. Ella lo sujetó por la barriga, yo pasé rápidamente la cremallera, luego lo levanté y volqué todo su contenido sobre la mesa, sin reparos, esperando escuchar de inmediato el golpe seco causado por la colisión entre el teléfono móvil y la madera de la mesa. Pero sólo cayeron papeles varios que ni hicieron ruido ni me interesaban en absoluto y que enseguida retorné a su lugar, a puñados, pues me sentía completamente defraudado por ellos.

Pasamos a registrar la estantería comenzando por el lado izquierdo y por abajo. Legajos de cartón señalados con letras mayúsculas en el lomo contenían a su vez sencillas carpetas y éstas, documentos impresos. Supuse que aquellas letras eran una especie de ruta que llevaría a localizar inmediatamente la documentación que en su momento buscasen y que probablemente existiría algún tipo de soporte informático para apoyar aquel rudimentario sistema de archivo. Pero no nos interesaban los papeles, habíamos ido a buscar un teléfono móvil y con tal premisa vaciábamos cada legajo sobre la mesa, comprobábamos que sólo contenía documentos, y pasábamos al siguiente. En medio de todo ello, la secretaria judicial confeccionaba el Acta. Era una mujer sin edad definida, ni alta ni baja, ni gorda ni flaca, seria y recia, una presencia silenciosa que escribía rápido y nos miraba de vez en cuando por encima de las gafas.

Los legajos ya revisados se iban amontonando sin más resultado que un desbarajuste de papeles dispuestos sobre una mesa repleta donde ya no cabía ni una carpeta más. Y yo temiendo lo peor: quizá había malinterpretado las señales de los dos empleados y el teléfono estaba a buen recaudo muy lejos de allí, o tal vez toda aquella historia fuera una treta del Administrador de INESTEL S.L. para eludir el pago inmediato de la cantidad adeudada. Pero... ¿de dónde había sacado Julio Pérez tanta información? Era cierto que la prensa había desmenuzado al detalle la forma y causas de la muerte de Joaquín Perea; pero nada había trascendido, sin embargo, de la relación que aquella muerte pudiera tener con algún prestamista y mucho menos con este en concreto. Aceleré la búsqueda, la grabación tenía que existir, no podía ser invención del Julio Pérez de ninguna de las maneras.

Una vez vaciada la estantería pasamos a los cajones de las mesas. Bolígrafos, lápices, grapadoras, post-it por un tubo y material de oficina diverso.

María se cruzó de brazos una vez hubo revisado el último cajón, yo sudaba a causa del esfuerzo y de la indignación, los dos hombres contenían sus sonrisas de triunfo y la secretaria apuraba el pie del Acta.

Y fue María (como buena observadora, como mujer que es) la que reparó en el calendario que colgaba de la pared, a la izquierda de la estantería. Era un almanaque común, de los que regalan los comercios por Navidad, un flash disparado sobre un ramo de vistosas flores cuyos tallos iban a parar al interior de un jarrón de color verde lima. María dijo haberse percatado de su existencia por el simple hecho de ser el único objeto que ella no había tocado en aquella oficina y porque destacaba lo suyo teniendo en cuenta que el resto de las paredes se mostraban en cueros. María lo descolgó. Quería palparlo, no fuera a ser que llevara el teléfono adherido al reverso;

después me miró y se encogió de hombros en un gesto que me daba a entender que lamentaba no haber hallado el cofre del tesoro, que sólo se trataba de un polvoriento calendario.

No obstante, la retirada del almanaque nos dejó a la vista una caja con aspecto de enchufe telefónico. Los policías nos miramos unos a otros, extrañados, pues a todos nos parecía inusual que la toma de teléfono quedara ubicada en un lugar tan alto, y más insólito aún que estuviera tapada por un almanaque.

—Aquí hay otra conexión y es donde están enchufados los aparatos. —Observó Eduardo, señalando hacia una de las esquinas, donde a ras de suelo había otra caja de teléfono con un cable conectado a ella.

—La que hay detrás del almanaque era de la anterior compañía de teléfono. Nos cambiamos porque esta que tenemos ahora resulta más económica y, ya de paso que venían a instalar la línea, les solicitamos que nos pusieran la toma en un lugar más adecuado. —Se apresuró a explicar Salvador Hernández.

Analiqué la explicación durante unos instantes y enseguida concluí que allí había gato encerrado. No por el lugar de conexión del teléfono en sí, sino por la forma en la que Salvador Hernández se había apresurado a aclarar la situación y, sobre todo, por las apuradas palabras y esquivos gestos que había invertido en ello, lanzándose a guillotinar nuestras sospechas cuanto antes. Y, como un flash, me vino a la mente el recuerdo de haber visto una extraña llave en el interior de uno de los cajones, incluso de haberla palpado con la mano y haberme preguntado qué abriría pues yo no había visto nada cerrado en aquella oficina.

Haciendo caso omiso a la respuesta de Salvador, volví a revisar los cajones de las mesas. Y la encontré. Estaba aislada, sola dentro de un minúsculo cajetín en el interior de aquel cajón, dispuesta para ser inmediatamente localizada si fuera necesario. Era una llave de estrella tripada en color aluminio. La saqué y se la mostré a Salvador, su frente retrocedió varios centímetros y yo tuve la certeza de que habíamos hallado la clave. Me dirigí a la falsa toma de teléfono, introduje la llave, la hice girar en el sentido de las agujas del reloj y ante mis ojos se abrió una pequeña caja fuerte de color negro. Su interior constaba de diferentes departamentos extraíbles, todos ellos vacíos salvo uno. Mis vísceras pujaban por echarse fuera con la emoción cuando saqué del interior el Sony Ericsson plateado. También su cargador. Me temblaban las manos cuando se los acerqué a la secretaria para que tomara buena nota.

—¿Quién es el propietario de este teléfono? —pregunté a los dos que estaban presentes y que supuestamente tenían acceso a aquella caja fuerte.

Ambos negaron y se encogieron de hombros. Salvador Hernández, además, respondió:

—Yo no tenía ni idea de que hubiese ahí una caja fuerte. Seguramente perteneció a las personas que ocuparon esta oficina antes que nosotros...

Yo no estaba para bromas.

—Me consta que llevan ustedes al menos seis años utilizando esta oficina, que la acababan de habilitar cuando su jefe la compró y que aquí no ha habido ninguna otra persona o empresa. ¿Serían tan amables de encender este cacharro?

—No conozco el pin.

Miré hacia el otro, hacia el de cuello de toro, el que había dicho llamarse Vicente Medina. Le repetí la pregunta con un simple gesto de cabeza y él negó categóricamente, también con la cabeza.

Me limité a guardar el teléfono y el cargador dentro de un sobre con el fin de entregarlo en el departamento de Informática para que intentaran activarlo. Seguramente lo conseguirían con ayuda de la operadora.

—El registro ha concluido. De los efectos hallados en esta oficina, únicamente nos llevamos este teléfono de la marca Sony Ericsson, modelo C905 —anuncié, dirigiéndome a la secretaria judicial— y a las dos personas aquí presentes en calidad de detenidos como presuntos autores de un delito de amenazas graves. Queda sin efecto la Orden de registro en los cinco vehículos debido a que el objeto buscado ya ha sido hallado.

Revuelo en la oficina. Los dos empleados de Juan Alonso Vicente protestaban ante nuestra actuación, reclamaban sus derechos y aseguraban que estábamos cometiendo manifiesta ilegalidad al detenerlos con el único motivo de hallar en su lugar de trabajo una caja fuerte camuflada y un teléfono móvil apagado en su interior.

—De momento, están ustedes detenidos como presuntos autores de un delito de amenazas graves en la persona de Julio Pérez Buendía. Seguidamente estos tres policías les leerán sus derechos de forma verbal.

Nuevas protestas y murmullo pero ningún intento de rebelión, que era lo que yo más temía, sopesando el potencial bélico de aquellos dos hombres que, sin embargo terminaron por ofrecer sus muñecas para que Eduardo y José Manuel los esposaran sin mayor problema.

La tarde de aquel día se me fue en varias horas de tensa espera, sentado en el departamento de Informática hasta que los técnicos consiguieron acceder al video. Estuve presente cuando localizaron el IMEI en la parte posterior del aparato, bajo la batería. Observé cómo el subinspector Castela repasaba una y otra vez los quince dígitos para que no cupiese margen de error capaz de señalar a un aparato diferente. Vi cómo Castela perdía la paciencia intentando contactar con la EIR. Me ilusioné cuando localizó la tarjeta SIM que normalmente operaba asociada a ese IMEI e identificó a la compañía telefónica que le prestaba servicio. Después llegaron varios fallidos intentos de contacto con esa compañía: sus teléfonos se mantenían en constante comunicación. Y nuestro turno llegó tras una larguísima hora de espera cuando, al fin, obtuvimos el número PUK, recuperamos el PIN y conseguimos asistir

con varios años de retraso al espeluznante espectáculo que había sido la muerte de Joaquín Perea.

La tenue luz que descendía desde el techo pintaba el rostro de Joaquín con el color de un cirio gastado. Su cara, ocupando media pantalla, repetía interrumpidos gestos de desesperación al tiempo que, de forma rápida, sin conceder tiempo a la respiración, su boca articulaba ruegos y promesas: «por favor, por favor, tan sólo os pido un par de días más. Os prometo que lo tendréis. Ni un día más, ¿de acuerdo? Dos días más y tendréis todo vuestro dinero». Consecutivamente, sonoras carcajadas se adueñaron del audio sin que Joaquín cesara en su empeño ni un solo instante. Se lo veía mover los labios exageradamente, en un intento desesperado de que su voz prevaleciera sobre las ensordecedoras risotadas de los otros. En vano. Pero él seguía intentándolo con impaciencia de fiera atrapada.

La figura de Joaquín ocultaba en parte la del hombre que había a sus espaldas, de una estatura y corpulencia tal que el objetivo de la cámara tan sólo alcanzaba a capturar una parcela de su tórax. Aquel hombre vestía ropa oscura y aguardaba el desenlace de la escena con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¡Es ella quien os debe el dinero, no yo! ¡Es Adela Rey González! La mujer que está sentada en el salón. —Gritaba Joaquín frente al teléfono móvil.

Al cabo de un par de minutos Joaquín pareció haber agotado todas sus súplicas, se calló de repente y miró directamente a la cámara, los ojos fuera de las órbitas, la barbilla temblando. Parecía estar buscando, sin demasiado éxito, más promesas que ofrecer en garantía. Cerró después los ojos y apretó fuertemente los párpados en un gesto desesperado. Se sucedieron unos cuantos tensos segundos de silencio hasta que por primera vez habló la persona que estaba frente a Joaquín, grabando la escena:

—¿No se te ocurren más cuentos que contarnos? Prueba con el de Caperucita, que creo que se te ha olvidado.

Y yo, pendiente como estaba del martirio de Joaquín, solidarizado con su sufrimiento, sintiéndolo como propio dentro de mi piel, demoré unos segundos en percatarme de que aquella voz me resultaba familiar, cercana. Era una voz de hombre, una voz que en otro entorno se podría calificar de dulce, una voz que yo estaba seguro de haber escuchado en muchas otras ocasiones. Sacudí fuertemente la cabeza para dar un vaivén a mis pensamientos y espantarlos rápidamente pues quizá el cansancio me estaba jugando una mala pasada. Volví a prestar atención a la grabación.

Joaquín abrió los ojos despacio, como si acabara de despertar de una terrible pesadilla, su mirada fue trepando hacia el teléfono que lo estaba filmando y, repentinamente, se sobresaltó sin causa aparente. Yo supuse que pesadilla y realidad acababan de fundirse ante sus aterrorizados ojos. Un silencio completo, trágico, envolvía el ambiente. Joaquín volvió a centrar su mirada en el objetivo, sin pestañear.

«¡Dios mío!» dijo al tiempo que una lágrima brotaba en su ojo derecho y se ponía en camino, lentamente, resbalando cara abajo como gota de agua sobre un cristal, hasta perderse en la comisura de los labios. Y en ese preciso instante, el hombre que tenía a sus espaldas desenlazó los brazos y, muy despacio, cubrió la boca y el mentón de Joaquín con una de sus enormes manos, mientras con la otra lo asía por la parte trasera del cráneo. Joaquín, sintiendo que tenía la cabeza inmovilizada, llevó a cabo un desesperado intento de liberación pero el hombre apretó más fuerte y el conato quedó transformado en un gesto de profundo dolor.

Antes de seguir avanzando en el visionado del video, pedí que me repitieran la grabación, y necesité varias pasadas más para comprender claramente lo ocurrido entre el gesto de dolor de Joaquín y su desplome hacia el suelo tan pronto aquel hombre le liberó la cabeza. Entre una imagen y otra mediaban diez segundos de tiempo amenizados por un escalofriante crujido seco que me puso la carne de gallina. Tiempo más que suficiente para que aquel hombre ejecutara un gesto repentino y brusco con el que giró la cabeza de Joaquín y le desgarró las vértebras, ocasionándole la muerte en un instante. Sin soltarle la cabeza, el hombre acompañó el cuerpo ya inerte durante la primera mitad de su recorrido hacia el suelo, después lo dejó que cayera por su propio peso y tuvo el desacierto de, en ese momento, mirar directamente a la cámara. O quizá no fuera tal error, sino un gesto premeditado, capaz de aportar mayor credibilidad a futuras amenazas. El rostro de Salvador Hernández, con toda su fiereza, ocupó la pantalla durante casi cuatro segundos, en los que le dio tiempo a saludar a la cámara y esbozar una amplia sonrisa de triunfo.

Lo que vino después me solidificó la sangre.

Salvador Hernández y Vicente Medina celebraban su fechoría ante la cámara cuando la voz que yo creía conocer habló desde atrás:

—Vicente, graba tú durante un rato, que yo también quiero chupar algo de cámara. No es justo que siempre seáis vosotros los protagonistas y yo quede relegado a actor secundario.

Con esa nueva intervención me invadió la desconcertante certeza de que esa voz no sólo me era conocida sino que pertenecía a alguien muy allegado a mí, alguien a quien yo me negaba a poner rostro y nombre en ese momento. «No puede ser, voces similares hay muchas, no puede ser...» pensaba yo con el estómago izado en la garganta.

—Trae, déjame a mí... Cámara, acción, rodando... —bromeó Vicente Medina antes de desaparecer de escena para hacerse cargo de la grabación.

Y desde el lado derecho salió otro hombre. La cámara enfocó una camiseta blanca que envolvía un cuerpo delgado, de apariencia esbelta y joven. Su portador hacía movimientos obscenos de cadera mientras con la mano derecha se aferraba a la entrepierna. La cámara trepó camiseta arriba hasta centrar el rostro, y mi corazón recibió una descarga tal que se negó a latir durante las horas siguientes.

Frente al objetivo estaba Máximo, más joven y delgado, ejecutando sonrisas y gestos de triunfo que me provocaron ganas de vomitar. Salí disparado hacia el cuarto de baño, taponando la boca con ambas manos y allí, con la cabeza metida en la taza del inodoro expulsé todo su engaño, mi inocencia, sus promesas de futuro y todo el amor que hasta entonces había sentido por aquel hombre. ¿Para qué me había servido licenciarme en psicología? ¿Para qué los seis meses invertidos en el curso de interpretación del lenguaje corporal? Seguramente Máximo me había enviado más señales que un faro a los barcos, pero yo sólo había sabido darles un sentido: lujuria. ¡Era un verdadero gilipollas, todo me estaba bien empleado y me la habían metido doblada!

Una vez hube expulsado hasta las vísceras, me levanté para encararme directamente con el espejo y con el negro futuro que avanzaba hacia mi desde el horizonte, aunque en ese momento aún estaba yo muy lejos de sospechar lo que se avecinaba, ni de imaginar que aquellas nubes negras traerían consigo mucho más que una simple tormenta.

Como pude, doblado por el dolor y la vergüenza, abandoné el cuarto de baño y me encaminé hacia la oficina de Informática para intentar analizar el resto del video. Sólo había dado unos pasos cuando el rumor ya me alcanzó de camino y de lleno: José Manuel salía de aquella oficina, había visto la filmación completa y la noticia de que mi novio estaba metido en el ajo ya se propagaba como llama sobre reguero de pólvora.

—Ese que sale en el video... ¿no es Máximo?

Afirmé y continué mi camino con la cabeza gacha.

En el despacho de Informática me recibieron gestos que fluctuaban entre la acusación y la compasión, pero ninguna palabra. Yo manifesté mi intención de continuar viendo la grabación y me la pusieron delante sin mediar palabra.

En ese momento Juan Alonso Vicente, el prestamista, entraba en escena para ordenar que cesase la filmación, que ya había material más que suficiente para lo que necesitaban. Su voz y su fisonomía eran inconfundibles, aunque en parte estuviera velada por un movimiento brusco del teléfono y su consiguiente desenfoque.

—Y tú, hijo, siempre tienes que estar haciendo el tonto.

«Tú, hijo, hijo, hijo, hijo...» repitió mi cabeza decenas, cientos de veces, mientras me levantaba para ir hacia la ventana dispuesto colocarme de espaldas a la oficina y así ocultar mi rostro a los tres que me miraban, atónitos. Hijo, hijo, hijo... Juan Alonso Vicente, el padre. Máximo Alonso Díaz, el hijo. ¿Cómo no había reparado en la coincidencia de apellidos? Me pregunté. ¡Imposible! «Alonsos» hay a millones, justifiqué a la ventana que tenía delante y que no veía.

Un leve toque en el hombro trató de retornarme a la realidad. Inútilmente. Otro mucho más fuerte, casi una sacudida, lo consiguió. Era el subinspector Castela, para hacerme saber que detrás de mi había dos policías de uniforme aguardando mi atención. Me giré lentamente. Dos figuras borrosas, pintadas de color azul marino,

me hablaban con palabras que venían desde muy lejos y que llegaban distorsionadas a mis oídos:

—Por orden del señor Mateo, jefe de la brigada de policía judicial, hemos ido al domicilio del prestamista Juan Alonso Vicente para proceder a su detención, pero no ha sido localizado. Preguntado a su esposa, ésta nos ha respondido que el susodicho ha viajado al extranjero en compañía de su hijo, por un asunto urgente. Sospechamos que se ha dado el piro ante lo que se le venía encima.

Tardé varios minutos en procesar la noticia. Luego, simplemente, asentí con la cabeza. ¿Cómo no iba a darse el piro, si disponía de información de primera mano, emitida por mí, el jefe de la investigación, la tarde anterior?! Palidecí. Me mareé. Y debí hacerlo tanto y tan rápido que el subinspector Castelao me acercó una silla inmediatamente e incluso me ayudó a tomar asiento en ella. El negro horizonte se había convertido en un gigantesco tornado que venía directo hacia donde yo estaba.

—A las ocho de la mañana han cogido un vuelo en Barajas, rumbo a Singapur. Este avión hace escala en París, pero ya ha salido hacia su destino. —Me informó el subinspector cuando, muchos minutos después, chequeaba la información de vuelos emitida por la comisaría del aeropuerto de Madrid-Barajas.

Necesité un vaso de agua, dos pastillas de paracetamol, un paseo al aire libre y casi una hora de reposo en mi sillón, para que mi mente asimilase lo que mis ojos y oídos habían visto y escuchado.

Por supuesto, pese a mi estado de locura transitoria y a mi ansia de explicaciones, no intenté ponerme en contacto con Máximo de ninguna de las maneras. En primer lugar porque sabía que no lo localizaría y en segundo lugar porque ahora era sospechoso de un crimen y yo el policía destinado a investigarlo, al menos de momento, aunque suponía que por muy poco tiempo, que mis horas en la comisaría ya estaban contadas.

De regreso a la oficina tras el largo paseo intenté continuar mi trabajo como si nada. Imposible. Me esforcé en programar el siguiente paso que deberíamos dar para concluir la investigación con éxito. En vano. Gracias al paracetamol el dolor se había retirado de mi cabeza pero la había dejado sumida en una bruma espesa que me impedía percibir la realidad con un mínimo de objetividad. Yo calculaba que la llama ya habría alcanzado altas esferas y que el teléfono estaría a punto de sonar para llamarme a filas. Me equivoqué.

A las diez de la noche salí de la «pecera» y repartí algunas instrucciones entre los que me miraban, aturdidos, sin que yo adivinara si era a causa de mi aspecto o a que ellos vislumbraban lo que se avecinaba y yo no. Yo sólo necesitaba explicaciones que me ayudaran a comprender lo sucedido, la hondura exacta del pozo en el que me había metido, y pensaba en Adela como la persona apropiada para proporcionarme esas aclaraciones.

—Mañana por la mañana iremos a la cárcel de Brieva para hablar con Adela Rey González hasta ver si entra en razón y, ahora que todo se ha destapado, acepta

contarnos su versión de la historia. Necesitaré que me acompañe uno de vosotros, pero eso será mañana por la mañana, ahora me voy a casa a descansar. Los que aún quedáis aquí, si podéis, ir confeccionando el atestado para pasar a los detenidos a disposición judicial cuanto antes, como le gusta a la juez.

Seis ojos se clavaron en mí, pero ni una sola palabra como respuesta. «¿Adela?, ¿hablar con Adela?, ¿Adela no ha abierto la boca en todo este proceso!, ¿cómo esperas que lo haga precisamente ahora?» me advertían sus atónitas miradas.

Hundido, arrastrando los pies y el alma, conseguí llegar caminando hasta la casa de mi madre. La sopera esperaba sobre la mesa pero yo rehusé comer. Ella insistió. También se preocupó al ver mi aspecto, tan desmejorado, y yo le prometí explicaciones tan pronto descansara unas horas.

A solas en mi cuarto, el sueño no me visitó. En cambio, fueron los recuerdos los que acudieron a mi encuentro, y llegaban para abofetearme una y otra vez mientras me preguntaban cómo había podido ser tan ingenuo; ¿qué sabías tú de ese hombre en realidad?, ¿cómo lo conociste?, ¿no te parece raro?, ¡piensa!, ¡piensa!, ¡insensato!, ¡piensa!...

En ese momento imaginé que aunque, por supuesto, Máximo nada me había contado abiertamente, sí que había ido dejándome una serie de pistas esparcidas a lo largo del camino, como Pulgarcito. Me había dicho que trabajaba como traductor, que traducía libros del alemán al español. En efecto, en su apartamento había un ordenador flanqueado por diccionarios, textos y libros escritos en alemán. No indagué más, no lo consideré necesario. Me había dicho que era hijo de vallisoleños emigrados a Alemania, que tenía una hermana menor, que toda su familia continuaba en Berlín, que venían ellos muy poco por acá, que apenas iba él por allá. Por descontado, nunca llegué a conocerles.

Aunque yo sabía que ya era demasiado tarde para interceptar errores, me propuse consagrar la noche a la búsqueda de ese rastro de migas de pan que me habían conducido desde la vida apacible de antes hasta el borde del precipicio donde me encontraba ahora. Y lo sencillo hubiera sido recorrer el tiempo en el sentido de las agujas del reloj, pero preferí ir en contra, recular como las mulas. Me situé en el tiempo y comprobé la hora: eran las once y media de la noche del primer día de octubre cuando me dispuse a viajar en el tiempo marcha atrás.

Y comienzo trasladándome veintiséis horas antes. Son, entonces, casi las diez de la noche del último día de septiembre. Aún estoy en mi despacho, ultimando detalles para el registro que tendrá lugar al día siguiente en la oficina del prestamista. Suena el teléfono. Lo atiendo. Es él, es Máximo. Me pregunta que qué tal estoy, si ya me encuentro más tranquilo, cómo sigue la investigación. Una ristra de preguntas que yo voy respondiendo una por una, con sinceridad y claridad. Le pregunto yo si me esperará despierto; me responde él que no podremos vernos esta noche, que debe pasarla trabajando porque esta misma tarde ha recibido un encargo que debe ser entregado mañana como muy tarde. Primera miga de pan.

Sigo retrocediendo en el tiempo, extendiendo un largo puente que me lleva directamente hasta el día uno de septiembre. No me gusta: acabo de terminar mis vacaciones de verano y padezco tristeza post-vacacional. Decido saltarme también ese día y continuar atravesando hacia atrás uno de los veranos más dichosos de mi vida, marcado por la tranquilidad y la aceptación en el campo laboral, por la felicidad en el terreno sentimental. Me sitúo a último día de agosto, acabo de aterrizar en el aeropuerto de Funchal. Durante diez días permaneceré en Madeira, recorriendo sus floridas calles al lado de Máximo, intentando tomar el sol en sus pedregosas playas, embarcándonos en excursiones que nos llevarán a cada uno de los recovecos de aquella montañosa isla a través de angostas carreteras que serpentean montaña arriba.

El día veintiuno de agosto regreso a Barajas, después a Valladolid. Ya estoy de vuelta en mi casa. La maleta acaba de llegar de Madeira y aún está en el suelo, destripada. Poco a poco las prendas se van colocando ordenadamente en el armario, la maleta se cierra y ocupa su lugar bajo mi cama. Agoto mis vacaciones en casa, junto a mi madre, junto a Máximo, y el día treinta y uno de julio regreso al trabajo, a la rutina.

Siguen noventa y dos días de tranquilidad, de asentamiento en la nueva vida. Máximo viene mucho por casa, yo paso muchas noches en la suya. Florinda ha digerido bien la noticia, está encantada; más al principio, un poco menos a medida que vamos dando marcha atrás en el tiempo.

Un largo pasadizo me lleva hasta el día treinta de abril. A media tarde entro en casa de mi madre, con Máximo. Ella cree que se trata de un compañero de trabajo, acaso de un amigo, o tal vez de alguien que conocí en el gimnasio. Lo presento como mi pareja, mi madre necesita asiento de inmediato, una tila un poco después.

Tras el sofocón de Florinda, llegan otros cuantos días de tranquilidad. Mi madre aún no sabe nada de mi relación homosexual, sigue insistiendo en que salga de noche, que busque una buena mujer y la convierta en mi esposa y su nuera. Palabras, palabras y más palabras que suenan lejanas en mis oídos, carentes de significado y de oportunidad.

Doy otro pequeño salto hacia atrás y aterrizo en una noche de mediados de abril, estoy en la cama de Máximo, en sus brazos. Entre ambos despiezamos mi ajetreada vida laboral momento a momento: mi visita al pueblo de Inés, su espontánea confesión para hacerme saber que Joaquín, su difunto marido, era un mal tratador; el minucioso examen a la agenda y documentos que contenía la caja hallada en el maletero del coche de Joaquín Perea, mi convicción de que aquel asunto está agotado, la honda expiración que emite Máximo al conocer esa noticia...

Recalo en los últimos días de marzo, por esas fechas mi entorno laboral ya comulga con mi nueva condición sexual, aunque aún quedan algunos rezagados. Siguen treinta días en los que impera el desasosiego en mi vida, de menos a más, de adelante hacia atrás, como los cangrejos. Mi vida íntima se va viendo poco a poco más desaprobada a medida que me voy acercando a principios del mes de marzo,

concretamente al día uno, fecha de la proclama. Pero, previamente a esto, llega el día en el que Adela es detenida, el lunes día cuatro de marzo. Cansancio, estrés, hambre, muchas horas sin dormir y docenas de llamadas de Máximo, interesándose por mí, por mi cansancio, estrés, hambre, sueño y también por la marcha de la detención, lo que había dicho y callado Adela, dónde y cómo vivía, qué haríamos con ella... Unas pocas horas antes, en ese mismo día uno de marzo, temprano de mañana: hago pública mi relación con Máximo, viajamos a Madrid en busca de Adela, él nos acompaña, me deja con Eduardo y José Manuel, se va de compras, recibo algunos mensajes y llamadas suyas preocupándose por la marcha de nuestras pesquisas, le voy revelando cada detalle... ¡Soy idiota perdido!

Construyo ahora un kilométrico túnel en el tiempo que me lleva directamente hasta el día 21 de enero. Empiezo a atravesarlo, avergonzado y decidido a la vez. Avanzo lentamente. En una orilla van quedando los vestigios de nuestra investigación en el caso del «emparedado»; en la otra, mis contactos telefónicos y personales con Máximo. Unos y otros están enlazados entre sí, entre todos forman una tupida tela de araña que me atrapa y me impide avanzar. Cada día un pequeño adelanto en la investigación, cada noche unos minutos de charla al respecto sin que yo, como perfecto imbécil que soy, consiga destapar la verdadera motivación para tanta pregunta. Él me adula, me aísla del resto del mundo con un muro de encanto y atenciones, dice sentirse orgulloso de mí, de que yo dirija la investigación de tan importante caso criminal. Y yo, ciego de vanidad, le creo.

Superado el día 21 de enero, vuelve Joaquín Perea a su improvisada tumba, oculta de nuevo en el interior de aquel ropero. Los albañiles lo llenan todo de ruido y polvo; y yo regreso a mi «pecera», donde intento convertirme en un buen inspector de policía a pesar de mi juventud e inexperiencia. Estoy enamorado pero aún no lo sé, soy bisexual y no lo quiero admitir, los trapos sucios desbordan mi lavadero. Tapo aquel romance con todos los medios a mi alcance pues estoy seguro de que se trata de un error, que él me ha pillado en horas bajas: acaban de declararme oficialmente cornudo y por eso me agarro a su brazo como a un salvavidas en una noche de tempestad.

Sigo caminando en contra del tiempo. Cada vez estoy menos enamorado, más seguro de que mi relación con Máximo es pasajera: él es un «apaño» y sólo eso. Cada vez tomo más medidas para ocultar el romance, su apartamento es nuestro refugio y rara vez se nos ve juntos en lugares públicos.

Retroceden los meses, estamos a domingo día 12 de agosto de 2012. Despierto en su cama por primera vez, nuestras ropas están esparcidas por el suelo, la colcha formando un ovillo un poco más allá, las sábanas sudadas y arrugadas. Lo miro. Me asusto. Duerme a mi lado como un ángel. Hay que reconocer que es guapo a conciencia. Las agujas del reloj remontan unas cuantas horas más. Acabamos de llegar a su apartamento, me asesta el primer beso, siento como el calor se apodera de mi piel; el frenesí, de mis nervios; el deseo, de mi razón; el placer, de mi voluntad...

y él, de mí. Su pelo huele a perfume, un olor embriagador por su intensidad y sus promesas. He bebido mucho, estoy borracho. Hablamos de cosas muy íntimas, casi obscenas. Entre risas, salimos de su casa. Llegamos a un bar. Poco a poco me voy sintiendo más sobrio. La conversación también retrocede, desde el terreno íntimo y personal pasamos al político y social. Él se marcha de aquel bar al que ha llegado solo. Yo me quedo allí, también solo. No lo espero porque no sé que va a venir. Una hora después estoy de nuevo en la cocina de mi casa, con mi madre diciéndome que es sábado, que debo salir a la discoteca a buscar una buena mujer, me muestro de acuerdo y salgo a confundirme con la noche.

Sigo caminando hacia mi pasado, me salto a la torera otros cuantos días más. Empiezo a encontrarme con Máximo en el gimnasio que frecuento, todos los días, a las cuatro de la tarde. Me subo a la bicicleta estática, él se sube a la de al lado. Hablamos de todo un poco, de su trabajo y del mío, de su familia y de la mía, de mis gustos y de los suyos... Aún no me atraen sexualmente los hombres pero suelo mirarlos en las duchas del gimnasio; para comparar atributos, supongo. También le miro a él. Y él a mí.

Siguen pasando los días, otros cuantos más. Máximo se va distanciando de mí. Nos limitamos a intercambiar unas cuantas frases cuando nos encontramos por la calle, que ahora suele ser a menudo. Curiosamente, creo que este hombre antes no formaba parte de mi entorno y ahora lo tropiezo en cada esquina. Pero siguen transcurriendo los días y cada vez lo veo menos.

Un mediodía de julio voy caminando hacia casa, cae el sol en vertical sobre mi cabeza, Máximo sale de la nada y me aborda en plena calle. Su prima ha regresado a casa sana y salva, me dice.

Unas horas después estamos hablando en mi despacho. Máximo dice venir solicitando información y haber sido remitido a mi grupo. Manifiesta que una prima suya ha desaparecido en la zona de Benidorm hace escasas horas. Me intereso por el caso. La prima en cuestión tiene veintinueve años, viaja con otras dos amigas y es dada a la juerga nocturna. Le recomiendo esperar unas horas más antes de presentar la denuncia pues, muy probablemente, regresará a casa en breve. Máximo se levanta y se marcha de mi vida para siempre. Ya no lo conozco.

Estamos a finales de julio de 2012. Dentro de unos días morirá Francisca, un acontecimiento que será el detonante para que Máximo y yo nos conozcamos. De algún modo, él y su padre, el prestamista, tendrán conocimiento de la muerte de Francisca. El piso donde han ocultado a Joaquín es antiguo y pasará a otras manos. Quizá el nuevo propietario decida reformarlo, tal vez lo venda y sean los compradores quienes ejecuten las obras. De un modo u otro, el secreto peligra, hay muchos intereses en juego y, para no echar todo a perder, qué mejor que situarse al lado de la persona que manejará todo el asunto de llegar el caso. Si además, resulta que es bisexual mucho mejor...

Finalizo mi recorrido por tiempos pasados, miro hacia atrás y veo perfectamente claro el rastro de migas de pan que me ha conducido hasta el despeñadero. Rompo a llorar como un niño pequeño.

Al día siguiente, temprano, estaba yo de nuevo en la oficina, temiendo lo peor: las represalias no habían llegado aún, pero estarían de camino. Sin embargo quien llegó fue José Manuel, y a él le pedí que me acompañara hasta la cárcel de Brieva, a culminar mi trabajo antes de que el tornado me alcanzara para expulsarme lejos de aquella investigación, y también a buscar respuestas que me hicieran más llevaderos el resto de mis días.

Nos pusimos en marcha inmediatamente y en silencio. A mí no me apetecía hablar, no deseaba dar explicaciones. José Manuel carraspeó en varias ocasiones, se ve que tenía las preguntas en la punta de la lengua y lo molestaban pero, finalmente, no se atrevió a plantearlas. De esa guisa salvamos los ciento cincuenta kilómetros que nos separaban de la cárcel (a mi quizá muchos menos, ironicé para mis adentros), en silencio y a una velocidad que rayaba los límites de la legalidad. Así, media hora antes de lo previsto nos identificábamos en el control de seguridad del centro penitenciario.

—Creo que se va a publicar un libro sobre la vida de esa mujer. —Cotilleó aquel guardia joven.

José Manuel y yo nos miramos durante un segundo, extrañados, aunque en ese momento yo no concedí demasiado crédito a las palabras de aquel chico que parecía aburrirse demasiado en aquel solitario puesto de control para visitas. Tal vez había oído campanas y no sabía dónde tocaban. De todas formas, seguramente por defecto profesional, decidí invertir al menos un minuto de mi tiempo en averiguarlo.

—No lo creo. Su caso alcanzó mucha repercusión en los medios, pero eso fue en su día, después se vio reemplazado por otras noticias que acapararon el interés de la gente y actualmente carece de incidencia en la opinión pública. —Opiné, lanzando mi anzuelo.

El chico balanceó la cabeza y desabrochó una sonrisa enorme. «¡Pero qué ingenuo es usted!» decía calladamente aquel gesto irónico.

—¡Ya verá como la tía esa se forra! Estos casos despiertan el morbo y la gente compra ese tipo de novelas. Y yo creo que saldrá a la venta antes de que termine el año porque ya llevan unos días trabajando en ello.

La suposición del chico avivó mi interés.

—¿Llevan?, ¿quiénes?

—Esa mujer, la tal Adela Rey, y el hombre de la editorial, el que viene por aquí cada tarde y pasa una hora con ella en la sala de visitas.

José Manuel y yo volvimos a mirarnos, estupefactos. O sea, que Adela no había abierto la boca ante la Justicia y ahora estaba abriendo no sólo la boca sino también

las manos para llenarlas de dinero a costa de saciar el morbo que su caso había despertado en la opinión pública.

—Entonces, compraremos el libro para enterarnos de lo que realmente ha ocurrido. —Gruñí, indignado con aquella mujer que siempre iba tres pasos por delante de nosotros y a la que nunca conseguíamos dar alcance.

Atravesamos explanada y pasillo en completo silencio. Yo iba analizando la jugada que estaba desplegando aquella astuta mujer y José Manuel chequeando la retaguardia de la funcionaria que caminaba delante de nosotros para guiarnos y que se detuvo ante una gruesa puerta de metal equipada con un cristal no menos grueso en la mitad superior. La franqueó para nosotros y nos indicó que aguardáramos hasta que trajeran a la interna. En la sala había varias mesas rectangulares, unas cuantas sillas y, al fondo, una ventana con rejas. Nos acercamos a ella para averiguar qué vista ofrecía y durante unos minutos estuvimos observando el patio que había allá abajo, desierto y cegado por la luz del sol otoñal.

—¿Y crees que la juez permitirá la publicación de ese libro? —me preguntó José Manuel.

—Hasta ahora, Adela tenía derecho a no declarar ante la Justicia porque era considerada la autora del delito, pero las cosas han cambiado: hay otros autores y la participación de Adela está aún sin determinar. Para eso estamos aquí, para entrevistarla ahora que se ha destapado parte de la trama, en caliente y antes de que disponga de tiempo suficiente para mover ficha otra vez.

Aparte de culminar la investigación, a mí, en realidad, me movían otros motivos: necesitaba datos, muchos datos, cuantos más datos mejor, datos que me ayudaran a justificar mis actos y a aplacar mi conciencia, que no me dejaba en paz.

—Pero yo me refería al libro, no a la declaración en el Juzgado. ¡No se puede permitir que esa tía se forre a costa de la desgracia ajena!

—¿Y por qué no? Ella ha vivido una historia y le pertenece porque es parte de su vida, y puede contarla a quien quiera. La única diferencia entre narrarla a través de un libro y hacerlo de palabra es que a ella le va a resultar mucho más sencillo elegir la primera de las opciones. ¿O podríamos impedirle ir por ahí contando de palabra su historia a todo el que se tropezara con ella y quisiera escucharla?

—No, claro que no.

—Pues con el libro pasa lo mismo, sólo que el que quiera leerlo tendrá que pagar por ello.

El sonido de pasos en el corredor interrumpió nuestra conversación. Nos alejamos de la ventana enrejada para tomar posiciones al lado de una de las mesas. Y entró Adela, sola, cabizbaja, como guardándose de aquella inesperada visita que no podía traerle nada bueno. Se cerró la puerta a sus espaldas y la cara de la funcionaria asomó por el otro lado, desvirtuada por el grueso cristal. Tomamos asiento e invitamos a Adela a sentarse frente a nosotros, ella se acercó despacio y se acomodó en la silla con la parsimonia de quien dispone de todo el tiempo del mundo. Aún allí, entre

paredes grises, sin más maquillaje que algo de brillo cubriendo sus carnosos labios, Adela conservaba toda su hermosura. Aquella mujer traía la belleza incorporada, de serie. Se presentaba envuelta en un ligero jersey de punto, un pantalón vaquero y un halo de misterio que se expandía por toda la sala. Carraspeé, indeciso, dudoso, maquinando sobre la forma de cumplir con el cometido que me había llevado hasta allí y, sobre todo, de culminarlo con éxito. Estaba ante una mujer inteligente, fría, calculadora; una mujer con quien la vida se había ensañado duramente, pero ella le había plantado cara y parecía ir ganándole la partida.

—Buenas tardes, Adela.

Ella no respondió y yo decidí ir directo al grano.

—Sabemos exactamente lo que ocurrió el día 14 de julio de 2008 porque hemos detenido a dos de las personas que trabajaban para Juan Alonso Vicente, el prestamista que se adueñó de tu piso.

Adela levantó la cabeza, enfrentó su mirada a la mía y esbozó una leve sonrisa que no conseguí encasillar porque tanto podía ser de agradecimiento como de burla.

—Hemos efectuado un registro en su oficina y allí hemos encontrado un teléfono móvil con la grabación completa de la muerte de Joaquín Perea. —Continué, al ver que ella no abría la boca—. Ya no tiene sentido que sigas callando. Es más, no sólo no tiene sentido sino que podría resultar perjudicial para tus intereses...

Ella enarcó una ceja y yo supe que íbamos por buen camino: al menos había conseguido despertar su interés. A mi lado, José Manuel, se limitaba a observar a la reclusa sin pestañear; yo creo que incluso había conseguido suspender su tic del ojo derecho.

—Tú no apareces en el video, ni defendiendo ni atacando a Joaquín, pero sabemos que estabas presente porque él te nombró durante la grabación, asegurando que tú eras la persona que debía el dinero al prestamista Juan Alonso Vicente y que te encontrabas en el salón en esos momentos. Suponemos, pues, que tuviste conocimiento de su muerte y también de que fue sepultado en vuestra vivienda. Aunque los asesinos sean otros, como ya está comprobado, la Justicia podría imputarte a ti un delito de encubrimiento.

Adela escuchaba, atenta, sin pestañear, tragando saliva de vez en cuando para pasar las dudas hacia dentro, pero no soltaba ni una sola palabra. Decidí dar una vuelta más al garrote vil con el que yo intentaba estrangular su conciencia para que liberara los secretos que atesoraba en su memoria.

—En tu poder estaba el coche de Joaquín, y suponemos que siempre lo estuvo. Además, continuaste viviendo en aquel piso, con Joaquín muerto entre sus paredes, pues también sabemos que fuiste tú quien pagó el alquiler hasta agosto de 2009. También disponemos de pruebas que demuestran que eras tú quien ingresaba mil euros mensuales en la cuenta de la viuda, y quizá también hayas sido tú quien envió esos mensajes a la esposa de Joaquín y a los compañeros de trabajo...

Mis últimas palabras liberaron la barrera de contención: chorros de lágrimas comenzaron a brotar de los ojos de Adela. Se acababa de derrumbar como un edificio dinamitado, y a medida que ella iba bajando la cabeza hasta casi incrustarla en las rodillas, nosotros observábamos aquella sólida torre desmoronarse sobre su propia base. Levantó una mano para indicarme que no continuase por ese camino, que ya había sido suficiente, que aguardara unos momentos porque sería ella quien contara el final de aquella historia, atajando así suposiciones que sólo conseguirían variar la trayectoria del verdadero desenlace. Y yo sentí un escozor en el pecho mientras la veía afanarse en achicar aquel mar de lágrimas. Era remordimiento, supuse. Quizá me había excedido, tal vez no fuera necesario llegar tan lejos, seguramente bastaría con comunicarle la detención para que ella se decidiese a hablar, acaso no lo había hecho antes por miedo... Con toda probabilidad, al continuar el prestamista y sus colaboradores en libertad, ella se había visto obligada a optar por la seguridad que le proporcionaban las rejas de aquella prisión.

—¿Han detenido también a Juan Alonso Vicente? —preguntó entre sollozos.

—Aún no, pero estamos en ello. —Mentí, sencillamente porque no tenía palabras para explicar que el prestamista y su hijo habían abandonado el país en horas previas a la detención porque el segundo de ellos era mi amante y disponía de información privilegiada que yo le había regalado envuelta en sábanas amarillas.

—Si no hablé antes fue por miedo y porque me resultaba imposible probar mis acusaciones —confirmó—. Yo sabía que los colaboradores de Juan Alonso habían grabado la escena, pero no creí que fueran lo suficientemente incautos como para conservarla en su poder durante tanto tiempo. Además, aunque yo me hubiera arriesgado a delatar al prestamista, existían muy pocas posibilidades de conseguir pruebas suficientes para incriminarlo y, aún en el caso de que me acompañara la suerte y consiguiera que lo encerraran, sus secuaces removerían cielo y tierra hasta dar con mi paradero y, una vez lo consiguieran, yo correría la misma suerte que Joaquín, sino peor. —Susurró, hablando para sí misma, como si estuviera autoconvenciéndose de que había actuado correctamente.

—Lo sabemos... —intervino José Manuel, con la voz algo tocada por la emoción.

—¿Y cómo es que te quedaste en Madrid? Es un lugar relativamente cercano, donde los tentáculos del prestamista podrían alcanzarte fácilmente. —Pregunté.

—En principio, mi intención era permanecer sólo un mes en Madrid. Allí intentaría recuperarme de mis lesiones físicas y psicológicas, para después escapar a un país extranjero. De hecho ya había elegido Montevideo como destino. Contaba con algún dinero para el pasaje pues huí sin entregarle al prestamista el dinero que había ganado durante la última semana que estuve en Valladolid. Y una vez allí, en Montevideo, me las apañaría como pudiera. Pero mi curación se demoró más de lo previsto y varios meses transcurrieron hasta que me encontré en condiciones de emprender una nueva vida; y por aquel entonces yo ya había ganado suficiente confianza en mí misma. Había actuado con cautela, no había dejado rastro, Madrid es

una ciudad grande, capaz de ofrecer anonimato si uno actúa con precaución... Suramérica se me antojaba muy lejana, un conglomerado de culturas afines a la mía pero diferentes en muchos aspectos, países pobres donde me resultaría difícil ganarme la vida y donde a una mujer sola le florecen los peligros alrededor... En fin, me confié, el tiempo fue pasando y me quedé en Madrid.

Me sorprendió la cultura y la propiedad con la que Adela hablaba, y no pude evitar preguntarme dónde habría adquirido ambas cosas. Barrunté varias posibilidades que abandoné enseguida, pues no era el momento de divagar ni de hacer preguntas tontas; ella había comenzado a sincerarse, sus flancos estaban desprotegidos, era el momento de atacar.

—Háblanos de lo ocurrido el día 14 de julio de 2008, y los anteriores, si vienen a cuento. Sabemos que Joaquín se apropió del dinero que te entregó el prestamista, y también nos consta que la propiedad que heredaste de tu padre salió a subasta y ya no te pertenece. También estamos enterados de que no habéis abonado el montante del préstamo más intereses y que por tal motivo Joaquín fue asesinado, pero no comprendemos por qué te permitieron a ti continuar con vida, siendo único testigo de su crimen.

—Me dejaron vivir para cobrarme la deuda.

—No comprendo..., ¿cómo ibas a pagar tú tan elevada cantidad de dinero?

Adela sonrió.

—Usted parece más listo de lo que en realidad es, inspector. ¿Acaso no ha visto mi casa de Madrid, no ha comprobado que a la viuda no le faltaba de nada gracias a los mil euros que yo le ingresaba mensualmente? Como decía uno de mis mejores clientes en Madrid: «Adela, un coño bien administrado da muchísimo dinero». Era Matías, un abuelo, dueño de varios restaurantes en la capital, que con sus dos visitas mensuales cubría el montante de mi alquiler en aquel lujoso edificio.

Me quedé sin habla. Ella continuó.

—A 14 de julio de 2008, el tiempo para saldar el préstamo había vencido hacía más de siete meses, en concreto lo había hecho el día 25 de noviembre de 2007, sin que hubiera dinero para hacerle frente. Y yo, aunque había sido la solicitante del préstamo, era un cero a la izquierda, mi función había consistido en estampar mi firma y nada más. Juan Alonso jamás intercambié una sola palabra conmigo y tampoco recibí un céntimo del dinero en el que se convirtió el sudor de mi difunto padre. Y el prestamista lo sabía. Sabía cuál era mi función en aquel circo y también supuso, en principio, que nada podía hacer para cobrarme lo adeudado; si bien Joaquín intentó cargarme el mochuelo en una de las llamadas que recibí del prestamista, aquella en la que Juan Alonso Vicente le comunicaba que el piso había sido subastado y no había alcanzado para pagar la deuda, que habían quedado doscientos mil euros pendientes de pago. Eso ocurrió en la primavera de 2008, y en el transcurso de aquella llamada telefónica Joaquín intentó convencer al prestamista de que la deuda debía pagarla yo trabajando de prostituta. Ironías de la vida: ya estaba

ejerciendo. Pero Juan Alonso no aceptó la propuesta, quería dinero rápido, rechazaba los plazos; por eso se dirigió a Joaquín y para él fueron sus constantes llamadas telefónicas, con requerimientos primero, con amenazas después y con ejecución más tarde. Imagino que Juan Alonso tendría idéntico destino reservado para mí, de no ser porque durante aquellos calurosos días de principios de julio halló una veta en mi vida que consideró digna de tener en cuenta por los cuantiosos beneficios futuros que podría reportarle.

«Durante los días previos a su muerte, Joaquín recibió muchas llamadas telefónicas. El aparato sonaba a cualquier hora del día o de la noche. Veinte, treinta veces cada día. Él atendía presto y no se separaba del teléfono: lo posaba al lado del plato mientras comía, sobre la mesita de noche en tanto intentaba dormir sin conseguirlo, lo sostenía en la mano cuando se paseaba por la casa como un poseso, que era casi todo el tiempo, soltando bufidos y maldiciendo cuanto en el mundo había. Pero, a pesar de la habitualidad, Joaquín recibía cada nueva llamada con sobresalto. “¿Sí?” respondía mientras se alejaba arrastrando las palabras tanto como los pies, procurando darse prisa tanto en atender la llamada como en proteger la conversación del alcance de mis oídos. Y yo, que intuía la causa de sus desvelos, me cuidaba de mantener la boca cerrada, de no levantar la mirada del suelo y de alejarme de su órbita en la medida de lo posible pues aquel piso, aunque amplio, resultaba reducido para el distanciamiento que yo necesitaba en aquellos momentos.

Durante aquellos días, cuando no estaba trabajando o hablando por teléfono, Joaquín se entretenía descargando toda su ira sobre mí. Yo recibía los golpes que él no podía asestar a otros, derivaba hacia mí los insultos y las amenazas que él mismo recogía por teléfono, y me exigía lo imposible en las labores domésticas lo mismo que otros le requerían a él lo inviable en el terreno económico. Por más que yo me empleara con los paños de limpieza no conseguía restablecer el brillo de aquel parque erosionado por los años, ni devolver el lustre a muebles con tres décadas de antigüedad, ni mucho menos acertar con el punto exacto de sal que él prefería para esa comida y ese día concretos. Y cada fallo tributaba más alto. De los insultos pasó a las amenazas, de las amenazas a la acción, que consistió primero en simples empujones para luego ascender a los puñetazos y patadas para, finalmente y dado que, según él, yo no aprendía ni escarmentaba, terminar en auténticas palizas que combinaban todo lo anterior y que, también según él, lo dejaban completamente exhausto y todo era culpa mía.

—¿La había estado maltratando desde siempre o comenzó a hacerlo durante esos días? —preguntó José Manuel, con la voz quebrada por el indignante relato.

—Comenzó a maltratarme al poco tiempo de vivir juntos, en nuestros comienzos, pero hacía tiempo que habían cesado las palizas porque yo había conseguido amoldarme a sus caprichos y, según él, ya no necesitaba pegarme. Y cierto que era: le bastaba una mirada para que el bello de todo mi cuerpo se erizara a causa del miedo. —Aclaró ella rápidamente.

Ambos asentimos. Era pregunta obligada pero cuya respuesta ya intuíamos pues la violencia de género rara vez se produce en un hecho aislado, causado por unas circunstancias concretas, sean las que sean, sino que se trata de un proceso que comienza con detalles que en principio parecen insignificantes pero que, sin embargo, son el embrión de la enorme bestia en la que llegarán a convertirse con el tiempo. «No salgas a la calle vestida así, no hables con ese, no saludes a aquel otro, no hagas eso, haz esto otro...»

—Una llamada entrando en el móvil de Joaquín me despertó a las siete de la mañana de aquel lunes 14 de julio de 2008. Él dormía a mi lado, como un tronco, vencido por un sueño que había tardado varios días en acudir en su ayuda. El teléfono insistía sobre la mesita sin que él se diera por enterado. Sacudí suavemente sus hombros con la intención de despertarlo. Abrió los ojos, sobresaltado, y me amenazó con la mirada, pero el teléfono porfiaba reclamando su atención y decidió establecer prioridades: primero la llamada, luego ya se ocuparía de mí. Se alejó de la habitación caminando pasillo adelante, como un sonámbulo, restregándose los ojos con la mano que le quedaba libre; pero no tomó la precaución de cerrar la puerta y yo lo escuché mendigar más tiempo, suplicar por un día a mayores. Yo no alcanzaba, por supuesto, a interceptar lo que decía su interlocutor, pero supuse que la petición le había sido denegada al ver que él regresaba antes de los dos minutos, cabizbajo, preocupado y completamente olvidado de mi existencia, lo cual agradecí pues temía seriamente las represalias que me pudieran caer por haberme atrevido a despertarlo de aquella manera tan brusca.

«Se sentó en el borde de la cama durante unos minutos, en silencio, apretando fuertemente la cabeza con las manos; después, como cada mañana, se atavió y desayunó para ir a trabajar. Se marchó abatido, muerto de miedo, apenas una mala caricatura del triunfador que yo había conocido. Y yo, que por aquel entonces ya ejercía la prostitución con el fin de ganar el dinero suficiente para poner tierra de por medio, fui al fregadero de la cocina, tomé el fajo de billetes que allí escondía, y me puse a contar. Había veinte mil euros. Tendría que apañarme con aquello. Mal o bien, rica o pobre, a como diera lugar, debía ponerme a salvo de aquel monstruo que ocupaba mi cama durante las noches y amargaba la existencia de mis días.

—Imagino que esa parte de tu vida saldrá publicada en la novela que estás escribiendo...

Adela giró la cabeza y me miró directamente. Por su reacción supe que no esperaba aquella pregunta y que quizá ella suponía que la editorial nada diría hasta que la novela saliera a la venta.

—¿Existe algún problema con ese libro? —preguntó, tratando de sondear el terreno.

—¿En qué aspecto?

—Me refiero a su legalidad, si la juez me permitirá publicarlo...

—Es tu historia y como tal puedes contarla a una persona o a millones, como gustes. Y venderla también. Lo que ocurre es que la juez no querrá comprar el libro para enterarse de lo ocurrido, por eso es mejor que tú nos cuentes esta última parte, de viva voz y gratis, porque es la que nos interesa realmente. Pues la otra, la referente al maltrato, ya se escapa al alcance de la Justicia al haber muerto el maltratador.

Adela asintió, más relajada al poder llevar su proyecto a buen puerto. Un proyecto que seguramente le permitiría vivir muy bien durante el resto de sus días.

—A las dos y media de la tarde Joaquín estaba de vuelta en casa —continuó ella, con la mirada puesta en el infinito—. Estaba pálido, ojeroso, más delgado e incluso más viejo que cuando se había marchado hacía tan sólo unas horas. Yo había preparado ensaladilla rusa y huevos rellenos de atún, comida fría para combatir el intenso calor del mediodía. Él traía la chaqueta puesta y con ella se sentó a comer, ajeno al bochorno que envolvía la ciudad. Le serví ensaladilla. La probó. Le gustó y me dedicó una agria sonrisa de agradecimiento. Comimos en silencio. Él, seguramente buscando una salida a su atolladero; yo, buscando otra que me alejara de él. Al día siguiente iría a la agencia de viajes y adquiriría pasaje a Montevideo, ya estaba decidido.

»No hubo llamadas ese mediodía y, sobre la encimera, el teléfono fue testigo mudo de nuestro pacífico almuerzo y de la corta siesta que después dormimos en el salón, cada uno en una esquina del sofá.

»A las cinco de la tarde él se marchó de nuevo a la oficina y yo aproveché la ocasión para salir a comprar un par de maletas con capacidad suficiente para transportar mis miserias hasta el otro lado del océano. Ya en la tienda, no perdí tiempo en elecciones ni comparaciones y me conformé con las primeras que la dependienta me ofreció una vez le hube explicado mis necesidades. Debía darme prisa pues no sabía de cuánto tiempo disponía realmente. Joaquín no tenía horario fijo por la tarde y lo mismo estaba de vuelta a las siete que su jornada se prolongaba hasta pasadas las diez de la noche. Dependía de la clientela, justificaba él cuando se sentía con ánimo para dar explicaciones.

»De vuelta en casa, escondí las maletas en el altillo del armario de una de las habitaciones que no ocupábamos; precisamente aquella que horas más tarde acogería el cuerpo sin vida de Joaquín; me cambié de ropa y esperé su llegada en el sofá, con el televisor encendido mientras confeccionaba interminables listas mentales para ordenar todas las tareas que debía ejecutar antes de partir.

»A las siete y media crujió el cerrojo de la puerta y yo regresé a una realidad que estaba a punto de abandonar pero que aún seguía estando presente y que debía atender de inmediato. Y entró él, otra vez cabizbajo, blanco como la nieve, con el teléfono móvil en la mano. Salí a recibirlo, como a él le gustaba, pero esquivó mi presencia sin tan siquiera mirarme, entró raudo, pasó a mi lado como una exhalación y se encerró en la habitación. Yo supuse que con la intención de hablar con su esposa e hijos, como hacía cada tarde, pero aquel día tardó en salir más de lo habitual. La

conversación, si es que la hubo, se prolongó durante más de cuarenta minutos, un tiempo excesivo para interesarse por el bienestar de su familia y desearles buenas noches, como yo le había visto hacer en múltiples ocasiones en las que él despachaba sus obligaciones de esposo y padre con una inversión en tiempo que no llegaba a los cinco minutos.

»Esa tarde Joaquín salió de la habitación rebuznando, haciendo hincapié en la inutilidad del sexo femenino para arreglar no sé qué cosas. Y fue en ese preciso instante cuando sonó el timbre de la puerta y, despistado, con la cabeza puesta en otros asuntos, Joaquín se precipitó a abrir sin tan siquiera comprobar la identidad del visitante a través de la mirilla. Yo creo que, de haberlo hecho, el destino se hubiera visto obligado a modificar su jugada, pero no lo hizo y en nuestro recibidor aparecieron cuatro hombres fornidos, con cara de malas pulgas y reclamando discreción, pues inmediatamente cerraron la puerta y cortaron las protestas de Joaquín indicándole que hablara muy, muy bajo. Yo conocía bien a uno de ellos: era Juan Alonso Vicente, el prestamista que con sus malas artes se había adueñado de mi piso. Los otros tres me resultaban completamente desconocidos, a Dios gracias. Uno de ellos era joven y delgado, los otros dos de mediana edad y robustos.

»Ante ellos Joaquín movía los brazos como si fueran aspas de molino, protestando en silencio, intentando expulsar a los invasores de su casa, pero ellos lo habían cercado en el recibidor y no tenían intención de marcharse. Y yo estaba en la puerta del salón, observándolo todo, aterrada. Cuando el prestamista se percató de mi presencia, me hizo un severo gesto con la mano para ordenarme que me metiera dentro del salón, lejos de su vista. Obedecí inmediatamente y me acurruqué en el sofá a la espera acontecimientos.

»Desde allí escuchaba a Joaquín disculparse, pedir más tiempo, sólo un poco más. Los otros, en cambio, hablaban mucho más bajo y yo no conseguía captar sus palabras. Cuando ya no pude contener la curiosidad por más tiempo, sigilosa, me acerqué a la puerta y allí, parapetada tras la pared, afiné el oído para tratar de enterarme de lo que allí se cocía. Pero no hubo más palabras, sólo un chasquido seco, un crujido de huesos rotos que me heló la sangre. Sin pensarlo dos veces, me asomé al recibidor al tiempo que Joaquín aterrizaba en el suelo, muerto, con la cabeza ladeada y su cara reflejando todo el asombro con que lo había sorprendido la muerte. Mi mirada huyó del horror y se posó sobre el hombre que grababa la escena con su teléfono móvil, era el hombre joven, y me dedicó una sonrisa lo suficientemente diabólica como para yo comprender que también había llegado mi turno. Como testigo de un asesinato era de suponer que mis minutos de vida estuvieran contados y, aterrorizada sabiendo mi final tan cercano, dediqué el tiempo que me quedaba a convocar a la muerte, a rogarle para que se diera prisa, que yo no quería sufrir más, que la estaba aguardando inmóvil bajo el marco de la puerta del salón. Luego miré al prestamista, plantado en el recibidor con los brazos cruzados, supongo que planeando cómo salir de aquella encrucijada. Él me miró también a mí, y dijo: «ni una palabra,

espera dentro». Obedecí de inmediato y me acomodé en el sofá, dispuesta a recibir la muerte con valor, con dignidad. Yo no les rogaría cómo había hecho Joaquín, tampoco lloraría, de nada me serviría y así, manteniéndome digna, ya que no era posible cambiar mi suerte, al menos abandonaría este mundo sin darles el gusto de verme humillada ante ellos. Rogaba al cielo, eso sí, para que no trazaran para mí otro final diferente, deseaba el mismo que le habían dado a Joaquín: rápido, inmediato, tan veloz que fuera capaz de correr más que el dolor. Frente a mí, un antiguo reloj de pared marcaba las ocho y treinta de la tarde, aunque pudiera ser que fuese un poco más tarde pues sus agujas, cansadas de tanto correr detrás del tiempo, solían concederle cierta ventaja aunque lo siguieran de cerca.

»El murmullo en el recibidor era constante porque los cuatro hablaban, a veces a un tiempo, otras por turnos. Mi corazón aceleró su ritmo, latía desbocado, como si quisiera aprovechar al máximo sus últimos pálpitos; y sus sonoros golpes contra mi pecho sólo me permitían escuchar retazos de conversación. “Sacarlo de la ciudad en el maletero del coche”, “enterrarlo”, “prenderle fuego”, “poner la grabación a buen recaudo, servirá en el futuro”. Palabras sueltas que erizaban el vello de todo mi cuerpo, que me helaban la sangre y me hacían tiritar de frío en aquella calurosa tarde de verano. “Prenderle fuego” repitió uno de ellos. “Es lo mejor” aseguró otro. Esas fueron las últimas palabras que escuché. A continuación, mi mente vislumbró con total claridad el final que me aguardaba: abrasada viva en medio de las llamas, junto al cadáver de Joaquín, en algún lugar desierto. Empecé a temblar, de frío y de miedo; las paredes, con sus objetos de decoración arcaicos, giraban y giraban, se acercaban y se alejaban sin ton ni son, hasta que una repentina oscuridad lo invadió todo. Después llegó el silencio y la nada.»

José Manuel y yo nos miramos, aún sin conseguir comprender cómo había conseguido aquella mujer escapar a la muerte. Y ella, sentada frente a nosotros, con la mirada posada sobre las rejas de la ventana, continuó hablando, ajena a nuestra presencia. Observé que le temblaban ambos brazos y que reaccionaba abrazándose a sí misma: su mente había regresado a aquella tarde de julio y estaba reviviendo el intenso frío del que hablaba.

«Una fuerte sacudida me trajo de nuevo a la realidad. Enfrentada a la mía, a dos centímetros, la cara del prestamista sonreía como si allí no hubiera pasado nada mientras sus manos continuaban aferradas a mis hombros, balanceándolos de un lado a otro para obligarme a reaccionar. Dijo algo que no comprendí y mi mirada fue derecha hacia el lugar de donde salían aquellas palabras: una boca grande, negra, de lobo. Sentí asco y desvié la vista hacia la derecha. ¡Dios mío! Grité una vez, y lo haría muchas más de no ser porque la enorme mano del prestamista taponó mi boca a tiempo. A mi lado, en el mismo sofá, en posición de sentado, Joaquín me miraba con sus ojos vidriosos y vacíos. Tenía la boca abierta, como si quisiera decirme algo. Ni maletero de coche, ni fuego, ni nada, todo había quedado en mera palabrería y se habían limitado a sentarlo a mi lado en el sofá, sin tomarse siquiera la molestia de

cerrarle los ojos. Me acerqué más al prestamista, en un intento de domar el miedo buscando la postura más alejada del cadáver de Joaquín. Aquel sofá era muy estrecho, de dos plazas, y yo rogaba para que ninguno de los miembros del cuerpo me exigiera un movimiento inesperado que me obligara a rozarme con él.

—No digas ni una palabra, o acabarás como él. ¡Míralo! Ahí con la boca abierta y esa cara de pasmarote. —Me advirtió el prestamista, sin aparcarse aquella perversa sonrisa que llevaba siempre puesta.

Juan Alonso apartó la mano que me tapaba la boca; y yo, con Joaquín muerto a menos de medio metro, me quedé completamente inmovilizada. De todo mi cuerpo sólo tenía consciencia del pecho, ya convertido en un sólido bloque de hormigón que me obligaba a respirar en pequeñas dosis porque no daba más de sí y se negaba a expandirse. El resto de los miembros pesaban tanto que me resultaba imposible acometer el más mínimo movimiento.

—Tú te quedas aquí con éste —ordenó el prestamista, señalando a Joaquín con el dedo índice— y no se te ocurra hacer ninguna tontería esta noche porque uno de nosotros se quedará también aquí, dentro de tu casa; y habrá otro fuera, vigilando la entrada. Si eres buena, quizá conserves la vida. Si, como él —y volvió a señalarlo— pretendes pasarte de lista y tomarnos el pelo, ya sabes lo que te espera. Mañana, temprano de mañana, regresaremos para sacarte el muerto de casa, pero de momento te quedas aquí, quietecita y sin hacer tonterías, ¿de acuerdo?

Afirmé en silencio, al tiempo que me percataba de que mi mano derecha sostenía el teléfono móvil de Joaquín. No sabía cómo había terminado en mis manos, pero allí estaba.

—Nos lo llevamos por esta noche. —Dijo el prestamista, arrancándose el teléfono de las manos—. Mañana regresaremos, temprano como te dije. Si no haces tonterías, respetaremos tu vida, porque nos interesa, claro está, no por tu cara bonita pese a que la tienes, ¿comprendiste?

Asentí de nuevo.

El prestamista echó un breve vistazo alrededor y salió de la casa. Sentí el golpe seco de la puerta al cerrarse, y se hizo el silencio.

¿Para qué se llevarán el teléfono móvil de Joaquín?, ¿qué va a ser de mí?, ¿por qué sigo con vida?, ¿qué querrán de mí?, ¿me matarán mañana?, ¿qué puedo hacer?, ¿estarán vigilándome como dijo? Un ejército de temibles dudas invadió mi mente en un instante, pero ni una sola respuesta acudió para rescatarme. Mi cabeza quedó completamente tomada y el bloque de hormigón seguía allí, en mi pecho, inalterable, inmovilizándome completamente. Deseaba levantarme del sofá, enfrentar la madrugada en cualquier otro rincón de la casa, pero no conseguía moverme: mis miembros no aceptaban órdenes del cerebro, iban por libre. Cerré los ojos, tratando de obviar la presencia de Joaquín, pero su cadavérico frío llegaba hasta mí, invadía la poca voluntad que me quedaba y se extendía por todo mi cuerpo, agarrotándolo más y más. Lágrimas de desesperación corrieron por mis mejillas, di orden a mis manos

para que las retiraran, pero ellas se negaron a acudir para cortarles la trayectoria, entonces siguieron cuello abajo y se perdieron en mi pecho. ¿Me habré quedado paralítica a causa del miedo?, me preguntaba al comprobar que mis extremidades no respondían. Sólo era capaz de mover el cuello, y lo hacía para orientar mi cabeza hacia el lado opuesto a donde estaba el cadáver, pero aún así continuaba sintiendo su presencia, su frío, su olor a carne muerta, su espíritu flotando por el salón, observándome, disfrutando con mi martirio.

El reloj de la pared avanzaba lento, como si temiera el encuentro con la madrugada. Cada hora una eternidad. La oscuridad se convirtió en la sábana blanca sobre la que mi mente comenzó a proyectar imágenes de espectros traslúcidos, rostros de terrorífica inexpresividad y el alma de Joaquín ululando mi nombre.

Pero en algún momento de la noche (y no sin esfuerzo) conseguí plantar pecho al miedo, y lo hice a fuerza de imponer mis propios pensamientos, de entretenerme viajando a través de mi desdichada existencia para así tratar de dar esquinazo a un presente mucho más funesto aún. Y a eso de las cuatro de la madrugada, planchando camisas en la tintorería de doña Adelaida, sentí que mis músculos se destensaban, que el bloque de hormigón se había vuelto de gelatina y que podía mover mis extremidades. Con cuidado, me puse en pie y lentamente me dirigí hacia la cocina. En el recibidor, sentado en una silla, dormitaba uno de los hombres del prestamista, aquel que tenía el cuello tan grueso como un bisonte. Caminé de puntillas para no sobresaltarlo y me refugié en la cocina. Allí preparé una taza de café y la fui tomando a pequeños sorbos, tan pequeños que la puerta se abriría de nuevo a las siete de la mañana, entraría el prestamista y me encontraría con la taza aún entre las manos.

—Buena chica, en su momento serás recompensada por tu buen comportamiento pero ahora tenemos trabajo y tú vas a colaborar con nosotros. —Dijo, a modo de saludo matutino.

No entregué respuesta alguna ya que no lo consideré necesario, ¿qué otra cosa podría hacer yo salvo lo que me ordenaran? Por otra parte, no lograba comprender para qué necesitaban mi colaboración pero, en cambio, rogaba para que en algo les resultara valiosa pues de ello dependía que yo siguiera con vida. Pronto saldría de dudas.

Con un único gesto de cabeza, el prestamista me indicó que me levantara y lo siguiera hasta la entrada. Eso hice. Inmediatamente. La puerta de la calle estaba cerrada y en el recibidor había tres hombres. Dos de ellos eran los empleados de Juan Alonso Vicente, los que habían venido el día anterior, y al tercero yo no lo había visto en mi vida. Era un tipo bajito, de unos cuarenta años, enjuto y nervioso; y en ese preciso momento se estaba metiendo dentro de una funda azul de las que usan los albañiles. Los otros dos permanecían a su lado y entre los tres acaparaban las tres cuartas partes del espacio de nuestro reducido vestíbulo. Detrás de ellos, bloqueando la puerta de entrada, había un carro de dos ruedas, de los que se suelen usar para transportar bultos, cargado con cuatro grandes cajas de cartón. Me quedé paralizada

ante lo que supuse serían nuestros féretros, improvisados durante la noche, los que albergarían el cadáver de Joaquín y el mío. Abandonaríamos la casa disimuladamente, en el interior de aquellas cajas de cartón, transportados por aquel carro empujado por un albañil que no levantaría sospechas.

—¿A qué estáis esperando? ¡No hay tiempo que perder! —azuzó el prestamista.

Y yo, inmóvil, aguardando mi fatal destino, rogando para que se dieran prisa, obstaculizaba la parte derecha del distribuidor, la que daba acceso a las habitaciones.

—¡Tú, quítate de en medio y dinos donde están los armarios en esta casa! —me ordenó uno de los otros, el calvo, el de la enorme barriga.

Hablaban bajo, en susurros, guardándose de la indiscreción de la madrugada que, envuelta en silencio, todo lo oye y todo lo cuenta.

Mi mente, aterrorizada y empeñada en tejer conjeturas, tardó en reaccionar más de la cuenta y fui apartada de un brusco empujón por aquel hombre, que pasó de largo e inspeccionó las habitaciones una por una. Había tres dormitorios pero él sólo parecía estar interesado en los armarios, por eso no habían transcurrido ni cinco minutos cuando ya estaba de regreso. Cinco minutos que yo pasé sin atreverme a mirar a nada ni a nadie, preguntándome para qué necesitarían un armario, rechazando por absurdas las suposiciones que a mi cabeza acudían en respuesta, autoconvenciéndome de que aún era posible un final relativamente feliz para aquella pesadilla, jugando a imaginar cuál sería ese final.

—Éste es el más espacioso —aseguró aquel hombre, señalando la primera habitación, la que linda con la cocina—, el problema radica en que tiene una puerta de espejo, de tres hojas y probablemente haya que desmontarla. —Añadió, buscando la opinión del que se había vestido de albañil.

Sin mediar más palabras, entramos todos en la habitación referida (yo empujada por el prestamista). Allí examinaron el armario con detenimiento, calibraron su capacidad, midieron largo, ancho y alto, y acordaron que se ajustaba a sus propósitos, fueran los que fueran.

—¡Vacíalo! —me ordenó el prestamista.

Me puse manos a la obra. El ropero estaba en una habitación que no ocupábamos y únicamente contenía algunas prendas a las que concedíamos escaso uso: un par de trajes que Joaquín utilizaba en ocasiones especiales, algunas prendas más que habían resultado censuradas por demasiado sexys, y una vieja maleta. Enseres que fui sacando y colocando sobre la cama. En la parte superior, aisladas por los tablones que dividían el armario, estaban mis otras maletas, las que había comprado para poner tierra de por medio; pero no las saqué porque temí levantar sospechas, y nadie me preguntó qué había en aquel habitáculo, sólo parecían interesados en la parte inferior.

Cuando confirmé que mi labor había terminado, me fue ordenado apartarme hacia un lado, donde no estorbara demasiado. Me retiré hacia la ventana, por donde ya se abría paso el alba a través de las rendijas de la persiana. Los tres hombres se ausentaron y permanecimos en la habitación el prestamista y yo, él mirándome a mí,

yo escudriñando el amanecer a través de las ranuras de la persiana. Y el amanecer era gris, frío, triste, diferente a los demás, impropio de un día de verano, o eso me pareció a mí. «Baja la persiana del todo» me ordenó Juan Alonso al tiempo que los otros tres invadían la habitación de nuevo. El albañil empujaba el carro y su cargamento, los otros dos transportaban el cuerpo de Joaquín. El cadáver estaba rígido y los dos gorilas lo agarraban de brazos y piernas, acarreándolo como si de una viga de hierro se tratara. Con visible alivio lo posaron en el suelo, muy cerca del armario. Entretanto, el albañil sacaba ladrillos y cemento del interior de aquellas cajas, y yo iba atando cabos.

—¿Te suena esto? —me preguntó Juan Alonso, mostrándome un anuncio de periódico que yo conocía muy bien— «Ama de casa sale de compras de 9 a 12 A.M. Teléfono...» Me ha costado lo suyo conseguirlo pues hace meses que no publicas anuncios de este tipo.

¡Lo sabían! ¡Sabían a qué me dedicaba! Y en ese preciso instante era cuando sacaban el tema a colación. No antes, ni después, sino en el momento de dar sepultura a Joaquín. Tuve que deshacer todas mis especulaciones y empezar a tejer otras nuevas pues había, sin duda, algún motivo por el cual aquel anuncio me era mostrado en ese preciso instante, ni antes ni después, y algún tributo me sería exigido por ello, y no precisamente reducido. Eso en caso de que decidieran que merecía más la pena conservar mi vida que renunciar a las posibles ganancias que pudieran obtener conmigo. Y yo, que comenzaba a atisbar lo que sería mi vida a partir de ese día, asentí por duplicado.

—Los últimos días nos hemos dedicado a vigilaros a Joaquín y a ti, para que no os largarais y nos dejarais aquí con un palmo de narices, ¿y qué descubrimos?, pues, para nuestra sorpresa, averiguamos que la niña trabaja de puta y que tiene dinero. Dinero que no pensabas usar para pagarnos, ¿verdad?

No respondí.

—Esto va a ser enterrado junto con el muerto. ¿Y qué crees que pensará la policía si llega a descubrir el cadáver...?

No reaccioné a su pregunta, no reaccioné a nada y volví a quedarme paralizada como estatua de sal. Juan Alonso me dedicó una perversa sonrisa antes de acercarse a los otros tres (que ya habían retirado los espejos que revestían el armario y estaban trabajando para dar sepultura a Joaquín) para ordenarles que introdujeran aquel papel en alguno de los bolsillos del muerto. Después vino hacia mí de nuevo, me tomó del brazo, me condujo hasta el salón, me sentó en el sofá colocando sus manos bajo mis sobacos y empujándome hacia atrás; y él se acomodó a mi lado, tan pegado a mí que me llegaba toda la maldad que transpiraba y también el olor a podrido que salía de su boca, siempre sonriente como la de un demonio travieso y malvado.

—Pues la policía averiguará quien insertó ese anuncio. Sólo tienen que ir a las oficinas del periódico y preguntarles. Después pensarán que Joaquín descubrió que su novia no sólo le ponía los cuernos, sino que era puta, que discutieron y que ella lo

mató, quizá ayudada por su chulo, el que compró el teléfono móvil que guardas por ahí escondido, al que le pones ese número de tarjeta para que te llamen los clientes con los que te citas en el motel Copacabana —susurró con la boca muy pegada a mis oídos—. Así que vas a ser buena, me vas a entregar el dinero que guardas por ahí, que será en pago de parte de la deuda que nos debes.

Yo continué callada. Ahora ya sabía por dónde iban los tiros y créanme que en eso momento la muerte se me antojaba el final más feliz para mi triste historia. El prestamista se alejó un poco de mí, como si quisiera tomar perspectiva de mis gestos, y siguió exponiendo su diabólico plan.

—Sé que tienes dinero. Eres muy guapa, estás muy buena, tienes muchos clientes y más que llegarán, cobras mucho y no me consta que hayas gastado nada. Entonces, haremos lo siguiente: tú me entregas ahora esa cantidad como primer pago de la deuda, yo anotaré la entrega para descontarla y después, cada viernes, pasaré por aquí para recoger tus ganancias de la semana. Te permitiré quedarte con una cantidad para tus gastos, por supuesto. Al tiempo iré apuntando tus aportaciones y te haré saber cuánta deuda te queda pendiente. Tú continuarás viviendo en este piso, ya nos apañaremos nosotros para que ni la esposa de Joaquín ni sus compañeros o jefes del trabajo sospechen nada, pero es preciso que tú permanezcas aquí durante mucho tiempo, para que nadie descubra el pastel, ¿me comprendes?, seguirás actuando como hasta ahora, quedando con los clientes en el motel para que los vecinos no se enteren de lo que haces, pero ahora podrás trabajar durante todo el día, a jornada completa, y así pagarás tu deuda mucho antes.

A esas alturas, el lamentable final de Joaquín ya me parecía una bendición que yo aceptaría con sumo gusto. Rápido, sin dolor. A mí, en cambio, me aguardaba una lenta agonía durante la cual vendería mi cuerpo para beneficio de otros, a lo largo de interminables jornadas que me extenuarían y me asquearían; y mi poco tiempo libre transcurriría en el interior de aquel piso, compartiendo espacio con el cuerpo y, quizá, con el espíritu de Joaquín, que se vería obligado a vagar por toda la eternidad porque ni siquiera en el infierno le darían cobijo.

Como no sabía qué responder, y acceder a sus peticiones no deseaba, planteé una sarta de problemas: posibles dificultades que, de confirmarse, obstaculizarían aquel plan que Juan Alonso parecía tener tan bien trazado.

—Este piso lo alquiló Joaquín y era él quien se encargaba de pagar el alquiler mensualmente y, dado que lo pagaba en mano, la propietaria se preguntará qué ha sido de él y quién soy yo, pues no me conoce. Y quizá no quiera arrendármelo a mi...

—No te preocupes por eso, que yo lo solucionaré, en realidad ya está a punto de solucionarse: mi hijo se encargará del asunto esta misma mañana. —Respondió, tomándome suavemente del brazo, susurrando y tratando de esbozar una sonrisa en apariencia amable, protectora y paternal.

—Joaquín estaba casado y, además, trabajaba. Su esposa, sus compañeros de trabajo, sus jefes..., todos se preguntarán dónde está. —Contraataqué

inmediatamente.

Se acercó un poco más a mí, dejando su brazo descansar sobre mi hombro en su afán de convertirse en mi protector, lo cual me revolvía las tripas.

—No te preocupes tampoco por eso, confía en mí. Todo el mundo creerá que Joaquín se ha marchado voluntariamente. Nadie sabrá nada de esto si tú colaboras como te pedí. Es por tu bien, ya sabes: él descubrió a qué te dedicabas y pagó su curiosidad con la muerte. De ello da buena fe el anuncio que está sepultado con él, que inevitablemente encontrará la policía si llegan hasta el cadáver...

Supuse que con «colaborar» se refería a trabajar sin descanso para luego él pasar a recaudar mis ganancias, que eso era todo, pero el prestamista aún tenía otra sorpresa guardada para mí.

—Joaquín es padre dos hijos, aún menores de edad. Y marido de una mujer, legítima. Y a los dos nos interesa que esa mujer no acuda a la Justicia en busca de dinero para mantener a sus retoños. Por lo tanto, hay que silenciarla con una cantidad mensual, para que no se plantee la posibilidad de comenzar a remover en los cimientos del Derecho. Tú te encargarás también de eso.

—¿Yo? —pregunté, desconcertada. Quizá había escuchado mal, ¿qué podría hacer yo para que la esposa de Joaquín se mantuviera callada a pesar de no saber qué había sido de su marido y padre de sus dos hijos?

—Cada mes ingresarás mil euros en su cuenta corriente, quinientos por cada polluelo. De que mantenga la boca cerrada y no remueva nada ya nos encargamos nosotros.

¡Mil euros mensuales! ¡Dios mío! Aquel hombre se había vuelto completamente loco. ¡Caro precio iba yo a pagar por continuar viviendo!

—Vamos, mujer, que eso para ti no es nada... Tú puedes atender más de una docena de clientes al día. Y no te faltarán, te lo aseguro. Y con las tarifas que cobras, lo tienes más que chupado para pagar los mil euros mensuales a la viuda y lo que nos debes a nosotros que, por cierto... ¿dónde está lo que has ganado durante los meses pasados? Tienes que entregármelo ahora y yo lo anotaré aquí, ¿ves? —dijo mientras sacaba una pequeña libreta del bolsillo de la camisa, una libreta a estrenar cuyas hojas en blanco, supuestamente, se irían cubriendo con las futuras recaudaciones semanales.

Me mantuve callada. Sin detenerme a reflexionar demasiado, enseguida decidí que no le entregaría mi dinero a aquel hombre. ¡Ni hablar! Era una pequeña fortuna que yo había ganado y no sin esfuerzo, con la que comenzaría una nueva vida lejos de toda aquella pesadilla. Tan pronto aquellos hombres se marchasen iría a una agencia de viajes para comprar el billete que me llevaría lejos, lo más lejos posible.

Negué con la cabeza.

—¿No vas a darme el dinero? Y la deuda que tienes conmigo..., ¿cómo piensas pagarla?

—Fue cosa de Joaquín, él me amenazó de muerte si no firmaba y yo no he visto ni un euro del dinero que usted le entregó a él.

Una sonora carcajada rompió en mil cachos el falso sosiego que imperaba en aquel salón. Me sobresalté.

—Mujer..., que la deuda lleva tu nombre, que Joaquín está muerto y tú correrás la misma suerte si no colaboras conmigo. Mira que estás en condiciones de pagar, que puedes saldar cuentas en apenas un año si trabajas duro...

Volví a negar rotundamente.

El prestamista se apartó de mí, se levantó del sofá y se quedó allí plantado, mirándome. Yo también le miré a él, sólo un segundo, y después tuve que apartar la vista inmediatamente, de puro miedo: su semblante ya no se mostraba paternalista sino desafiante, ya no manifestaba falsa dulzura sino esmerada crueldad, ya no sonreía para tranquilizarme sino que me examinaba para amedrentarme.

—Piénsalo mejor, aún tienes tiempo antes de que nos vayamos. Y quédate aquí sentada y tranquilita, no se te ocurra salir de este salón.

Y se fue, dejándome allí sola, a puerta cerrada. El reloj marcaba las diez de la mañana, el cielo había despejado y el sol se colaba a través de la ventana, agazapándose en los rincones del salón.

Observando la ventana, tan cerca, e imaginando la transitada calle que pasaba unos metros más abajo, sentí deseos de asomarme y gritar para pedir socorro, que alguien llamara a la policía y me rescataran de una esclavitud más que segura. Pero el miedo, y quizá la sensatez, me frenaron a tiempo: en los diez minutos que tardaría la policía en llegar hasta mi casa, tendrían aquellos hombres tiempo más que suficiente para romperme el cuello y largarse de allí; o para simplemente marcharse de allí, ponerse a salvo y regresar más tarde para romperme el cuello. No, nada de improvisaciones, mi plan tendría que ser otro, mucho más meditado, mucho más seguro.

Mientras tomaba conciencia de mi complicado presente y ponderaba mi incierto futuro, llegó la modorra casi de repente. Llevaba muchas horas sin pegar ojo y allí, acomodada en el sofá, vencida, agotada, incapaz de mantener mis pestañas despegadas, me acurruqué para estar un poco más cómoda y lo que hice fue abandonarme definitivamente a un sueño que no me trajo más que pesadillas y que dejó mi cuerpo tan agotado como si hubiera estado corriendo una maratón. Cuando abrí los ojos, el reloj marcaba la una de la tarde y yo continuaba sola, aunque eso sería por muy poco tiempo.

Ni media hora había avanzado el reloj cuando la puerta se abrió de súbito. Delante entró uno de los hombres, el calvo; el prestamista lo seguía, y con ellos se coló también el sonido de la paleta que habilitaba la tumba de Joaquín.

—¿Has cambiado de idea, Adela? —preguntó el prestamista desde la misma puerta.

Negué con un contundente movimiento de cabeza.

—Habla tú con ella, que tienes más dotes de convicción. —Le dijo a su acompañante al tiempo que le daba unas palmaditas en un hombro, le sonreía y se marchaba, dejándonos allí a los dos, a puerta cerrada.

Me preparé para recibir otra sarta de consejos, alguna amonestación, un rosario de advertencias y no pocas amenazas; y adapté mejor mi posición en el sofá, acomodándome para acogerlas de una forma cómoda y tranquila, pero no me dio tiempo a relajarme demasiado. Aquel hombre se remangó las mangas de la camisa y entonces supe que no serían precisamente palabras lo que usaría para convencerme. Se acercó lentamente, la sonrisa puesta, los brazos separados de los costados mostrando dos círculos de sudor bajo los sobacos. Yo lo observaba desde mi posición inferior, sentada en el sofá, sin atreverme a mover un solo músculo. Ni siquiera conseguí reunir fuerzas para intentar huir porque desde allí abajo me pareció un hombre descomunal, un gigante que me atraparía con sólo extender un brazo. Y así fue. Lo siguiente que sentí fue un fortísimo dolor en la parte trasera de la cabeza, luego volé por los aires con el pelo engarzado en su mano derecha hasta estamparme contra el mueble del televisor y de allí fui a parar al suelo. Vi cómo sus pies se iban acercando de nuevo y otra vez mi pelo fue el asidero que él utilizó para levantarme y propinarme un par de buenos puñetazos con su izquierda, derechos al centro de mi estómago. No tuve tiempo de retorcerme con el dolor porque en un visto y no visto estaba nuevamente en el suelo y unas botas camperas se incrustaban en mis costillas una y otra vez. Antes de desmayarme tuve, sin embargo, tiempo de establecer prioridades: si bien los veinte mil euros que guardaba debajo del fregadero eran mi billete de ida hacia el futuro debía, previamente, adquirir un salvoconducto para el presente. Decidí entregarlos inmediatamente pues, sin presente tampoco habría futuro; y después me desvanecí, ya con las ideas muy claras.

Recuperé la consciencia en medio de un charco de sangre que manaba de mi nariz. Su color rojo y las botas camperas fue lo primero que vi a mi regreso. Escalé las botas con la mirada, después hice lo mismo con las piernas, largas y fuertes como columnas que se erigían a pocos centímetros de mi cabeza.

—¿Te apetece colaborar con nosotros o debo darte más argumentos para convencerte? —me preguntó aquel hombre, con la voz fatigada por el esfuerzo.

—Bajo el fregadero. —Dije yo, segura de que entendería.

Las botas salpicadas de sangre desaparecieron rumbo a la puerta mientras yo reptaba hacia el sofá, convencida de que mis maltrechos huesos se verían reconfortados al colocarlos en sitio blando. Y alcancé mi destino pero no conseguí levantarme del suelo: el dolor en las costillas y en el bajo vientre eran tan agudos que me impedían acometer esfuerzo alguno. Me acurruqué junto al sofá, ovillada en el suelo, aguardando el regreso de aquel hombre, temerosa del destino que el prestamista hubiera elegido para mí.

Y el prestamista entró enseguida, solo, sonriente, con mi tesoro abombando el bolsillo de su pantalón. Con cortesía, me ofreció su mano para que me levantara, y yo

lo intenté con ganas pero el dolor frenaba todo esfuerzo.

—¡Qué brutos son estos hombres! Tengo que estar yo en todo... —dijo, sin dejar de sonreír.

Me sujetó por los costados para levantarme, como si de un niño se tratara, después me acomodó en el sofá.

—Nosotros nos vamos, hemos terminado nuestro trabajo por hoy y queremos dejarte tranquila para que descanses. No llames a nadie ni acudas al médico, ya sabes... hacen demasiadas preguntas, enseguida dan parte a la policía, y también sabes lo que ocurrirá si la policía mete las narices en esto. Nosotros regresaremos mañana porque tú y yo tenemos negocios que tratar. No obstante, uno de mis socios se quedará por aquí para protegerte. Estará en la calle, vigilando tu casa, porque ya eres una de los nuestros y nosotros tenemos que cuidarnos los unos a los otros. No pienses que es vigilancia, nada de eso, se queda para cuidar de que nada malo te ocurra, para velar por tu seguridad. —Aseguró, señalando hacia la calle.

El reloj marcaba las tres de la tarde y el brillante sol que se colaba por la ventana era un insulto para mi estado de ánimo. Poco me importaba en esos momentos lo que aquellos hombres hicieran, podían irse o quedarse, a su antojo. También sabía que a pocos metros de mí yacía Joaquín en su tumba ya sellada, y ni siquiera esa circunstancia era capaz de amedrentarme, tampoco de incomodarme. Mi prioridad en ese momento consistía, simplemente, en buscar una postura capaz de mitigar el dolor que sentía en todos y cada uno de los huesos de mi cuerpo, porque el dolor había desplazado cualquier otro temor o preocupación. Tampoco el hambre de veinticuatro horas reclamaba mi atención. Ni la sed. Sólo el dolor. Dolían las lágrimas, dolían los lamentos, dolía la respiración y dolía cualquier mínimo movimiento que incomodara mis costillas, recordándoles que estaban fuera de lugar, que habían sido arrancadas a puntapiés del sitio que les correspondía.

Escuché el característico sonido de la puerta al cerrarse. Se habían marchado todos y la casa quedó en silencio, un silencio sepulcral que yo escuchaba perfectamente. A partir de ese momento las horas transcurrirían lentas y el reloj tardaría una eternidad en anunciar que ya había pasado otra más. Entretanto yo atenuaba mi dolor procurando no efectuar ningún movimiento brusco, mi mente se empeñó en entretenerse edificando un futuro para mí, en el aire, sin cimientos ni encofrado. Aquellos hombres regresarían en unas horas, se habían apropiado de mis ganancias del pasado, pretendían hipotecar mi futuro y se habían posicionado en condiciones de echarme la Justicia encima, y todo ello sin yo tomar arte ni parte. ¿Qué hacer? De cumplir sus exigencias, me convertiría en una esclava; de negarme, bien sabía la especie de suerte que me aguardaba: si la Justicia no me echaba el guante a tiempo, el prestamista cobraría la deuda con mi vida. ¿Sería conveniente entregarme, entonces, a la Justicia, teniendo en cuenta que me esperaban treinta años en prisión por una sarta de delitos que yo no había cometido?, ¿o era preferible seguir trabajando para el prestamista, aún con la certeza de que me asesinaría en cuanto yo

dejase de resultarle rentable? Evidentemente no era sensato tomar ninguna de esas dos sendas, ambas laterales, debía encaminarme por la del medio: primero acceder a las peticiones del prestamista y luego huir lejos, muy lejos, donde sus tentáculos no alcanzaran ni a rozarme.

A día de hoy, analizando mi decisión desde el transcurso del tiempo transcurrido, no acierto a adivinar qué fue lo que influyó en mi determinación. Quizá el instinto de supervivencia fue mi asesor, o tal vez lo haya sido el sentido común, pero el caso es que conseguí mantener la mente lúcida en tan trágicos momentos y, al día siguiente, cuando el prestamista regresó tras aquella noche interminable, yo aguardaba sus propuestas con media cara hinchada, las costillas magulladas y las ideas muy claras.

—¿Qué tal has pasado la noche, Adela? —me preguntó, sentándose a mi lado en el sofá e intentando simular interés paternalista. Lo acompañaba el chico joven que había venido el día que asesinaron a Joaquín, pero él prefirió esperar fuera del salón.

—Bien. —Mentí.

El prestamista se frotó las manos de múltiples maneras antes de decidirse a abordar el asunto que le rondaba por la cabeza.

—Tú sabes que nos debes mucho dinero... —comenzó, esgrimiendo un gesto de preocupación—. Ya sé que ese dinero lo ha gastado Joaquín, que tú no recibiste ni un céntimo, pero el caso es que el préstamo te fue concedido a ti...

—Está avalado por la propiedad que heredé de mi padre. —Intervine, sin dejarle continuar.

Él negó con la cabeza, lentamente, intentando mostrar preocupación. Y después, tratando de desbancarme a mi del puesto de víctima para ocupar él esa posición, aseguró:

—Esa propiedad sólo cubre la tercera parte de la deuda, faltan doscientos mil euros y yo lo he intentado todo para que no tuvierais que pasar por este trance, pues tú bien sabes que Joaquín era mi amigo, pero con la crisis del ladrillo ha descendido mucho el valor de los inmuebles y...

Yo callé, ya sabía a dónde quería ir a parar. Nuevo frotamiento de manos, nueva acometida.

—Siento mucho lo que ocurrió, pero tienes que comprender que yo no puedo perder todo ese dinero. Sé que las cosas están mal, que mucha gente tiene que hacer verdaderos esfuerzos para pagarme, y a mí se me rompe el corazón pero primero he que pensar en los míos, pues yo también tengo una familia que mantener y si perdono las deudas ajenas, al final seré yo quien termine endeudado hasta las cejas.

Su falsedad no consiguió conmoverme pero correspondí con un gesto de compasión igual de postizo que los suyos.

—Veo que me comprendes. Entonces, lo que pretendo es que tú pagues el crédito cómodamente. Eres joven y guapa, puedes ganar mucho dinero y liquidar la deuda enseguida.

Asentí.

—Eso sí, es preciso que continúes viviendo en esta casa. —De nuevo me sobresalté ante la idea de compartir espacio con el cadáver de Joaquín—. Ya sé que es engorroso, pero es absolutamente imprescindible. Estás metida hasta las cejas: una importante deuda y un cargo por asesinato pesan sobre tus espaldas. Te interesa aparentar normalidad porque si la dueña de este piso, la esposa de Joaquín o quien sea, sospechan que algo raro pudo haber ocurrido aquí, y acuden a la policía..., entonces estás perdida: hallarán el anuncio, indagarán, sacarán conclusiones y te cargarán a ti el muerto.

—¿Y su esposa? ¿Y sus jefes y compañeros de trabajo? ¿Y la dueña de este piso?

—Está todo solucionado. Su esposa, como te dije, callará en tanto reciba los mil euros mensuales que tú le pagarás. En el trabajo lo hemos despedido y no nos molestarán con preguntas, o eso creo yo. Y para eso es necesario que tú permanezcas aquí, para salir del paso si alguien viene a meter las narices. Y la dueña del piso seguirá recibiendo lo acordado.

—¿Y cómo le pago a la esposa de Joaquín?, ¿en mano? —ironicé.

—Mujer... ¿no me digas que nunca has sentido curiosidad por saber lo que Joaquín guardaba en su mesita de noche...?

Negué categóricamente. El prestamista esbozó una sonrisa.

—Allí tienes toda su documentación, también la cartilla del banco, de la cuenta que compartía con su mujer.

No había liberación posible, todo parecía estar previsto.

—Pero la casera sí que cobra en mano... —me apresuré a aclarar, quemando mi último cartucho.

—Joaquín se tuvo que marchar a trabajar fuera de Valladolid, ella no quiere cobrar por transferencia bancaria porque prefiere seguir evadiendo impuestos, y entonces lo hemos solucionado para que cobre mediante giro postal el día uno de cada mes. Tú te encargarás de realizar ese giro.

A la velocidad del rayo, mi cabeza echaba cuentas: mil euros para Inés, quinientos para Francisca..., ¡tendría que atender varios clientes al día!

—Nosotros pasaremos por aquí una vez a la semana y deberás entregarnos al menos dos mil euros cada vez, dinero que iremos anotando para que tú vayas saldando tu deuda. Si entregas más, antes la liquidarás, porque has de tener en cuenta que, en tanto no pagues hasta el último euro, los intereses seguirán generando más deuda...

Volví a presupuestar: mil para Inés, quinientos para Francisca, dos mil semanales para ellos... ¡Dios mío! Tendría que añadir unas cuantas horas de trabajo a las noches. Las desgracias nunca vienen solas, el destino se empeña en ofrecerlas en ristas, como las cebollas.

—No te preocupes, mujer, tú puedes ganar eso y más, si te lo propones. Si atiendes diez clientes diarios, que no te faltarán, a cien euros por cabeza, suman mil euros diarios, que multiplicados por treinta días del mes ascienden a nada más y nada

menos que a... ¡treinta mil euros! Aún te dejamos margen para vivir como una marquesa, si quieres, pero te convendría saldar pronto la deuda...

Dejó el consejo colgando y estampó un sonoro beso en mi mejilla amoratada. El beso de Judas. Y después se fue dejándome allí, sepultaba bajo una inmensa deuda, con el cuerpo baldado y el alma amedrentada porque sentía el espíritu de Joaquín flotando en el aire, clamando venganza desde su improvisada sepultura unos metros más allá.

Continué en el sofá, en la misma posición, durante un par de días más hasta que, casi de repente, mi garganta reclamó la atención que hasta entonces había sido toda para mis magulladas costillas. Un pertinaz quemazón se fue apoderando de ella como si la hubieran estado frotando con estropajo durante horas. Mi mente dibujaba vasos repletos de agua cristalina, el líquido que me aliviaría el escozor de garganta. Tenía sed. Y hambre. Y sueño.

Sacué todas esas necesidades, en ese orden, y doce horas más tarde desperté en la cama que había compartido con Joaquín. Me estiré en la cama tras el largo sueño, enseguida acudió el dolor para recordarme que las magulladuras seguían estando ahí, que no les exigiera demasiado en cuestión de movimientos. Pronto acudieron también las exigencias del prestamista, y llegaron martilleando mi cabeza sin tregua: «tienes que deshacerte de sus cosas» me había ordenado. También tenía que trabajar, y mucho, para amortizar todos los gastos con los que me habían cargado. No podía permitirme ni un segundo más de inactividad.

Rescaté el teléfono móvil de debajo del fregadero, ya no era necesario ocultarlo. Lo activé. Había al menos veinte llamadas perdidas. Las borré todas y esperé a que llegaran otras nuevas. Con respecto a las magulladuras que yo exhibía en la cara, a mis clientes (caso de que me preguntaran) les diría que me había caído por las escaleras. Sabía que no ahondarían en busca de la verdad porque, en su mayoría, se trataba de ajetreados empresarios, dedicados padres de familia y hombres de dilatada vida social que no solían perder el tiempo en pormenores.

El mes de julio había rebasado ampliamente el ecuador cuando yo me puse manos a la obra: durante el día atendía cuantas solicitudes llegaban a mi teléfono móvil y por las noches iba sacando las pertenencias de Joaquín en pequeñas bolsas de basura, poco a poco para no levantar sospechas, y después esperaba la madrugada envuelta en la sensación de terror que me producía el hecho de saber que Joaquín estaba allí, a dos pasos. Aunque jamás había visto un cadáver en descomposición, mi mente persistía en la idea de intentar visualizar el de Joaquín, pudriéndose. Imaginaba su cuerpo hinchándose, desfigurándose de forma grotesca, sus fluidos goteando por todos los orificios corporales, la piel reventando a causa de la presión de los gases, el olor a carne podrida adueñándose de toda la casa...

Dos días después tuve claro que no podría continuar en aquella casa donde me obligaban a vivir, so pena de volverme completamente loca. Las noches sin dormir hacían mella en mi lucidez mental, en mi estado de ánimo y en mi aspecto físico.

Debía retirar cuanto antes los efectos personales de Joaquín y después huir para refugiarme en un país extranjero, como en principio había previsto cuando pensaba alejarme de él. Pero primero necesitaba curarme, física y psicológicamente, como máxima prioridad antes de emprender mi aventura al otro lado del Atlántico, la cual se me antojaba de una crudeza tal que debía afrontar con la salud en buena forma. En primer lugar, necesitaba el anonimato de una gran ciudad, donde recuperar fuerzas para la huída. Y, pese a su cercanía, Madrid resultó la elegida. Allí pasaría una temporada más bien corta, el tiempo suficiente para sanarme y reunir algo de dinero que me permitiera poner tierra y mar de por medio.

Una semana después, puntuales, llegaron los dos colaboradores del prestamista para reclamar las ganancias de la semana. Y yo, que había tenido la suerte de que mis mejores clientes hubieran solicitado mis servicios precisamente durante esos días, les entregué los dos mil euros exigidos y mantuve otros dos mil a buen recaudo debajo de mi colchón. Ellos hicieron el paripé y restaron lo entregado de la cuantiosa deuda que figuraba en aquella libreta y que yo jamás conseguiría saldar por ese método; y me advirtieron de que las ganancias estaban en el límite, que no debían mermar pues, al cabo del mes, debía haber entregado al menos ocho mil euros. Yo asentí y me justifiqué alegando que había trabajado poco porque aún estaba convaleciente. Poca atención había prestado yo a sus palabras y me limité a despacharlos con gestos sumisos y palabras de disculpa, pues mi principal preocupación aquel día era qué hacer con el coche de Joaquín. Sus pertenencias se las había ido llevando el camión de la basura, ya sólo quedaban documentos y el teléfono móvil. Y también el coche. El maldito coche que estaba resultando ser un verdadero lastre para mis propósitos. Tras muchas cábalas mentales, ya había descartado la idea de abandonarlo en cualquier despoblado pues, por muy bien que eligiera el lugar, por muy remoto e inaccesible que en principio me pareciera, tarde o temprano alguien lo encontraría y la policía tendría un hilo del que tirar para seguir la pista de la misteriosa desaparición de Joaquín. Y no podía quedar rastro alguno: Joaquín se había marchado voluntariamente y, por lógica, se había llevado el coche consigo.

A finales del mes de julio recogí mis pocas pertenencias, guardé la documentación de Joaquín y su teléfono móvil en una caja de cartón y rescaté el dinero que escondía bajo el colchón. Cinco mil euros había y los secuaces del prestamista vendrían al día siguiente, según mis previsiones, pero ya no me encontrarían. El día uno se aproximaba también, y con él la obligación de pagar a la viuda de Joaquín y a mi casera. Una vez saldados esos gastos aún quedarían tres mil quinientos euros en mi poder, con ellos pagaría el parking donde guardaría el coche en Madrid y la habitación que ese mismo día había alquilado a través de un anuncio de Internet. Un matrimonio arrendaba un cuarto en su domicilio de Madrid, trescientos euros al mes, con derecho a cocina. Había comenzado a tomar precauciones para no dejar rastro que pudiera delatar mis pasos y les había

telefoneado desde una cabina. Mi nueva casera se llamaba Adriana y me esperaba para el día treinta y uno de ese mismo mes, el de julio.

Así fue como llegué a Madrid una tórrida noche de verano, con poco equipaje y el alma baqueteada. Había conducido muy despacio por la autopista pues no tenía práctica y fue el navegador quien me guió durante todo el trayecto y también hasta la dirección del parking donde guardé el coche. Me trasladé a pie hasta la casa de Adriana y allí me refugié durante un tiempo que invertí en sanar mi cuerpo y restaurar mi alma. Mi cuerpo quedaría casi repuesto en un par de meses; mi alma, jamás.

Vivía en soledad, evitaba entablar amistades, mentía cuando alguien pretendía ahondar en mi vida, medía cada uno de mis pasos para que no pudieran delatar mi existencia. Sabía que estaba en una gran ciudad, rodeada de gente que corría apresurada de un lado a otro sin reparar en mí, pero también sabía que el mundo es un pañuelo y no podía permitirme cometer error alguno. Y así fue transcurriendo el tiempo, poco a poco me fui acomodando en mi nuevo estilo de vida, me fui sintiendo cada vez más segura en medio de aquel hormiguero humano que era Madrid y descarté definitivamente la huída hacia Montevideo, como en principio había planeado.

Seguían transcurriendo los días, las semanas, los meses, había pasado un año entero, yo continuaba ingresando el dinero en la cuenta de Inés, el coche de Joaquín envejecía en el garaje sin mayores problemas, había dejado el piso de doña Francisca y ella lo había ocupado con estudiantes que atendían a su vida sin percatarse de que en la casa había un armario al que le faltaba la capacidad que por lógica debería tener. Y la vida seguía de largo sin que nadie pareciera acordarse ya de Joaquín, de su fuga, ni de su paso por este mundo. Hasta que alguien decidió hacer reformas, tirar abajo aquel viejo armario, y con él cayó también la seguridad de la vida que yo había construido. Cuando aquella mañana de enero leí la noticia en el periódico, pensé de nuevo en huir; pero después caí en la cuenta de que no era lo mismo escapar de Joaquín o del prestamista que hacerlo de la policía: las redes policiales y judiciales salvan fronteras a través de los convenios de extradición. Así pues, sólo me quedaba rezar para que la suerte me acompañara, para que mis pasos bien medidos dificultaran la investigación lo suficiente o quizá la desviarán hacia otra persona. Y esperar...

—¿Por qué dejaste de abonar el alquiler del piso de Francisca?, ¿no temiste que la llegada de nuevos inquilinos te trajeran problemas? —pregunté.

—No podíamos continuar así eternamente. No resulta lógico, ni tampoco rentable, mantener alquilada una vivienda si ya no se reside en ella. Había transcurrido un año entero, pagando por un piso vacío; de seguir haciéndolo incluso la dueña sospecharía que allí había algo que ocultar.

Afirmé. La respuesta no carecía de lógica.

—¿Y por qué, en cambio, sí que continuaste abonando los mil euros mensuales de Inés?

—El caso de la viuda no era el mismo que el de la casera: la viuda reclamaría judicialmente en caso de dejar de percibir ese dinero, la casera se limitaría a cambiar las llaves, insertar otros anuncios y recibir nuevos inquilinos. Además, yo creí que quizá, de algún día hallarse el cuerpo de Joaquín, todas las sospechas recaerían sobre ella, sobre la viuda, pues esa mujer estaba recibiendo un dinero mensualmente y callando la ausencia de su marido. Supuse que tal vez ese hecho les conduciría a ustedes por el camino equivocado y que jamás llegarían hasta mí, e imaginé también que el prestamista estaría a salvo (y en tanto él se encontrara fuera de líos, yo también lo estaría porque ambos íbamos de la mano en este asunto) pues la deuda y la documentación de la deuda la conservaba yo. Nada de eso encontrarían en poder de Inés García Velasco, por tanto ustedes seguirían una pista equivocada que les conduciría a la detención de la viuda de Joaquín o de otras personas que nada habían tenido que ver... El resto ya lo saben: es historia contada. Una historia triste, que jamás desearía relatar a nadie, pero es la mía.

—¿Por qué seguiste ingresando el dinero después de aparecer el cadáver de Joaquín? —preguntó José Manuel.

—Yo estaba atenta a la prensa y a las noticias de la televisión pero enseguida se decretó el secreto del sumario y ya no facilitaron más datos, no llegué a saber si habían identificado el cadáver y el día del ingreso se acercaba, entonces pensé que quizá no lograsen identificarlo, su documentación estaba toda en mi poder, había transcurrido mucho tiempo, creí que existían muchas posibilidades de que la cosas siguieran como estaban: había un cadáver pero la policía no sabía de quien era. Y, si yo dejaba de ingresar el dinero a la viuda, tal vez por ahí se aclarara la situación. Mejor no adelantarme, pensé por aquel entonces.

—¿Por qué pagaste el televisor con tarjeta de crédito? —pregunté yo aun sabiendo que mi pregunta estaba fuera de contexto, pero la curiosidad me picaba fuerte, Adela había sido siempre tan precavida que aquella metedura de pata no tenía para mi explicación posible.

Ella se encogió de hombros.

—En su momento, me pareció mucho dinero para pagar en mano. —Respondió, sin más.

No habíamos tomado nota de la declaración de Adela, ni falta que nos hacía: la historia contenía los ingredientes necesarios para haber captado nuestra atención sin fisuras y también para permanecer grabada a fuego en nuestras mentes.

Al terminar, Adela cruzó las manos sobre el regazo, hundió la barbilla en el pecho y derramó una lágrima. Una sola, del calibre suficiente para condensar años de sufrimiento. Entretanto, un silencio incómodo se adueñó de la sala durante varios minutos. Yo suponía que era mi obligación decir algo, ya fuera plantear alguna cuestión, recomendación, agradecimiento, o lo que fuera. Pero no me salía nada. Mi

mente tenía otras preocupaciones: averiguar si yo sería capaz de actuar con la misma valentía que lo había hecho aquella mujer que teníamos enfrente; aquella mujer había tenido capacidad para mil veces caer y otras mil levantarse, sacudiéndose el polvo del vestido y echando a andar de nuevo con paso resuelto, como si nada hubiera pasado. Imposible tratar de emularla.

A mi lado, José Manuel también permanecía callado, sin pestañear, con la boca abierta como un pazguato. Desde el principio había quedado aturdido ante la presencia de Adela.

La funcionaria de prisiones asomó la cara a través del grueso cristal de la puerta, le hice señas para que entrara, y fue ella la que nos sacó del estado de trance en el que habíamos caído los tres. Adela se levantó, con la cabeza gacha, y acompañó a la funcionaria a donde quiera que fueran, sin mirarnos, sin despedirse.

—Vaya historia, Alfredo, vaya historia... A veces la realidad supera la ficción. — Comentó José Manuel de regreso a Valladolid, rompiendo un silencio que ya duraba muchos minutos.

—Una mujer valiente, sin duda. —Respondí, ya totalmente convencido de que la valentía era la única arma que me serviría también a mí para abrirme camino a partir de esos momentos.

—¿Qué vas a hacer tú, Alfredo? —preguntó José Manuel, como si adivinara mis pensamientos.

—Ser valiente, salir al ruedo y lidiar con lo que venga, como hizo ella. — Respondí, no muy convencido de finalmente lograrlo.

Aquella noche, como cada noche, desde mi ordenador personal accedí a mi Facebook, Twitter y correo electrónico. De esa forma me enteraba rápidamente de noticias que pudieran interesarme, me ponía al corriente de las vidas de amigos y parientes que viven a cientos de kilómetros de distancia, y también me entretenía ojeando correos chistosos que algunos amigos solían enviarme. Maneras de rellenar el poco tiempo libre que me quedaba al cabo de la jornada.

Yo disponía de dos cuentas de correo: la personal y la que había compartido con Máximo. De esta última, en buena lógica, ambos conocíamos la contraseña de acceso y usábamos la cuenta tanto para dejarnos mensajes y fotos, como para enviar cualquier tipo de documentación o información que pudiera servir de ayuda al otro. Accedí también a ese correo, más que nada para comprobar si alguna vez durante los anteriores meses yo había sido tan idiota como para enviarle a Máximo alguna documentación relativa al caso. No recordaba que así fuera, pero nunca se sabe, y esperaba no haber sido tan imbécil como para haber hecho una tontería semejante.

Afortunadamente, nada interesante había salido de allí, no porque yo no fuera lo suficientemente imbécil como para no enviarlo aunque él me lo hubiera pedido, sino porque (a Dios gracias) él nada me había solicitado. Lo que sí encontré, en cambio, fue un sobre cerrado en la bandeja de entrada, enviado por Máximo doce horas atrás desde quién sabe dónde. «Sé que a estas alturas ya lo sabes todo. Fue mi padre quien me presionó para que me acercara a ti y accedí con desgana al principio, pero tan pronto te conocí supe que el destino me había hecho el mejor regalo que se puede hacer a alguien: conducirlo hacia el amor. Te amé como no he amado nunca, como nunca amaré. Fui tan feliz a tu lado como una persona puede serlo en este mundo. Perdóname, Alfredo»

Fui ingiriendo aquellas palabras con estupor, incluso podría decirse que con cierta pasividad. Ya todo daba igual, ya nada podría empeorar mi situación. Pero, nada más tropezar con el punto final, la indignación se adueñó de mí. Rápidamente borré el e-mail, después apagué el ordenador, con furia, con saña, acto seguido arranqué de cuajo el cable que lo unía al enchufe; ya de paso también rasgué algunos folios que tenía delante, asesté un puñetazo a la mesa, una patada al suelo, blasfemé con juramentos que ni siquiera sabía que formaran parte de mi repertorio, y se me llevaron los demonios.

Alertada con tanto jaleo, Florinda entró en la habitación y me encontró tumbado sobre la cama, llorando a lágrima viva. «Todo pasará, mañana será otro día» me dijo sin preguntarme nada. Sin que yo le hubiera explicado nada, ella parecía saberlo todo. Como buena madre, sabía leer en la cara de su hijo. Me ayudó a desvestirme, a

meterme entre las sábanas y me arropó con la misma ternura que hacía cuando yo era un niño, después me dio un beso en la mejilla, apagó la luz y salió de la habitación.

Fue esa la noche más larga de mi vida. Desde mi posición casi inmóvil, fetal, recorrí mi corta existencia a lo largo y a lo ancho, buscando culpables a quienes achacar el desmembramiento de mi presente, buscando también soluciones para enfrentar mi incierto futuro; pero sólo fui capaz de rescatar recuerdos embarullados. Una laguna de espesa incertidumbre ocupaba en mi memoria el lugar en el que deberían haber estado las razones lógicas que me habían llevado hasta el lugar donde en ese momento me encontraba.

Debió vencerme el sueño bien entrada la madrugada, a pocos minutos de que el despertador me recordara que había que ponerse en pie para enfrentar un día laborable más, pues desperté enrollado entre las sábanas arrugadas, empapado por el sudor frío que manaba de mis poros como si fuera una fuente; y aturdido, completamente aturdido, con la sensación de acabar de aterrizar tras un larguísimo vuelo.

En la cocina esperaba Florinda, muda por consideración hacia mí, abatida porque había cargado a sus espaldas con al menos la mitad de mi dolor, sentada con dos tazas de café delante. Una era para mí.

Minutos más tarde, ya de camino hacia la comisaría, solo en unas calles abarrotadas de gente, tomé clara conciencia de que, de todos mis males y problemas, la soledad sería el que tendría peor remedio. En el entorno inmediato mi historia caería en el olvido, con el tiempo. Con el tiempo también se cumpliría mi sanción, la que me impusieran por haber destapado secretos profesionales. Con el transcurso de los días retomaría mi madre sus quehaceres habituales y olvidaría que un día tuvo un «nuero» al que adoraba y que desapareció de su vida sin que nadie le explicara el motivo. Pero... ¿y yo?, ¿volvería también a confiar en el amor con el paso del tiempo? Mi mente dibujó un «NO» rotundo, mi boca una amarga mueca. Y no quise seguir hurgando en las entrañas de mi alma: tuve miedo de lo que pudiera encontrar en un lugar tan oscuro.

La entrada de la comisaría bullía de actividad a esas horas de la mañana: hora del relevo, unos entraban de servicio y otros se iban a sus casas. Sin embargo el bullicio no impedía que las noticias corrieran hasta alcanzar todos los puntos. Por eso me recibieron miradas atónitas que no contaban con mi presencia allí, y repentinamente me vi envuelto en una burbuja de silencio que se iba desplazando a la par que yo, que me condujo hacia los pasillos de la policía judicial y de allí a las dependencias del grupo de homicidios donde María, Eduardo y José Manuel ocupaban ya sus puestos. Cada uno de ellos me dirigió un escueto saludo y ninguna mirada, y yo me apresuré a refugiarme en la «pecera». Una vez allí, sin periódico, sin papeles sobre la mesa, sin ganas de encender el ordenador, previendo que mi tiempo allí estaba contado, simplemente me dediqué a esperar. Busqué el dado por todos los bolsillos; recordé que, al igual que tantas otras cosas importantes, se lo había llevado Máximo.

Una larguísima hora más tarde sonó el teléfono y creí que había llegado el momento.

Aún no.

Era Mario.

—¿Sabe, inspector...?, ese hombre que salió en los periódicos, el más joven, el hijo del prestamista ese...

La sola mención me revolvió las entrañas. ¿Qué habría ocurrido ahora?, ¿lo conocería, acaso?

—Ese hombre fue el que intentó comprarme el piso después de morir mi madre. ¿No le mencioné a usted que había un hombre muy interesado en comprarlo?

—Sí, sí, por supuesto.

—¡Pues era ese! El que salió en los periódicos. Ahora entiendo yo por qué mostraba tanto interés, e incluso por qué el dinero no parecía ser un problema para él...

—¿Qué excusa le dio ese hombre para respaldar tanto empeño? —pregunté, ya con más interés personal que profesional.

—Decía que se trataba de un piso amplio, muy bien situado y que se ajustaba a sus necesidades.

—¡Ya lo creo! —exclamé, para acompañar la risa amarga y tonta que me había llegado repentinamente.

Mario también reía al otro lado, para seguirme el rollo, supongo.

—¿Y cómo se enteró ese hombre de la muerte de Francisca? —pregunté, aún temiendo abrir una nueva veta no descubierta.

—Me dijo que eran vecinos, ya sabe usted que mi madre vivía en un apartamento...

Efectivamente, acababa de aparecer un nuevo filón. Me dispuse a recibir un nuevo guantazo en mis narices.

—¿Dónde vivía Francisca? —quise saber, aunque consciente de lo tardísimo que se había hecho para plantear esa pregunta.

—Al lado de la Plaza Circular, en la calle Tudela, número 38.

Dejé caer el teléfono sobre la mesa y agarré mi cabeza con ambas manos. Intenté tirarme del pelo para flagelarme un poco, por idiota, pero lo tenía demasiado corto y no logré engancharlo. Seis ojos me miraban desde el otro lado del cristal pero ya nadie acudía en mi rescate: sabían que inevitablemente me iría a pique y que no había forma posible de evitarlo. ¿Cuántas veces había pisado yo aquella calle, aquel edificio? Docenas, quizá cientos. Y la fatalidad (o mi ceguera) quiso que no me enterara de nada, que nada llegara a mis oídos.

Mario debió de aburrirse de esperar al otro lado de la línea y colgó. No tenía yo el periódico delante pero supuse que nada decía sobre mi idilio con el hombre de la foto, de lo contrario Mario no se lo habría callado. El trastorno había sido silenciado entre los gruesos muros de la comisaría, supuse.

Minutos más tarde llegó el secretario de la policía judicial para asestarme el segundo rechazo de la mañana. Traía unos pocos documentos en la mano, me miró, retorció su bigotillo, puso cara de circunstancias, se sentó de lado en una de las sillas que había delante de mi mesa, juntó las rodillas, y anunció:

—Traigo malas noticias para ti, Alfredo.

Tragué saliva. El secretario se armó de gafas y paciencia. Miré alrededor: José Manuel y María trabajaban con las orejas enfocadas hacia mi despacho. Consciente de ello, el secretario redujo el volumen de su voz hasta mínimos casi inaudibles antes de comenzar a desvelarme el secreto que entrañaban aquellos documentos que él portaba como oro en paño. ¡Cómo echaba de menos mi dado! Necesitaba sentirlo entre mis manos, estrujarlo con toda la rabia del mundo.

—Alfredo Vega Somoza, se te imputa un presunto delito de Revelación de Secretos, tipificado en el artículo 417 del Código Penal, que dice así: «La Autoridad o funcionario público que revelare secretos o informaciones de los que tenga conocimiento por razón de su oficio o cargo y que no deban ser divulgados, incurrirá en la pena de multa de doce a dieciocho meses e inhabilitación especial para empleo o cargo público por tiempo de uno a tres años. Si de la revelación resultara grave daño para la causa pública o para tercero, la pena será de prisión de uno a tres años, e inhabilitación especial para empleo o cargo público por tiempo de tres a cinco años». Tu caso se encuadra en el supuesto número dos, Alfredo.

Me eché las manos a la cabeza: bullía y amenazaba con estallar en mil pedazos. El secretario me miró, tomó el siguiente folio y continuó leyendo.

—A la par, en virtud de la Ley de Régimen Disciplinario del Cuerpo Nacional de Policía, y sin perjuicio de la responsabilidad penal en la que el interesado haya incurrido, se le incoará Expediente Disciplinario por la comisión de Falta Muy Grave del artículo 7, Apartado h) de la citada Ley de Régimen disciplinario, que considera Falta Muy Grave la violación del secreto profesional cuando perjudique el desarrollo de la labor policial, a cualquier ciudadano o a las entidades con personalidad jurídica.

Solté la cabeza: había estallado de todas formas. El secretario prosiguió:

—Preventivamente, se acuerda la suspensión provisional de funciones. Por tanto, el inspector del Cuerpo Nacional de Policía don Alfredo Vega Somoza queda temporalmente privado del ejercicio de sus funciones y de los derechos inherentes a su condición de funcionario, y se procederá a recogerle los distintivos del cargo y el arma, o armas, en su caso...

Siguió leyendo, recitando una larga retahíla de artículos penales y de régimen disciplinario, de procedimientos legales y cautelares, que a mí me sonaban a mandarín, y a los que ya no estaba prestando atención alguna, simplemente porque mi única prioridad en esos momentos consistía en salir de allí, en abandonar aquel despacho y correr a refugiarme en la soledad de mi cuarto, donde nadie me miraría con cara de lástima ni me plantearía preguntas incómodas.

Una vez informado de los delitos que se me imputaban y del procedimiento que se seguiría contra mí, se me hizo saber que, de momento y pese a la implicación penal, yo continuaría en libertad y a disposición de lo que ordenara el Juzgado competente. No podría, por consiguiente, abandonar la ciudad de Valladolid y debería comunicar inmediatamente cualquier cambio de domicilio, así como comprometerme a acudir ante la Autoridad Judicial cuando fuera para ello requerido.

Con dolor entregué los distintivos policiales que ostentaba: el carné profesional y la placa emblema que tanto había exhibido últimamente por ahí. También la pistola reglamentaria. Después recogí mis cosas, eché un último vistazo a la «pecera» y salí de allí con la cabeza gacha, entre palabras de condolencia que me llegaban desde todos los puntos cardinales, a las que yo correspondía con leves movimientos de cabeza.

Creo que, desde aquel día, fue un mes entero el que permanecí encerrado en mi cuarto. A ratos dormía, en otros momentos paseaba: cuatro pasos a la derecha, media vuelta, cuatro a la izquierda, media vuelta. Los domingos leía el periódico que me traía Florinda. Muchas eran también las veces en las que lloraba desconsoladamente. Pero nunca planificaba qué iba a hacer con mi futuro, simplemente porque me parecía que yo no tenía futuro alguno que planificar.

Unas semanas llevaba yo encerrado cuando Florinda comenzó a insistir en que debía visitar al doctor Velasco, un psiquiatra que obraba milagros en casos como el mío. Tanto porfió que finalmente accedí y pasé a la siguiente etapa, aquella en la que empleaba mi mucho tiempo libre en el parque Campo Grande, dando de comer a las palomas, paseando y malgastando mi juventud. Lo demás, como en su día me había dicho Adela a mí, es historia contada.

«Lo demás es historia contada», esa fue la frase con la que Alfredo Vega remató su novela. Sólo tres meses había invertido en escribirla, un tiempo demasiado corto para plasmar una buena historia, según juzgaron muchos escritores profesionales. Pero no tan corto, a mi juicio, teniendo en cuenta que el propio narrador la había vivido en primera persona y que, además, se empleó en la labor a tiempo completo, concediendo sólo unas pocas horas diarias al sueño. Pero, aún así, nos dejó con la sensación de que en su relato faltaba algo; porque si bien es cierto que, quizá, nada importante dejaron los protagonistas en el tintero y que lo esencial quedó todo dicho; también es verdad que vosotros, los lectores, y yo necesitamos saber algo más: ¿sigue Adela entre rejas?, ¿consiguió la policía detener al prestamista y a su hijo?, ¿logró Alfredo publicar su novela?... Y aquí es donde intervengo yo, la narradora omnisciente, la que todo lo ve, todo lo oye, todo lo observa y todo lo sabe; la que posee un grado de indiscreción tal que es capaz de colarse en el interior de los protagonistas como si fuera una lombriz, para ver lo que hay allí y luego proclamarlo a los cuatro vientos, a poco que me concedan oportunidad y haya alguien que quiera leer lo que yo cuento.

Poca ocasión me dieron en esta novela para intervenir: apenas los dos capítulos primeros y este final. El inspector Vega y Adela acapararon el resto del relato, y yo debo conformarme con unas pocas líneas, muchas menos de las que quisiera; porque no me negaréis que, cuando yo narro, con mi capacidad casi divina de adentrarme en el interior de todos los personajes, comprendéis mucho mejor su manera de actuar, el cómo, el cuándo y, sobre todo, el por qué. Alfredo Vega y Adela Rey sólo pueden contar lo que ellos han observado, pero yo... ¡yo puedo contarlo todo!

Y comienzo.

De esta vivencia extrajo Alfredo Vega una lección principal: algunas personas (muchas) son como la luna: tienen una cara oculta que nunca nos muestran. Como policía y también como licenciado en psicología, Alfredo Vega ya sabía que las apariencias, a menudo, engañan; pero cuando vio que su vida se hundía en el fango mientras todo a su alrededor continuaba a flote, que vivía rodeado de mentirosos y de mentiras, que su estabilidad personal y económica se esfumaban de la noche a la mañana..., entonces tuvo la sensación de que vivir no merecía la pena o que, por lo menos, no merecía la pena esforzarse en construir una vida; que vivir consiste simplemente en nacer, morir y buscar algo en lo que entretenerse mientras tanto. Y él se entretenía viendo la vida pasar, observando la comedia que interpretaban unos y otros. Él nunca actuaba; era, simplemente, el eterno observador. Así dejó pasar varios meses, desde el otoño de 2013 hasta aquella mañana de la primavera de 2014, cuando su psiquiatra le abrió los ojos.

Había eludido la cárcel de puro milagro. La Justicia, tomando en cuenta que no había quedado muy clara la intencionalidad de Alfredo Vega de causar grave daño a la causa pública, de que quizá sólo había actuado de forma imprudente, optó por condenarlo a permanecer durante cuatro años suspendido de empleo y sueldo. Y así, sin trabajar y sin cobrar, Alfredo Vega costeaba las consultas al psiquiatra con los pocos ahorros que atesoraba de su corta vida laboral. Y su madre, Florinda, haciendo maravillas con su pequeña pensión de viudedad, cubría el resto de sus necesidades básicas, que ya eran muy pocas porque, sostenido en la certeza de que su vida había recalado en un callejón sin salida, de que lo mejor había pasado y nada bueno quedaba por venir, Alfredo Vega había perdido todo interés por la moda, los cosméticos y llevaba meses sin pisar un gimnasio.

Y, a Dios gracias, nada llegó a trascender sobre su relación homosexual con Máximo. En su día, la prensa había informado debidamente a la opinión pública pero lo había hecho sobre unos hechos que le habían llegado algo desvirtuados: el inspector Alfredo Vega, investigador del caso «emparedado» fue condenado por descubrimiento y revelación de secretos; al parecer, este inspector colaboraba con el prestamista Juan Alonso Vicente, principal inculpado, y a cambio se embolsaba cuantiosas sumas de dinero.

Y Florinda, la madre de Alfredo, regañó a su hijo tal y como lo hacía cuando de niño se apropiaba de algún juguete ajeno.

En su día, en la prensa también había salido la fotografía de Máximo Alonso, pero Florinda no tenía tiempo de leer el periódico todos los días, sólo los domingos y fiestas de guardar. Por eso nada sabía, por eso seguía esperando que todo se arreglara, que los enamorados se perdonaran sus mutuas faltas y que su «nuero» regresara pronto, a ver si así su hijo levantaba cabeza. Viendo esto, Alfredo sintió el deber moral de sincerarse con su madre y una noche vomitó en su presencia toda la amarga verdad. Florinda tardó cuatro días en digerir la noticia. Primero la tragó con disgusto y hasta con dolor contenido, y después la rumió en silencio durante tres largos días de encierro en su habitación mientras, de puertas afuera, Alfredo se paseaba por la casa tratando de imaginar qué estaría ocurriendo allí adentro. Al cuarto día, Florinda salió de allí como si nada, ataviada con ropa de andar por casa y delantal, dispuesta a hacerse cargo de la pila de platos que se habían ido acumulando en el fregadero durante su ausencia. Y no es que Florinda sea una persona insensible a la que le dé igual churras que merinas y mezcle todo, nada de eso; Florinda, simplemente, es madre y, como tal, busca la felicidad de su hijo y para ello acepta cuanto de él provenga y tiene muy claro que no va a dejarlo solo en el umbral de su vida sino que ella se quedará a su lado. Claro que tanto cambio de acera no le hace gracia alguna a Florinda, que son muchas las veces en las que con tanto vaivén le resulta inevitable pensar que las cosas estaban mejor como antes, en sus tiempos, cuando no había tanto vicio, cuando uno no era gay por etapas ni había tiempo para tonterías porque uno vivía uncido a salarios miserables, a empleos precarios, o a las dos cosas a la vez.

Entretanto, en Ámsterdam, el prestamista Juan Alonso Vicente y su hijo Máximo Alonso eran detenidos a principios del año 2014, en concreto el día 6 de enero. La INTERPOL, que les venía siguiendo la pista desde Singapur y desde comienzos del mes de diciembre, los localizó ese día de Reyes cuando paseaban por delante de la Iglesia del Oeste.

Pasan los meses pero Máximo no consigue olvidar a Alfredo Vega. En prisión, aislado del mundo, cada día, cada hora, cada minuto vuelve atrás en el tiempo y siempre regresa con la sensación de que su historia de amor con el inspector ha sido como la muerte de una estrella: un estallido fugaz y potente tras el que queda una nube de polvo que dura millares de años, de la que jamás conseguirá desprenderse.

De niño, y aún de no tan niño, Máximo aspiraba a convertirse en un duplicado de su padre. Para ello, desde temprana edad, se esforzaba en aprender los entresijos de una profesión que le reportaría cuantiosos beneficios a futuro, y también en copiar los recios ademanes de su progenitor, tan necesarios en un mundo donde si no andas bien despierto y te dejas arrastrar por sentimentalismos, te vas a pique sin remedio. Sacrificaría sus gustos sexuales (tan poco convenientes para el negocio, según su padre) y se casaría con una versión joven de su madre, y haría su fortuna a base de enormes esfuerzos y sacrificios, ajenos, por supuesto, como bien decía también su padre. Pero la devoción infantil es amante infiel y caprichosa, y sus convicciones pronto quedaron a la deriva frente al poder del amor. Un amor que comenzó por puro interés, un mero reto marcado por su padre, una apuesta con Salvador Hernández a que el joven inspector de homicidios caía rendido a sus encantos; pero, con el paso del tiempo, tratando de que él lo quisiera terminó por quererlo; y todo fue pasando poco a poco, sin apresurar los sentimientos, dejándose arrastrar por la fluidez natural del corazón.

Al tiempo, en Valladolid, Adela pasaba las Navidades en compañía de su madre y medio hermano, en aquel piso de las afueras con vistas a campo abierto. Al igual que el hielo se funde con la llegada de la primavera, la aversión de María del Carmen y Luis hacia ella se deshizo con la entrega de unos cuantos billetes de color verde y algunos costosos regalos envueltos en papel dorado. Unos días antes a Adela le había sido levantada la orden de prisión provisional, previa declaración ante Su Señoría del Juzgado de Instrucción Uno de Valladolid. Todos sus actos fueron justificados en virtud de un miedo insuperable para la mayoría de los mortales (palabras textuales del Sumario), que vienen a decir que la mayoría de las personas hubiéramos actuado de la forma que Adela lo hizo, sino peor.

Poco tiempo después, Alfredo empezaba a escribir su novela movido por un impulso desconocido, una fuerza que procedía del interior, que lo obligaba a intentarlo. Pero, en realidad, no tenía demasiada convicción en lo que estaba haciendo, ni demasiadas esperanzas de que fuera a servir para algo. Aún así, la terminó en verano de 2014 y, movido por la misma inercia que lo había impulsado a relatarla, se dirigió a la editorial Muchas Letras, la misma que unos meses atrás había

sacado a la luz la historia de Adela Rey y la había convertido en lectura favorita de masas. La editorial, al ver que la veta no se había agotado aún, recibió el manuscrito con agrado, ofreció a Vega un contrato que le produjo verdaderos escalofríos (ni en diez años trabajando de mañana por noche habría ganado tan importante suma), dedicó dos de sus mejores empleados a corregirlo, contrató al mejor diseñador de portadas, aprovechó debidamente la publicidad que gratuitamente concedían la televisión y los diarios: «El inspector Alfredo Vega, investigador del caso “el emparedado” saca a la luz toda la verdad en una novela que llegará el próximo día dos de octubre a las librerías de toda España»; y se dispuso a imprimir miles de ejemplares y a esparcirlos por las librerías de todo el país, incluso las de los pueblos más remotos.

Y el teléfono móvil de Alfredo (¡al fin!) volvió a sonar. «¿Eres tú el Alfredo Vega del que hablaron ayer en el telediario de la Uno?» «Mi mujer no calla, está deseando conocerte, quiere que le firmes un ejemplar de la novela». «Tienes que pasarte un día por casa, a tomar café. Alfredo, coño, ¿quién lo iba a decir?» «Resérvame un ejemplar, eh, no se te ocurra dejarme sin uno». «Alfredo, perdona, fui contigo al colegio, seguramente ya no te acordarás de mí. Soy Felipe Viña, me sentaba detrás de ti»...

Y mientras el teléfono móvil bullía anticipando el éxito, la editorial Muchas Letras, haciendo caso de uno de sus más importantes asesores, aunó la promoción de las dos novelas. Si bien Adela ya había recorrido toda España firmado ejemplares en los comercios El Corte Inglés, bien podría hacer una segunda ronda acompañando a Alfredo. Las historias de ambos eran la cara y la cruz de una misma moneda, los libros se venderían a pares.

Y así fue como comenzaron Adela y Alfredo a compartir coche y destino, trabajo y descanso, hotel y restaurante, risas y lágrimas. A los dos les pesaba el pasado como un fardo, ambos desconfiaban de aquel presente fructífero que inflaba sus cuentas bancarias sin casi esfuerzo, los dos habían hecho una larga travesía por el desierto del desamor, y ambos evitaban el futuro porque la experiencia les dictaba que siempre era incierto.

Pero el amor es como una lombriz que se cuela en el interior de las personas tan pronto atisba una mínima abertura. Y la soledad está hecha de roturas y remiendos. Y el amor se coló al cabo de una noche de cena, en Barcelona. Una docena de invitados (Adela, Alfredo, sus representantes, un par de altos ejecutivos de El Corte Inglés y algunas autoridades locales de menor incidencia), ambiente sugerente, buena cena, mejor vino. Adela embutida en un vestido negro de Dior. Una noche que se prolonga durante horas y que se dispersa ya de madrugada. Un taxi compartido. Unas distancias que se acortan en el asiento trasero. Un taxista que observa la escena por el espejo retrovisor, guarda silencio y alarga la carrera. Miradas que se chocan, labios que se acercan... Y lo demás vuelve a ser historia contada, el mismo proceso de maduración que siguen los miles de amores que brotan cada día en el mundo: nacen,

crecen, se desarrollan, a veces se podan en invierno para eliminar los brotes que sobran y luego resurgen en primavera más fuertes que nunca; otras veces no soportan la poda, mueren y definitivamente desaparecen...

El amor entre Alfredo y Adela nació y, a día de hoy, sin necesidad de podas, continúa creciendo en todas las direcciones, como un pulpo. Y el futuro, ya perteneciente a la esfera privada de los protagonistas, será quien determine su desarrollo.



ELISA COTARELO (Vegadeo, Asturias. España, 1968). Es Licenciada en Ciencias Policiales y diplomada en Relaciones Laborales. Fue inspectora de Policía durante 23 años. Actualmente reside en Vigo donde se dedica principalmente al cuidado de sus hijos, a leer y a escribir.